EL TUGURIO

ÉMILE ZOLA

TRADUCCIÓN DE AMAYA GARCÍA GALLEGO · PRÓLOGO DE MARIA AGUILERA

EL AUTOR

Émile Zola nació en París en 1840. La muerte temprana de su padre lo llevó a vivir una infancia llena de privaciones y a dejar la escuela, donde conoció a su amigo, el pintor Paul Cézanne, para buscar trabajo. Su primer contacto con la literatura fue trabajando de dependiente en la librería Hachette; en 1871, ya trabajaba en *Los Rougon-Macquart*, un proyecto literario que concluiría en 1893 y comprendería veinte novelas entre las que cabe destacar EL TUGURIO (1877), *Nana* (1880) y *Germinal* (1885). La saga, que, inspirada en el modelo de *La comedia humana*, de Honoré de Balzac, y ambientada en el Segundo Imperio, está compuesta por novelas autoconclusivas con personajes compartidos, supuso el gran legado del movimiento literario del naturalismo, fundado por el mismo Zola. Su implicación en los problemas sociales de Francia no se limitó a sus novelas; tomó un papel activo en el caso Dreyfus en defensa de la inocencia de un militar francés de origen judío acusado falsamente de ser un espía. Lo hizo a través de diversos artículos, entre los cuales se encuentra su célebre *Yo acuso* (1898). Las consecuencias no se hicieron esperar y el Gobierno orquestó una campaña de difamación contra Zola, que se exilió a Londres y jamás se recuperó del impacto psicológico y económico de luchar contra el antisemitismo y de defender la justicia hasta las últimas consecuencias. Murió en 1902, supuestamente asfixiado, aunque probablemente asesinado por alguien que tapó la chimenea de una estufa. Su funeral en París fue multitudinario. Cuatro años después de su muerte, Alfred Dreyfus fue declarado inocente.

LA TRADUCTORA

Amaya García Gallego nació en 1969 en Madrid. Empezó a traducir profesionalmente al castellano en 1995, después de licenciarse en Geografía e Historia y titularse en Documentación y Biblioteconomía. Trabajó quince años como asalariada traduciendo textos técnicos y comerciales, casi siempre del inglés. En su actual etapa como profesional autónoma predominan los textos literarios en francés, que traduce en solitario o al alimón con su madre y maestra (además de colega). Quizás porque es «culo de mal asiento» y una curiosa casi patológica, lo que le fascina de su trabajo es la versatilidad camaleónica necesaria para alternar, al albur de los encargos editoriales, a autores tan diversos como Honoré de Balzac, Simone de Beauvoir, Mahi Binebine, Emmanuel Bove, Georges Brassens, Albert Camus, Joël Dicker, Gustave Flaubert, David Foenkinos, Jean-Marie Le Clézio, Pierre Lemaitre, Amin Maalouf, André Malraux, Nicolas Mathieu, Guy de Maupassant, Marcel Proust, Bernard Pivot, Alexis Ragougneau, George Sand, Stendhal, Jules Verne, Voltaire o, uno de sus novelistas favoritos, Émile Zola.

LA PROLOGUISTA

Maria Aguilera Fernández (Vilafranca del Penedès, 1982) es doctora en Historia Moderna, licenciada en Veterinaria e Historia, máster en Historia de Cataluña y máster en Archivística y Gestión de Documentos por la Universidad Autónoma de Barcelona. Su trayectoria laboral ha sido muy variada: ha trabajado en la industria farmacéutica como técnica de laboratorio, directora de estudio y veterinaria, coordinadora de titulación en la Escuela de Archivística y Gestión de Documentos de dicha universidad y actualmente se dedica a impartir docencia en Archivística. Es autora de publicaciones historiográficas acerca de la Filipinas colonial hispánica del siglo XIX, centradas en la Revolución Filipina, el proyecto jesuita para la conquista espiritual del archipiélago y la religiosidad jesuítica. Ha sido miembro del Centre d'Estudis de l'Amèrica Colonial y del consejo de redacción de la revista de Historia Moderna *Manuscrits*, y evalúa artículos para otras publicaciones periódicas. Sin embargo, su gran pasión siempre ha sido la literatura, que vehicula reseñando grandes clásicos, especialmente ingleses, franceses y estadounidenses, a través de su cuenta *Cumbres clásicas* en Instagram y YouTube.

EL TUGURIO

Primera edición: octubre de 2022
Título original: *L'Assommoir*
© de la traducción: Amaya García Gallego
© del prólogo: Maria Aguilera
© de la nota del editor: Jan Arimany
© de esta edición:
Trotalibros Editorial
C/ Ciutat de Consuegra 10, 3.º 3.ª
AD500 Andorra la Vella, Andorra
hola@trotalibros.com
www.trotalibros.com
ISBN: 978-99920-76-30-9
Depósito legal: AND.199-2022
Maquetación y diseño interior: Klapp
Corrección: Raúl Alonso Alemany y Marisa Muñoz
Diseño de la colección y cubierta: Klapp
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Bajo las sanciones establecidas por las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ÉMILE ZOLA

EL TUGURIO

TRADUCCIÓN DE
AMAYA GARCÍA GALLEGO
PRÓLOGO DE
MARIA AGUILERA

PITEAS · 15

PRÓLOGO

«La aversión del siglo XIX al realismo
es la rabia de Calibán al ver su rostro en el espejo».
El retrato de Dorian Gray, Oscar Wilde

Cuando Émile Zola falleció en París en 1902 su prestigio como escritor tenía dimensión europea y solo una figura de la envergadura de Victor Hugo podía comparársele. En esa época proliferaban las ediciones de sus libros, así como los estudios sobre su obra, una obra inmensa y transformadora de la literatura moderna. Sin embargo, un siglo después, Zola sufre un inexplicable olvido generalizado que incluso se acercaría al descrédito. Parece que en la literatura francesa solo tenga cabida una creación monumental, *La comedia humana*, de Honoré de Balzac, cuando también existe el ciclo de novelas que escribió Zola pocos años después precisamente emulando a su compatriota, y que la iguala en grandeza. En la práctica, Zola no solo está ausente en los círculos académicos y en la crítica literaria, sino también en el mundo editorial. Hace años que observo con estupor y dolor su exigua presencia en las librerías. Ninguna gran librería posee, en el mejor de los casos, más de cuatro libros de un autor que escribió, aparte de cuentos, ensayos, poesía y obras de teatro, casi treinta novelas. Y además siempre se encuentran los mismos títulos. Tampoco hay prácticamente reediciones. ¿Cómo van a descubrirlo las nuevas generaciones si lo invisibilizan de este modo? Pocos lectores habrán leído toda su obra, ya sea por su magnitud o por la escasa disponibilidad de la mayor parte de ella, pero solo es necesario sumergirse en uno de sus libros para calibrar la relevancia del hombre que lo escribió. ¿Conocen la agitación que produce en un lector leer por primer vez a un genio?

Descubrí a Zola cuando tenía veintiocho años, un considerable bagaje lector y cierta sensación de que ya pocas obras podrían sorprenderme, al menos no tanto como para convertirse en un punto de inflexión en mi aprendizaje literario. ¡Cuán soberbios somos a veces! Creemos que lo sabemos todo, y de pronto un solo libro nos devuelve al inicio de nuestro camino lector, como cuando empezábamos a conocer la literatura y nos sentíamos emocionados con cada descubrimiento. De algún modo es como si regresáramos a la infancia y fuéramos de nuevo capaces de sentirnos genuinamente maravillados por algo extraordinario. Todo lector sabe que esa sensación se acerca mucho a lo que llamamos felicidad. Estamos en deuda con todos esos autores cuyas páginas nos despiertan de la inopia y nos devuelven la alegría de leer.

Mi primer Zola fue *Nana* (1880), la historia de una cortesana que provoca estragos en la sociedad francesa masculina de la época. Tal derroche de talento me abrumó hasta el punto de sufrir la mayor indigestión (y también la más satisfactoria) de mi vida. Una vez terminada su lectura, me costó semanas procesar una novela de tal envergadura. Desde que me recuperé del impacto de *Nana* no he dejado de leer a Zola, que por fortuna nos legó una ingente cantidad de obras, puesto que era un trabajador infatigable.

Sorprende descubrir que un hombre tan extraordinario tuvo unos orígenes humildes y una

formación autodidacta. Su madre enviudó cuando él era aún un niño, y desde entonces sufrieron juntos penurias económicas. Zola tuvo la oportunidad de estudiar con una beca, pero no aprobó el bachillerato y vivió una primera juventud bohemia y miserable en los barrios obreros de la periferia de París, realidad que más adelante reflejaría en sus novelas. Su suerte cambió cuando empezó a trabajar como simple empaquetador en una librería. Allí, leyendo los libros del establecimiento, se formó como intelectual y desarrolló su talento, que le hizo ascender con rapidez y pasar a dirigir el departamento de publicidad. Más tarde, ya consciente de su vocación de escritor, abandonó su trabajo para dedicarse al periodismo, una profesión que podía procurarle independencia económica a la vez que le daba a conocer al público que, en el futuro, leería su obra literaria. Tras una época de incertidumbre en la que sus primeros libros pasaron desapercibidos, alcanzó el éxito y pudo, por suerte para nosotros, dedicarse de forma exclusiva a la literatura.

Resulta doloroso dividir sus novelas entre obras mayores y menores, porque estas últimas podrían hacer perfectamente sombra a algunas obras maestras, pero resulta evidente que algunas destacan sobre las otras. Pese al veredicto general de que *Germinal* (1885) es su mejor creación, yo prefiero EL TUGURIO (1877). Jamás podré olvidar la historia de Gervaise, la joven e ingenua lavandera de buen corazón que luchará contra la pobre y dura vida que le ha tocado vivir con el único y lastimero deseo de poder, al menos, morir tranquila en su cama cuando llegue el momento. Es probable que mi predilección por este libro derive en gran medida de esta pobre criatura, un alma cándida que sigue siendo el personaje de Zola con el que más he empatizado y del que más me he compadecido.

La novela contiene, además del relato de mil y una aflicciones, una de las escenas más emotivas e intensas a las que he asistido, y sin duda también uno de los desenlaces más despiadados. Tantos tormentos tienen una razón de ser. EL TUGURIO forma parte de la saga literaria más importante de Zola, *Los Rougon-Macquart. Historia natural y social de una familia bajo el Segundo Imperio*. Con este conjunto de veinte novelas, todas ellas autoconclusivas, Zola pretendía reflejar dos aspectos de su época. Primero, cómo el Segundo Imperio francés (1851-1870) había propiciado un entorno terrible para la sociedad, corrompiéndola y degradándola. Y, en segundo lugar, cómo en una familia de miembros tan diferentes en apariencia había en realidad una genética común, en este caso potencialmente tóxica, que, con el devenir de los años, acababa saliendo a la luz y determinando la vida de todos ellos. Gervaise es una Macquart que deberá demostrar si es capaz de imponerse a su origen y condición y no sucumbir a un medio social destructivo.

La obra de Zola está condicionada por sus lecturas de juventud en la librería en la que trabajó, que le hicieron profundamente ateo y pesimista, así como firme defensor de la teoría de la evolución de Charles Darwin, del darwinismo social y del materialismo histórico de Karl Marx y Friedrich Engels. Para Zola, la vida de las personas quedaba determinada tanto por su genética como por su entorno social; nadie podía huir de ello, no se podía elegir. Asimismo, creía en el método científico, en describir la realidad de forma objetiva, sin dejar margen a la imaginación, y por eso su propósito fue trasladar la ciencia a la literatura. Así, su método de escritura era científico: primero observaba la sociedad, después analizaba esa realidad y por último trasladaba los resultados al papel, sin filtros ni edulcoraciones. Sus novelas compartirían múltiples elementos, funciones y propósitos con los documentales. Por eso el narrador, que para Zola era un

mero espectador de lo contado, siempre lo es en tercera persona.

Con este método de escritura experimental, Zola transformó en tal grado la literatura que se convirtió en el fundador, el teórico y también el máximo representante del naturalismo, el movimiento literario que nació en Francia en la segunda mitad del siglo XIX como una evolución del realismo de la primera mitad de siglo. A diferencia de este, era más profundo y minucioso y dejaba a un lado las clases altas de la sociedad para centrarse en la pequeña burguesía y, sobre todo, en los obreros, que nunca habían protagonizado una novela. El naturalismo describía todo lo vulgar, feo y grotesco de las personas; en otras palabras, las miserias morales y materiales, algo que escandalizó a la sociedad de la época.

Estas características encuentran su máximo esplendor en EL TUGURIO. De hecho, una de sus singularidades es que fue la primera novela que mostró los bajos fondos, en este caso de París, con toda su degradación, sin escatimar los detalles más duros o desagradables. Muchas veces oímos decir que autores como Charles Dickens o incluso Victor Hugo retrataron la miseria en sus novelas y en parte es cierto, pero cabe destacar que todos ellos mantuvieron siempre algún decoro en sus narraciones para que sus lectores nunca tuvieran que taparse los ojos ni olieran la suciedad en el ambiente. En cambio, en EL TUGURIO, Zola se atrevió a describir familias desestructuradas, la brutalidad que ejercían los hombres sobre mujeres y niños, las infidelidades y las borracheras, e incluso un velado erotismo sórdido. También plasmó la dureza extrema del trabajo, el ambiente sucio y malsano, cómo se malvivía e incluso el lenguaje burdo de ese estrato social.[1] Como siempre, se documentó a fondo antes de escribir la novela para que fuera lo más realista posible. Su propósito era retratar fielmente la mala vida a la que conducía un entorno social desastroso. Por esto escribía de forma directa, sin tapujos, incluso a veces de forma muy cruda y hasta violenta.

La publicación de la novela provocó una acalorada polémica, aunque también obtuvo un éxito arrollador en su doble sentido. La obra fue tachada de sucia, pornográfica, maloliente, entre otros adjetivos, a cual más terrible y perverso.[2] Según cuenta Emilia Pardo Bazán, gran admiradora de Zola, cuando se publicó EL TUGURIO:

> «[...] levantóse un somatén general: no quedó injuria que no le prodigasen; como suele suceder, el público confundió al autor con la obra, y le atribuyó las groserías y delitos de todos sus personajes, lo mismo que a Balzac se le acusó de libertinaje porque reseñaba costumbres licenciosas. Hasta creyeron a Zola viejo, feo y ridículo, y le supusieron parroquiano de la innoble taberna que describe, jurando que debía hablar la jerga de los barrios bajos; como si para conocer esa jerga y poder trasladarla al papel en un libro como el *Assommoir* no se necesitase ser, ante todo, literato, y hasta filólogo sagaz».[3]

Zola sobrellevó heroicamente la inquina de sus adversarios. De hecho, Pardo Bazán lo comparaba con un «toro furioso», afirmando que soportaba:

> «[...] impertérrito en su dura piel los pinchazos de la crítica. Una persona sensible, tímida o cosquillosa, estaría ya muerta si sobre ella descargasen los insultos y ataques que llovieron sobre Zola; mientras él los recibe, no ya con indiferencia, sino como estímulos y espolonazos que más le animan al combate».[4]

Zola estaba convencido de que solo las obras que reciben críticas y provocan polémicas tienen valor y perduran. Lo mismo afirmaba Oscar Wilde pocos años después en su prefacio aforístico a la edición en libro de *El retrato de Dorian Gray* (1891), tras doblegarse y censurar su propia obra para apaciguar el escándalo provocado en la sociedad inglesa sobre todo por su homoerotismo:

«La diversidad de opiniones sobre una obra de arte demuestra que es nueva, compleja y vital. Cuando los críticos difieren, el artista está en armonía consigo mismo».[5]

El tiempo les ha dado la razón a ambos. De hecho, pese al huracán de protestas que llovieron sobre EL TUGURIO, con esta novela, Zola se consagró como escritor, destronando ni más ni menos que a Victor Hugo como el autor más leído en París, e impuso el naturalismo como movimiento literario predominante en Francia. En 1877, año de publicación de la novela, aparecieron treinta y ocho ediciones en el país, y solo cinco años después ya se habían alcanzado las cien. Y es que pese a todo lo vulgar, deshonesto y sucio que Zola describía, no podía evitar transmitir también belleza.

La magia de Zola reside en que logra diluir la incesante prodigalidad de detalles en una prosa fluida, ágil y llena de gracia y vitalidad. Leer a Zola es sumergirse en un torbellino de frases continuas a un ritmo imparable; es leer febrilmente, con el corazón desbocado, páginas y páginas plagadas de múltiples vidas que van y vienen. Y es que las novelas de Zola no solo contienen personajes principales y secundarios, sino también decenas de hombres y mujeres que vemos pasar fugazmente y que configuran un universo humano que actúa de telón de fondo de la trama principal. Algunos personajes aparecen en un único párrafo, pero el autor los dibuja con tanta maestría que, cuando cambia de tema siguiendo su vertiginoso ritmo narrativo, nos embarga la sensación de que nos hemos quedado atrás, persiguiendo aquella vida pasajera. Así, asistimos a un constante baile de personajes que Zola parece convertir en estrellas luminosas para nosotros. Y no queremos que el autor frene sus impulsos descriptivos, al contrario, anhelamos aún más minuciosidad en todos los pormenores. Esa es la verdadera singularidad del autor francés.

Mientras que la obra de Honoré de Balzac solo plasmó al ser humano, Zola fue más visionario y audaz. Apoyado en su método experimental y en su natural lucidez, añadió a su obra la transformación del mundo moderno, el acaecimiento de la civilización industrial, de modo que puso en contexto la nueva vida política y el cambio social. Dotó de vida a la mina, al mercado, al teatro, a los grandes almacenes o a la locomotora, y los convirtió en el alma de cada novela, en el eje irradiador de cada historia. Sin duda, su pluma no poseía la elegancia de su admirado Balzac, ni la pureza y pulcritud de su amigo Gustave Flaubert. Pero también es evidente que sí logró superarlos en agilidad, vivacidad y pasión, y que llevó su realismo a unas cotas más elevadas. Leerlo es profundizar en la naturaleza humana, es sumirnos en un mundo de infinitas posibilidades, de múltiples contradicciones, donde los sucesos producen escalofríos por la inefable sensación de que no es literatura, sino realidad. No nos queda más que quitarnos el sombrero ante su innegable talento innato, reivindicar su figura y agradecerle que nos haga sentir congojas que duelen de tan reales y que creíamos imposibles en la literatura.

Maria Aguilera

NOTA DE LA TRADUCTORA

Una novela tan impactante como *L'Assommoir*, de Émile Zola, requiere un título impactante. Literalmente.

El sustantivo «*assommoir*» procede del verbo «*assommer*», que, etimológicamente, significa «hacer dormir, aturdir»; por extensión pasó a significar «matar de un fuerte golpe» o, en sentido más amplio, «dejar aturdido» física o mentalmente, o «atronar» a las reses en el matadero. Así pues, un «*assommoir*» es un instrumento que sirve para «*assommer*». También era el nombre que recibían, en el habla popular de mediados del siglo XIX —y posiblemente antes, como nombre propio de local posteriormente lexicalizado—, las tabernas cuyo aguardiente dejaba a los consumidores tan aturdidos como si los hubiesen golpeado con una porra; y que, a la larga, también los acababa matando; de ese modo, el «*assommoir*» ya no es solo un objeto para aturdir o matar a porrazos, sino también el lugar donde se aturde y se mata a copazos.

Cuando se publica *L'Assommoir*, este término ya ha caído en desuso, pero Zola no duda en rescatarlo porque es, precisamente, el título impactante que le viene como anillo al dedo a esta novela. De hecho, cumple un doble cometido: por una parte, el significado refleja, de forma escueta y cruda, los estragos que el alcohol causa en la clase obrera que Zola quiere denunciar; por otra, el significante impacta al público a quien va dirigida la obra, no solo por la acepción que tiene en su registro lingüístico —porra para matar, aturdir o atronar de un golpe—, sino, y sobre todo, porque Zola lo utiliza con la acepción que tiene en un registro popular y vulgar que a dicho público le resulta no solo ajeno, sino escandaloso —registro que será el que predomine hasta el final de la novela y uno de los motivos por el que causó gran revuelo—. Es un título redondo, un hallazgo genial del novelista.

En cambio, para los traductores y los editores (no francófonos, se entiende), es un título espinoso y frustrante. En el caso del castellano, no hemos sido capaces de encontrar un término con todos los matices que tiene el francés, y nos consta que es un problema común a otros idiomas y otras épocas.

La opción de no traducir el título, so pretexto de que *L'Assommoir* es el nombre propio de un local, queda descartada: desde que aparece por primera vez dicho local en la novela, Zola deja muy claro que no tiene nombre propio («En el rótulo ponía [...] una sola palabra: "Destilación", de punta a punta»), lo que contrasta con la proliferación de locales que sí que lo tienen (y que en su gran mayoría coinciden con locales que realmente existieron).

Llegados a la encrucijada de tener que elegir entre la acepción de «comercio de bebidas alcohólicas» y la de «aturdimiento y muerte», para la presente edición hemos optado por la primera por varios motivos. En primer lugar, para mantener la continuidad con el título con que tradicionalmente se conoce esta obra en castellano, *La taberna,* pero dotándolo de un matiz menos neutro y haciendo hincapié, como el propio Zola, en la sordidez, la miseria y la degeneración que sufría la clase obrera por culpa del alcoholismo. Y, en este sentido, el término «tugurio» se nos antoja muy evocador para el lector actual; además, por las connotaciones que implica, también enlaza con la segunda acepción a la que nos hemos referido al principio del

párrafo, pues, no en vano, un tugurio se puede definir de forma muy significativa como un local de mala muerte.

Un buen título condensa la esencia de una novela. Como en este caso, el título condensa, además, las dificultades de traducción de la novela, la mayor de las cuales, como queda dicho, es la del propio título, esperamos haber sabido resolver todas las demás de la forma más completa y próxima al original en cualquiera de sus dimensiones. No queremos dejar de mencionar, no obstante, ciertos casos particulares que hemos decidido no traducir en el texto (aunque sí en la correspondiente nota al pie) por su carácter de testimonio histórico y documental. Se trata de los motes de algunos personajes, de los nombres de locales (tabernas, restaurantes, salas de baile, etc.) y de las canciones.

En el caso de los motes, la mayoría de ellos (excepto el de la protagonista, Gervaise, y los de su hijo Étienne, una de sus cuñadas y su suegra) proceden de una de las obras que utilizó para documentarse,[6] donde figuraba una serie de retratos de obreros auténticos con sus verdaderos motes, aunque no se explicaba cuál era el origen de estos. Zola tampoco aspiraba a inventárselo, sino que se limitó a plasmarlos con el mayor naturalismo posible y dejó esta tarea a la imaginación del lector. Por tal motivo, no siempre resulta fácil determinar si los términos pertenecen a un registro coloquial o a una jerga profesional, por ejemplo, y por eso el lector debe tomar las traducciones que hemos aventurado aquí con las debidas reservas.

Los locales, por su parte, en su inmensa mayoría fueron establecimientos reales cuya existencia está documentada. Hemos querido dejar los nombres en francés para facilitarle la labor al lector que tenga la curiosidad de profundizar en su historia. Otro tanto sucede con las melodías y canciones citadas, muchas de cuyas partituras incluso se pueden consultar en línea.

Amaya García Gallego

PREFACIO DEL AUTOR

La saga de *Los Rougon-Macquart* constará de una veintena de novelas. El esquema general está establecido desde 1869 y lo sigo con extremado rigor. EL TUGURIO ha llegado cuando le tocaba, la he escrito, como voy a escribir las demás, sin desviarme ni un ápice de la línea recta que he trazado. En eso consiste mi fuerza. Tengo una meta a la que me dirijo.

Cuando EL TUGURIO se publicó en un diario, la atacaron con una brutalidad sin parangón y le atribuyeron todos los crímenes. ¿De verdad es preciso que explique aquí, en unas pocas líneas, mis intenciones de escritor? He querido pintar la fatal decadencia de una familia obrera en el entorno pestilente de nuestros arrabales. Al cabo de la ebriedad y la gandulería, se encuentran la relajación de los vínculos familiares, las heces de la promiscuidad, el paulatino olvido de los sentimientos honrados, cuyo desenlace es la vergüenza y la muerte. Es, sencillamente, la moral en acción.

No cabe duda de que EL TUGURIO es mi libro más casto. A menudo he tenido que poner el dedo en llagas harto más espantosas. Solo asustó la forma. Se arremetió contra las palabras. Mi crimen consiste en usar la lengua del pueblo. ¡Ay, la forma, ese es el crimen supremo! Y, sin embargo, existen diccionarios de esa lengua, eruditos que la estudian y disfrutan con su crudeza, con lo imprevistas e impactantes que resultan sus imágenes. Es un deleite para los gramáticos fisgones. Qué más da, nadie ha intuido que lo que yo pretendía era hacer un ejercicio puramente filológico, que considero de sumo interés histórico y social.

Por lo demás, no me estoy defendiendo. Mi obra me defenderá. Es una obra llena de verdad, la primera novela sobre la gente del pueblo que no miente y que huele como el pueblo. Y la conclusión que hay que extraer no es que todo el pueblo es malo, porque mis personajes no son malos, solo son ignorantes y están echados a perder por culpa del medio de dura labor y miseria en el que viven. Solo digo que mis novelas habría que leerlas, comprenderlas y verlas nítidamente en su conjunto antes de emitir juicios preconcebidos, grotescos y aborrecibles, que circulan sobre mi persona y sobre mis obras. ¡Ay, si se supiera cuántos amigos se regocijan con la pasmosa leyenda con la que se entretiene a la multitud! ¡Si se supiera que el chupasangre y el escritor feroz no es más que un probo burgués, un hombre entregado al estudio y al arte, que vive muy formalito en su rincón y solo aspira a dejar una obra lo más extensa y lo más viva que pueda! No niego ningún cuento, escribo, confío en que el tiempo y la buena fe pública me descubran, por fin, bajo el cúmulo de necedades amontonadas.

ÉMILE ZOLA

París, a 1 de enero de 1877

EL TUGURIO

I

Gervaise estuvo esperando a Lantier hasta las dos de la madrugada. Luego, tiritando por haberse quedado en camisola con el fresco que entraba por la ventana, se amodorró, tirada al bies en la cama, febril, con las mejillas mojadas de lágrimas. Desde hacía ocho días, al salir de Le Veau-à-Deux-Têtes,[7] donde comían, Lantier la mandaba para casa con los niños para que se acostara, y no volvía a aparecer hasta altas horas de la noche, contando que había estado buscando trabajo. Aquella noche, mientras acechaba su regreso, a Gervaise le pareció verlo en el baile de Le Grand-Balcon, cuyas diez ventanas llameantes cubrían con el resplandor de un incendio la corriente oscura de los bulevares exteriores; tras él, divisó a Adèle, una bruñidora muy joven que cenaba en el mismo restaurante que ellos, caminando cinco o seis pasos por detrás, con las manos colgando, como si acabara de soltar el brazo de Lantier para no pasar juntos a la luz cruda de las esferas de la puerta.

Cuando Gervaise se despertó, sobre las cinco, agarrotada y con la espalda dolorida, rompió a llorar. Lantier no había vuelto a casa. Por primera vez, pasaba la noche fuera. Se quedó sentada al borde de la cama, debajo de la tela persiana desgarrada que caía del pabellón sujeto al techo con un cordel. Y, despaciosamente, con los ojos empañados de lágrimas pasaba revista al miserable cuarto de alquiler, amueblado con una cómoda de nogal a la que le faltaba un cajón, tres sillas de paja y una mesita pringosa, con un aguamanil desportillado que se había quedado ahí encima. Habían añadido, para los niños, una cama de hierro que estorbaba la cómoda y ocupaba dos tercios del cuarto. El baúl de Gervaise y de Lantier, abierto de par en par en una esquina, mostraba el interior vacío, con un viejo sombrero de hombre al fondo del todo, debajo de un montón de camisas y calcetines sucios; mientras que, a lo largo de las paredes y en el respaldo de los muebles, colgaban un chal agujereado, un pantalón comido de barro, los últimos harapos que no quieren los ropavejeros. Encima de la chimenea, en el centro, entre dos candeleros de cinc desparejados, había un fajo de papeletas del monte de piedad, de color rosa pálido. Era la habitación buena del hotel, la habitación del primer piso, la que daba al bulevar.

Entre tanto, los dos niños dormían, apoyados en la misma almohada. Claude, que tenía ocho años, con las manitas sacadas fuera de la manta, respiraba con aliento tranquilo, mientras que Étienne, de tan solo cuatro años, sonreía con un brazo en torno al cuello de su hermano. Cuando su madre fijó en ellos los ojos anegados, tuvo un nuevo ataque de llanto y se tapó la boca con un pañuelo para ahogar los gritos que se le escapaban. Y, descalza, sin acordarse de ponerse las zapatillas viejas que se le habían caído, volvió a acodarse en la ventana, reanudó la espera nocturna, consultando las aceras a lo lejos.

El hotel estaba en el bulevar de La Chapelle, a la izquierda del fielato de Poissonnière. Era un caserón de dos plantas, pintado de granate hasta la segunda, con persianas podridas por la lluvia. Encima de un farol con los cristales resquebrajados, aún se podía leer, entre las dos ventanas:

«HOTEL BONCŒUR, REGENTADO POR MARSOULLIER», en letras grandes y amarillas en las que el yeso podrido había dejado desconchones. Gervaise, a quien estorbaba el farol, se ponía de puntillas. Miraba hacia la derecha, del lado del bulevar de Rochechouart, donde había grupos de matarifes, delante de los mataderos, con delantales ensangrentados; el viento fresco traía a ratos cierta pestilencia, un olor acre a animales degollados. Gervaise miraba hacia la izquierda, siguiendo un largo tramo de la avenida y deteniéndose, casi en frente, en la mole blanca del hospital de Lariboisière, que a la sazón aún estaba en obras. Poco a poco, de una punta a otra del horizonte, recorría el muro,[8] detrás del cual, algunas noches, oía gritar a los asesinados; entonces rebuscaba en los rincones apartados, las esquinas oscuras, negras de humedad y de mugre, con el temor de descubrir allí el cuerpo de Lantier, con el vientre cosido a navajazos. Cuando alzaba la vista, por encima de esa muralla gris e interminable que rodeaba la ciudad con una faja desierta, divisaba un gran resplandor, una polvareda de sol, repleta ya del bramido matutino de París. Pero siempre volvía al fielato de Poissonnière, con el cuello estirado, aturdida a fuerza de ver cómo transcurría, entre los dos pabellones achaparrados del fielato, la riada ininterrumpida de hombres, animales y carretas que bajaba desde lo alto de Montmartre y de La Chapelle. Se juntaba allí el pisar de un rebaño, un gentío que con cada parón se derramaba por la calzada, un desfile interminable de obreros camino del trabajo, con las herramientas a la espalda y el pan bajo el brazo; la muchedumbre se arrojaba dentro de París para ahogarse allí de continuo. Cuando a Gervaise le parecía reconocer a Lantier entre toda esa gente, se inclinaba aún más, a riesgo de caerse; luego se apretaba más fuerte el pañuelo contra la boca, como para reafirmar su dolor.

Una voz joven y alegre la apartó de la ventana.

—¿No está aquí el pariente, señora Lantier?

—Pues no, señor Coupeau —contestó ella procurando sonreír.

Era un oficial de cinquero que ocupaba un cuartito de diez francos en el piso más alto del hotel. Llevaba la bolsa al hombro. Al ver la llave puesta en la cerradura, había entrado en calidad de amigo.

—¿Sabe?, ahora trabajo ahí, en el hospital... Menudo mes de mayo, ¿eh? Vaya mañana fresquita.

Y miraba a Gervaise a la cara, encarnada por las lágrimas. Cuando vio que la cama no estaba deshecha, meneó la cabeza; luego se acercó a la camita de los niños, que seguían durmiendo con sus caritas sonrosadas de querubín.

—¡Vamos! —dijo bajando la voz—. El pariente no se porta como debería, ¿verdad? No se disguste, señora Lantier. Está muy metido en política; el otro día, cuando votamos por Eugène Sue,[9] uno de los buenos, según parece, se puso como loco. Bien puede ser que haya pasado la noche con unos amigos, despotricando contra ese crápula de Bonaparte.

—No, qué va —susurró ella trabajosamente—, no es lo que usted se piensa. Sé dónde está Lantier... ¡Tenemos nuestras penas, como todo el mundo, por Dios!

Coupeau entornó los ojos para mostrar que no se tragaba tal embuste. Se marchó después de ofrecerse a ir a recogerle la leche, si es que ella no quería salir; era una mujer guapa y honrada, y podía contar con él si algún día lo necesitaba. En cuanto se alejó, Gervaise volvió a la ventana.

En el fielato, seguían las pisadas de rebaño en el frío matutino. Se distinguía a los cerrajeros por el blusoncillo azul, a los albañiles por los pantalones blancos con tirantes, a los pintores por el paletó bajo el que asomaban los faldones del blusón. De lejos, ese gentío tenía un aspecto

difuminado y yesoso, un tono neutro donde predominaban el azul desvaído y el gris sucio. A ratos, un obrero se paraba en seco, volvía a encender la pipa, mientras en derredor los demás seguían caminando, sin soltar una risa, sin dirigir una palabra a un compañero, con las mejillas pálidas, el rostro vuelto hacia París, que, uno a uno, los iba devorando por el hueco de la calle de Le Faubourg-Poissonnière. Sin embargo, en ambas esquinas de la calle de Les Poissonniers, delante de la puerta de dos bodegueros que retiraban los postigos, los hombres aflojaban el paso; antes de entrar, se quedaban al borde de la acera, lanzando miradas de soslayo hacia París, de brazos caídos, rendidos ya a remolonear toda la jornada. Delante de ambos mostradores, los grupos se convidaban a rondas, se demoraban ahí, de pie, abarrotando los locales, escupiendo, tosiendo y aclarándose la garganta a golpe de copichuelas.

Por el lado izquierdo de la calle, Gervaise estaba acechando el local del tío Colombe, donde le parecía haber visto a Lantier, cuando una mujer gruesa, sin sombrero y con delantal, la llamó a voces en mitad de la acera.

—¡Vaya, señora Lantier, qué madrugadora la veo!

Gervaise se inclinó.

—¡Anda, es usted, señora Boche!... ¡Huy, es que hoy tengo muchísimo que hacer!

—Qué me va a contar. Las cosas no se hacen solas.

Entablaron conversación de la ventana a la acera. La señora Boche era portera en la casa cuya planta baja ocupaba Le Veau-à-Deux-Têtes. En varias ocasiones, Gervaise había esperado a Lantier en su portería, para no sentarse sola a la mesa con todos los hombres comiendo al lado. La portera le contó que iba allí cerca, a la calle de La Charbonnière, para sacar de la cama a un empleado del que su marido no lograba que le arreglara una levita. Después le habló de uno de sus inquilinos, que la víspera había vuelto a casa con una mujer y no había dejado dormir a nadie hasta las tres de la madrugada. Pero, sin dejar de charlar, miraba descaradamente a la joven, con cara de extrema curiosidad; incluso se diría que solo había ido allí a plantarse debajo de la ventana, para enterarse de algo.

—¿Así que el señor Lantier aún está en la cama? —preguntó de sopetón.

—Sí, está durmiendo —respondió Gervaise, que no pudo evitar ruborizarse.

La señora Boche vio las lágrimas que le afloraban a los ojos; sin duda satisfecha, ya se estaba alejando mientras tachaba a los hombres de condenados gandules cuando se dio media vuelta para gritar:

—Esta mañana va usted al lavadero, ¿verdad?... Tengo ropa que lavar, le guardaré sitio a mi lado y así charlamos. —Y, como si de pronto se apiadara, añadió—: Hijita, no debería quedarse ahí, se va a poner mala... Está usted morada.

Gervaise se empecinó en quedarse en la ventana otras dos horas mortales, hasta que dieron las ocho. Las tiendas estaban abiertas. La riada de blusones que bajaba desde lo alto había parado; solo unos pocos rezagados cruzaban el muro dando zancadas. En las bodegas, los mismos hombres, de pie, seguían bebiendo, tosiendo y escupiendo. Tras los obreros les había llegado el turno a las obreras, las bruñidoras, las modistillas, las floristas, que se arrebujaban en sus delgadas prendas y bordeaban con paso ligero los bulevares exteriores; iban en bandadas de tres o cuatro, charlando animadamente, soltando risitas y lanzando miradas relucientes en derredor; de tanto en tanto, una, esta vez sola, flaca, con cara pálida y seria, iba pegada a la pared, esquivando los raudales de basura. A continuación pasaron los oficinistas, soplándose en los

dedos y comiéndose un pan de cinco céntimos sin dejar de andar; jóvenes trasijados, con la ropa muy corta, ojerosos y aturdidos de sueño; viejecitos con trote corto y el rostro demacrado de tantas horas de oficina, mirando el reloj de bolsillo para ajustar el paso al segundo. Hasta que en los bulevares se instaló la paz matutina; los rentistas del vecindario paseaban al sol; las madres, de trapillo, con la falda sucia, mecían en brazos a niños de mantillas a los que cambiaban en los bancos; una chiquillería berreona con velas en la nariz, que se empujaba y andaba a rastras por el suelo entre gorjeos, risas y llantos. Gervaise sintió entonces que se ahogaba, que se mareaba de angustia, agotada la esperanza; le parecía que todo había acabado, que los tiempos se habían terminado, que Lantier nunca volvería a casa. Con ojos extraviados, miraba desde los vetustos mataderos negros por los degüellos y la pestilencia, hasta el hospital nuevo, pálido, que mostraba a través de los vanos aún abiertos de las ventanas alineadas salas desnudas donde la muerte iría a segar. En frente de ella, detrás del muro, la deslumbraba el cielo resplandeciente, el amanecer que iba creciendo por encima del inmenso despertar de París.

La joven estaba sentada en una silla, con las manos inertes, sin llorar ya, cuando Lantier entró tan tranquilo.

—¡Eres tú! ¡Eres tú! —gritó Gervaise tratando de colgársele del cuello.

—Sí, soy yo. ¿Y qué? —contestó él—. ¡No me vengas otra vez con tus tontunas, mujer!

La apartó. Luego, con ademán malhumorado, lanzó el sombrero de fieltro encima de la cómoda. Era un mozo de veintiséis años, bajito, muy moreno, de rostro agraciado, con unos bigotes finitos que solía retorcerse moviendo mecánicamente la mano. Vestía pantalón de obrero con tirantes y una levita vieja con lamparones, que llevaba entallada; al hablar tenía un acento provenzal muy marcado.

Gervaise, desplomada de nuevo en la silla, se lamentaba bajito, con frases cortas.

—No he podido pegar ojo... Creía que te había pasado algo... ¿Adónde has ido?... ¿Dónde has pasado la noche?... ¡Dios mío, no lo hagas más, me volvería loca!... Dime, Auguste, ¿adónde has ido?

—¡Donde tenía que hacer, carape! —dijo él encogiéndose de hombros—. A las ocho estaba en La Glacière, en casa de ese amigo que va a montar una fábrica de sombreros. Se me hizo tarde. Así que preferí quedarme a dormir... Y que sepas que no me gusta que me fisgoneen. ¡Déjame en paz!

La joven rompió a llorar de nuevo. Las voces y los movimientos desabridos de Lantier, que volcaba las sillas, acababan de despertar a los niños. Se incorporaron y se quedaron sentados en el lecho, medio desnudos y desenredándose el pelo con las manitas; pero, al oír llorar a su madre, se pusieron a soltar alaridos terribles, llorando también ellos, aunque apenas habían abierto los ojos.

—¡Pero qué música es esta! —exclamó Lantier, furioso—. Os advierto que vuelvo a coger la puerta... y esta vez no vuelvo. ¿Que no queréis callaros? ¡Pues buenas noches! Me vuelvo por donde he venido.

Ya había cogido el sombrero de la cómoda. Pero Gervaise se abalanzó, balbuciendo:

—¡No, no!

Y ahogó las lágrimas de los chiquillos con caricias. Les daba besos en el pelo, los volvía a acostar con palabras tiernas. Los chiquillos, tranquilizados de golpe, riéndose en la almohada, empezaron a jugar a pellizcarse. Entre tanto, el padre, sin ni siquiera quitarse las botas, se había tirado en la cama, con pinta de estar agotado y la mala cara de haber pasado la noche en blanco.

No se durmió, sino que se quedó con los ojos como platos, pasando revista al cuarto.

—¡Esto está hecho un asco! —murmuró.

Tras mirar un momento a Gervaise, añadió con maldad:

—Y tú, ¿ya no te lavas?

Gervaise solo tenía veintidós años. Era alta, tirando a delgada, con rasgos delicados que ya acusaban la dureza de la vida. Despeinada, en zapatillas y tiritando con el camisón blanco en el que los muebles habían dejado rastros de polvo y de grasa, parecía diez años más vieja por culpa de las horas de angustia y de llanto que acababa de pasar. El comentario de Lantier la sacó de su actitud temerosa y resignada.

—No estás siendo justo —dijo recobrando los ánimos—. De sobra sabes que hago todo lo que puedo. No es culpa mía si hemos acabado aquí... Me gustaría verte a ti, con los dos niños, en una habitación donde ni siquiera hay un anafe para tener agua caliente... Lo suyo habría sido, en llegando a París, establecernos enseguida, como prometiste, en lugar de comerte el dinero.

—¡Oye, —gritó él—, que tú te has zampado el talego conmigo! ¡Ahora no me vengas con que quieres que te quiten lo bailado!

Pero ella, como si no lo oyera, siguió diciendo:

—En fin, echándole valor, todavía podemos tirar para adelante... Anoche estuve con la señora Fauconnier, la lavandera de la calle Neuve; me va a tomar a su servicio el lunes. Si tú te juntas con tu amigo de La Glacière, dentro de menos de seis meses volveremos a estar a flote, lo que tardemos en conseguir ropa y alquilar un hueco en algún sitio, que sea nuestra propia casa... ¡Huy, habrá que trabajar mucho, pero mucho!

Lantier se dio la vuelta hacia la pared, con cara de aburrimiento. Entonces Gervaise se indignó.

—Sí, así es, ya sabemos que trabajar no es lo tuyo. Revientas de ambición, te gustaría vestir como un señor y pasear a pelanduscas con falda de seda. ¿A que sí? Ya no te gusto tanto, desde que me obligaste a empeñar todos los vestidos... ¡Pues fíjate! Auguste, no quería decirte nada, estaba dispuesta a esperar, pero sé dónde has pasado la noche; te vi entrar en Le Grand-Balcon con esa golfa de Adèle. ¡Ah, pero qué bien las eliges! ¡Esa sí que está limpia! Con razón se las da de princesa... Se ha acostado con todo el restaurante.

Lantier se tiró de la cama de un brinco. Los ojos se le habían vuelto negros como la tinta en el rostro lívido. En aquel hombrecillo, la ira estallaba como una tempestad.

—¡Que sí, que sí, con todo el restaurante! —repitió la joven—. La señora Boche las va a poner en la calle a ella y a la larguirucha de su hermana, porque siempre tienen hombres haciendo cola en la escalera.

Lantier alzó los dos puños; resistiéndose a la necesidad de pegarle, le agarró los brazos, la zarandeó hasta que se cayó en la cama de los niños, que empezaron a gritar otra vez. Entonces volvió a acostarse, tartamudeando, con la expresión hosca de quien ha tomado una resolución sobre la que aún tenía dudas.

—No sabes lo que acabas de hacer, Gervaise... Te vas a arrepentir, ya lo verás.

Los niños estuvieron llorando un rato. Su madre, que se había quedado encogida al borde de la cama, los estrechaba a ambos en el mismo abrazo y repetía la misma frase, veinte veces, con voz monótona:

—¡Ay, si no fuera por vosotros, pobrecitos míos!... ¡Si no fuera por vosotros!... ¡Si no fuera

por vosotros!...

Tumbado tan tranquilo, con los ojos vueltos hacia arriba, fijos en el jirón de una cretona desteñida, Lantier había dejado de escuchar y se hundía en una idea fija. Así se quedó cerca de una hora, sin ceder al sueño, a pesar del cansancio que le lastraba los párpados. Cuando se dio la vuelta, apoyado en el codo, con expresión dura y resuelta, Gervaise estaba terminando de recoger el cuarto. Hacía la cama de los niños, a los que acababa de levantar y vestir. Lantier miró como pasaba la escoba y limpiaba los muebles; la habitación seguía igual de negra y desastrada, con el techo ahumado, el papel que se desprendía por la humedad, las tres sillas y la cómoda paticojas, donde la mugre se empecinaba y se extendía al pasarle el trapo. Y, mientras Gervaise se lavaba abundantemente, después de haberse recogido el pelo, delante del espejito redondo que colgaba de la falleba y él usaba para afeitarse, pareció que le examinaba los brazos desnudos, el cuello desnudo, todas las partes que ella había dejado al desnudo, como si estuviera haciendo comparaciones mentalmente. E hizo una mueca con la boca. Gervaise cojeaba de la pierna derecha; pero no se le notaba más que los días en que estaba cansada, cuando se descuidaba, con las caderas molidas. Esa mañana, rendida por la noche que había pasado, iba renqueando y apoyándose en las paredes.

Reinaba el silencio, no habían cruzado ni una palabra. Él parecía estar esperando. Ella se afanaba, rumiando su dolor y procurando poner cara de indiferencia. Al ver que Gervaise estaba haciendo un hato con la ropa sucia que había tirada en un rincón, detrás del baúl, por fin despegó los labios y preguntó:

—¿Qué estás haciendo?... ¿Adónde vas?

De entrada, ella no contestó. Pero cuando le repitió la pregunta, cedió, rabiosa.

—Pues ya lo estás viendo... Voy a lavar todo esto... Los niños no pueden vivir rodeados de porquería.

Lantier la dejó recoger dos o tres pañuelos. Al cabo de otro silencio, añadió:

—¿Tienes dinero?

Ella se incorporó de golpe, lo miró a la cara y, sin soltar las camisas sucias de los niños que tenía en la mano, dijo:

—¡Dinero! ¿Dónde quieres que lo robe?... Sabes de sobra que antes de ayer me dieron tres francos por la falda negra. De ahí salieron dos comidas, al ritmo que llevamos con los embutidos... No, pues claro que no tengo. Tengo veinte céntimos para el lavadero... Yo no gano el dinero como ciertas mujeres.

Lantier pasó por alto la indirecta. Se había bajado de la cama y estaba pasando revista a los harapos que había colgados por el cuarto. Acabó recogiendo el pantalón y el chal, abrió la cómoda, añadió al lío una camisola y dos camisas de mujer, y lo tiró todo en brazos de Gervaise, diciéndole:

—Toma, lleva todo esto a empeñar.

—¿No quieres que lleve también a los niños? —preguntó ella—. ¡Mira que si empeñamos también a los niños nos quitamos un problema de encima!

Así y todo, fue al monte de piedad. Cuando volvió, al cabo de media hora, dejó una moneda de cinco francos encima de la chimenea, juntando la papeleta con las demás, entre los dos candeleros.

—Aquí está lo que me han dado —dijo—. Yo quería seis francos, pero no hubo forma. ¡No

van a arruinarse, no!... ¡Y qué cantidad de gente hay siempre ahí metida!

Lantier no cogió enseguida la moneda de cinco francos. Hubiese preferido que Gervaise trajese calderilla, para dejarle algo. Pero se resolvió a metérsela en el bolsillo del chaleco cuando vio, encima de la cómoda, un resto de jamón en un papel, con un pedazo de pan.

—No me he atrevido a ir donde la lechera, pues le debemos ocho días —explicó Gervaise—. Pero volveré a casa temprano; mientras estoy fuera, ve por pan y unas chuletas empanadas, y almorzaremos... Trae también una botella de vino.

Él no se negó. Parecía que las cosas se calmaban. La joven estaba rematando el hato de ropa sucia. Pero cuando hizo ademán de recoger las camisas y los calcetines de Lantier del fondo del baúl, él le gritó que dejase eso.

—Deja mi ropa, ¿me oyes? ¡No quiero!

—¿Qué es lo que no quieres? —preguntó ella incorporándose—. ¿No estarás pensando en volver a ponerte estos pingos? Habrá que lavarlos.

Y lo escudriñaba, preocupada, hallando en su cara de muchacho agraciado la misma dureza, como si en adelante no fuera a ceder en nada. Él se enfadó y le arrebató de las manos la ropa sucia, que arrojó de nuevo en el baúl.

—¡Que obedezcas de una vez, rediós! ¡Te estoy diciendo que no quiero!

—Pero ¿por qué? —replicó ella, perdiendo el color e intuyendo algo terrible—. Ahora no necesitas las camisas, no vas a marcharte... ¿Qué más te da que me las lleve?

Él titubeó un momento, incómodo de que ella le clavara esos ojos ardientes.

—¿Por qué, por qué?... —tartamudeó—. ¡Maldita sea, vas a ir contando por ahí que me mantienes, que lavas, que zurces! ¡Pues me fastidia, hala! Tú encárgate de lo tuyo, y yo de lo mío... Para algo están las lavanderas.

Gervaise le suplicó, alegó que nunca se había quejado, pero él cerró el baúl de golpe, se sentó encima y le gritó a la cara: «¡No!». ¡Como si no fuera dueño de lo que le pertenecía! Luego, para escapar de las miradas con las que ella lo perseguía, volvió a tumbarse en la cama, diciendo que tenía sueño y que dejase de darle la lata. Esta vez, en efecto, pareció que se quedaba dormido.

Gervaise se quedó un momento indecisa. Le entraron ganas de apartar el hato con el pie y de sentarse allí a coser. Pero al fin la tranquilizó la respiración regular de Lantier. Cogió la bola de añil y el pedazo de jabón que le quedaban del último lavado; se acercó a los niños, que jugaban tranquilamente con unos tapones viejos delante de la ventana, les dio un beso y les dijo en voz baja:

—Portaos muy bien y no hagáis ruido, que papá está durmiendo.

Cuando salió del cuarto, las risas amortiguadas de Claude y de Étienne era lo único que sonaba en el hondo silencio, bajo aquel techo negro. Eran las diez. El sol entraba por la ventana entornada formando una raya.

En el bulevar, Gervaise giró a mano izquierda por la calle Neuve-de-la-Goutte-d'Or. Al pasar delante de la tienda de la señora Fauconnier, la saludó con un ademán de la cabeza. El lavadero al que iba se encontraba hacia el centro de la calle, en el punto donde la acera empezaba a empinarse. Por encima de un edificio plano, surgía la redondez gris de tres depósitos de agua enormes, unos cilindros de cinc con pernos bien apretados; mientras que detrás se alzaba el tendedero, una segunda planta muy alta, cerrada por todos los lados con persianas de láminas finas, a través de las que circulaba el aire de fuera y que dejaban entrever las prendas de ropa que

se secaban tendidas en alambres de latón. A la derecha de los depósitos, la tubería estrecha de la máquina de vapor soltaba, con aliento brusco y regular, bufidos de humo blanco. Gervaise, sin recogerse las faldas, como una mujer acostumbrada a los charcos, se metió por la puerta, empantanada con garrafas de lejía. Ya conocía a la dueña del lavadero, una mujercita endeble, con los ojos enfermos, sentada en un despacho acristalado con los registros delante, y estanterías con pastillas de jabón, bolas de añil y bicarbonato de sodio en paquetes de libra. Y al pasar le pidió que le devolviera su paleta y su cepillo, que le había dejado para que los guardara la última vez que fue a lavar. Tras esto, después de coger un número, entró.

Era una nave inmensa, de techo plano con vigas vistas apoyado sobre pilares de hierro colado y cerrada mediante amplias ventanas claras. La luz lívida entraba a raudales a través del vapor caliente que flotaba como una niebla lechosa. De algunos rincones subían humos que se estiraban y anegaban los fondos tras un velo azulado. Llovía una humedad pesada, cargada de un olor jabonoso, un olor mustio, madoroso, constante; a ratos, se imponían soplos de lejía más intensos. A lo largo de los golpeaderos que corrían a ambos lados del pasillo central, había filas de mujeres, con los brazos al aire hasta el hombro, el cuello al aire, las faldas arremangadas que dejaban al descubierto medias de color y zapatos gruesos de cordones. Golpeaban con saña, se reían, se inclinaban hasta el fondo de las tinas, deslenguadas, brutales, desgarbadas, ensopadas como en un chaparrón, con las carnes enrojecidas y humeantes. En derredor, por debajo de ellas, corrían abundantes regueros, de los cubos de agua caliente que circulaban y se vaciaban de una tirada, de los grifos de agua fría abiertos, chorreando desde lo alto, de las salpicaduras de las paletas, del goteo de la ropa enjuagada y de las charcas en las que chapoteaban, que se escurrían formando arroyuelos por las losas inclinadas. En medio de los gritos, de los golpes rítmicos, del sonido murmurante de lluvia, de ese clamor de tormenta que se ahogaba bajo el techo mojado, la máquina de vapor, a la derecha, blanca por el rocío menudo que la cubría, jadeaba y roncaba sin tregua, con la danza trepidante del volante que parecía regir la amplitud del estrépito.

Entre tanto, Gervaise, con pasitos cortos, avanzaba por el pasillo, mirando a derecha e izquierda. Llevaba el hato de ropa colgado del brazo, con la cadera subida, todavía más coja, entre el ir y venir de las lavanderas que la empujaban.

—¡Eh, niña! ¡Por aquí! —gritó el vozarrón de la señora Boche.

Cuando la joven llegó hasta ella, a la izquierda, al fondo del todo, la portera, que estaba frotando con saña un calcetín, se puso a hablar seguido y sin dejar la tarea:

—Póngase aquí, le he guardado sitio... ¡Huy, yo no voy a tardar mucho! Boche casi no ensucia la ropa... ¿Y usted? Tampoco le llevará mucho, con ese hato tan pequeño. Antes del mediodía nos lo habremos quitado de encima y podremos ir a almorzar... Yo le daba la ropa a una lavandera de la calle de Poulet, pero lo dejaba todo raído, con tanto cloro y tanto cepillo. Así que ahora la lavo yo misma. Eso que salgo ganando. No me cuesta más que el jabón... Oiga, esas camisas las tendría que haber escaldado. ¡Pero qué puercos son los críos! Parece que cagan hollín.

Gervaise deshacía el hato y extendía las camisas de los niños; cuando la señora Boche le aconsejó que cogiera un cubo de lejía para colarlas, le contestó:

—¡Qué va! Basta con el agua caliente... Yo entiendo de esto.

Había separado la ropa y dejado aparte las pocas prendas de color. Acto seguido, tras llenar la tina con cuatro cubos de agua fría del grifo que tenía detrás, sumergió el montón de ropa blanca, y, subiéndose la falda, sujetándola entre los muslos, se metió en una banca que le llegaba hasta el

vientre.

—Con que entiende, ¿eh? —repetía la señora Boche—. Usted era lavandera en su tierra, ¿verdad, niña?

Gervaise, con la camisa arremangada, mostrando los hermosos brazos de rubia, aún jóvenes, apenas sonrosados en los codos, estaba empezando a restregar la ropa. Acababa de extender una camisa en la tabla estrecha del golpeadero, que el desgaste del agua había corroído y blanqueado; la frotaba con jabón, le daba la vuelta, la frotaba del otro lado. Antes de contestar, empuñó la paleta y se puso a dar golpes, gritando las frases, acompasándolas con paletazos contundentes y rítmicos.

—Sí, sí, lavandera... Desde los diez años... De eso hace doce años... Íbamos al río... Olía mejor que aquí... Daba gusto verlo, había un rinconcito, debajo de los árboles... con el agua clara corriendo... En Plassans, ¿sabe?... ¿No conoce Plassans?... ¿Cerca de Marsella?...

—¡Vaya tunda! —exclamó la señora Boche, maravillada con la contundencia de los paletazos—. ¡La muy tunanta, que podría aplanar hierro, con esos brazos de señorita!

Siguió la conversación, a voces. En ocasiones, la portera tenía que inclinarse hacia delante porque no oía. Gervaise golpeó toda la ropa blanca ¡con mano firme! Luego la volvió a sumergir en la tina y sacó de nuevo las prendas una por una para enjabonarlas por segunda vez y darles con el cepillo. Con una mano, sujetaba la prenda en el golpeadero; con la otra, agarrando el breve cepillo de grama, sacaba de la ropa una espuma sucia que formaba largos churretes al caer. Entonces, con el ruidito del cepillo, las dos mujeres se juntaron y charlaron con mayor intimidad.

—No, no estamos casados —prosiguió Gervaise—. Tampoco lo oculto. Lantier no es tan bueno como para que una quiera ser su mujer. Si no fuera por los niños, ¡aire!... Yo tenía catorce años y él dieciocho cuando nació el mayor. El otro llegó a los cuatro años... Pasó como pasa siempre, ya sabe. Yo en casa no era feliz; Macquart, mi padre, me soltaba puntapiés en la espalda por un quítame allá esas pajas. Entonces, ¡qué caramba!, a una se le ocurre ir a divertirse fuera... Nos habríamos casado, pero a saber por qué, nuestros padres no quisieron.

Se sacudió las manos, que se enrojecían bajo la espuma blanca.

—Lo dura que es el agua de París —dijo.

La señora Boche ya solo lavaba remoloneando. Se paraba, alargaba el enjabonado para quedarse ahí, enterándose de esa historia que llevaba quince días picándole la curiosidad. En el rostro orondo, la boca estaba medio abierta; los ojos saltones relucían. Pensaba, con la satisfacción de haber acertado: «Ahí está, esta niña habla demasiado. Ha habido pelea».

Y luego, en voz alta:

—Entonces, ¿no es un buen hombre?

—¡Qué va a ser! —contestó Gervaise—. Allí me trataba muy bien, pero desde que estamos en París no puedo con él... Debo decirle que su madre murió el año pasado y le dejó algo, unos mil setecientos francos. Él quería venirse a París. Y como padre me seguía soltando bofetones sin venir a cuento, acepté venirme con él; hicimos el viaje con los dos niños. Él me iba a establecer como lavandera y a trabajar en su oficio de sombrerero. Íbamos a ser muy felices... Pero, ya ve, Lantier es un ambicioso, un manirroto, un hombre que solo piensa en divertirse. Que no vale mucho, vaya... Así que nos hospedamos en el hotel Montmartre, en la calle de Montmartre. Y todo eran cenas, carruajes, teatro, un reloj para él, un vestido de seda para mí; porque no tiene mal corazón cuando tiene dinero. Así que entenderá que, con tanto ajetreo, al cabo de dos meses

estábamos tiesos. Entonces fue cuando fuimos a vivir al hotel Boncœur y empezó la vida perra...

Se interrumpió, con un nudo repentino en la garganta y conteniendo las lágrimas. Había terminado de cepillar la ropa.

—Tengo que ir a buscar el agua caliente —murmuró.

Pero la señora Boche, muy contrariada de que cesaran así las confidencias, llamó al mozo del lavadero, que pasaba por allí.

—Charles, querido, sea bueno y vaya a buscar un cubo de agua caliente para la señora, que tiene prisa.

El mozo cogió el cubo y lo trajo lleno. Gervaise pagó, eran cinco céntimos por cubo. Vertió el agua caliente en la tina y enjabonó la ropa por última vez, con las manos, doblándose encima del golpeadero, en medio de un vapor que le prendía redes de humo gris en el pelo rubio.

—Tenga, ponga unas sales, mujer, las tengo aquí —dijo la portera, solícita.

Vació en la tina de Gervaise el fondo de una bolsa de bicarbonato de sodio que había llevado. También le ofreció lejía, pero la joven la rechazó; servía para las manchas de grasa y de vino.

—Lo veo un poco mujeriego —retomó la señora Boche refiriéndose a Lantier, sin nombrarlo.

Gervaise, doblada por la cintura y con las manos hundidas y crispadas en la ropa, se limitó a sacudir la cabeza.

—Sí, sí —continuó la otra—, me he fijado en varias cosillas...

Pero se defendió con vehemencia ante la brusca reacción de Gervaise, que se había incorporado, muy pálida y la miraba fijamente.

—¡Huy, pero yo no sé nada!... Le gusta pasárselo bien, eso es todo... Por eso las dos muchachas que viven en nuestra casa, Adèle y Virginie, usted las conoce, pues resulta que bromea con ellas, y la cosa se queda ahí, estoy segura.

La joven, muy tiesa delante de ella, con el rostro cubierto de sudor y los brazos chorreando, seguía mirándola, con una mirada fija y profunda. Entonces la portera se enfadó, se golpeó el pecho con el puño para dar su palabra de honor. Gritaba:

—¡Que no sé nada, mujer, se lo estoy diciendo!

Luego, recuperando la calma, añadió con voz empalagosa, como se le habla a alguien para quien la verdad no vale nada:

—A mí me parece que tiene ojos sinceros... Se casará con usted, niña, ¡se lo prometo!

Gervaise se enjugó la frente con la mano mojada. Sacó del agua otra prenda de ropa, volviendo a menear la cabeza. Estuvieron las dos un rato calladas. En derredor, el lavadero se había tranquilizado. Estaban dando las once. La mitad de las lavanderas, sentadas con una sola pierna al borde de su tina, con una botella de vino abierto a sus pies, comían salchichas en bocadillo. Solo las amas de casa que habían ido a lavar sus reducidos hatos de ropa se apresuraban, mirando el reloj de ojo de buey que había colgado encima del despacho. Aún sonaban algunos paletazos, espaciados, entre las risas más quedas y las conversaciones que se volvían pastosas en el sonido glotón de las mandíbulas; entre tanto, la máquina de vapor, que seguía funcionando sin descansar ni detenerse, parecía alzar la voz, vibrante y roncadora, llenando la inmensa sala. Pero ninguna de esas mujeres la oía; era como la propia respiración del lavadero, un aliento abrasador que acumulaba bajo las vigas del techo el eterno vaho que flotaba. El calor se volvía insoportable; a la izquierda, el sol entraba por las elevadas ventanas, formando

rayas y encendiendo el vapor humeante con capas opalinas, de un gris rosado y un gris azulado muy suaves. Y, como empezaban a elevarse quejas, el mozo Charles iba de una ventana a otra para echar unos toldos de lona gruesa, tras lo cual pasó al otro lado, el de la sombra, y abrió los montantes. Lo vitoreaban y aplaudían; circulaba una corriente de alegría inmensa. Las lavanderas, con la boca llena, ya tan solo gesticulaban empuñando las navajas abiertas. Hasta que incluso las últimas paletas acabaron por callar. Se formaba un silencio tal que se oía regularmente, en el otro extremo, el chirrido de la pala del fogonero, que cogía el carbón del suelo y lo arrojaba al fogón de la máquina.

Mientras, Gervaise lavaba la ropa de color en el agua caliente, grasa de jabón, que no había tirado. Cuando terminó, se acercó a un caballete y arrojó encima todas las prendas que formaban en el suelo charcos azulados. Empezó a aclarar. A su espalda, el grifo de agua fría corría sobre una tina muy amplia, sujeta al suelo con dos barras de madera atravesadas por arriba para colocar la ropa. Por encima, en el aire, pasaban otras dos barras donde la ropa terminaba de escurrirse.

—Bueno, pues ya casi está, y no me quejo —dijo la señora Boche—. Me quedo para ayudarla a retorcer todo esto.

—¡Huy, se lo agradezco mucho, pero no vale la pena! —dijo la joven, que heñía y meneaba las prendas de color en el agua limpia—. Si tuviera sábanas, no le diría que no.

Pero no le quedó más remedio que aceptar la ayuda de la portera. Estaban retorciendo las dos, cada una por un extremo, una falda, una prenda de lana fina, marrón y mal teñida, que soltaba un agua amarillenta, cuando la señora Boche exclamó:

—¡Anda! ¡La espingarda de Virginie!... ¿Qué viene a lavar aquí esa, con sus cuatro harapos en un pañuelo?

Gervaise alzó la cabeza con prontitud. Virginie era una muchacha de su edad, más alta que ella, morena, guapa a pesar del rostro un poco alargado. Llevaba un viejo vestido negro de volantes y una cinta roja al cuello, y se había peinado con esmero, sujetándose el moño con una redecilla de felpilla azul. Se quedó un instante en medio del pasillo principal, entornando los ojos como si buscara; cuando vio a Gervaise, se acercó para pasar muy cerca de ella, tiesa, insolente, contoneando las caderas, y se colocó en la misma fila, cinco tinas más allá.

—¡Menudo capricho! —seguía diciendo la señora Boche, bajando la voz—. Nunca enjabona un par de mangas... ¡Valiente gandula está hecha, se lo digo yo! ¡Una costurera que ni siquiera se recose las botinas! ¡Igualita que su hermana, la bruñidora, esa bribona de Adèle, que falta al taller dos días de cada tres! Nadie les conoce ni padre ni madre, ni se sabe de qué viven, y si alguien quisiera hablar... ¿Qué está frotando ahí? ¿Eh? ¿Unas enaguas? ¡Pues bien cochinas están, habrán visto de todo, las dichosas enaguas!

La señora Boche, a todas luces, quería darle gusto a Gervaise. Lo cierto era que solía tomar el café con Adèle y Virginie, cuando las chiquillas tenían dinero. Gervaise no contestaba, se daba prisa, con las manos febriles. Acababa de preparar el azulete en una tina pequeña con tres patas. Remojaba las prendas blancas, las removía un momento en el fondo del agua teñida, cuyo reflejo adoptaba un toque de laca; luego, después de retorcerlas un poco, las colocaba alineadas en las barras de madera, arriba. Mientras realizaba esta tarea, le daba la espalda ostensiblemente a Virginie. Pero oía las risitas burlonas y notaba las miradas que le lanzaba de soslayo. Diríase que Virginie no había ido sino para provocarla. Un instante en que Gervaise se dio la vuelta, se quedaron mirándose, fijamente.

—No le haga ni caso —murmuró la señora Boche—. Tampoco van a agarrarse del moño... ¡Si ya le digo que no ha pasado nada! ¡No es ella, mujer!

En ese momento, según colgaba la joven la última prenda, sonaron risas en la puerta del lavadero.

—¡Dos niños que preguntan por su madre! —gritó Charles.

Todas las mujeres se inclinaron. Gervaise reconoció a Claude y Étienne. En cuanto la vieron, echaron a correr hacia ella, cruzando los charcos, golpeando las losas con los talones de los zapatos sin atar. Claude, el mayor, le daba la mano a su hermanito. A su paso, las lavanderas soltaban gritos enternecidos al verlos sonreír aun estando algo asustados. Se quedaron ahí plantados, delante de su madre, sin soltarse, alzando aquellas cabecitas rubias.

—¿Os manda papá? —preguntó Gervaise.

Pero al agacharse para atarle a Étienne los cordones de los zapatos, vio que Claude balanceaba en el dedo la llave del cuarto, con su número de cobre.

—¡Anda! ¡Me traes la llave! —dijo muy sorprendida—. ¿Y eso por qué?

El niño, al ver la llave que se le había olvidado que llevaba en el dedo, pareció acordarse y gritó con su voz limpia:

—Papá se ha marchado.

—Ha ido a buscar el almuerzo. ¿Os ha dicho que vengáis aquí a buscarme?

Claude miró a su hermano y titubeó, pues no sabía más. Y luego soltó de carrerilla:

—Papá se ha marchado... Se tiró de la cama, metió todas las cosas en el baúl y bajó el baúl a un coche... Se ha marchado.

Gervaise, acuclillada, se incorporó despacio, con la cara blanca, llevándose las manos a las mejillas y a las sienes, como si oyera que se le rajaba la cabeza. Y tan solo se le ocurrió una cosa que decir, repitiéndola veinte veces en el mismo tono:

—¡Ay, Dios mío!... ¡Ay, Dios mío!... ¡Ay, Dios mío!...

Mientras tanto, la señora Boche, a su vez, le hacía preguntas al niño, de lo más animada por encontrarse metida en esa historia.

—Vamos a ver, hijito, hay que contar las cosas... Fue él quien cerró la puerta y os dijo que trajerais la llave, ¿verdad? —Y, bajando la voz, al oído de Claude—: ¿Iba alguna señora en el coche?

El niño volvió a turbarse. Contó otra vez la historia, con expresión triunfante:

—Se tiró de la cama, metió todas las cosas en el baúl y se marchó.

Como la señora Boche lo dejaba ir, llevó a su hermano hasta el grifo. Los dos se entretuvieron haciendo correr el agua.

Gervaise no podía llorar. Se ahogaba, apoyada de espaldas contra la tina y el rostro aún entre las manos. La sacudían breves escalofríos. A ratos, se le escapaba un prolongado suspiro, mientras se hundía más los puños en los ojos, como para anonadarse en la oscuridad de su abandono. Sentía como si estuviera cayéndose al fondo de un agujero de tinieblas.

—¡Vamos, niña, qué diantre! —susurraba la señora Boche.

—¡Si usted supiera! ¡Si usted supiera! Esta mañana me mandó ir a empeñar mi chal y mis camisas para pagar ese coche...

Y lloró. El recuerdo de la visita al monte de piedad, que concretaba un hecho de la mañana, le había arrancado los sollozos que tenía atascados en la garganta.

Esa visita le resultaba abominable, era lo que más le dolía en su desesperación. Las lágrimas le corrían por la barbilla que las manos ya habían mojado, sin que se le ocurriese siquiera usar el pañuelo.

—Sea razonable, cállese, la están mirando —repetía la señora Boche, que la rondaba muy solícita—. ¡Cómo puede alguien disgustarse tanto por un hombre!... Pobrecita mía, seguía queriéndolo, ¿eh? Y eso que hace un rato estaba rabiosa con él. Y ahora aquí está llorándolo, que da pena verla... ¡Dios mío, pero qué tontas somos!

Luego se puso maternal.

—¡Una mujercita tan linda como usted!... ¡Que parece mentira!... Ahora sí que se lo puedo contar todo, ¿no? Fíjese que cuando pasé por debajo de su ventana, ¿recuerda?, ya me olía algo... Resulta que esta noche, cuando Adèle volvió a casa, oí los pasos de un hombre además de los suyos. Así que quise saber más y miré en la escalera. El individuo ya estaba por el segundo piso, pero pude reconocer la levita del señor Lantier. Boche, que estaba haciendo la ronda, esta mañana lo vio bajar tan campante... Fue con Adèle, ¿me oye? Virginie ahora tiene un caballero a cuya casa va dos veces por semana. Tampoco es que esté muy clara la cosa, porque no tienen más que una habitación y una alcoba, y no se me ocurre dónde habrá dormido Virginie.

Se interrumpió un instante para darse la vuelta y prosiguió con su vozarrón ahogado:

—Se está riendo de verla llorar a usted, la muy desalmada. Apuesto lo que sea a que lo de venir a lavar es una farsa. Ha despachado a los otros dos en el coche y ha venido aquí para contarles qué cara ponía usted.

Gervaise apartó las manos. Cuando vio a Virginie, entre otras tres o cuatro mujeres, cuchicheando y mirándola abiertamente, enloqueció de ira. Con los brazos hacia delante, buscando por el suelo, girando sobre sí misma y con todos los miembros temblándole, dio unos pasos, encontró un cubo lleno, lo agarró a dos manos y lo vació de una tirada.

—¡Serás desgraciada! —gritó la espingarda de Virginie.

Había saltado hacia atrás y solo se le habían mojado las botinas. Mientras, todo el lavadero, al que las lágrimas de la joven tenían revolucionado desde hacía un rato, se atropellaba para ver la batalla. Algunas lavanderas, que estaban acabándose el pan, se subieron a las tinas. Otras acudieron prestas, con las manos llenas de jabón. Se formó un corrillo.

—¡Qué desgraciada! —repetía Virginie—. ¿Qué bicho le ha picado a esa fiera?

Gervaise, parada en seco, con la barbilla tendida y la cara convulsa, no contestaba, al no tener aún el desparpajo parisino. La otra continuó:

—¡Vete por ahí! Si ya no puede más de andar rodando por provincias, que no había cumplido los doce y ya les servía de jergón a los soldados, se dejó una pierna en su tierra... La pierna que se le cayó de tan podrida...

Cundió la risa. Virginie, viéndose triunfar, se acercó dos pasos, estirándose cuan larga era y gritando más alto:

—¡Venga! ¡Acércate si te atreves, a que te dé lo tuyo! ¿Sabes?, no te conviene venir aquí a fastidiarnos... ¡Como si yo tuviera algo que ver con semejante pendón! Si me llega a dar, anda que no le habría arremangado las enaguas; vaya que sí. Que diga al menos qué le he hecho yo... A ver, fulana, ¿a ti qué te han hecho?

—Menos cháchara —tartamudeó Gervaise—. De sobra lo sabe... Anoche vieron a mi marido... Y cállese porque voy a estrangularla, ni lo dude.

—¡Su marido, dice! ¡Esa sí que es buena! ¡El marido de la señora! ¡Como si se pudiera tener marido con esas pintas! No es culpa mía si te ha dejado plantada. Ni que te lo hubiera robado yo. Que me registren... Por si quieres saberlo, ¡a ese hombre lo tenías amargado! Era demasiado bueno para ti... Al menos, llevaría puesto el collar. ¿Quién ha encontrado al marido de la señora?... Se recompensará...

Volvieron las risas. Gervaise, casi en voz baja, seguía conformándose con murmurar:

—Lo sabe de sobra, lo sabe de sobra... Ha sido su hermana, la estrangularía, a su hermana...

—Eso, ahora la tomas con mi hermana —replicó Virginie con una risa burlona—. ¡Ah, que ha sido mi hermana! Puede ser, mi hermana tiene más clase que tú... Pero ¡a mí qué me cuentas! ¿Es que no puede una lavarse la ropa tranquilamente? ¡Déjame en paz, me oyes, porque ya he tenido bastante!

Y fue ella la que volvió, después de haber dado cinco o seis paletazos, embriagada por los insultos, desbocada. Se calló y repitió la jugada tres veces:

—¡Pues mira, sí, ha sido mi hermana! Hala, ¿estás contenta?... Los dos se adoran. ¡Tendrías que ver cómo se besuquean!... ¡Y te ha plantado con tus bastardos! ¡Qué niños tan guapos, con la cara llena de mugre! Uno es de un gendarme, ¿verdad? Y a otros tres los mataste porque no querías exceso de equipaje al venir aquí... Nos lo ha contado tu Lantier. ¡Huy, hay que oír lo que cuenta, estaba harto de tus huesos!

—¡Guarra! ¡Guarra! ¡Guarra! —vociferó Gervaise, fuera de sí, temblando otra vez de ira.

Se dio la vuelta y buscó de nuevo por el suelo; como solo encontró la tina pequeña, la agarró por las patas y lanzó el agua con azulete a la cara de Virginie.

—¡Perra! ¡Me ha echado a perder el vestido! —gritó esta, que tenía un hombro empapado y la mano derecha teñida de azul—. ¡Ahora verás, perdida!

A su vez, agarró un cubo y se lo vació encima a la joven. Entonces comenzó una tremenda batalla. Ambas corrían bordeando las tinas, arrebatando cubos llenos para regresar a tirárselos a la cabeza. Cada diluvio lo acompañaban de grandes voces. Ahora incluso Gervaise respondía:

—¡Toma, escoria!... Chúpate esa, a ver si te calma el escozor.

—¡Ah, la muy cerda! Toma esto para la mugre. A ver si te lavas por una vez en la vida.

—¡Sí, sí, a ti te voy a desalar yo, so mojama!

—¡Ahí va otro!... Enjuágate los dientes, arréglate para montar guardia esta noche, en la esquina de la calle Belhomme.

Acabaron llenando los cubos en los grifos. Y mientras esperaban a que estuvieran llenos, seguían poniéndose verdes. Los primeros cubos, mal lanzados, apenas las tocaban. Pero no tardaron en aprender a baldearse. Virginie fue la primera que recibió en plena cara; el agua, al meterse por el cuello, se le escurrió por la espalda y el pecho, empapándola debajo del vestido. Todavía estaba aturdida cuando le llegó otro al bies, arreándole un bofetón en la oreja izquierda y calándole el moño, que se desenroscó como un cordel. Gervaise primero recibió en las piernas; el cubo le encharcó los zapatos y la salpicó hasta los muslos; otros dos le anegaron las caderas. De hecho, pronto resultó imposible saber dónde recibían. Estaban una y otra caladas de arriba abajo, con el corpiño aplastado contra los hombros, la falda pegada a la rabadilla, enflaquecidas, tiesas, tiritando, goteando por todas partes como paraguas en plena tormenta.

—¡Pero qué chuscas están! —dijo la voz ronca de una lavandera.

El lavadero se estaba divirtiendo de lo lindo. Todo el mundo se había apartado para no

recibir salpicaduras. Aplausos y bromas se elevaban entre el ruido de esclusa del baldeo. Por el suelo rebosaban los charcos, las dos mujeres chapoteaban dentro hasta los tobillos. Entonces Virginie, actuando a traición, se apoderó de pronto de un cubo de agua de colada hirviendo que una de sus vecinas había dejado allí y lo lanzó. Hubo un grito. Todo el mundo pensó que había abrasado a Gervaise. Pero solo se había quemado un poco el pie izquierdo. Y, con todas sus fuerzas, exasperada de dolor, esta vez sin llenarlo, arrojó el cubo contra las piernas de Virginie, que cayó al suelo.

Todas las lavanderas hablaban a la vez.

—¡Le ha roto una pata!

—¡Es que la otra casi la cuece viva, caramba!

—Ha hecho bien la rubia, ¡que le han quitado a su hombre!

La señora Boche alzaba los brazos al cielo, vociferando. Prudentemente, se había apartado entre dos tinas; y los niños, Claude y Étienne, llorando y atragantándose, aterrorizados, se le colgaban de las faldas sin dejar de gritar una palabra, «¡Mamá! ¡Mamá!», que se quebraba entre sollozos. Cuando vio a Virginie tirada en el suelo, acudió corriendo a tirarle a Gervaise de las faldas, diciendo una y otra vez:

—¡Vamos, déjelo ya! Sea razonable... De verdad que se me abren las carnes, jamás se ha visto semejante degollina.

Pero retrocedió y volvió a refugiarse entre las dos tinas con los niños. Virginie se acababa de lanzar al cuello de Gervaise. Se lo apretaba, tratando de estrangularla. Entonces esta última, con una violenta sacudida, se zafó y se colgó a su vez de la cola del moño, como si quisiera arrancarle la cabeza. La batalla se reanudó, muda, sin un solo grito, sin un insulto. Las mujeres no luchaban cuerpo a cuerpo, se atacaban la cara, con las manos abiertas como garras, pellizcando y arañando lo que pillaban. De un tirón, la espingarda morena se quedó sin la cinta roja y la redecilla de felpilla azul; el corpiño, que se le había desgarrado en el cuello, le dejó al descubierto la piel, un buen pedazo del hombro; mientras que la rubia, desvestida, con una manga de la camisola blanca quitada sin saber cómo, tenía un siete en la camisa que le dejaba al aire el pliegue de la cintura. Los jirones de tela salían volando. La primera sangre fue la de Gervaise, tres largos arañazos desde la boca hasta debajo de la barbilla; y se protegía los ojos, los cerraba con cada bofetón, por miedo a que la dejara tuerta. Virginie aún no sangraba. Gervaise le apuntaba a las orejas, se enfurecía por alcanzarlas, hasta que por fin agarró uno de los pendientes, una pera de vidrio amarillo; tiró, desgarró el lóbulo; corrió la sangre.

—¡Se están matando! ¡Hay que separar a esas bestias! —dijeron varias voces.

Las lavanderas se habían acercado. Se formaron dos bandos: unas azuzaban a las dos mujeres como a dos perras que se peleaban; las otras, más impresionables, temblorosas, volvían la cabeza, ya tenían bastante, repetían que les iba a dar algo, seguro. Y a punto estuvo de comenzar una batalla general; unas a otras se tachaban de desalmadas, de haraganas; se estiraban brazos desnudos; resonaron tres bofetadas.

Mientras, la señora Boche buscaba al mozo del lavadero.

—¡Charles! ¡Charles!... ¿Dónde se ha metido?

Lo encontró en primera fila, mirando, con los brazos cruzados. Era un mocetón con el cuello enorme. Se reía y disfrutaba de los retazos de piel que enseñaban las dos mujeres. La rubia menuda estaba entradita en carnes. Tendría gracia que se le rasgara la camisa.

—¡Anda! —murmuró guiñando un ojo—, tiene un antojo debajo del brazo.

—¡Pero bueno! ¡Está usted aquí! —gritó la señora Boche al verlo—. ¡Ayúdenos a separarlas, hombre!... ¡Usted sí que puede separarlas!

—¡De eso nada, gracias! ¡Si solo estoy yo! —dijo tan tranquilo—. Para que me arreen en el ojo, como el otro día, ¿no?... No estoy aquí para eso, tendría demasiado que hacer... ¡No hay de qué asustarse, mujer! No les viene mal que las sangren un poco. Las vuelve más tiernas.

La portera habló entonces de avisar a los guardias. Pero la dueña del lavadero, la joven delicada con los ojos enfermos, se negó rotundamente. Repitió varias veces:

—No, no, no quiero hacerlo, le crea mala fama al local.

En el suelo, la pelea continuaba. De pronto, Virginie se irguió de rodillas. Blandía una paleta que acababa de recoger. Bramaba con una voz que parecía distinta:

—¡Espera, que vas a cobrar! ¡Prepara la ropa sucia!

Gervaise alargó la mano con presteza, agarró otra paleta y la mantuvo en alto como una maza.

—¡Ah, así que quieres lavar a fondo!... ¡Tráeme tu pellejo, que voy a hacer trapos con él!

Se quedaron allí un instante, de rodillas, amenazándose. Con el pelo en la cara, el pecho jadeante, embarradas e hinchadas, se acechaban, esperando y recuperando el aliento. Gervaise dio el primer golpe; su paleta resbaló en el hombro de Virginie. Se echó a un lado para esquivar la paleta de esta, que le rozó la cadera. Entonces, ya lanzadas, se golpearon como las lavanderas golpean la ropa, contundente y rítmicamente. Cuando se tocaban, el golpe sonaba amortiguado, como una palmada en un cubo de agua.

En torno suyo las lavanderas ya no se reían; algunas se habían marchado, diciendo que se les revolvían las tripas; las demás, las que se habían quedado, estiraban el cuello mientras en los ojos les brillaba un resplandor cruel y opinaban que esas chicarronas eran tremendas. La señora Boche se había llevado a Claude y a Étienne, y desde el otro extremo llegaba el clamor de sus sollozos mezclados con el sonoro golpeteo de las dos paletas.

Pero, de repente, Gervaise chilló. Virginie acaba de darle de lleno en el brazo desnudo, por encima del codo; apareció una roncha roja y enseguida se inflamó la carne. Entonces embistió a Virginie. Todas creyeron que iba a descalabrarla.

—¡Basta, basta! —gritaban.

Tenía una cara tan terrible que nadie se atrevió a acercarse. Con redoblada fuerza, agarró a Virginie por la cintura, se la dobló y le pegó la cara contra las losas, con la rabadilla para arriba; a pesar de las sacudidas, le levantó las faldas completamente. Virginie llevaba debajo un pantalón. Gervaise metió la mano por la abertura, se lo arrancó y le dejó todo al aire, los muslos desnudos, las nalgas desnudas. A continuación, alzando la paleta, empezó a golpearla, igual que golpeaba antes en Plassans, a orillas del Viorne, cuando su maestra lavaba la ropa del cuartel. La madera chocaba contra las carnes con un ruido mojado. A cada golpe, una banda roja veteaba la piel blanca.

—¡Oh! ¡Oh! —murmuraba Charles, el mozo, maravillado, con los ojos muy abiertos.

De nuevo cundieron las risas. Pero no tardaron en volver a gritar «¡Basta! ¡Basta!». Gervaise no lo oía ni tampoco se cansaba. Estaba pendiente de su faena, echada hacia delante, preocupada por que no quedara ni un trozo seco. Quería dejar toda esa piel golpeada, cubierta de confusión. Parloteaba, presa de una alegría feroz, recordando una canción de lavanderas:

—¡Pam, pam! Margot en el río... ¡Pam, pam! Lava con paleta... ¡Pam, pam! Su corazoncito... ¡Pam, pam! Negro de tristeza...

Y seguía:

—Este para ti, este para tu hermana, este para Lantier... Cuando los veas, se los das... ¡Cuidado, vuelta a empezar! Este para ti, este para tu hermana, este para Lantier... ¡Pam, pam! Margot en el río... ¡Pam, pam! Lava con paleta...

Tuvieron que arrancarle a Virginie de las manos. La mocetona morena, con la cara llena de lágrimas, congestionada, recogió su ropa y salió huyendo; estaba derrotada. Entre tanto Gervaise volvía a ponerse la manga de la camisola y a atarse las faldas. Como le dolía el brazo, le pidió a la señora Boche que le colocara la ropa lavada en el hombro. La portera narraba la batalla, contaba sus emociones y hablaba de examinarle el cuerpo, por si acaso.

—Podría tener algo roto... He oído un golpe...

Pero la joven quería marcharse. No contestaba a las condolencias ni a la ovación locuaz de las lavanderas que la rodeaban, muy tiesas con sus delantales. Cuando tuvo la ropa cargada, se fue a la puerta, donde la estaban esperando los niños.

—Por dos horas son diez céntimos —le dijo, parándola, la dueña del lavadero, que había vuelto al despacho acristalado.

Diez céntimos, ¿por qué? Gervaise ya no entendía que le estaba pidiendo el importe de su plaza. Al final pagó los diez céntimos. Cojeando mucho bajo el peso de la ropa mojada que le colgaba del hombro, chorreando, con el codo amoratado y la mejilla ensangrentada, se marchó, llevando a rastras con los brazos desnudos a Étienne y a Claude, que correteaban a su lado, aún alterados y churretosos por haber llorado.

Tras ella, el lavadero reanudaba su enorme sonido de esclusa. Las lavanderas se habían comido el pan y bebido el vino, y golpeaban ahora más fuerte, con el rostro encendido, animadas por la refriega entre Gervaise y Virginie. A lo largo de la tinas volvía a agitarse un frenesí de brazos, perfiles angulosos de marionetas con el espinazo quebrado, los hombros torcidos, doblándose forzadamente como si tuvieran bisagras. Las conversaciones seguían de un extremo a otro de los pasillos. Las voces, las risas, las palabras gruesas se mezclaban con el atronador borboteo del agua. Los grifos escupían, los cubos baldeaban, un río corría por debajo de los golpeaderos. Era la tunda de después de comer, la ropa azotada a paletazos. En la sala inmensa, los humos se volvían rojizos y solo los atravesaban redondeles de sol, balas de oro que pasaban a través de los desgarrones de los toldos. Se respiraba allí el sofoco tibio de los olores jabonosos. De pronto, llenó la nave un vaho blanco; la tapa enorme de la caldera donde hervía la colada subía mecánicamente por una barra central de cremallera; el hueco abierto del cobre, al fondo de la estructura de ladrillo, exhalaba torbellinos de vapor que tenían el sabor dulce de la potasa. Mientras, a su lado, funcionaban los enjugadores; los líos de ropa, dentro de los cilindros de hierro colado, soltaban el agua al girar la rueda de la máquina, jadeante y humeante, que sacudía aún con mayor brío al lavadero con el continuo trajín de sus brazos de acero.

Según puso el pie en el pasadizo de entrada al hotel Boncœur, a Gervaise le volvieron las lágrimas. Era un pasadizo oscuro y estrecho, con un arroyo al pie de la pared para el agua sucia; al notar de nuevo ese hedor, pensaba en los quince días que había pasado allí con Lantier, quince días de miseria y peleas, cuyo recuerdo era ahora una añoranza dolorosa. Le parecía estar entrando en su abandono.

Arriba, el cuarto estaba desnudo, lleno de sol, con la ventana abierta. Con ese raudal de sol y esa capa de polvo dorado y danzante, el techo negro y el papel arrancado de las paredes daban lástima. Solo quedaba, en un clavo de la chimenea, una pañoleta pequeña de mujer, retorcida como un cordel. La cama de los niños estaba corrida en medio de la habitación dejando expedita la cómoda, cuyos cajones habían quedado abiertos y mostraban el interior vacío. Lantier se había lavado y había usado toda la pomada, diez céntimos de pomada en un naipe; el agua grasienta de sus manos llenaba la palangana. No se había dejado nada: en el rincón que hasta entonces ocupaba el baúl, a Gervaise le parecía que había un hueco inmenso. Ni siquiera encontró el espejito redondo que colgaba de la falleba. Entonces, tuvo una corazonada y miró encima de la chimenea: Lantier se había llevado las papeletas, el fajo rosa pálido ya no estaba allí, entre los candeleros de cinc desparejados.

Gervaise colgó la ropa lavada en el respaldo de una silla y se quedó de pie, dando vueltas, examinando los muebles, tan estupefacta que ya no le corrían las lágrimas. Le quedaban cinco céntimos de los veinte que había guardado para el lavadero. Entonces, al oír en la ventana la risa de Étienne y Claude, que ya se habían consolado, se acercó, les pasó los brazos por encima de la cabeza y se olvidó de todo por un instante, delante de la calzada gris donde por la mañana había visto despertarse al pueblo obrero, el trabajo gigantesco de París. A esa hora, la calle, al calor de las tareas del día, encendía una reverberación ardiente por encima de la ciudad, detrás del muro. A esa calle, con ese calor de horno, era adonde la arrojaban con los niños; con la mirada abarcó los bulevares exteriores, a derecha e izquierda, deteniéndose en ambos extremos, presa de un espanto sordo, como si la vida, en adelante, fuera a caber ahí, entre un matadero y un hospital.

II

Tres semanas después, a eso de las once y media de un hermoso día soleado, Gervaise y Coupeau, el oficial de cinquero, estaban comiéndose juntos una ciruela en aguardiente en el Tugurio del tío Colombe. Coupeau, que estaba fumándose un cigarrillo en la acera, la había obligado al cruzar la calle, cuando volvía de entregar ropa limpia; y la cesta grande y cuadrada de lavandera estaba en el suelo, a su lado, detrás de la mesita de cinc.

El Tugurio del tío Colombe estaba en la esquina de la calle de Les Poissonniers y del bulevar de Rochechouart. En el rótulo ponía, con letras alargadas y azules, una sola palabra: «Destilación», de punta a punta. En la puerta, en dos mitades de barril, había sendas adelfas polvorientas. El enorme mostrador, con sus hileras de vasos, su fuente y sus medidas de estaño, se alargaba a mano izquierda según se entraba; la amplia sala estaba decorada, en derredor, con grandes toneles pintados de amarillo claro, espejeantes de barniz, cuyos aros y espitas de cobre relucían. Más arriba, en los estantes, botellas de licor, tarros con frutas y todo tipo de frascos bien ordenados tapaban las paredes y reflejaban en el espejo de luna de detrás del mostrador sus manchas de vivo color, verde manzana, oro pálido o laca suave. Pero la curiosidad de la casa era, al fondo, detrás de una barrera de roble, en un patio acristalado, el aparato para destilar que los parroquianos veían funcionar, los alambiques de cuello alargado, los serpentines que se hundían en el suelo, una cocina diabólica donde acudían a soñar todos los obreros borrachines.

A esa hora del almuerzo, el Tugurio estaba vacío. Un hombre gordo de cuarenta años, el tío Colombe, con chaqueta de punto, servía a una niña de unos diez años, que le estaba pidiendo veinte céntimos de licor en una taza. Entraba por la puerta un raudal de sol que calentaba la tarima, siempre húmeda por los escupitajos de los fumadores. Del mostrador, de los toneles y de toda la sala subía un olor aguardentoso, un humo alcohólico que parecía densificar y embriagar las motas de polvo que volaban al sol.

Entre tanto Coupeau estaba liándose otro cigarrillo. Iba muy pulcro, con un blusoncillo y una gorra pequeña de retor azul, y se reía enseñando los dientes blancos. Con la mandíbula inferior prominente y la nariz algo aplastada, tenía hermosos ojos castaños y el rostro de un perro alegre y bonachón. El pelo, abundante y rizado, formaba una abultada mata. Conservaba aún la piel tierna de sus veintiséis años. Frente a él, Gervaise, con chaqueta chambra de mezclilla negra y sin sombrero, estaba acabando de comerse la ciruela, sujetándola por el rabito con la punta de los dedos. Se hallaban cerca de la calle, en la primera de las cuatro mesas alineadas delante de los toneles, delante del mostrador.

Cuando el cinquero hubo encendido el cigarrillo, apoyó los codos en la mesa, estiró la cabeza hacia delante y, sin decir nada, se quedó mirando un instante a la joven, cuya linda cara de rubia tenía aquel día la transparencia lechosa de la porcelana fina. Y, refiriéndose a un asunto que ambos sabían y ya habían tratado antes, él preguntó sencillamente, a media voz:

—¿Entonces es que no? ¿Su respuesta es no?

—Ay, pues claro que es no, señor Coupeau —respondió Gervaise, tranquila y sonriente—. No querrá que hablemos de eso aquí. Y eso que me había prometido que se iba a comportar. Si lo llego a saber, no habría dejado que me invitase.

Él no dijo nada y siguió mirándola, de muy cerca, con un cariño audaz y entregado; lo seducían sobre todo las comisuras de los labios de Gervaise, tan pequeñas y de color rosa pálido, un poco húmedas; cuando sonreía, dejaban ver el rojo intenso de la boca. Pero ella no se apartó y siguió igual de plácida y afectuosa. Al cabo de un silencio, prosiguió:

—Menuda ocurrencia. Si yo ya soy una mujer mayor; con un hijo de ocho añazos... ¿Qué íbamos a hacer usted y yo juntos?

—¡Hombre! —murmuró Coupeau entornando los ojos—. ¡Pues lo que hacen los demás!

Pero ella hizo un ademán de hastío.

—Ay, pero ¿acaso se cree que es todo diversión? Cómo se nota que no ha vivido con nadie... No, señor Coupeau, tengo que ocuparme de lo que importa. Del jolgorio no se saca nada, ¿me oye? En casa tengo dos bocas que alimentar, ¡y bien que tragan! ¿Cómo quiere que saque adelante a mi prole si ando de picos pardos?... Y fíjese, que la desgracia que tuve ha sido una buena lección. Los hombres ya no me interesan, ¿sabe? Va a pasar mucho antes de que me vuelvan a pillar.

Gervaise se expresaba sin ira, con mucha sensatez, muy fría, como si se tratara de sus tareas, de los motivos por los que no se puede almidonar un cubrecorsé. Se notaba que lo tenía preparado, después de madura reflexión.

Coupeau, conmovido, repetía:

—Qué disgusto me da, qué disgusto...

—Sí, ya lo veo —replicó ella—, y lo siento por usted, señor Coupeau... No se lo tome a mal. Si estuviera de humor para fiestas, ¡Señor!, lo elegiría a usted antes que a otro. Parece usted un buen chico y me trata bien. Nos entenderíamos, ¿verdad?, y llegaría hasta donde llegase. No me las doy de princesa, no digo que no hubiera podido pasar... Solo que ¿para qué, si no me apetece? Llevo quince días empleada con la señora Fauconnier. Los críos van a la escuela. Tengo trabajo, estoy a gusto... Así que lo mejor es quedarme como estoy, ¿o no? —Se agachó para recoger la cesta—. Me tiene usted de cháchara, y mientras la dueña me estará esperando... ¡Vamos, señor Coupeau! Ya encontrará a otra más guapa que yo y que no tenga que cargar con dos mocosos.

Él miraba el reloj de ojo de buey empotrado en el espejo. La volvió a sentar otra vez gritando:

—¡Espere, mujer! Solo son las once y treinta y cinco... Todavía me quedan veinticinco minutos... No se tema que haga alguna tontería, tenemos la mesa por medio... ¿O es que me odia tanto que no podemos ni charlar un rato?

Ella volvió a soltar la cesta para no hacerle un feo y hablaron como buenos amigos. Había almorzado antes de ir a entregar la ropa limpia. Él, aquel día, se había tomado a toda prisa la sopa y la carne para ir a acecharla. Gervaise, mientras contestaba complacida, miraba a través del cristal, entre los tarros de fruta en aguardiente, el trajín de la calle, donde a la hora de almorzar se formaba un tropel extraordinario. En las aceras, entre las casas apretujadas, todo eran pasos apresurados, brazos caídos y codeos sin fin. Los rezagados, obreros que se habían entretenido en el trabajo, con cara de pocos amigos por el hambre, cruzaban la calle dando zancadas y se metían en la tahona de enfrente; y cuando aparecían de nuevo, con una libra de pan debajo del brazo, se

iban tres puertas más allá, a Le Veau-à-Deux-Têtes, para almorzar un rancho de treinta y cinco céntimos. También había, al lado de la tahona, una frutera que vendía patatas fritas y mejillones con perejil; un constante desfile de obreras con delantales largos se llevaba los cucuruchos de patatas y de mejillones en tazas; otras, chicas guapas de trapillo, con aspecto delicado, compraban manojos de rábanos. Al inclinarse, Gervaise alcanzaba a ver también una chacinería atestada de gente, de la que salían niños llevando en la mano una chuleta empanada, una salchicha o un trozo de morcilla calentito, envueltos en un papel grasiento. Y, mientras tanto, a lo largo de la calzada pringosa de barro negro incluso cuando hacía bueno, entre el ruido de pasos de tanta gente moviéndose, algunos obreros salían ya de los figones, bajaban en pandilla, remoloneando, dándose palmadas en los muslos, ahítos de comida, calmosos y lentos en medio de los empujones de la turba.

Un grupo se había juntado a la puerta del Tugurio.

—¿Qué, Bibi-la-Grillade?[10] —preguntó una voz ronca—. ¿Invitas a una ronda de matarratas?

Entraron cinco obreros, que se quedaron de pie.

—¡Eh, tío Colombe, so ladrón! —continuó la voz—. Añejo para todos. ¡Y que sean vasos como Dios manda, no cáscaras de nuez!

El tío Colombe servía muy tranquilo. Llegaron otros tres obreros en cuadrilla. Poco a poco, se iban apiñando los blusones en el ángulo de la acera, se quedaban un rato ahí parados y acababan trasladándose dentro de la sala, entre las dos adelfas grises de polvo.

—¡Será bobo! ¡Usted solo piensa en cochinadas! —le estaba diciendo Gervaise a Coupeau —. Pues claro que lo quería... Solo que después de dejarme tirada de tan mala manera...

Estaban hablando de Lantier. Gervaise no había vuelto a verlo; creía que estaba viviendo con la hermana de Virginie, en La Glacière, en casa de ese amigo que iba a montar una fábrica de sombreros. De todas formas, ni se le pasaba por la cabeza ir corriendo tras él. Al principio se había llevado un disgusto tremendo; hasta quería tirarse al río; pero ahora había entrado en razón y todo iba a pedir de boca. Puede que con Lantier no hubiese podido criar a los niños, de tan manirroto que era. Si quería ir a darles un beso a Claude y Étienne, no le iba a dar con la puerta en las narices. Pero lo que es ella, antes prefería que la hicieran picadillo a que la tocara ni con la yema de los dedos. Y todo eso lo decía como una mujer resuelta, que tiene ya la vida bien planeada, mientras Coupeau, que no cedía en su deseo de que fuera suya, bromeaba, todo lo volvía indecente y le hacía preguntas muy crudas sobre Lantier, con tanta alegría y unos dientes tan blancos que a Gervaise ni se le ocurría ofenderse.

—¡Era usted quien lo zurraba a él! —terminó diciendo Coupeau—. Pero ¡qué mala mujer! Le va arreando a todo el mundo.

Ella lo interrumpió con una larga carcajada. Aunque sí que era cierto que le había arreado una buena a esa grandullona de Virginie. Aquel día, habría estrangulado a alguien de buena gana. Y se echó a reír aún más fuerte cuando Coupeau le contó que Virginie, desconsolada por haberlo enseñado todo, acababa de marcharse del barrio. Así y todo, Gervaise conservaba en el rostro un candor infantil; alargaba las manos rollizas, repitiendo que sería incapaz de matar a una mosca; solo sabía lo que eran los golpes por todos los que había recibido en su vida. De ahí pasó a hablar de su juventud, en Plassans. No era nada ligera; los hombres la aburrían; cuando Lantier la tomó, con catorce años, le pareció algo bonito, porque él decía que era su marido y ella se creía que

estaban jugando a los matrimonios. Su único defecto, aseguraba, era ser demasiado sensible, querer a todo el mundo, darlo todo por personas que luego le hacían mil jugarretas. Por eso, cuando quería a un hombre, no se acordaba de las meteduras de pata, solo soñaba con vivir siempre juntos y felices. Y como Coupeau se reía maliciosamente y le hablaba de sus dos hijos, a los que seguramente no habría empollado en el travesaño de la cama, ella le dio unos cachetes en los dedos y añadió que, por descontado, estaba cortada por el mismo patrón que las demás mujeres; solo que era un error creer que las mujeres solo pensaban en eso; a las mujeres lo que las preocupaba era su familia, se deslomaban en la casa, por las noches se acostaban demasiado cansadas como para no dormirse enseguida. Ella, además, se parecía a su madre, que de tanto trabajar se acabó muriendo, que había sido la bestia de carga de su padre, Macquart, durante más de veinte años. Ella aún estaba delgadita, mientras que su madre tenía unos hombros que derribaban las puertas al pasar; pero no por eso dejaban de parecerse en esa ansia de encariñarse con la gente. Si es que hasta lo de cojear un poco le venía de la pobre mujer, a la que Macquart molía a palos. Cien veces le había contado ella las noches en que su padre volvía borracho y la trataba con una galantería tan brutal que le partía los huesos; la propia Gervaise seguramente había salido de una de esas noches, con la pierna a rastras.

—Huy, pero si no es nada, casi ni se nota —dijo Coupeau para cortejarla.

Ella asintió la barbilla; sabía de sobra que sí que se notaba; a los cuarenta años estaría doblada por la mitad.

—Vaya gustos que tiene, para querer a una coja —añadió por lo bajo y con una risita.

Él, aún con los codos en la mesa, le acercó aún más la cara y la piropeó, aventurando las palabras, como para embriagarla. Pero ella seguía diciendo que no con la cabeza, sin dejar que la tentara, aunque arrullada por esa voz mimosa. Lo escuchaba, mirando hacia fuera, como si volviera a interesarla la creciente multitud. Ahora, en las tiendas vacías, los dueños pasaban la escoba; la frutera sacaba de la sartén la última tanda de patatas mientras el chacinero ponía en orden los platos desperdigados por el mostrador. De todos los figones salían bandadas de obreros; mozos barbudos se empujaban de una palmada, jugando como chiquillos, armando ruido con los zapatones herrados, arañando los adoquines al resbalar; otros, con ambas manos hundidas en los bolsillos, fumaban con aire meditabundo, con los ojos cara al sol, haciendo guiños. Era una invasión de la acera, de la calzada, de los arroyos, una riada perezosa que manaba de las puertas abiertas, se paraba entre los carruajes, formaba un rastro de blusones, blusoncillos y paletós viejos, pálido y desvaído a la luz rubia que se extendía por la calle. A lo lejos se oían las campanas de las fábricas, y los obreros, sin prisa ninguna, volvían a encender la pipa; luego, con la espalda encorvada, después de llamarse de una tasca a otra, se decidían a regresar al taller, arrastrando los pies. Gervaise se entretuvo siguiendo con la mirada a tres obreros, uno alto y dos bajitos, que se volvían cada diez pasos; acabaron de bajar la calle y se metieron de cabeza en el Tugurio del tío Colombe.

—¡Vaya —murmuró Gervaise—, cómo escurren el bulto esos tres!

—Anda —dijo Coupeau—, pero si conozco al alto: es Mes-Bottes,[11] un compañero.

El Tugurio se había llenado. La gente hablaba muy alto, dando voces que desgarraban el murmullo denso y ronco. De tanto en tanto, un puñetazo en el mostrador hacía tintinear los vasos. Los bebedores, todos ellos de pie, con las manos cruzadas sobre el vientre o a la espalda, formaban grupitos, apretujados entre sí; había corrillos que tenían que esperar hasta un cuarto de

hora antes de poder pedirle las rondas al tío Colombe.

—¡Hombre, pero si es el señorito Cadet-Cassis![12] —gritó Mes-Bottes soltándole a Coupeau una tremenda palmada en el hombro—. ¡Un barbilindo que lía el tabaco y viste bien!... ¡Así que quieres impresionar a tu cortejo pagándole gollerías!

—¡Oye, tú, no me fastidies! —contestó Coupeau muy contrariado.

Pero el otro le tomaba el pelo.

—¡Basta ya! Que estamos a la altura, muchachito... Los zotes, zotes son, ¡he dicho!

Y les dio la espalda, después de haber bizqueado de lo lindo mirando a Gervaise. Esta se apartaba hacia atrás, un poco asustada. El humo de las pipas y el fuerte olor de todos esos hombres iban subiendo en el aire cargado de alcohol; y ella se ahogaba, aquejada de una tosecilla.

—¡Ay, pero qué cosa más fea es beber! —dijo a media voz.

Contó que antes, con su madre, bebía anisete, en Plassans, pero que un día casi se murió por eso y le había cogido asco; ya no podía ni ver ningún licor.

—Fíjese —dijo enseñando su vaso—, me he comido la ciruela; pero el caldito lo dejo porque me sentaría mal.

Tampoco Coupeau entendía que pudieran beberse vasos enteros de aguardiente. Una ciruelita de vez en cuando no le hacía mal a nadie. Pero lo que es el matarratas, el ajenjo y demás porquerías, ¡ni en pintura! Por mucho que los compañeros se burlaran, él se quedaba en la puerta cuando esos borrachuzos entraban en la botillería. Su padre, papá Coupeau, que era cinquero igual que él, se había espachurrado la cabeza contra la acera de la calle de Coquenard, al caerse, un día de juerga, del canalón del número 25; ese recuerdo los volvía a todos muy formales en su familia. Él, cuando pasaba por la calle de Coquenard y veía dónde pasó, preferiría beber del arroyo antes que una copa gratis en una bodega. Concluyó con esta frase:

—En nuestro oficio, se necesitan piernas firmes.

Gervaise había vuelto a coger la cesta. Aunque no terminaba de levantarse y la sujetaba en el regazo, con la mirada perdida, como si las palabras del joven obrero le despertasen pensamientos de una vida remota. Volvió a hablar, despacio, sin transición:

—¡Señor! No soy ambiciosa, no pido mucho... Mi ideal sería trabajar en paz, comer pan todos los días y tener un rincón medio limpio para dormir, ya sabe, una cama, una mesa y dos sillas, nada más... Ah, y también me gustaría criar a mis hijos, convertirlos en personas cabales, si fuera posible... Y otro ideal sería que, si volviera a vivir con un hombre, no me pegase; no, no me gustaría que me pegase... Y eso es todo, ya ve, es todo...

Buscaba entre sus anhelos, interrogándolos, y no encontraba ninguna otra cosa importante que le apeteciese. Aun así, prosiguió, tras un titubeo:

—Sí, al final se puede querer morir en la propia cama... A mí, después de haber bregado toda la vida, no me importaría morirme en mi cama, en mi casa.

Se levantó. Coupeau, que aprobaba vehementemente sus deseos, ya estaba de pie, preocupado por la hora. Pero no salieron enseguida; ella tuvo la curiosidad de ir a mirar al fondo, detrás de la barrera de roble, el gran alambique de cobre rojo, que funcionaba debajo de la cristalera luminosa del patinillo; y el cinquero, que la había seguido, le explicó cómo funcionaba, señalando con el dedo las distintas piezas del aparato, enseñándole la enorme retorta de la que caía un hilo límpido de alcohol. El alambique, con sus recipientes de formas extrañas y sus tubos retorcidos hasta el infinito, se mostraba taciturno; no salía de él un solo humo; apenas se oía un

hálito interno, un ronquido subterráneo; era como si una tarea nocturna la realizara en pleno día un trabajador cariacontecido, recio y callado. Entre tanto, Mes-Bottes y sus compañeros habían ido a acodarse a la barrera, mientras esperaban a que se hiciese hueco en el mostrador. Se reía como una polea mal engrasada, sacudiendo la cabeza, con los ojos conmovidos fijos en la máquina de emborrachar. ¡Rediós, pero qué guapa era! En esa panza de cobre había de sobra para refrescarse el gaznate durante ocho días. A él le habría gustado que le soldaran el extremo del serpentín a los dientes para notar el matarratas aún caliente, llenándolo, bajándole hasta los talones, más y más, como un riachuelo. ¡Mira, así no tendría ni que molestarse, buen sustituto de los dedales de ese guindilla del tío Colombe! Los compañeros se reían, burlones, diciendo que Mes-Bottes, aunque era un animal, estaba hecho un pico de oro. El alambique, sordamente, sin una llama, sin asomo de alegría en los reflejos apagados de sus cobres, seguía adelante, dejaba que corriera su sudor de alcohol, como un manantial lento y testarudo, que con el tiempo acabaría vertiéndose por los bulevares exteriores, inundando el hueco inmenso de París. Entonces Gervaise, con un escalofrío, retrocedió, y procuraba sonreír mientras murmuraba:

—Qué boba, me da frío, la máquina esta..., la bebida me da frío... —Y retomando la idea de perfecta dicha que acariciaba—: ¿Eh? ¿A que sería mucho mejor trabajar, comer pan, tener un rincón propio, criar a tus hijos, morirte en tu cama?...

—Y que no te pegaran —añadió Coupeau alegremente—. Pero yo no le pegaría, si usted quisiera, señora Gervaise... No hay nada que temer, yo no bebo nunca, y la quiero demasiado. Vamos, por esta noche, para calentarnos los pies.

Había bajado la voz y le hablaba en el cuello, mientras ella se abría paso entre los hombres, con la cesta por delante. Pero volvió a decirle que no con la cabeza, varias veces. Sin embargo, se daba la vuelta, le sonreía, parecía alegrarse de saber que no bebía. Claro está que le habría dicho que sí de no haberse jurado a sí misma que no volvería a juntarse con un hombre. Por fin llegaron a la puerta y salieron. Tras ellos, el Tugurio seguía estando lleno, expulsando hacia la calle el ruido de las voces roncas y el olor aguardentoso de las rondas de matarratas. Se oía a Mes-Bottes llamar granuja al tío Colombe, acusándolo de haberle llenado el vaso solo hasta la mitad. A él, que era uno de los buenos, estupendísimo, de toda confianza. Y, ¡qué caramba!, si al capataz le picaba, que se rascase, no iba a volver al tajo, le daba flojera. Les proponía a los dos compañeros ir a Le Petit-Bonhomme-qui-Tousse,[13] una botillería del fielato de Saint-Denis donde se bebía aguardiente de lo más puro.

—¡Ay, qué respiro! —dijo Gervaise en la acera—. Bueno, pues adiós, señor Coupeau, y gracias... Me vuelvo corriendo.

Se disponía a ir por el bulevar. Pero él la cogió de la mano y no quería soltarla, repitiendo:

—Vaya por el otro lado conmigo para pasar por la calle de La Goutte-d'Or, tardará casi lo mismo... Tengo que ir a casa de mi hermana antes de volver a la obra... Nos haremos compañía.

Gervaise acabó accediendo y subieron despacio por la calle de Les Poissonniers, uno junto a otro, sin darse el brazo. Coupeau le hablaba de su familia. La madre, mamá Coupeau, antigua chalequera, limpiaba casas porque le fallaba la vista. Había cumplido sesenta y dos, el día 3 del mes anterior. Él era el hermano pequeño. Una de sus hermanas, la señora Lerat, una viuda de treinta y seis años, trabajaba en el negocio de las flores y vivía en la calle de Les Moines, en el barrio de Batignolles. La otra, de treinta y dos años, se había casado con un engarzador de joyería, el socarrón de Lorilleux. Era a su casa adonde iba, en la calle de La Goutte-d'Or. Vivían en el

edificio grande de la izquierda. Por la noche, Coupeau cenaba en casa de los Lorilleux; así ahorraban los tres. Es más, iba a su casa para avisarlos de que no lo esperasen porque esa noche lo había invitado un amigo.

Gervaise, que lo estaba escuchando, lo interrumpió de golpe para preguntarle, sonriente:

—¿Así que se llama usted Cadet-Cassis, señor Coupeau?

—¡Bah! —contestó él—. Es un mote que me han puesto los compañeros porque cuando me llevan a rastras a una taberna suelo tomar un casis... Tanto da llamarse Cadet-Cassis que Mes-Bottes, ¿verdad?

—Claro, Cadet-Cassis no es feo —aseguró la joven.

Y le preguntó por su trabajo. Él seguía trabajando allí, detrás del muro, en el hospital nuevo. ¡Huy! No faltaba faena, casi seguro que no dejaría la obra ese año. ¡Había metros y metros de canalones!

—¿Sabe?, cuando estoy allí arriba veo el hotel Boncœur... Ayer estaba usted en la ventana, agité los brazos, pero usted no me vio.

A todo esto, ya llevaban recorridos un centenar de pasos por la calle de La Goutte-d'Or cuando él se paró y, mirando hacia arriba, dijo:

—Es esta casa... Yo nací más allá, en el 22... Pero esta casa la verdad es que... ¡menudo trabajo de albañilería! ¡Por dentro es tan grande como un cuartel!

Gervaise levantaba la barbilla y examinaba la fachada. La casa tenía cinco plantas que daban a la calle, cada una con una hilera de quince ventanas cuyas persianas negras, con los listones rotos, le daban un aspecto ruinoso a la inmensa pared. Al pie, cuatro comercios ocupaban la planta baja: a la derecha de la puerta, la amplia sala de un figón grasiento; a la izquierda, una carbonería, una mercería y una tienda de paraguas. La casa parecía tanto más colosal cuanto que se alzaba entre dos edificaciones pequeñas y bajas, raquíticas, pegadas a ella; y tan cuadrada, semejante a un bloque de mortero mal mezclado pudriéndose y desmenuzándose bajo la lluvia, perfilaba contra el cielo claro, por encima de los tejados vecinos, la mole cúbica, los flancos sin enlucir, color barro, con la interminable desnudez de las paredes de una cárcel, donde las adarajas alineadas parecían mandíbulas caducas abiertas al vacío. Pero lo que más miraba Gervaise era la puerta, una puerta inmensa y redonda, que subía hasta la segunda planta, abriendo un arco profundo, al fondo del cual se veía el destello pálido de un amplio patio. Por el centro del arco, que tenía el mismo adoquinado que la calle, corría un arroyo que llevaba un agua de color rosa muy claro.

—Pero entre, mujer —dijo Coupeau—, que no mordemos.

Gervaise prefirió esperarlo en la calle. Aunque no pudo resistirse a adentrarse en el arco, hasta la portería, que quedaba a la derecha. Allí, en el umbral, alzó de nuevo los ojos. Dentro, las fachadas tenían seis plantas, cuatro fachadas regulares que cerraban al extenso cuadrado del patio. Eran paredes grises, manchadas de amarillo y surcadas por los chorreones que formaba el goteo de los tejados, que subían totalmente lisas desde los adoquines hasta las pizarras, sin una sola moldura, tan solo los tubos de desagüe, con ramales en cada planta, donde el hueco de los sumideros ponía la mancha de óxido del hierro colado. Las ventanas sin persianas mostraban los cristales desnudos, de color verde glauco como las aguas turbias. Algunas estaban abiertas, con colchones de cuadros azules puestos a orear; otras tenían delante cuerdas de tender con ropa secándose, toda la colada de una familia, las camisas del hombre, las camisolas de la mujer, los

pantalones de los chiquillos; en una de la tercera planta había extendido un pañal emporcado. De arriba abajo, las viviendas, demasiado pequeñas, reventaban hacia fuera, dejaban escapar pedazos de miseria por todas las rendijas. Abajo, en cada fachada se abría una puerta alta y estrecha, sin marco, directamente en el yeso, que formaba un zaguán agrietado al fondo del cual se enroscaban los peldaños embarrados de una escalera con barandilla de hierro; podían contarse cuatro escaleras así, identificadas con las cuatro primeras letras del alfabeto pintadas en la pared. En los locales de la planta baja se habían establecido talleres inmensos, cerrados con cristaleras negras de polvo: ardía la forja de un cerrajero; más allá se oía el cepillo de un ebanista; mientras que al lado de la portería, el laboratorio de un tintorero soltaba a borbotones ese arroyo de color rosa pálido que corría por debajo del arco. El patio, sucio de charcos de agua teñida, virutas y carbonilla, con los bordes plantados de hierba que crecía entre los adoquines mal encajados, estaba iluminado con una luz cruda, como cortado en dos por la línea donde llegaba el sol. Del lado de la sombra, en torno a la fuente, cuyo grifo mantenía allí una humedad constante, tres gallinitas picoteaban el suelo, buscando lombrices, con las patas sucias. Gervaise lo recorría todo con la mirada, despacio, bajaba de la sexta planta hasta el pavimento, volvía a subir, sorprendida con esa inmensidad, sintiéndose como en medio de un organismo vivo, en pleno corazón de una ciudad, con la misma curiosidad por esa casa que la que hubiera tenido ante una persona gigantesca.

—¿Pregunta por alguien, señora? —gritó la portera, intrigada, asomándose a la puerta de su garita.

Pero la joven le explicó que estaba esperando a alguien. Salió otra vez a la calle y, como Coupeau tardaba, volvió a entrar, atraída, y siguió mirando. La casa no le parecía fea. Entre los harapos que colgaban de las ventanas, había rincones risueños y alegres, unas flores de alhelí en una maceta, los gorjeos que caían de una jaula con canarios, espejos de afeitar cuyo reflejo ponía una estrella redonda al fondo de la oscuridad. Abajo, un ebanista cantaba, acompañándose del silbido regular de la garlopa; mientras que en la cerrajería, el estruendo de varios martillos golpeando rítmicamente sonaba como un fuerte repique argentino. También, en casi todas las ventanas abiertas, sobre el fondo de la miseria que se atisbaba, los niños asomaban las caritas churretosas y sonrientes, las mujeres cosían, con siluetas apacibles inclinadas sobre la labor. Era el momento de volver al trabajo después del almuerzo, con las habitaciones vacías de los hombres que trabajaban fuera y la casa recuperando ese gran sosiego, que solo interrumpían el sonido de los oficios o el arrullo de un estribillo, siempre el mismo, que se repetía durante horas. Solo el patio era un poco húmedo. De haber vivido allí, a Gervaise le habría gustado una vivienda al fondo, del lado del sol. Anduvo cinco o seis pasos, notaba ese olor mustio de las casas pobres, un olor a polvo viejo y mugre rancia; pero como predominaban las emanaciones acres de las aguas tintadas, le parecía que no olía ni la mitad de mal que en el hotel Boncœur. Y elegía su ventana, una ventana de la esquina izquierda, con un cajón de madera donde crecían unas judías escarlata cuyos finos tallos empezaban a enrollarse por una espaldera de cordeles.

—La he hecho esperar, ¿eh? —dijo Coupeau, cuya voz oyó Gervaise de repente a su espalda —. Cuando no ceno en casa de mi hermana, es un jaleo, sobre todo porque hoy había comprado ternera.

Mientras ella, sorprendida, daba un leve respingo, él siguió diciendo, mirando a su vez en derredor:

—Estaba usted viendo la casa. Siempre está todo alquilado de arriba abajo. Hay trescientos inquilinos, creo... Si hubiera tenido muebles, habría estado pendiente de algún cuarto... ¿A que no se estaría mal aquí?

—No, no se estaría nada mal —murmuró Gervaise—. En Plassans, en nuestra calle, no había tantos vecinos... Fíjese, que bonita está esa ventana, la del quinto, con las judías.

Entonces, con su terquedad, Coupeau volvió a preguntarle si quería. En cuanto tuvieran una cama, alquilarían allí. Pero ella se escapaba, apretaba el paso debajo del arco pidiéndole que no empezara otra vez con esas tonterías. Aunque la casa se hundiera, desde luego ella no iba a dormir bajo la misma manta que él. Sin embargo, Coupeau, al separarse los dos delante del taller de la señora Fauconnier, pudo retenerle un instante la mano, que ella le brindaba tan amistosamente.

El buen entendimiento entre el oficial de cinquero y la joven continuó otro mes. A él, Gervaise le parecía de lo más valiente: se deslomaba trabajando, cuidaba de los niños y, aun así, se las apañaba para coser por las noches todo tipo de prendas. Había mujeres desaseadas, juerguistas y glotonas; pero ella, ¡quia!, no se les parecía en nada, ¡se tomaba la vida demasiado en serio! Entonces ella se reía y se defendía con modestia. Para su desgracia, no siempre había sido tan formal. Y aludía a su primer parto, con solo catorce años; rememoraba las botellas de anisete que habían vaciado ella y su madre, tiempo atrás. Se había corregido un poco con la experiencia, nada más. Los que la tenían por voluntariosa se equivocaban; antes bien, era muy débil; se dejaba llevar hacia donde la empujaran, por miedo a disgustar a alguien. Su sueño era vivir en compañía honrada, porque las malas compañías eran como si te atronaran, según decía, te machacan la cabeza y dejan a una mujer por los suelos en un dos por tres. Le entraban sudores cuando pensaba en el porvenir y se sentía como una moneda que se lanza al aire y sale cara o cruz, según como estén dispuestos los adoquines. Todo lo que había visto ya, la ostentación de malos ejemplos ante sus ojos de niña, era una buena lección. Pero a Coupeau le hacía gracia que lo viera todo tan negro, le recordaba lo valiente que era e intentaba pellizcarle las caderas; ella lo rechazaba y le daba cachetes en las manos mientras él gritaba, riéndose, que para ser una mujer débil, no era fácil de abordar. Él, amigo de divertirse, no se preocupaba tanto del porvenir.

—¡Hoy es hoy y mañana será otro día, carape! En teniendo catre y rancho...

El barrio le parecía limpio, a no ser por más de la mitad de los borrachos, a los que sería mejor sacar de los arroyos. No era mala persona, a veces decía cosas muy sensatas, hasta tenía una pizca de coquetería, con la raya muy bien hecha a un lado, corbatas bonitas y un par de zapatos de charol para los domingos. Y por si fuera poco, la habilidad y el desparpajo de un mono, la gracia guasona de obrero parisino, con mucha labia, que en ese rostro aún joven no carecía de encanto.

Ambos habían acabado haciéndose mutuamente multitud de favores en el hotel Boncœur. Coupeau le traía la leche, se encargaba de hacerle los recados y le llevaba los hatos de ropa; a menudo, como llegaba de trabajar antes que ella, sacaba a los niños a dar un paseo por el bulevar exterior. Gervaise, para devolverle las atenciones, subía al angosto cuartito en el que dormía él, y le repasaba la ropa, cosía los botones de los pantalones de trabajo y zurcía las chaquetas de hilo. Entre ambos se iba creando una gran familiaridad. Cuando Coupeau estaba en casa, Gervaise no se aburría, le hacían gracia las canciones que él traía de esa broma continua que eran los arrabales de París, tan novedosa aún para ella. Él, de estar todo el día pegado a sus faldas, se

enardecía más y más. ¡Lo tenía cazado y bien cazado! Tanto que hasta se sentía a disgusto. Seguía riéndose, pero con el estómago tan molesto, tan encogido, que la cosa ya no le hacía maldita la gracia. Seguía tonteando, no podía cruzarse con ella sin gritarle: «¿Para cuándo?». Ella sabía a qué se refería y le prometía que para el día del juicio final por la tarde. Entonces él la chinchaba, se plantaba en su habitación con las pantuflas en la mano, como si fuera a mudarse allí. Ella lo tomaba con humor, y pasaba el día tan a gusto, sin tan siquiera ponerse colorada con las constantes indirectas picantes con las que la obligaba a vivir. Se lo consentía todo, siempre y cuando no se pusiera bruto. Solo se enfadó un día en que, queriendo obligarla a darle un beso, le había arrancado un mechón de pelo.

En los últimos días de junio, Coupeau perdió la alegría. Estaba de lo más raro. Preocupada por cómo la miraba algunas veces, Gervaise atrancaba la puerta por las noches. Hasta que, después de haber estado enfurruñado de domingo a martes, de pronto, un domingo por la noche, Coupeau fue a verla a su habitación, a eso de las once. Ella no quería abrirle; pero él tenía una voz tan dulce y temblorosa que acabó apartando la cómoda que había colocado delante de la puerta. Cuando Coupeau entró, Gervaise creyó que estaba enfermo, al verlo tan pálido, con los ojos enrojecidos y el rostro veteado. Y se quedó allí de pie, tartamudeando y meneando la cabeza. No, no estaba enfermo. Se había pasado dos horas llorando, arriba, en su cuarto; lloraba como un niño, mordiendo la almohada para que no lo oyeran los vecinos. Llevaba tres noches sin dormir. No podía seguir así.

—Escuche, señora Gervaise —dijo con un nudo en la garganta, a punto de romper a llorar otra vez—, esto se tiene que acabar, ¿entiende?... Vamos a casarnos. Yo estoy dispuesto, lo he decidido.

Gervaise se mostró sorprendidísima. Estaba muy seria.

—¡Ay, señor Coupeau! —murmuró—. ¡Pero qué cosas se le ocurren! Yo nunca le he pedido nada de eso, bien lo sabe usted... No me convenía, eso es todo... Ay, no, no, ahora se lo digo en serio, piénselo bien, se lo pido por favor.

Pero él continuaba meneando la cabeza, con cara de haber tomado una resolución inquebrantable. Ya lo tenía más que pensado. Y si había bajado era porque necesitaba pasar una buena noche. ¿O es que iba a dejar que subiera otra vez a llorar? En cuanto le dijera que sí, dejaría de atormentarla, podría volver a la cama tranquila. Solo quería oírla decir que sí. Ya hablarían mañana.

—Pues claro que no voy a decir que sí por las buenas —prosiguió Gervaise—. No me apetece que, más tarde, me acuse usted de haberlo obligado a hacer una tontería... Mire, señor Coupeau, hace mal en emperrarse. Ni siquiera usted sabe lo que siente por mí. Si dejara de verme ocho días, apuesto a que se le pasaría. Los hombres, muchas veces, se casan para una sola noche, la primera, y luego vienen más noches, los días se alargan, toda la vida, y acaban fastidiadísimos... Siéntese aquí, no me importa que charlemos ahora mismo.

Así que, hasta la una de la madrugada, en el cuarto a oscuras, a la luz humeante de una vela que no se acordaban de despabilar, estuvieron hablando de su boda, bajando la voz para no despertar a los dos niños, Claude y Étienne, que dormían con aliento leve y la cabeza en la misma almohada. Gervaise siempre acababa sacándolos a colación, se los señalaba a Coupeau; menuda dote iba a recibir de ella, de verdad que no podía cargarlo con dos críos. Además, se sentía avergonzada por él. ¿Qué iba a decir la gente del barrio? La habían conocido con su amante,

sabían su historia: sería muy chusco que los vieran casándose apenas dos meses después. A todas esas buenas razones, Coupeau contestaba encogiéndose de hombros. ¡Le importaba un bledo lo que pensara el barrio! Él no metía las narices en los asuntos de los demás, ¡más que nada por miedo a manchárselas! Y sí, ella había estado con Lantier antes que con él, ¿qué había de malo? Ella no se daba la gran vida, no iba a traer hombres a su matrimonio, como hacen tantas mujeres, hasta de las más ricas. Y lo que eran los niños, ¡pues crecerían y los criarían, qué caramba! Nunca iba a encontrar a una mujer tan valiente, tan buena ni con tantas virtudes. Por lo demás, no era por eso; aunque anduviera rodando por las aceras y fuera fea, holgazana, asquerosa, y tuviera una ristra de hijos mugrientos, le hubiera dado lo mismo: quería que fuera suya.

—Sí, quiero que sea mía —repetía dándose puñetazos en la rodilla con golpeteo continuo —. Ha oído bien, quiero que sea mía... ¿No le pondrá pegas a eso, supongo?

Gervaise, poco a poco, se iba ablandando. Le flojeaban el corazón y los sentidos, en mitad de ese deseo brutal que notaba que la envolvía. Ya solo aventuraba objeciones tímidas, con las manos caídas encima de la falda y el rostro lleno de dulzura. Desde fuera, por la ventana entornada, entraba el hálito templado de esa hermosa noche de junio, alborotando la vela, cuya mecha rojiza y alargada se consumía; en el hondo silencio del barrio dormido solo se oían los sollozos de niño de un borracho, tumbado boca arriba en mitad del bulevar; mientras que muy lejos, al fondo de algún restaurante, un violín tocaba una contradanza arrabalera en algún convite de boda trasnochador, una musiquilla cristalina, nítida y suelta como la frase de una armónica.[14] Coupeau, viendo que la joven se quedaba sin argumentos, silenciosa y con un atisbo de sonrisa, le cogió las manos y la atrajo hacia sí. Ella se encontraba en uno de esos momentos de abandono de los que tanto recelaba, vencida, demasiado conmovida para negarse a nada y dar un disgusto a alguien. Pero el cinquero no entendió que se estaba entregando; se conformó con apretarle las muñecas como si quisiera rompérselas, para tomar posesión de ella; ese leve dolor les arrancó a ambos un suspiro, con el que se satisfacía un poco su cariño.

—Entonces, es que sí, ¿verdad? —preguntó él.

—¡Cómo me hace usted sufrir! —susurró ella—. ¿Es lo que quiere? Pues de acuerdo, sí... Dios mío, estamos cometiendo una locura, quizás.

Él se había puesto de pie, la había agarrado por la cintura y le estaba dando un beso en la cara, con rudeza, al azar. Como ese gesto de cariño era muy ruidoso, fue el primero en preocuparse, mirando a Claude y a Étienne, andando de puntillas y bajando la voz.

—¡Shhh! Vamos a portarnos bien —dijo—, no hay que despertar a los críos... Hasta mañana.

Y subió otra vez a su cuarto. Gervaise, temblando de pies a cabeza, se quedó casi una hora sentada al borde de la cama, sin pensar en desnudarse. Estaba conmovida, Coupeau le parecía muy decente, pues por un momento estuvo convencida de que se iba a quedar a dormir allí. El borracho que seguía debajo de la ventana tenía un lamento más ronco, de animal extraviado. A lo lejos, el violín de la melodía arrabalera callaba.

En los días que siguieron, Coupeau quiso convencer a Gervaise para que subiera una noche a casa de su hermana, en la calle de La Goutte-d'Or. Pero a la joven, muy tímida, le espantaba esa visita a los Lorilleux. Se daba perfecta cuenta de que el cinquero le tenía un temor sordo al matrimonio. Desde luego, no dependía de su hermana, que ni siquiera era la mayor. Mamá Coupeau daría su consentimiento con los ojos cerrados porque nunca contrariaba a su hijo. Pero,

en la familia, los Lorilleux pasaban por ganar hasta diez francos al día; y eso les confería auténtica autoridad. Coupeau nunca se habría atrevido a casarse sin que antes le dieran el visto bueno a su mujer.

—Les he hablado de usted, están al tanto de todos sus planes —le explicaba a Gervaise—. ¡Dios mío, pero qué chiquilla está hecha! Venga esta noche... Ya se lo he avisado, ¿verdad? Mi hermana le parecerá un poco estirada. Tampoco Lorilleux está siempre de buenas. En el fondo, están muy ofendidos porque, si me caso, dejaré de comer en su casa y ya no podrán ahorrar de ahí. Pero no importa, no la van a echar a la calle... Hágalo por mí, no queda más remedio.

Esas palabras asustaban a Gervaise aún más. Aun así, un sábado por la tarde cedió por fin. Coupeau fue a buscarla a las ocho y media. Se había arreglado: vestido negro con chal de lana fina estampado con palmas amarillas y cofia adornada con puntillas. En las seis semanas que llevaba trabajando había ahorrado los siete francos del chal y los dos con cincuenta de la cofia; el vestido era uno viejo que había limpiado y arreglado.

—La están esperando —le dijo Coupeau mientras tomaban la calle de Les Poissonniers—. ¡Huy, ya se están haciendo a la idea de verme casado! Esta noche tienen pinta de estar muy amables... Además, si no ha visto usted nunca cómo se engarza una cadena de oro, le parecerá entretenido mirar. Precisamente tienen un pedido urgente para el lunes.

—¿Tienen oro en la casa? —preguntó Gervaise.

—¡Ya lo creo! Hay oro en las paredes, en el suelo, por todas partes.

A todo esto, ya habían pasado por la puerta redonda y cruzado el patio. Los Lorilleux vivían en el sexto piso, escalera B. Coupeau le gritó, riéndose, que se agarrase bien a la barandilla y que no la soltase. Gervaise miró hacia arriba y guiñó los ojos al descubrir la elevada torre hueca que formaba la caja de la escalera, iluminada con tres luces de gas, una cada dos pisos; la última, arriba del todo, parecía una estrella trémula en un cielo negro mientras que las otras dos proyectaban claridades alargadas, con siluetas extrañas, a lo largo de la espiral interminable de peldaños.

—¡Anda! —dijo el cinquero al llegar al rellano del primer piso—. Qué bien huele a sopa de cebolla. Aquí han comido sopa de cebolla, ¿a que sí?

En efecto, la escalera B, gris, sucia, con la barandilla y los peldaños pringosos, y las paredes arañadas con el yeso sin pintar, aún estaba inundada de un fuerte olor a comida. Desde cada rellano se adentraban varios pasillos donde retumbaba el jaleo y se abrían las puertas pintadas de amarillo y con la cerradura oscurecida por la grasa de las manos; y enrasado con la ventana, el sumidero exhalaba una humedad fétida, cuyo tufo se mezclaba con el olor acre de la cebolla cocida. Se oía, desde la planta baja hasta la sexta, el ruido de la loza, de las sartenes salpicadas y de las cucharas de palo rascando el fondo de las cacerolas. En el primer piso, Gervaise entrevió, a través de una puerta entornada que llevaba escrita la palabra «Dibujante» en letras gruesas, a dos hombres de sobremesa delante de un hule, charlando furibundos en medio del humo de las pipas. El segundo y el tercero, más tranquilos, solo dejaban pasar a través de las rendijas de las maderas la cadencia de una cuna, el llanto ahogado de un niño y el vozarrón de una mujer que fluía con el murmullo sordo de una corriente de agua, con palabras ininteligibles; y pudo leer los letreros clavados que llevaban los nombres de «Señora Gaudron, colchonera» y, más allá, «Señor Madinier, taller de cartonaje». En el cuarto piso se estaban peleando: pisadas que hacían temblar el suelo, muebles volcados y un tremendo barullo de palabrotas y golpes, lo cual no impedía a los

vecinos de al lado jugar a las cartas, con la puerta abierta para que corriera el aire. Pero cuando llegó al quinto, Gervaise tuvo que pararse a recuperar el aliento porque no estaba acostumbrada a subir; esa pared que seguía girando, esa sucesión de viviendas entrevistas, la saturaba. Además, una familia bloqueaba el rellano; el padre lavaba unos platos en un hornillito de barro, cerca del sumidero, mientras la madre, con la espalda apoyada en la barandilla, limpiaba al nene antes de acostarlo. Sin embargo, Coupeau animaba a la joven. Ya estaba llegando. Y, cuando por fin alcanzó el sexto piso, se dio la vuelta para ayudarla con una sonrisa. Ella, con la cabeza alzada, buscaba de dónde venía un hilo de voz que llevaba oyendo desde el primer escalón, nítido y penetrante, por encima de todos los demás ruidos. Se trataba de una viejecita que, en la buhardilla, cantaba mientras vestía muñecas de a sesenta y cinco céntimos. Gervaise aún alcanzó a ver, en el momento en que una muchacha alta entraba con un cubo en un cuarto aledaño, una cama deshecha donde un hombre esperaba en mangas de camisa, repantingado y mirando al vacío; al cerrarse la puerta, en una tarjeta de visita escrita a mano, leyó: «Señorita Clémence, planchadora». Cuando estuvo arriba del todo, con las piernas molidas y el aliento entrecortado, tuvo la curiosidad de asomarse por encima de la barandilla; ahora era la luz de gas de abajo la que parecía una estrella, en lo hondo de un angosto pozo de seis plantas; y los olores, la vida enorme y ruidosa de la casa, le llegaban en un único hálito, le soltaban un bofetón de calor en la cara preocupada que se aventuraba allí como al borde de un precipicio.

—Todavía no hemos llegado —dijo Coupeau—. ¡Es como ir de viaje!

Se había metido, a mano izquierda, por un largo corredor. Torció otras dos veces, la primera de nuevo a la izquierda y la segunda, a la derecha. El corredor seguía adelante, se bifurcaba, angosto, agrietado, con desconchones, iluminado cada mucho con una llamita de gas; y las puertas, uniformes, alineadas como las puertas de una cárcel o un convento y casi todas abiertas de par en par, seguían mostrando interiores de miseria y trabajo que la tibia noche de junio llenaba de un vaho rojizo. Por fin, llegaron al final de un corredor totalmente a oscuras.

—Ya estamos —dijo el cinquero—. ¡Cuidado! Sujétese a la pared, que vienen tres escalones.

Gervaise dio aún unos diez pasos, a ciegas, prudentemente. Topó contra los escalones, contó los tres. Al fondo del pasillo Coupeau acababa de empujar una puerta, sin llamar. Una claridad intensa se derramó por las baldosas. Entraron.

Era una habitación angosta, una especie de pasillo que parecía la propia prolongación del corredor. Una cortina de lana desteñida, sujeta en ese momento con un cordel, cortaba el pasillo en dos. El primer compartimento lo ocupaban una cama, arrimada a una esquina del techo abuhardillado, una estufa de hierro colado aún templada de la cena, dos sillas, una mesa y un armario cuyo remate habían tenido que serrar para que cupiera entre la cama y la puerta. En el segundo compartimento estaba montado el taller: al fondo, una forja estrecha con su fuelle; a la derecha, una mordaza embutida en la pared, debajo de una estantería con trozos de metal desperdigados; a la izquierda, al lado de la ventana, un banco de trabajo pequeñito, cargado de tenazas, cizallas y sierras microscópicas, grasientas y muy sucias.

—¡Somos nosotros! —gritó Coupeau, avanzando hasta la cortina de lana.

Pero no le contestaron enseguida. Gervaise, alteradísima, emocionada sobre todo al pensar que iba a meterse en un lugar lleno de oro, se había quedado detrás del obrero, balbuciendo, aventurándose a inclinar la cabeza para saludar. La intensa claridad de una lámpara encendida

encima del banco y un brasero de carbón ardiendo en la forja acrecentaban su turbación. Acabó, sin embargo, por ver a la señora Lorilleux, bajita, pelirroja, bastante gruesa, tirando con todo el vigor de los brazos cortos, con ayuda de unas tenazas grandes, de un hilo de metal negro, que iba pasando por los agujeros de una hilera sujeta con la mordaza. Delante del banco, Lorilleux, también de corta estatura pero con los hombros más flacos, realizaba, con la punta de las tenazas y la agilidad de un mono, un trabajo tan menudo que se perdía entre los dedos nudosos. El marido fue el primero en alzar la cabeza, una cabeza de pelo ralo, con la palidez amarilla de la cera vieja, alargada y enfermiza.

—¡Ah, sois vosotros, bien, bien! —murmuró—. Sabréis que tenemos prisa... No entréis en el taller, para no estorbarnos. Quedaos en la habitación.

Prosiguió su trabajo menudo, con el rostro de nuevo metido en el reflejo verdoso de un globo de cristal lleno de agua a través del cual la lámpara proyectaba sobre su tarea un círculo de viva luz.

—¡Coge las sillas! —gritó a su vez la señora Lorilleux—. Es la señora esa, ¿verdad? ¡Muy bien, muy bien!

Había enrollado el hilo de metal; lo llevó a la forja y allí, activando el brasero con un amplio abanico de madera, se puso a recocerlo antes de pasarlo por los últimos agujeros de la hilera.

Coupeau acercó las sillas y sentó a Gervaise al borde de la cortina. La estancia era tan estrecha que no pudo colocarse a su lado. Se sentó detrás y se inclinaba para explicarle, en el cuello, cosas sobre la tarea. A la joven, desconcertada por el extraño recibimiento de los Lorilleux e incómoda con sus miradas de soslayo, le zumbaban los oídos y no podía oírlo. La mujer le parecía muy vieja para tener treinta años, de aspecto amargado y sucio, con el pelo pajizo recogido por debajo de la camisola abierta. El marido, que solo era un año mayor, le parecía un anciano, de labios finos y crueles, en mangas de camisa y con los pies cubiertos solo con unas pantuflas en chancleta. Pero lo que le causaba mayor consternación era lo pequeño que era el taller, las paredes con manchurrones, el metal deslucido de las herramientas, toda la suciedad negra tirada por ahí en un batiburrillo de vendedor de clavos viejos. La cara verdosa de Lorilleux estaba rociada de sudor; entre tanto, la señora Lorilleux se decidió a quitarse la camisola, quedándose con los brazos al aire y la camisa pegada a los pechos caídos.

—¿Y el oro? —preguntó Gervaise a media voz.

Escudriñaba con mirada inquieta los rincones, buscaba, entre toda esa mugre, el resplandor con el que había soñado.

Pero Coupeau se echó a reír:

—¿El oro? —dijo—. Mire, ahí lo tiene, y ahí tiene más, ¡y más a sus pies!

Había señalado sucesivamente el hilo que adelgazaba su hermana y otro rollo de hilo, semejante a una maraña de alambre, que colgaba de la pared, junto a la mordaza; luego, poniéndose a cuatro patas, recogió del suelo, debajo de una rejilla de madera que cubría las baldosas del taller, un resto, una pizca semejante a la punta de una aguja oxidada. Gervaise ponía el grito en el cielo. ¡Cómo iba a ser oro ese metal negruzco, tan feo como el hierro! Coupeau tuvo que morder la viruta y enseñarle la muesca brillante de los dientes. Y retomaba las explicaciones: los patrones suministraban el oro en forma de hilo, totalmente aleado; los operarios primero lo pasaban por la hilera para obtener el grosor deseado, tomando la precaución de recocerlo cinco o seis veces durante la operación para que no se rompiese. ¡Pero había que tener el puño firme y

estar acostumbrado! Su hermana no dejaba que su marido tocara las hileras porque tosía. Y menudos brazos tenía ella, la había visto estirar oro tan fino como un pelo.

Entre tanto, Lorilleux se puso a toser, doblado por la mitad en el taburete. En mitad del ataque, dijo con voz sofocada, aún sin mirar a Gervaise, como si se hiciera una observación a sí mismo:

—Yo engarzo la serpiente.

Coupeau obligó a Gervaise a ponerse de pie. No pasaba nada porque se acercase un poco para mirar. El engarzador accedió, con un gruñido. Enrollaba el hilo que había preparado su mujer alrededor de un mandril, una varilla de acero finísima. Luego, con apenas un tajo de la sierra, cortó el hilo a lo largo de todo el mandril, formando con cada vuelta un eslabón. Luego los soldó. Colocaba cada uno encima de un trozo grande de carbón de madera. Los mojaba con una gota de bórax que tomaba del culo de un vaso roto que tenía al lado; y, rápidamente, los ponía al rojo en la lámpara, bajo la llama horizontal del soplete. Cuando tuvo ya un centenar de eslabones, retomó el trabajo menudo, apoyándose en el borde de la astillera, el extremo de una tablilla que se había ido puliendo con el roce de sus dedos. Doblaba el eslabón con la tenaza, lo pellizcaba de un lado, lo introducía en el eslabón superior que ya estaba colocado, volvía a abrirlo usando un punzón; todo ello con una regularidad constante, eslabón tras eslabón, tan deprisa que la cadena se iba alargando poco a poco ante los ojos de Gervaise, sin que pudiera seguir la operación ni entenderla bien.

—Esta es la serpiente —dijo Coupeau—. Hay cadenas rolo, forzadas, barbadas, de cordón. Pero esta es la serpiente. Lorilleux solo hace de serpiente.

Este último soltó una risita de satisfacción, mientras seguía engarzando eslabones, invisibles entre sus uñas negras.

—¡Fíjate, Cadet-Cassis!... Esta mañana estaba echando cálculos. Empecé a trabajar a los doce años, ¿verdad? Pues bien, ¿sabes cuánta serpiente habré engarzado desde entonces?

Alzó la cara pálida y guiñó los párpados enrojecidos.

—Ocho mil metros, ¿me oyes? ¡Dos leguas!... ¿Qué te parece? ¡Una serpiente de dos leguas de largo! Bastante para enrollársela al pescuezo a todas las hembras del barrio... Y, ¿sabes?, se sigue alargando. Cuento con llegar de París a Versalles.

Gervaise había vuelto a sentarse, desilusionada porque todo le parecía muy feo. Sonrió por no disgustar a los Lorilleux. Lo que más le incomodaba era que nadie dijera nada sobre su boda, ese asunto tan tremendo para ella y sin el cual seguramente no habría ido allí. Los Lorilleux seguían tratándola como a una curiosa inoportuna que Coupeau había traído. Y cuando por fin se entabló una conversación, trató únicamente sobre los inquilinos de la casa. La señora Lorilleux le preguntó a su hermano si al subir había oído cómo se peleaban los del cuarto. Los Bénard esos se arreaban todos los días; el marido volvía a casa borracho como una cuba; la mujer tampoco era manca y gritaba cosas de lo más asqueroso. Luego hablaron del dibujante del primero, ese larguirucho de Baudequin, un estirado lleno de deudas que siempre estaba fumando y berreando con sus amigotes. El taller de cartonaje del señor Madinier andaba de capa caída; el patrón había despedido a otras dos operarias la víspera; le estaría bien empleado si se arruinara, porque tenía un agujero en la mano, los hijos estaban con una mano delante y otra detrás. La señora Gaudron ahuecaba los colchones de una forma muy rara: volvía a estar preñada, y a su edad ya empezaba a ser algo sucio. El casero acababa de poner en la calle a los Coquet, del quinto; debían tres meses;

y además, tenían la manía de encender el anafe en el rellano; hasta el punto de que, el sábado anterior, la señorita Remanjou, la vieja del sexto, al volver a llevar sus muñecas, había bajado a tiempo para impedir que el pequeño de los Linguerlot se quemara enterito. Y lo que es la señorita Clémence, la planchadora, hacía lo que le daba la gana, pero no podía negarse que le encantaban los animales, tenía un corazón de oro. ¡Hay que ver qué lástima que una chica tan guapa se fuera con todos los hombres! Cualquier día se la iban a encontrar en la acera, seguro.

—Toma, ahí va una —le dijo Lorilleux a su mujer dándole el fragmento de cadena en el que llevaba trabajando desde el mediodía—. Puedes enderezarla. —Con la insistencia de alguien a quien le gusta sacarle partido a una broma, añadió—: Otros cuatro pies y medio... Ya estoy más cerca de Versalles.

Mientras, la señora Lorilleux, después de haber recocido la serpiente, la enderezaba pasándola por la hilera calibrada. Después la metió en una cazuelita de cobre con el mango muy largo llena de agua segunda, y la limpió calentándola al fuego de la forja. Gervaise, de nuevo por insistencia de Coupeau, tuvo que seguir esta última operación. Cuando la cadena estuvo limpia, se volvió rojo oscuro. Estaba terminada, lista para entregar.

—Se entregan blanqueadas —volvió a explicar el cinquero—. Las bruñidoras se encargan de frotarlas con un paño.

Pero Gervaise estaba al borde del desaliento. El calor, que cada vez iba a más, era sofocante. Había que dejar la puerta cerrada porque Lorilleux se acatarraba con la mínima corriente de aire. De modo que, como seguían sin hablar de su matrimonio, quiso marcharse y le dio un tironcito de la chaqueta a Coupeau. Este entendió lo que pasaba. Por lo demás, también a él empezaba a resultarle incómodo y ofensivo ese deliberado silencio.

—Bueno, pues ya nos vamos —dijo—. Os dejamos trabajar.

Se quedó un rato dando vueltas, haciendo tiempo, esperando una palabra, una alusión cualquiera. Al final, se resolvió a ser él quien sacara el tema.

—Por cierto, Lorilleux, contamos con usted para ser el testigo de mi mujer.

El engarzador alzó la cabeza, se hizo el sorprendido y soltó una risita sardónica; mientras que su mujer, dejando de lado las hileras, se plantó en medio del taller.

—Así que va en serio —susurró él—. Con el dichoso Cadet-Cassis nunca se sabe si está de broma.

—¡Vaya! Así que esta señora es ella —dijo a su vez la mujer mirando descaradamente a Gervaise—. Pues, Señor, nosotros no tenemos ningún consejo que dar... Aunque menuda ocurrencia, esa de casarse. Pero, bueno, si les conviene a los dos... Solo que cuando no funciona, luego no te lo perdonas. Y suele funcionar muy pocas veces, muy pocas, muy pocas...

Pronunció estas palabras más despacio, meneando la cabeza y mirando a Gervaise de la cabeza a los pies, pasando por las manos, como si hubiera querido desvestirla para contarle los lunares. Debió de parecerle mejor de lo que se esperaba.

—Mi hermano es muy dueño de hacer lo que quiera —prosiguió con un tono más digno—. No cabe duda de que la familia quizás hubiera preferido... Todo el mundo hace planes. Pero el hombre propone y Dios dispone... Lo último que quiero yo es discutir. Aunque nos hubiese traído a la más infeliz de la infelices, yo le habría dicho: cásate y déjame en paz... Aunque tampoco aquí lo cuidábamos tan mal. Bien lucido que está, salta a la vista que no pasaba hambre. Y la sopa, siempre calentita y a tiempo... Oye, Lorilleux, ¿tú no crees que la señora se parece a Thérèse? Ya

sabes, la mujer esa de enfrente que se murió del pecho.

—Sí, tiene cierto aire —contestó el engarzador.

—Y tiene usted dos hijos, señora. ¡Acabáramos! Ya se lo he dicho a mi hermano: «No entiendo por qué te casas con una mujer con dos hijos...». No se tome a mal que vele por sus intereses, es de lo más natural... Y, para colmo, no parece usted muy fuerte... ¿A que no, Lorilleux, a que no parece muy fuerte?

—No, no está fuerte.

No dijeron nada de su pierna. Pero Gervaise comprendía, por las miradas de soslayo y los labios fruncidos, que se referían a eso. Se había quedado ante ellos, ciñéndose el fino chal de palmas amarillas y contestando con monosílabos, como si tuviera delante unos jueces. Coupeau, que la estaba viendo sufrir, acabó gritando:

—Bueno, ya está bien... Habláis para no decir nada. La boda será el sábado 29 de julio. Lo he calculado en el almanaque. ¿Estáis de acuerdo, os viene bien?

—¡Huy, nos viene bien cualquier día! —dijo su hermana—. No tenías por qué consultarnos... No voy a impedirle a Lorilleux que sea testigo. Lo que quiero es que me dejen en paz.

Gervaise, con la cabeza gacha, sin saber ya cómo entretenerse, había metido la punta del pie en un rombo de la rejilla de madera que cubría las baldosas del taller; luego, temiendo haber movido algo al sacarla, se agachó, palpando con la mano. Prestamente, Lorilleux acercó la lámpara. Y le examinó los dedos con desconfianza.

—Hay que tener cuidado —dijo—, los pedacitos de oro se pegan a los zapatos y te los llevas puestos sin darte cuenta.

La cosa era muy seria. Los patrones no dejaban que se perdiera ni un miligramo. Lorilleux le enseñó la pata de conejo con la que cepillaba las pizcas de oro que se quedaban en la astillera y en la piel con la que cubría el regazo para que cayeran ahí. Dos veces por semana barrían cuidadosamente el taller; en lugar de tirar la basura, la quemaban y cribaban las cenizas en las que todos los meses encontraban hasta veinticinco y treinta francos de oro.

La señora Lorilleux no les quitaba ojo a los zapatos de Gervaise.

—Pero no hay por qué enfadarse —murmuró con una amable sonrisa—. Puede usted mirarse las suelas.

Gervaise, coloradísima, se volvió a sentar, alzó los pies y les enseñó que no se llevaba nada. Coupeau había abierto la puerta gritando con voz brusca: «¡Buenas noches!». La llamó desde el pasillo. Ella entonces salió, balbuciendo una fórmula de cortesía: esperaba volver a verlos pronto y que se llevarían bien. Pero los Lorilleux ya se habían puesto otra vez manos a la obra, al fondo del hueco oscuro del taller, donde la pequeña forja brillaba como un último carbón que se vuelve blanco en un horno muy caliente. La mujer, con un hombro asomando por la camisa y la piel enrojecida a la luz del brasero, tiraba de nuevo del hilo; cada vez que hacía fuerza, hinchaba el cuello, cuyos músculos se tensaban, como cordeles. El marido, encorvado bajo el resplandor verde del globo de agua, había empezado otra cadena y doblaba el eslabón con la tenaza, lo pellizcaba de un lado, lo introducía en el eslabón superior, volvía abrirlo con un punzón, de forma continua y mecánica, sin desperdiciar ni un ademán para secarse el sudor de la cara.

Cuando Gervaise desembocó desde los pasillos en el rellano del sexto piso, no pudo evitar decir, con lágrimas en los ojos:

—No nos las prometen muy felices.

Coupeau sacudió la cabeza con rabia. Lorilleux le iba a pagar lo de esta noche. ¡Habrase visto semejante roñoso! ¡Mira que creerse que iban a llevarse tres motas de su polvo de oro! Si se ponía así era por pura tacañería. Y su hermana, ¿se pensaba que él iba a dejar de casarse para que ella se ahorrara veinte céntimos en el puchero? Pero, bueno, lo del 29 de julio seguía en pie. ¡Y esos dos le importaban un bledo!

Pero Gervaise, mientras bajaba la escalera, aún se sentía compungida, atormentada por un miedo de lo más bobo que la impulsaba a escudriñar con preocupación las sombras agrandadas de la barandilla. A esas horas la escalera estaba dormida, desierta e iluminada tan solo con la luz de gas del segundo piso, cuya llamita mermada ponía al fondo de aquel pozo de tinieblas la gotita de claridad de una lamparilla. Detrás de las puertas cerradas se oía el tremendo silencio, el sueño exhausto de los obreros, que se habían acostado nada más cenar. Aunque una risa atenuada salía del cuarto de la planchadora, mientras que un hilo de luz se escapaba por la cerradura de la señorita Remanjou, que aún estaba cortando, con el sonido quedo de las tijeras, los vestidos de gasa de las muñecas de a sesenta y cinco céntimos. Abajo, en casa de la señora Gaudron, seguía llorando un niño, en pleno sosiego negro y mudo.

Luego, en el patio, mientras Coupeau, con voz cantarina, le pedía al portero que tirase del cordel de la puerta, Gervaise se dio la vuelta y miró la casa una última vez. Bajo el cielo sin luna, parecía haber crecido. Las fachadas, como si les hubieran limpiado las manchas amarillas y enlucido de sombra, se estiraban y subían; estaban aún más desnudas, lisas del todo, despojadas de los harapos que durante el día se secaban al sol. Las ventanas cerradas dormían. Algunas, aquí y allá, encendidas con viva luz, eran como ojos abiertos, que parecían bizquear en algunas esquinas. Encima de cada zaguán, de arriba abajo, alineados, los cristales de los seis rellanos, que volvía blanquecinos un pálido resplandor, alzaban una estrecha torre de luz. El rayo de una lámpara, que caía desde el taller de cartonaje del segundo, dibujaba un reguero amarillo por el adoquinado del patio, atravesando las tinieblas en las que estaban sumidos los talleres de la planta baja. Y al fondo de esas tinieblas, en un rincón húmedo, las gotas de agua, sonoras en aquel silencio, caían una a una del grifo mal cerrado de la fuente. Entonces a Gervaise le pareció que la casa se le caía encima, pesada y gélida sobre sus hombros. Seguía siendo ese miedo tan bobo, una niñería que más tarde recordaría con una sonrisa.

—¡Tenga cuidado! —le gritó Coupeau.

Para salir, tuvo que saltar por encima de un charco enorme que había formado el agua de la tintorería. Aquella vez el charco era azul, un azul profundo de cielo de verano que la lamparita nocturna del portero cuajaba de estrellas.

III

Gervaise no quería una celebración. ¿De qué servía gastarse el dinero? Y, además, le daba un poco de vergüenza; le parecía inútil hacer ostentación de la boda por todo el barrio. Pero Coupeau puso el grito en el cielo: no podían casarse como si tal cosa, sin comer algo en buena compañía. ¡A él el barrio le tenía sin cuidado! Bah, algo sencillito, un garbeo por la tarde, para hacer tiempo antes de ir a zamparse un conejo en un figón cualquiera. Y sin música a los postres, claro está, nada de clarinete para que las señoras meneasen la bulla. Un brindis y luego cada mochuelo a su olivo.

El cinquero, a fuerza de bromas y risas, convenció a la joven, tras jurarle que no habría juerga. Tendría los vasos vigilados para que nadie bebiese más de la cuenta. De modo que organizó una jira de cinco francos por cabeza, en el local de Auguste,

Le Moulin-d'Argent,[15] en el bulevar de La Chapelle. Se trataba de un vinatero modesto de precios económicos que al fondo de la trastienda tenía un baile de candil, debajo de las tres acacias del patio. En el primer piso estarían de maravilla. Durante diez días estuvo reclutando invitados, en casa de su hermana, en la calle de La Goutte-d'Or: el señor Madinier, la señorita Remanjou, la señora Gaudron y su marido. Logró incluso que Gervaise aceptara a dos compañeros suyos, Bibi-la-Grillade y Mes-Bottes; bien es cierto que Mes-Bottes empinaba el codo, pero tenía tan buen diente que siempre lo invitaban a las jiras por la cara que ponía el vendedor de sopa al ver a ese pozo sin fondo engullir doce libras de pan. Por su parte, la joven se comprometió a llevar a la maestra de su taller, la señora Fauconnier, y a los Boche, que eran personas de bien. Contándolos a todos, serían quince a la mesa, más que de sobra. Cuando se junta a demasiada gente siempre se acaban tirando los trastos a la cabeza.

Sin embargo, Coupeau estaba a dos velas. No pretendía echárselas de rumboso, pero sí aspiraba a actuar como un hombre íntegro. Le pidió prestados cincuenta francos a su patrón. Con eso compró primero la alianza, una alianza de oro de doce francos que Lorilleux le consiguió a precio de fábrica por nueve. Luego se encargó una levita, un pantalón y un chaleco en un sastre de la calle de Myrrha, al que tan solo entregó veinticinco francos a cuenta; y se apañaría con los zapatos de charol y el chambergo que ya tenía. Cuando hubo apartado los diez francos de la jira, su escote y el de Gervaise, porque los niños entraban en la cuenta, no le quedaron sino seis francos, lo que costaba una misa en el altar de los pobres. Desde luego, no le gustaban los cuervos y le dolía en el alma soltarles los seis francos a esos zampatortas que no los necesitaban para refrescarse el gaznate. Pero una boda sin misa, por mucho que se dijera, no era una boda. Fue personalmente a la iglesia a regatear; y, durante una hora, mantuvo un tira y afloja con un cura viejo y menudo de sotana sucia y tan ladrón como una frutera. Le entraban ganas de darle de cachetes. Hasta que, de broma, le preguntó si no tendría en la tienda alguna misa de saldo, que no estuviera muy estropeada y que pudiera aprovechar una pareja cabal. El hombrecillo, mientras

refunfuñaba que a Dios no le complacería nada bendecir esa unión, acabó dejándole la misa a cinco francos, lo que suponía ahorrarse un franco. Le quedaba otro.

Gervaise, por su parte, también tenía empeño en estar pulcra. En cuanto decidieron casarse, se las ingenió, trabajó más horas por las tardes y consiguió ahorrar treinta francos. Le había echado el ojo a una esclavina de seda que vendían por trece francos en la calle de Le Faubourg-Poissonnière. Se dio ese capricho y luego le compró de segunda mano, al viudo de una empleada de la señora Fauconnier, un vestido de lana azulón, que rehízo de arriba abajo a su medida. Con los siete francos que le quedaban compró un par de guantes de algodón, una rosa para la cofia y zapatos para su hijo mayor, Claude. Por suerte, los niños tenían blusones decentes. Se pasó cuatro noches limpiándolo todo, zurciendo hasta el último agujerito de sus medias y su camisa.

Por fin, el viernes por la noche, víspera del gran día, Gervaise y Coupeau, al volver de trabajar, todavía estuvieron azacanados hasta las once. Antes de irse a dormir, cada uno a su cuarto, pasaron una hora juntos en la habitación de ella, encantados de acabar ya con tanto ajetreo. A pesar de su resolución de no apurarse por la gente del barrio, habían acabado tomándoselo todo a pecho y deslomándose. Cuando se dieron las buenas noches, se caían de sueño. Pero, aun así, suspiraban muy aliviados. Ahora ya estaba todo zanjado. Los testigos de Coupeau eran el señor Madinier y Bibi-la-Grillade; Gervaise tenía a Lorilleux y a Boche. Irían tranquilamente al ayuntamiento y a la iglesia, ellos seis, sin llevar a la zaga una fila de gente. Las dos hermanas del novio incluso habían asegurado que se quedarían en casa, puesto que no se requería su presencia. Solo mamá Coupeau se echó a llorar, diciendo que mejor iría delante para esconderse en un rincón; así que prometieron que la llevarían con ellos. En cuanto al grupo del convite, habían quedado en encontrarse a la una, en Le Moulin-d'Argent. Desde allí irían a la llanura de Saint-Denis para abrir el apetito; cogerían el ferrocarril y volverían a pie, bordeando el camino. Prometía ser una excursión estupenda, no una francachela de borrachos, sino un buen rato de diversión, en paz y buena compañía.

El sábado por la mañana, mientras se vestía, Coupeau se agobió delante de la moneda de un franco. Acababa de darse cuenta de que, por cortesía, tendría que invitar a un vaso de vino y una loncha de jamón a los testigos, en lo que llegaba la hora de cenar. Además, quizás hubiera gastos imprevistos. Definitivamente, con un franco no le alcanzaría. Así pues, tras encargarse de dejar a Claude y a Étienne en casa de la señora Boche, que los llevaría por la noche a la cena, fue corriendo a la calle de La Goutte-d'Or para darle a Lorilleux un sablazo de diez francos. Muy a su pesar, pues sabía que su cuñado le iba a poner mala cara. Este refunfuñó, soltó una risita de mal bicho y, al cabo, le prestó las dos monedas de cinco francos. Pero Coupeau oyó que su hermana decía entre dientes: «Empezamos bien».

La boda en el ayuntamiento estaba prevista a las diez y media. Hacía muy buen tiempo, un sol de justicia que cocía las calles. Para que no los mirasen, los novios, la madre y los cuatro testigos se separaron en dos grupos. Delante, Gervaise caminaba del brazo de Lorilleux, en tanto que el señor Mardinier acompañaba a mamá Coupeau; luego, a veinte pasos, por la otra acera, iban Coupeau, Boche y Bibi-la-Grillade. Los tres llevaban levita negra, la espalda encorvada y los brazos colgando; Boche con pantalones amarillos; Bibi-la-Grillade, abotonado hasta arriba y sin chaleco, dejando asomar solo una punta de corbata retorcida. El señor Madinier era el único que iba de frac, con faldones cuadrados; los transeúntes se paraban para ver a ese señor que paseaba a la gruesa madre Coupeau, con chal verde y cofia negra con cintas rojas. Gervaise, muy dulce y

alegre, con su vestido azul intenso y los hombros ceñidos en la estrecha esclavina, escuchaba complacida las burlas de Lorilleux, hundido en las profundidades de un ancho paletó a pesar del calor; y, de tanto en tanto, en el recodo de las calles, volvía un poco la cabeza, le dedicaba una sonrisa cómplice a Coupeau, al que incomodaba la ropa nueva que relucía al sol.

Caminando muy despacio llegaron al ayuntamiento con media hora larga de antelación. Como el alcalde iba con retraso, hasta aproximadamente las once no les llegó el turno. Esperaron en unas sillas, en una esquina de la sala, mirando los altos techos y las sobrias paredes, hablando a media voz, apartando los asientos por exceso de cortesía cada vez que pasaba un escribiente. Sin embargo, por lo bajo, tachaban al alcalde de gandul; seguro que estaba con la querida, dándose friegas en la gota; o puede que se hubiese tragado la banda. Pero cuando apareció el magistrado, todos se pusieron de pie respetuosamente. Los mandaron sentar otra vez. Y entonces presenciaron tres bodas, perdidos en medio de tres ceremonias burguesas, con novios de blanco, niñas con el pelo rizado, señoritas con fajín rosa, cortejos interminables de damas y caballeros de tiros largos y apariencia muy respetable. Cuando los llamaron a ellos, estuvieron a punto de no casarse porque Bibi-la-Grillade había desaparecido. Boche lo encontró abajo, en la plaza, fumándose una pipa. ¡Vaya gentuza, la de ese garito, que le tomaba el pelo a quienes no podían restregarles los guantes de cabritilla por las narices! Y los trámites, la lectura del Código Civil, las preguntas que les hicieron y la firma de los documentos se despacharon con tal prontitud que se quedaron mirándose unos a otros, convencidos de que les habían robado la mitad de la ceremonia. Gervaise, aturdida, con el corazón encogido, se apretaba el pañuelo contra los labios. Mamá Coupeau lloraba amargamente. Todos se habían aplicado en el registro, dibujando su nombre con letras grandes y patituertas, menos el novio, que trazó una cruz porque no sabía escribir. Pusieron cada uno veinte céntimos para los pobres. Cuando el escribiente le entregó el certificado de matrimonio a Coupeau, Gervaise tuvo que soltarle un codazo para que se decidiese a darle otros veinticinco céntimos.

Del ayuntamiento a la iglesia había un buen trecho. Por el camino, los hombres tomaron cerveza; mamá Coupeau y Gervaise, agua con casis. Tuvieron que ir por una calle larga, en la que el sol caía a plomo, sin un filo de sombra. El pertiguero los estaba esperando en mitad de la iglesia vacía; los empujó hasta una capillita mientras les preguntaba, iracundo, que si tan poco respeto le tenían a la religión para llegar tan tarde. Acudió un cura dando zancadas, cariacontecido y con el rostro pálido de hambre, delante del cual correteaba un monaguillo con el sobrepelliz sucio. Dijo misa a mata caballo, comiéndose frases en latín, volviéndose, agachándose, abriendo los brazos, a toda prisa, con miradas de soslayo a los novios y los testigos. Los novios, delante del altar, muy apurados, sin saber cuándo tocaba arrodillarse, alzarse o sentarse, esperaban a que el monaguillo se lo indicara. Los testigos, por decoro, se quedaron de pie todo el rato; mientras, mamá Coupeau, con un nuevo ataque de llanto, sollozaba en el misal que le había pedido prestado a una vecina. A todo esto, ya habían dado las doce del mediodía, había terminado la última misa y la iglesia se llenaba del ruido de los sacristanes al andar, del barullo, de las sillas que colocaban en su sitio. Había que preparar el altar mayor para alguna fiesta porque se oía el martillo de los tapiceros clavando colgaduras. Y al fondo de la capilla perdida, entre el polvo que había levantado el pertiguero al pasar la escoba, el cura agitaba apresuradamente las manos enjutas por encima de las cabezas gachas de Gervaise y Coupeau, parecía estar uniéndolos en mitad de una mudanza, mientras Dios se ausentaba, entre dos misas de verdad. Después de que todos los asistentes a la

boda volvieran a firmar un registro en la sacristía, se encontraron a pleno sol, debajo del pórtico, y se quedaron ahí un rato, pasmados y sin aliento de que los obligaran a ir a la carrera.

—¡Pues ya está! —dijo Coupeau con una risa apurada.

Se balanceaba, sin que se le ocurriera nada gracioso que decir. Aun así añadió:

—¡Hay que ver, qué prisas! Te despachan en un santiamén... Como en el dentista: no te da tiempo ni a decir ¡ay!, te casan sin dolor.

—Sí, sí, un trabajo bien hecho —murmuró Lorilleux riéndose entre dientes—. Hacen un apaño en cinco minutos y aguanta toda la vida... ¡Ay, mi pobre Cadet-Cassis!

Los cuatro testigos le dieron palmadas en los hombros al cinquero, que encorvaba la espalda. Entre tanto, Gervaise le daba un beso a mamá Coupeau, sonriente aunque con los ojos empañados. Contestó a las palabras entrecortadas de la anciana:

—No tenga cuidado, haré todo lo que esté en mi mano. Si la cosa se tuerce, no será por mi culpa. Pues no faltaría más, con las ganas que tengo de ser feliz... En fin, pues ya está hecho ¿no? Ahora depende de nosotros dos llevarnos bien y poner de nuestra parte.

Se fueron entonces en derechura a Le Moulin-d'Argent. Coupeau cogió el brazo de su mujer. Caminaban deprisa, riéndose, como arrebatados, a doscientos pasos por delante de los demás, sin fijarse en las casas, ni en los transeúntes, ni en los carruajes. Los ruidos ensordecedores del arrabal les sonaban a campanas. Cuando llegaron a la vinatería, Coupeau pidió de inmediato dos botellas, pan y lonchas de jamón, en la salita acristalada de la planta baja, sin platos ni mantel, tan solo para tomar un piscolabis. Al ver el mucho apetito que mostraban Boche y Bibi-la-Grillade, mandó traer otra botella y un pedazo de queso *brie*. Mamá Coupeau no tenía hambre, estaba demasiado sofocada para comer. Gervaise, que se moría de sed, bebía grandes vasos de agua con apenas unas gotas de vino.

—Esto es cosa mía —dijo Coupeau yendo inmediatamente al mostrador, donde pagó cuatro francos y veinticinco céntimos.

A todo esto, ya era la una y los invitados empezaban a llegar. La señora Fauconnier, una mujer gruesa, guapa aún, fue la primera en aparecer; llevaba un vestido color crudo de flores estampadas, corbata rosa y cofia recargada de flores. Luego llegaron juntos la señorita Remanjou, tan menudita ella, en su eterno vestido negro que parecía no quitarse ni para dormir, y el matrimonio Gaudron, el marido recio como un animal, con una chaqueta parda cuyas costuras crujían cada vez que se movía, y la mujer, enorme, presumiendo de su vientre de embarazada, cuya redondez exageraba la falda de color violeta chillón. Coupeau explicó que no tenían que esperar a Mes-Bottes; el compañero se sumaría al casorio en la carretera de Saint-Denis.

—¡Vaya por Dios! —exclamó la señora Lerat según entraba—. Nos va a caer un buen chaparrón. ¡Menuda juerga!

Llamó a la concurrencia a la puerta de la vinatería para ver las nubes, una tormenta negra como la tinta que subía rápidamente al sur de París. La señora Lerat, la hija mayor de los Coupeau, era una mujer alta, enjuta, masculina, de voz nasal, que iba hecha una facha con un vestido marrón rojizo que le quedaba ancho y cuyos largos flecos la hacían parecer un caniche flaco recién salido del agua. Manejaba la sombrilla como si fuera un palo. Le dio un beso a Gervaise y siguió diciendo:

—Ni se lo imaginan, salir a la calle es como que te den un bofetón... Una bocanada de fuego en plena cara.

Todo el mundo aseguró entonces que llevaba un buen rato notando la tormenta. Al salir de la iglesia, el señor Mardinier ya se había fijado en lo que se estaba cociendo. Lorilleux contaba que los callos no le habían dejado dormir desde las tres de la madrugada. Por lo demás, no se podía esperar otra cosa; llevaban ya tres días de bochorno.

—Bueno, puede que caiga alguna gota —repetía Coupeau, de pie en la puerta, consultando el cielo con ojos preocupados—. Ya solo falta mi hermana, si llegara podríamos ir saliendo.

La señora Lorilleux, en efecto, se retrasaba. La señora Lerat acababa de pasar por su casa para ir juntas; pero como se la había encontrado poniéndose el corsé, habían discutido. La espingarda de la viuda añadió al oído de su hermano:

—Ahí la he dejado. ¡Está de un humor!... ¡Ya verás qué cara trae!

Los novios y sus invitados tuvieron que esperar aún un cuarto de hora, impacientándose en la vinatería, entre los codazos y empujones de los hombres que entraban para beber una copa en el mostrador. De vez en cuando, Boche, o la señora Fauconnier, o Bibi-la-Grillade se separaban del grupo, se llegaban hasta el bordillo de la acera, mirando hacia arriba. No caía ni una gota; la luz iba bajando, rachas de aire, a ras de suelo, formaban pequeños remolinos de polvo. Con el primer trueno, la señorita Remanjou se santiguó. Todas las miradas se volvían, ansiosas, hacia el reloj de ojo de buey que había encima de la luna: eran ya las dos menos veinte.

—¡Vamos allá! —gritó Coupeau—. Ya están llorando los ángeles.

Una ráfaga de lluvia barría la calzada, por la que las mujeres huían agarrándose las faldas con ambas manos. Fue con ese primer chubasco cuando llegó por fin la señora Lorilleux, sin aliento, furibunda, peleándose en el umbral con un paraguas que no quería cerrarse.

—¡Habrase visto! —tartamudeaba—. Me ha pillado justo al salir. Me entraron ganas de volver a subir y quitarme la ropa. Y vaya si debería haberlo hecho... ¡Ay, pues menuda boda tan bonita! Ya lo decía yo, que había que dejarlo todo para el sábado próximo. ¡Y ahora llueve porque nadie me hizo maldito el caso! ¡Hala, pues me alegro! ¡Así se desborde el cielo!

Coupeau trató de calmarla. Pero lo mandó a paseo. No era él quien iba a pagarle el vestido si se echaba a perder. Llevaba uno de seda negra con el que se ahogaba de calor; la pechera, demasiado justa, tiraba de los ojales y se le clavaba en los hombros; la falda, con forma de tubo, le ceñía tanto los muslos que tenía que andar a pasitos muy cortos. A pesar de todo, las mujeres del grupo la miraban, con los labios fruncidos y la cara turbada por su atuendo. Ni siquiera pareció haber visto a Gervaise, que estaba sentada al lado de mamá Coupeau. Llamó a Lorilleux para pedirle el pañuelo y, en un rincón del local, cuidadosamente, secó una a una las gotas de lluvia que se escurrían por la seda.

Entre tanto, el chubasco había parado de repente. La luz seguía bajando, parecía casi de noche, una noche pálida que surcaban prolongados relámpagos. Bibi-la-Grillade repetía riendo que, lógicamente, después de la boda tocaba el bautizo. Entonces estalló la tormenta, violentísima. Durante media hora estuvo jarreando y tronando sin parar. Los hombres, de pie delante de la puerta, contemplaban el velo gris del aguacero, los arroyos crecidos, el agua pulverizada que subía del chapoteo de los charcos. Las mujeres habían tomado asiento, asustadas, con las manos en los ojos. Todos callaban, con el pecho algo oprimido. Cuando Boche bromeó sobre un trueno, diciendo que san Pedro había estornudado allá en lo alto, a nadie le hizo gracia. Pero cuando los relámpagos remitieron y se perdieron a lo lejos, los presentes volvieron a impacientarse, la tomaron con la tormenta, despotricando y blandiendo el puño contra las nubes.

Ahora, del cielo color ceniza, caía una lluvia menuda, interminable.

—Ya son más de las dos —voceó la señora Lorilleux—. ¡Tampoco es cosa de quedarnos aquí a dormir!

Cuando la señorita Remanjou mencionó que, pese a todo, podían ir al campo aunque tuvieran que detenerse en el foso de las fortificaciones, todo el casorio puso el grito en el cielo: pues buenos estarían los caminos, ni siquiera se podrían sentar en la hierba; además, parecía que la cosa no había terminado, no había que descartar que cayese otro chaparrón. Coupeau, que seguía con la mirada a un obrero empapado que iba andando tranquilamente bajo la lluvia, murmuró:

—Si el animal de Mes-Bottes nos está esperando en la carretera de Saint-Denis, al menos no le dará una insolación.

Los demás se rieron. Pero empezaba a cundir el mal humor. Pues sí que era un fastidio. Tenían que decidir algo. No se iban a quedar mirándose a los ojos hasta la hora de cenar. Así que, viendo que la lluvia no cedía, pasaron un cuarto de hora devanándose los sesos. Bibi-la-Grillade propuso jugar a las cartas; Boche, de temperamento pícaro y socarrón, se sabía un jueguecito muy divertido, el juego del confesor; la señora Gaudron hablaba de ir a comer tarta de cebolla a la calzada de Clignancourt; a la señora Lerat le apetecía que contaran historias; Gaudron no se tomaba muchas molestias, allí se encontraba muy a gusto y lo único que ofrecía era sentarse a comer ya. Cada sugerencia era motivo de debate y enfado: qué tontería, qué aburrido, ni que fuéramos críos. Hasta que cuando Lorilleux, que también quería meter baza, sugirió algo de lo más sencillo, un paseo por los bulevares exteriores hasta el cementerio de Le Père-Lachaise, donde podían entrar a ver la tumba de Eloísa y Abelardo, si les daba tiempo, la señora Lorilleux, que no aguantaba más, estalló. ¡Pues ella lo que iba a hacer era largarse! ¡Eso mismo! ¿Le estaban tomando el pelo? Se había vestido, se había llevado un remojón, y total, ¡para quedarse encerrada en una vinatería! No, ni hablar, ya estaba harta de semejante boda, prefería quedarse en casita. Coupeau y Lorilleux tuvieron que bloquearle la puerta. Ella repetía:

—¡Quitaos de en medio! ¡Os he dicho que me voy!

Cuando su marido logró calmarla, Coupeau se acercó a Gervaise, que seguía tranquilamente en un rincón, charlando con su suegra y la señora Fauconnier.

—Y usted, en cambio, ¡no propone nada! —dijo, sin atreverse aún a tutearla.

—¡Huy, lo que haga falta! —contestó ella, riéndose—. Soy de buen conformar. Tanto si salimos como si no, lo mismo me da. Aquí estoy tan a gusto, y eso es todo lo que pido.

En efecto, una apacible alegría le iluminaba el rostro. Desde que estaban allí los invitados, se dirigía a cada uno de ellos con voz algo queda y emocionada, en actitud sensata, sin tomar parte en las discusiones. Durante la tormenta se había quedado con los ojos fijos, mirando los relámpagos, como si viera cosas muy serias, a lo lejos, en el futuro, a la luz de esos bruscos resplandores.

A todo esto, el señor Madinier aún no había propuesto nada. Estaba apoyado en el mostrador, con los faldones del frac separados, y sin deponer su importancia de patrón. Escupió despaciosamente y revolvió los ojos saltones.

—¡Pues, Señor! —dijo—. Podríamos ir al museo... —Se acarició la barbilla, entornando los ojos para consultar a la concurrencia—. Hay antigüedades, estampas, cuadros, un montón de cosas. Es muy instructivo... Quizás lo conozcan. Ah, pues es digno de verse, al menos una vez en

la vida.

Los asistentes se miraban, se tanteaban. No, Gervaise no lo conocía; la señora Fauconnier tampoco, ni Boche ni los demás; Coupeau sí que creía haber subido un domingo, pero ya no se acordaba bien. Así y todo, no se decidían, hasta que la señora Lorilleux, a quien la importancia de Madinier causaba gran impresión, opinó que era una oferta muy aceptable y decente. Ya que habían sacrificado esa jornada y sacado la ropa de vestir, qué menos que ir a visitar algo que los instruyera. A todo el mundo le pareció bien. Entonces, como seguía lloviendo un poco, le pidieron prestados al vinatero varios paraguas, paraguas viejos azules, verdes, marrones, que se habían dejado olvidados los clientes, y se fueron hacia el museo.

El casorio dobló a la derecha para bajar a París por la calle del Faubourg Saint-Denis. Coupeau y Gervaise iban otra vez en cabeza, deprisa, adelantándose a los otros. El señor Madinier ahora le daba el brazo a la señora de Lorilleux, ya que mamá Coupeau se había quedado en la taberna por culpa de las piernas. Detrás iban Lorilleux y la señora Lerat, Boche y la señora Fauconnier, Bibi-la-Grillade y la señorita Remanjou y, por último, el matrimonio Gaudron. Eran doce, lo cual no dejaba de formar una buena cola en la acera.

—¡Huy, nosotros no tenemos nada que ver, se lo juro! —le explicaba la señora Lorilleux al señor Madinier—. No sabemos de dónde la ha sacado, o, mejor dicho, demasiado bien lo sabemos; pero ¿quiénes somos nosotros para decir nada?... Mi marido ha tenido que pagar la alianza. Esta mañana lo han sacado de la cama para que les prestase diez francos, porque, si no, se acabó lo que se daba... ¡Una novia que no lleva ni a un familiar a su boda! Dice que tiene en París una hermana chacinera. Si es así, ¿por qué no la ha invitado?

Se interrumpió para señalarle a Gervaise, que cojeaba ostensiblemente por culpa de la empinada acera.

—¡Mírela! ¡Será posible!... ¡Ahí va, a coxcox!

Esa expresión, a coxcox, corrió de boca en boca. Lorilleux, burlón, decía que deberían llamarla así. Pero la señora Fauconnier se puso de parte de Gervaise; hacían mal en reírse de ella, era limpia como el oro y, cuando se terciaba, sacaba la faena adelante con la cabeza bien alta. La señora Lerat, siempre con sus alusiones picantes, se refería a la pierna de la chica como «la pata del amor»; y añadía que era algo que a muchos hombres les gustaba, sin querer entrar en detalles.

Cuando el casorio, tras desembocar en la calle de Saint-Denis, cruzó el bulevar, tuvo que estar un rato esperando delante del flujo de carruajes; luego se aventuró por la calzada, que la tormenta había convertido en una charca de barro líquido. Como otra vez llovía, el casorio volvió a abrir los paraguas; debajo de tan lamentables cobijos, que oscilaban en la mano de los hombres, las mujeres se recogían las faldas, el desfile se estiraba por el fango, entre las dos aceras. Entonces dos golfos empezaron a jalearlo, como si fueran máscaras de Carnaval; acudieron algunos paseantes; los tenderos, atraídos por la diversión, se alzaban por detrás del escaparate. En medio del bullicio del gentío, sobre los fondos grises y mojados del bulevar, las parejas de la procesión formaban manchas chillonas, el vestido azulón de Gervaise, el vestido crudo con estampado de flores de la señora Fauconnier, el pantalón amarillo canario de Boche; su envaramiento de personas endomingadas daba una comicidad carnavalesca a la levita reluciente de Coupeau y al frac de faldones cuadrados del señor Madinier; por su parte, la ropa buena de la señora Lorilleux, los flecos de la señora Lerat y la falda arrugada de la señorita Remanjou mezclaban modas, paseaban en ringlera las gangas del lujo de los pobres. Pero lo que más regocijaba eran los tocados

de los caballeros, sombreros viejos que habían tenido guardados y que habían perdido el lustre en la oscuridad del armario, con formas de lo más chusco, acampanadas, puntiagudas, alas extraordinarias, dobladas hacia arriba, planas, demasiado anchas o demasiado estrechas. Y las sonrisas iban a más cuando, al final del todo, cerrando el espectáculo, la señora Gaudron, la colchonera, avanzaba con su vestido violeta chillón y el vientre de mujer encinta, enorme, con el que cargaba echándolo muy hacia delante. Sin embargo, el casorio no apretaba el paso, afable, encantado de que lo miraran, divirtiéndose con las bromas.

—¡Anda, la novia! —gritó uno de los golfos señalando a la señora Gaudron—. ¡Ay, qué desgracia, vaya barriga que le han hecho!

Todo el grupo se echó a reír. Bibi-la-Grillade, dándose la vuelta, dijo que el chico había estado muy oportuno. La que más alto se reía era la colchonera, luciéndose; no era deshonroso, antes bien; más de una señora se la quedaba mirando al pasar y hubiese querido estar como ella.

Se metieron por la calle de Cléry. Luego siguieron por la calle de Le Mail. En la plaza de Les Victoires hicieron una parada. A la novia se le había desatado el cordón del zapato izquierdo, y mientras volvía a anudarlo, al pie de la estatua de Luis XIV, las parejas se apiñaron detrás de ella a esperar, gastando bromas sobre el trozo de pantorrilla que le quedaba al aire. Por último, tras bajar la calle de Croix-des-Petits-Champs, llegaron al Louvre.

El señor Madinier, con mucha educación, pidió encabezar el cortejo.

Aquello era muy grande, podían perderse; él, además, se sabía dónde estaban los sitios más bonitos, porque había ido a menudo con un artista, un muchacho muy inteligente al que una gran empresa de cartonaje le compraba dibujos para ponerlos en las cajas. Abajo, al adentrarse en el museo asirio, todos sintieron un leve escalofrío. ¡Cáspita, vaya fresquito! Esa sala sería una buena bodega. Despacio, las parejas iban avanzando, con la cabeza levantada y los ojos parpadeantes, entre los colosos de piedra, los dioses de mármol negro mudos en su rigidez hierática, los animales monstruosos, mitad gata, mitad mujer, con caras de muertas de nariz afilada y labios hinchados. Todo aquello les parecía muy feo. Se labraba mil veces mejor la piedra hoy en día. Una inscripción en caracteres fenicios los dejó atónitos. No podía ser, nadie había leído nunca ese galimatías. Pero el señor Madinier, que ya estaba en el primer rellano con la señora Lorilleux, los llamaba, gritando bajo las bóvedas:

—Vengan aquí. Los trastos esos no valen nada... Lo que merece verse está en el primero.

La sobria desnudez de la escalera los puso serios. Un magnífico conserje, con chaleco rojo y galones dorados en la levita, que parecía estar esperándolos en el rellano, redobló la emoción que sentían. Con muchísimo respeto y caminando tan cuidadosamente como podían, entraron en la galería francesa.

Entonces, sin detenerse, con el oro de los marcos entrándoles por los ojos, recorrieron la crujía de saloncitos, mirando las imágenes al pasar, demasiado numerosas para poder verlas bien. Hacía falta estar una hora delante de cada una si se quería entenderlas. ¡Cuántos cuadros, rediós! No se acababan nunca. Ahí debía de haber una fortuna. Hasta que, al final del todo, el señor Madinier los hizo detenerse de golpe delante de *La balsa de la Medusa* y les explicó qué representaba. Todos callaban, sobrecogidos e inmóviles. Cuando reanudaron la marcha, Boche resumió la impresión general: trabajo fino.

En la galería de Apolo, lo que más maravilló a la concurrencia fue la tarima, una tarima reluciente, clara como un espejo, en la que se reflejaban los pies y los bancos tapizados. La

señorita Remanjou cerraba los ojos porque le daba la impresión de que iba andando por el agua. Le decían a voces a la señora Gaudron que pisara poniendo los pies de plano por culpa de su estado. El señor Madinier quería enseñarles los dorados y las pinturas del techo; pero se les cansaba el cuello y no distinguían nada. Entonces, antes de entrar en el salón cuadrado, con un ademán, señaló una ventana diciendo:

—Ese es el balcón desde el que Carlos IX mandó disparar contra el pueblo.

Entre tanto, vigilaba la cola del cortejo. Con un gesto dio el alto, en medio del salón. Allí solo había obras maestras, susurraba a media voz, como en una iglesia. Dieron la vuelta al salón. Gervaise preguntó qué representaba *Las bodas de Caná;* qué manía de no poner en el marco de qué trataba el cuadro. Coupeau se quedó parado delante de *La Gioconda*, que le recordaba a una tía suya. Boche y Bibi-la-Grillade se reían entre dientes señalándose con el rabillo del ojo las mujeres desnudas; los muslos de Antíope, sobre todo, los dejaron conmocionados. Al fondo, el matrimonio Gaudron, el hombre con la boca abierta, y la mujer con las manos encima del vientre, miraban la *Virgen*, de Murillo, pasmados, conmovidos y estúpidos.

Tras recorrer todo el salón, el señor Madinier quiso dar otra vuelta completa; merecía la pena. Estaba muy pendiente de la señora Lorilleux, por el vestido de seda. Y cada vez que ella le hacía una pregunta, contestaba muy serio, con mucho aplomo. Al mostrar ella interés por la amante de Tiziano, cuya melena amarilla le parecía igual a la suya, le dijo que se trataba de *La belle ferronière*, una amante de Enrique IV, sobre la que habían representado un drama en el teatro de L'Ambigu.

A continuación, el casorio enfiló la galería larga donde se encuentran las escuelas italianas y flamencas. Más cuadros, todavía más cuadros, santos, hombres y mujeres con figuras que no se entendían, paisajes oscurísimos, animales que se habían vuelto amarillos, una desbandada de personas y cosas cuyo estridente contraste de colores les estaba empezando a poner la cabeza como un bombo. El señor Madinier ya no hablaba, guiaba lentamente la procesión, que lo seguía en orden, todos con el cuello torcido y los ojos alzados. Siglos de arte pasaban delante de su atónita ignorancia, la fina adustez de los primitivos, los esplendores de los venecianos, la buena vida y la hermosa luz de los holandeses. Pero lo que más les llamaba la atención, en cambio, eran los copistas que, con los caballetes colocados entre la gente, pintaban sin reparo alguno; una anciana, subida a una escalera alta, que pasaba la brocha por el tierno cielo de un lienzo inmenso los dejó impresionadísimos. Sin embargo, poco a poco debía de haberse corrido la voz de que había un casorio visitando el Louvre; los pintores acudían a toda prisa, con la sonrisa en la boca; los curiosos se sentaban con antelación en los bancos tapizados, para presenciar cómodamente el desfile; mientras que los vigilantes, con los labios fruncidos, contenían los comentarios mordaces. El casorio, exhausto y perdiendo la compostura, iba arrastrando los zapatos claveteados, taconeaba por las tarimas sonoras, pisando como un rebaño desbandado al que hubieran dejado suelto en medio de la pulcritud desnuda y el recogimiento de las salas.

El señor Madinier callaba para preservar la sorpresa. Fue directo a *La kermesse*, de Rubens. Allí siguió sin decir nada y se limitó a señalar el lienzo, con mirada pícara. Las señoras, al mirar de cerca el cuadro, empezaron a soltar gritos; luego se apartaron, muy coloradas. Los hombres se lo impidieron, entre risas, buscando los detalles indecentes.

—¡Fíjense! —repetía Boche—. Vale lo que cuesta. Ese está echando los hígados. Aquel, desaguando. Y este, ¡huy, este!... ¡Hay que ver qué gente tan finolis!

—Vámonos —dijo el señor Madinier, encantado con el éxito que había tenido—. De este lado ya no hay nada que ver.

El casorio se fue por donde había venido, volvió a cruzar el salón cuadrado y la galería de Apolo. La señora Lerat y la señorita Remanjou se quejaban, asegurando que no podían dar ni un paso más. Pero el cartonero le quería enseñar a Lorilleux las joyas antiguas. Estaban ahí al lado, al fondo de una habitación pequeñita a la que sabía ir con los ojos cerrados. Sin embargo, se equivocó, extravió al casorio a lo largo de siete u ocho salas, donde solo había sobrias vitrinas en las que se alineaban innumerables cacharros rotos y unos monigotes muy feos. El casorio se estremecía y se aburría a más no poder. Hasta que, en pos de una salida, cayó en los dibujos. Y tocó otra caminata; los dibujos no se acababan nunca, y no había nada divertido, garabatos en hojas de papel, detrás de un cristal en las paredes. El señor Maridier, hecho un lío, sin querer confesar que se había perdido, tomó una escalera y obligó al casorio a subir un piso. Esta vez, el viaje fue por el museo de la marina, entre modelos de instrumentos y cañones, mapas en relieve, buques del tamaño de un juguete. Se topó con otra escalera, muy lejos, al cabo de quince minutos de marcha. Y después de bajarla se volvió a meter de lleno en los dibujos. Entonces, presa de la desesperación, fue rodando por las salas sin ton ni son, con las parejas aún en fila detrás del señor Madinier, que se enjugaba la frente, fuera de sí, rabioso contra la administración, a la que acusaba de haber cambiado las puertas de sitio. Los vigilantes y los visitantes miraban pasar el casorio muy sorprendidos. En menos de veinte minutos lo volvieron a ver en el salón cuadrado, en la galería francesa, a lo largo de las vitrinas donde duermen los diosecillos de Oriente. Nunca lograría salir de allí. Con las piernas molidas, relajando los modales, el casorio armaba un jaleo tremendo, dejándose atrás en su avance el vientre de la señora Gaudron.

—¡Hora de cerrar, hora de cerrar! —gritaron las potentes voces de los vigilantes.

El casorio a punto estuvo de quedarse encerrado. Un vigilante tuvo que ponerse en cabeza y guiarlo hasta una salida. Luego, en el patio del Louvre, después de recoger los paraguas en el guardarropa, respiró. El señor Madinier recobraba el aplomo; debería haber girado a la izquierda; ahora recordaba que las joyas estaban a la izquierda. Por lo demás, toda la concurrencia fingía que le había gustado mucho ver aquello.

Estaban dando las cuatro. Todavía tenían que llenar dos horas antes de la cena. Decidieron ir a dar una vuelta, para hacer tiempo. Las señoras, cansadísimas, habrían preferido quedarse sentadas; pero como nadie invitaba a tomar algo, se pusieron otra vez en marcha, bordeando el muelle. Allí cayó otro chubasco, tan fuerte que, a pesar de los paraguas, los atuendos de las señoras empezaron a estropearse. La señora Lorilleux, desconsolada por cada gota que le caía en el vestido, sugirió que fueran a cobijarse debajo del Pont-Royal. Allí se estaba de maravilla. ¡Mecachis, qué buen ojo había tenido! Las señoras extendieron el pañuelo encima de los adoquines y descansaron en aquel lugar, con las rodillas separadas, arrancando con ambas manos las hojas de hierba que crecían entre las piedras, mirando correr el agua negra, como si estuvieran en el campo. Los hombres se entretuvieron gritando muy fuerte, para que sonara el eco del arco, en la orilla de enfrente; Boche y Bibi-la-Grillade, por turnos, increpaban al vacío, le soltaban con ímpetu: «¡Cerdo!», y se reían mucho cuando el eco les devolvía la palabra; luego, cuando se quedaron roncos, cogieron piedras planas y jugaron a hacerlas rebotar en el agua. Había dejado de llover, pero la concurrencia estaba tan a gusto que ya no pensaba en marcharse. El Sena acarreaba capas grasientas, corchos viejos y mondas de verdura, un montón de desperdicios que

se quedaban un momento atrapados en un remolino, en el agua inquietante que se volvía oscura bajo la sombra de la bóveda; mientras que por encima del puente pasaban rodando los ómnibus y los coches de punto, el tumulto de París, del que solo se veían los tejados, a derecha e izquierda, como desde lo hondo de un agujero. La señorita Remanjou suspiraba; de haber habido hojas, le habría recordado, decía, a un rincón del Marne adonde iba, hacia 1817, con un joven por el que aún lloraba.

Sin embargo, el señor Madinier dio la señal de partida. Atravesaron el jardín de las Tullerías, entre todo el chiquillerío, cuyos aros y pelotas desbarataron el perfecto orden de las parejas. Cuando el casorio llegó a la plaza Vendôme y se quedó mirando la columna, al señor Madinier se le ocurrió tener una galantería con las señoras: las invitó a subir a la columna para ver París. A todos les hizo mucha gracia la invitación. Sí, sí, tenían que subir, sería algo divertido que recordar. Además, no dejaba de resultar de interés para quienes nunca hubieran abandonado tierra firme.

—¡Como si la Coxcox fuera a atreverse a entrar ahí, con esa pata suya! —decía bajito la señora Lorilleux.

—Yo sí quiero subir —decía la señora Lerat—, pero que no vaya ningún hombre detrás de mí.

Y el casorio subió. En la angosta espiral de la escalera, los doce trepaban en fila, tropezándose con los peldaños desgastados, sujetándose a las paredes. Cuando la oscuridad fue total, se hartaron a reír. Las señoras soltaban gritos. Los caballeros les hacían cosquillas, les pellizcaban las piernas. ¡Pero no había por qué ponerse así! Ni que fueran ratones. Además, la cosa quedaba ahí; sabían cuándo tenían que parar, por decencia. Entonces a Boche se le ocurrió una broma que toda la concurrencia repitió. Llamaban a la señora Gaudron, como si la hubieran perdido por el camino, y le preguntaban si le cabía la tripa. ¡Figúrense, si hubiese acabado allí atascada, sin poder bajar ni subir! Habría tapado el hueco y no sabrían cómo salir. Y todos se reían de ese vientre de mujer encinta, con una alegría formidable que sacudía la columna. Tras esto, Boche, totalmente lanzado, comentó que se iban a hacer viejos en ese tubo de chimenea; ¿acaso no se acababa nunca, iban a llegar hasta el cielo? E intentaba asustar a las señoras gritando que la columna se movía. Entre tanto, Coupeau no decía nada; iba detrás de Gervaise, sujetándola por la cintura, notando que ella no oponía resistencia. Precisamente, cuando la escalera volvió a iluminarse de golpe, le estaba besando el cuello.

—¡Pero bueno! ¡Vaya par de desvergonzados, que hay gente delante! —dijo la señora Lorilleux con voz escandalizada.

Bibi-la-Grillade parecía furioso y repetía entre dientes:

—¡Menudo jaleo han montado! Ni siquiera he podido contar los peldaños.

Pero el señor Madinier, en la plataforma, ya estaba señalando los monumentos. La señora Fauconnier y la señorita Remanjou se negaron en redondo a salir de la escalera; se conformaban con aventurar algún que otro vistazo por la puertecita. La señora Lerat, más osada, daba la vuelta a la estrecha terraza pegándose al bronce de la cúpula. Aunque resultaba muy impresionante pensar que habría bastado con pasar una pierna. ¡Vaya caída, Dios bendito! Los hombres, algo pálidos, miraban la plaza. Diríase que estabas en el aire, al margen de todo. No, definitivamente, te revolvía las tripas. Y eso que el señor Madinier recomendaba alzar la vista, mirar hacia delante, a lo lejos; así se evitaba el vértigo. Y seguía indicando con el dedo dónde estaban los Inválidos, Notre-Dame, la torre Saint-Jacques, los cerros de Montmartre. Hasta que a la señora Lorilleux se

le ocurrió preguntar si se veía, en el bulevar de La Chapelle, la vinatería donde iban a comer, Le Moulin-d'Argent. Se pasaron diez minutos buscándola, llegando incluso a discutir; cada uno situaba la vinatería en un sitio distinto. En torno suyo, París desplegaba su inmensidad gris de lejanías azuladas, sus hondos valles, donde ondulaba un oleaje de tejados; toda la orilla derecha estaba en sombra, bajo un extenso girón de nube cobriza; desde el borde de esa nube ribeteada de oro, fluía un rayo ancho que encendía los miles de cristales de la orilla izquierda con un centelleo cuyas luces resaltaban ese rincón de la ciudad sobre el fondo limpísimo del cielo que se había lavado con la tormenta.

—Para armar la gresca no merecía la pena subir —dijo Boche, furioso, volviendo a la escalera.

El casorio descendió mudo, enfurruñado, solo con el ruido de los zapatos escaleras abajo. En la calle, el señor Madinier quiso pagar. Pero Coupeau puso el grito en el cielo y se apresuró a poner en la mano del guarda un franco con veinte céntimos, diez céntimos por cabeza. Ya eran casi las cinco y media; tenían el tiempo justo para volver. Así pues, hicieron el camino de vuelta por los bulevares y por el Faubourg Poissonnière. Sin embargo, a Coupeau le parecía que el paseo no podía terminar así; los metió a todos al fondo de una vinatería y se tomaron un vermú.

La comida estaba encargada para las seis. En Le Moulin-d'Argent llevaban veinte minutos esperando al casorio. La señora Boche, que había dejado la portería al cuidado de una señora de la casa, charlaba con mamá Coupeau en el salón del primer piso, junto a la mesa ya puesta. Por su parte, los dos críos, Claude y Étienne, que habían ido con ella, jugaban a correr por debajo de la mesa, en medio de una desbandada de sillas. Cuando Gervaise entró y se encontró con los niños, a los que no había visto en todo el día, se los sentó en el regazo, los acarició y les dio grandes besos.

—¿Se han portado bien? —le preguntó a la señora Boche—. ¿Al menos no le han dado mucha lata?

Y como esta le contaba las ocurrencias desternillantes que habían tenido aquellos dos granujillas durante la tarde, los volvió a coger y a abrazar, presa de un ataque de cariño.

—No me digan que esto no es raro para Coupeau —les decía la señora Lorilleux a las otras mujeres, al fondo del salón.

Gervaise seguía con la misma tranquilidad risueña de por la mañana. Sin embargo, desde el paseo, a ratos se ponía muy triste y miraba a su marido y a los Lorilleux con esa expresión suya pensativa y sensata. Coupeau le parecía un mandria con su hermana. El día anterior, sin ir más lejos, juraba dando voces que iba a poner en su sitio a esas lenguas viperinas si le faltaban al respeto. Pero Gervaise veía de sobra que cuando los tenía delante se arrastraba como un perro, estaba pendiente de sus palabras y se llevaba un sofocón cuando pensaba que se habían enfadado. A la joven, sencillamente, aquello le preocupaba para el futuro.

A todo esto, ya solo esperaban a Mes-Bottes, que aún no había aparecido.

—¡Qué caramba! —gritó Coupeau—. Vamos a sentarnos a la mesa. Ya verán cómo se planta aquí de un salto; menudo olfato tiene, huele la manducatoria de lejos... Por cierto, ¡lo que se estará riendo si sigue de plantón en la carretera de Saint-Denis!

Entonces el casorio, muy animado, se sentó a la mesa haciendo mucho ruido con las sillas. Gervaise estaba entre Lorilleux y el señor Madinier, y Coupeau, entre la señora Fauconnier y la señora Lorilleux. Los demás comensales se sentaron a su gusto porque cuando se asignaban los

sitios, al final siempre había envidias y discusiones. Boche se coló al lado de la señora Lerat. A Bibi-la-Grillade le tocaron de vecinas la señorita Remanjou y la señora Gaudron. Mientras que la señora Boche y mamá Coupeau, en el extremo de la mesa, cuidaban de los niños, se encargaban de cortarles la carne, de servirles la bebida, cuidándose mucho de añadir muy poco vino.

—¿Nadie bendice la mesa? —preguntó Boche mientras las señoras se colocaban las faldas debajo del mantel, por miedo a mancharse.

Pero a la señora Lorilleux no le gustaban esa clase de bromas. Enseguida se comieron la sopa de fideos, casi fría, entre sorbidos. Servían la mesa dos mozos con chaquetillas grasientas y mandiles blancos no muy limpios. Por las cuatro ventanas abiertas que daban a las acacias del patio entraba la luz del sol, el atardecer de un día tormentoso, lavado y cálido aún. El reflejo de los árboles en ese rincón húmedo prestaba un tono verdoso al tiznado comedor, con la sombra de las hojas bailando encima del mantel, que rezumaba un leve olor a moho. Había dos espejos, cubiertos de cagadas de mosca, uno en cada extremo, que alargaban la mesa hasta el infinito, con el servicio pringoso y amarillento, donde la grasa del agua de fregar se volvía negra en los arañazos de los cuchillos. Al fondo, cada vez que un mozo subía de la cocina, la puerta, al abrirse, dejaba pasar un fuerte olor a fritanga.

—Que no hable todo el mundo a la vez —dijo Boche cuando cada uno estaba con la nariz metida en el plato, sin decir nada.

Fue mientras se bebían la primera copa de vino y seguían con la mirada dos empanadas de salchichas que estaban sirviendo los mozos cuando apareció Mes-Bottes.

—¡Acabáramos! ¡Menudos desgraciados estáis hechos! —gritó—. Me he pasado tres horas pateando la carretera, incluso he tenido que enseñarle los papeles a un gendarme... ¡A un amigo no se le hacen estas perrerías! Por lo menos, haberme mandado recado con un coche de punto. Bromitas aparte, esto ya pasa de castaño oscuro. Y, de propina, llovía tanto que me ha entrado agua hasta en los bolsillos. No exagero, podría criar ranas en ellos.

La concurrencia se reía, se retorcía. El muy animal de Mes-Bottes estaba achispado; debía de llevar ya dos botellas entre pecho y espalda; lo necesario para compensar el remojón que se había llevado con la tormenta.

—¡Eh, tú, zampatortas! —dijo Coupeau—. Siéntate ahí, al lado de la señora Gaudron. Ya ves que te estábamos esperando.

¡Huy!, eso no era molestia, ya los alcanzaría; repitió sopa tres veces, platos de fideos donde mojaba rebanadas de pan enormes. Pero fue al pasar a las empanadas cuando dejó profundamente admirada a toda la mesa. ¡Qué tragaderas! Los mozos, amedrentados, hacían una cadena para pasarle el pan, pedazos cortados muy finos, que engullía de un bocado. Acabó enfadándose: lo que quería era tener un pan al lado. El vinatero, preocupadísimo, apareció un momento en el umbral del comedor. La concurrencia, que lo estaba esperando, volvió a retorcerse de risa. ¡Con eso no contaba el tabernero! ¡Menudo elemento, el Mes-Bottes este! ¿Pues no se había llegado a comer un día doce huevos duros y a beber otros tantos vasos de vino mientras daban las doce del mediodía? Poca gente tiene esa fuerza. La señorita Remanjou, enternecida, miraba masticar a Mes-Bottes, mientras que el señor Madinier, buscando decir algo que expresara su asombro casi respetuoso, calificó semejante capacidad como extraordinaria.

Hubo un silencio. Un mozo acababa de colocar en la mesa un estofado de conejo en una fuente amplia, honda como una ensaladera. Coupeau, muy jocoso, aprovechó la ocasión.

—Oiga, mozo, no nos estará dando gato por liebre, ¿verdad?... Todavía maúlla.

En efecto, un maullidito, imitado a la perfección, parecía salir de la fuente. Era Coupeau, que lo hacía con la garganta, sin mover los labios; era una habilidad social que siempre triunfaba, tanto es así que nunca comía fuera sin encargar un estofado de conejo. Acto seguido, se puso a ronronear. Las señoras se enjugaban la cara con la servilleta de tanto reírse.

La señora Fauconnier pidió la cabeza; era lo único que le gustaba. A la señorita Remanjou le encantaban los torreznos. Cuando Boche dijo que él prefería las cebollitas si estaban bien salteadas, la señora Lerat frunció los labios y murmuró:

—Eso lo entiendo.

Era enjuta como una espingarda, tenía una vida de obrera enclaustrada en la rutina, ningún hombre había pisado su casa desde que enviudara, aunque tenía una idea fija con los trapos sucios, y la manía de decir cosas con doble sentido y hacer alusiones picantes tan profundas que solo ella las entendía. Al inclinarse Boche para pedirle que se lo explicara, muy bajito, al oído, repuso:

—Sin duda, las cebollitas... Con eso basta, creo yo.

Pero la conversación se tornaba seria. Cada uno hablaba de su oficio. El señor Madinier exaltaba el cartonaje; había auténticos artistas en el gremio; mencionaba, por ejemplo, cajas para regalos, cuyos modelos conocía, que eran maravillas del lujo. Lorilleux, sin embargo, se reía con sarcasmo; estaba muy ufano de trabajar el oro, lo veía como reflejado en sus dedos y en toda su persona. Al fin y al cabo, decía a menudo, los joyeros antaño eran gente de armas; y mencionaba a Bernard Palissy, sin conocimiento. Por su parte, Coupeau describía una veleta, la obra maestra de un compañero suyo; la formaban una columna, luego un ramo, luego una canasta de fruta y luego una bandera; todo ello muy bien reproducido, nada más con pedazos de cinc recortados y soldados. La señora Lerat giraba el mango del cuchillo entre los dedos huesudos para enseñarle a Bibi-la-Grillade cómo se enrollaba el tallo de una rosa. Entre tanto, las voces iban alzándose, se entremezclaban; se oía, en el barullo, lo que decía la señora Fauconnier muy alto, quejándose de sus operarias, de una aprendicilla desvergonzada que la víspera había vuelto a quemar un par de sábanas.

—Por mucho que diga —gritó Lorilleux golpeando con el puño en la mesa—, el oro es el oro.

En mitad del silencio que había provocado tal verdad, ya solo se oyó la vocecita aflautada de la señorita Remanjou, que seguía explicando:

—Entonces, les levanto la falda y las coso por dentro... Les clavo un alfiler en la cabeza para sujetar la cofia... Y ya están hechas, se venden a sesenta y cinco céntimos.

Le explicaba cómo hacía sus muñecas a Mes-Bottes, cuyas mandíbulas, despaciosamente, se movían como ruedas de molino. Había dejado de escuchar, acechaba a los mozos para impedir que se llevaran los platos antes de haberlos rebañado. Acababan de comer carne mechada en su jugo con judías verdes. Ahora traían el asado, dos pollos esmirriados sobre un lecho de berros mustios y cocidos por el horno. Fuera, el sol moría en las ramas más altas de las acacias. En el comedor, el reflejo verdoso se volvía denso con los vapores que subían de la mesa manchada de vino y de salsa, empantanada con el desorden del servicio; y, a lo largo de la pared, los platos sucios y las botellas vacías que los mozos iban dejando ahí parecían la basura barrida y sacudida del mantel. Hacía mucho calor. Los hombres se quitaron la levita y siguieron comiendo en

mangas de camisa.

—Señora Boche, por favor, no los atiborre tanto —dijo Gervaise, que hablaba poco, vigilando desde lejos a Claude y Étienne.

Se levantó y fue a charlar un rato, de pie detrás de las sillas de sus hijos. Los niños no razonaban, podían estar todo el día comiendo sin rechazar ni un bocado; y les sirvió ella misma el pollo, un poco de pechuga. Pero mamá Coupeau dijo que se empacharan, por una vez que podían. La señora Boche, en voz baja, acusó a Boche de pellizcarle las rodillas a la señora Lerat. ¡Huy, era un cínico calavera! Ella había visto muy bien cómo le desaparecía la mano. ¡Maldita sea!, si volvía a pillarlo, era capaz de romperle la jarra de agua en la cabeza.

En el silencio, el señor Madinier hablaba de política.

—Esa ley suya del 31 de mayo es una aberración. Ahora hacen falta dos años de empadronamiento. Desaparecen de las listas tres millones de ciudadanos... Me han dicho que Bonaparte, en el fondo, está muy ofendido, porque quiere al pueblo, bien que lo ha demostrado.

Él era republicano, pero admiraba al príncipe por su tío, un hombre como no volvería a haber ningún otro. Bibi-la-Grillade se enfadó: él había trabajado en el palacio del Elíseo, había visto a Bonaparte igual que estaba viendo a Mes-Bottes en frente en esos momentos; pues resulta que el pánfilo ese del presidente parecía un guindilla, ¡ni más ni menos! Decían que se iba a dar una vuelta por Lyon; estaría bien que se partiera el pescuezo en alguna cuneta y así se libraban de él. Como la discusión empezaba a subir de tono, Coupeau tuvo que intervenir:

—¡Pero bueno! ¡Hay que ser simple para pelearse por la política!... ¡Menuda bromita, la política! ¿Acaso existe para nosotros?... Pongan a quien pongan, un rey, un emperador, a nadie en absoluto, no impedirá que gane mis cinco francos, que coma y que duerma, ¿verdad? ¡Pues claro que no, qué tontería!...

Lorilleux asentía con la cabeza. Había nacido el mismo día que el conde de Chambord, el 29 de septiembre de 1820. Esa coincidencia le influía mucho, le hacía concebir un sueño impreciso que vinculaba el regreso a Francia del rey con su fortuna personal. No decía a las claras qué esperaba, pero daba a entender que, llegado el caso, le sucedería algo tremendamente bueno. Así pues, cada vez que deseaba algo por encima de sus posibilidades lo dejaba para más adelante, «cuando regresara el rey».

—Por cierto —contó—, que una noche vi al conde de Chambord...

Todos los rostros se volvieron hacia él.

—Sí, señor. Un hombre gordo con paletó y pinta de buenazo... Yo estaba en la tienda de Péquinot, un amigo mío que vende muebles en la calle Grande-Rue de la Chapelle... El conde de Chambord se había dejado allí olvidado el paraguas. Así que entró y dijo, sin más: «¿Le importaría devolverme mi paraguas!». ¡Dios mío, ya lo creo que era él! Péquinot me dio su palabra de honor.

Ninguno de los comensales expresó la mínima duda. Habían llegado a los postres. Los mozos levantaban la mesa haciendo mucho ruido con la loza. La señora Lorilleux, que hasta entonces se había comportado muy dignamente, como una auténtica señora, soltó un «¡So cochino!» porque uno de los mozos, al retirar una fuente, le había dejado caer algo húmedo por el cuello. Seguro que se le había manchado el vestido de seda. El señor Madinier tuvo que mirarle la espalda, pero juró y perjuró que no tenía nada. Ahora, el centro del mantel lo ocupaban unas natillas con merengue en una ensaladera, que flanqueaban a ambos lados dos platos de queso y dos platos de

fruta. Las natillas, sobre las que flotaban los merengues demasiado hechos, sosegaron los ánimos; nadie se las esperaba y a todos les pareció un detalle distinguido. Mes-Bottes seguía comiendo. Había vuelto a pedir pan. Acabó con los dos quesos y, como sobraban natillas, pidió que le acercaran la ensaladera y se cortó anchas rebanadas de pan para echar en el fondo, como si estuviera comiendo sopa.

—Es usted un hombre francamente asombroso —le dijo el señor Madinier, de nuevo lleno de admiración.

Acto seguido, los hombres se pusieron de pie para coger las pipas. Se pararon un momento detrás de Mes-Bottes para darle palmadas en los hombros y preguntarle si ya se encontraba mejor. Bibi-la-Grillade lo levantó con la silla; ¡diantre, el muy animal ahora pesaba el doble! Coupeau, de guasa, comentaba que su compañero solo estaba preparándose, que ahora iba a ponerse a comer pan durante toda la noche. Los mozos, espantados, desaparecieron. Boche, que había bajado un rato antes, volvió a subir contando la cara que tenía el vinatero; estaba muy pálido detrás del mostrador, la parienta, consternada, había mandado a ver si quedaba alguna tahona abierta, hasta el gato de la casa parecía arruinado. En serio, tenía una gracia loca, bien merecía el gasto de la cena, no podía haber ninguna jira sin el tragaldabas de Mes-Bottes. Los hombres, con la pipa encendida, lo contemplaban con envidia; porque lo cierto era que para comer tanto ¡había que estar hecho un toro!

—No me gustaría ser responsable de alimentarlo a usted —dijo la señora Gaudron—. ¡Vaya que no!

—Oiga usted, buena mujer, no es la más indicada para hablar —contestó Mes-Bottes mirando de soslayo el vientre de su compañera de mesa—. Usted ha comido mucho más que yo.

Hubo aplausos y bravos: buena respuesta, sí, señor. Era ya noche cerrada, tres luces de gas ardían en el comedor removiendo amplias zonas claras y turbias entre el humo de las pipas. Los mozos, después de servir el café y el coñac, habían ido a llevarse las últimas pilas de platos sucios. En el patio, debajo de las tres acacias, empezaba el baile de candil, una corneta de pistones y dos violines que tocaban muy alto, con risas de mujer, algo roncas en la noche tibia.

—¡Hay que hacer un ponche! —gritó Mes-Bottes—. ¡Dos botellas de rosolí, mucho limón y poco azúcar!

Pero Coupeau, al ver ante sí la cara preocupada de Gervaise, se puso de pie para decretar que no iban a beber más. Habían vaciado veinticinco botellas, un litro y medio por cabeza, contando a los niños como adultos; era más que suficiente. Acababan de comer un bocado juntos, amistosamente, sin fanfarria, porque se tenían aprecio y deseaban celebrar juntos una fiesta familiar. Se lo estaban pasando muy bien, con alegría, no era cosa de empezar ahora a empinar el codo como cerdos, si querían mostrarles respeto a las señoras. En una palabra, y para ir acabando, se habían reunido para brindar a la salud de la feliz pareja y no para ahumarla. Aquel breve discurso, que pronunció el cinquero con tono convencido, poniéndose la mano en el corazón al final de cada frase, recibió la vehemente aprobación de Lorilleux y del señor Madinier. Pero los demás, Boche, Gaudron, Bibi-la-Grillade y, más que ninguno, Mes-Bottes, todos ellos muy achispados, se burlaron con voz pastosa, porque además tenían el gaznate seco y no les quedaba más remedio que refrescárselo.

—Quien tiene sed tiene sed, y quien no tiene sed no tiene sed —observó Mes-Bottes—. Dicho lo cual, vamos a encargar el ponche... Aquí no se obliga a nadie. A los señoritingos, que les

suban agua con azúcar.

Como el cinquero se ponía otra vez a predicar, el otro, que se había levantado, se dio una palmada en la nalga al tiempo que gritaba:

—¿Pues sabes qué? ¡Que no me sale de aquí!... ¡Mozo, dos botellas de añejo!

Coupeau dijo que muy bien, pero que en cambio iban a pagar la comida enseguida. Así no habría discusiones. La gente con modales no tenía por qué pagar por los borrachuzos. Y precisamente Mes-Bottes, después de rebuscar en los bolsillos mucho rato, no encontró sino tres francos y treinta y cinco céntimos. Y es que, ¿por qué lo habían dejado muerto de asco en la carretera de Saint-Denis? Como no iba a quedarse ahí ahogándose, tuvo que gastarse parte de la moneda de cinco francos. Así que la culpa no era suya, sino de los demás, ¡ea! Al final, entregó los tres francos y se quedó con los treinta y cinco céntimos para el tabaco del día siguiente. Coupeau, furioso, le habría zurrado si Gervaise no le hubiese tirado de la levita, muy asustada, suplicante. Se resolvió a pedirle prestados dos francos a Lorilleux, que, después de decirle que no, se los dio a escondidas porque su mujer, claro está, jamás habría accedido.

Entre tanto, el señor Madinier había cogido un plato. Solo las señoritas y las señoras, la señora Lerat, la señora Fauconnier, la señorita Remanjou, depositaron en él la moneda de cinco francos antes que nadie, discretamente. A continuación, los caballeros se aislaron en la otra punta del comedor para echar cuentas. Eran quince; el total ascendía, pues, a setenta y cinco francos. Cuando los setenta y cinco francos estuvieron en el plato, cada hombre añadió veinticinco céntimos para los mozos. Hizo falta un cuarto de hora de cálculos laboriosos antes de que todos quedaran conformes.

Pero cuando el señor Madinier, que quería tratar con el dueño, le preguntó al vinatero, la concurrencia se quedó transida al oírle decir, con una sonrisa, que eso no era ni mucho menos lo que le debían. Había suplementos. Como la palabra «suplementos» se recibió con exclamaciones furibundas, entró en el detalle: veinticinco botellas en lugar de las veinte acordadas de antemano; las natillas, que había añadido al ver que el postre resultaba un poco escaso; por último, la frasca de ron que se había servido con el café, por si había personas a quien les apeteciera tomar ron. Entonces se entabló una pelea formidable. Coupeau, con el que se ensañaba el vinatero, se defendía: en ningún momento habían hablado de veinte botellas; en cuanto a las natillas, iban incluidas en el postre, peor para él por haberlas añadido sin avisar; faltaba la frasca de ron, un timo, un truco para inflar la cuenta, colando de extranjis en la mesa licores de los que nadie desconfiaba.

—¡Estaba en la bandeja del café! —gritaba—. Pues entonces debería cobrarse con el café... Déjenos en paz. ¡Coja su dinero y que me parta un rayo si volvemos a poner los pies en este antro!

—Faltan seis francos —repetía el vinatero—. Deme mis seis francos... Y eso que no he contado los tres panes del caballero...

Toda la concurrencia, apiñada en torno a él, lo rodeaba con la rabia de los gestos, los aullidos de las voces que se atragantaban de ira. Las mujeres, sobre todo, ya no se mostraban reservadas, se negaban a añadir ni un céntimo más. ¡Pues vaya con el casorio, les parecería bonito! ¡A la señorita Remanjou no volverían a pillarla en una cena de esas! La señora Fauconnier había comido fatal; con esos dos francos en su casa podría prepararse un platito para chuparse los dedos. La señora Gaudron se quejaba amargamente de que la habían relegado al extremo malo de

la mesa, al lado de Mes-Bottes, que no había tenido ninguna deferencia. En resumidas cuentas, que esos festejos siempre acababan mal. Si querías celebrar tu boda con gente, ¡pues la invitabas, qué caramba! Gervaise, que se había refugiado junto a mamá Coupeau, delante de una de las ventanas, no decía nada, avergonzada, sintiendo que todas esas recriminaciones iban dirigidas a ella.

El señor Madinier acabó bajando con el vinatero. Los oyeron discutir abajo. Hasta que, al cabo de media hora, el cartonero volvió a subir; había saldado la cuenta poniendo tres francos. Pero la concurrencia seguía ofendida, exasperada, dándole vueltas al tema de los suplementos. Al barullo se añadió un arrebato de la señora Boche. Como seguía acechando a Boche, lo vio en un rincón pellizcándole la cintura a la señora Lerat: ni corta ni perezosa le lanzó una jarra de agua que se estampó contra la pared.

—Cómo se nota que su marido es sastre —dijo la viuda larguirucha, con ese fruncimiento de labios cargado de sobrentendidos—. Se le dan muy bien las faldas... Y eso que le he soltado buenos puntapiés por debajo de la mesa.

La velada se había echado a perder. Todo el mundo estaba cada vez más agriado. El señor Madinier sugirió que cantasen, pero Bibi-la-Grillade, que tenía buena voz, acababa de desaparecer; la señorita Remanjou, acodada en una ventana, lo vio, debajo de las acacias, brincando con una muchacha gorda y destocada. La corneta de pistones y los dos violines tocaban *Le marchand de moutarde*,[16] una cuadrilla en la que había que dar palmas, en la pastorela. Entonces se produjo una desbandada: Mes-Bottes y el matrimonio Gaudron bajaron; el propio Boche se largó. Desde las ventanas, se veía a las parejas dando vueltas, entre las hojas, que a la luz de los farolillos colgados de las ramas tenían el verde pintado y chillón de un decorado. La noche dormía sin un soplo, desfallecida por el calor. En el comedor se había iniciado una conversación seria entre Lorilleux y el señor Madinier mientras que las señoras, sin saber ya cómo desahogar su necesidad de ira, se miraban el vestido, buscando si les había caído alguna mancha.

A la señora Lerat parecía que los flecos se le habían metido en el café. El vestido crudo de la señorita Fauconnier estaba lleno de salsa. El chal verde de mamá Coupeau se había caído de una silla y acababan de encontrarlo en un rincón, arrugado y pisoteado. Pero la más enrabietada de todas era la señora Lorilleux. Tenía una mancha en la espalda, aunque le jurasen y perjurasen que no, la notaba. Y al final, retorciéndose delante de un espejo, la vio.

—¿Qué les había dicho? —gritó—. Es jugo del pollo. El mozo me va a pagar el vestido. O, mejor, lo voy a denunciar... ¡Lo que me faltaba hoy! Mejor habría hecho quedándome en la cama... Así que, bien pensado, me marcho. ¡Ya estoy harta de la dichosa boda!

Se fue hecha una fiera, dando unos taconazos que hacían temblar la escalera. Lorilleux corrió tras ella. Pero lo único que pudo sacarle fue que lo esperase cinco minutos en la acera si quería que volviesen juntos. Tendría que haberse ido después de la tormenta, que era lo que realmente le apetecía. Coupeau se las iba a pagar por ese día. Cuando este último se enteró de lo furiosa que estaba, pareció consternado; Gervaise, para evitarle problemas, aceptó volver a casa enseguida. Entonces se despidieron rápidamente con un beso. El señor Madinier se encargó de acompañar a mamá Coupeau. La señora Boche, para esa primera noche, se llevaría a Claude y a Étienne a dormir a su casa; su madre podía quedarse tranquila, los niños dormirían en unas sillas, con el empacho de todas las natillas que habían comido. Por último, cuando los novios se estaban yendo con Lorilleux, dejando al resto del casorio en la vinatería, estalló una pelea abajo, en el baile,

entre su grupo y otro; Boche y Mes-Bottes, que habían besado a una dama, no querían devolvérsela a los dos militares a los que pertenecía y amenazaban con zurrar a todos los presentes, en medio de la algazara endemoniada de la corneta de pistones y los dos violines tocando la *Polka des perles*.[17]

Eran apenas las once. En el bulevar de La Chapelle, y por todo el barrio de La Goutte-d'Or, la ansiada paga quincenal, que coincidía con ese sábado, acarreaba una tremenda escandalera de cogorza. La señora Lorilleux estaba esperando a veinte pasos de Le Moulin-d'Argent, de pie debajo de una luz de gas. Se cogió del brazo de Lorilleux y echó a andar delante, sin darse la vuelta, a paso tan ligero que Gervaise y Coupeau se quedaban sin aliento siguiéndolos. A trechos, se bajaban de la acera para esquivar a un borracho, tirado allí panza arriba. Lorilleux se dio la vuelta, tratando de recomponer las cosas.

—Os acompañamos hasta la puerta —dijo.

Pero la señora Lorilleux, alzando la voz, opinaba que resultaba muy raro pasar la noche de bodas en el agujero infecto que era el hotel Boncœur. ¿No deberían haber pospuesto la boda, ahorrar algo de calderilla y comprar muebles, para poder volver a su propia casa la primera noche? Pues sí que iban a estar bien, en la buhardilla, apretujados en un chiscón de diez francos donde ni siquiera había aire.

—Lo he dejado, no nos vamos a quedar arriba —objetó Coupeau tímidamente—. Nos alojamos en la habitación de Gervaise, que es más grande.

La señora Lorilleux bajó la guardia y se dio la vuelta con movimiento brusco.

—¡Esto es el colmo! —gritó—. ¡Vas a dormir en la habitación de la Coxcox!

Gervaise se quedó blanca. Ese mote, que le arrojaban a la cara por primera vez, le sentó como una bofetada. Además, entendía de sobra lo que soliviantaba a su cuñada: la habitación de la Coxcox era la estancia donde había vivido un mes con Lantier, donde aún andaban tirados los trapos sucios de su anterior vida. Coupeau no lo entendió y solo le hirió el mote:

—Haces mal en bautizar a los demás —contestó irritado—. Lo que tú no sabes es que a ti, en el barrio, te llaman Cola de Vaca por el pelo que tienes. Ah, eso en cambio no te hace gracia, ¿verdad?... ¿Por qué no íbamos a conservar la habitación de la primera planta? Esta noche los niños no van a dormir allí, estaremos de maravilla.

La señora Lorilleux no añadió nada más y se parapetó en su dignidad, ofendidísima por ser la Cola de Vaca. Coupeau, para consolar a Gervaise, le apretaba el brazo con suavidad y consiguió incluso animarla contándole al oído que iban a empezar su vida matrimonial con la suma redonda de treinta y cinco céntimos, tres monedas gordas y una pequeña, que hacía tintinear con la mano en el bolsillo del pantalón. Cuando llegaron al hotel Boncœur, se dieron las buenas noches con cara de perro. Y en el momento en que Coupeau empujaba a las dos mujeres para que se dieran un beso, llamándolas burras, un beodo, que aparentemente quería pasar por la derecha, se desvió de golpe hacia la izquierda y se metió entre ambas.

—¡Anda, es el tío Bazouge! —dijo Lorilleux—. Menuda se ha cogido hoy.

Gervaise, asustada, se pegaba contra la puerta del hotel. El tío Bazouge, un sepulturero de unos cincuenta años, llevaba el pantalón negro manchado de barro, el capote negro sujeto al hombro y el sombrero de cuero negro abollado, aplastado por culpa de alguna caída.

—No se asuste, no es mala gente —siguió diciendo Lorilleux—. Es un vecino; el de la tercera habitación del corredor, antes de llegar a nuestra casa... ¡Apañado estaría si sus superiores

lo vieran así!

Entre tanto, el tío Bazouge se amoscaba por el miedo de la joven.

—Pero ¿qué pasa? —tartamudeó—, que en esta vecindad no nos comemos a nadie... Yo no soy peor que cualquier otro, ¿sabe, niña? ¡Pues claro que he tomado un trago! Cuando la faena pesa, no queda más remedio que engrasarse las ruedas. No iba a ser usted ni ninguno de los presentes quien hubiera bajado al fulano de seiscientas libras que hemos cargado entre dos desde el cuarto piso hasta la acera, y sin ni siquiera romperlo... A mí me gusta la gente con salero.

Pero Gervaise cada vez se metía más en el ángulo de la puerta, con muchas ganas de llorar, algo que estropeaba aquella jornada de alegría razonable. No se acordaba ya de darle un beso a su cuñada y suplicaba a Coupeau que alejase al borracho. Entonces Bazouge, tambaleándose, tuvo un arranque de desdén filosófico.

—Eso no impedirá que le llegue la hora, niña... Y puede que se alegre de que le llegue, cuando toque... Sí, conozco a mujeres que agradecerían irse al otro barrio.

Como los Lorilleux se resolvían a llevárselo, se dio la vuelta y balbució una última frase, entre hipido e hipido:

—Cuando uno se muere..., escúcheme..., cuando uno se muere, es para mucho tiempo.

IV

Fueron cuatro años de trabajar duro. En el barrio, Gervaise y Coupeau eran un buen matrimonio, que vivía apartado, sin zurrarse, y los domingos tenía costumbre de dar un paseíto por donde Saint-Ouen. La mujer hacía jornadas de doce horas para la señora Fauconnier y se las apañaba para tener la casa como los chorros del oro y ponerles a los suyos comida en el plato por la mañana y por la noche. El hombre no se emborrachaba, llevaba a casa su paga quincenal y se fumaba una pipa asomado a la ventana antes de acostarse, para tomar el aire. La gente se hacía lenguas de su amabilidad. Como entre los dos ganaban casi nueve francos al día, se calculaba que debían de ahorrar un buen pellizco.

Sobre todo al principio tuvieron que trabajar de lo lindo para que cuadrasen las cuentas. La boda les había dejado a deber doscientos francos. Además, se les hacía muy cuesta arriba vivir en el hotel Boncœur; les parecía repulsivo, lleno de malas compañías; ellos soñaban con tener su propio hogar, con sus propios muebles, para cuidarlo. Veinte veces calcularon cuánto les costaría; ascendía, en cifras redondas, a trescientos cincuenta francos si pretendían no tener que apretarse para guardar sus bártulos o poder usar una olla o una sartén cuando menester fuera. Andaban desesperados con ahorrar semejante suma en menos de dos años cuando se presentó una buena oportunidad: un anciano caballero de Plassans les pidió llevarse allí a Claude, el mayor de los niños, para meterlo en un colegio; un capricho generoso de un excéntrico, amante de la pintura, que se había quedado muy impresionado con los monigotes que pintarrajeara el crío tiempo atrás. Claude les costaba ya un ojo de la cara. Cuando solo tuvieron a su cargo al pequeño, Étienne, juntaron los trescientos cincuenta francos en siete meses y medio. El día que compraron los muebles a un revendedor de la calle Belhomme, antes de volver a casa dieron un paseo por los bulevares exteriores con el corazón rebosante de dicha. Había una cama, una mesilla de noche, una cómoda con tablero de mármol, un armario, una mesa redonda con su hule, seis sillas, todo ello de caoba antigua; aparte de colchones y almohadas, ropa blanca y utensilios de cocina, casi nuevos. Para ellos era como ingresar en la vida de forma seria y definitiva, algo que, al convertirlos en propietarios, les hacía ganar importancia entre las personas respetables del barrio.

Llevaban buscando alojamiento desde hacía dos meses. Lo primero que intentaron fue alquilar uno en la casa grande de la calle de La Goutte-d'Or. Pero no quedaba libre ni una habitación, tuvieron que renunciar a su viejo sueño. Lo cierto es que a Gervaise, en el fondo, no le importó demasiado: tener a los Lorilleux de vecinos, puerta con puerta, la asustaba mucho. De modo que buscaron en otra parte. Coupeau, muy atinadamente, tenía empeño en no alejarse del taller de la señora Fauconnier para que Gervaise pudiera plantarse en casa en un santiamén a cualquier hora del día. Hasta que dieron con un feliz hallazgo, una habitación grande, con un cuartito y una cocina, en la calle Neuve-de-la-Goutte-d'Or, casi en frente de la lavandera. Era una casita de una sola planta y escaleras muy empinadas que solo conducían a dos alojamientos, uno

a la derecha y otro a la izquierda; en el bajo vivía un alquilador de coches que guardaba el material en los almacenes de un patio amplio que lindaba con la calle. La joven estaba encantada, se sentía como si hubiera vuelto a provincias; ni vecinas ni chismorreos que temer, un remanso de paz que le recordaba a una callecita de Plassans, detrás de las fortificaciones. Además, para colmo de ventura, podía ver su ventana desde su mesa de trabajo, sin apartarse de las planchas, asomando la cabeza.

Se mudaron coincidiendo con el arrendamiento de abril. Gervaise estaba, a la sazón, embarazada de ocho meses. Pero mostraba gran entereza y decía, riéndose, que el niño la ayudaba cuando estaba trabajando; por dentro notaba que empujaba con las manecitas y le daba fuerzas. ¡Había que ver cómo trataba a Coupeau los días en que se empeñaba en meterla en la cama y se quedase tumbada a la bartola! Ya tendría tiempo de acostarse cuando se pusiera de parto. Y cuanto más tarde fuera, mejor; porque ahora, con una boca más que alimentar, iban a tener que agachar el lomo. Y fue ella quien limpió la casa antes de ayudar a su marido a colocar los muebles. Sentía veneración por esos muebles, los limpiaba con atenciones maternales y se le partía el corazón si veía el mínimo rasguño. Cada vez que los golpeaba al barrer, se quedaba quieta, transida como si le hubiesen pegado a ella. Sentía especial cariño por la cómoda; le parecía un mueble hermoso, sólido, de aspecto respetable. Un sueño que no se atrevía a contarle a nadie era tener un reloj que colocar en el centro del mármol, donde resultaría de lo más aparente. De no ser por la criatura que venía de camino, quizás se habría arriesgado a comprar un reloj. Pero, en fin, lo dejaba para más adelante, con un suspiro.

El matrimonio vivió en el embeleso de su nueva morada. La cama de Étienne ocupaba el cuartito, donde aún cabía otra camita de niño. La cocina era del tamaño de un pañuelo y muy oscura, pero si dejaban la puerta abierta entraba luz suficiente para ver; además, Gervaise no tenía que dar de comer a treinta personas, bastaba con que encontrara espacio para preparar el puchero. Por su parte, la habitación grande era su gran orgullo. Desde por la mañana corrían las cortinas de la alcoba, unas cortinas de calicó blanco, y la habitación se transformaba en comedor, con la mesa en el centro, y el armario y la cómoda frente a frente. Como la chimenea consumía hasta setenta y cinco céntimos de carbón de piedra, la habían cegado; una estufita de hierro colado puesta encima de la placa de mármol los calentaba por treinta y cinco céntimos en las épocas más frías. A continuación, Coupeau decoró las paredes lo mejor que supo, prometiéndose a sí mismo que lo mejoraría: un grabado alto que representaba a un mariscal de Francia, caracoleando con el bastón en la mano entre un cañón y un montón de balas, hacía las veces de espejo; encima de la cómoda, las fotografías de la familia formaban dos hileras a ambos lados de una benditera de porcelana dorada donde colocaban los fósforos; encima del remate del armario, un busto de Pascal formaba pareja con un busto de Béranger, serio aquel y sonriente este, cerca del cuco cuyo tictac parecían estar escuchando.

—¿A que no adivinan cuánto pagamos aquí? —les preguntaba Gervaise a todos los visitantes.

Cuando aventuraban un alquiler demasiado alto, ella gritaba, triunfante y encantada de estar tan a gusto por tan poco dinero:

—¡Ciento cincuenta francos, ni medio céntimo más!... Menuda bicoca, ¿eh?

La propia calle Neuve-de-la-Goutte-d'Or también contribuía en gran medida a su contentamiento. Gervaise se pasaba allí el día yendo sin parar de su casa al taller de la señora

Fauconnier. Coupeau, por las noches, ahora bajaba al umbral a fumarse la pipa. La calle, sin acera y con la calzada hundida, estaba en pendiente. Arriba, del lado de la calle de La Goutte-d'Or, había varias tiendas oscuras, con los cristales sucios, zapateros remendones, toneleros, una tienducha de ultramarinos, una vinatería en quiebra cuyos postigos cerrados desde hacía semanas se cubrían de carteles. En el otro extremo, hacia París, tapaban el cielo varias casas de cuatro plantas, cuyos bajos ocupaban las lavanderas, un local tras otro, amontonados; solo la fachada de un salón de peluquería provinciano, pintada de verde y con el escaparate lleno de frasquitos de colores claros, animaba ese rincón oscuro con el reflejo intenso de las fuentes de cobre que mantenían muy limpias. Pero la alegría de la calle se encontraba en la parte central, donde los edificios, al volverse más escasos y de menor altura, dejaban que bajasen el sol y el aire. Los almacenes del alquilador de coches, el local de al lado donde fabricaban agua de Seltz, el lavadero de enfrente despejaban un amplio espacio abierto, silencioso, donde las voces ahogadas de las lavanderas y el resuello rítmico de la máquina de vapor hacían que el recogimiento pareciera aún mayor. Las hondonadas y los caminos que se adentraban entre las paredes negras ponían allí una aldea. Coupeau, a quien divertía ver a los escasos transeúntes sortear el constante flujo del agua jabonosa, decía que le recordaba a una comarca donde lo llevó un tío suyo, cuando tenía cinco años. La alegría de Gervaise era, a la izquierda de su ventana, un árbol plantado en un patio, una acacia que alargaba una única rama, y cuyo exiguo verdor bastaba para llenar de encanto toda la calle.

La joven dio a luz el último día de abril. Se puso de parto por la tarde, a eso de las cuatro, mientras planchaba un par de visillos en el taller de la señora Fauconnier. No quiso marcharse enseguida y se quedó retorciéndose de dolor en una silla, pasando la plancha cuando remitía un poco; los visillos corrían prisa y tenía empeño en acabarlos; además, quizás no fuera sino un cólico, no había que fiarse mucho de un dolor de barriga. Pero cuando estaba diciendo que iba a ponerse con unas camisas de hombre, se quedó pálida. Tuvo que marcharse del taller, doblada por la mitad, apoyándose en las paredes. Una operaria se ofreció a acompañarla; le dijo que no, tan solo le rogó que avisara a la comadrona, allí al lado, en la calle de La Charbonnière. Aunque tampoco era cuestión de vida o muerte, por supuesto. Seguramente le llevaría toda la noche. No iba a impedirle, al llegar a casa, prepararle la cena a Coupeau; luego ya vería si se echaba un rato en la cama, sin desnudarse siquiera. En las escaleras sufrió tal ataque que tuvo que sentarse en mitad de los peldaños, y se apretaba la boca con ambos puños, para no gritar, porque le daba vergüenza que se la encontrase allí algún hombre al subir. Pasó el dolor, pudo abrir la puerta, aliviada, pensando que, definitivamente, se había equivocado. Esa noche iba a preparar un estofado de costillas de cordero. Siguió encontrándose bien mientras mondaba las patatas. Estaba salteando las costillas en la sartén cuando volvieron los sudores y las contracciones. Doró la harina con mantequilla pateando el suelo delante del fogón, con gruesas lágrimas cegándole los ojos. Y es que solo faltaría que ponerse de parto fuera motivo suficiente para dejar a Coupeau sin comer. Por fin el estofado quedó cociéndose a fuego lento, con las brasas cubiertas de ceniza. Gervaise volvió a la habitación, pensando que le daría tiempo a poner el cubierto para uno en un extremo de la mesa. Pero tuvo que soltar rápidamente la botella de vino: ya no le alcanzaron las fuerzas para llegar a la cama, se desplomó y parió en el suelo, encima de una estera. Cuando la comadrona llegó, al cabo de un cuarto de hora, fue allí donde la atendió con las secundinas.

El cinquero seguía trabajando en el hospital. Gervaise prohibió que fueran a molestarlo.

Cuando volvió a casa, a las siete, se la encontró metida en la cama, bien arropada, muy pálida. La criatura lloraba, fajada con un chal, a los pies de la madre.

—¡Ay, pobre mujercita mía! —dijo Coupeau, besando a Gervaise—. ¡Y pensar que no hace ni una hora yo estaba contando chistes mientras tú estabas pariendo!... Oye, pues estreñida no estás para soltar esto como quien estornuda.

Gervaise esbozó una sonrisa y murmuró:

—Es una niña.

—¡Justo —prosiguió el cinquero, bromeando, para animarla—, lo que yo había encargado, una niña!... ¡Pues hala, ya estoy servido! ¿Es que haces todo lo que yo quiero? —Cogió a la nena en brazos y siguió diciendo—: ¡A ver qué tenemos aquí, señorita meona!... Tiene usted una carita muy negra. Pero ya se aclarará, no se preocupe. Habrá que portarse bien y no ser una lagarta, crecer siendo sensata, como papá y mamá.

Gervaise, muy seria, miraba a su hija con los ojos muy abiertos, empañados poco a poco de tristeza. Meneó la cabeza; habría preferido un chico, porque los chicos siempre se las apañan bien y no corren tantos riesgos en aquel París. La comadrona le tuvo que quitar el rorro de los brazos a Coupeau. También le prohibió a Gervaise que hablase; bastante malo era ya que estuvieran haciendo tanto ruido a su alrededor. Entonces el cinquero dijo que había que avisar a mamá Coupeau y a los Lorilleux; pero estaba muerto de hambre, quería cenar antes. La parturienta lo pasó muy mal viendo cómo se servía él mismo, corría a la cocina a buscar el estofado, comía en un plato hondo, no encontraba el pan. A pesar de la prohibición, se lamentaba y se revolvía entre las sábanas. Qué rabia que no le hubiera dado tiempo a poner la mesa; el cólico la había dejado sentada en el suelo, como si le hubieran dado con un palo. Su hombre, el pobre, no le iba a perdonar que estuviera ahí, tumbada a la bartola, mientras él estaba comiendo de mala manera. ¿Al menos las patatas estaban bastante hechas? Ya no se acordaba de si les había puesto sal.

—¡A callar! —gritó la comadrona.

—¡A ver si consigue usted que deje de torturarse, carape! —dijo Coupeau con la boca llena —. Si no estuviera aquí, apuesto a que se levantaría para cortarme el pan... ¡Que te quedes tumbada, so pava! No te fuerces, o, si no, tardarás quince días en volver a las andadas... El estofado te ha quedado buenísimo. Aquí la señora se va a tomar un plato conmigo, ¿verdad que sí?

La comadrona no quiso comer, pero sí aceptó de buen grado un vaso de vino porque la había impresionado, según dijo, encontrarse a la pobre mujer con el bebé en la estera. Por fin, Coupeau se fue a dar la buena nueva a la familia. Al cabo de media hora apareció con todo el mundo, mamá Coupeau, los Lorilleux y la señora Lerat, a la que precisamente se había encontrado en casa de estos. Los Lorilleux, al ver lo bien que prosperaba el matrimonio, se habían vuelto muy amables, elogiaban exageradamente a Gervaise, dejando que se les escaparan pequeños gestos para mitigar, meneos con barbilla, parpadeos, como para aplazar el juicio que realmente les merecía. En fin, ellos sabían lo que sabían; pero no querían ir en contra de la opinión de todo el barrio.

—¡Te he traído a toda la manada! —gritó Coupeau—. ¡Qué le voy a hacer, querían verte!... No digas ni pío, lo tienes prohibido. Se van a quedar aquí, mirándote tranquilamente, sin tomárselo a mal, ¿verdad que sí?... Yo les voy a preparar un café ¡y del bueno!

Desapareció en la cocina. Mamá Coupeau, después de besar a Gervaise, se maravillaba de lo

gorda que era la niña. Las otras dos mujeres también le plantaron grandes besos en las mejillas a la parturienta. Las tres, de pie delante de la cama, comentaban con aspavientos los detalles de los partos, partos raros, como sacarse una muela, no más. La señora Lerat le pasaba revista a la niña, proclamaba que estaba bien formada, añadía incluso, con segundas, que sería un pedazo de mujer, y como le parecía que tenía la cabeza demasiado puntiaguda, se la apretaba suavemente, a pesar de sus gritos, para redondeársela. La señora Lorilleux le arrancó a la nena de las manos, enfadada: no hacía falta más, para que una criatura cogiera todos los vicios, que sobarla tanto, con lo tierna que tenía la cabecita. Luego, se puso a buscar parecidos. A punto estuvieron de discutir. Lorilleux, que estiraba el pescuezo por detrás de las mujeres, repetía que la niña no tenía nada de Coupeau; un poquito de la nariz, si acaso, ¡y gracias! Era toda de la madre, con los ojos de otro; seguro que esos ojos no venían de la familia.

Entre tanto, Coupeau seguía sin volver. Se le oía, en la cocina pelearse con el fogón y la cafetera. Gervaise estaba nerviosísima; preparar café no era una ocupación propia de hombre; le gritaba lo que tenía que hacer, sin hacer ni caso a los enérgicos «¡Chitón!» de la comadrona.

—¡Quitad de ahí ese hatillo! —dijo Coupeau al entrar, cafetera en mano—. ¡Pero qué pesada es la pobre! No puede dejar de mortificarse... Nos lo vamos a tomar en vaso, ¿eh?, porque resulta que las tazas se han quedado en la tienda.

Se sentaron en torno a la mesa y el cinquero quiso servir el café personalmente. Olía tan fuerte que daba gusto, era de lo mejorcito. La comadrona, después de beberse su vaso a sorbitos, se marchó: todo estaba en orden, ya no la necesitaban; si no pasaban buena noche, que la fueran a buscar al día siguiente. Todavía estaba bajando las escaleras cuando la señora Lorilleux la tachó de tragona e inútil. Se echaba cuatro terrones en el café, te hacía pagar quince francos para luego dejar que parieras tú sola. Pero Coupeau la defendía; pagaba los quince francos gustoso; al fin y al cabo, esas mujeres se pasaban la juventud estudiando, hacían bien en venderse caro. Luego Lorilleux discutió con la señora Lerat; él sostenía que para tener un chico había que orientar la cabecera de la cama hacia el norte; mientras que ella se encogía de hombros, asegurando que eso eran bobadas, y daba otra receta, que consistía en esconder debajo de la cama, sin decírselo a tu mujer, un manojo de ortigas frescas cortadas al sol. Habían acercado la mesa a la cama. Hasta las diez, Gervaise, de la que se iba apoderando poco a poco un cansancio inmenso, permaneció sonriente y estúpida, con la cabeza vuelta sobre la almohada; lo veía y lo oía todo, pero no le quedaban fuerzas para aventurar un gesto o una palabra; le parecía que estaba muerta, de una muerte muy dulce, en cuya hondura se sentía feliz mirando vivir a los demás. A ratos, se alzaba un vagido de la nena entre los vozarrones, reflexiones interminables sobre un asesinato que se había cometido la víspera en la calle de Le Bon-Puits, en la otra punta de La Chapelle.

Hasta que, cuando la concurrencia ya pensaba en marcharse, surgió el tema del bautizo. Los Lorilleux habían aceptado ser los padrinos; por lo bajo, refunfuñaban; pero si el matrimonio no se lo hubiera pedido a ellos, se habrían quedado con tres palmos de narices. Coupeau no veía ninguna necesidad de bautizar a la niña; por descontado, no le serviría para tener diez mil libras de renta; y, en cambio, corría el riesgo de acatarrarse. Cuanto menos se tratase con los curas, mejor. Pero mamá Coupeau lo llamó pagano. Los Lorilleux, sin llegar a comerse los santos, tenían a gala ser religiosos.

—Será el domingo, si les parece bien —dijo el engarzador.

Gervaise asintió con la cabeza y todo el mundo le dio un beso y le recomendó que se

cuidara. También se despidieron de la nena. Todos y cada uno se inclinaron sobre el pobre cuerpecillo trémulo, con carantoñas y ternezas, como si hubiera podido entenderlos. La llamaban Nana, diminutivo de Anna, que era el nombre de su madrina.

—Buenas noches, Nana... Adiós, Nana, a ser buena niña...

Cuando por fin se marcharon, Coupeau colocó la silla pegada a la cama y acabó de fumarse la pipa, con la mano de Gervaise en la suya. Fumaba despacio, soltando frases entre bocanada y bocanada, muy conmovido.

—Te tenían frita, ¿eh, mujercita? Entiéndelo, no podía decirles que no vinieran. A fin de cuentas, demuestra que nos aprecian... Pero estamos mejor solos, ¿a que sí? Yo sí que necesitaba estar solo, así, contigo. ¡Qué larga se me ha hecho la velada!... ¡Y a esta pobre pichona, vaya pupa le han hecho! Estos pispajos no se dan cuenta del daño que hacen al venir al mundo. Ya lo creo, debe de ser como si te abrieran las entrañas... ¿Dónde está esa pupa, que le voy a dar un beso?

Delicadamente, le había pasado por la espalda una de las manazas y la atraía hacia sí, le besaba el vientre a través de la sábana, presa de una ternura de hombre tosco hacia esa fecundidad aún dolorida. Le preguntaba si le hacía daño, le habría gustado curarla soplándole encima. Y Gervaise se sentía muy feliz. Le juraba que ya no le dolía nada. Solo pensaba en levantarse lo antes posible porque ahora no era momento de quedarse de brazos cruzados. Pero él la reconfortaba. ¿Acaso no estaba él para ganar la pitanza de la niña? Menudo gallina sería si la dejara cargar a ella sola con la cría. Para hacer un niño no había que tener muchas luces; el mérito estaba, cómo no, en alimentarlo.

Coupeau no durmió nada esa noche. Dejó tapadas las brasas de la estufa. Cada hora tuvo que levantarse para darle a la nena cucharadas de agua templada con azúcar, lo cual no le impidió marcharse a trabajar por la mañana, como de costumbre. Incluso aprovechó la hora de comer para ir al ayuntamiento a declarar a su hija. Entre tanto, la señora Boche, a la que habían avisado, fue corriendo a pasar el día con Gervaise. Pero esta, después de diez horas de sueño profundo, se quejaba, decía que tenía agujetas por todas partes de guardar cama. Se iba a poner mala si no la dejaban levantarse. Por la noche, cuando Coupeau volvió, le contó su agonía: por descontado que confiaba en la señora Boche; solo que la sacaba de sus casillas ver a una extraña tomar posesión de su cuarto, abrir los cajones y tocar sus cosas. Al día siguiente, cuando la portera volvió de hacer un recado, se la encontró en pie, vestida, barriendo y preparándole la cena a su marido. De ninguna manera quiso acostarse otra vez. ¿Es que querían tomarle el pelo? Lo de dárselas de cansada era cosa de señoronas. Cuando no se es rica, no hay tiempo para eso. A los tres días de haber parido, estaba planchando enaguas en el taller de la señora Fauconnier, probando las planchas, sudorosa por el calor del fogón.

Ya el sábado por la noche, la señora Lorilleux llevó sus regalos de madrina: un gorrito de un franco con setenta y cinco, y un faldón de cristianar plisado con festón de puntillas que le habían dejado en seis francos porque estaba deslucido. Al día siguiente, Lorilleux, en calidad de padrino, le entregó a la recién parida seis libras de azúcar. Ellos hacían las cosas como es debido. Tampoco acudieron con las manos vacías a la comida que se celebró por la noche en casa de los Coupeau. El marido llegó con una botella de vino de reserva debajo de cada brazo, mientras que la mujer llevaba un hermoso flan que habían comprado en una pastelería de la calzada de Clignancourt, de mucho renombre. Lo malo fue que los Lorilleux fueron contando su largueza por todo el barrio; se habían gastado casi veinte francos. Gervaise, al enterarse de esos comadreos, se quedó de una

pieza y no volvió a valorar nunca más sus buenas formas.

Fue en esa cena del bautizo cuando los Coupeau acabaron estrechando lazos con sus vecinos de rellano. La otra vivienda de la casita la ocupaban dos personas, madre e hijo, conocidas como los Goujet. Hasta entonces se habían saludado por la escalera y en la calle, nada más; los vecinos parecían un poco huraños. Hasta que la madre le subió un cubo de agua, al día siguiente del parto, y a Gervaise le pareció educado invitarlos a la comida, sobre todo porque le habían causado muy buena impresión. Y ahí fue cuando intimaron.

Los Goujet eran de un departamento del norte. La madre reparaba encajes; el hijo, herrero de oficio, trabajaba en una fábrica de pernos. Llevaban cinco años viviendo en el otro alojamiento del rellano. Tras la callada paz de su vida, se ocultaba una pena antigua: el padre Goujet, un día de furibunda borrachera, en Lille, había matado a golpes a un compañero con una barra de hierro y luego se había asfixiado en la cárcel con su pañuelo. La viuda y el hijo, que se habían trasladado a París después de esa desgracia, aún notaban ese drama que pesaba sobre sus hombros, lo resarcían con una honradez estricta, un buen carácter y un coraje inalterables. En su actitud se mezclaba incluso algo de orgullo, pues acababan creyéndose mejores que los demás. La señora Goujet, vestida siempre de negro, con una toca monacal enmarcándole la frente, tenía un rostro blanco y reposado de matrona, como si la palidez de los encajes, el trabajo minucioso de sus dedos, le dieran un reflejo de serenidad. Goujet era un coloso de veintitrés años, magnífico, de rostro encarnado, ojos azules y una fuerza hercúlea. En el taller, sus compañeros lo llamaban Gueule-d'Or[18] por su hermosa barba amarilla.

Gervaise sintió de inmediato un profundo afecto hacia ellos. Cuando entró por primera vez en su casa, la dejó maravillada lo limpia que estaba. No había nada que objetar, soplaras donde soplaras, no se levantaba ni una mota de polvo. El suelo de baldosa relucía con la claridad de un espejo. La señora Goujet la metió hasta el cuarto de su hijo para que lo viera. Era tan lindo y blanco como la habitación de una muchacha: una camita de hierro con visillos de muselina, un palanganero, una angosta biblioteca colgada de la pared; además, estampas de arriba abajo, monigotes recortados, grabados en color sujetos con cuatro clavos, retratos de toda clase de personajes extraídos de los periódicos ilustrados. La señora Goujet decía con una sonrisa que su hijo era un niño grande; por las noches le cansaba leer, así que se entretenía mirando las imágenes. Gervaise se quedó embobada una hora con la vecina, que había vuelto a su labor en el mundillo, delante de una ventana. Preguntaba por los cientos de alfileres que sujetaban el encaje, feliz de estar allí, disfrutando del olor a limpio de la casa, donde aquella delicada tarea creaba un silencio recatado.

Los Goujet ganaban con el trato. Hacían jornadas muy largas y metían más de la cuarta parte de la paga en la caja de ahorros. En el barrio los saludaban y se hablaba de sus ahorros. Goujet nunca llevaba un roto, salía de casa con los blusoncillos limpios, sin una sola mancha. Era muy educado, incluso un poco tímido, a pesar de esos hombros tan anchos. Las lavanderas del extremo de la calle se divertían viéndole agachar la mirada al pasar. No le gustaban las palabras gruesas, le parecía asqueroso que hubiera mujeres con la boca siempre tan sucia. Aun así, un día volvió a casa ebrio. La señora Goujet, como único reproche, le puso delante un retrato de su padre, una pintura mediocre escondida devotamente en el fondo de la cómoda. Desde aquella lección solo bebía lo justo, aunque sin llegar a odiar el vino, pues el vino le es necesario al obrero. Los domingos salía con su madre, dándole el brazo; casi siempre la llevaba por donde Vincennes;

otras veces iban al teatro. Su madre era su gran pasión. Se dirigía a ella como si aún fuera un niño chico. De cabeza cuadrada y carnes recias fruto del rudo trabajo con el martillo, tenía algo de animal grandote: duro de mollera pero bueno, pese a todo.

Los primeros días, Gervaise lo incomodaba mucho. Hasta que, al cabo de pocas semanas se acostumbró a ella. La acechaba para subirle los paquetes, la trataba como a una hermana, con una familiaridad brusca, y recortaba figuras para ella. Sin embargo, una mañana en que giró la llave en la cerradura sin llamar, la pilló medio desnuda, lavándose el cuello; y estuvo ocho días sin mirarla a la cara, hasta tal punto que hizo que también ella se sonrojara.

A Cadet-Cassis, con su desparpajo parisino, Gueule-d'Or le parecía un simplón. Lo de no pimplar y no piropear bajito a las muchachas que pasaban por la calle estaba muy bien; pero, así y todo, un hombre tenía que ser un hombre, porque, si no, más le valía ponerse directamente las enaguas. Se metía con él delante de Gervaise, acusándolo de guiñarles el ojo a todas las mujeres del barrio; y el grandullón de Goujet se defendía vehementemente. Eso no les impedía a los dos obreros hacer buenas migas. Se llamaban por las mañanas, salían de casa al mismo tiempo, a veces se bebían juntos un vaso de cerveza antes de volver. Desde la cena del bautizo, se tuteaban porque estar todo el rato diciendo «usted» alargaba las frases. Ahí se quedaba su amistad hasta que Gueule-d'Or le hizo un gran favor a Cadet-Cassis, uno de esos favores mayúsculos que se recuerdan toda la vida. Era el 2 de diciembre.[19] Al cinquero, por diversión, se le ocurrió la genial idea de bajar a ver la revuelta; poco le importaban la República, el Bonaparte y toda la pesca, pero en cambio le encantaba la pólvora y le divertían los disparos. Y lo hubieran pillado detrás de una barricada de no ser porque el herrero pasó por allí justo a tiempo para protegerlo con su corpachón y ayudarlo a huir. Goujet, calle de Le Faubourg-Poissonnière arriba, andaba deprisa, con cara de circunstancias. A él sí le interesaba la política, era republicano, con sensatez, en nombre de la justicia y la felicidad de todos. Sin embargo, no había disparado. Y alegaba sus motivos: el pueblo se estaba cansando de sacarles las castañas del fuego a los burgueses, quemándose las manos; lo sucedido en febrero y junio[20] les había servido de lección; así que, en adelante, los arrabales dejarían que la ciudad se las apañase como pudiera. Hasta que, al llegar a lo alto, en la calle de Les Poissonniers, volvió la cabeza, mirando París; de todas formas, menuda chapuza estaban haciendo allí, algún día el pueblo podría arrepentirse de haberse quedado cruzado de brazos. Pero Coupeau se burlaba, decía lo tontos que eran los burros que se jugaban el pellejo solo para que los malditos vagos de la Asamblea siguieran cobrando sus veinticinco francos. Esa noche, los Coupeau invitaron a cenar a los Goujet. A los postres, Cadet-Cassis y Gueule-d'Or se plantaron sendos besos en las mejillas. Ahora eran amigos del alma.

Durante tres años, la vida de las dos familias transcurrió, a ambos lados del rellano, sin contratiempos. Gervaise había criado a la niña arreglándoselas para perder, todo lo más, dos jornadas semanales. Se estaba convirtiendo en una buena planchadora de fino, llegaba a ganar tres francos. Por eso se decidió a meter a Étienne, que ya tenía casi ocho años, en una escuelita de la calle de Chartres, donde pagaba cinco francos. El matrimonio, a pesar de la carga que suponían los dos niños, metía todos los meses hasta veinte y treinta francos en la caja de ahorros. Cuando alcanzaron la suma de seiscientos francos, la joven ya no dormía, obsesionada con un ambicioso sueño: quería establecerse, alquilar un localito, contratar a sus propias operarias. Lo tenía todo calculado. Al cabo de veinte años, si el trabajo iba bien, podrían tener una renta, que irían a gastarse a algún sitio, en el campo. Sin embargo, no se atrevía a arriesgarse. Decía que estaba

buscando un local, para que diera tiempo a pensárselo. El dinero no corría peligro alguno en la caja de ahorros, sino que, antes bien, criaba intereses. En tres años, solo se había permitido uno de sus antojos: había comprado un reloj de sobremesa; aun así, ese reloj, de palisandro con columnas salomónicas y péndulo de cobre dorado, lo tenía que pagar en un año, a razón de un franco todos los lunes. Se enfadaba cuando Coupeau decía que iba a darle cuerda; nadie más que ella levantaba la campana de cristal, limpiaba las columnas religiosamente, como si el mármol de la cómoda se hubiese convertido en capilla. Debajo de la campana, detrás del reloj, escondía la libreta de la caja de ahorros. A menudo, cuando se ponía a soñar con su local, se le iba el santo al cielo delante de la esfera, mirando fijamente cómo giraban las manecillas, con pinta de estar esperando algún minuto concreto y solemne para decidirse.

Los Coupeau salían casi todos los domingos con los Goujet. Eran excursiones amables para comer pescado frito en Saint-Ouen o conejo en Vincennes, sin pretensiones, bajo el bosquecillo de un merendero. Los hombres bebían a su antojo, y volvían sanos como una manzana, llevando del brazo a las mujeres. Por la noche, antes de acostarse, las dos familias echaban cuentas, dividían el gasto por la mitad, y nunca había discusiones por un céntimo arriba o abajo. Los Lorilleux tenían celos de los Goujet. No dejaba de extrañarles, la verdad, que Cadet-Cassis y la Coxcox se pasaran el día con unos extraños, pues tenían su propia familia. ¡Bah, pues menudos eran, les importaba un bledo la familia! Desde que habían ahorrado un poco de calderilla, se daban mucho pisto. La señora Lorilleux, muy ofendida al ver que su hermano se le escapaba, volvía a despotricar contra Gervaise. La señora Lerat, en cambio, se ponía de parte de la joven, la defendía, contando historias extraordinarias en las que intentaban seducirla, por la noche, en el bulevar, y de las que salía como una heroína de tragedia, cruzándoles la cara a sus agresores. Por su parte, mamá Coupeau trataba de mediar entre todos, para que todos sus hijos la recibieran bien: cada vez tenía peor la vista, ya solo limpiaba para una familia y se alegraba de encontrarse cinco francos en casa de unos y de otros.

El mismo día en que Nana cumplía tres años, Coupeau, al volver a casa por la noche, se encontró a Gervaise muy alterada. No quería contarle nada, no le pasaba nada, decía. Pero como estaba poniendo la mesa con los pies, quedándose parada con los platos en la mano para sumirse en hondas reflexiones, su marido quiso enterarse a toda costa.

—¡Bueno!, pues resulta —acabó confesando ella— que el local de la mercería pequeñita de la calle de La Goutte-d'Or está en alquiler... Lo he visto hace una hora, al ir a comprar hilo. Me he quedado de piedra.

Era un local muy limpio, precisamente en la casa grande donde soñaban con vivir en otros tiempos. Tenía una tienda y una trastienda, con otros dos cuartos, a derecha e izquierda; en fin, todo lo que necesitaban, las habitaciones un poco pequeñas pero bien distribuidas. Lo malo era que le parecía demasiado caro: el casero hablaba de quinientos francos.

—Entonces, ¿lo has visitado y preguntado el precio?

—¡Huy, pero por curiosidad, ya sabes! —contestó ella haciendo como que no le importaba —. Vas buscando, entras donde ves un cartel, no te compromete a nada... Pero este, definitivamente, es demasiado caro. Y, además, puede que lo de establecerme sea una bobada.

Sin embargo, después de cenar, volvió a la mercería. Dibujó el lugar en el margen de un periódico. Y, poco a poco, mientras charlaba, iba midiendo los rincones, organizando los cuartos, como si hubiese tenido que encajar allí sus muebles al día siguiente a más tardar. Entonces

Coupeau la animó a alquilar, al ver que tanto le apetecía, seguro que por menos de quinientos francos no encontraba nada decente; además, puede que consiguieran una rebaja. El único fastidio era tener que irse a vivir a la misma casa de los Lorilleux, que le caían tan mal. Pero Gervaise se enfadó, ella no aborrecía a nadie; es más, dejándose llevar por su anhelo, llegó a defender a los Lorilleux; en el fondo, no eran malos, se llevarían de maravilla. Cuando estuvieron acostados, mientras Coupeau ya dormía, ella seguía organizándolo todo en su fuero interno, aun sin haber accedido a las claras a alquilar.

Al día siguiente, al quedarse sola, no pudo aguantar las ganas de quitar la campana del reloj y mirar la cartilla de la caja de ahorros. ¡Y pensar que su local estaba ahí dentro, en esas páginas negras con esas letras tan feas! Antes de ir a trabajar, consultó a la señora Goujet, que aprobó sobradamente sus planes de establecerse; con un hombre como el suyo, cabal y que no bebía, tenía la certeza de que el negocio prosperaría y no se arruinaría. A la hora del almuerzo incluso subió a casa de los Lorilleux para preguntarles su opinión; no quería que pareciese que se escondía de la familia. La señora Lorilleux se quedó de una pieza. ¡Cómo, ahora resultaba que la Coxcox iba a tener un local! Y, con el corazón encogido, balbuceante, tuvo que fingir gran alegría: sin duda, era un local muy apañado, Gervaise hacía bien en cogerlo. Sin embargo, cuando se recuperó un poco, ella y su marido se refirieron a la humedad del patio, a la luz triste de las habitaciones de la planta baja. ¡Huy, qué buen lugar para acabar con reuma! Pero, en fin, si ya estaba decidida a alquilarlo, sus observaciones, ¿verdad?, no se lo impedirían, con toda certeza.

Por la noche, Gervaise confesaba abiertamente, riéndose, que le habría dado mucha rabia que no le dejasen quedarse con el local. Aun así, antes de decir «¡Ya está!» quería llevar allí a Coupeau para que lo viese y tratase de conseguir una rebaja en el alquiler.

—Vamos mañana, si te apetece —dijo su marido—. Recógeme a eso de las seis en la obra donde estoy trabajando, en la calle de La Nation, y, de vuelta a casa, pasaremos por la calle de La Goutte-d'Or.

Coupeau estaba, a la sazón, terminando el tejado de un edificio nuevo de tres plantas. Aquel día justamente tenía que colocar las últimas hojas de cinc. Como el tejado era casi plano, había montado allí su banco de trabajo, un postigo ancho encima de dos borriquetes. Un hermoso sol de mayo declinaba, dorando las chimeneas. Y allá arriba, en el cielo claro, el obrero cortaba tranquilamente el cinc con las cizallas, inclinado sobre el banco, como un sastre que cortara en su casa un par de pantalones. Contra la pared de la casa vecina, su ayudante, un crío de diecisiete años, cenceño y rubio, mantenía encendido el fuego del hornillo dándole con un fuelle enorme, que con cada soplo levantaba un centelleo de chispas.

—¡Eh, Zidore, mete los hierros! —gritó Coupeau.

El ayudante hundió los hierros de soldar entre las brasas, de color rosa pálido a la luz del día. Hecho lo cual, siguió soplando. Coupeau sujetaba la última hoja de cinc. Era la que quedaba por colocar en el alero, junto al canalón; allí el tejado formaba una pendiente brusca y se abría el hueco de la calle. El cinquero, como Pedro por su casa, con zapatillas de orillo, se acercó, arrastrando los pies, silbando bajito la melodía de *Ohé! les p'tis agneaux*.[21] Al llegar delante del hueco, se dejó escurrir, arqueó una rodilla contra una chimenea de obra, se quedó a medio camino de la calzada. Tenía una pierna colgando. Cuando se inclinaba hacia atrás para llamar al escurridizo Zidore, se sujetaba a una esquina de la chimenea por culpa de la acera que tenía allí debajo.

—¡Vamos, hombre, qué santa pachorra!... ¡Pásame ya los hierros!... ¡Que por mucho que las mires, las cosas no se van a hacer solas, so esmirriado!

Pero Zidore no se daba ninguna prisa. Se quedaba embobado con los tejados vecinos, una gruesa columna de humo que subía desde el fondo de París, por donde Grenelle; bien podría ser un incendio. Al cabo, se puso bocabajo, con la cabeza por encima del hueco; y le alcanzó los hierros a Coupeau. Entonces este empezó a soldar la hoja. Se agachaba, se estiraba, conservando siempre el equilibrio, sentado en una nalga, de puntillas sobre un pie, sujetándose con un solo dedo. Tenía un tremendo aplomo, arrestos para dar y tomar, estaba acostumbrado a desafiar al peligro. Sabía lo que se hacía. Era la calle la que le tenía miedo a él. Como no había soltado la pipa, se daba la vuelta de tanto en tanto y escupía tranquilamente a la calle.

—¡Anda, la señora Boche! —gritó de repente—. ¡Eh, señora Boche!

Acababa de ver a la portera cruzando la calle. Ella alzó la cabeza y lo reconoció; entablaron conversación, del tejado a la acera. Ella escondía las manos debajo del delantal, mirando hacia arriba. Él, ahora de pie, con el brazo izquierdo en torno a un tubo, se inclinaba.

—¿Ha visto a mi mujer? —preguntó.

—No, claro que no —contestó, la portera—. ¿Anda por aquí?

—Tiene que venir a buscarme... Y ustedes, ¿están todos bien?

—Sí, muy bien, gracias, la que peor está soy yo, fíjese... Voy a la calzada de Clignancourt por una patita de cordero. En la carnicería, al lado de Le Moulin-Rouge,[22] solo lo tienen a ochenta céntimos.

Alzaban la voz porque estaba pasando un carruaje. En la calle de La Nation, ancha, desierta, las palabras que arrojaban al aire tan solo sacaron a la ventana a una viejecita, que se quedó allí de codos, entretenida con la tremenda emoción de mirar a ese hombre, en el tejado de enfrente, como si estuviera esperando a que se cayera de un momento a otro.

—Hale, pues que tenga buena tarde —volvió a gritar la señora Boche—. No quiero distraerlo.

Coupeau se dio la vuelta, cogió de nuevo el hierro que le alargaba Zidore. Pero, según se alejaba, la portera vio en la acera de enfrente a Gervaise, con Nana de la mano. Ya estaba alzando la cabeza para avisar al cinquero cuando la joven le cerró la boca con un ademán enérgico. Y, a media voz, para que no se la oyera desde arriba, le explicó cuál era su miedo: temía que, si se dejaba ver de repente, su marido tuviera un sobresalto que lo precipitara al vacío. En cuatro años, solo había ido una vez a buscarlo al trabajo, esta era la segunda. No podía presenciar aquello, se le revolvía la sangre cuando veía a su hombre entre el cielo y la tierra, en lugares donde no se aventuraban ni los gorriones.

—Desde luego, no es plato de gusto —murmuraba la señora Boche—. Yo, como mi marido es sastre, no tengo que sufrir algo así.

—Si yo le contara —siguió diciendo Gervaise—, al principio me pasaba con miedo de la mañana a la noche. No dejaba de verlo, con la cabeza abierta, en unas parihuelas... Ahora ya no lo pienso tanto. Una se acostumbra a todo. Al fin y al cabo, hay que ganarse el pan... Aun así, ese pan sale muy caro, porque te juegas el cuello más de lo que es de recibo.

Se calló, escondiendo a Nana entre sus faldas, por miedo a que gritara. A su pesar, muy pálida, miraba a Coupeau, que estaba soldando el borde más alejado de la hoja, al lado del canalón; se bajaba cuanto podía, no lograba alcanzar el extremo. Entonces se arriesgó, con los

movimientos pausados de los obreros, llenos de soltura y de premiosidad. Se quedó un instante encima de la calzada, ya sin sujetarse, tranquilo y absorto en la tarea; desde la calle, debajo del hierro que movía una mano primorosa, se veía chisporrotear la llamita blanca de la soldadura. Gervaise, muda, con un nudo en la garganta, había juntado las manos y las alzaba con un gesto mecánico de súplica. Cuando vio que Coupeau acababa de subir de nuevo al tejado, sin apresurarse y parándose a escupir una última vez a la calle, suspiró ruidosamente.

—¡Así que fisgoneando! —gritó alegremente al verla—. Se ha puesto tonta, ¿verdad, señora Boche?, no ha querido llamarme... Espera, que aún me quedan diez minutos...

Le faltaba colocar el remate de una chimenea, un trabajillo de nada. La lavandera y la portera se quedaron en la acera, charlando de cosas del barrio, vigilando a Nana para que no fuese a chapotear al arroyo, donde quería buscar pececitos; y las dos mujeres siempre acababan mirando hacia el tejado, con una sonrisa, asintiendo con la cabeza, como para decir que no había prisa. En frente, la vieja seguía en la ventana, mirando al hombre, a la espera.

—¡Qué andará espiando, la mamarracha esa! —dijo la señora Boche—. ¡Vaya pinta!

Arriba se oía el chorro de voz del cinquero cantando *Ah! qu'il fait donc bon cueillir la fraise!*[23] Ahora, inclinado sobre el banco de trabajo, cortaba el cinc artísticamente. Girando el compás había trazado una línea y desprendía un amplio abanico con unas cizallas curvas; luego, golpeando levemente con el martillo, plegaba el abanico en forma de seta puntiaguda. Zidore había vuelto a soplar el fuego del hornillo. El sol se ponía detrás de la casa, con un intenso resplandor rosado que iba palideciendo lentamente hacia un lila suave. Y, en pleno cielo, a esa hora recatada del día, las siluetas de los dos obreros, desmesuradamente agrandadas, se recortaban sobre el fondo límpido del aire, con la barra oscura del banco y el extraño contorno del fuelle.

Cuando el remate estuvo formado, Coupeau llamó como siempre:

—¡Zidore, los hierros!

Pero Zidore acababa de desaparecer. Maldiciendo, el cinquero lo buscó con la mirada y lo llamó por el tragaluz de la buhardilla, que se había quedado abierto. Finalmente, lo encontró en un tejado vecino, a dos casas de distancia. El pillastre andaba de paseo, exploraba los alrededores, con el fino pelo rubio al viento, entornando los ojos frente a la inmensidad de París.

—¡Oye, excursionista! ¿Te crees que estás en el campo? —dijo Coupeau, furioso—. ¡A ver si es que compones versos, como el señor Béranger!... ¿Quieres venir aquí a darme los hierros? ¡Lo que me quedaba por ver, de paseo por los tejados! Ya que estamos, ¿por qué no te traes a la novia?, para pelar la pava... ¡Que me des los hierros, so zangolotino!

Soldó y le gritó a Gervaise.

—Ya está, he terminado... Voy a bajar.

El tubo en el que tenía que encajar el remate estaba en medio del tejado. Gervaise, ya tranquila, no había dejado de sonreír mientras seguía sus movimientos. Nana, alegre de repente por ver a su padre, daba palmadas. Se había sentado en la acera, para contemplar mejor las alturas.

—¡Papá, papá! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Papá, mírame!

El cinquero quiso inclinarse, pero se le escurrió el pie. De golpe, tontamente, como un gato al que se le enredan las patas, rodó y bajó por la suave pendiente del tejado sin lograr agarrarse.

—¡Maldita sea! —dijo con voz ahogada.

Y se cayó. El cuerpo describió una leve curva, dio dos vueltas de campana y se estampó en mitad de la calle con el ruido sordo de un lío de ropa que se tira desde lo alto.

Gervaise, estúpida, con la garganta desgarrada en un tremendo grito, se quedó con los brazos tendidos. Acudieron corriendo varios transeúntes y se formó un corrillo. La señora Boche, trastornada, flaqueándole las piernas, cogió a Nana en brazos, para taparle la cabeza e impedir que viera. Entre tanto, en frente, la viejecita, como satisfecha, cerró la ventana, tan campante.

Cuatro mujeres acabaron llevando a Coupeau a una botica, en la esquina con la calle de Les Poissonniers; allí se quedó más de una hora, en medio del local, debajo de una manta, mientras iban a buscar una camilla al hospital de Lariboisière. Seguía respirando, pero el boticario meneaba suavemente la cabeza. Ahora Gervaise, arrodillada en el suelo, sollozaba de forma continua, empapada en sus lágrimas, cegada, anonadada. Con un movimiento mecánico estiraba las manos, palpaba los miembros de su marido con mucho cuidado. Luego las retiraba, mirando al boticario, que le había prohibido tocarlo; al cabo de unos segundos volvía a hacerlo, sin poder dejar de comprobar que seguía caliente, creyendo que aquello lo reconfortaba. Cuando por fin llegó la camilla y se habló de ir al hospital, se puso de pie, diciendo con violencia:

—¡No, no, al hospital no!... Vivimos en la calle Neuve-de-la-Goutte-d'Or.

De nada sirvió explicarle, una y otra vez, que los cuidados le costarían muy caros si se lo llevaba a casa. Ella repetía tozudamente:

—Calle Neuve-de-la-Goutte-d'Or, les indicaré la puerta... ¿Qué más les da? Tengo dinero... Es mi marido, ¿verdad? Es mío, quiero llevármelo.

Hubo que llevar a Coupeau a su casa. Cuando la camilla pasó por entre el gentío que se apiñaba delante de la botica, las mujeres del barrio hablaban de Gervaise animadamente: cojeaba, la muy bribona, pero no dejaba de ser buena moza; claro está que salvaría a su hombre; en el hospital, los médicos se quitaban de en medido a los enfermos demasiado perjudicados, por aquello de no tener que tomarse la molestia de curarlos. La señora Boche, después de haber llevado a Nana a su propia casa, había vuelto y contaba el accidente con pelos y señales, sin haberse repuesto aún de la impresión.

—Iba a comprar una pata de cordero, estaba aquí, he visto cómo se caía —repetía—. Fue por culpa de su hija, quiso mirarla y ¡catapún! ¡Ay, Dios mío!, solo pido no tener que ver caerse a otro... Y aún tengo que ir por la pata de cordero.

Coupeau pasó ocho días muy mal. La familia, los vecinos, todo el mundo esperaba que estirase la pata de un momento a otro. El médico, uno muy caro que pedía cinco francos por cada visita, temía que tuviese lesiones internas; esa expresión asustaba mucho, en el barrio se decía que al cinquero se le había descolocado el corazón por el golpe. Solo Gervaise, pálida por las noches en vela, seria, resuelta, se encogía de hombros. Su hombre se había roto la pierna derecha, como todo el mundo sabía; se la arreglarían, eso es todo. En cuanto al resto, el corazón descolocado, no era nada. Ya se encargaba ella de volverle a colocar el corazón. Sabía cómo se recolocan los corazones, con cuidados, limpieza y una férrea amistad. Daba muestras de un magnífico convencimiento, segurísima de que iba a curarlo tan solo quedándose a su lado y tocándolo con las manos, cuando le subía la fiebre. No lo puso en duda ni por un minuto. Pasó toda una semana a sus pies, hablando poco, ensimismada en su empeño por salvarlo, olvidándose de sus hijos, de la calle, de la ciudad entera. Al noveno día, la noche en que el médico por fin le dio esperanzas al enfermo, se desplomó en una silla, con las piernas flojas, la espalda molida,

hecha un mar de lágrimas. Esa noche consintió en dormir dos horas, con la cabeza apoyada a los pies de la cama.

El accidente de Coupeau había puesto la familia patas arriba. Mamá Coupeau pasaba las noches con Gervaise, pero a partir de las nueve se quedaba dormida en la silla. Todas las tardes, al salir de trabajar, la señora Lerat daba un gran rodeo para visitarlo. Al principio, los Lorilleux fueron hasta dos o tres veces al día, ofreciéndose a velar al enfermo, llevando incluso un sillón para Gervaise. Pero no tardaron en llegar las peleas sobre cómo cuidar a los enfermos. La señora Lorilleux aseguraba haber salvado a suficientes personas en su vida como para saber lo que se hacía. También acusaba a la joven de tratarla a empellones, de apartarla de la cama de su hermano. Claro, que la Coxcox hacía bien en querer curar a Coupeau a toda costa; porque, a fin de cuentas, si no hubiese ido a molestarlo a la calle de La Nation, él no se habría caído. Lo malo era que su forma de atenderlo era como rematarlo.

Cuando Gervaise vio que Coupeau estaba fuera de peligro, dejó de vigilar su cama con ese celo tan agresivo. Ahora que ya nadie se lo podía matar, dejaba que la gente se le acercara, sin desconfiar. La familia se apalancaba en la habitación. La convalecencia iba a ser muy larga; el médico habló de cuatro meses. Entonces, durante los largos periodos en que Coupeau estaba durmiendo, los Lorilleux tacharon a Gervaise de boba. De poco le servía tener a su marido en casa. En el hospital se habría recuperado el doble de rápido. A Lorilleux le habría gustado ponerse malo, coger cualquier tontería, para demostrarle que no iba a dudar ni un segundo en quedarse en Lariboisière. La señora Lorilleux conocía a una mujer a la que acababan de dar de alta: ¡pues resulta que había comido pollo a mediodía y por la noche! Y los dos, por vigésima vez, volvían a calcular lo que le costarían al matrimonio los cuatro meses de convalecencia; para empezar, las jornadas de trabajo perdidas, luego el médico, los medicamentos y, más adelante, el buen vino y la carne fresca. Los Coupeau ya podían darse con un canto en los dientes si les alcanzaba con la calderilla que tenían ahorrada. Pero se endeudarían, era lo que cabía esperar. ¡En fin, allá ellos! En cualquier caso, que no contaran con la familia, que no era lo bastante rica para mantener a un enfermo en casa. Peor para la Coxcox, qué caramba, que hiciera como los demás y dejara que llevaran a su hombre al hospital. Lo que le faltaba ya, ser una orgullosa.

Una noche, la señora Lorilleux, con toda la maldad, le preguntó a boca de jarro:

—¡Bueno! Y el local, ¿cuándo lo va a alquilar?

—Sí —añadió Lorilleux, riéndose entre dientes—, el portero aún la está esperando.

A Gervaise se le cortó la respiración. Se había olvidado por completo del local. Pero veía la alegría malvada que sentía esa gente al pensar que el local se había malogrado. En efecto, a partir de esa noche, aprovechaban cualquier ocasión para burlarse de aquel sueño que se había quedado en agua de borrajas. Si estaban hablando de una esperanza inalcanzable, la aplazaban hasta que ella tuviera su negocio, con un bonito local que diera a la calle. A sus espaldas se reían a carcajadas. Gervaise no quería suponer algo tan feo, pero lo cierto es que ahora los Lorilleux parecían alegrarse del accidente de Coupeau, que le había impedido establecerse como lavandera en la calle de La Goutte-d'Or.

Hasta que decidió tomárselo a guasa también ella y demostrarles de qué buena gana sacrificaba el dinero para que se curara su marido. Cada vez que sacaba la cartilla de ahorros de debajo de la campana del reloj cuando los Lorilleux estaban presentes, decía con jovialidad:

—Voy a salir, tengo que alquilar el local.

No había querido retirar todo el dinero de golpe. Pedía reembolsos de cien francos, para no tener que guardar tantas monedas en la cómoda; además, albergaba la vaga esperanza de que se produjera un milagro, una curación repentina, que les permitiera no tocar todo el importe. Cada vez que iba a la caja de ahorros, al volver a casa sumaba en un trozo de papel el dinero que les quedaba. Lo hacía solo para que todo estuviera en orden. Aunque el boquete que se abría en el talego fuera cada vez mayor, ella llevaba las cuentas de aquella sangría de sus ahorros con aire sensato y sonrisa tranquila. ¿Acaso no era consuelo más que suficiente el buen uso que le daban a ese dinero, el haber podido contar con él cuando los golpeó la desgracia? Y sin un lamento, con mano primorosa, volvía a colocar la cartilla detrás del reloj, debajo de la campana.

Los Goujet se portaron muy bien con Gervaise durante la enfermedad de su marido. La señora Goujet estaba a su entera disposición; no bajaba ni una vez a la calle sin preguntarle si necesitaba azúcar, mantequilla o sal; las noches en que ponía a hervir el puchero, siempre le ofrecía el primer caldo; si la veía demasiado atareada, llegaba incluso a vigilarle la cocina y a echarle una mano para fregar. Goujet, todas las mañanas, se llevaba los cubos de la joven e iba a llenarlos a la fuente de la calle de Les Poissonniers; así le ahorraba diez céntimos. Luego, después de cenar, cuando la familia ya no tenía invadida la habitación, los Goujet iban a hacer compañía a los Coupeau. Durante un par de horas, hasta las diez, el herrero fumaba en pipa mirando cómo Gervaise se afanaba en torno al enfermo. Con el ancho rostro rubio hundido entre sus hombros de coloso, se enternecía viéndola servir una infusión en una taza y remover el azúcar con la cuchara sin hacer ruido. Y sentía una profunda emoción cuando arropaba a Coupeau y le daba ánimos con voz dulce. Nunca había conocido a una mujer tan buena. Ni siquiera la cojera la afeaba, sino que hacía aún mayor el mérito de pasarse el día al retortero con su marido. Nadie podía decir lo contrario, no se sentaba ni un cuarto de hora, apenas lo que tardaba en comer. Constantemente iba corriendo a la botica, tenía que ocuparse de las faenas sucias, se deslomaba para tener ordenada esa habitación donde hacían vida. Y todo ello sin una sola queja, siempre amable, incluso las noches en que, de puro cansada, se dormía de pie, con los ojos abiertos. Y el herrero, en ese ambiente de abnegación, entre las medicinas que andaban por encima de los muebles, se iba encariñando profundamente con Gervaise, de ver cómo quería y cuidaba a Coupeau así, con toda su alma.

—¿Qué tal, hombre? Si ya estás recompuesto —le dijo un día al convaleciente—. Yo no temía por ti, tu mujer es un ángel.

Él, por su parte, iba a casarse. O, al menos, su madre le había encontrado una muchacha muy apropiada, encajera como ella, con la que estaba deseando verlo casado. Para no disgustarla, él decía que sí y, de hecho, la boda estaba prevista para los primeros días de septiembre. El dinero para poner la casa dormía desde hacía tiempo en la caja de ahorros. No obstante, cuando Gervaise le mencionaba ese matrimonio, Goujet murmuraba con voz lenta:

—No todas las mujeres son como usted, señora Coupeau. Si todas las mujeres fueran como usted, me casaría con diez.

Al cabo de dos meses, Coupeau pudo empezar a levantarse. No iba muy lejos, de la cama a la ventana, y apoyándose aún en Gervaise. Allí se sentaba en el sillón de los Lorilleux, con la pierna derecha apoyada en un taburete. A aquel guasón, que iba a reírse de los que se rompían la pierna los días que helaba, su accidente lo tenía ofendidísimo. No se lo tomaba con filosofía. Se había pasado dos meses en cama, renegando, sacando a todo el mundo de quicio. Qué vida era aquella,

maldita sea, tumbado tripa arriba, con una pata atada y tiesa como un salchichón.

Mecachis, se conocía el techo como la palma de la mano; había una grieta en el rincón de la alcoba que podría dibujar con los ojos cerrados. Luego, cuando se trasladó al sillón, el motivo de queja fue otro: ¿se iba a quedar mucho tiempo allí plantado, como una momia? La calle no era tan entretenida, no pasaba nadie, y apestaba a lejía a todas horas. No, en serio, se iba a hacer viejo allí, habría dado diez años de su vida aunque solo fuera por saber qué pasaba por las fortificaciones. Y siempre acababa con violentas acusaciones contra el destino. Aquel accidente no era justo; no tendría que haberle pasado a él, un buen operario, que no tenía un pelo de vago ni de borracho. Si hubiera sido a cualquier otro, sí lo habría entendido.

—Papá Coupeau —decía— se partió el cuello un día de parranda. No digo que se lo mereciera, pero, bueno, tenía su lógica... Yo estaba en ayunas, tan tranquilo, sin una sola gota de líquido dentro, ¡y voy y salgo rodando por querer darme la vuelta para hacerle una monería a Nana!... ¿No os parece demasiado? Si Dios existe, qué forma tan rara tiene de apañar las cosas. No lo voy a aceptar nunca.

Cuando recuperó el uso de las piernas, se le quedó un rencor sordo contra el trabajo. Qué asco de oficio, tener que pasarse todo el día en los canalones, como los gatos callejeros. ¡Qué espabilados, los burgueses! Te mandaban a la muerte, los muy gallinas, incapaces de subirse a una escalera; preferían acomodarse firmemente junto al fuego, sin importarles un bledo la gente pobre. Y llegaba incluso a decir que cada cual debería techar su propia casa. ¡Señor!, si hubiera justicia, así deberían ser las cosas: si no quieres mojarte, ponte a cubierto. Luego lamentaba no haber elegido otro oficio menos peligroso; ebanista, por ejemplo. Eso también era culpa del padre Coupeau; los padres tenían la estúpida manía de meter a los hijos, a pesar de todo, en su bando.

Durante otros dos meses, Coupeau anduvo con muletas. Primero pudo bajar a la calle, fumarse una pipa delante de la puerta. Luego fue hasta el bulevar exterior, arrastrándose al sol, pasando varias horas sentado en un banco. Iba recuperando la alegría, su tremendo desparpajo se afilaba en aquellas paseatas. Y le iba entrando, junto con las ganas de vivir, la dicha de holgar, con los miembros caídos y los músculos adormilándose gratamente; era como si la pereza lo conquistase poco a poco, aprovechándose de su convalecencia para metérsele en la piel y amodorrarlo con un cosquilleo. Volvía a casa pletórico de salud, jovial, encantado con aquella vida y sin ver motivos para que no fuera siempre así. Cuando pudo dejar las muletas, alargó el trayecto de los paseos, recorrió las obras para volver a ver a sus compañeros. Se quedaba de brazos cruzados delante de las casas en construcción, soltando risitas y meneando la cabeza; se metía con los obreros que se afanaban y estiraba la pierna para enseñarles de qué servía deslomarse tanto. Esas sesiones de rechifla delante del esfuerzo ajeno satisfacían su rencor contra el trabajo. Por descontado, también él volvería al tajo, qué remedio; pero cuanto más tarde, mejor. ¡Huy, a él le pagaban por no entusiasmarse! Y, además, daba tanto gusto hacer el vago un rato...

Las tardes en que se aburría, Coupeau subía a casa de los Lorilleux, que se quejaban mucho y lo atraían con todo tipo de detalles amables. Durante los primeros años de matrimonio se les había escapado gracias a la influencia de Gervaise. Pero ahora lo recuperaban y se metían con él porque le tenía miedo a su mujer. ¡Como si él no fuese un hombre! Sin embargo, los Lorilleux actuaban con gran discreción, alababan exageradamente los méritos de la lavandera. Coupeau, sin llegar a discutir aún, le juraba y perjuraba a su mujer que su hermana la adoraba y le pedía que no la tratase tan mal. La primera pelea del matrimonio, una noche, surgió a cuenta de

Étienne. El cinquero había pasado la tarde en casa de los Lorilleux. Al volver, como la cena se demoraba y los niños pedían la sopa a voces, la tomó sin previo aviso con Étienne: le soltó dos buenos sopapos. Luego se pasó una hora rezongando: aquel crío no era suyo, no sabía por qué tenía que aguantarlo en casa; al final, lo pondría de patitas en la calle. Hasta ese momento, había aceptado al crío sin poner pegas. Al día siguiente, hablaba de su dignidad. Al cabo de tres días, le soltaba puntapiés en el culo, de la mañana a la noche, hasta tal punto que el crío, cuando lo oía subir, se escapaba a casa de los Goujet, donde la anciana encajera le reservaba una esquina de la mesa para hacer los deberes.

Hacía tiempo que Gervaise había vuelto a trabajar. Ya no tenía que molestarse en levantar la campana del reloj: se habían fundido todos los ahorros. Ahora había que bregar duro, bregar por cuatro, pues tenía cuatro bocas que alimentar. Ella sola los mantenía a todos. Cuando oía que la gente la compadecía, enseguida disculpaba a Coupeau. ¡Qué esperaban! Con todo lo que había sufrido, ¡no era de extrañar que se le agriara un poco el carácter! Y si le daban a entender que Coupeau ya parecía recuperado, que podía volver a la obra, ¡ponía el grito en el cielo! ¡No, no, aún no! No quería volver a tenerlo encamado. ¡Como si ella no supiera lo que decía el médico! Era Gervaise la que le impedía trabajar, repitiéndole cada mañana que se tomara las cosas con calma, que no se forzara. Incluso le metía monedas de un franco en el bolsillo del chaleco. Coupeau lo aceptaba como algo natural; se quejaba de todo tipo de dolores para que lo mimase; al cabo de seis meses, aún no había terminado la convalecencia. Ahora, los días que iba a mirar cómo trabajaban los demás, se tomaba de buen grado una copa con los compañeros. Al fin y al cabo, en la vinatería no se estaba tan mal; te reías, te quedabas allí cinco minutos. No era una deshonra para nadie. Solo los estirados fingían estar muertos de sed en la puerta. Antes hacían bien en burlarse de él, teniendo en cuenta que una copa de vino nunca ha matado a un hombre. Pero se golpeaba el pecho, enorgulleciéndose de no beber más que vino; siempre vino, nunca aguardiente; el vino prolongaba la vida, no sentaba mal, no emborrachaba. Aun así, varias veces, después de pasar el día sin hacer nada, yendo de obra en obra, de taberna en taberna, había vuelto a casa achispado. Cuando aquello sucedía, Gervaise cerraba la puerta a las visitas, so pretexto de tener dolor de cabeza, para que los Goujet no oyeran las tonterías que decía Coupeau.

Poco a poco, sin embargo, la joven se fue volviendo triste. Día y noche iba a la calle de La Goutte-d'Or para ver el local, que seguía desocupado; y se ocultaba, como si estuviera cometiendo una chiquillada indigna de una mujer hecha y derecha. Ese local empezaba a obsesionarla; por las noches, después de apagar la luz, pensaba en él, con los ojos abiertos, con el deleite que dan los placeres prohibidos. Volvía a echar cuentas, doscientos cincuenta francos para el alquiler, ciento cincuenta francos para las herramientas y la instalación, cien francos de reserva para vivir quince días, en total quinientos francos, tirando por lo bajo. Si evitaba mencionarlo en voz alta, era por miedo a que pareciera que lamentaba haberse fundido los ahorros en la enfermedad de Coupeau. A menudo se ponía pálida, cuando casi se le escapaba aquel anhelo suyo, y rectificaba la frase, tan confusa como si hubiera sido un mal pensamiento. Ahora tendría que trabajar cuatro o cinco años para ahorrar semejante suma. Lo que más sentía era no poder establecerse de inmediato; habría cubierto las necesidades de la familia sin ayuda de Coupeau, dejándole varios meses para que recuperase las ganas de trabajar; se habría quedado más tranquila, con el futuro asegurado, librándose de esos temores secretos que, en ocasiones, le entraban, cuando él volvía muy alegre, cantando, relatando alguna gracia del animal de Mes-Bottes, a quien había invitado a

una botella.

Una noche en que Gervaise estaba sola en casa, Goujet entró y no salió corriendo, como solía hacer. Se sentó, fumando mientras la miraba. Debía de tener algo importante que decir; le daba vueltas, lo maduraba, sin lograr darle la forma adecuada. Por fin, tras un largo silencio, se decidió, se sacó la pipa de la boca y soltó del tirón:

—Señora Gervaise, ¿me permitiría usted que le prestase dinero?

Ella estaba inclinada delante de un cajón de la cómoda, buscando trapos. Se enderezó, muy colorada. ¿Así que la había visto, aquella mañana, embobada delante del local durante casi diez minutos? Él sonreía, con expresión apurada, como si le hubiera propuesto algo ofensivo. Pero Gervaise lo rechazó con vehemencia: nunca podría aceptar dinero sin saber cuándo podría devolverlo. Además, era una suma demasiado alta. Como él insistía, desconsolado, acabó gritándole:

—¿Y qué pasa con su boda? ¡Está claro que no puedo aceptar el dinero de su boda!

—¡Huy, por eso no se preocupe! —contestó él, poniéndose colorado a su vez—. Ya no me caso. Son ideas, ya sabe... En serio, prefiero prestarle el dinero a usted.

Los dos agacharon la cabeza. Había entre ambos algo muy dulce de lo que no hablaban. Y Gervaise aceptó. Goujet había avisado a su madre. Cruzaron el rellano para ir a verla enseguida. La encajera estaba seria, algo triste, con el sosegado rostro inclinado sobre el mundillo. No quería contrariar a su hijo, pero tampoco aprobaba los planes de Gervaise; le dijo claramente por qué: Coupeau iba por mal camino, Coupeau se fundiría el local. Más que cualquier otra cosa, no le perdonaba al cinquero no haber querido aprender a leer durante la convalecencia; el herrero se había ofrecido a enseñarle, pero el otro lo había mandado a paseo, acusando a la ciencia de consumir el mundo. Aquello había sido casi motivo de enfado entre los dos obreros; iban cada uno por su lado. Por lo demás, la señora Goujet, al ver las miradas suplicantes de su niño grande, se portó muy bien con Gervaise. Acordaron que prestarían quinientos francos a los vecinos; se los devolverían pagándoles todos los meses un reintegro de veinte francos; tardarían lo que tardasen.

—¡Oye, al herrero le haces tilín! —exclamó Coupeau, riéndose, cuando se enteró del préstamo—. Pero, huy, no tengo nada que temer: es demasiado pánfilo... Y ese dinero suyo, se lo devolveremos. Aunque si estuviera tratando con gentuza, desde luego el pobre sería el hazmerreír.

Al día siguiente, sin más demora, los Coupeau alquilaron el local. Gervaise anduvo todo el día azacanada entre la calle Neuve y la calle de La Goutte-d'Or. En el barrio, al verla pasar de aquella manera, tan ligera y satisfecha que ni siquiera cojeaba, se contaba que debía de haberse operado.

V

Justamente, coincidiendo con el arrendamiento de abril, los Boche se habían marchado de la calle de Les Poissonniers y llevaban la portería de la casa grande de la calle de La Goutte-d'Or. ¡Qué casualidad, el mundo era un pañuelo! Una de las preocupaciones de Gervaise, que había vivido tan tranquila sin porteros en su agujero de la calle Neuve, era tener que someterse de nuevo a algún mal bicho con quien tendría que discutir por haber vertido un poco de agua o dado algún portazo por la noche. ¡Los porteros son de tan mala ralea! Pero, con los Boche, sería un placer. Ya se conocían y siempre se llevarían bien. Todo quedaría en familia, vaya.

El primer día de alquiler, cuando los Coupeau fueron a firmar el contrato, a Gervaise se le encogió el estómago al pasar por debajo de la puerta alta. Así que iba a vivir en esa casa, tan grande como una pequeña ciudad, donde se estiraban y entrecruzaban las interminables calles de las escaleras y los corredores. Las fachadas grises con los trapos de las ventanas secándose al sol, el patio tristón de adoquines hundidos como los de una plaza pública, el ronroneo de trabajo que salía de las paredes, le causaban una gran turbación, la alegría de estar al fin a punto de satisfacer sus ambiciones, el miedo de no conseguirlo y de que la aplastase esa lucha enorme contra el hambre, cuyo resuello podía oír. Le parecía estar haciendo algo muy osado, lanzándose al núcleo de una maquinaria en marcha, mientras los martillos del cerrajero y las garlopas del ebanista golpeaban y silbaban al fondo de los talleres de la planta baja. Aquel día, las aguas de la tintorería que corrían por debajo del arco eran de un verde manzana muy claro. Las sorteó sonriendo; ese color le parecía de buen agüero.

La cita con el casero era en la propia portería de los Boche. El señor Marescot, un próspero cuchillero de la calle de La Paix que antaño había ido por las calles con la piedra de amolar. Según se decía, hoy tenía una riqueza de varios millones. Era un hombre de cincuenta y cinco años, fornido, huesudo, con la Legión de Honor en la solapa y unas manos inmensas de antiguo obrero; una de sus alegrías era llevarse los cuchillos y las tijeras de sus inquilinos para afilarlos personalmente, por puro placer. Pasaba por no ser orgulloso, pues se quedaba varias horas en casa de los porteros, escondido en la sombra de la portería, pidiendo cuentas. Despachaba allí todos sus asuntos. Los Coupeau se lo encontraron delante de la mesa grasienta de la señora Boche, escuchando el relato de cómo la costurera del segundo piso de la escalera A se había negado a pagar, soltando una grosería. Luego, tras firmar el contrato de arrendamiento, le estrechó la mano al cinquero. A él le gustaban los obreros. En otros tiempos tuvo que sudar la gota gorda. Pero el trabajo conducía a todas partes. Y, tras haber contado los doscientos cincuenta francos del primer semestre, que hizo desaparecer al fondo del amplio bolsillo, narró su vida y enseñó la condecoración.

Por su parte, Gervaise se sintió algo apurada al ver la actitud de los Boche. Hacían como que no la conocían. Se mostraban muy solícitos con el casero, inclinándose ante él, pendientes de sus

palabras, aprobándolas con la cabeza. La señora Boche salió con muchos bríos para ahuyentar a una banda de niños que chapoteaban delante de la fuente cuyo grifo, abierto del todo, estaba inundando el pavimento; mientras volvía, muy erguida y sobria con sus faldas, cruzando el patio mientras miraba despaciosamente todas las ventanas, como para comprobar que la casa estaba en orden, frunció los labios con un gesto que expresaba la autoridad que ostentaba ahora que tenía a su cargo a trescientos inquilinos. Boche estaba hablando de nuevo de la costurera del segundo; opinaba que había que expulsarla; calculaba los arrendamientos que debía con la importancia de un intendente cuya gestión podría estar en entredicho. El señor Marescot estuvo de acuerdo con la expulsión, pero quería esperar hasta la mitad del periodo de arrendamiento en curso. Era duro echar a la gente a la calle, y más cuando al casero no le reportaba ni un céntimo. Gervaise, con un leve escalofrío, se preguntaba si también la echarían a la calle a ella el día en que una desgracia le impidiera pagar. La portería, tiznada, atiborrada de muebles negros, tenía la humedad y la iluminación tenue de un sótano; delante de la ventana, toda la luz caía sobre el banco de trabajo del sastre, en el que andaba tirada una levita vieja para darle la vuelta; mientras, Pauline, la hija pequeña de los Boche, una niña pelirroja de cuatro años, miraba muy formalita cómo se cocía un pedazo de ternera, encantada de que la inundara el fuerte olor a guiso que subía de la sartén.

El señor Marescot le estaba tendiendo otra vez la mano al cinquero cuando este mencionó las reparaciones, recordándole su promesa verbal de hablarlo más adelante. Pero el casero se enfadó: no se había comprometido a nada; de hecho, en los locales nunca se hacían reparaciones. Así y todo, accedió a ir a ver el lugar, con los Coupeau y Boche a la zaga. El modesto mercero se había marchado llevándose todo su mobiliario de taquillas y mostradores; el local, totalmente vacío, mostraba un techo negro y paredes horadadas de las que colgaban jirones de un viejo papel amarillo. Allí, en el vacío sonoro de las habitaciones, entablaron una rabiosa discusión. El señor Marescot gritaba que les correspondía a los comerciantes embellecer el local porque, a ver, un comerciante podía querer ponerlo todo de oro, y él, como casero, no podía poner el oro; luego describió su propia instalación, en la calle de La Paix, donde se había gastado más de veinte mil francos. Gervaise, con su tozudez de mujer, repetía un argumento que le parecía irrefutable: ¿a que en una vivienda empapelaría las paredes? Entonces, ¿por qué no consideraba el local como una vivienda? No le pedía más, blanquear el techo y empapelar.

Entre tanto, Boche mantenía una actitud impenetrable y digna; daba vueltas y miraba hacia arriba sin pronunciarse. Por mucho que Coupeau le guiñara el ojo, él aparentaba no querer abusar de la gran influencia que ejercía sobre el casero. Sin embargo, acabó dejando escapar un ademán, una breve y fina sonrisa al tiempo que asentía con la cabeza. Precisamente, el señor Marescot, exasperado, con expresión pesarosa, abriendo los diez dedos engarfiados con gesto de avaro al que le arrebatan su oro, cedía a la petición de Gervaise, le prometía pintar el techo y empapelar, a condición de que ella pagara la mitad del papel. Y se largó corriendo: no quería oír hablar de nada más.

Cuando Boche se quedó a solas con los Coupeau, les dio palmadas en los hombros, muy expansivo. ¡Qué, se lo había llevado de calle! De no ser por él, nunca habrían conseguido el techo ni el papel. ¿Se habían fijado en cómo el casero lo consultaba con el rabillo del ojo y se había decidido de golpe al verlo sonreír? Luego, confidencialmente, les confesó que el auténtico dueño de la casa era él: decidía quién se iba, alquilaba a las personas que le caían bien, cobraba las rentas que guardaba durante quince días en su cómoda. Por la noche, para darles las gracias a los

Boche, a los Coupeau, les pareció educado enviarles dos botellas de vino. Aquello merecía un regalo.

Ese mismo lunes, los obreros entraron en el local. La compra del papel, en particular, fue un asunto muy serio. Gervaise quería un papel gris con flores azules, para iluminar y alegrar las paredes. Boche le ofreció que lo acompañara, así lo elegiría ella. Pero tenía órdenes tajantes del casero de no sobrepasar el precio de setenta y cinco céntimos por cada rollo. Estuvieron una hora en la tienda, la lavandera siempre volvía a un estampado de tela persiana muy lindo de noventa céntimos, desesperada, porque los demás papeles le parecían horrendos. Al final, el portero cedió: lo apañaría, contaría un rollo de más si era necesario. Gervaise, de camino a casa, compró unos pasteles para Pauline. No quería quedar relegada , mostrarse complaciente con ella resultaba muy ventajoso.

El local tendría que haber estado listo en cuatro días. Las obras duraron tres semanas. Al principio habían quedado en que solo iban a limpiar la pintura exterior. Pero esa pintura, antaño de color granate, estaba tan sucia y era tan triste que Gervaise no pudo resistirse a volver a pintar toda la fachada de azul claro con rebordes amarillos. Entonces las reparaciones se eternizaron. Coupeau, que seguía sin trabajar, llegaba por la mañana para ver cómo iban. Boche soltaba la levita o los pantalones cuyos ojales estaba arreglando y se iba a su lado a vigilar a los hombres. Y los dos, a pie firme delante de los obreros, con las manos a la espalda, fumando, escupiendo, echaban el día opinando sobre cada brochazo. Hacían reflexiones interminables, divagaciones profundas por cada clavo que había que arrancar. Los pintores, dos hombretones afables, se bajaban de las escalerillas y se plantaban también en mitad del local, se sumaban a la conversación meneando la cabeza durante horas y mirando pensativamente el trabajo que habían empezado. El techo se repintó bastante rápido. Fueron las paredes las que no se acababan nunca. No querían secarse. A eso de las nueve, los pintores se dejaban ver con los botes de pintura, los soltaban en un rincón, echaban un vistazo y desaparecían, y ya no les volvían a ver el pelo. Se habían ido a comer, o bien a hacer un arreglillo allí al lado, en la calle de Myrrha. Otras veces, Coupeau se llevaba a toda la tropa a tomar algo, Boche, los pintores y los compañeros que pasaban por allí: otra tarde perdida. A Gervaise se la llevaban los demonios. Hasta que de golpe, en dos días, todo quedó acabado, la pintura barnizada, el papel pegado, la basura en el vertedero. Los obreros lo habían atropellado todo como una diversión, silbando en las escalerillas, dejando al barrio aturdido de tanto cantar.

Los Coupeau se mudaron inmediatamente. Los primeros días, Gervaise sentía la ilusión de una niña cuando cruzaba la calle, al volver de hacer un recado. Se demoraba, le sonreía a su hogar. De lejos, en medio de la fila de fachadas negras de los demás locales, veía la suya tan clarita, con esa alegría recién estrenada y el rótulo azul pálido donde ponía «LAVANDERÍA DE FINO» en grandes letras amarillas. En el escaparate, con visillos de muselina al fondo y tapizado de papel azul para que destacara la blancura de la ropa, había expuestas camisas de hombre, cofias de mujer colgadas con las cintas atadas a unos alambres de latón. Y su local le parecía precioso, del color del cielo. Al entrar todo seguía siendo azul; el papel, que imitaba una tela persiana Pompadour, representaba una celosía con campanillas trepadoras; la mesa de planchar, un tablero inmenso que ocupaba dos terceras partes de la habitación, cubierto con una gruesa manta, estaba forrada de cretona estampada con ramas azuladas para tapar los borriquetes. Gervaise se sentaba en un taburete, resoplando un poco de pura satisfacción, feliz de tanta

pulcritud, sin poder apartar la vista de sus herramientas nuevas. Pero la primera mirada siempre se la dirigía a la maquinaria, una estufa de hierro colado, donde se podían calentar diez planchas a la vez, colocadas en torno al hogar en unas chapas inclinadas. Se arrodillaba junto a ella, la miraba con el constate temor de que la bobalicona de su aprendiza rajase el hierro fundido echando demasiado cok.

El alojamiento de la trastienda era muy aceptable. Los Coupeau dormían en el primer cuarto, que también hacía las veces de cocina y de comedor; al fondo, una puerta daba al patio de la casa. La cama de Nana estaba en el cuarto de la derecha, una recámara bastante amplia donde la luz entraba a través de un tragaluz redondo, cerca del techo. Por su parte, Étienne compartía el cuarto de la izquierda con la ropa sucia, que siempre estaba esparcida por el suelo formando grandes montones. Sin embargo, la vivienda tenía un inconveniente que los Coupeau al principio no quisieron admitir; pero las paredes rezumaban humedad y se quedaba a oscuras desde las tres de la tarde.

En el barrio, el nuevo local causó sensación. Acusaron a los Coupeau de correr demasiado y de darse pisto. En efecto, se habían gastado los quinientos francos de los Goujet en instalación, sin ni siquiera apartar lo necesario para vivir quince días, como se habían prometido hacer. La mañana en que Gervaise quitó los postigos por primera vez, no tenía más que seis francos en el portamonedas. Pero no estaba en apuros, la parroquia iba llegando y el negocio resultaba muy prometedor. Al cabo de ocho días, el sábado, antes de acostarse, se quedó dos horas echando cuentas en un pedazo de papel y despertó a Coupeau con expresión radiante para decirle que, con buen tino, podían ganar dinero a espuertas.

—¡Acabáramos! —gritaba la señora Lorilleux por toda la calle de La Goutte-d'Or—. ¡Lo que tiene que aguantar el imbécil de mi hermano!... A la Coxcox solo le faltaba darse todos los caprichos. Qué propio de ella, ¿verdad?

Los Lorilleux se la tenían jurada de muerte a Gervaise. Al principio, mientras se hacían las reparaciones del local, a punto estuvieron de reventar de rabia; solo con ver a los pintores de lejos, se cruzaban de acera y subían a su casa apretando los dientes. Un local azul para esa pelagatos, ¿qué le quedaba entonces a la gente honrada? Hasta que, ya el segundo día, cuando la aprendiza vació un cuenco de almidón lanzándolo a la calle justo cuando la señora Lorilleux salía de casa, esta alborotó la calle entera acusando a su cuñada de poner a sus operarias a burlarse de ella. Y partieron peras, ya solo se lanzaban miradas terribles cuando se cruzaban.

—¡Sí, una vida ejemplar! —repetía la señora Lorilleux—. ¡Ya sabemos todos de dónde ha sacado el dinero del antro ese! Lo ha ganado con el herrero... ¡Otro que tal! ¿No se cortó el padre el cuello con un cuchillo para no acabar en la guillotina? ¡O algo por el estilo!

Sin tapujos, acusaba a Gervaise de acostarse con Goujet. Mentía, aseguraba haberlos sorprendido juntos una noche, en un banco del bulevar exterior. La mera idea de esa relación, de los placeres que debía de gozar su cuñada, la irritaba aún más, en su castidad de mujer fea. Todos los días se le escapaba ese grito del alma:

—Pero ¿qué tiene la tullida esa para que la quieran tanto? ¿Acaso me quieren a mí?

Luego venían los cotilleos interminables con las vecinas. Les contaba la historia de cabo a rabo. ¡Anda, el día de la boda, menuda cara se le puso! ¡Huy, ya se olía ella cómo iba a terminar la cosa! Y después de aquello, ¡ay, Señor!, la Coxcox había sido tan amable y tan hipócrita que ella y su marido, para no hacerle el feo a Coupeau, habían consentido en ser los padrinos de Nana, y

eso que un bautizo como aquel cuesta lo suyo. Pero ahora, ¡vamos!, que no contaran con ella para darle ni un vaso de agua a la Coxcox, así estuviera en su lecho de muerte. No le gustaban las insolentes, ni las sinvergüenzas ni las descocadas. Y lo que es Nana, si alguna vez subía a ver a sus padrinos, estarían encantados de recibirla; ni que la niña tuviera culpa de los crímenes de la madre, ¡faltaría más! Coupeau, en cambio, no necesitaba que nadie le dijera qué hacer; en su lugar, cualquier hombre le habría remojado el culo a su mujer en un barreño y le habría cruzado la cara; pero, bueno, allá él, lo único que le pedían era que hiciera respetar a su familia. ¡Madre mía, si Lorilleux la hubiera pillado a ella con las manos en la masa! La cosa habría acabado mal, clavándole las cizallas en la barriga.

Sin embargo, los Boche, que juzgaban con severidad las rencillas de la casa, no les daban la razón a los Lorilleux. Eran personas cabales, qué duda cabe, que vivían tranquilamente, trabajaban todo el santo día y pagaban a tiempo. Pero, todo hay que decirlo, les corroía la envidia. Por no hablar de lo puño en rostro que eran. ¡Unos agarrados, vaya! Gente que, cuando alguien iba a su casa, escondía la botella para no tener que ofrecer un vaso de vino; mala gente, a fin de cuentas. Un día que Gervaise acababa de invitar a los Boche a un casis con agua de Seltz y se la estaban tomando en la portería, pasó por delante la señora Lorilleux, muy estirada, e hizo ademán de escupir delante de su puerta. Desde entonces, todos los sábados, cuando la señora Boche barría las escaleras y los pasillos, dejaba basura delante de la puerta de los Lorilleux.

—¡Acabáramos! —gritaba la señora Lorilleux—. ¡La Coxcox los tiene cebados, a los muy gorrones!... ¡Pero me importan un bledo! Iré a quejarme al casero... Ayer, sin ir más lejos, volví a ver al falso de Boche pegado a las faldas de la señora Gaudron. ¡Mira que fijarse en una mujer de esa edad, con media docena de hijos!... ¡Qué asquerosidad!... Como me hagan otra perrería, se lo cuento a la tía Boche para que le mida las costillas a su hombre... ¡Señor, lo que nos íbamos a reír!

Mamá Coupeau seguía visitando a los dos matrimonios, siguiéndoles la corriente a ambos, llegando incluso a dejar que la invitasen a cenar, mientras escuchaba con buena cara a su hija y a su nuera, una noche cada una. La señora Lerat, de momento, ya no iba a casa de los Coupeau porque había discutido con la Coxcox por un zuavo que acababa de rebanarle la nariz a su amante con una navaja de afeitar; ella estaba de parte del zuavo, aquel corte le parecía una gran muestra de amor, sin explicar por qué. Y había atizado otra vez la ira de la señora Lorilleux al asegurarle que la Coxcox, cuando hablaba de ella, delante de hasta quince y veinte personas, la llamaba Cola de Vaca con todo el descaro. ¡Dios mío, sí, ahora los Boche y los vecinos la llamaban Cola de Vaca!

En medio de esos chismorreos, Gervaise, tranquila y sonriente a la puerta de su local, saludaba a los amigos con un cariñoso ademán con la cabeza. Disfrutaba yendo allí un minuto, entre planchado y planchado, para sonreírle a la calle, esponjándose con la vanidad de la comerciante que es dueña de un trozo de acera. La calle de La Goutte-d'Or le pertenecía, y las calles aledañas, y el barrio entero. Cuando asomaba la cabeza, en camisola, con los brazos al aire y rubios mechones volanderos por el ardor del trabajo, echaba un vistazo a la izquierda, un vistazo a la derecha, a ambos extremos, abarcando con una sola mirada a los transeúntes, las casas, la calzada y el cielo: a la izquierda, la calle de La Goutte-d'Or se adentraba, apacible y desierta, en un rincón de provincias donde las mujeres hablaban quedo en el umbral; a la derecha, a pocos pasos, la calle de Les Poissonniers aportaba el jaleo de los carruajes, el ruido continuo del gentío caminando, que refluía y convertía ese extremo de la calle en una encrucijada de tumulto popular. A Gervaise le gustaba la calle, los bandazos de los camiones en los baches del

pavimento grueso y abollado, los empellones de la gente a lo largo de las estrechas aceras, que interrumpían empinados tramos de guijo; los tres metros de arroyo, delante de su local, alcanzaban un caudal enorme, un río ancho, que ella se empeñaba en que estuviese muy limpio, un río extraño y vivo cuyas aguas se teñían caprichosamente de los colores más tiernos, en medio del barro negro, al albur de la tintorería de la casa. Observaba luego las tiendas, una de ultramarinos muy grande, con cajones de frutos secos delante, cubiertos con redes de malla fina; una lencería y calcetería para obreros, donde al menor soplo de aire se balanceaban los pantalones de trabajo y los blusones azules, colgados con las piernas y los brazos abiertos. En la frutería, en la casquería, alcanzaba a ver la esquina de los mostradores, donde ronroneaban gatos espléndidos y mansos. Su vecina, la señora Vigouroux, la carbonera, le devolvía el saludo, una mujercita gruesa con el rostro negro y ojos relucientes, que holgazaneaba riéndose con los hombres, apoyada contra la fachada de su local, que unos troncos pintados sobre un fondo granate decoraban con el complicado dibujo de un chalet rústico. Las señoras Cudorge, madre e hija, sus otras vecinas, que regentaban la tienda de paraguas, no se dejaban ver nunca, tenían un escaparate tristón y la puerta cerrada, decorada con dos sombrillitas de cinc cubiertas de una gruesa capa de intenso bermellón. Pero Gervaise, antes de volver dentro, siempre echaba un vistazo en frente, a una pared blanca, sin ventanas, donde se abría una puerta cochera inmensa por la que se veía el resplandor de una fragua, en un patio empantanado de carretas y carricoches, con las lanzas hacia arriba. En la pared estaba escrita la palabra «HERRERÍA» con letras grandes y rodeada de un muestrario de herraduras. Todo el día los martillos sonaban contra el yunque e incendios de chispas iluminaban la pálida oscuridad del patio. Y, al pie de esa pared, al fondo de un agujero no mayor que un armario, entre una vendedora de hierro viejo y otra de patatas fritas, había un relojero, un señor con levita, de aspecto pulcro, que siempre estaba hurgando en los relojes con una monada de herramientas, delante de un banco de trabajo lleno de cosas delicadas que dormían bajo un cristal; mientras, a su espalda, los péndulos de dos o tres docenas de relojes de cuco pequeñitos oscilaban todos a la vez, en medio de la miseria negra de la calle y el cadencioso estrépito de la herrería.

En el barrio, Gervaise pasaba por tener buen trato. Claro que se la ponía como hoja de perejil, pero todos a una concedían que tenía unos ojos grandes y una boca menudita con los dientes muy blancos. En definitiva, que era una rubia muy bonita, que habría podido contarse entre las más guapas de no ser por la desgracia de su pierna. Iba camino de los veintiocho y estaba más gruesa. Los rasgos delicados empezaban a abotagarse, los movimientos cobraban una feliz premiosidad. Ahora se le iba el santo al cielo a veces, en el filo de una silla, lo que tardaba en calentarse la plancha, con un esbozo de sonrisa y el rostro sumido en una felicidad glotona. Porque se estaba volviendo glotona; eso todo el mundo lo decía; pero no era un defecto censurable, sino todo lo contrario. Cuando se gana lo suficiente para permitirse algún manjar, sería de tontos comer mondas de patata, ¿verdad? Y más si seguía trabajando duro, desviviéndose por su parroquianas, sacando la faena adelante personalmente, de noche, con los postigos cerrados, cuando corría prisa. Como se decía en el barrio, estaba en racha; todo le salía bien. Lavaba la ropa de la casa, del señor Madinier, de la señorita Remanjou, de los Boche; incluso le quitaba clientes a su antigua maestra, la señora Fauconnier, señoras de París que vivían en la calle de Le Faubourg-Poissonnière. Ya desde la segunda quincena tuvo que coger a dos operarias, la señora Putois y Clémence, la muchacha alta que antes vivía en el sexto; tenía pues a tres

personas trabajando para ella, incluida la aprendiza, la bisoja de Augustine, que era menudita y más fea que un pecado. Seguro que a otros ese golpe de suerte les habría nublado el juicio. Por eso a ella bien se le podía perdonar que se permitiera algún antojo los lunes, después de haber estado bregando toda la semana. Además, era una necesidad; se habría quedado remoloneando, esperando a que las camisas se planchasen solas, si no se hubiese echado alguna exquisitez al coleto, algo rico que le estuviera pidiendo el cuerpo.

Gervaise nunca había mostrado tanta complacencia. Era mansa como un cordero y más buena que el pan. Dejando aparte a la señora Lorilleux, a quien llamaba Cola de Vaca para vengarse, no aborrecía a nadie, le buscaba disculpas a todo el mundo. En esa especie de flojedad fruto de la gula, después de comer bien y tomarse el café, cedía a la necesidad de un indulto general. Solía decir: «Tendremos que perdonarnos unos a otros, ¿no?, si no queremos vivir como salvajes». Cuando le comentaban lo buena que era, se reía. ¡Solo faltaría que fuera mala! Se defendía, alegaba que no tenía ningún mérito por ser buena. ¿Acaso no se habían realizado todos sus sueños, o le quedaba alguna otra ambición que cumplir en la vida? Recordaba el ideal que tenía tiempo atrás, cuando estaba desamparada: trabajar, comer pan, tener un rincón propio, criar a sus hijos, que no le pegaran, morirse en su cama. Y ahora había superado ese ideal: tenía todo eso y más. Y lo de morirse en su cama, añadía de guasa, también lo tenía previsto, aunque cuanto más tarde, mejor, claro está.

Pero a quien mejor trataba Gervaise era a Coupeau. Nunca hablaba mal de su marido ni se quejaba de él a sus espaldas. El cinquero había acabado por volver al tajo; como la obra donde trabajaba se encontraba en la otra punta de París, ella le daba todas las mañanas dos francos para almorzar, tomar un trago y fumar. Lo malo era que, dos de cada seis días, Coupeau se paraba por el camino, se bebía los dos francos con un amigo y volvía a casa a almorzar, contando cualquier historia. En una ocasión, incluso, no llegó muy lejos, se dio, con Mes-Bottes y otros tres, una comilona curiosa de caracoles, asado y vino de reserva en el Capuchino, junto al fielato de La Chapelle;[24] y como con los dos francos no la cubrían, mandó a un camarero que le llevara la cuenta a su mujer y le dijera que estaba detenido. Ella se reía, se encogía de hombros. ¿Qué había de malo en que su hombre se divirtiese un poco? Con los hombres había que tener manga ancha para que la familia viviera en paz. Por un quítame allá esas pajas, los golpes no tardaban en llegar. Había que entenderlo, caramba, Coupeau aún padecía de la pierna; los demás lo arrastraban, no le quedaba otra que seguirles el ritmo para no quedar como un patán. Además, la cosa nunca iba a más; si volvía a casa achispado, se acostaba y a las dos horas estaba como nuevo.

Entre tanto, había llegado la estación de los calores. Una tarde de junio, un sábado en que la tarea corría prisa, la propia Gervaise había atiborrado de cok la estufa en torno a la cual se calentaban diez planchas mientras el tubo rugía. A esa hora, el sol caía a plomo en la fachada, la ardiente reverberación que rebotaba en la acera dibujaba aguas anchas y danzantes en el techo del local; ese foco de luz, que azuleaba con el reflejo del papel de los estantes y del escaparate, formaba encima de la mesa de planchar una claridad cegadora, como una polvareda de sol que tamizaban las finas telas. La temperatura era sofocante. Habían dejado abierta la puerta de la calle, pero no entraba ni un soplo de aire; la ropa blanca tendida en lo alto, en alambres de latón, se quedaba tiesa como un bacalao en tres cuartos de hora. Desde hacía un rato, en esa atmósfera agobiante de horno, reinaba un silencio denso donde solo se oía el golpeteo sordo de las planchas, amortiguado por la gruesa manta forrada de calicó.

—¡Madre mía! —dijo Gervaise—, si hoy no nos derretimos.... ¡Dan ganas de quitarse la camisa!

Estaba acuclillada en el suelo, con un lebrillo delante, almidonando ropa blanca. Vestida con enaguas blancas y la camisola arremangada y desbocada que le dejaba los brazos al aire, el cuello al aire, estaba encarnada y tan sudorosa que los mechoncitos rubios del pelo revuelto se le pegaban a la piel. Primorosamente, remojaba en el agua lechosa cofias, pecheras de hombre, enaguas enteras, guarniciones para pantalones de mujer. Acto seguido, enrollaba las prendas y las depositaba al fondo de una cesta cuadrada, después de haber metido la mano en un cubo de agua para sacudirla por el cuerpo de las camisas y los pantalones que no estaban almidonados.

—Esta cesta es para usted, señora Putois —siguió diciendo—. Dese prisa, ¿quiere? Se seca enseguida, habrá que volver a empezar dentro una hora.

La señora Putois, una mujer de cuarenta y cinco años, delgada y bajita, planchaba sin sudar ni una gota, con una vieja chaqueta chambra marrón abrochada hasta arriba. Ni siquiera se había quitado la cofia, una cofia negra adornada con cintas verdes que amarilleaban. Se quedaba muy tiesa delante de la mesa, demasiado alta para ella, con los codos hacia arriba, empujando la plancha con movimientos entrecortados de marioneta. De repente, exclamó:

—¡Ay, no, señorita Clémence, vuelva a ponerse la camisola! De sobra sabe que no me gustan las indecencias. Ya puestos, ¿por qué no enseña todo el género? Tenemos ya a tres hombres parados ahí enfrente.

La grandullona de Clémence la llamó vieja bruja entre dientes. Se estaba ahogando, a ver si no iba a poder una aliviarse; no todo el mundo tenía la piel de esparto. Además, ¿acaso se le veía algo? Al levantar los brazos, el busto opulento de buena moza le reventaba la camisa y los hombros crujían las costuras de las breves mangas. Clémence gozaba de la vida hasta los tuétanos antes de cumplir los treinta; al día siguiente de correrse una gran juerga, no notaba ni el suelo que pisaba y se quedaba dormida encima de la tarea, con la cabeza y el vientre como rellenos de trapos. Pero, aun así, no la echaban porque ninguna otra operaria podía presumir de planchar las camisas de hombre con el toque que ella les daba. Eran su especialidad.

—¡Es todo mío, hala! —acabó proclamando, dándose palmadas en la pechuga—. Y no muerde, nunca le ha hecho pupa a nadie.

—Clémence, vuelva a ponerse la camisola —dijo Gervaise—. La señora Putois tiene razón, no es decente... La gente va a tomar el negocio por lo que no es.

Entonces Clémence se puso otra vez la ropa rezongando. ¡Menudas mojigatas! ¡Como si los que pasaban por la calle nunca hubieran visto un par de tetas! Y se desfogó con la aprendiza, la bisoja de Augustine, que estaba a su lado planchando prendas lisas, medias y pañuelos. La empujó y le dio codazos. Pero, Augustine, rencorosa, con una maldad solapada de monstruo que se lleva todos los palos, le escupió por detrás en el vestido, sin que la vieran, para vengarse.

Mientras, Gervaise había empezado con una cofia que pertenecía a la señora Boche y con la que quería esmerarse. Había preparado el almidón cocido para dejarla como nueva. Estaba pasando despacito, por el fondo de la cofia, la polonesa, una planchita de extremos romos, cuando entró una mujer huesuda, con ronchas rojas en la cara y las faldas empapadas. Era una maestra lavandera que tenía empleadas a tres operarias en el lavadero de La Goutte-d'Or.

—¡Llega usted muy pronto, señora Bijard! —gritó Gervaise—. Le dije que viniera esta noche... ¡En este momento me viene fatal atenderla!

Pero como la lavandera se lamentaba porque temía no poder escaldar ese mismo día, accedió a darle la ropa sucia enseguida. Fueron a buscar los hatos al cuarto de la izquierda, donde dormía Étienne, y volvieron con brazadas enormes, que amontonaron en el suelo, al fondo del local. Estuvieron media hora larga haciendo el recuento. Gervaise iba haciendo pilas a su alrededor, juntando las camisas de hombre, las camisas de mujer, los pañuelos, los calcetines, los paños de cocina. Cuando le llegaba a las manos la prenda de un cliente nuevo, la marcaba con una cruz de hilo rojo, para reconocerla. En el aire caliente, iba subiendo la pestilencia mustia de toda esa ropa sucia al removerla.

—¡Hala, menudo tufo! —dijo Clémence tapándose la nariz.

—¡Qué remedio! Si estuviera limpia, no nos la traerían —explicó Gervaise tranquilamente —. ¡Huele como tiene que oler!... Habíamos dicho catorce camisas de mujer, ¿es eso, señora Bijard?... Quince, dieciséis, diecisiete...

Siguió contando en voz alta. No le daba ningún asco, acostumbrada a la suciedad; hundía los brazos desnudos y rosados entre las camisas, amarillas de mugre; los trapos, tiesos por la grasa del agua de fregar cacharros; los calcetines, carcomidos y putrefactos de sudor. Así y todo, con aquel fuerte olor que le golpeaba el rostro al inclinarlo sobre los montones, le iba entrando una indolencia. Se había sentado en el filo de un taburete, doblada por la cintura, alargando las manos a derecha e izquierda, con movimientos más lentos, como si la embriagara aquella pestilencia humana, medio sonriente y con los ojos empañados. Y era como si la pereza inicial le viniese de allí, de la asfixia de las prendas viejas que envenenaban el aire en derredor suyo.

Precisamente cuando estaba sacudiendo un pañal de niño, que no reconocía de lo meado que estaba, entró Coupeau.

—¡Mecachis! —tartamudeó—. ¡Cómo pica el sol!... ¡Te deja atontado!...

El cinquero se apoyó en la mesa de planchar para no caerse. Era la primera vez que se cogía tamaña curda. Hasta entonces, había vuelto a casa piripi, nada más. Pero en esta ocasión tenía un porrazo en un ojo, una palmada amistosa que se había extraviado por algún empellón. El pelo rizado, que ya mostraba algunas hebras blancas, parecía haber desempolvado una esquina de la salucha de alguna vinatería porque de un mechón de la nuca le colgaba una telaraña. Por lo demás, tenía el mismo gracejo, con los rasgos algo demacrados y envejecidos, la mandíbula más prominente, pero igual de buenazo, según decía, y con la piel lo bastante tierna aún para encandilar a una duquesa.

—Te lo voy a explicar —prosiguió, dirigiéndose a Gervaise—. Es que Pied-de-Céléri,[25] sabes de sobra quién es, el que tiene una pata de palo... Pues resulta que se vuelve a su tierra y ha tirado la casa por la ventana... ¡Huy, estábamos muy serenos! Si no fuera por el maldito sol... En la calle, la gente se pone mala. ¡En serio! La gente va haciendo eses...

Como a la grandullona de Clémence le hacía gracia que hubiera visto a toda la calle borracha, también a él le entró una risa tremenda y casi se atragantó. Gritaba:

—¿A que sí? ¡Los muy beodos! ¡Qué chuscos son!... Pero no es culpa suya, es el sol...

Todo el local se reía, incluso la señora Putois, a quien no le gustaban los borrachos. La bisoja de Augustine cacareaba, con la boca abierta, ahogándose. Sin embargo, Gervaise se maliciaba con que Coupeau no había vuelto a casa en derechura, sino que había pasado una hora en casa de los Lorilleux, que le aconsejaban mal. Cuando él le juró y perjuró que no, también ella se rio, llena de indulgencia, sin tan siquiera echarle en cara que había perdido otra jornada de trabajo.

—¡Cómo puede decir tantas tonterías, Dios mío! —murmuró—. ¡A quién se le ocurren esas tonterías! —Y con voz maternal—: Anda, vete a acostar. Ya ves que estamos ocupadas; nos estorbas... Con esto hacen treinta y dos pañuelos, señora Bijard, y otros dos, treinta y cuatro...

Pero Coupeau no tenía sueño. Se quedó allí, contoneándose, con un balanceo de péndulo de reloj, riéndose por lo bajo con expresión terca y guasona. Gervaise, que quería quitarse de encima a la señora Bijard, llamó a Clémence, la puso a contar prendas mientras ella las anotaba. Entonces, con cada una, aquella bribonzona soltó un comentario escabroso, una procacidad; exhibía las miserias de los clientes, las aventuras de alcoba, gastaba bromas de apaños con cada agujero y cada mancha que le pasaban entre las manos. Augustine hacía como que no entendía, pero no perdía ripio, como la niña viciosa que era. La señora Putois fruncía los labios, opinaba que era una bobada decir eso delante de Coupeau; un hombre no tiene por qué ver la ropa blanca; la gente como Dios manda no airea esas cosas. Gervaise, por su parte, muy seria, enfrascada en lo suyo, parecía no oír nada. Mientras escribía, vigilaba las prendas con mirada atenta para reconocerlas según pasaban; no se equivocaba nunca, le asignaba un nombre a cada una, según el olor o el color. Esas servilletas de ahí eran de los Goujet; saltaba a la vista, no se habían usado para limpiar el fondo de las sartenes. Esta funda de almohada seguro que venía de casa de los Boche, por la pomada con la que la señora Boche pringaba toda su ropa blanca. Tampoco había que mirar con lupa las camisetas de franela del señor Madinier para saber que eran suyas; ese hombre tenía la piel tan grasa que teñía la lana. Y se sabía otras peculiaridades: los secretos del aseo de cada uno; las interioridades de las vecinas que cruzaban la calle con falda de seda; la cantidad de medias, de pañuelos, de camisas que ensuciaban por semana; la forma en que la gente rasgaba algunas prendas, siempre por el mismo sitio. De igual modo, se sabía un montón de anécdotas. Las camisas de la señorita Remanjou, por ejemplo, eran motivo de comentarios interminables; estaban desgastadas por arriba, la solterona debía de tener los huesos de los hombros puntiagudos; y nunca estaban sucias, aunque las hubiera llevado puestas quince días, lo que demostraba que a esa edad se es casi como un pedazo de madera, del que costaría Dios y ayuda sacar una lágrima de lo que fuera. En el local, en cada recuento de ropa, desvestían de ese modo a todo el barrio de La Goutte-d'Or.

—¡Aquí tenemos cosa fina! —gritó Clémence abriendo un nuevo hato.

Gervaise, de pronto muy asqueada, se echó para atrás.

—El hato de la señora Gaudron —dijo—. No quiero seguir lavándole la ropa, estoy buscando una excusa. No es que sea más remilgada que cualquier otra, he tocado ropa muy asquerosa en la vida; pero de verdad que con esta no puedo. Me dan ganas de echar los hígados... ¡Pero qué demonios hace esa mujer para dejar la ropa en tal estado!

Le pidió por favor a Clémence que se diera prisa. Pero la operaria seguía haciendo observaciones, metía los dedos en los agujeros, con alusiones a las prendas, que agitaba como banderas de la mugre triunfante. Entre tanto, los montones habían ido creciendo en torno a Gervaise. Seguía sentada al filo del taburete, pero ahora desaparecía entre las camisas y las enaguas; tenía delante sábanas, pantalones, manteles, una desbandada de cochambre; y allí metida, en mitad de esa charca creciente, seguía con los brazos al aire, el cuello al aire, los mechoncitos rubios pegados a las sienes, más colorada y más lánguida. Volvía a tener ese aire sosegado, esa sonrisa de dueña atenta y cuidadosa, olvidándose de la ropa de la señora Gaudron, sin olerla ya, rebuscando con una mano en los montones para comprobar que no se habían

equivocado. La bisoja de Augustine, a quien le encantaba echar paletadas de cok en la estufa, acababa de llenarla tanto que las chapas de hierro colado se ponían al rojo. El sol oblicuo golpeaba la fachada del local, que parecía estar en llamas. Entonces, a Coupeau, más embriagado aún por culpa del bochorno, le sobrevino un ataque de cariño. Se fue hacia Gervaise, con los brazos abiertos, muy conmovido.

—¡Qué buena mujer eres! —tartamudeaba—. Te tengo que dar un beso.

Pero se le trabaron los pies en las enaguas que le cortaban el paso y a punto estuvo de caerse.

—¡Serás pelmazo! —dijo Gervaise sin enfadarse—. Quédate ahí quieto, ya hemos terminado.

Pero no, quería darle un beso, deseaba hacerlo porque la quería mucho. Y mientras balbucía, sorteaba el montón de enaguas, se tropezaba con las camisas; hasta que, como insistía, se le engancharon los pies y se cayó de bruces de lleno entre los trapos. Gervaise, que empezaba a impacientarse, lo empujó gritándole que lo iba a mezclar todo. Pero Clémence y la mismísima señora Putois se lo afearon. Al fin y al cabo, el hombre tenía buena intención. Quería darle un beso. A ella no le costaba nada dejar que le diera uno.

—¡No sabe la suerte que tiene, señora Coupeau! —dijo la señora Bijard, a la que el borracho de su marido, un cerrajero, molía a golpes todas las noches al volver a casa—. ¡Ojalá el mío se pusiera así cuando empina el codo!

Gervaise, apaciguada, ya se estaba arrepintiendo de haber saltado. Ayudó a Coupeau a incorporarse. Luego, sonriendo, le ofreció la mejilla. Pero el cinquero, sin importarle que hubiese gente delante, le agarró los pechos.

—¡No es por criticar —murmuró—, pero esta ropa tuya apesta que es cosa mala! Y aun así yo te sigo queriendo, ¿sabes?

—Déjame, que me haces cosquillas —gritó Gervaise riéndose más fuerte—. ¡Qué tontorrón! ¡Cómo se puede ser tan tontorrón!

La tenía sujeta y no la soltaba. Ella no se resistía, aturdida por el leve mareo que le provocaba el montón de ropa, ni le asqueaba el aliento a vinazo de Coupeau. El ávido beso que se dieron, en mitad de las porquerías del oficio, era como la primera caída en el lento apoltronamiento de su vida.

Entre tanto, la señora Bijard había anudado la ropa en hatos. Estaba hablando de su hija, una niña de dos años llamada Eulalie, que ya razonaba como una mujer hecha y derecha. Se la podía dejar sola; nunca lloraba, no jugaba con los fósforos. Por fin se llevó los hatos de ropa, uno a uno, doblándose bajo el peso a pesar de su estatura mientras el rostro se le cubría de manchas amoratadas.

—Esto es insufrible, nos estamos achicharrando —dijo Gervaise enjugándose la cara, antes de seguir con la cofia de la señora Boche.

Hablaron de darle de cachetes a Augustine, al percatarse de que la estufa estaba al rojo. Las planchas también se habían puesto al rojo. ¡Esa chica estaba endemoniada! Una no se podía dar la vuelta sin que hiciera alguna de las suyas. Ahora había que esperar un cuarto de hora para poder usar las planchas. Gervaise tapó el fuego con dos paletadas de ceniza. Además, se le ocurrió tender un par de sábanas en los alambres de latón para que hicieran las veces de toldo y así amortiguar el sol. Entonces la temperatura del local se volvió mucho más agradable. Seguía haciendo calor, pero era como estar en una alcoba, con una luz blanca, dentro de casa, lejos del

mundo, aunque detrás de las sábanas se oyera a la gente caminando deprisa por la acera; y podían ponerse cómodas con total libertad. Clémence se quitó la camisola. Como Coupeau seguía negándose a irse a dormirla, le dejaron quedarse, pero tuvo que prometer que se estaría quietecito en un rincón, porque en ese momento lo que importaba era no dormirse en plena faena.

—¿Qué ha hecho esta vez ese mal bicho con la polonesa? —murmuraba Gervaise, refiriéndose a Augustine.

Siempre estaban buscando la planchita, que aparecía en los sitios más variopintos, donde la aprendiza, según decían, la ocultaba por picardía. Gervaise terminó por fin el fondo de la cofia de la señora Boche. Había esbozado los encajes, estirándolos a mano y enderezándolos al tocarlos suavemente con la plancha. Era una cofia con el ala muy adornada, que alternaba bullones estrechos y entredoses bordados. Así pues, Gervaise se esmeraba primorosamente, planchando los bullones y los entredoses con el *fer à coq*,[26] una plancha en forma de huevo metálico fijado mediante una varilla a un soporte de madera.

Entonces reinó el silencio. Por un instante, no se oyó sino el golpeteo sordo de las planchas, que amortiguaba la manta. A ambos lados de la amplia mesa cuadrada, la dueña, las dos operarias y la aprendiza, a pie firme, se inclinaban, cada cual a su tarea, encorvando los hombros y moviendo los brazos en un continuo vaivén. Cada una, a su diestra, tenía una baldosa, un ladrillo plano, quemado por las planchas demasiado calientes. En el centro de la mesa, al borde de un plato hondo lleno de agua limpia, estaban a remojo un trapo y un cepillito. En un tarro que en tiempos fuera de cerezas en aguardiente, lucía un ramo de grandes lirios, cuya mata de dilatadas flores níveas ponía allí un toque de jardín regio. La señora Putois había empezado con la cesta de ropa blanca que había preparado Gervaise: servilletas, pantalones, camisolas, pares de mangas. Augustine se eternizaba con las medias y los trapos, mirando hacia arriba, pendiente de un moscardón que volaba. Por su parte, la grandullona de Clémence estaba planchando la trigésimo quinta camisa de hombre de la jornada.

—¡Siempre vino, nunca rosolí! —exclamó de golpe el cinquero, que sintió la necesidad de declarar aquello—. ¡El rosolí se te sube a la cabeza, no conviene!

Clémence cogía una plancha de la estufa, con el mango de cuero y chapa, y se la acercaba a la mejilla para comprobar si estaba bastante caliente. La frotó contra la baldosa, la limpió con un paño que llevaba colgado del cinturón y la emprendió con la trigésimo quinta camisa, planchando primero el canesú y las dos mangas.

—Bah, señor Coupeau —dijo al cabo de un minuto—, una copita de balarrasa tampoco hace daño. A mí me entona... Además, ya sabe, cuanto antes te la cojas, más te diviertes. Huy, yo no hago cuentas galanas, ya sé que no voy a llegar a vieja.

—¡Pero qué pesadita se pone con lo de los entierros! —interrumpió la señora Putois, a quien no le gustaban las conversaciones tristes.

Coupeau se había puesto de pie y se estaba enfadando al creer que lo acusaban de haber bebido aguardiente. Lo juraba por su cabeza, las de su mujer y su hija, que no tenía ni una gota de aguardiente en las venas. Y se acercó a Clémence, para soplarle en la cara y que lo oliera. Pero cuando estuvo pegado a los hombros desnudos, empezó a bromear. Quería ver. Clémence, después de haber doblado la espalda de la camisa y haberla planchado por ambos lados, estaba con los puños y el cuello. Pero como Coupeau no dejaba de arrimarse a ella, por su culpa le salió

un pliegue torcido y tuvo que usar el cepillo que estaba al borde del plato hondo para alisar el almidón.

—¡Señora! —dijo—. ¡Haga algo para que no se me pegue así!

—Déjala, no estás siendo sensato —declaró tranquilamente Gervaise—. Tenemos prisa, ¿te enteras?

¿Y qué, si tenían prisa? No era culpa suya. No estaba haciendo nada malo. No tocaba, solo miraba. ¿Acaso ya no se podía mirar las hermosas obras de Dios? ¡Es que, de verdad, menudos brazotes tenía la pillina de Clémence! Podría enseñarlos por diez céntimos y dejar que se los tocasen, nadie daría el dinero por perdido. Sin embargo, la operaria había dejado de defenderse, se reía con esos piropos toscos de hombre ahumado. Acababa incluso bromeando con él. Él se metía con ella por las camisas de hombre. Así que se pasaba el día entre camisas de hombre. ¡Pues claro que sí, vivía ahí metida! ¡Ay, santo Dios, vaya si las conocía, sabía de qué estaban hechas! ¡Le habían pasado por las manos cientos y cientos! Todos los rubios y todos los morenos del barrio llevaban su marca en el cuerpo. Ella, mientras tanto, seguía planchando, con los hombros estremeciéndose de risa; había marcado cinco pliegues amplios y lisos en la espalda, metiendo la plancha por la abertura de la pechera; bajaba el faldón de delante y lo plegaba también con amplios movimientos.

—¡Y esto son las colgaduras! —dijo riéndose más alto.

La bisoja de Augustine soltó el trapo, de tanta gracia que le hizo esa ocurrencia. La regañaron. Habrase visto, la muy mocosa, riéndose de lo que no debería entender... Clémence le pasó su plancha; la aprendiza terminaba de usar las planchas con los trapos y las medias, cuando ya no estaban lo bastante calientes para las prendas almidonadas. Pero esta vez la agarró con tanta torpeza que se hizo una puñeta, una quemadura alargada en la muñeca. Se echó a llorar y acusó a Clémence de haberla quemado adrede. La operaria, que había ido a buscar una plancha muy caliente para la delantera de la camisa, la consoló enseguida amenazándola con plancharle las dos orejas como no parase. Mientras, había metido una pieza de lana debajo de la delantera y empujaba la plancha despacio, para dar tiempo a que el almidón aflorase y se secara. La delantera de la camisa adquiría una tiesura y un brillo de papel fuerte.

—¡Maldita sea! —soltó Coupeau, que seguía rondándola por detrás, con cabezonería de borracho.

Se ponía de puntillas, riéndose como una polea mal engrasada. Clémence, apoyada firmemente en la mesa, con las muñecas giradas y los codos alzados, doblaba el cuello haciendo fuerza, y se le ensanchaban las carnes desnudas, los hombros subían con el despacioso movimiento de los músculos que palpitaban bajo la piel fina, el pecho se henchía, madoroso, en la sombra rosada de la camisa abierta. Entonces Coupeau alargó las manos, quiso tocarla.

—¡Señora, señora! —gritó Clémence—. ¡Dígale que se esté quieto, ya está bien!... Si sigue así, yo me largo. No quiero que me insulten.

Gervaise acababa de colocar la cofia de la señora Boche en una fraustina cubierta con un paño y estaba encañonando los encajes minuciosamente con unas tenacillas. Alzó la vista en el preciso momento en que el cinquero volvía a alargar las manos, rebuscando en la camisa.

—Desde luego, Coupeau, no estás siendo nada sensato —dijo con cara contrariada, como si estuviera regañando a un niño que se empeña en comer confituras sin pan—. Te vas a ir a la cama.

—Sí, señor Coupeau, váyase a la cama, será mejor —sentenció la señora Putois.

—¡Pues qué bien! —tartamudeó él, sin dejar las risitas—. ¡Menudas brujas!... ¿Es que uno ya no puede divertirse o qué? Yo entiendo de mujeres, nunca les he roto nada. A una señora se la puede pellizcar, ¿verdad?, pero no más; solo para rendirle homenaje a su sexo... Además, cuando una va exhibiendo la mercancía, será para que la catemos, ¿no? ¿Por qué esa mocetona rubia lo va enseñando todo? No es ni pizca de decente, qué va... —Y volviéndose hacia Clémence añadió —: ¿Sabes, cordera?, no hay que ser tan tiquismiquis... Si es porque hay gente delante...

Pero no pudo seguir: Gervaise, sin violencia, lo había agarrado con una mano y le había tapado la boca con la otra. Él se debatió, de guasa, mientras ella lo empujaba al fondo del local, hacia el cuarto. Él se destapó la boca y dijo que estaba dispuesto a acostarse, pero que la mocetona rubia tenía que ir a calentarle los pies. Luego se oyó cómo Gervaise le quitaba los zapatos. Lo estaba desvistiendo, regañándolo un poco, maternalmente. Cuando le quitó los pantalones, se desternilló de risa, sin resistirse, boca arriba, despatarrado en mitad de la cama. Se rebullía y decía que Gervaise le hacía cosquillas. Por fin esta lo arropó con cuidado, como si fuera un niño. ¿Estaba cómodo, por lo menos? Pero él no contestó, le dijo a voces a Clémence:

—¡Oye, cordera, ya estoy aquí, esperándote!

Cuando Gervaise volvió al local, Clémence le estaba arreando por fin un sopapo a la bisoja de Augustine. La culpa era de una plancha sucia que había cogido de la estufa la señora Putois; sin percatarse, había manchado con ella una camisola entera; como Clémence, para defenderse de no haber limpiado su plancha, acusaba a Augustine y juraba por lo más sagrado que esa plancha no era suya, a pesar de la costra de almidón quemado que se había quedado en la suela; la aprendiza le escupió en el vestido, sin disimular, por delante, indignada por tamaña injusticia. De ahí el cachete curioso que se había llevado. La bisoja se sorbió las lágrimas, limpió la plancha, raspándola primero y luego frotándola, después de haberla untado con un cabo de vela; pero cada vez que tenía que pasar por detrás de Clémence, acumulaba saliva y escupía, riéndose por dentro cuando chorreaba falda abajo.

Gervaise siguió encañonando los encajes de la cofia. Y, en la súbita calma que sobrevino, se alcanzó a oír, al fondo de la trastienda, la voz pastosa de Coupeau. Seguía de humor afable, se reía solo, soltando frases a medias.

—¡Qué boba es mi mujer!... ¡Boba por acostarme!... ¡A que sí! ¡Menuda bobada, a mediodía, cuando nadie tiene sueño!

Hasta que, de repente, se puso a roncar. Entonces Gervaise suspiró de alivio, feliz por saber que por fin descansaba durmiendo la mona encima de dos buenos colchones. Y empezó a hablar en aquel silencio, con voz lenta y constante, sin apartar la vista de las tenacillas de encañonar, que manejaba con presteza.

—¿Y qué le voy a hacer? No está en sus cabales, no puedo enfadarme con él. Y aunque lo zarandease, de nada serviría. Prefiero seguirle la corriente y meterlo en la cama; al menos, la cosa acaba enseguida y yo me quedo tranquila... Además, tampoco es malo, me quiere mucho. Ya lo han visto hace un rato, quería darme un beso aunque lo hicieran picadillo. No deja de ser un buenazo; porque hay muchos que, cuando beben, se van con mujeres... Él vuelve aquí de cabeza. Bromea con las operarias, pero ahí queda la cosa. ¿Me oye, Clémence?, no tiene de qué ofenderse. Ya sabe lo que es un hombre borracho; mataría a su padre y a su madre, y luego ni se acordaría... ¡Huy, se lo perdono de corazón! Es como todos los demás, ¡qué caray!

Decía las cosas mansamente, sin vehemencia, acostumbrada ya a las andanadas de Coupeau, justificando aún los miramientos que tenía con él, pero sin ver ya nada censurable en que, estando en su local, les pellizcara las caderas a las muchachas. Cuando se calló, volvió el silencio, que ya nada perturbó. La señora Putois, cada vez que cogía una prenda, tiraba de la cesta, metida debajo del forro de cretona que cubría la mesa; luego, después de plancharla, alzaba los bracitos y la depositaba en un estante. Clémence estaba terminando de hacer pliegues con la plancha en la trigésimo quinta camisa de hombre. Había faena más que de sobra; calculaban que tendrían que quedarse despiertas hasta las once, y eso dándose prisa. Todo el taller, ahora que no había distracciones, trabajaba de firme. Los brazos desnudos iban y venían, iluminando con un toque sonrosado la blancura de las prendas. Habían vuelto a llenar de cok la estufa, y, como el sol, deslizándose entre las sábanas, caía de lleno en el hogar, se veía cómo el terrible calor iba subiendo por ese rayo, una llama invisible cuyo temblor agitaba el aire. El bochorno crecía tanto, debajo de las faldas y los manteles tendidos en el techo, que la bisoja de Augustine, con la saliva en las últimas, dejaba asomar la punta de lengua entre los labios. Olía a hierro fundido recalentado, a agua de almidón rancia, a la chamusquina de las planchas, una tibieza mustia de bañera en la que las cuatro trabajadoras, con los hombros desencajados, aportaban el olor más rudo de los moños y las nucas empapadas; mientras el ramo de grandes lirios, en el agua verdosa del tarro, se marchitaba, exhalando un aroma muy puro y muy intenso. Y a ratos, en medio del sonido de las planchas y del atizador rascando la estufa, se alzaba el ronquido de Coupeau, con la regularidad de un gigantesco tictac de reloj, que pautaba el afanoso trabajo del taller.

Al día siguiente de las cogorzas, el cinquero tenía resaca, una resaca tremenda que lo dejaba todo el día con los pelos tiesos y mal sabor de boca, la cara hinchada y el gesto torcido. Se levantaba tarde, no se espabilaba hasta eso de las ocho, y escupía, remoloneaba por el local, no se resolvía a ir a la obra. Otra jornada perdida. Por la mañana se quejaba de tener las piernas flojas, se arrepentía de haber sido tan tonto de soplar tanto, pues te descuajaringaba el temperamento. Además, te topabas con un montón de tunantes que no te dejaban en paz; dabas tientos a tu pesar, te metías en toda clase de líos, acababas por dejarte atrapar ¡y no poco! ¡Pues ni hablar! No volvería a pasarle; no iba a estirar la pata en una tabernucha, en la flor de la vida. Pero después de almorzar volvía a sentirse como nuevo, soltando unos «¡Humm! ¡Humm!» para demostrar que aún tenía buena voz. Empezaba a negar la juerga del día anterior, a lo sumo se había achispado un poco. Ya no se hacían hombres como él, fuerte como una roca, con manos de hierro, que bebía lo que hiciera falta sin pestañear. Entonces se pasaba toda la tarde zascandileando por el barrio. Cuando había chinchado más de la cuenta a las operarias, su mujer le daba un franco para que se quitara de en medio. Se largaba, iba a comprarse tabaco a La Petite-Civette,[27] en la calle de Les Poissonniers, donde solía tomarse una ciruela en aguardiente cuando se encontraba con algún amigo. Luego, remataba la moneda de un franco en el local de François, en la esquina de la calle de La Goutte-d'Or, donde había un vino estupendo, muy joven, que hacía cosquillas en el gaznate. Era una tasca a la antigua, un local oscuro, de techo bajo, que tenía al lado un comedor tiznado donde vendían sopa. Y se quedaba allí hasta la noche, jugándose copas a la ruleta del mostrador;[28] François le fiaba y había prometido categóricamente no llevarle nunca la factura a la parienta. Al fin y al cabo, había que remojarse el gañote para las porquerías del día anterior, ¿no? Un vaso de vino se empuja con otro. Él, por lo demás, era buen compadre, no le tocaba un pelo al bello sexo, le gustaba la jarana, cómo no, y hasta empinaba el codo también, pero de buenas formas y con

mucho desprecio por esos pingajos de hombres que se habían hundido en el alcohol y nunca estaban sobrios. Él volvía a casa avispado y alegre como unas pascuas.

—¿No ha venido tu galán? —le preguntaba a veces a Gervaise para meterse con ella—. Ya no se le ve el pelo, voy a tener que ir a buscarlo.

El galán era Goujet. En efecto, procuraba no ir mucho por allí, por temor a ser un estorbo y dar pie a las habladurías. Pero sí que se buscaba pretextos, llevaba la ropa sucia, pasaba veinte veces por la acera. Había en el local un rincón, al fondo, donde le gustaba pasar las horas muertas, sentado sin moverse, fumando la pipa cortita. Una noche cada diez días, después de cenar, se arriesgaba y se acomodaba allí; pero no era nada hablador, se quedaba sin descoser los labios, con los ojos fijos en Gervaise, sacándose la pipa de la boca solo para reírse de cuanto ella decía. Los sábados, cuando en el taller tocaba trabajar de noche, se demoraba allí, parecía divertirse más que si asistiera a una función. A veces, las operarias se quedaban planchando hasta las tres de la madrugada. Había una lámpara colgada del techo con un alambre; la pantalla arrojaba un amplio círculo de intensa luz, en la que las telas cobraban blandas blancuras de nieve. La aprendiza cerraba los postigos del local; pero como las noches de julio eran muy calurosas, dejaban la puerta de la calle abierta. Según avanzaba la hora, las operarias se iban aflojando la ropa, para estar más cómodas. Tenían la piel fina, totalmente dorada a la luz de la lámpara, sobre todo Gervaise, que había engordado, con esos hombros rubios, tersos como una seda, y un pliegue de bebé en la nuca; Goujet conocía tan bien ese hoyuelo que podría haberlo dibujado de memoria. Entonces lo atrapaban el calorazo de la estufa, el olor de las telas que humeaban bajo las planchas, y se iba quedando medio aturdido, con la mente más lenta y los ojos atentos a esas mujeres que se apresuraban, balanceando los brazos desnudos, echando la noche para endomingar al barrio. En torno al local, las casas vecinas se iban quedando dormidas, el hondo silencio del sueño caía despacio. Daban las doce, y luego la una, y luego las dos. Los carruajes y los transeúntes se habían ido. Ahora, en la calle desierta y oscura, solo la puerta proyectaba una banda de luz, semejante a un retal de tela amarilla desenrollado por el suelo. De tanto en tanto, sonaban unos pasos a lo lejos y se acercaba un hombre; cuando cruzaba por la banda de luz, estiraba el cuello, sorprendido por el golpeteo de las planchas que oía, llevándose consigo la visión fugaz de las operarias despechugadas en un vaho rojizo.

Goujet, viendo que a Gervaise le costaba mantener a Étienne y queriendo también salvar al chiquillo de los puntapiés en el culo de Coupeau, lo había contratado para manejar el fuelle en su fábrica de pernos. Dedicarse a hacer clavos no resultaba de por sí muy alentador, por culpa de la suciedad de la forja y el fastidio de golpear siempre los mismos trozos de hierro, pero sí era un oficio próspero, en el que se ganaban diez y doce francos al día. El muchacho, que a la sazón tenía doce años, pronto podría ejercerlo, si se le daba bien. De ese modo, Étienne se había convertido en un vínculo más entre la lavandera y el herrero. Este llevaba al niño a casa e informaba de su buena conducta. Todo el mundo le decía a Gervaise, entre risas, que Goujet estaba loquito por ella. Gervaise lo sabía de sobra y se ruborizaba como una jovencita, con una pudorosa flor que le encendía las mejillas con vivos colores de manzana. ¡Ay, ese querido muchacho, qué poco la incomodaba el pobre! Nunca le había mencionado el tema; ni un gesto procaz ni una alusión picarona. No había muchos hombres hechos de tan buena pasta. Y, aunque no quería reconocerlo, disfrutaba de una honda alegría al sentir que la querían así, como si fuera una Virgen santísima. Cuando le surgía algún problema serio, pensaba en el herrero; eso la consolaba. Cuando estaban

juntos, si se quedaban solos, no sentían apuro ninguno; se miraban sonrientes, cara a cara, sin contarse lo que sentían. Era un cariño sensato, que no pensaba en las cosas feas, porque siempre vale más mantener el sosiego, cuando puede uno apañárselas para ser feliz sin dejar de estar sosegado.

Entre tanto, Nana, a finales del verano, puso patas arriba toda la casa. Tenía seis años y todo apuntaba ya a que iba a ser de la piel del diablo. Para no tenerla el día entero por medio, su madre la llevaba todas las mañanas a una escuelita de la calle Polonceau, que regentaba la señorita Josse. Allí ataba por detrás los vestidos de sus compañeras, llenaba de cenizas la caja de rapé de la maestra, se le ocurrían cosas aún más sucias, que no se podían contar. En dos ocasiones, la señorita Josse la expulsó y volvió a admitirla para no perder los seis francos de cada mes. En cuanto salía de clase, Nana, para vengarse de que la hubieran tenido encerrada, hacía imposible la vida debajo del arco y en el patio, que era donde las planchadoras la mandaban a jugar cuando estaban hartas de aguantarla. Allí se juntaba con Pauline, la hija de los Boche, y con el hijo de la antigua maestra de Gervaise, Victor, un simplón de diez añazos al que le encantaba hacer picardías con todas las niñas pequeñas. La propia señora Fauconnier, que no se había enfadado con los Coupeau, era la que mandaba allí a su hijo. De hecho, en la casa pululaba una cantidad extraordinaria de mocosos, bandadas de niños que rodaban por las cuatro escaleras a cualquier hora del día y se abatían sobre el adoquinado, como una banda de gorriones chillones y saqueadores. Ya solo la señora Gaudron soltaba a nueve, rubios, morenos, sin peinar y llenos de mocos, con calzones hasta los ojos, medias caídas sobre los zapatos, chaquetas rajadas que dejaban al aire la piel blanca por debajo de la mugre. Otra mujer, una repartidora de pan del quinto, soltaba a otros siete. Salía una multitud de ellos de todas las habitaciones. Y en ese hormigueo de chusma de carita sonrosada, que se lavoteaba cada vez que llovía, los había altos, con cara de pillos, gordos, barrigudos como hombres, muy chiquitines, recién salidos de la cuna, aún titubeantes y tontorrones, que andaban a gatas cuando querían correr. Nana reinaba sobre ese montón de arrapiezos; actuaba como una marimandona con chicas el doble de altas que ella y solo se dignaba a cederle un poco de poder a Pauline o a Victor, los confidentes íntimos que respaldaban lo que ella decidía. La dichosa cría quería jugar a las mamás todo el rato, desnudaba a los más pequeños para volverlos a vestir, quería pasarles revista a los otros por todas partes, los sobaba, ejercía un despotismo fantasioso de adulta viciosa. Bajo sus órdenes, todo eran juegos de recibir cachetes. La banda chapaleaba en el agua de colores de la tintorería, salía de allí con las piernas teñidas de azul o de rojo hasta las rodillas; luego alzaba el vuelo hacia la cerrajería, donde birlaba clavos y limaduras, y se marchaba de nuevo para caer de lleno entre las virutas del ebanista, montones de virutas enormes, divertidas a más no poder, en las que todos se revolcaban con el culo al aire. El patio les pertenecía, resonaba con el alboroto de los zapatitos lanzándose en tropel, el grito penetrante de las voces que crecía cada vez que la banda volvía a alzar el vuelo. Algunos días, incluso, el patio no bastaba. Entonces la banda se abalanzaba dentro de los sótanos, volvía a subir, trepaba por una escalera, enfilaba un corredor, bajaba de nuevo, se metía por otra escalera, seguía otro corredor, y todo ello sin cansarse, durante horas, sin dejar de berrear, sacudiendo la gigantesca casa con su galope de alimañas sueltas hasta el último recoveco.

—¡Las sabandijas esas son una vergüenza! —gritaba la señora Boche—. Pero qué aburrida tiene que estar la gente para hacer tantos hijos... ¡Y luego se quejan de que no tienen pan!

Boche decía que los niños crecían en la miseria como las setas en el estiércol. La portera se

pasaba el día dando voces, amenazándolos con la escoba. Acabó cerrando la puerta de los sótanos porque se enteró por Pauline, que se llevó un par de capones, que a Nana se le había ocurrido jugar a los médicos allí abajo, en la oscuridad; la muy viciosa les daba a los demás jarabe de palo.

Hasta que una tarde se produjo una escena espantosa. En realidad, se veía venir. Nana se había inventado un jueguecito muy divertido. De delante de la portería, robó un zueco de la señora Boche. Lo ató con un cordel y se puso a arrastrarlo, como si fuera un carruaje. A Victor, por su parte, se le ocurrió llenar el zueco de mondas de patata. Entonces se organizó un cortejo. Nana iba en cabeza, tirando del zueco. Pauline y Victor caminaban junto a ella, a derecha e izquierda. Y detrás, la caterva de críos los seguía ordenadamente, primero los mayores y luego los pequeños, empujándose; un nene con faldones, que no levantaba un palmo del suelo, con una chichonera destripada encima de la oreja, iba el último. Y el cortejo iba cantando algo triste, plagado de «ohes» y «ayes». Nana había dicho que iban a jugar a los entierros; las mondas de patata eran el muerto. Cuando completaron la vuelta al patio, empezaron otra. Se lo estaban pasando la mar de bien.

—¿Qué demonios están haciendo? —murmuró la señora Boche, que salió de la portería para mirar, siempre desconfiada y alerta. Cuando lo comprendió, gritó furiosa—: Pero ¡ese zueco es mío! ¡Ah, los muy bribones!

Soltó cachetes a diestro y siniestro, a Nana la abofeteó en ambas mejillas, le arreó un puntapié a Pauline, esa pava que dejaba que le cogieran el zueco a su madre. Precisamente, Gervaise estaba llenando un cubo en la fuente. Cuando vio a Nana con la nariz ensangrentada y ahogándose en sollozos, a punto estuvo de agarrar a la portera del moño. ¿Le parecía normal sacudir a una niña como una alfombra? Había que tener el corazón de piedra, ser lo peor de lo peor. Por supuesto, la señora Boche le replicó. Cuando se criaba a semejante pingo de hija, había que tenerla bajo llave. Al final, Boche en persona le dijo a voces a su mujer que se metiera en casa y no gastara saliva con gentuza. Fue una riña en toda regla.

Lo cierto es que hacía un mes que el trato entre los Boche y los Coupeau se había deteriorado mucho. Gervaise, que era dadivosa por naturaleza, siempre se estaba descolgando con botellas de vino, tazas de caldo, naranjas, porciones de tarta. Una noche, llevó a la portería un resto de escarola con remolacha, sabedora de que la portera habría hecho lo que fuera por la ensalada. Pero al día siguiente, se le cayó el alma a los pies al oír contar a la señorita Remanjou cómo la señora Boche había tirado la escarola delante de testigos, con cara de asco, so pretexto de que ¡a Dios gracias! todavía no estaba tan mal como para tener que comer donde habían estado hozando otros. Y desde ese momento, Gervaise cortó por lo sano los regalos: ni botellas de vino, ni tazas de caldo, ni naranjas, ni porciones de tarta, ni nada de nada. ¡Los Boche se quedaron con tres palmos de narices! Se sintieron como si los Coupeau les estuvieran robando. Gervaise sabía que tenía parte de culpa, porque, a ver, si ella no hubiera hecho la tontería de atiborrarlos, ellos no se habrían malacostumbrado y seguirían siendo amables. Ahora, la portera se dedicaba a despellejarla. Para el arrendamiento de octubre, le contó infinidad de chismes al casero, el señor Marescot, sobre que a la lavandera se le iba toda la guita en comilonas y se había retrasado un día con el alquiler, hasta tal punto que el señor Marescot, otro igual de maleducado, se plantó en el local, con el sombrero puesto, para exigir su dinero, que recibió sobre la marcha, por cierto. Naturalmente, los Boche le tendieron la mano a los Lorilleux. Las cuchipandas en la portería ahora eran con los Lorilleux, entre las muestras de ternura de la reconciliación. Nunca se habrían

peleado de no ser por la Coxcox esa, la muy cizañera. Huy, ahora los Boche ya sabían cómo era, entendían lo mal que debían de haberlo pasado los Lorilleux. Y cuando Gervaise cruzaba por debajo del arco, todos hacían como que se burlaban.

Así y todo, Gervaise subió un día a casa de los Lorilleux. Fue por mamá Coupeau, que tenía a la sazón sesenta y siete años. Los ojos se le habían echado del todo a perder. Las piernas tampoco las tenía mucho mejor. Acababa de dejar a la fuerza la última casa donde limpiaba y amenazaba con morirse de hambre si no la socorría nadie. A Gervaise le parecía una vergüenza que una mujer de esa edad, con tres hijos, estuviera así de desamparada. Y como Coupeau se negaba a hablar con los Lorilleux y le decía a Gervaise que, si era para tanto, subiera ella, esta así lo hizo, en un arrebato, de lo indignada que estaba.

Una vez arriba, entró sin llamar, como un vendaval. No había cambiado nada desde la noche en que los Lorilleux, por primera vez, la recibieran con tan pocas ganas. El mismo jirón de lana desteñida separaba la habitación del taller, una vivienda tan larga y estrecha que parecía construida para una anguila. Al fondo, Lorilleux, inclinado sobre el banco de trabajo, pellizcaba uno a uno los eslabones de un tramo de serpiente, mientras la señora Lorilleux tiraba de un hilo de oro con la hilera, de pie delante de la mordaza. La forja pequeñita, a la luz del día, tenía un reflejo rosa.

—¡Sí, soy yo! —dijo Gervaise—. ¿Les sorprende porque estamos de uñas? Pero no vengo ni por mí ni por ustedes, como ya se imaginarán... Vengo por mamá Coupeau. Sí, vengo a ver si vamos a dejar que sean los demás los que le den un trozo de pan por caridad.

—¡Vaya una forma de presentarse! —murmuró la señora Lorilleux—. Qué descaro hay que tener...

Le dio la espalda y siguió tirando del hilo de oro, haciendo como que no sabía que su cuñada estaba allí. Pero Lorilleux alzó la cara paliducha:

—¿Qué está diciendo? —gritó. Como lo había oído perfectamente, prosiguió—: Ya estamos con los comadreos, ¿verdad? ¡Qué atenta, mamá Coupeau, yendo por ahí a llorar sus miserias!... Y eso que antes de ayer vino a comer aquí. Nosotros hacemos lo que podemos. No es que nos sobre el dinero... Pero si resulta que luego se va de cháchara a casa de los demás, que se quede allí, porque a nosotros no nos gustan los espías.

Retomó el tramo de cadena y se volvió de espaldas a su vez, añadiendo, como a su pesar:

—Cuando todo el mundo ponga cinco francos al mes, nosotros pondremos cinco francos al mes.

Gervaise se había calmado, la cara de perro de los Lorilleux le había enfriado los ánimos. Siempre que había ido a su casa se había sentido a disgusto. Con la mirada baja, fija en los rombos de la rejilla de madera donde caían los restos de oro, ahora se explicaba con tono sensato. Mamá Coupeau tenía tres hijos; si cada uno ponía cinco francos, no sumarían sino quince francos y, para ser sincera, no bastaba, no se podía vivir con eso; había que triplicar esa suma, por lo menos. Pero Lorilleux ponía el grito en el cielo. ¿Dónde quería que robase quince francos al mes? Qué gracia tenía la gente, se pensaba que era rico porque tenía oro en casa. Luego arremetía contra mamá Coupeau: no quería prescindir de su café de por la mañana, bebía licor, tenía las mismas exigencias que una persona con dinero. ¡Carape, a todo el mundo le gustaba darse caprichos! Pero cuando una no había sabido ahorrar ni un céntimo, ¿verdad?, tenía que apretarse el cinturón como cualquier hijo de vecino. Eso sin contar con que mamá Coupeau aún no tenía edad para

dejar de trabajar; bien que veía, cuando se trataba de pinchar un buen pedazo en el fondo de la fuente; o sea, que era una vieja lagarta que aspiraba a darse la gran vida. Aunque Lorilleux hubiera tenido posibles, le hubiese parecido feo mantener a alguien en la ociosidad.

Aun así, Gervaise seguía con su tono conciliador, rebatía con calma esos malos argumentos. Procuraba ablandar a los Lorilleux. Pero el marido, al final, dejó de contestarle. La mujer estaba ahora delante de la forja, limpiando un tramo de cadena en la cazuelita de cobre de mango largo llena de agua segunda. Seguía dándole la espalda ostensiblemente, como si estuviera a cien leguas. Y Gervaise continuaba hablando, mirando cómo se aferraban al trabajo, en medio del polvo negro del taller, con el cuerpo retorcido, la ropa remendada y grasienta, con la dureza embrutecida de herramientas viejas que se les había puesto de tanto desempeñar esa limitada tarea de máquina. Hasta que, de golpe, le entró otro arrebato de ira y gritó:

—¡Pues mejor, lo prefiero así, quédense con su dinero!... Mamá Coupeau se viene conmigo, ¿se enteran? El otro día recogí un gato, bien puedo recoger también a su madre. ¡Y no le faltará de nada, tendrá su café y su licor!... ¡Dios mío, qué asco de familia!

Según lo decía, la señora Lorilleux se dio la vuelta. Blandía la cazuela como si fuera a tirarle a su cuñada el agua segunda a la cara. Farfullaba:

—¡Largo de aquí o no respondo!... ¡Y no cuente con los cinco francos porque no voy a poner ni un mendrugo! ¡No, ni un mendrugo!... ¡Vamos, hombre, cinco francos! Tendría a mamá de criada y mientras, usted, ¡viviendo a cuerpo de reina con mis cinco francos! Si se muda con usted, dígale que no le voy a mandar ni un vaso de agua, así se esté muriendo... Y ahora, ¡aire! ¡A la calle!

—¡Menuda tarasca! —dijo Gervaise dando un portazo al marcharse.

Al día siguiente, sin más tardar, acogió a mamá Coupeau en su casa. La puso a dormir en la misma recámara que Nana, donde la luz entraba a través de un tragaluz redondo, cerca del techo. La mudanza no se alargó mucho porque mamá Coupeau no tenía más muebles que esa cama, un armario viejo de nogal que colocaron en el cuarto de la ropa sucia, una mesa y dos sillas; vendieron la mesa y pusieron enea nueva en las sillas. Y la anciana, esa misma noche, ya estaba pasando la escoba y fregando los cacharros, tan feliz de haber salido del apuro. A los Lorilleux se los llevaban los demonios de rabia, y más aún por que la señora Lerat había vuelto a ponerse de parte de los Coupeau. Un buen día, las dos hermanas, la florista y la engarzadora, acabaron zurrándose por culpa de Gervaise; la primera se había atrevido a aprobar la conducta de esta para con su madre; luego, solo por chinchar, al ver a la otra exasperada, había llegado a decir que la lavandera tenía unos ojos preciosos, unos ojos en los que se podría prender un trozo de papel; a partir de ahí, las dos, después de darse de tortas, juraron que no volverían a verse. Ahora la señora Lerat pasaba la velada en el local, divirtiéndose en su fuero interno con las guarrerías de la grandullona de Clémence.

Pasaron tres años. Hubo ocasión de enfadarse y reconciliarse unas cuantas veces más. A Gervaise le importaban bien poco los Lorilleux, los Boche y todos aquellos que no comulgaban con ella. Si no estaban a gusto, pues que se fueran a paseo, ¿no? Ganaba tanto como quería, eso era lo esencial. En el barrio, habían acabado teniéndola en mucha estima porque, en suma, no abundaban las parroquianas tan buenas como ella, que pagasen al contado, sin hacer mañas ni quejarse por todo. Le compraba el pan a la señora Coudeloup, en la calle de Les Poissonniers; la carne, a Charles el gordo, un carnicero de la calle Polonceau; los artículos de ultramarinos a

Lehongre, en la calle de La Goutte-d'Or, casi en frente del local de François, el vinatero de la esquina, que le llevaba el vino en cestos de cincuenta botellas. Su vecino Vigouroux, cuya mujer debía de tener las caderas azules de los pellizcos que le daban los hombres, le vendía el cok al precio de la compañía del gas. Y no era un secreto que sus proveedores la servían concienzudamente, a sabiendas de que con ella había mucho que ganar siendo amable. De tal forma que, cuando salía por el barrio, en zapatillas y sin arreglar, la saludaban desde todas partes; estaba como en su propia casa, las calles vecinas eran como dependencias naturales de su domicilio, que daban directo a la calle. Ahora sucedía a veces que se demoraba al hacer algún recado, feliz de estar fuera, rodeada de conocidos. Los días que no había tenido tiempo de poner algo al fuego, iba a buscar raciones, pegaba la hebra con el fondista, que ocupaba el local que había al otro lado de la casa, un amplio comedor con cristaleras polvorientas a través de cuya suciedad se atisbaba la luz opaca del patio al fondo. O bien, se paraba y se quedaba de cháchara, con las manos cargadas de platos y cuencos, delante de alguna ventana de la planta baja, alcanzando a ver la casa de un zapatero remendón, con la cama sin hacer y el suelo empantanado de harapos, dos cunas cojas y el lebrillo de la pez lleno de agua negra. Pero el vecino al que más respetaba seguía siendo el relojero de enfrente, el señor con levita, de aspecto pulcro, siempre hurgando en los relojes con esas herramientas tan monas; y a menudo Gervaise cruzaba la calle para saludarlo, riéndose de gusto al mirar, en el local angosto como un armario, la alegría de los relojitos de cuco cuyos péndulos se apresuraban, marcando la hora a contratiempo, todos a la vez.

VI

Una tarde de otoño, Gervaise, que acababa de llevar la ropa a casa de una parroquiana de la calle de Les Portes-Blanches, se encontró al pie de la calle de Les Poissonniers cuando el día empezaba a declinar. Había llovido por la mañana, hacía muy bueno, había un olor a pavimento embarrado, y la lavandera, con el estorbo de la gran cesta, notaba cierto ahogo, andaba más despacio, con el cuerpo flojo, calle arriba, con la imprecisa preocupación de un deseo sensual que la lasitud incrementaba. De buena gana habría comido algo rico. Entonces, al alzar la vista, vio la placa de la calle de Marcadet y se le ocurrió ir a ver a Goujet a su fragua. Él le había dicho veinte veces que se llegara hasta allí algún día que le entrara curiosidad por saber cómo se trabajaba el hierro. Por lo demás, delante de los otros operarios podía preguntar por Étienne, para que pareciera que se había decidido a entrar solo por el niño.

La fábrica de pernos y roblones debía de caer por allí, en ese tramo de la calle de Marcadet, aunque Gervaise no sabía exactamente dónde, y menos aún porque a menudo faltaban los números a lo largo de los caserones que alternaban con descampados. Era una calle en la que no habría vivido ni por todo el oro del mundo, una calle ancha, sucia, negra por la carbonilla de las manufacturas cercanas, con adoquines hundidos y baches encharcados en los que se pudría el agua. A ambos lados había una sucesión de almacenes, amplios talleres acristalados, edificios grises, como a medio hacer, con el ladrillo y la armadura al aire, una desbandada de construcciones endebles, entre las que, de trecho en trecho, se asomaba el campo, flanqueadas de pensiones de mala muerte y figonzuchos. Gervaise solo se acordaba de que la fábrica estaba cerca de un almacén de trapos y hierro viejo, como una cloaca abierta a ras de suelo donde dormían cientos de miles de francos en mercancía, a decir de Goujet. Y trataba de orientarse en el estruendo de las fábricas; en los tejados, unos tubos estrechos expulsaban violentos chorros de vapor; de un aserradero mecánico salían chirridos regulares, semejantes al repentino desgarro de un retal de calicó; las manufacturas de botones sacudían el suelo con la trepidación y el tictac de las máquinas. Cuando estaba mirando hacia Montmartre, indecisa, sin saber si debía adentrarse más, una ráfaga de viento empujó hacia abajo el hollín de una elevada chimenea y atufó la calle; mientras estaba con los ojos cerrados, asfixiada, oyó un martilleo rítmico: se hallaba, sin saberlo, justo delante de la fábrica, que pudo reconocer gracias al hueco lleno de trapos que había al lado.

Sin embargo, de nuevo titubeó, sin saber por dónde entrar. Una empalizada rota abría un pasaje que parecía internarse entre los escombros de unas obras de demolición. Una especie de charca enlodada interrumpía el paso con un par de tablas puestas por encima para poder cruzarla. Acabó aventurándose por encima de las tablas, giró a la izquierda, se encontró perdida en un extraño bosque de carretas viejas con las lanzas hacia arriba, caserones en ruinas cuyos armazones de vigas seguían en pie. Al fondo, taladrando la oscuridad que un resto de luz diurna ensuciaba, brillaba un fuego rojo. El ruido de los martillos había cesado. Gervaise avanzaba

prudentemente hacia el resplandor cuando un operario pasó por su lado, con el rostro negro de carbón y enmarañado por una barba de chivo, mirándola de soslayo con ojos pálidos.

—Señor, aquí trabaja un niño que se llama Étienne, ¿verdad? Es mi hijo.

—Étienne, Étienne —repetía el operario, que se balanceaba, con voz ronca—; no, no conozco a ningún Étienne.

Por la boca abierta exhalaba ese olor a alcohol de los viejos toneles de aguardiente cuando se les quita el bitoque. Como aquel encuentro con una mujer en ese rincón oscuro estaba empezando a encandilarlo, Gervaise retrocedió, murmurando:

—Pero ¿es aquí donde trabaja el señor Goujet?

—¡Ah, Goujet sí! —dijo el operario—. A Goujet lo conozco... Si viene a ver a Goujet... Vaya al fondo. —Y, dándose la vuelta, gritó con una voz que sonaba a cobre rajado—: ¡Oye, Gueule-d'Or, una señora pregunta por ti!

Pero un estruendo metálico ahogó el grito. Gervaise caminó hacia el fondo. Llegó a una puerta, asomó la cabeza. Era una sala amplia donde, al principio, no vio nada. La forja, como muerta, brillaba en un rincón con pálida claridad de estrella, ahondando aún más las tinieblas. Flotaban extensas sombras. Y, de tanto en tanto, pasaban moles oscuras delante del fuego, tapando esa última mancha de luz, hombres agrandados desmesuradamente cuyos voluminosos miembros se intuían. Gervaise, sin atreverse a entrar, llamaba desde la puerta, a media voz:

—Señor Goujet, señor Goujet...

De repente, todo se iluminó. Al soplar el fuelle, había surgido una llamarada blanca. El recinto apareció, cerrado mediante tabiques de tablas, con vanos abiertos muy toscamente y las esquinas reforzadas con paredes de ladrillo. El polvo que se desprendía del carbón impregnaba aquella nave de un hollín gris. De las vigas colgaban telarañas como andrajos puestos a secar allí arriba, cargados de la porquería acumulada durante años. En torno a las paredes, en estantes colgados de clavos o tirados en los rincones oscuros, un revoltijo de hierros viejos, utensilios abollados, herramientas enormes que habían dejado por ahí, dibujaban siluetas angulosas, apagadas y duras. Y la llamarada blanca seguía subiendo, resplandeciente, iluminando como un rayo de sol el suelo de tierra batida donde el acero pulido de cuatro yunques hundidos en sendos cepos, cobraba un reflejo de plata recamado de oro.

Entonces Gervaise reconoció a Goujet, delante de la forja, por su hermosa barba amarilla. Étienne tiraba del fuelle. Había otros dos operarios. Ella solo vio a Goujet, fue hacia él, se le puso delante.

—¡Anda! ¡Señora Gervaise! —exclamó él con expresión regocijada—. ¡Qué agradable sorpresa!

Pero como sus compañeros ponían cara rara, prosiguió, empujando a Étienne hacia su madre:

—Viene a ver al chico... Es muy formal, empieza a tener buena mano.

—¡Qué bien! —dijo ella—. No es nada fácil llegar hasta aquí... Me sentía como en el fin del mundo...

Contó el trayecto que había hecho. Luego preguntó por qué en el taller no sabían quién era Étienne. Goujet se reía: le explicó que todo el mundo llamaba al chico Zuzú, porque lleva el pelo rapado, igual que los zuavos. Mientras charlaban, Étienne había dejado de tirar del fuelle, y la llama de la forja bajaba, un resplandor rosa se iba apagando en medio del recinto que volvía a

estar a oscuras. El herrero, conmovido, miraba a la joven, tan lozana con aquella luz. Como ambos habían dejado de hablar, sumidos en las tinieblas, pareció acordarse de algo y rompió el silencio:

—Si no le importa, señora Gervaise, tengo que terminar una cosa. Pero se puede quedar aquí, ¿eh? No es molestia para nadie.

Gervaise se quedó. Étienne se había vuelto a colgar del fuelle. La forja ardía despidiendo chispas; más aún porque el chico, para mostrarle a su madre su buena mano, desencadenaba un tremendo resuello de huracán. Goujet, de pie, pendiente de una barra de hierro que se estaba calentando, esperaba, con las tenazas en la mano. La intensa claridad lo iluminaba violentamente, sin una sombra. La camisa, arremangada y con el cuello abierto, le dejaba los brazos y el pecho al aire, una piel sonrosada de muchacha sobre la que se ensortijaba el vello rubio; con la cabeza algo gacha entre los hombros recios de abultados músculos, el rostro atento, los ojos claros clavados en la llama, sin un parpadeo, parecía un coloso calmo, de fuerza sosegada. Cuando la barra se puso al rojo blanco, la agarró con las tenazas y la cortó con el martillo encima de un yunque en trozos regulares, como quien rompe trozos de vidrio, a golpecitos. Luego volvió a poner los trozos al fuego, de donde los fue cogiendo uno a uno para darles forma. Estaba forjando un roblón de seis lados. Colocaba los trozos en una clavera, aplastaba el extremo que formaba la cabeza, alisaba las seis caras y arrojaba los roblones acabados, aún al rojo, cuya viva mancha se apagaba en el suelo negro; y todo ello con un martilleo continuo, balanceando en la mano derecha un martillo de cinco libras, rematando un detalle con cada golpe, girando y trabajando el hierro con una habilidad tal que podía seguir hablando y mirando a los demás. El yunque tenía un sonido argentino. Él, sin sudar ni una gota, muy a sus anchas, golpeaba con expresión afable, como si no estuviera haciendo mayor esfuerzo que en su casa cuando recortaba imágenes por las noches.

—¡Huy! Este es un roblón pequeñito, de veinte milímetros —decía para contestar a las preguntas de Gervaise—. Se puede llegar a los trescientos al día... Pero hay que tener costumbre, porque el brazo se oxida enseguida...

Cuando ella le preguntó si, al final de la jornada, no tenía la muñeca entumecida, se rio con ganas. ¿Lo había tomado por una señorita? Su muñeca estaba curada de espantos desde hacía quince años. Se había vuelto de hierro de tanto rozarse con las herramientas. Aunque a Gervaise no le faltaba razón: si un señorito que nunca hubiera forjado ni un roblón ni un perno se pusiera a jugar con su martillo de cinco libras, ¡menudas agujetas tendría al cabo de un par de horas! Como quien no quiere la cosa, ese martillo solía desgastar en pocos años a mocetones fornidos. Entre tanto, los demás operarios también golpeaban, todos a la vez. Sus enormes sombras bailaban delante de la luz, los relámpagos rojos del hierro al salir de las brasas cruzaban los fondos negros, las salpicaduras de chispas saltaban debajo de los martillos, resplandecían como soles a ras de los yunques. Gervaise se sentía atrapada en el ajetreo de la fragua, contenta, sin marcharse. Estaba acercándose a Étienne, dando un amplio rodeo para no arriesgarse a que se le quemaran las manos, cuando vio entrar al operario sucio y barbudo al que había preguntado en el patio.

—¿Así que lo ha encontrado, señora? —dijo con su tono de borracho jovial—. ¿Sabes, Gueule-d'Or?, soy yo quien le ha dicho a la señora dónde estabas...

Se llamaba Bec-Salé,[29] alias Boit-sans-Soif,[30] compadre entre los compadres, hacedor de pernos cosa fina, que cada día regaba el hierro con una botella de aguardiente barato. Había ido a tomar un trago, porque se notaba poco engrasado para aguantar hasta las seis. Cuando se enteró

de que Zuzú se llamaba Étienne le pareció de lo más chusco, y se reía enseñando los dientes negros. Entonces cayó en quién era Gervaise. El día anterior, sin ir más lejos, se había tomado una copa con Coupeau. Si le preguntaban a su marido por Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif, diría sin pensárselo: ¡menudo elemento! ¡Ay, el muy animal de Coupeau! Era un buenazo, pagaba más rondas de las que le correspondían.

—Me alegro de saber que es usted su mujer —repetía—, se merece tener una mujer guapa. ¿A que sí, Gueule-d'Or, a que la señora es bien guapa?

Se ponía galante, se arrimaba a la lavandera, que volvió a coger la cesta y se la puso delante para mantenerlo a distancia. Goujet, contrariado, dándose cuenta de que el compañero bromeaba porque sabía del afecto que sentía por Gervaise, le gritó:

—¡Oye, pedazo de gandul! Y los cuarenta milímetros, ¿para cuándo? ¿Ya te sientes con fuerzas, ahora que tienes el buche lleno, so borrachín?

Hacía referencia a un encargo de pernos gruesos que requerían a dos hombres golpeando el yunque.

—¡Para ya mismo, si quieres, chicarrón! —respondió Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif—. ¡Todavía se chupa el pulgar y ya se las da de hombre! ¡Por muy grande que seas, me he merendado a otros como tú!

—Pues lo dicho, ya mismo. ¡Ven aquí y nos veremos las caras!

—¡Aquí me tienes, listillo!

Se desafiaban, picados por la presencia de Gervaise. Goujet puso al fuego los pedazos de hierro que había cortado previamente; luego, fijó en el yunque una clavera de gran calibre. El compañero había cogido dos mazas de veinte libras que estaban apoyadas contra la pared, las dos hermanas mayores del taller, a las que los operarios llamaban Fifine y Dédèle.[31] Y seguía fanfarroneando, hablaba de una docena de roblones que había forjado para el faro de Dunkerque, unas joyas, dignos de ponerlos en un museo de lo refitoleros que habían quedado. ¡Pues claro que no tenía miedo a la competencia, maldita sea! Para encontrar a un fulano como él habría que rebuscar por todos los talleres de la capital. Tendría gracia y pasaría lo que tuviera que pasar.

—Que lo juzgue la señora —dijo volviéndose hacia la joven.

—¡Basta de cháchara! —gritó Goujet—. Zuzú, ¡dale fuerte! Esto no arde, hijo.

Pero Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif, aún preguntó:

—Entonces, ¿martillamos juntos?

—¡Ni hablar! ¡Cada cual su perno, amiguito!

La propuesta cayó como un jarro de agua fría, y el compañero, a pesar de su mucho desparpajo, no supo ni qué decir. Que un solo hombre formase pernos de cuarenta milímetros era lo nunca visto; tanto más cuanto que los pernos tenían que ser de cabeza redonda, un trabajo peliagudo que constituía una auténtica obra maestra. Los otros tres operarios del taller dejaron lo que estaban haciendo para ir a mirar; uno alto y flaco apostaba una botella a que Goujet perdería. Entre tanto, los dos herreros cogieron cada uno una maza, con los ojos cerrados, porque Fifine pesaba media libra más que Dédèle. Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif, tuvo la suerte de dar con Dédèle; a Gueule-d'Or le tocó Fifine. Y, en lo que el hierro tardaba en ponerse al rojo blanco, el primero, que había vuelto a envalentonarse, se dedicó a posar delante del yunque, echándole miradas tiernas a la lavandera; se cuadraba, se daba impulso con el pie, como un caballero que va a batirse, esbozaba ya el gesto de balancear a Dédèle por los aires. ¡Rediós, qué bien se le daba

aquello! ¡Podría dejar la columna Vendôme como una oblea!

—¡Venga, tú primero! —dijo Goujet colocando personalmente en la clavera uno de los pedazos de hierro, tan grueso como la muñeca de una muchacha.

Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif, se dobló hacia atrás y lanzó a Dédèle al vuelo, con ambas manos. Bajito, enjuto, con barba de chivo y ojos de lobo, relucientes bajo la pelambrera enmarañada, se quebraba con cada martillazo, saltaba por los aires como si lo arrastrara su propio impulso. Era sañudo, se peleaba con el hierro, irritado de que le resultase tan duro; llegaba incluso a soltar un gruñido cuando creía haberle arreado un buen bofetón. Quizás el aguardiente les reblandeciera el brazo a los demás, pero él necesitaba aguardiente en las venas en vez de sangre; el trago que se acababa de tomar le calentaba el esqueleto como una caldera de vapor. Tanto que, esa noche, el hierro le tenía miedo; lo aplastaba dejándolo más blando que el tabaco de mascar. ¡Y Dédèle bailaba que daba gusto verla! Hacía una cabriola, batiendo los pies en el aire, como una de esas casquivanas del Élysée-Montmartre que enseñan las enaguas; porque se trataba de no remolonear, el hierro es tan canalla que se enfría enseguida, solo para pitorrearse del martillo. En treinta golpes, Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif, había modelado la cabeza del perno. Pero resoplaba, con los ojos fuera de las órbitas, presa de una ira furiosa al oír cómo le crujían los brazos. Entonces, desatado, bailando y berreando, golpeó dos veces más, solo para vengarse de lo mucho que le costaba. Cuando lo sacó de la clavera, el perno, deformado, tenía la cabeza mal puesta, como un jorobado.

—¿Eh? ¿A que me ha quedado hecho un primor? —dijo, pese a todo, con ese aplomo suyo, enseñándole el trabajo a Gervaise.

—Yo es que no entiendo de estas cosas, señor —contestó la lavandera con tono recatado.

Pero veía claramente, en el perno, los dos últimos taconazos de Dédèle, y se alegraba sobremanera, se mordía los labios para no reírse, porque ahora Goujet tenía todas las de ganar.

Era el turno de Guele-d'Or. Antes de empezar, le dedicó a la lavandera una mirada rebosante de confiada ternura. Luego, sin apresurarse, con la debida distancia, lanzó el martillo desde lo alto, con voleos amplios y regulares. Tenía una técnica clásica, correcta, equilibrada y flexible. Fifine, entre sus manos, no danzaba el *chahut*[32] en un baile de candil, echando las patas hacia arriba por encima de las faldas; se alzaba, volvía a caer rítmicamente, como una noble dama, muy formal, que dirigiera un minué antiguo. Los tacones de Fifine marcaban el compás con mucha seriedad y se hundían en el hierro al rojo, encima de la cabeza del perno, con una ciencia meditada, aplastando el metal primero por el centro para luego modelarlo con una serie de golpes de rítmica precisión. Por supuesto, lo que Guele-d'Or tenía en las venas no era aguardiente, sino sangre, sangre pura que latía enérgicamente incluso en su martillo, marcando la cadencia de la tarea. ¡Qué hombre tan magnífico, manos a la obra, era aquel mocetón! La intensa llamarada de la forja le daba de lleno. El pelo corto, que se rizaba sobre la frente estrecha, así como la hermosa barba amarilla, que caía en bucles, se encendían, le iluminaban por completo el rostro con sus hebras doradas, un auténtico rostro de oro, sin exagerar. A lo que se sumaba el cuello, semejante a una columna y blanco como el de un niño; o el amplio pecho, tanto como para que se tumbara una mujer a lo ancho; o los hombros y los brazos, esculpidos como si hubieran copiado los de un gigante en un museo. Cuando cogía impulso, se veía cómo se le abultaban los músculos, montañas de carne que se contraían y se endurecían por debajo de la piel; los hombros, el pecho y el cuello se henchían; irradiaba luz en derredor, se volvía hermoso, omnipotente, como un dios

bueno. Ya había dejado caer a Fifine veinte veces, con los ojos clavados en el hierro, respirando a cada golpe, con tan solo sendas gotas de sudor corriéndole por las sienes. Iba contando: veintiuno, veintidós, veintitrés. Fifine seguía haciendo tranquilamente sus reverencias de gran dama.

—¡Menudo fachendoso! —murmuró con una mueca Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif.

Gervaise, en frente de Gueule-d'Or, miraba con enternecida sonrisa. ¡Dios mío, pero qué bobos eran los hombres! ¡Como esos dos, que se dedicaban a aporrear los pernos para seducirla!

¡Huy, se percataba de sobra de que se la estaban disputando a martillazos, eran como dos gallos, grandes y rojos, presumiendo delante de una gallinita blanca! ¡Hay que ver, qué ocurrencias! Y es que el corazón, a veces, se declara de formas extrañas. Sí, ese estruendo de Dédèle y Fifine sobre el yunque era por ella; todo ese hierro aplastado era por ella; esa forja trepidante, que ardía como un incendio y se llenaba con el vivo centelleo de las chispas, era por ella. Le estaban forjando un amor, se peleaban por ella y ganaba el que mejor forjase; porque no en vano a las mujeres les gustan los cumplidos. Los martillazos de Gueule-d'Or, sobre todo, le llegaban al corazón; tocaban en él, como en el yunque, una música cristalina que acompañaba el intenso latir de su sangre. Parecía una bobada, pero Gervaise notaba que le clavaba algo ahí, algo sólido, un poco de hierro del perno. Al ponerse el sol, antes de entrar, había notado, yendo por las aceras húmedas, un deseo impreciso, la necesidad de comer algo sabroso; ahora ya estaba satisfecha, como si los martillazos de Gueule-d'Or la hubiesen alimentado. ¡Huy, estaba segurísima de que el vencedor sería él! Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif, era demasiado feo, con esos pantalones de trabajo y ese blusoncillo tan sucios, brincando por los aires con cara de mono a la fuga. Y esperaba, muy encarnada por el calor, pero contenta, disfrutando de que los últimos voleos de Fifine la sacudieran de pies a cabeza.

Goujet seguía contando.

—¡Y veintiocho! —gritó por fin, dejando el martillo en el suelo—. Está terminado, podéis comprobarlo.

La cabeza del perno estaba pulida, limpia, sin una rebaba, una auténtica obra de joyería, redonda como una canica hecha con molde. Los operarios la miraron asintiendo con la barbilla; no había nada que objetar, era como para postrarse de rodillas ante ella. Claro está que Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif, hizo amago de bromear, pero farfulló y acabó volviendo a su yunque, con la nariz fruncida. Entre tanto, Gervaise se había pegado a Goujet, como para ver mejor. Étienne había soltado el fuelle y de nuevo la fragua se llenaba de sombras, un ocaso de astro rojo que de golpe se tornaba en noche cerrada. Y para el herrero y la lavandera era una grata sensación notar cómo los iba arropando esa oscuridad, en ese recinto negro de hollín y de limaduras del que subían olores a hierro viejo; y no habrían pensado que estaban tan solos ni en el bosque de Vincennes, de haberse citado al fondo de una herbosa hondonada. Él la cogió de la mano como si la hubiera conquistado.

Luego, en la calle, no cruzaron ni una palabra. A Goujet no se le ocurrió nada; solo dijo que Étienne podría haberse marchado con ella si no tuviera que trabajar aún media hora más. Gervaise por fin se iba cuando él la llamó, en un intento de retenerla unos minutos más.

—Venga, mujer, no lo ha visto todo... No, en serio, es muy curioso.

La condujo, a mano derecha, a otro recinto donde su patrón estaba instalando una fabricación mecánica completa. En el umbral, Gervaise titubeó, presa de un miedo instintivo. La amplia sala temblaba por las sacudidas de las máquinas; allí flotaban extensas sombras,

salpicadas de fuegos rojos. Pero él la tranquilizó con una sonrisa y le juró que no había nada que temer; solo debía procurar no arrastrar la falda demasiado cerca de los engranajes. Él echó a andar delante y ella lo siguió, en ese jaleo ensordecedor en el que toda clase de ruidos silbaban y roncaban, entre humos que poblaban seres difusos, hombres negros atareados, máquinas que agitaban los brazos, a los que Gervaise no sabía diferenciar entre sí. Las zonas de paso eran muy estrechas, había que sortear obstáculos, evitar agujeros, hacerse a un lado para no recibir un empujón. No se oía ni lo que decía uno mismo. Gervaise seguía sin ver nada, todo estaba en danza. Hasta que, al notar por encima de su cabeza como el roce de unas grandes alas, alzó la vista y se quedó mirando las correas, las largas cintas que tendían en el techo una telaraña gigantesca, todos y cada uno de cuyos hilos se devanaba interminablemente; el motor de vapor se ocultaba en un rincón, detrás de un murete de ladrillo; se hubiera dicho que las correas circulaban solas, traían el traqueteo desde lo hondo de la oscuridad, con ese deslizamiento continuo, regular, suave como el vuelo de un ave nocturna. Pero a punto estuvo de caerse, al chocar contra uno de los tubos del ventilador, que se ramificaba por el suelo de tierra batida, distribuyendo su soplo de aire rancio entre las forjas pequeñitas que había junto a las máquinas. Eso fue lo primero que Goujet le enseñó; soltó el aire sobre un fogón: amplias llamas se desplegaron por los cuatro costados en forma de abanico, una gorguera calada, resplandeciente, apenas teñida con un toque de laca; la luz era tan viva que las lamparillas de los operarios parecían gotas de sombra a la luz del sol. A continuación, Goujet alzó la voz para explicarle las cosas, pasó a las máquinas: las cizallas mecánicas que se comían las barras de hierro, cortando un pedazo con cada dentellada, escupiendo los trozos por detrás, uno a uno; las máquinas de hacer pernos y roblones, altas, complicadas, que forjaban las cabezas presionando una sola vez con su potente tornillo; las desbarbadoras, con volante de hierro colado, una bola de hierro colado que azotaba el aire furiosamente cada vez que le quitaba las rebabas a una pieza; las roscadoras, que manejaban mujeres, para filetear los pernos y sus tuercas, con el tictac de los engranajes de acero relucientes debajo de la grasa de los aceites. De este modo, Gervaise podía trazar todo el trabajo, desde el hierro en forma de barras, apoyadas contra las paredes, hasta los pernos y los roblones ya fabricados, cuyas cajas llenas empantanaban los rincones. Entonces lo entendió y se le dibujó una sonrisa mientras asentía con la barbilla; pero aun así seguía con un ligero nudo en la garganta, preocupada por ser tan pequeña y frágil entre esos rudos trabajadores del metal, volviéndose a ratos, con la sangre helada en las venas, al oír el golpe sordo de una desbarbadora. Se iba acostumbrando a la penumbra, veía las honduras donde hombres inmóviles ajustaban el jadeante baile de los volantes, cuando un fogón soltaba de pronto el resplandor de su gorguera de llamas. A su pesar, siempre acababa volviendo al techo, a la vida, a la propia sangre de las máquinas, al vuelo liviano de las correas, cuya fuerza enorme y muda miraba pasar, con la vista alzada, en la tenue oscuridad de las vigas.

Entre tanto, Goujet se había parado delante de una de las máquinas de pernos. Se quedó allí, pensativo, con la cabeza gacha y la mirada fija. La máquina forjaba pernos de cuarenta milímetros con la tranquila facilidad de una giganta. Y lo cierto es que no había nada tan sencillo. El operario encargado de calentar el hierro sacaba el pedazo del fogón; el encargado de forjarlo lo colocaba en la clavera, que un hilo de agua regaba constantemente para evitar que se destemplara el acero; y ya estaba hecho, el tornillo bajaba, el perno saltaba al suelo con la cabeza tan redonda como fundida en un molde. En doce horas, esa condenada maquinaria fabricaba cientos de

kilogramos. Goujet no tenía maldad alguna; pero, en ocasiones, ganas le daban de agarrar a Fifine para aporrear ese montón de hierros viejos, de tanta ira que sentía al ver que tenía los brazos más fornidos que él. Era motivo de gran congoja, incluso cuando razonaba consigo mismo, argumentando que la carne no podía luchar contra el hierro. Algún día, segurísimo, la máquina mataría al obrero; su jornal ya había bajado de doce a nueve francos, y se hablaba de reducirlo aún más; en definitiva, que esos animalotes no tenían ni pizca de gracia haciendo pernos y roblones como si fueran salchichas. Goujet se quedó mirándolo tres minutos largos sin decir nada; se le fruncían las cejas, su hermosa barba amarilla se erizaba, amenazante. Hasta que una expresión dulce y resignada poco a poco le suavizó los rasgos. Se volvió hacia Gervaise, que se pegaba a él, y le dijo con sonrisa triste:

—Nos deja a la altura del betún, ¿a que sí? Pero quizás algún día sirva para hacer feliz a todo el mundo.

A Gervaise le tenía sin cuidado la felicidad de todo el mundo. Le pareció que los pernos de la máquina estaban mal hechos.

—Entiéndame —exclamó con vehemencia—, están demasiado bien hechos... Me gustan más los de usted. Al menos, se nota la mano del artista.

Oír aquello le provocó una gran alegría a Goujet, pues había temido que lo despreciara después de ver las máquinas. ¡Señor!, igual que él era más fuerte que Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif, las máquinas eran más fuertes que él. Cuando por fin se despidieron en el patio, le apretó las muñecas como si quisiera rompérselas de lo contento que estaba.

La lavandera iba todos los sábados a casa de los Goujet para llevarles la ropa limpia. Seguían viviendo en la casita de la calle Neuve-de-la-Goutte-d'Or. El primer año, les había devuelto puntualmente veinte francos al mes, de los quinientos prestados; para no embarullar las cuentas, Gervaise no sumaba la de los Goujet hasta final de mes y añadía lo que faltaba para completar esos veinte francos, pues apenas gastaban siete u ocho al mes en lavar la ropa. Así pues, acababa de saldar la mitad de la deuda cuando, un día que tocaba pagar el alquiler, no sabiendo ya cómo arreglárselas, porque le habían fallado algunas parroquianas, tuvo que ir corriendo a casa de los Goujet a pedirles prestado ese dinero. En otras dos ocasiones, para pagar a sus operarias, también recurrió a ellos, de forma tal que la deuda había vuelto a ampliarse hasta los cuatrocientos veinticinco francos. Ahora ya no devolvía ni un céntimo, la iba saldando con el lavado de ropa, nada más. Y no es que ella trabajase menos ni que el negocio fuera mal. Todo lo contrario. Pero había agujeros en sus gastos domésticos: era como si el dinero se derritiese y se daba con un canto en los dientes cuando conseguía cuadrar las cuentas. ¡Dios mío! Mientras tuvieran con qué vivir, ¿verdad?, no había motivo para quejarse. Gervaise se iba ajamonando, cedía a las pequeñas concesiones de su incipiente gordura, sin fuerzas ya para asustarse al pensar en el porvenir. ¡Qué se le iba a hacer! El dinero acabaría entrando y guardárselo lo oxidaba. A todo esto, la señora Goujet seguía siendo igual de maternal con Gervaise. A veces le leía la cartilla con cariño, no por su dinero, sino porque la quería y le daba miedo que cometiese alguna imprudencia. Su dinero ni tan siquiera lo mencionaba. En definitiva, que la trataba con la mayor delicadeza.

El día después de que Gervaise visitara la fragua era, justamente, el último sábado del mes. Cuando llegó a casa de los Goujet, pues tenía empeño en ir ella misma, le dolían tanto los brazos de llevar la cesta que tardó dos minutos largos en recuperarse. La gente no sabe cuantísimo pesa la ropa, sobre todo si hay sábanas.

—Me lo trae todo, ¿verdad?

La señora Goujet era muy severa en ese sentido: quería que le trajeran su ropa sin que faltara ni una prenda, para tenerlo todo en orden, según decía. Otra de sus exigencias era que la lavandera se la llevase exactamente el día acordado y siempre a la misma hora; así, nadie perdía el tiempo.

—¡Huy, pues claro que está todo! —contestó Gervaise sonriendo—. Ya sabe que nunca me dejo nada.

—Es cierto —admitió la señora Goujet—, va teniendo usted algunos fallos, pero ese todavía no.

Mientras la lavandera vaciaba la cesta, colocando la ropa encima de la cama, la anciana la elogiaba: no quemaba las prendas, no las rasgaba, como hacían muchas otras, no arrancaba los botones con la plancha; lo único malo era que abusaba un poco del añil y almidonaba demasiado las pecheras de las camisas.

—Fíjese, es como cartón —añadió, haciendo crujir una pechera—. Mi hijo no se queja, pero le corta el cuello... Mañana lo tendrá sangrando, cuando volvamos de Vincennes.

—¡No me diga eso! —exclamó Gervaise, apesadumbrada—. Las camisas de vestir tienen que estar un poco tiesas, si no se quiere llevar puesto un guiñapo. Mire a los caballeros... Soy yo la que se encarga de toda su ropa. Nunca las operarias, y la cuido, se lo garantizo, no me importaría rehacer el trabajo diez veces, porque es para ustedes, ya me entiende.

Mientras balbucía el final de la frase se había ruborizado un poco. Tenía miedo de que se le notara lo mucho que le gustaba planchar personalmente las camisas de Goujet. Claro está, sin pensar nada sucio; pero no por ello dejaba de sentir cierta vergüenza.

—¡Ay, no estoy criticando su trabajo, trabaja usted de maravilla, lo sé de sobra! —dijo la señora Goujet—. De hecho, aquí tenemos una cofia repulida. No hay nadie que resalte los bordados tan bien como usted. ¡Y los encañonados están igualadísimos! Vaya, que noto su toque a la primera. Cuando le da usted aunque solo sea un trapo a una operaria, salta a la vista... Tan solo ponga un poco menos de almidón, ¿estamos? Goujet no aspira a parecer un caballero.

Entre tanto, había cogido el libro de cuentas y borró las prendas de una plumada. Estaba todo bien. Cuando hicieron la suma, vio que Gervaise le cobraba una cofia a treinta céntimos; puso el grito en el cielo, pero tuvo que admitir que, ciertamente, no era nada cara para la ropa de más uso; no, las camisas de hombre a veinticinco céntimos, los pantalones de mujer a veinte, las fundas de almohada a siete y medio, los mandiles a cinco, no era caro; de hecho, muchas lavanderas cobraban dos céntimos y medio más, e incluso cinco, por todas esas prendas. Luego, después de enumerar la ropa sucia, que la anciana anotaba, y de meterla en la cesta, Gervaise no se marchó, apurada, pues tenía en la punta de la lengua una petición que la incomodaba mucho hacer.

—Señora Goujet —dijo por fin—, si a usted no le importa, me gustaría cobrar el lavado este mes.

Justamente, aquel mes era de mucho gasto, la cuenta que acababan de sumar juntas ascendía a diez francos con treinta y cinco céntimos. La señora Goujet se la quedó mirando muy seria. Al cabo de un rato contestó:

—Lo que usted prefiera, hija mía. No le voy a negar ese dinero, puesto que lo necesita... Solo que esta no es forma de saldar su deuda; se lo digo por su bien, entiéndame. En serio, debería

usted andarse con cuidado.

Con la cabeza gacha, Gervaise recibió la lección tartamudeando. Los diez francos iban a servir para completar el importe de un pagaré que le había firmado a su proveedor de cok. Pero la señora Goujet se puso aún más severa al oír la palabra «pagaré». Le dijo que se fijara en ella misma: había reducido los gastos cuando a Goujet le bajaron el jornal de doce francos a nueve. Quien no fuera sensato en la juventud, se moriría de hambre en la vejez. Sin embargo, se mordió la lengua, no le confesó a Gervaise que le daba a lavar su ropa únicamente para que pudiera devolverle el préstamo; antes lavaba ella toda su ropa y volvería a hacerlo si sacarla le empezaba a vaciar los bolsillos de esa manera. Cuando Gervaise recibió los diez francos y treinta cinco céntimos, le dio las gracias y se marchó corriendo. Pero en el rellano se sintió aliviada, le entraron ganas de bailar, porque ya se estaba acostumbrando a las cosas sucias del dinero y solo conservaba de esos malos ratos la felicidad de quitárselos de encima, hasta la vez siguiente.

Fue ese mismo sábado cuando Gervaise tuvo un encuentro muy raro, según bajaba las escaleras de los Goujet. Tuvo que echarse a un lado, contra la barandilla, con la cesta, para dejar paso a una mujer alta, de trapillo, que subía con una caballa muy fresca de agallas sanguinolentas en la mano, envuelta en un trozo de papel. Y hete aquí que reconoció a Virginie, la muchacha a la que le había subido las faldas en el lavadero. Ambas se miraron cara a cara. Gervaise cerró los ojos porque por un momento creyó que le iba a dar con la caballa en la cara. Pero no, Virginie esbozó una sonrisa. Entonces, la lavandera, cuya cesta bloqueaba la escalera, quiso mostrarse educada.

—Le pido perdón —dijo.

—Está usted perdonada —contestó la mujerona morena.

Se quedaron en mitad de la escalera, de palique, reconciliadas de pronto, sin haber tenido que aventurar ninguna alusión al pasado. Virginie, que a la sazón tenía veintinueve años, se había convertido en una mujer espléndida, garbosa, con el rostro un poco alargado entre los dos bandós negro azabache. Contó su historia de inmediato, para afianzarse: ahora estaba casada, había contraído matrimonio en primavera con un antiguo oficial ebanista que había dejado el ejército para solicitar un puesto en la policía, porque eso era más seguro y más respetable. Precisamente venía de comprar una caballa para él.

—Le chifla la caballa —dijo—. Habrá que mimarlos, ¿no?, a estos hombres tan malos... Pero suba usted. Así verá nuestro hogar... Aquí estamos en plena corriente.

Cuando Gervaise, después de decirle que también ella estaba casada, le contó que había ocupado esa vivienda, donde incluso había parido a una niña, Virginie le insistió aún más para que subiera. Siempre hace ilusión ver los sitios donde se ha sido feliz. Ella, durante cinco años, había vivido al otro lado del río, en Gros-Caillou. Allí había conocido a su marido, mientras estaba alistado. Pero tenía nostalgia, soñaba con volver al barrio de La Goutte-d'Or, donde conocía a todo el mundo. Y, desde hacía quince días, ocupaba la habitación de enfrente de los Goujet. ¡Huy, ahora lo tenía todo manga por hombro! Ya lo iría arreglando poco a poco.

Luego, en el rellano, se dijeron por fin cómo se apellidaban.

—Señora Coupeau.

—Señora Poisson.

Desde entonces, se llamaron señora Poisson y señora Coupeau con la boca grande, solo por el puro placer de ser unas señoras, después de haberse conocido tiempo atrás en una situación poco católica. Sin embargo, Gervaise no acababa de fiarse del todo. Quizás la mujerona morena se

reconciliaba para vengarse mejor de la azotaina del lavadero, discurriendo un plan de bicho malo e hipócrita. Gervaise se prometió no bajar la guardia. En lo inmediato, Virginie estaba siendo amable, de modo que también ella lo sería.

Arriba, en la habitación, Poisson, el marido, un hombre de treinta y cinco años con la cara terrosa y bigotes y perilla rojos, estaba trabajando, sentado delante de una mesa, al lado de la ventana. Sus únicas herramientas eran una navajita, una sierra del tamaño de una lima de uñas y un bote de cola. La madera que utilizaba procedía de viejas cajas de cigarros puros, tablitas finas de caoba sin pulir en las que realizaba recortes y ornamentos de extraordinaria delicadeza. Durante todo el santo día, de punta a cabo del año, hacía la misma caja una y otra vez, de ocho por seis centímetros. Solo que las convertía en obras de marquetería, inventaba formas para las tapas, añadía compartimentos. Era para entretenerse, una forma de matar el tiempo, en lo que llegaba el nombramiento como agente de policía. De su antiguo oficio de ebanista le había quedado la pasión por las cajitas. No vendía el fruto de su trabajo, sino que se lo regalaba a las personas que conocía.

Poisson se puso de pie, saludó educadamente a Gervaise, a quien su mujer le presentó como una vieja amiga. Pero no era muy hablador y enseguida se volvió a su sierrecita. De tanto en tanto, le echaba un vistazo a la caballa, colocada al borde de la cómoda. Gervaise se alegró mucho de volver a ver su antigua vivienda; contó dónde estaban colocados los muebles y señaló en el suelo el lugar donde había parido. ¡Desde luego, el mundo era un pañuelo! Cuando Virginie y ella dejaron de verse, tiempo atrás, nunca se imaginaron que volverían a encontrarse de ese modo y que vivirían sucesivamente en la misma habitación. Virginie añadió nuevos detalles sobre ellos: su marido había recibido una pequeña herencia de una tía; ella seguramente se establecería más adelante, con su ayuda; de momento, seguía cosiendo, apañaba algún que otro vestido, aquí y allá. Al cabo de media hora larga, la lavandera quiso marcharse. Poisson apenas se dio la vuelta. Virginie la acompañó a la puerta y prometió visitarla; de hecho, se sumaría a su parroquia, se daba por hecho. Y como la hacía demorarse en el rellano, Gervaise se imaginó que quería hablarle de Lantier y de su hermana Adèle, la bruñidora. Eso la tenía muy soliviantada por dentro. Pero no cruzaron ni una palabra sobre temas delicados y se despidieron en un tono de lo más cordial:

—Hasta la vista, señora Coupeau.

—Hasta la vista, señora Poisson.

Ese fue el punto de partida de una gran amistad. Al cabo de ocho días, Virginie no podía pasar por delante del local de Gervaise sin entrar, y se quedaba allí, dándole a la sin hueso, dos y tres horas, hasta que Poisson, preocupado, creyendo que había sufrido un atropello, iba a buscarla, con su cara muda de desenterrado. Gervaise, a fuerza de ver todos los días a la costurera, no tardó en sentir una peculiar inquietud: no podía oírla empezar una frase sin creer que iba a hablar de Lantier; todo el rato que Virginie pasaba allí, no se quitaba a Lantier de la cabeza. Era algo de lo más tonto porque, a ver, Lantier la tenía sin cuidado, al igual que Adèle y lo que les pudiera haber pasado; ni siquiera sentía curiosidad por saber de ellos. No, era algo ajeno a su voluntad. Los tenía en la mente como quien tiene en la boca un estribillo fastidioso que no hay forma de olvidar. De hecho, no sentía ni pizca de resentimiento hacia Virginie, que no tenía culpa de nada, claro. Se lo pasaba muy bien con ella y la retenía diez veces antes de dejarla marchar.

Entre tanto, había llegado el invierno: el cuarto que los Coupeau pasaban en la calle de La Goutte-d'Or. Aquel año, diciembre y enero fueron especialmente duros. Hacía un frío que pelaba.

Después del día de Año Nuevo, la nieve permaneció tres semanas en la calle sin derretirse. Eso no impedía trabajar, sino todo lo contrario, pues el invierno es la mejor estación para las planchadoras. ¡En el local hacía un calor estupendo! Nunca había escarcha en los cristales, como en la tienda de ultramarinos y la calcetería de enfrente. La estufa, atiborrada de cok, mantenía un calor de bañera allí dentro; las telas humeaban, parecía que estuvieran en pleno verano; y se estaba a gusto, con las puertas cerradas, notando calor por doquier, tanto como para quedarse uno dormido incluso con los ojos abiertos. Gervaise decía riéndose que era como estar en el campo. En efecto, los carruajes no hacían ruido al rodar por la nieve; apenas se oían los pasos de los transeúntes; en el tremendo silencio del frío, solo destacaban las voces de los niños, el guirigay de una banda de pilluelos que habían establecido un amplio patinadero a lo largo del arroyo de la herrería. A veces se acercaba a uno de los cristales de la puerta, limpiaba el vaho con la mano y miraba qué tal le iba al barrio con esa dichosa temperatura; pero nadie asomaba siquiera la nariz fuera de los locales vecinos, el barrio, arropado con la nieve, parecía arquear el lomo; y se limitaba a intercambiar un saludo mínimo de cabeza con la carbonera de al lado, que paseaba destocada y sonriendo de oreja a oreja desde que helaba tantísimo.

Lo más grato de todo, con ese tiempo de perros, era tomarse el café del mediodía, bien calentito. Las operarias no tenían motivo de queja; la dueña lo preparaba muy fuerte y no con cuatro granos de achicoria; no se parecía en nada al de la señora Fauconnier, que era una aguachirle. Lo malo era que cuando mamá Coupeau se encargaba de colar el café con la manga, la cosa se eternizaba porque se quedaba dormida delante del hervidor. Entonces, las operarias, después de almorzar, esperaban el café planchando un rato.

Precisamente, la jornada después de Reyes estaban dando las doce y media y el café no estaba listo. Aquel día estaba empeñado en no colarse. Mamá Coupeau golpeaba la manga con una cucharilla y se oían caer las gotas una a una, despacio, sin darse ninguna prisa.

—Déjelo, mujer —dijo la grandullona de Clémence—. Así se queda turbio... Hoy habrá bebida y comida de sobra, faltaría más.

Estaba remozando una camisa de hombre, separando los pliegues con la punta de la uña. Estaba acatarradísima, con los ojos hinchados y ataques de tos que le desgarraban la garganta y la doblaban por la mitad, al borde de la mesa. Aun así, no llevaba al cuello ni un triste pañuelo, vestida tan solo con una toquillita de lana de noventa céntimos que la tenía tiritando. Junto a ella, la señora Putois, envuelta en franela, acolchada hasta las orejas, estaba planchando una enagua, girándola en torno a la tabla de planchar vestidos cuyo extremo más pequeño se apoyaba en el respaldo de una silla; en el suelo, una sábana extendida impedía que la enagua se manchara cuando lo rozaba. Gervaise ocupaba ella sola la mitad de la mesa con unos visillos de muselina bordada, por encima de los cuales empujaba la plancha en línea recta, alargando los brazos para que no se le torcieran los pliegues. De repente, cuando el café empezó a caer ruidosamente, alzó la cabeza. Era la bisoja de Augustine, que acababa de hacer un agujero en el centro de la borra, hundiendo una cuchara en la manga.

—¡Te quieres estar quieta! —gritó Gervaise—. Pero ¿qué bicho te ha picado? Menudo lodo vamos a beber ahora.

Mamá Coupeau había puesto en fila cinco vasos en una esquina despejada de la mesa. Entonces las operarias dejaron lo que estaban haciendo. La dueña siempre servía el café personalmente, después de haber puesto dos terrones de azúcar en cada vaso. Era el momento

más esperado de la jornada. Aquel día, mientras cada una cogía su vaso y se agachaba para sentarse en un banquito delante de la estufa, la puerta de la calle se abrió y entró Virginie, temblando toda ella.

—¡Ay, hijas mías! —dijo—. ¡Te corta por la mitad! Ya ni noto las orejas. ¡Dichoso frío!

—¡Anda, si es la señora Poisson! —exclamó Gervaise—. Qué bien, llega justo a tiempo... Tómese el café con nosotras.

—¡Vaya, pues no digo que no!... Con solo cruzar la calle, ya se te mete el invierno en los huesos.

Por suerte, quedaba café. Mamá Coupeau fue a buscar otro vaso y Gervaise dejó que Virginie se pusiera el azúcar, por cortesía. Las operarias se apartaron y le hicieron un hueco cerca de la estufa. Virginie tiritó un momento, con la nariz roja y apretando las manos rígidas en torno al vaso para calentarse. Venía de la tienda de ultramarinos, donde te congelabas solo con esperar un cuarto de queso Gruyère. Y se hacía lenguas del calorazo que hacía en el local: en serio, era como entrar en un horno, bastaría para despertar a un muerto, de las cosquillitas tan agradables que notabas en la piel. Una vez desentumecida, estiró sus largas piernas. Entonces las seis se bebieron el café despacio, a sorbitos, en mitad de la tarea interrumpida y la humedad sofocante de las telas que humeaban. Solo mamá Coupeau y Virginie estaban sentadas en una silla; las demás, en sus banquitos, parecían estar en el suelo; incluso la bisoja de Augustine había tirado de una esquina de la sábana que había debajo de la enagua, para tumbarse en ella. De momento, todas callaban, con la nariz metida en el vaso, paladeando el café.

—Pero qué bueno que está —sentenció Clémence.

Pero estuvo a punto de ahogarse por culpa de un ataque de tos. Apoyaba la cabeza contra la pared para toser más fuerte.

—¡Sí que le ha dado a usted fuerte! —dijo Virginie—. ¿Dónde ha pillado eso?

—¡Vaya usted a saber! —dijo Clémence, recuperada, enjugándose la cara con la manga—. Tuvo que ser la otra noche. Había dos enzarzadas, a la salida de Le Grand-Balcon. Quise verlo y me quedé allí, bajo la nieve. ¡Ay, menuda tunda, para morirse de risa! Una tenía la nariz arrancada, le chorreaba la sangre por el suelo. Cuando la otra, una espingarda como yo, vio la sangre, dijo pies para que os quiero... Luego, entrada la noche, empecé a toser. También hay que decir que los hombres son tontos de remate, cuando se acuestan con una mujer la dejan destapada toda la noche...

—Una conducta ejemplar —murmuró la señora Putois—. Se está usted matando, niña.

—¡Pues me divierte matarme, ea!... Como si la vida fuese tan entretenida. Todo el santo día azacanada para ganar dos francos con quince, cociéndote de la mañana a la noche delante de la estufa... Pues no, ¿se entera?, ¡estoy hasta el moño!... Venga, que este catarro no me hará el favor de acabar conmigo; se irá igual que ha venido.

Se hizo un silencio. La bribona de Clémence, que en los bailes de candil guiaba el *chahut* chillando como una posesa, cuando estaba en el taller dejaba a todo el mundo alicaído con sus lúgubres reflexiones. Gervaise, que la conocía bien, se limitó a decir:

—¡Hay qué ver qué poco alegre está usted después de una noche de juerga!

Lo cierto era que Gervaise prefería que no se hablara de peleas entre mujeres. Cuando Virginie y ella estaban presentes, le daba apuro participar en una conversación en la que se hablaba de patearle las espinillas a alguien o de dejarle los cinco dedos marcados en la cara, pues

le recordaba a la azotaina del lavadero. Justamente, Virginie la miraba sonriendo:

—¡Huy! —murmuró—. Pues ayer vi a dos agarrándose de los pelos. Se pusieron finas...

—¿Quiénes? —pregunto la señora Putois.

—La partera del final de la calle y su criada, ya sabe, la rubita esa... ¡Esa muchacha es peor que la peste! Le estaba gritando a la otra: «Sí, sí, ya sé que libraste a la frutera de un niño, tanto que voy a ir a contárselo al comisario como no me pagues». Y seguía soltando de todo por esa boca, ¡había que oírla! Hasta que la partera se la cerró de un bofetón, ¡plaf! Entonces mi querida golfa se tira a los ojos de su señora y se pone a arañarla, a desplumarla, ¡que la deja hecha un primor, vaya! Tuvo que acudir el chacinero a arrancársela de las garras.

Las operarias se rieron a gusto. Luego, todas bebieron un sorbito de café, con expresión ávida.

—¿Usted lo cree, que la libró de un niño? —retomó Clémence.

—¡Señor!, ese fue el rumor que corrió por el barrio —contestó Virginie—. Como usted comprenderá, yo no estaba allí... Pero forma parte de su oficio. Todas lo hacen.

—¡Pues vaya! —dijo la señora Putois—. Hay que ser tonta para fiarse de esas. Y que te dejen lisiada, ¡no, gracias!... Cuando resulta que hay un método de lo mejor. Hay que tragarse todas las noches un vaso de agua bendita dibujándose en el vientre tres signos de la cruz con el pulgar. Y se va como si fuera aire.

Mamá Coupeau, que todas creían que estaba dormida, meneó la cabeza para discrepar. Ella sí que conocía un método realmente infalible: había que comerse un huevo duro cada dos horas y aplicarse hojas de espinaca en la rabadilla. Las otras cuatro mujeres se quedaron muy serias. Pero la bisoja de Augustine, que siempre se regocijaba sin venir a cuento y sin que nadie supiera por qué, soltó un cacareo, que era su forma de reírse. Se habían olvidado de ella. Gervaise levantó la enagua y la vio encima de la sábana, revolcándose como un lechón, patas arriba. La sacó de allí debajo y la puso de pie con un cachete. ¿De qué se reía, la pava esa? ¿Y quién le mandaba escuchar lo que decían los mayores? Para empezar, lo que tenía que hacer era llevarle la ropa limpia a una amiga de la señora Lerat, a Les Batignolles. Mientras hablaba, la dueña le colgaba la cesta del brazo y la empujaba hacia la puerta. La bisoja, refunfuñando y llorosa, se alejó arrastrando los pies por la nieve.

Entre tanto, mamá Coupeau, la señora Putois y Clémence debatían sobre la eficacia de los huevos duros y las hojas de espinaca. Entonces, Virginie, que se había quedado pensativa, con el vaso de café en la mano, dijo muy quedo:

—¡Dios mío! Golpe va, beso viene, al final todo se arregla en teniendo buen corazón... —Luego, inclinándose hacia Gervaise, añadió con una sonrisa—: Pues no, claro que no le guardo rencor... Por el asunto del lavadero, ¿se acuerda?

La lavandera se quedó muy cortada. Aquello era lo que tanto temía. Intuía que ahora saldrían a colación Lantier y Adèle. La estufa roncaba y el tubo rojo irradiaba un calor redoblado. En aquel amodorramiento, las operarias, que estiraban el café para retomar la tarea lo más tarde posible, miraban la nieve de la calle con cara golosa y lánguida. Estaban sincerándose; se contaban lo que harían de haber tenido diez mil francos de renta: no habrían hecho nada de nada, se habrían quedado así tardes enteras, calentándose, sin querer saber nada del trabajo. Virginie se había acercado a Gervaise para que las demás no pudieran oírla. Y esta se sentía de lo más débil, sin duda por culpa del calor excesivo, tan floja y tan débil que no tenía ánimos para

desviar la conversación; incluso ansiaba las palabras de la mujerona morena con el corazón henchido de una emoción que le resultaba grata, aun sin reconocérselo.

—Espero no disgustarla, al menos —continuó la costurera—. Veinte veces lo he tenido en la punta de la lengua. En fin, ya que ha salido el tema... Solo por charlar, ¿verdad?... Y claro que no estoy resentida con usted por lo que pasó. ¡Palabra de honor! No le guardo ni pizca de rencor.

Revolvió el café que le quedaba en el fondo del vaso para aprovechar todo el azúcar y bebió tres gotas sorbiéndolo con un silbidito. Gervaise, con un nudo en la garganta, seguía a la espera, preguntándose si de verdad Virginie le habría perdonado la azotaina tanto como decía; porque veía que, en el fondo de los ojos negros, se le encendían unas chiribitas amarillas. Aquella grandullona endemoniada debía de haberse guardado el rencor en el bolsillo, bien tapadito con el pañuelo.

—Tenía usted una razón —siguió diciendo—. Acababan de hacerle una faena, una abominación... ¡Venga, mujer, que bastante justa estoy siendo! Yo habría agarrado un cuchillo.

Bebió otras tres gotas sorbiendo en el borde del vaso. Dejó de hablar arrastrando la voz para decir rápidamente, de carrerilla:

—Lo que tampoco ha servido para que fueran felices, ¡ay, Dios del Cielo!, qué va, ¡de felices, nada!... Se fueron a vivir al quinto infierno, por donde La Glacière, en un asco de calle donde siempre hay barro hasta las rodillas. Yo, a los dos días, fui allí una mañana para comer con ellos; ¡menuda travesía en ómnibus, créame! ¡Pues fíjese, querida! Me los encontré tirándose los trastos a la cabeza. No miento, cuando entré estaban dándose de capones. ¿Qué le parece para una pareja de enamorados?... ¿Sabe?, Adèle no vale ni lo que cuesta la soga para ahorcarla. Es mi hermana, pero no por eso voy a dejar de decir que se las gasta como una auténtica guarra. Me ha hecho montones de perrerías; es demasiado largo para contarlo todo y, además, lo tenemos que arreglar entre ella y yo... Y lo que es Lantier, ¡Señor, ya lo conoce usted!, no es mejor que ella. Un señorito de tres al cuarto, ¿a que sí?, ¡que te patea el culo por un quítame allá esas pajas! Y cuando pega, lo hace con el puño cerrado... Total, que se zurraban de lo lindo. Al subir por la escalera, se los oía sacudirse. Un día incluso tuvo que ir la policía. Lantier quería sopa de aceite, que es una porquería que comen en el sur, y como a Adèle le parecía repugnante, se tiraron la botella de aceite a la cara, además de la cazuela, la sopera y toda la pesca; una escenita de las que revolucionan a todo el barrio, vaya.

Contó otras enganchadas, era un no parar de detalles sobre la pareja, sabía cosas que ponían los pelos de punta. Gervaise escuchó toda la historia sin decir esta boca es mía, con un pliegue nervioso en las comisuras de los labios que parecía una sonrisilla. Hacía casi siete años que no había vuelto a tener noticias de Lantier. Quién le iba a decir que al susurrarle así el nombre de Lantier al oído sentiría ese calor en la boca del estómago. No, no era consciente de albergar tanta curiosidad por lo que había sido de aquel desgraciado, que la había tratado tan mal. Ahora ya no podía estar celosa de Adèle; pero, así y todo, se reía en su fuero interno de las peloteras de la pareja, se imaginaba el cuerpo de la chica esa cubierto de cardenales, y eso la vengaba, le hacía gracia. Tanto que se habría quedado hasta la mañana siguiente escuchando los informes de Virginie. No le hacía ninguna pregunta porque no quería que pareciera que sentía interés alguno. Era como, si de repente, alguien colmara un hueco por ella; su pasado, desde ese momento, iba en derechura a su presente.

Entre tanto, Virginie acabó otra vez con la nariz metida en el vaso; chupaba el azúcar, con los

ojos entornados. Entonces, Gervaise, dándose cuenta de que tenía que decir algo, adoptó una expresión indiferente y preguntó:

—¿Y siguen viviendo en La Glacière?

—¡Qué va! —contestó la otra—, ¿no se lo he dicho?... Hace ocho días que ya no están juntos. Adèle, una buena mañana, se llevó sus andrajos, y le aseguro que Lantier no fue corriendo tras ella.

A la lavandera se le escapó un gritito, mientras repetía en voz alta:

—¡Ya no están juntos!

—¿Quiénes? —preguntó Clémence, interrumpiendo la conversación con mamá Coupeau y la señora Putois.

—Nadie —dijo Virginie—; unos a quien no conoce.

Sin embargo, observando a Gervaise, la notaba conmovidísima. Se le acercó y pareció disfrutar de un placer maligno al seguir contándole historias. Hasta que, de sopetón, le preguntó qué haría si Lantier volviese a rondarla; porque, a ver, los hombres son tan suyos que Lantier capaz sería de volver a su primer amor. Gervaise se enderezó y se mostró muy tajante, muy digna: estaba casada, pondría a Lantier de patitas en la calle, y aquí paz y después gloria. Ya no podía haber nada entre los dos, ni siquiera un apretón de manos. Realmente, tendría que ser una mujer sin corazón para algún día poder mirar a ese hombre a la cara.

—Sí, ya sé que Étienne es hijo suyo —dijo—, tienen un lazo que no puedo romper. Si Lantier quiere darle un beso a Étienne, se lo mandaré, porque es imposible impedir que un padre quiera a su hijo... Pero, lo que es yo, fíjese bien, señora Poisson, prefiero que me hagan picadillo antes que dejarle que me toque ni con la yema de los dedos. Se acabó.

Según pronunciaba estas palabras, dibujó una cruz en el aire, como si de esa manera sellara para siempre jamás su juramento. Ansiosa por zanjar la conversación, pareció despertarse sobresaltada y les gritó a las operarias:

—Y ustedes, ¿qué? ¿Se creen que la ropa se plancha sola?... ¡Basta ya de remoloneo! ¡Hala, a trabajar!

Las mujeres no se dieron ninguna prisa, embotadas por el sopor de la pereza, con los brazos caídos encima de la falda, sujetando aún en la mano el vaso vacío, donde quedaban unos posos de café. Siguieron charlando.

—Era Célestine, la menudita —estaba diciendo Clémence—. Yo la conocía. Tenía la manía de los pelos de gato... Ya saben, veía pelos de gato por todas partes, siempre revolvía la lengua así porque se pensaba que tenía la boca llena de pelos de gato.

—Una amiga mía —añadía la señora Putois— tenía la solitaria... ¡Pues resulta que los bichos esos tienen sus caprichos!... Si no le daba pollo, le provocaba retortijones de tripa. Ya ven, los siete francos que ganaba el marido se iban en golosinas para la solitaria...

—Yo la habría curado enseguida —interrumpía mamá Coupeau—. ¡Sí, señor! Hay que tragarse un ratón emparrillado. La solitaria se envenena a la primera.

La propia Gervaise había vuelto a caer en una grata holgazanería, pero se espabiló y se puso de pie. ¡Pero, bueno, qué forma de perder la tarde vagueando! ¡Así no se llenaba la bolsa! Fue la primera en seguir con sus visillos; se los encontró manchados de café y antes de volver a coger la plancha tuvo que frotar la mancha con una tela mojada. Las operarias se estiraban delante de la estufa y buscaban los mangos a regañadientes. En cuanto Clémence se puso en marcha, le dio un

ataque de tos para echar el bofe; luego terminó su camisa de hombre y sujetó el cuello y los puños con alfileres. La señora Putois retomó su enagua.

—¡Bueno, pues hasta luego! —dijo Virginie—. Había bajado para comprar un cuarto de queso Gruyère. Poisson estará pensando que el frío me ha congelado por el camino.

Pero, cuando ya había dado tres pasos por la calle, volvió a abrir la puerta para gritar que estaba viendo a Augustine al final de la calle patinando en el hielo con unos chiquillos. La muy descarada se había marchado hacía más de dos horas. Volvió encarnada, sin aliento, con la cesta al brazo y una bola de nieve aplastada en el moño, y aguantó la regañina con expresión taimada, contando que no se podía andar porque el suelo estaba helado. Algún pillo, de broma, debía de haberle metido trozos de hielo en los bolsillos, pues, al cabo de un cuarto de hora, estos empezaron a chorrear por el local como embudos.

Ahora, todas las tardes transcurrían así. El local era el refugio de los frioleros del barrio. Toda la calle de La Goutte-d'Or sabía que allí se estaba calentito. Siempre había dentro mujeres parlanchinas que se ponían al amor de la lumbre delante de la estufa, con las faldas arremangadas hasta la rodilla, templándose. Aquel calor reconfortante era el orgullo de Gervaise, que animaba a la gente a entrar; recibía a las visitas, como decían malévolamente los Lorilleux y los Boche. Lo cierto era que siempre se mostraba atenta y compasiva, hasta tal punto que metía a los pobres en el local cuando los veía tiritando fuera. Le cogió especial cariño a un antiguo oficial de pintor, un anciano de setenta años, que vivía en un camaranchón de la casa, donde se moría de hambre y de frío; había perdido a sus tres hijos en Crimea[33] y vivía a la buena de Dios desde hacía dos años en que ya no podía ni sujetar la brocha. En cuanto Gervaise veía asomar al tío Bru, pisando fuerte en la nieve para entrar en calor, lo llamaba y le apañaba un lugar cerca de la estufa; a menudo incluso lo obligaba a comer un pedazo de pan con queso. El tío Bru, con el cuerpo encorvado, la barba blanca y el rostro arrugado como una manzana ajada, se pasaba las horas muertas sin decir nada, escuchando el chisporroteo del cok. Quizás estuviera recordando los cincuenta años de trabajo, subido a una escalera, el medio siglo dedicado a pintar puertas y blanquear techos de un extremo a otro de París.

—A ver, tío Bru —le preguntaba a veces la lavandera—, ¿en qué está usted pensando?

—En nada, en toda clase de cosas —contestaba con expresión alelada.

Las operarias bromeaban, decían que tenía penas de amor. Pero él, sin oírlas, volvía a sumirse en su silencio, en aquella actitud taciturna y reflexiva.

A partir de esa época, Virginie volvió a contarle con frecuencia a Gervaise cosas de Lantier. Parecía disfrutar recordándole a su antiguo amante, por el puro placer de causarle apuro, haciendo suposiciones. Un día dijo que se lo había encontrado; como la lavandera se quedó callada, no dijo nada más y hasta el día siguiente no dejó caer que él había hablado largo y tendido sobre ella, con mucho cariño. A Gervaise le perturbaban mucho esas conversaciones susurradas en voz baja en una esquina del local. El nombre de Lantier le seguía provocando una quemazón en la boca del estómago, como si aquel hombre le hubiese dejado algo suyo debajo de la piel. Es verdad que creía ser resistente, quería vivir como una mujer decente, porque la decencia es la mitad de la felicidad. Así pues, no pensaba en Coupeau en relación con ese asunto, pues no tenía nada de lo que arrepentirse por su marido, ni siquiera de pensamiento. Pensaba en el herrero, con el corazón titubeante y dolorido. Le parecía que el recuerdo de Lantier que le volvía por dentro, esa lenta posesión que volvía a atraparla, eran una infidelidad hacia Goujet,

hacia el amor no confesado que sentían, cálido como una amistad. Cuando se sentía culpable por su buen amigo, se pasaba triste todo el día. Le habría gustado quererlo solo a él, fuera de su matrimonio. Aquello sucedía en lo más elevado de sí misma, por encima de todas las cosas sucias cuyo resplandor Virginie acechaba en su rostro.

Con la llegada de la primavera, Gervaise fue a refugiarse al lado de Goujet. Ya no podía pensar sobre nada, sentada en una silla, sin acordarse de su primer amante; lo veía dejando a Adèle, metiendo otra vez la ropa en el fondo del baúl que fuera de los dos, volviendo con ella, con ese baúl encima del carruaje. Los días en que salía, la asaltaban sin venir a cuento miedos tontos, en plena calle; le parecía oír los pasos de Lantier a su espalda y no se atrevía a darse la vuelta, temblorosa, imaginándose que notaba sus manos agarrándola por la cintura. Seguramente, estaría espiándola; se le echaría encima cualquier tarde; solo de pensarlo le entraban sudores fríos porque es posible que le diera un beso en la oreja, como hacía para chincharla, tiempo atrás. Era ese beso lo que la espantaba; la ensordecía de antemano, la llenaba con un zumbido con el que ni siquiera podía oír ya los tremendos latidos de su corazón. De modo que cuando la asaltaban esos temores, la fragua era su único refugio; allí recuperaba el sosiego y la sonrisa, bajo la protección de Goujet, cuyo sonoro martillo ponía en fuga sus pesadillas.

¡Qué estación tan feliz! La lavandera trataba con particular esmero a su parroquiana de la calle de Les Portes-Blanches; siempre le devolvía la ropa personalmente porque aquel trayecto de cada viernes era un pretexto que ni pintado para pasar por la calle de Marcadet y entrar en la fragua. En cuanto revolvía la esquina de la calle, se sentía liviana y alegre, como si se fuera de excursión al campo, en medio de los solares y las fábricas grises que los rodeaban; la calzada negra de carbón, los penachos de vapor encima de los tejados le resultaban tan amenos como un sendero musgoso de un bosque de las afueras que se adentrase entre las frondas; le gustaba el horizonte descolorido que estriaban las elevadas chimeneas de las fábricas, el cerro de Montmartre que tapaba el cielo con sus casas de color tiza en las que se abrían, a intervalos regulares, los vanos de las ventanas. Luego, según se iba acercando, acortaba el paso, saltando por encima de los charcos de agua y divirtiéndose al cruzar los tramos desiertos y liosos de las obras de demolición. Entraba en la fragua muy encarnada, con los mechoncitos rubios de la nuca sueltos, como los de una mujer que llega a una cita. Goujet la estaba esperando, con los brazos y el pecho al aire; en esos días, golpeaba más fuerte sobre el yunque para que se le oyera desde más lejos. La intuía, la recibía con una risa abierta y silenciosa en aquella barba amarilla. Pero ella no quería que interrumpiese el trabajo, le pedía por favor que agarrase de nuevo el martillo, porque así le gustaba aún más, cuando lo blandía con los gruesos brazos de abultados músculos. Gervaise se acercaba a Étienne, que estaba colgado del fuelle, para darle una palmadita en la mejilla y se quedaba allí una hora, mirando los pernos. No cruzaban ni diez palabras. Ni encerrados con doble vuelta en una habitación habrían satisfecho mejor su cariño. Las risitas burlonas de Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif, no los incomodaban lo más mínimo porque ya ni siquiera las oían. Al cabo de un cuarto de hora, Gervaise empezaba a sentir cierto ahogo; el calor, el olor intenso, los humos que subían la atontaban, al tiempo que los golpes sordos la sacudían desde los talones a la garganta. Entonces ya no aspiraba a nada, ese era su placer. Aunque la hubiese abrazado, Goujet no habría podido causarle semejante emoción. Gervaise se acercaba a él para notar en la mejilla la corriente del martillo, para estar en el golpe que asestaba. Cuando las chispas le picaban las manos sin curtir, no las apartaba, sino que disfrutaba con esa lluvia de fuego que le azotaba la

piel. Él, desde luego, intuía la felicidad que ella gozaba allí; reservaba para los viernes las tareas difíciles, para cortejarla en el esplendor de su fuerza y su destreza; ya no se andaba con chiquitas, aun a riesgo de partir los yunques por la mitad, jadeante, con los riñones cimbreantes de darle a Gervaise esa alegría. Durante una primavera, su amor llenó de ese modo la fragua con bramidos de tormenta. Vivieron el idilio en una magna tarea, en medio de las llamas de la hulla y el trepidar de la nave, cuya estructura, negra de hollín, crujía. Todo ese hierro aplastado, heñido como cera roja, conservaba las marcas de sus amoríos. El viernes, cuando la lavandera se despedía de Gueule-d'Or, iba subiendo la calle de Les Poissonniers despacio, satisfecha y exhausta, con la mente y la carne sosegadas.

Poco a poco, le fue perdiendo el miedo a Lantier y recuperó la sensatez. Por aquel entonces, aún podría haber tenido una vida muy feliz de no ser por Coupeau que, definitivamente, iba por mal camino. Un día, justo al volver de la fragua, le pareció reconocer a Coupeau en el Tugurio del tío Colombe, invitando a rondas de matarratas, con Mes-Bottes, Bibi-la-Grillade y Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif. Pasó deprisa, para que no pareciera que estaba fisgando. Pero volvió la cabeza: sí que era Coupeau el que se estaba echando al coleto un vasito de orujo, con el ademán de alguien ya habituado. ¡Así que le había mentido, ahora se había pasado al aguardiente! Gervaise se fue a casa desesperada; se le despertaba el espanto que sentía por el aguardiente. El vino, podía perdonarlo, porque el vino alimenta al obrero; en cambio, los licores eran una porquería, venenos que privaban al obrero del sabor del pan. ¡Ay, ojalá el Gobierno hubiese prohibido que se fabricase semejante basura!

Al llegar a la calle de La Goutte-d'Or, encontró a toda la casa conmocionada. Sus operarias habían dejado la mesa de planchar y estaban en el patio, mirando hacia arriba. Le preguntó a Clémence.

—Es que el tío Bijard está sacudiendo a su mujer —contestó la planchadora—. Estaba en el arco, borracho como una cuba, acechándola al volver del lavadero... La ha llevado escaleras arriba a puñetazos y ahora la está machacando en su habitación... Ahí lo tiene, ¿no oye los gritos?

Gervaise subió a toda prisa. Le tenía aprecio a la señora Bijard, que le lavaba la ropa y era una mujer con muchos arrestos. Tenía la esperanza de poner paz. Arriba, en el sexto, la puerta de la habitación se había quedado abierta y algunos inquilinos daban voces en el zaguán mientras la señora Boche gritaba delante de la puerta:

—¡Quiere parar ya!... Vamos a llamar a los guardias, ¿me oye?

Nadie se atrevía a aventurarse dentro de la habitación porque todos conocían a Bijard, que se volvía una bestia cuando bebía. Los escasísimos días que trabajaba, lo hacía con una botella de aguardiente encima de su banco de cerrajero, de la que bebía a morro cada media hora. Ya no se mantenía en pie de otra manera; si le hubieran acercado un fósforo a la boca, se habría inflamado como una tea.

—¡Pero no podemos dejar que la remate! —dijo Gervaise, temblando toda ella.

Y entró. La habitación, abuhardillada y muy limpia, estaba pelada y fría; el alcoholismo de aquel hombre, que quitaba las sábanas de la cama para bebérselas, la había vaciado. En la refriega, la mesa había salido rodando hasta la ventana y las dos sillas estaban volcadas, con las patas hacia arriba. En medio, tirada en las baldosas, la señora Bijard, con las faldas aún empapadas del agua del lavadero y pegadas a los muslos, los pelos arrancados, ensangrentada, resollaba con un estertor, soltando prolongados «¡Oh! ¡Oh!» a cada talonazo de Bijard. Primero la

había abatido con los dos puños y ahora la estaba pateando.

—¡So zorra!... ¡So zorra!... ¡So zorra!... —gruñía con voz ahogada, acompañando cada golpe con esta palabra, repitiéndola sin ton ni son, golpeando más fuerte cuanto más se atragantaba.

Hasta que se quedó sin voz y siguió pegando sordamente, a lo loco, con el cuerpo tenso en el pantalón de trabajo y el blusoncillo, la cara amoratada debajo de la barba sucia y la frente calva cubierta de ronchas encarnadas. En el zaguán, los vecinos decían que la estaba pegando porque, por la mañana, la mujer se había negado a darle un franco. Se oyó la voz de Boche al pie de la escalera. Estaba llamando a la señora Boche, diciéndole a gritos:

—¡Baja, déjalos que se maten! Cuanta menos gentuza haya, mejor.

Entre tanto, el tío Bru había entrado detrás de Gervaise en la habitación. Entre los dos trataban de que el cerrajero entrase en razón y lo empujaban hacia la puerta. Pero él se revolvía, mudo, con espumarajos en los labios; en los ojos, pálidos, el alcohol ardía y encendía una llama asesina. A la lavandera le lastimó la muñeca; al anciano lo tiró encima de la mesa. En el suelo, la señora Bijard resoplaba más fuerte, con la boca muy abierta y los párpados cerrados. Ahora Bijard no acertaba a darle; volvía, se ensañaba, fallaba los golpes; ciego de ira, recibía en su propia cara los sopapos que soltaba en el aire. Y, durante toda esa carnicería, Gervaise veía, en un rincón del cuarto, a la niña, Lalie, que a la sazón tenía cuatro años, mirando cómo su padre machacaba a su madre. Como para protegerla, la niña sujetaba en brazos a su hermana Henriette, a la que habían destetado el día anterior. Estaba de pie, tocada con una cofia de indiana, muy pálida, con expresión seria. Miraba con grandes ojos negros, de una fijeza preñada de pensamientos, sin una sola lágrima.

Cuando Bijard tropezó con una silla y se cayó al suelo cuan largo era, lo dejaron ahí roncando; el tío Bru ayudó a Gervaise a levantar a la señora Bijard, que lloraba a voces; Lalie, que se había acercado, la miraba sollozar, acostumbrada a esas cosas, resignada ya. Cuando volvió a bajar, a través de la casa de nuevo en calma, la lavandera seguía viendo ante sí aquella mirada de niña de cuatro años, adusta y valiente como la mirada de una mujer.

—El señor Coupeau está en la acera de enfrente —le gritó Clémence, en cuanto la vio aparecer—. Y tiene pinta de traer una buena curda.

Precisamente, Coupeau estaba cruzando la calle. A punto estuvo de romper un cristal con el hombro, al no atinar con la puerta. Tenía una borrachera aguardentosa, con los dientes apretados y la nariz fruncida. Gervaise reconoció en el acto el matarratas del Tugurio, que corría en aquella sangre envenenada que le descoloría la piel. Trató de bromear y meterlo en la cama, como hacía los días que tenía buen vino. Sin embargo, él la empujó, sin despegar los labios; y según pasaba para ir a acostarse por su propio pie, le levantó el puño. Se parecía al otro, al borracho que roncaba allí arriba, después de dar una paliza. Gervaise se quedó helada, pensando en los hombres, en su marido, en Goujet, en Lantier. Tenía el corazón destrozado, perdida la esperanza de llegar a ser feliz.

VII

El santo de Gervaise caía el 19 de junio. Los días de fiesta, los Coupeau tiraban la casa por la ventana; eran unas merendolas de las que todo el mundo salía redondo como una bola, con la tripa llena para toda la semana. Hacían limpieza general de calderilla. En cuanto el matrimonio juntaba un poco de dinero, se lo comía. Se inventaban santos en el almanaque, y así tener excusa para una comilona. Virginie opinaba que Gervaise hacía muy bien en no perder ocasión de llenarse el buche con cosas ricas. Porque, a ver, cuando un hombre se lo bebe todo, es una bendición no dejar que la casa entera se vaya en líquidos y colmar antes el estómago. Si de todas formas se iba a gastar el dinero, mejor que fuese a parar a los bolsillos del carnicero que a los del tabernero. Y Gervaise, aglotonada, se escudaba en esta excusa. ¡Qué se le iba a hacer! Era culpa de Coupeau que ya no ahorrasen ni un triste céntimo. Había seguido engordando y cojeaba más, porque la pierna parecía acortarse a medida que se inflaba de grasa.

Aquel año empezaron a hablar del santo con un mes de antelación. Pensaban platos, relamiéndose. Todo el local se moría de ganas de festejar. Tenía que ser una juerga tremenda, algo fuera de lo común y muy logrado. ¡Dios mío, no todos los días podía una divertirse! Lo que más preocupaba a la lavandera era saber a quién iba a invitar; quería sentar a doce personas a la mesa, ni una más, ni una menos. Ella, su marido, mamá Coupeau y la señora Lerat ya eran cuatro personas de la familia. También irían los Goujet y los Poisson. Al principio decidió que no iba a invitar a las operarias, la señora Putois y Clémence, para no darles demasiadas confianzas, pero, como siempre, hablaban de la fiesta con ellas delante y las mujeres ponían cara de pena, acabó diciéndoles que también podían ir. Cuatro y cuatro ocho, y dos, diez. Como quería completar la docena a toda costa, se reconcilió con los Lorilleux, que llevaban un tiempo rondándola; o, al menos, acordaron que los Lorilleux bajarían a cenar y que harían las paces con una copa en la mano. Porque está claro que las familias no pueden estar a malas toda la vida. Además, la celebración del santo les ablandaba a todos el corazón. Era una ocasión que resultaba imposible rechazar. El caso es que cuando los Boche se enteraron de los planes de avenencia, les faltó tiempo para congraciarse con Gervaise, a fuerza de atenciones y sonrisas complacientes, por lo que hubo que rogarles también a ellos que se sumaran a la comida. Así que, ¡qué caramba!, serían catorce, sin contar a los niños. Nunca había tenido a tanta gente a cenar: se sentía confusa y triunfante.

Justo, el santo caía en lunes. Era una suerte: Gervaise contaba con la tarde del domingo para empezar a cocinar. El sábado, mientras las planchadoras chapuceaban su tarea, en el local se originó un prolongado debate para saber de una vez por todas lo que iban a comer. Solo había un plato decidido desde hacía tres semanas: una oca cebada, asada al horno. De hecho, ya la tenían comprada. Mamá Coupeau fue a buscarla para que Clémence y la señora Putois la sopesaran. Hubo exclamaciones por lo grande que les pareció el bicho con la ruda piel henchida de grasa

amarilla.

—Delante de esto, el puchero, ¿verdad? —dijo—. La sopa y su poquito de carne, que siempre está bueno... Luego habría que servir un plato con salsa.

La grandullona de Clémence sugirió conejo; pero no se comía otra cosa, todo el mundo estaba del conejo hasta la coronilla. Gervaise soñaba con algo más distinguido. Por eso, cuando la señora Putois mencionó un guiso de ternera, ambas se miraron con creciente sonrisa. Qué gran idea: nada podía resultar más aparente que el guiso de ternera.

—Y después —prosiguió Gervaise— habría que servir otro plato con salsa.

Mamá Coupeau pensó en algún pescado. Pero las demás torcieron el gesto, mientras golpeaban más fuerte con las planchas. El pescado no le gustaba a nadie, no saciaba el estómago y estaba lleno de espinas. Cuando la bisoja de Augustine se atrevió a decir que a ella le gustaba la raya, Clémence le cerró el pico de un empellón. Por fin, cuando a la dueña se le acababa de ocurrir una aguja de cerdo con patatas que les volvió a alegrar la cara a todas, Virginie entró como un vendaval, con el rostro encendido.

—¡Qué oportuna llega! —gritó Gervaise—. Mamá Coupeau, haga el favor de enseñarle el bicho.

Mamá Coupeau fue por segunda vez a buscar la oca cebada, que Virginie tuvo que sujetar en la palma de las manos. Exclamó: «¡Madre mía, lo que pesa!». Pero enseguida la dejó encima de la mesa de planchar, entre una enagua y una pila de camisas. Tenía la cabeza en otra parte; se llevó a Gervaise al cuarto del fondo.

—Escúcheme, querida —murmuró a toda prisa—, quiero ponerla sobre aviso... ¿A que no sabe con quién me he topado en la otra punta de la calle? ¡Con Lantier, hija mía! Ahí está, rondando y acechando... Así que he venido corriendo. Como comprenderá, me he asustado por usted.

La lavandera se había quedado blanca. ¿Qué querría ahora aquel desgraciado? Y tenía que llegar justo en mitad de los preparativos de la fiesta. Gervaise se lamentó de tener siempre tan mala suerte; no le dejaban ni darse un capricho tranquilamente. Pero Virginie le contestó que demasiado buena era por hacerse mala sangre. Si a Lantier se le ocurría ir tras ella, ¡no tenía más que llamar a un guardia para que lo encerrara, faltaría más! Desde que su marido había conseguido plaza en la policía, la mujerona morena estaba muy envalentonada y quería detener a todo el mundo. Como subía la voz, mientras decía que ojalá la pellizcara a ella en plena calle para llevar personalmente a ese descarado al puesto de policía y dejarlo en manos de Poisson, Gervaise le pidió por favor que se callase, porque las operarias estaban escuchando. Se adelantó para volver al local y retomó el hilo, aparentando estar de lo más tranquila:

—Y ahora, ¿no haría falta alguna verdura?

—¿Qué tal unos guisantes con tocino? —dijo Virginie—. Si por mí fuera, no comería otra cosa.

—¡Sí, sí, guisantes con tocino! —asintieron todas las demás mientras Augustine, entusiasmada, hundía el atizador hasta el fondo de la estufa.

Al día siguiente, domingo, a las tres de la tarde, mamá Coupeau ya estaba encendiendo los fogones de la casa además de un anafe de barro que les habían prestado los Boche. A las tres y media, el puchero hervía en una olla grande que venía del restaurante de al lado, ya que la de la familia les había parecido demasiado pequeña. Habían decidido preparar el día antes el guiso de

ternera y la aguja de cerdo porque esos platos ganan mucho recalentados; aunque no ligarían la salsa de la ternera hasta el momento de servir. Quedaba aún mucha faena para el lunes, la sopa, los guisantes con tocino y la oca asada. Los tres fogones iluminaban todo el cuarto del fondo; en las sartenes chisporroteaba la harina tostada echando mucho humo; entre tanto, la olla gigante soltaba chorros de vapor como una caldera mientras unos graves y profundos borboteos le sacudían los costados. Mamá Coupeau y Gervaise, con el mandil blanco anudado por delante, llenaban la estancia con sus prisas por deshojar el perejil, salpimentar, darle la vuelta a la carne con la cuchara de palo. Habían mandado a Coupeau a la calle para quitárselo de en medio. Pero, así y todo, tuvieron a gente estorbándolas toda la tarde. Olía tan bien a comida por toda la casa que las vecinas fueron bajando una tras otra, con excusas para entrar, solo para ver lo que se estaba cociendo; se quedaban allí a pie firme esperando a que la lavandera tuviera que levantar las tapas. Luego, a eso de las cinco, se presentó Virginie; había vuelto a ver a Lantier: definitivamente, no se podía pisar esa calle sin toparse con él. La señora Boche también acababa de verlo de lejos, en la esquina de la acera, asomando la cabeza con expresión zorruna. Gervaise, que se disponía en ese momento a ir a comprar cinco céntimos de cebolla quemada, se echó a temblar y ya no se atrevió a salir; más aún teniendo en cuenta que la portera y la costurera le habían metido el miedo en el cuerpo contándole historias terribles de hombres que esperaban a las mujeres con navajas y pistolas escondidas debajo de la levita. ¡Como que todos los días se leían cosas así en los periódicos! Cuando uno de esos bandidos se pone rabioso al ver que una antigua amante vive feliz, es capaz de cualquier cosa. Virginie, muy servicial, se ofreció a ir a comprar la cebolla quemada. Las mujeres tenían que ayudarse entre sí, no podían dejar que asesinaran a esta pobrecita. Cuando volvió, dijo que Lantier ya no estaba allí; debía de haberse largado al darse cuenta de que lo habían descubierto. Aunque no por ello la conversación en torno a las sartenes dejó de versar sobre él hasta la noche. Cuando la señora Boche recomendó que había que poner al tanto a Coupeau, Gervaise se asustó mucho y le rogó que no soltara prenda jamás. ¡Pues sí, apañada estaría! Su marido ya debía de olerse algo del asunto, porque llevaba unos días que, al acostarse, maldecía y soltaba puñetazos contra la pared. A ella le temblaban las manos solo de pensar que los dos hombres se despedazaran por ella; conocía a Coupeau, era tan celoso como para atacar a Lantier con las cizallas. Mientras las cuatro mujeres ahondaban en esa tragedia, las salsas, encima de los fogones cubiertos de ceniza, se cocían a fuego lento; los guisos de ternera y cerdo, cada vez que mamá Coupeau los destapaba, sonaban muy quedo, con un discreto hervor; el puchero seguía roncando como un prior dormido con la panza al sol. Acabaron todas pringando pan en una taza de caldo, para probarlo.

Por fin llegó el lunes. Ahora que Gervaise tenía catorce comensales para la cena, le preocupaba no saber dónde meterlos. Se resolvió a poner la mesa en el local; así y todo, estuvo midiéndolo con un metro para saber cómo orientar la mesa. Luego hubo que llevarse la ropa y desmontar la mesa de planchar que, montada en otros borriquetes, haría las veces de mesa de comedor. En pleno desbarajuste se presentó una clienta que montó una escena porque llevaba esperando su ropa desde el viernes; aquello era una tomadura de pelo y quería su ropa de inmediato. Gervaise se disculpó y mintió con aplomo: no era culpa suya, estaba limpiando el local y las operarias no volverían hasta el día siguiente; luego despidió a la clienta, ya calmada, asegurándole que se encargaría de ella a primera hora. Cuando la mujer se hubo marchado, se lanzó a despotricar. ¡Si es que, de verdad, si fuera por las parroquianas, una no podría ni parar

para comer, tendría que pasarse la vida deslomándose por su cara bonita! ¡Ni que estuvieran en el penal! ¡Pues no faltaba más! Aunque el Gran Turco en persona le trajera un cuello postizo, aunque le pagaran mil francos, no estaba dispuesta a tocar una plancha ese lunes, porque ya iba siendo hora de que le llegara el turno de divertirse un rato.

La mañana entera se fue en hacer las últimas compras. Tres veces Gervaise salió y volvió a casa cargada como una mula. Pero cuando se disponía a salir de nuevo para encargar el vino, se dio cuenta de que no le llegaba el dinero. Podría comprar el vino al fiado, pero no podía dejar la casa sin un céntimo por culpa de todos esos gastos menudos en los que ni siquiera se piensa. Y, en el cuarto del fondo, mamá Coupeau y ella se lamentaron y calcularon que les haría falta por lo menos veinte francos. Pero ¿de dónde iban a sacar esas cuatro monedas de cinco? Mamá Coupeau, que en tiempos había limpiado en casa de una modesta actriz de Les Batignolles, fue la primera que mencionó el monte de piedad. Gervaise soltó una carcajada de alivio. ¡Qué boba era, ya ni se acordaba! Enseguida dobló su vestido de seda negra dentro de una toalla y la cerró con alfileres. Luego lo escondió ella misma debajo del delantal de mamá Coupeau y le encomendó que lo llevara bien aplastado contra la tripa, por los vecinos, que no tenían por qué enterarse. Y se quedó acechando en la puerta, para comprobar que nadie seguía a la anciana, pero esta aún no había dejado atrás la carbonería cuando la llamó:

—¡Mamá, mamá!

La metió en el local y se sacó la alianza del dedo, diciéndole:

—Tenga, añada esto. Así nos darán más.

Cuando mamá Coupeau volvió trayéndole veinticinco francos, bailó de alegría. Iba a encargar, de propina, seis botellas de vino de reserva para acompañar el asado. Los Lorilleux se iban a quedar chafadísimos.

Desde hacía quince días, ese era el anhelo de los Coupeau: chafar a los Lorilleux. Resulta que los muy hipócritas, tanto él como ella, que eran tal para cual, se encerraban cuando comían algo rico, como si lo hubieran robado. En efecto, tapaban la ventana con una manta para ocultar la luz y dar a entender que estaban durmiendo. Claro está, aquello no impedía que la gente subiera; y zampaban ellos solos, se atiborraban sin decir ni una palabra en voz alta. Es más, al día siguiente se guardaban muy mucho de tirar los huesos con la basura, porque entonces los demás sabrían lo que habían comido; la señora Lorilleux iba a tirarlos en una boca de alcantarilla, al final de la calle; una mañana, Gervaise la pilló vaciando allí una cesta llena de conchas de ostra. ¡Desde luego, estaba claro que aquellos avarientos no eran amigos de prodigarse y montaban todos esos tejemanejes por esa ansia que tenían de querer parecer pobres. Pues, ¡hala!, iban a darles una lección, les demostrarían lo que es ser rumbosos. De haber podido, Gervaise habría puesto la mesa en plena calle para invitar así a todo el que pasara. Porque, a ver, el dinero no se inventó para enmohecerse. Cuando es nuevecito y brilla al sol es cuando más luce. Ahora la lavandera se parecía tan poco a sus cuñados que cuando tenía un franco se las apañaba de tal forma que pareciese que tenía dos.

Mamá Coupeau y Gervaise estuvieron hablando de los Lorilleux mientras ponían la mesa, ya desde las tres de la tarde. Habían colgado unas amplias cortinas en el escaparate; pero, como hacía calor, la puerta se había quedado abierta y toda la calle pasaba por delante de la mesa. Ninguna de las dos disponía una jarra, una botella o un salero sin dotarlo de una intención humillante para los Lorilleux. Los habían colocado de tal forma que pudieran ver el servicio de

mesa en todo su esplendor y reservaban para ellos la vajilla buena, sabedoras de que los platos de porcelana les iban a doler.

—¡No, no, mamá —gritó Gervaise—, no les ponga esas servilletas! Tengo dos que están adamascadas.

—¡Ah, muy bien! —murmuró la anciana—. Les va a saber a cuerno quemado, seguro.

Y se sonrieron, de pie, cada una en un extremo de la larga mesa blanca, cuyos catorce cubiertos alineados las henchían de orgullo. Era como si hubiera una capilla en medio del local.

—Es que —siguió diciendo Gervaise— ¡cómo son de ratas!... Sabe que el mes pasado mentían, cuando la mujer fue contando por ahí que había perdido un pedazo de cadena de oro yendo a entregar el trabajo acabado. ¡Como si a esa se le perdiera nunca nada!... Es solo una forma de dárselas de míseros para no pagarle a usted sus cinco francos.

—Esos cinco francos todavía no los he visto más que dos veces —dijo mamá Coupeau.

—¡Qué se apuesta a que el mes que viene se inventarán otra excusa!... Eso explica por qué tapan la ventana cada vez que se comen un conejo. Porque si no, ¿verdad?, se les podría decir, con todo el derecho: «Si podéis comeros un conejo, también podéis darle cinco francos a vuestra madre». ¡Porque lo suyo es puro vicio!... ¿Qué habría sido de usted de no haberla acogido yo en casa?

Mamá Coupeau asintió con la cabeza. Ese día estaba rotundamente en contra de los Lorilleux por la comilona que daban los Coupeau. Le gustaba estar en la cocina, charlar en torno a las cazuelas, poner la casa patas arriba para celebrar los días de fiesta. Además, solía llevarse muy bien con Gervaise. Los demás días, cuando se zaherían mutuamente, como ocurre en todas las familias, la anciana refunfuñaba, decía lo desgraciada que era por estar así, a la merced de su nuera. En el fondo, no podía dejar de sentir cariño por la señora Lorilleux; al fin y al cabo, era su hija.

—¿A que en casa de ellos no estaría usted tan lucida? Ni tampoco tendría café, ni tabaco, ¡ni ningún capricho!... Dígame usted si ellos le habrían puesto dos colchones en la cama...

—No, claro que no —contestó mamá Coupeau—. Cuando vayan a entrar, me pondré delante de la puerta para ver qué cara ponen.

Se regocijaban de antemano con la cara que iban a poner los Lorilleux. Pero no era cosa de quedarse allí, mano sobre mano, contemplando la mesa. Los Coupeau habían almorzado muy tarde, sobre la una, con un poco de fiambre porque los tres fogones ya estaban ocupados y no querían ensuciar la vajilla que habían fregado para la noche. A las cuatro, las dos mujeres estaban en plena actividad. La oca se asaba delante de un hornillo puesto en el suelo, contra la pared, al lado de la ventana abierta; y el bicho era tan gordo que habían tenido que hacer fuerza para meterlo en el asador. La bisoja de Augustine, sentada en un banquito, recibiendo de lleno el reflejo de incendio del hornillo, regaba solemnemente la oca con una cuchara de mango muy largo. Gervaise estaba encargándose de los guisantes con tocino. Mamá Coupeau, aturullada en medio de tantos guisos, andaba rodando por ahí, esperando a que fuese la hora de recalentar el cerdo y la ternera. A eso de las cinco empezaron a llegar los invitados. Las primeras fueron las dos operarias, Clémence y la señora Putois, ambas endomingadas, de azul aquella y de negro esta; Clémence llevaba un geranio, y la señora Putois, un heliotropo. Gervaise, que en ese preciso momento tenía las manos blancas de harina, tuvo que darles a cada una dos sonoros besos con las manos echadas hacia atrás. Luego, pisándoles los talones, entró Virginie, arreglada como una

dama, con vestido de muselina estampada, con chal y sombrero, aunque solo había tenido que cruzar la calle. Traía una maceta de claveles rojos. Directamente rodeó con los largos brazos a la lavandera y la estrechó muy fuerte. Por último, aparecieron Boche con una maceta de pensamientos, la señora Boche con una maceta de reseda y la señora Lerat con una hierbaluisa cuya maceta le había manchado el vestido de merino violeta. Todos ellos se daban besos, se amontonaban en la habitación, en medio de los tres fogones y el hornillo, de los que subía un calor asfixiante. El crepitar de las sartenes cubría las voces. Un vestido se enganchó en el asador y les dio un buen susto. La oca olía tan fuerte que las narices se ensanchaban. Gervaise se mostraba amabilísima, le agradecía a cada uno su ramo, sin por ello dejar de ligar la salsa del guiso de ternera en un plato hondo. Había dejado las macetas en el local, en una punta de la mesa, sin quitarles el alargado cono de papel blanco. Un suave aroma a flores se mezclaba con el olor de la cocina.

—¿Quiere que le echemos una mano? —preguntó Virginie—. ¡Y pensar que lleva usted tres días preparando toda esta comida para que nos la zampemos en un santiamén!...

—¡Qué remedio! —contestó Gervaise—. No iba a hacerse sola... No, no se manche las manos. Ya ve que está todo listo. Solo falta la sopa...

Entonces, se pusieron cómodos. Las señoras dejaron encima de la cama los chales y las cofias, y se alzaron las faldas con alfileres para no ensuciárselas. Boche, que había mandado a su mujer a vigilar la portería hasta la hora cenar, ya estaba empujando a Clémence hacia el rincón de la estufa, preguntándole si tenía cosquillas; y Clémence jadeaba, se retorcía, acurrucada y con los pechos reventándole el corpiño, porque solo de pensar en las cosquillas le entraban escalofríos por todo el cuerpo. Las demás señoras, para no estorbar a las cocineras, también habían pasado al local donde se quedaban arrimadas a las paredes; pero como seguían hablando a través de la puerta abierta y no había forma de oír nada, todo el rato volvían al fondo, invadiendo el cuarto con voces repentinas, formando corrillo en torno a Gervaise, que se despistaba contestándoles, con la cuchara humeante en la mano. Se reían, hacían bromas, subían el tono de la conversación. Al contar Virginie que llevaba dos días sin comer para hacer hueco, Clémence, la muy cochina, fue más allá: ella se había vaciado por la mañana con una lavativa, igual que los ingleses. Entonces Boche explicó una forma de digerir en el acto, que consistía en apretarse con una puerta, después de cada plato; eso también lo practicaban los ingleses y servía para estar comiendo doce horas seguidas sin que el estómago se cansara. Cuando te invitan a cenar, hay que comérselo todo por educación, ¿verdad? La ternera y el cerdo y la oca no se sirven para los gatos. ¡Huy!, la anfitriona no tenía de qué preocuparse: lo iban a rebañar todo tan bien que al día siguiente no tendría ni que fregar los cacharros. Era como si la concurrencia quisiera abrirse el apetito yendo a gulusmear por encima de las sartenes y el asador. Las señoras acabaron portándose como jovencitas; jugaban a empujarse, corrían de un cuarto a otro haciendo mucho ruido contra la tarima, agitando y arrastrando los olores de la cocina con las enaguas, con ensordecedora algarabía, en la que se entremezclaban las carcajadas y el sonido de la hachuela con la que mamá Coupeau estaba picando tocino.

Goujet se presentó en el mismo momento en el que todo el mundo brincaba y gritaba por pura diversión. No se atrevió a entrar, intimidado, con un rosal blanco muy grande entre los brazos, una planta magnífica cuyo tallo le llegaba hasta la cara y le cuajaba de flores la barba amarilla. Gervaise fue corriendo hacia él, arreboladas las mejillas por el calor de los fogones. Pero

el herrero no sabía qué hacer con la maceta; cuando la lavandera se la cogió de las manos, él se puso a tartamudear, sin atreverse a darle un beso. Fue ella la que tuvo que ponerse de puntillas y pegarle la mejilla a los labios; de lo turbado que estaba, por poco la dejó tuerta al besarla rudamente en el ojo. Los dos se quedaron temblando.

—¡Ay, señor Goujet, es precioso! —dijo Gervaise colocando el rosal con las demás flores, sobre las que destacaba con su penacho de hojas.

—Qué va, qué va —repetía él sin que se le ocurriera nada más que decir.

Después de soltar un hondo suspiro, ya algo repuesto, anunció que no contaran con su madre; estaba con ciática. Gervaise lo lamentó mucho; dijo que había que apartarle una porción de oca, tenía empeño en que la señora Goujet probara el bicho. Así pues, ya no esperaban a nadie. Coupeau debía de estar dando una vuelta por el barrio con Poisson, al que había ido a buscar a su casa después del almuerzo; estarían al caer, puesto que habían prometido llegar puntualmente a las seis. Entonces, como la sopa ya estaba casi hecha, Gervaise avisó a la señora Lerat de que le parecía que ya era hora de subir a buscar a los Lorilleux. Según se lo dijo, la señora Lerat puso cara de circunstancias: ella se había encargado de toda la negociación y de acordar entre los dos matrimonios cómo iban a proceder. Se puso de nuevo el chal y la cofia; subió, muy estirada con sus faldas, dándose importancia. Abajo, la lavandera siguió revolviendo la sopa de pasta de Italia, sin decir ni una palabra. Los presentes, que se habían puesto serios de golpe, esperaban con solemnidad.

La señora Lerat fue la primera en volver. Entró por el lado de la calle, para darle mayor pompa a la reconciliación. Sujetó con la mano la puerta del local, abierta de par en par, mientras la señora Lorilleux, con vestido de seda, se quedaba parada en el umbral. Todos los invitados se habían puesto de pie, Gervaise se acercó a su cuñada y le dio un beso, como estaba previsto, diciéndole:

—Vamos, pase usted. Se acabó, ¿verdad que sí?... Vamos a portarnos bien las dos.

—Y ojalá que sea para siempre —contestó la señora Lorilleux.

Cuando hubo entrado, Lorilleux se quedó a su vez parado en el umbral, esperando a que también lo besaran antes de meterse en el local. Ninguno de los dos traía ramo; se habían negado, opinaban que iba a parecer que se sometían demasiado a la Coxcox si llegaban a su casa con flores el primer día. Mientras, Gervaise le decía a voces a Augustine que sacara dos botellas. Y, en una punta de la mesa, llenó los vasos de vino y llamó a todo el mundo. Cada uno cogió el suyo y juntos brindaron por las familias bien avenidas. Hubo un silencio, los presentes bebían, las señoras empinaban el codo, apurando el vaso de un trago, hasta la última gota.

—Nada entona más antes de la sopa —sentenció Boche chasqueando la lengua—. Mucho mejor que un puntapié en el culo.

Mamá Coupeau se había colocado delante de la puerta para ver qué cara ponían los Lorilleux. Le daba tirones de la falda a Gervaise y se la llevó al cuarto del fondo. Las dos, inclinadas encima de la sopa, hablaron animadamente y en voz baja.

—Vaya jeta se les ha quedado, ¿eh? —dijo la anciana—. Usted no ha podido verlos, pero yo estaba montando guardia... Cuando ella ha visto la mesa, ¡mire!, la cara se le ha retorcido así, se le han subido las comisuras de la boca hasta las de los ojos. Y él se ha atragantado, se ha puesto a toser... Ahí los tiene ahora; no saben ni qué decir, venga a morderse los labios.

—Da lástima que pueda haber gente tan envidiosa —murmuró Gervaise.

En efecto, la cara de los Lorilleux era un poema. Que lo dejen chafado no es plato de gusto para nadie, y mucho menos en las familias, en las que, cuando a unos les va bien, los demás rabian, como es natural. Y lo que tienen que hacer es contenerse, ¿verdad?, no llamar la atención. Pues bien: los Lorilleux eran incapaces de contenerse. No podían evitar que se les fueran los ojos y se les torciera el gesto. En definitiva, se les notaba tanto que los demás invitados los miraban y les preguntaban si estaban indispuestos. Nunca lograrían digerir la mesa con sus catorce cubiertos, la mantelería blanca, los pedazos de pan cortados de antemano. Cualquiera habría dicho que estaban en un restaurante de los bulevares. La señora Lorilleux la rodeó, bajó la mirada para no ver las flores y, disimuladamente, palpó el extenso mantel, porque la reconcomía pensar que era nuevo.

—¡Todo listo! —gritó Gervaise, apareciendo de nuevo, sonriente, con los brazos al aire y los mechoncitos rubios de las sienes sueltos.

Los invitados se impacientaban en torno a la mesa. A todos, con cierto apuro, se les empezaba a abrir la boca de hambre.

—Si mi señor marido estuviera aquí —prosiguió la lavandera—, podríamos empezar.

—¡Pues estamos aviados! —dijo la señora Lorilleux—. Se va a quedar la sopa fría... Coupeau siempre se despista. No tendría que haberlo dejado salir.

Eran ya las seis y media. Ya se estaba quemando todo; la oca se iba a pasar. Entonces Gervaise, desconsolada, dijo que se podía mandar a alguien por el barrio, a mirar por las vinaterías, a ver si encontraba a Coupeau. Cuando Goujet se ofreció, decidió ir con él; Virginie, preocupada por su marido, los acompañó. Los tres, sin sombrero, ocupaban el ancho de la acera. El herrero, con la levita puesta, llevaba a Gervaise del brazo izquierdo y a Virginie del derecho: como una cesta con dos asas, según dijo; y a todos les hizo tanta gracia que se pararon, con las piernas flojas de la risa. Se miraron en la luna de la chacinería y se rieron aún más. Al lado de Goujet, todo de negro, las dos mujeres parecían dos *cocottes* con pintas, la costurera con su conjunto de muselina salpicado de ramos rosa y la lavandera con vestido de percal blanco con lunarcitos azules, las muñecas al aire y una corbatita de seda gris anudada al cuello. La gente se los quedaba mirando al pasar, tan alegres, tan lozanos, endomingados en día de semana, abriéndose paso entre el gentío que empantanaba la calle de Les Poissonniers, en la cálida tarde de junio. Pero no habían salido a divertirse. Iban en derechura a la puerta de cada vinatería, asomaban la cabeza y buscaban delante del mostrador. Pero ¿es que el muy animal de Coupeau había ido hasta el Arco de Triunfo para echar un trago? Ya habían cubierto la parte de arriba de la calle, mirando en los lugares estratégicos: en La Petite-Civette, famosa por las ciruelas en aguardiente; donde la tía Baquet, que vendía vino de Orleans a cuarenta céntimos; en Le Papillon,[34] donde se daban cita los cocheros y gente de mal vivir. Ni rastro de Coupeau. Entonces, según iban bajando hacia el bulevar, Gervaise, al pasar delante del local de François, el bodeguero del lugar, soltó un gritito.

—¿Qué pasa? —preguntó Goujet.

La lavandera ya no se reía. Estaba muy pálida y tan turbada que poco le faltó para caerse. Virginie lo entendió enseguida cuando vio donde François, sentado a una mesa, a Lantier, que cenaba tan campante. Las dos mujeres se llevaron a rastras al herrero.

—Se me ha torcido el tobillo —dijo Gervaise en cuanto pudo hablar.

Al cabo, calle abajo, encontraron a Coupeau y a Poisson en el Tugurio del tío Colombe.

Estaban de pie, rodeados de un montón de hombres; Coupeau, vestido con blusón gris, hablaba a voces y gesticulaba iracundo, dando puñetazos en el mostrador; Poisson, que ese día no estaba de servicio, embutido en un viejo paletó marrón, lo escuchaba con expresión apagada y silenciosa, afilándose la perilla y los bigotes rojos. Goujet dejó a las mujeres en el bordillo de la acera y fue a ponerle la mano en el hombro al cinquero. Pero cuando este vio que Gervaise y Virginie estaban fuera, se enfadó. ¿Por qué le tenía que tocar a él aguantar a mujeres de esas? ¿Es que llevar faldas les permitía atosigarlo? Pues, ¡hala!, él de ahí no se movía, que se comieran ellas solitas su asquerosa cena. Para amansarlo, Goujet tuvo que acceder a tomarse una ronda de lo que fuera; así y todo, Coupeau fue tan mal bicho como para demorarse otros cinco minutos delante del mostrador. Cuando por fin salió, le dijo a su mujer:

—¡No me viene bien!... Yo me quedo donde tengo cosas que hacer, ¿te enteras?

Gervaise no contestó nada. Temblaba de pies a cabeza. Debía de haberle contado a Virginie lo de Lantier, porque esta empujó a su marido y a Goujet gritándoles que fueran delante. Hecho lo cual, las dos mujeres se colocaron a ambos lados del cinquero para entretenerlo e impedir que viera nada. Él apenas estaba achispado, más aturdido por haber estado gritando que bebiendo. Para fastidiarlas, como parecían querer ir por la acera de la izquierda, les dio un empellón y se pasó a la de la derecha. Ellas corrieron, asustadas, y trataron de tapar la puerta de François. Pero Coupeau debía de saber que Lantier estaba allí. Gervaise se quedó anonadada al oírlo gruñir:

—Sí, corderita mía, ¿sabes?, está aquí un fulano que conocemos tú y yo. ¿Te crees que me chupo el dedo? Como te vuelva a pillar por ahí, mirando de reojo...

Y soltó palabras gruesas. No era a él a quien andaba buscando, enseñando los codos y con cara de inocente; era a su antiguo rufián. Hasta que, de pronto, le dio un ataque de rabia contra Lantier. ¡So bandido, so crápula! Uno de los dos tenía que acabar en la acera, vaciado como un conejo. Entre tanto, Lantier, al parecer, no se enteraba de nada y comía despacio un añojo con acedera. Estaba empezando a formarse un corrillo. Por fin, Virginie se llevó a Coupeau, que, al revolver la esquina de la calle, se calmó de golpe. Aun así, volvieron al local mucho menos joviales de lo que habían salido.

En torno a la mesa, los invitados esperaban con la cara larga. El cinquero se puso a estrechar manos, cabeceando delante de las señoras. Gervaise, con cierto agobio, hablaba a media voz y colocaba a los comensales. Pero, de repente, se dio cuenta de que, al no estar la señora Goujet, quedaba un sitio vacío, el que estaba al lado de la señora Lorilleux.

—¡Somos trece! —dijo, muy afectada, tomándoselo como una prueba más de la desgracia cuya amenaza llevaba notando desde hacía algún tiempo.

Las señoras, que ya estaban sentadas, se pusieron de pie con cara de preocupación y enfado. La señora Putois se ofreció a retirarse porque, a lo que decía, no se podía jugar con eso; por lo demás, no pensaba probar nada, los bocados no le compensarían. Boche, en cambio, se burlaba: mejor ser trece que catorce; así tocaban a más, y punto.

—¡Esperen! —añadió Gervaise—. Voy a arreglarlo.

Salió a la calle y llamó al tío Bru que, justamente, estaba cruzando la calzada. El viejo obrero entró, encorvado y tenso, con el rostro mudo.

—Siéntese aquí, hombre de Dios —dijo la lavandera—. ¿Le parece bien comer con nosotros?

Él asintió con la cabeza, sin más. Le parecía bien, le daba igual.

—¡Hala! Tanto da él que cualquier otro —siguió diciendo Gervaise, bajando la voz—. Pocas veces come a su antojo. Así, al menos, se dará un festín una vez más... Ahora ya no tendremos remordimientos por atiborrarnos.

A Goujet lo conmovió tanto que tenía los ojos húmedos. Los demás se compadecieron, les pareció muy bien aquel gesto que, añadieron, les traería buena suerte a todos ellos. Sin embargo, a la señora Lorilleux parecía disgustarle estar sentada al lado del viejo; se apartaba, le lanzaba miradas de asco a las manos encallecidas, al blusón remendado y descolorido. Al tío Bru, que seguía con la cabeza gacha, le incomodaba más que nada la servilleta, que tapaba el plato que tenía delante. Acabó quitándola y colocándola cuidadosamente al borde de la mesa, sin acordarse de ponérsela en el regazo.

Por fin, Gervaise sirvió la sopa con pasta de Italia; los invitados ya estaban agarrando las cucharas cuando Virginie observó que Coupeau había desaparecido otra vez. Quizás había vuelto donde el tío Colombe. Pero la concurrencia se enfadó. Esta vez, ¡peor para él!, no iban a salir a perseguirlo; si no tenía hambre, que se quedara en la calle. Según empezaban las cucharas a golpear el fondo de los platos, Coupeau apareció de nuevo, con dos macetas, una debajo de cada brazo. Toda la mesa aplaudió. Él, galante, fue a dejar las macetas a izquierda y derecha del vaso de Gervaise; luego se inclinó y, dándole un beso, le dijo:

—Me había olvidado de ti, cordera... Eso no quita que nos queramos, a pesar de todo, en un día como el de hoy.

—El señor Coupeau se está luciendo esta noche —murmuró Clémence al oído de Boche—. Tiene todo lo que necesita, lo justo para hacerse querer.

El buen gesto del anfitrión reinstauró la alegría que, por un momento, había peligrado. Gervaise, reconfortada, volvía a estar de lo más sonriente. Los comensales se terminaban la sopa, hecho lo cual circularon las botellas y bebieron el primer vaso de vino, cuatro dedos de vino puro, para pasar la pasta. En el cuarto contiguo se oía discutir a los niños. Estaban allí Étienne, Nana, Pauline y Victor Fauconnier. Habían resuelto poner una mesa para ellos cuatro, encomendándoles que se portaran muy bien. La bisoja de Augustine, que vigilaba los fogones, comería con el plato en el regazo.

—¡Mamá, mamá! —exclamó de repente Nana—. ¡Augustine está dejando caer el pan en el asador!

La lavandera fue corriendo y sorprendió a la bisoja abrasándose el gaznate para engullir lo antes posible una rebanada empapada de grasa de oca hirviendo. Le soltó un pescozón porque aquella chica del demonio gritaba que era mentira.

Después del buey, cuando el guiso de ternera apareció servido en una ensaladera, porque la familia no tenía ninguna fuente lo bastante grande, cundió la risa entre los invitados.

—Esto empieza a ser cosa seria —sentenció Poisson, que rara vez hablaba.

Eran las siete y media. Habían cerrado la puerta del local para que el barrio no fuera a fisgonear; el hombrecillo de la relojería de enfrente, sobre todo, abría unos ojos como platos y les quitaba la comida de la boca, mirándolos con tanta gula que les impedía comer. Las cortinas que colgaban delante de los cristales daban una luz blanca y fuerte, homogénea, sin una sola sombra, que inundaba la mesa, con los cubiertos aún simétricos y las macetas de flores metidas en los altos conos de papel; y esa pálida claridad, ese lento crepúsculo, le otorgaba al grupo un aire distinguido. Virginie dio con la palabra exacta: miró la habitación, cerrada y forrada de muselina,

y declaró que era acogedora. Cuando por la calle pasaba una carreta, los vasos saltaban encima de la mesa y las señoras tenían que hablar a voces, como los hombres. Pero todos charlaban poco, se comportaban correctamente y se trataban con cortesía. El único que iba con blusón era Coupeau, porque, según decía, para estar con los amigos no hacían falta tantos perendengues y, por lo demás, el blusón es la prenda de honor del obrero. Las señoras, ceñidas en el corsé, llevaban los bandós untados de pomada en los que se reflejaba la luz; por su parte, los señores, alejados de la mesa, sacaban pecho y apartaban los codos, por miedo a mancharse la levita.

¡Qué demonios!, menudo hueco se había abierto en el guiso de ternera. Si apenas movían la sin hueso era porque estaban moviendo a todo mover las mandíbulas. La ensaladera se iba vaciando, con una cuchara clavada en una estupenda y espesa salsa amarilla que temblaba como si fuera gelatina. Allí pescaban los trozos de ternera. Aún quedaba, la ensaladera pasaba de mano en mano, los rostros se asomaban dentro buscando setas. Los grandes panes, colocados contra la pared, detrás de los comensales, parecían derretirse. Entre bocado y bocado, se oía el culo de los vasos chocando contra la mesa. La salsa estaba un poco salada, hicieron falta cuatro botellas para ahogar aquel soberano guiso, que entraba como una crema y le prendía fuego al estómago. Antes de que pudieran recuperarse, llegó la aguja de cerdo, servida en una fuente honda y rodeada de patatonas redondas, en medio de una nube. Hubo un solo grito. ¡Santo Dios, sí que habían dado en el clavo! Eso gustaba a todo el mundo. Tocaba, pues, hacerle justicia: todos iban siguiendo la fuente con el rabillo del ojo mientras limpiaban el cuchillo con el pan, para estar listos. Y no quedó nadie sin servir, se daban codazos y hablaban con la boca llena. Esa aguja era pura mantequilla, ¿a que sí? Tan suave y firme que se notaba cómo bajaba por el gañote hasta los talones. Las patatas parecían de azúcar. La comida no estaba salada, pero solo por las patatas había que regarla a cada minuto. Vaciaron sin sentir otras cuatro botellas. Y los platos quedaron tan bien rebañados que no hizo falta cambiarlos para los guisantes con tocino. ¡Bah, la verdura no traía cola ninguna! Se podía devorar a cucharadas, por pura diversión. Una auténtica golosina, vaya, el capricho de las señoras, por así decirlo. Lo mejor de los guisantes eran los torreznos, tostados en su punto, apestando a casco de caballo. Bastaron dos botellas.

—¡Mamá, mamá! —gritó de golpe Nana—. ¡Augustine está metiendo las manos en mi plato!

—¡Me tienes harta! ¡Dale un sopapo! —contestó Gervaise, que se estaba atiborrando de guisantes.

En el cuarto de al lado, en la mesa de los niños, Nana hacía las veces de anfitriona. Se había sentado al lado de Victor y había colocado a su hermano Étienne junto a Pauline; así podían jugar a las casitas, eran dos matrimonios en una jira. Al principio, Nana había servido a los invitados muy formalita, con sonrisas afectadas de persona mayor; pero acababa de ceder a su amor por los torreznos y los había apartado todos para ella. La bisoja de Augustine, que rondaba arteramente a los niños, aprovechó aquello para coger los torreznos a puñados, so pretexto de repartirlos bien. Nana, rabiosa, la mordió en la muñeca.

—Ah, pues, ¿sabes qué? —murmuró Augustine—. Le voy a soplar a tu madre que después del guiso le has dicho a Victor que te diera un beso.

Pero las aguas volvieron a su cauce cuando Gervaise y mamá Coupeau entraron para quitar la oca del espetón. En la mesa grande, los comensales se tomaban un respiro, reclinándose contra el respaldo de las sillas. Los hombres se desabrochaban el chaleco, las señoras se enjugaban la

cara con la servilleta. La comida quedó como interrumpida; solo algunos, con las mandíbulas ya en marcha, seguían tragando grandes bocados de pan, sin tan siquiera darse cuenta. Dejaban que la comida bajara, estaban a la espera. Había caído la noche, lentamente; detrás de las cortinas una luz sucia y cenicienta se volvía más densa. Cuando Augustine colocó dos lámparas encendidas, una en cada punta de la mesa, su intensa claridad hizo aparecer la desbandada del servicio, los platos y los tenedores grasientos, el mantel manchado de vino y cubierto de migas. El fuerte olor que emanaba era asfixiante. Aun así, las narices se volvían hacia la cocina, al notar ciertas vaharadas cálidas.

—¿Les podemos echar una mano? —gritó Virginie.

Se levantó de la silla y entró en el cuarto contiguo. Todas las mujeres, una a una, la siguieron. Formaron un corrillo en torno al asador, miraron con profundo interés cómo Gervaise y mamá Coupeau tiraban del bicho. Hasta que se alzó un clamor en el que destacaban las voces agudas y los brincos de alegría de los niños. Hubo una entrada triunfal: Gervaise portaba la oca con los brazos rígidos y el rostro sudoroso, que se iluminaba con una amplia sonrisa silenciosa; las mujeres andaban a la zaga, riéndose como ella; mientras, Nana, con los ojos muy abiertos, se ponía de puntillas para ver. Cuando la oca estuvo encima de la mesa, enorme, dorada, chorreando jugo, no la emprendieron con ella de inmediato. Un asombro, un respetuoso pasmo había dejado sin voz a los presentes. Se la señalaban guiñándose un ojo y meneando la barbilla. ¡Mecachis! ¡Menuda señorona! ¡Qué muslos y qué barriga!

—¡Esta no ha engordado así lamiendo las paredes! —dijo Boche.

Entonces empezaron a pasarle revista al bicho. Gervaise expuso los hechos: el bicho era la pieza más hermosa que había encontrado en la pollería del Faubourg Poissonnière; pesaba doce libras y media en la balanza de la carbonería; habían quemado casi diez litros de carbón para asarla y acababa de soltar tres cuencos de grasa. Virginie la interrumpió para presumir de haber visto el bicho crudo: daban ganas de comérsela tal cual estaba, decía, de lo fina y blanca que tenía la piel, ¡la piel de una rubia, vaya! Todos los hombres se reían con una glotonería pícara que les abultaba los labios. Entre tanto, a Lorilleux y a la señora Lorilleux les consumía la sofoquina de ver una oca semejante servida en la mesa de la Coxcox.

—¡A ver! Que no nos la vamos a comer entera —acabó diciendo la lavandera—. ¿Quién la trincha?... No, no, ¡yo no! Es demasiado grande, no me atrevo.

Coupeau se ofreció. Pues, ¡Señor!, la cosa era sencilla: había que agarrar los miembros y tirar de ellos; los pedazos iban a estar igual de ricos. Pero todos pusieron el grito en el cielo, le quitaron a la fuerza el cuchillo de cocina al cinquero; cuando trinchaba él, dejaba en la fuente una auténtica degollina. Estuvieron un rato buscando un hombre de buena voluntad. Hasta que la señora Lerat dijo con voz amable:

—Escuchen, le corresponde al señor Poisson..., ciertamente, al señor Poisson.

Como parecía que ninguno de los presentes lo entendía, añadió con una intención aún más halagadora:

—Pues claro, le corresponde al señor Poisson, que tiene práctica con las armas.

Le alargó al guardia el cuchillo de cocina que tenía en la mano. Toda la mesa soltó una carcajada de alivio y aprobación. Poisson inclinó la cabeza con rigidez militar y se colocó la oca delante. Sus vecinas de mesa, Gervaise y la señora Boche, se apartaron, para que pudiera mover los codos. Trinchaba despacio, con movimientos amplios, mirando fijamente al bicho, como si

quisiera clavarlo en el fondo de la fuente. Cuando hundió el cuchillo en el caparazón y este crujió, a Lorilleux le dio un arrebato de patriotismo.

—¡Hala! —gritó—. ¿Se imaginan que fuera un cosaco?

—¿Ha luchado usted contra los cosacos, señor Poisson? —preguntó la señora Boche.

—No, contra los beduinos —contestó el guardia, que estaba desprendiendo un ala—. Ya no hay cosacos.

Pero se hizo un profundo silencio. Todos estiraban el cuello, seguían el cuchillo con la mirada. Poisson estaba preparando una sorpresa. De sopetón, dio el último tajo; los cuartos traseros del bicho se separaron y se quedaron de pie, con la rabadilla hacia arriba: era la mitra de un obispo. Hubo entonces un estallido de admiración. Nada como un antiguo militar para deleitar en sociedad. Entre tanto, la oca acababa de soltar un chorro de jugo por el hueco que tenía abierto en el trasero; a Boche le hizo mucha gracia.

—No me importaría —murmuró— que alguien me meara así en la boca.

—¡Ay, pero qué cochino! —gritaron las señoras—. ¡Cómo se puede ser tan cochino!

—¡Es que no conozco a hombre así de asqueroso! —dijo la señora Boche, más furiosa que los demás—. Cállate, ¿me oyes? Que matarías de asco hasta a un ejército... ¡Ya saben que lo hace para comérselo él todo!

En ese momento, en medio del jaleo, Clémence repetía machaconamente:

—Señor Poisson, escuche, señor Poisson... Me guardará la rabadilla, ¿verdad?

—Querida, la rabadilla le corresponde por derecho —dijo la señora Lerat, con ese tono suyo discretamente jocoso.

El caso es que la oca ya estaba trinchada. El guardia, después de dejar unos minutos para que la concurrencia admirase la mitra, había terminado de cortar los pedazos y de colocarlos alrededor de la fuente. Ya podían servirse. Pero las señoras, mientras se desabrochaban el vestido, se quejaban del calor. Coupeau gritó que estaba en su casa y que a paseo los vecinos. Abrió de par en par la puerta de la calle y la fiesta siguió en medio de los coches de punto rodando por la calzada y los transeúntes empujándose por las aceras. Así pues, con las mandíbulas ya descansadas y notándose de nuevo el estómago vacío, los comensales retomaron la cena y atacaron la oca con saña. Solo de estar esperando y de mirar cómo la trinchaban, decía el guasón de Boche, la ternera y el cerdo se le habían encogido.

A fe mía que aquello sí que resultó ser un atracón en toda regla; es decir, que ninguno de los presentes recordaba haberse metido entre pecho y espalda tanta manducatoria. Gervaise, enorme, apelmazada sobre los codos, comía grandes tajadas de pechuga, sin decir palabra, por miedo a perder algún bocado; y solo sentía cierta vergüenza por Goujet, apurada de que la viera comportarse así, tragando como un pozo sin fondo. Por lo demás, el propio Goujet se llenaba también en exceso, al verla sonrosada de tanta comida. Y es que, a pesar de su glotonería, ¡seguía siendo tan buena y atenta! No decía nada, pero a cada instante se tomaba la molestia de cuidar del tío Bru y de ponerle alguna exquisitez en el plato. Resultaba incluso conmovedor ver a esa golosona quitarse un pedazo de ala de la boca para dárselo al viejo, que no parecía hacer distinciones y lo engullía todo, con la cabeza gacha, atontado de tanto zampar, él, que ya no se acordaba ni de cómo sabía el pan. Los Lorilleux desahogaban su rabia con el asado; se servían suficiente para tres días, habrían engullido la fuente, la mesa y hasta el local con tal de arruinar a la Coxcox de una vez. Todas las señoras quisieron probar el caparazón, que es el bocado de las

damas. La señora Lerat, la señora Boche y la señora Putois raspaban los huesos mientras que mamá Coupeau, que se pirraba por el cuello, le arrancaba la carne con sus dos últimos dientes. A Virginie, por su parte, le gustaba la piel si estaba tostadita, y todos los comensales le pasaban su piel, por galantería; tanto que Poisson le lanzaba a su mujer severas miradas y le ordenaba que parase porque era más que suficiente: ya en cierta ocasión, después de comer demasiada oca asada, había tenido que guardar cama quince días con la barriga hinchada. Pero Coupeau se enfadó y le sirvió a Virginie el arranque de un muslo, gritando que, ¡rediós!, si no lo dejaba mondo y lirondo no era una mujer hecha y derecha. ¡Como si la oca le hubiera sentado mal a alguien alguna vez! Todo lo contrario, la oca curaba las enfermedades del bazo. Se despachaba sin pan, como un postre. Lo que era él, habría estado zampando oca toda la noche tan campante; para fanfarronear, se metía un muslo en la boca. Entre tanto, Clémence se estaba terminando la rabadilla, la chupeteaba ruidosamente al tiempo que se retorcía de risa en la silla con las indecencias que Boche le decía por lo bajo. ¡Dios bendito, sí, qué forma de embuchar! Es que las cosas hay que hacerlas bien o no hacerlas, ¿verdad?, y si solo se celebra una comilona de higos a brevas, sería de tontos no engullir hasta reventar. En serio, se veía cómo las panzas se iban inflando sobre la marcha. Las mujeres parecían preñadas. ¡Les iba a estallar el pellejo, a los muy tragaldabas! Con la boca abierta y la barbilla pringada de grasa, los rostros eran como culos, y tan colorados que se hubiera dicho culos de ricos, rebosantes de prosperidad.

¡Y qué decir del vino, damas y caballeros! Corría en torno a la mesa como corren las aguas del Sena. Un auténtico arroyo cuando llueve y la tierra tiene sed. Coupeau escanciaba desde arriba para ver cómo espumeaba el chorro rojo; cuando una botella se quedaba vacía, hacía la broma de darle la vuelta y apretar el cuello igual que hacen las mujeres al ordeñar las vacas. ¡Una más que moría desangrada! En un rincón del local, el montón de cascos vacíos iba creciendo, un cementerio de botellas sobre el que tiraban los restos del mantel. Cuando la señora Putois pidió agua, el cinquero, indignado, acababa de retirar personalmente las jarras. ¿Acaso la gente honrada bebe agua? ¿Es que quería criar ranas en la barriga? Y los vasos se vaciaban de un trago, se oía cómo el líquido arrojado de una tirada caía en el gaznate, haciendo el mismo ruido que un canalón en día de tormenta. ¡Como si lloviera tintorro, vaya! Un tintorro que al principio sabía a barrica vieja, aunque luego se le cogía el gusto, tanto que al final olía a avellana. Y es que, ¡válgame Dios!, dijeran lo que dijeran los jesuitas, ¡el zumo de vid era un gran invento! La concurrencia se reía y asentía, porque, vamos a ver, el obrero no habría podido vivir sin vino; el padre Noé debió de plantar las viñas para los cinqueros, los sastres y los herreros. El vino limpiaba la mugre y el cansancio del trabajo, calentaba las tripas de los haraganes; y cuando el muy chancero te la jugaba, ¡caramba!, no había de qué avergonzarse, teniendo todo París al alcance de la mano. Porque pocos motivos de alegría tenía ya el obrero que se mataba a trabajar, nunca tenía un céntimo y aguantaba el desprecio de los burgueses, como para que no le dejasen cogerse una buena curda de vez en cuando, ¡aunque solo fuera para ver la vida de color de rosa! ¿A que en ese preciso instante el emperador les importaba un bledo? A lo mejor, el propio emperador también estaba borracho, pero eso no quitaba que les importara un bledo, es más, a ver si era capaz de emborracharse y divertirse más que ellos. ¡A la porra los aristócratas! Coupeau mandaba a todo el mundo a paseo. Las mujeres le parecían estupendas, se palmeaba el bolsillo, donde tintineaban quince céntimos, como si hubiese movido monedas de un franco a paletadas. El propio Goujet, de ordinario tan sobrio, empinaba el codo. Los ojos de Boche se encogían, los de

Lorilleux se volvían pálidos, mientras que los de Poisson se revolvían en el rostro curtido de antiguo soldado, lanzando miradas cada vez más severas. Estaban ya borrachos como cubas. Tampoco se libraban las señoras, aunque ¡bah!, apenas estaban achispadas aún, el vino se les había subido a las mejillas y, como se morían por desnudarse, se quitaban la pañoleta; la única que empezaba a perder la compostura era Clémence. Hasta que, de golpe, Gervaise se acordó de las seis botellas de vino de reserva; se le había olvidado servirlo con la oca; las llevó a la mesa y llenaron los vasos. Entonces Poisson se levantó y dijo, con el vaso en la mano:

—Bebo a la salud de la anfitriona.

Los comensales se pusieron de pie, armando mucho ruido al mover las sillas; alargando el brazo, entrechocaron los vasos, en medio de una ovación.

—¡Por los próximos cincuenta años! —gritó Virginie.

—No, no —contestó Gervaise, conmovida y sonriente—, que seré demasiado vieja. Llega un momento en el que es bueno marcharse.

Entre tanto, por la puerta abierta, el barrio miraba y vivía la fiesta. Algunos transeúntes se paraban en el resplandor que se derramaba por el adoquinado y se reían de gusto al ver a aquella gente comer con tanta entrega. Los cocheros que iban encorvados en el pescante fustigando a sus jamelgos echaban una ojeada y soltaban una gracia: «Oye, ¿nos invitas a algo?... ¡Menuda panza, señora, voy a buscar a la partera!...». Y el olor de la oca regocijaba y encandilaba a toda la calle; en la acera de enfrente, los mozos de la tienda de ultramarinos se imaginaban probando el bicho; la frutera y la casquera no paraban de salir a la puerta de su local para olfatear el aire, relamiéndose. No cabía duda, la calle tenía un buen empacho. Las señoras Cudorge, la madre y la hija que vendían paraguas y nunca se dejaban ver, cruzaron la calle, una detrás de otra, mirando de reojo, coloradas como si hubiesen estado haciendo crepes. El modesto relojero, sentado delante de su banco, ya no podía trabajar, embriagado por haber estado contando las botellas, muy animado en medio de sus alegres cucos. «¡Sí, los vecinos están que echan humo!», gritaba Coupeau. ¿Por qué tenían que esconderse? A los comensales, desbocados, ya no les daba vergüenza que los vieran sentados a la mesa; antes bien, los halagaba y los enardecía, ver a esa gente apiñada, gulusmeando con la boca abierta; les habría gustado echar abajo la fachada, llevar la mesa hasta la calzada, disfrutar allí del postre, delante de las narices del público, en la agitación de la calle. No daba asco mirarlos, ¿verdad? Pues entonces no había necesidad alguna de encerrarse como unos egoístas. Coupeau, al ver al hombrecillo de la relojería salivando con el vino, le enseñó de lejos una botella, y, como el otro aceptaba con la cabeza, le llevó la botella y un vaso. Empezaba a confraternizar con la calle. Brindaban a la salud de los que pasaban. Llamaban a los compañeros con pinta de juerguistas. La comilona se extendía, iba ganando terreno, hasta tal punto que el barrio de La Goutte-d'Or entero olía a guisote y se sujetaba la barriga en una bullanga de mil demonios.

Desde hacía un rato, la señora Vigouroux, la carbonera, pasaba una y otra vez por delante de la puerta. El grupo la llamó a voces:

—¡Eh! ¡Señora Vigouroux! ¡Señora Vigouroux!

La mujer, que se había lavado someramente, entró con sonrisa animal y el corpiño a reventar de lo gorda que estaba. A los hombres les gustaba pellizcarla porque podían hacerlo en cualquier parte sin encontrar nunca un hueso. Boche la sentó a su lado; acto seguido, disimuladamente, le agarró la rodilla por debajo de la mesa. Pero ella, que ya estaba acostumbrada, vaciaba

tranquilamente un vaso de vino mientras contaba que los vecinos habían salido a la ventana y que en la casa algunos estaban empezando a enfadarse.

—¡Bah, eso es asunto nuestro! —dijo la señora Boche—. Somos los porteros, ¿no? Pues nosotros nos encargamos de la tranquilidad... Que vengan a quejarse y ya verán qué bien los recibimos.

En el cuarto del fondo, Nana y Augustine acababan de tener una pelea encarnizada porque las dos querían rebañar el asador. Este estuvo un cuarto de hora rebotando por el suelo, sonando como una cacerola vieja. Ahora, Nana cuidaba de Victor, que tenía un hueso de oca en la garganta; le hundía los dedos debajo de la barbilla obligándolo a tragarse trozos grandes de azúcar a modo de medicina, lo cual no le impedía estar pendiente de la mesa grande. Iba cada poco rato a pedir vino, pan, carne, para Étienne y Pauline.

—¡Toma, así revientes! —le decía su madre—. ¡A ver si con esto nos dejas en paz!

A los niños ya no les cabía dentro nada más y, aun así, seguían comiendo, al tiempo que acompañaban golpeando con el tenedor la melodía de un cántico, para animarse.

A pesar de tanto ruido, el tío Bru y mamá Coupeau habían entablado una conversación. El viejo, al que la comida y el vino dejaban igual de pálido, hablaba de los hijos que se le habían muerto en Crimea. ¡Ay, si los chicos hubieran sobrevivido, él tendría pan todos los días! Pero mamá Coupeau, con voz algo pastosa, le decía, inclinándose hacia él:

—¡No se crea, los hijos no dan más que disgustos! Y, si no, míreme a mí, que aquí parece que estoy tan a gusto, ¿verdad? ¡Pues acabo llorando más de una vez!... No, no eche de menos a los hijos.

El tío Bru meneaba la cabeza.

—Ya no me quieren para trabajar en ningún sitio —murmuró—. Soy demasiado viejo. Cuando entro en un taller, los jóvenes se mofan y me preguntan si fui yo quien le lustró las botas a Enrique IV... El año pasado aún gané un franco con diez al día pintando un puente; tenía que tumbarme boca arriba, con el río corriendo debajo de mí. Desde entonces, tengo tos... Ahora, se acabó, me echan a la calle en todas partes.

Se miró las pobres manos rígidas y añadió:

—Y lo entiendo, porque no sirvo para nada. No les falta razón, yo haría lo mismo... La pena, sabe usted, es que no me haya muerto. Sí, la culpa es mía. Cuando ya no se puede trabajar, toca acostarse y estirar la pata.

—La verdad —dijo Lorilleux, que estaba escuchando— es que no entiendo cómo el Gobierno no socorre a los inválidos para el trabajo... El otro día lo leí en un periódico...

Pero Poisson se sintió obligado a defender al Gobierno.

—Los obreros no son soldados —sentenció—. Los Inválidos son para los soldados. No se pueden pedir imposibles.

El postre estaba servido. En el centro había un bizcocho de Saboya como un templo con una cúpula en forma de gajos; encima de la cúpula habían pinchado una rosa artificial junto a la cual se balanceaba una mariposa de papel de plata colgada de un alambre. En el centro de la flor, dos gotas de goma imitaban sendas gotas de rocío. Además, a la izquierda había un pedazo de requesón encharcado en una fuente honda y, en otra fuente, a la derecha, un montón de fresones mustios perdiendo el zumo. Sin embargo, aún quedaba ensalada, anchas hojas de lechuga bañadas en aceite.

—Vamos, señora Boche —dijo Gervaise, muy solícita—, un poquito más de ensalada. Es su pasión, que lo sé yo.

—¡No, gracias pero no! Estoy hasta arriba —contestó la portera.

Como la lavandera se volvía hacia Virginie, esta se metió el dedo en la boca, como para tocar la comida.

—Estoy llena, de verdad —murmuró—. No me queda sitio. No me cabría ni un bocado.

—¡Mujer!, esforzándose un poco... —insistió Gervaise, sonriendo—. Siempre queda algún huequito. La ensalada se come sin hambre... ¿No irán a dejar que se pierda la lechuga?

—Cómasela mañana glaseada —dijo la señora Lerat—. Está mejor glaseada.

Las señoras resoplaban, mirando consternadas la ensaladera. Clémence contó que un día se había zampado tres manojos de berros para almorzar. La señora Putois iba aún más lejos, se comía las lechugas enteras, a bocados, echándoles sal sobre la marcha. Todas ellas se habrían alimentado solo de ensalada, habrían comprado barreños enteros. Y, conversación mediante, las señoras vaciaron la ensaladera.

—Yo me pondría a pastar en un prado —repetía la portera con la boca llena.

Tocó luego bromear con el postre. Porque el postre no contaba. Había llegado un poco tarde, pero daba lo mismo, no por eso iban a tratarlo peor. Cuando estás a punto de estallar como una bomba, no puedes dejar que te amedrenten unas fresas y un bizcocho. Además, no corría prisa, había tiempo de sobra, la noche entera si querían. Entre tanto, llenaron los platos de fresas y requesón. Los hombres encendían las pipas, y como el vino de reserva se había acabado volvieron al ordinario, para seguir bebiendo mientras fumaban. Pero la concurrencia quiso que Gervaise no esperase más para cortar el bizcocho de Saboya. Poisson, muy galante, se levantó para coger la rosa y ofrecérsela a la anfitriona, a lo que todos aplaudieron. Gervaise se la tuvo que prender con un alfiler encima del pecho izquierdo, al lado del corazón. Cada vez que se movía, la mariposa revoloteaba.

—Pero ¡oiga! —exclamó Lorilleux que acababa de descubrir algo—. ¡Si estamos comiendo encima de su mesa de planchar!... ¡Caramba, seguro que nunca antes se había trabajado tanto encima!

Aquella broma malintencionada fue un éxito. Hubo una avalancha de comentarios ingeniosos: Clémence ya no se metía una cucharada de fresas en la boca sin decir que estaba pasando la plancha; la señora Lerat aseguraba que el requesón olía a almidón; mientras que la señora Lorilleux, entre dientes, repetía que qué mejor sitio para comerse tan deprisa el dinero que las mismas tablas sobre las que tanto había costado ganarlo. La tormenta de risas y gritos arreciaba.

Pero, de pronto, una potente voz mandó callar a todo el mundo. Era Boche, que, apoyando el peso en una cadera, con pose y expresión pícaras, estaba cantando *Le volcan d'amour ou Le Troupier séduisant*.[35]

C'est moi, Blavin, que je séduis les belles...[36]

Una atronadora ovación recibió la primera estrofa. ¡Sí, sí, a cantar! Cada cual elegiría su canción. Era de lo más divertido. La concurrencia se puso de codos en la mesa, se reclinó contra el respaldo de las sillas, asintiendo con la cabeza en los mejores pasajes y dando un trago en los estribillos. La especialidad del animal de Boche eran las canciones cómicas. Se habrían reído hasta las jarras, cuando imitaba al sorche, con los dedos abiertos y el sombrero echado hacia

atrás. Según acabó *Le Volcan d'amour* enlazó con *La Baronne de Follebiche*,[37] uno de sus mayores éxitos. Cuando llegó a la tercera estrofa, se volvió hacia Clémence y murmuró con voz más lenta y voluptuosa:

La baronne avait du monde,
Mais c'étaient ses quatre sœurs,
Dont trois brunes, l'autre blonde,
Qu'avaient huit-z-yeux ravisseurs.[38]

Entonces, la concurrencia, entregada, se unía al estribillo. Los hombres marcaban el ritmo a taconazos. Las señoras habían agarrado los cuchillos y golpeaban los vasos al compás. Todos vociferaban:

Sapristi! qu'est-ce qui paiera
La goutte à la pa..., à la pa..., pa...,
Sapristi! qu'est-ce qui paiera
La goutte à la pa... à la patrou... ou... ouille! [39]

Los cristales del local retumbaban, los cantantes levantaban un aire que agitaba los visillos de muselina. Entre tanto, Virginie ya había desaparecido dos veces y, al volver, se había inclinado hacia Gervaise para contarle ciertas cosas al oído. En la tercera ocasión que entró nuevamente en el local, en medio de la algarabía, le dijo:

—Sigue donde François, querida, está haciendo como que lee el periódico... Está claro que trama algo.

Se refería a Lantier. Era él a quien estaba yendo a acechar. Con cada nuevo parte, Gervaise se ponía muy seria.

—¿Está borracho? —le preguntó a Virginie.

—No —contestó la mujerona morena—. Parece muy formal. Eso es lo más preocupante. ¿Por qué se queda en la vinatería, si se ha vuelto normal, eh?... ¡Ay, Dios mío, ojalá que no pase nada!

La lavandera, muy preocupada, le pidió que, por favor, se callase. De pronto, reinaba un gran silencio. La señora Putois acababa de ponerse de pie y estaba cantando *À l'abordage!*[40] Los comensales, callados, ensimismados, la miraban; incluso Poisson había dejado la pipa al borde de la mesa para escucharla mejor. La mujer, menuda y peleona, estaba muy tiesa, con la cara pálida debajo de la cofia negra; lanzaba el puño izquierdo hacia delante con un orgullo convencido mientras bramaba con un vozarrón que no parecía suyo:

Qu'un forban téméraire
Nous chasse vent arrière!
Malheur au flibustier!
Pour lui point de quartier!
Enfants, aux caronades!
Rhum à pleines rasades!
Pirates et forbans
Sont gibiers de haubans![41]

Aquello era cosa seria. Pero, ¡qué caramba!, ilustraba muy bien cómo era en realidad. Poisson, que había viajado por mar, asentía con la cabeza para confirmar los detalles. Por los demás, bien que se notaba que esa canción encajaba perfectamente con el temperamento de la

señora Putois. Coupeau se echó hacia delante para contar cómo la señora Putois, una noche en la calle de Poulet, les había cruzado la cara a cuatro hombres que querían deshonrarla.

Entre tanto, Gervaise, con la ayuda de mamá Coupeau, sirvió el café, aunque los comensales aún no se habían terminado el bizcocho de Saboya. No dejaron que se volviera a sentar; le gritaban que le tocaba a ella. Y la lavandera se defendió, con la cara blanca y contrariada; hasta le preguntaron si no sería que la oca le había sentado mal. Entonces cantó *Ah! laissez-moi dormir!*[42] con voz queda y dulce; cuando llegaba al estribillo, ese anhelo de un descanso poblado de hermosos sueños, se le cerraban un poco los párpados y la mirada encubierta se le perdía en la oscuridad, en dirección a la calle. Inmediatamente después, Poisson saludó a las señoras con un movimiento repentino de la cabeza y entonó una canción de taberna, *Les Vins de France*,[43] aunque desafinando mucho; solo tuvo éxito la última estrofa, la estrofa patriótica, porque al mencionar la bandera tricolor alzó el vaso muy alto, lo columpió y acabó vaciándoselo en la boca muy abierta. Luego se sucedieron varias romanzas; salieron a relucir Venecia y unos gondoleros en la barcarola de la señora Boche, Sevilla y las andaluzas en el bolero de la señora Lorilleux, mientras que Lorilleux llegaba incluso a mencionar los perfumes de Arabia al cantar los amores de Fátima, la bailarina. En torno a la mesa grasienta, en el aire cargado de un soplo de indigestión, se abrían horizontes de oro, pasaban cuellos de marfil, cabelleras de ébano, besos a la luz de la luna con fondo de guitarras, danzarinas sembrando a su paso una lluvia de perlas y gemas; los hombres fumaban en pipa beatíficamente, las señoras se quedaban sonriendo de gozo, sin darse cuenta, todos se imaginaban que estaban allí, aspirando esos gratos olores. Cuando Clémence se puso a gorjear *Faites un nid*[44] con la garganta estremecida, también causó gran placer; evocaba el campo, las aves livianas, los bailes bajo las frondas, las flores con cáliz de miel, en definitiva, todo lo que se veía en el bosque de Vincennes los días que iban a retorcerle el cuello a un conejo. Hasta que Virginie recuperó la diversión con *Mon petit riquiqui*,[45] imitando a la vivandera, con un brazo en jarras; con la otra mano servía copas en el aire, girando la muñeca. Tanto que la concurrencia le rogó entonces a mamá Coupeau que cantara *La Souris*.[46] La anciana se negaba, jurando y perjurando que ella no se sabía esa canción tan verde. Aun así, empezó a entonarla con su hilo de voz cascada; con el rostro arrugado y los ojillos vivarachos acentuaba las alusiones, los temores de la señorita Lise apretándose las faldas cuando veía un ratón. Toda la mesa se reía; las mujeres no lograban quedarse serias, les lanzaban a sus vecinos miradas relucientes; tampoco era tan cochina, al fin y al cabo, no tenía palabras gruesas. Lo cierto es que Boche imitaba al ratón a lo largo de las pantorrillas de la carbonera. La cosa se podría haber torcido de no ser por Goujet que, obedeciendo a una mirada de Gervaise, impuso de nuevo el silencio y el respeto bramando *Les Adieux d'Abd-el-Kader*[47] con su voz de barítono. ¡Menudo chorro de voz, sí, señor! Le salía de la hermosa barba amarilla, que destacaba como una trompeta de cobre. Cuando llegó al grito de *«O ma noble compagne!»*,[48] que se refería a la yegua negra del guerrero, a todos se les aceleró el corazón y le aplaudieron sin esperar a que terminara, de lo fuerte que había gritado.

—¡Ahora le toca a usted, tío Bru! —dijo mamá Coupeau—. Cante la suya. ¡Vamos, que las antiguas son las más bonitas!

La concurrencia se volvió hacia el viejo, insistiendo, animándolo. Él, embotado, con la máscara inmóvil de piel curtida, miraba a la gente, como si no entendiese. Le preguntaron si se sabía *Les Cinq Voyelles*.[49] Agachó la barbilla; ya no se acordaba: todas las canciones de los buenos tiempos se le mezclaban en su mala cabeza. Y cuando ya iban a dejarlo en paz, pareció acordarse,

tartamudeó con voz cavernosa:

Trou la la, trou la la,

Trou la, trou la, trou la la!

Se le animaba la cara, aquel estribillo debía de despertar en él antiguas alegrías, que disfrutaba él solo, escuchando su propia voz cada vez más sorda, con infantil deleite.

Trou la la, trou la la,

Trou la, trou la, trou la la!

—Por cierto, querida —murmuró Virginie acercándose al oído de Gervaise—, vuelvo de la calle otra vez, ¿sabe? No paraba de darle vueltas... ¡Pues resulta que Lantier se ha largado de donde François!

—¿No se lo ha encontrado fuera? —preguntó la lavandera.

—No, he ido andando deprisa, no se me ha ocurrido mirar.

Pero Virginie, según alzaba la vista, se interrumpió y soltó un suspiro ahogado.

—¡Ay, Dios mío...! Si está ahí, en la acera de enfrente; está mirando hacia aquí.

Gervaise, sobrecogida, se arriesgó a echar una ojeada. La gente se había ido apiñando en la calle para oír cantar a la concurrencia. Los mozos de la tienda de ultramarinos, la casquera, el relojero formaban un grupo, parecían estar asistiendo a un espectáculo. Había militares, burgueses con levita, tres niñitas de cinco o seis años, cogidas de la mano, muy serias, maravilladas. Lantier, en efecto, estaba allí plantado, en primera fila, escuchando y mirando tan campante. Por lo pronto, resultaba muy descarado. A Gervaise le subió un escalofrío por las piernas hasta el corazón y ya no se atrevió a moverse, mientras el tío Bru seguía con su:

Trou la la, trou la la,

Trou la, trou la, trou la la!

—¡Ya está bien, hombre, déjelo estar! —dijo Coupeau—. ¿Es que no se la sabe entera?... Ya nos la cantará otro día, ¿eh?, cuando estemos demasiado alegres.

Hubo algunas risas. El viejo se quedó cortado, pasó revista a la mesa con sus pálidos ojos y volvió a quedarse como un animal pensativo. Ya se habían bebido el café, el cinquero había vuelto a pedir vino. Clémence acababa de ponerse otra vez a comer fresas. Por un instante, las canciones cesaron y se habló de una mujer a la que habían encontrado colgada por la mañana en la casa de al lado. Era el turno de la señora Lerat, pero tenía que prepararse. Mojó la punta de la servilleta en un vaso de agua y se la aplicó en las sienes porque estaba muy acalorada. Luego pidió una chispa de aguardiente, se la bebió y estuvo un buen rato limpiándose los labios.

—*L'enfant du bon Dieu,*[50] ¿verdad? —murmuró—, *L'enfant du bon Dieu...*

Y la mujer alta y masculina de nariz huesuda y hombros cuadrados de gendarme se arrancó:

L'enfant perdu que sa mère abandonne,

Trouve toujours un asile au saint lieu.

Dieu qui le voit le défend de son trône.

L'enfant perdu, c'est l'enfant du bon Dieu.[51]

La voz se le quebraba en algunas palabras, se demoraba en notas llorosas; alzaba la vista de reojo hacia el cielo al tiempo que columpiaba la mano derecha delante del pecho y se presionaba el corazón con sentido ademán. Entonces, Gervaise, a quien torturaba la presencia de Lantier, no pudo contener las lágrimas; sentía como si la canción expresara su tormento, que ella era esa niña perdida, abandonada, a la que Dios se encargaba de defender. Clémence, muy borracha, rompió a

llorar de repente; con la cabeza caída al borde de la mesa, ahogaba los hipidos en el mantel. Reinaba un silencio conmovido. Las señoras habían sacado el pañuelo, se enjugaban los ojos, con el rostro erguido, sin avergonzarse de su emoción. Los hombres, con la frente bajada, clavaban la mirada ante sí, parpadeando. Poisson, congestionado y con los dientes apretados, rompió en dos ocasiones la boquilla de la pipa y escupió los trozos al suelo, sin dejar de fumar. Boche, que había dejado la mano en la rodilla de la carbonera, ya no la pellizcaba, sintiendo un remordimiento y un respeto imprecisos; mientras dos lagrimones le corrían por las mejillas. Aquellos juerguistas eran rígidos como la justicia y tiernos como corderitos. ¡Como que el vino se les salía por los ojos! Cuando volvió el estribillo, más lento, más lacrimógeno, todos cedieron, todos soltaron el trapo a llorar en el plato, a moco tendido, enternecidos hasta los tuétanos.

Pero Gervaise y Virginie, a su pesar, no le quitaban ojo a la acera de enfrente. Por su parte, la señora Boche también había visto a Lantier y dejó escapar un gritito, sin dejar de secarse las lágrimas. Entonces a las tres se les puso cara de angustia, mientras se hacían señas con la cabeza. ¡Ay, Dios, como Coupeau se diera la vuelta, como Coupeau viese al otro! ¡Qué matanza, qué degollina! Y se las apañaron tan bien que el cinquero les preguntó:

—Pero ¿qué están mirando?

Se inclinó y reconoció a Lantier.

—¡Por todos los santos, esto pasa de castaño oscuro! —murmuró—. ¡Ah, el muy desgraciado, ah, el muy desgraciado!... No, ha ido demasiado lejos, esto se acabó...

Como se había puesto de pie tartamudeando amenazas atroces, Gervaise le suplicó en voz baja:

—Escúchame, por favor te lo pido... Deja el cuchillo... Quédate en tu sitio, no provoques una desgracia.

Virginie tuvo que quitarle el cuchillo que había cogido de la mesa. Pero no pudo impedir que saliera y se acercara a Lantier. La concurrencia, presa de una emoción creciente, no se enteraba de nada y lloraba a más y mejor mientras la señora Lerat cantaba, en tono desgarrador:

Orpheline on l'avait perdue,
Et sa voix n'était entendue
Que des grands arbres et du vent.[52]

El último verso cayó como la quejumbrosa ráfaga de una tormenta. A la señora Putois, que estaba bebiendo, la afectó tanto que derramó el vino en el mantel. Entre tanto, Gervaise estaba petrificada, apretándose el puño contra la boca para no gritar, guiñando los ojos de espanto, temiendo que, en cualquier momento, uno de los dos hombres que estaban allí fuera tirase al otro de un golpe en plena calle. Virginie y la señora Boche también seguían la escena con profundo interés. A Coupeau le pilló por sorpresa el aire del exterior y casi se cayó de nalgas en el arroyo al tratar de embestir a Lantier. Este, con las manos en los bolsillos, solo tuvo que echarse a un lado. Y ahora los dos hombres estaban discutiendo, el cinquero especialmente, pues estaba poniendo al otro como un trapo; lo llamaba cochino enfermo y amenazaba con sacarle las tripas. Se oía el sonido enfurecido de sus voces, se distinguían los movimientos iracundos, como si fueran a descuajaringarse los brazos de dar bofetones. Gervaise, desfallecida, cerraba los ojos porque aquello estaba durando demasiado y se creía que estaban a punto de devorarse las narices de lo mucho que se acercaban, pegando las caras. Hasta que, al dejar de oírlos, abrió de nuevo los ojos y se quedó pasmada cuando los vio charlando tranquilamente.

La voz de la señora Lerat se alzaba, gorjeante y llorosa, empezando otra estrofa:

Le lendemain, à demi morte,

On recueillit la pauvre enfant...[53]

—¡Parece mentira, lo malnacidas que son algunas mujeres! —dijo la señora Lorilleux, y todos le dieron la razón.

Gervaise había cruzado una mirada con la señora Boche y Virginie. Entonces, ¿se había arreglado la cosa? Coupeau y Lantier seguían de cháchara al borde de la acera. Aún se insultaban, pero amistosamente. Se llamaban «so animal» con un tono no exento de una pizca de ternura. Como los estaban mirando, al final se fueron andando despacito, emparejados, bordeando las casas y volviendo atrás cada diez pasos. Habían entablado una animada conversación. De golpe, pareció que Coupeau volvía a enfadarse mientras el otro rechazaba algo y se hacía de rogar. Y fue el cinquero el que empujó a Lantier y lo obligó a cruzar la calle para entrar en el local.

—¡Le estoy diciendo que lo hago de buena gana! —decía a voces—. Así se toma un vaso de vino... Los hombres, hombres son, ¿no es así? Estamos hechos para entendernos...

La señora Lerat estaba acabando la última estrofa. Las señoras repetían a coro, retorciendo el pañuelo:

L'enfant perdu, c'est l'enfant du bon Dieu.[54]

Felicitaron mucho a la cantante, que se sentó afectando estar molida. Pidió algo de beber porque cuando cantaba esa canción le ponía tanto sentimiento que siempre temía que no le aguantaran los nervios. Sin embargo, toda la mesa estaba fijándose en Lantier, que, sentado apaciblemente al lado de Coupeau, ya se estaba comiendo el último pedazo de bizcocho de Saboya, mojándolo en un vaso de vino. Aparte de Virginie y la señora Boche, nadie lo conocía. Los Lorilleux se olían que había gato encerrado; pero no sabían nada y ponían cara desairada. Goujet, que había notado lo alterada que estaba Gervaise, miraba al recién llegado con malos ojos. Como el silencio empezaba a resultar incómodo, Coupeau dijo sin más:

—Es un amigo. —Y dirigiéndose a su mujer—: ¡Vamos, no te quedes ahí parada!... Puede que aún quede café caliente.

Gervaise los contemplaba, primero a uno y luego al otro. Al principio, cuando su marido había metido a su antiguo amante en el local, había escondido la cabeza entre los dos puños, con el mismo gesto instintivo que cada vez que sonaba un trueno los días de tormenta gorda. Aquello le parecía imposible; las paredes iban a derrumbarse y a aplastar a todo el mundo. Luego, al ver a los dos hombres sentados, sin que ni siquiera los visillos de muselina se moviesen, de golpe todo le pareció de lo más natural. La oca la estaba fastidiando un poco; definitivamente, había comido demasiada y por eso no podía pensar con claridad. Una pereza dichosa la entumecía, la dejaba apelmazada al borde de la mesa, y lo único que necesitaba era que la dejasen en paz. Dios mío, ¿de qué servía angustiarse cuando los demás no lo hacían y los líos parecían solucionarse solos, a gusto de todos? Se puso de pie para ir a ver si quedaba café.

En el cuarto del fondo, los niños se habían dormido. La bisoja de Augustine los había aterrorizado durante todo el postre, birlándoles las fresas e intimidándolos con amenazas espantosas. Ahora estaba malísima, acuclillada en un banquito, con la cara blanca, sin decir nada. La rolliza Pauline había dejado caer la cabeza contra el hombro de Étienne que, a su vez, se había dormido al borde de la mesa. Nana estaba sentada en la alfombrilla de la cama, al lado de Victor, al que estrechaba contra sí pasándole un brazo por el cuello; adormilada, con los ojos cerrados,

repetía con voz queda y continua:

—¡Ay, mamá, me duele!... ¡Ay, mamá, me duele!...

—¡Pues sí! —murmuró Augustine, cuya cabeza rodaba sobre los hombros—. Están como leños; han cantado como los mayores.

A Gervaise se le volvió a caer el alma a los pies al ver a Étienne. Sintió un sofoco, solo de pensar que el padre de ese crío estaba allí mismo, al lado, comiendo bizcocho, y ni siquiera había manifestado el deseo de darle un beso a su hijo. Poco le faltó para despertar a Étienne y llevárselo en brazos. Hasta que, una vez más, se alegró de cómo las cosas se iban arreglando solas y sin contratiempos. Seguramente no habría sido apropiado alborotar la sobremesa. Volvió con la cafetera y le sirvió un vaso de café a Lantier, quien, por lo demás, no parecía hacerle ni caso.

—Ahora me toca a mí —tartamudeaba Coupeau con voz pastosa—. Hay que dejar lo mejor para el final, ¿verdad?... Pues, ¡hala!, ahí va *Qué cochon d'enfant!*[55]

—¡Eso, eso, *Qué cochon d'enfant!* —gritaba toda la mesa.

Volvía el alboroto, Lantier ya no importaba. Las señoras prepararon cuchillos y vasos para acompañar el estribillo. La concurrencia se reía por anticipado mirando al cinquero, que se afianzaba sobre las piernas con actitud descarada. Puso una voz cascada de anciana.

Tous les matins, quand je m'lève,
J'ai l'cœur sens sus d'sous;
J' l'envoi' chercher cont' la Grève
Un poisson d' quatr' sous.
Il rest' trois quarts d'heure en route,
Et puis, en rmontant,
I' m' lich' la moitié d' ma goutte:
Qué cochon d'enfant![56]

Y las señoras, golpeando el vaso con el cuchillo, repitieron a coro, con tremenda alegría:

Qué cochon d'enfant!
Qué cochon d'enfant![57]

Ahora, hasta la calle de La Goutte-d'Or participaba. El barrio cantaba *Qué cochon d'enfant!* En frente, el relojero, los mozos de la tienda de ultramarinos, la casquera, la frutera, que se sabían la canción, se unían al estribillo y se soltaban palmadas, por pura diversión. Sin exagerar: la calle acababa emborrachándose; el olor a juerga que salía de casa de los Coupeau bastaba para que la gente fuera haciendo eses por la calle. Hay que decir que a esas horas de la noche los de dentro ya estaban borrachos perdidos. La cosa había ido creciendo poco a poco, desde el primer trago de vino puro, después de la sopa. Ahora, aquello era el acabose, con todos berreando, todos a reventar de comida, en la bruma rojiza de las dos lámparas que humeaban. El clamor de esa tremenda francachela tapaba el ruido de los últimos carruajes que pasaban. Dos guardias, creyendo que se trataba de una algarada, acudieron corriendo; pero, al ver a Poisson, le dirigieron un saludo cómplice. Se alejaron despacio, emparejados, bordeando las casas negras.

Coupeau había llegado a esta estrofa:

L'dimanche, à la P'tite Villette,
Après la chaleur,
J'allons chez mon oncl' Tinette,
Qu'est maîtr' vidangeur.

Pour avoir des noyaux de c'rise,
En nous en r'tournant,
I's'roul'dans la marchandise:
Qué cochon d'enfant!
Qué cochon d'enfant![58]

Entonces la casa estalló, subió semejante berrido en el aire tibio y sereno de la noche que aquellos gritones se aplaudieron a sí mismos porque ya no podían aspirar a berrear más fuerte.

Ninguno de los presentes consiguió acordarse nunca de cómo terminó la juerga exactamente. Solo de que debió de ser muy tarde porque por la calle ya no pasaba ni un gato. Hasta puede que, incluso, bailaran en corro alrededor de la mesa. Quedaba difuminado en una niebla amarilla con figuras rojas que brincaban, sonriendo de oreja a oreja. De lo que sí estaban seguros era de que, hacia el final, se habían tomado un vino especiado; aunque ya no estaban muy seguros de si alguien había gastado la broma de poner sal en los vasos. Los niños debían de haberse desnudado y acostado solitos. Al día siguiente, la señora Boche presumía de haberle soltado un par de capones a Boche, en una esquina donde estaba charlando con la carbonera demasiado pegado a ella; pero Boche, que no se acordaba de nada, decía que era una broma. En lo que todos coincidían era en lo indecente que había estado Clémence, que era una chica a la que, definitivamente, no se podía invitar; había acabado enseñándolo todo y había vomitado tanto como para echar a perder del todo uno de los visillos de muselina. Los hombres, al menos, salían a hacerlo a la calle; Lorilleux y Poisson, con el estómago revuelto, habían ido corriendo en derechura a la chacinería. Cuando a uno lo han educado como es debido, se le nota siempre. Por eso, cuando las damas como la señora Putois, la señora Lerat y Virginie no aguantaron más el calor, sencillamente fueron al cuarto del fondo a quitarse el corsé; Virginie incluso quiso echarse en la cama, solo un ratito, para que la cosa no fuera a peor. Después, fue como si la concurrencia se desvaneciera, todos se fueron esfumando uno tras otro, acompañándose mutuamente, para desaparecer en las profundidades del barrio oscuro, con una última escandalera, una encarnizada discusión de los Lorilleux, un *«trou la la, trou la la»* lúgubre y machacón del tío Bru. Gervaise creía recordar que Goujet se había echado a llorar al marcharse; Coupeau seguía cantando; mientras que Lantier debió de quedarse hasta el final; de hecho, la lavandera creía seguir notando un aliento que, por un instante, le rozó el pelo, pero no podía decir si era el aliento de Lantier o de la cálida noche.

Por lo demás, como la señora Lerat se negaba a volver a Les Batignolles siendo tan tarde, quitaron de la cama un colchón y se lo colocaron en una esquina del local, después de apartar la mesa. Durmió allí, entre las migas de la cena. Y toda la noche, mientras los Coupeau dormían la mona pesadamente, el gato de una vecina, que se había colado por una ventana abierta, estuvo comiéndose los huesos de la oca, acabó de enterrar al bicho, con el ruidito de sus finos dientes.

VIII

El sábado siguiente, Coupeau no volvió a casa a cenar y apareció a eso de las diez con Lantier. Habían comido juntos unas manitas de cordero donde Thomas, en Montmartre.

—No nos regañes, mujer —dijo el cinquero—. Ya ves que nos hemos portado bien. ¡Huy, con este no hay peligro! Te trae derechito al buen camino.

Y contó cómo se habían encontrado en la calle de Rochechouart. Después de cenar, Lantier había rechazado echar un trago en el café de La Boule Noire,[59] alegando que cuando se tiene una parienta atenta y honrada no hay que prodigarse por todos los garitos. Gervaise lo escuchaba con una sonrisita. Desde luego que no tenía intención de regañar a nadie, le daba demasiado apuro. Desde la fiesta, ya contaba con que, el día menos pensado, volvería a ver a su antiguo amante; pero a semejante hora, cuando se disponía a acostarse, la repentina aparición de los dos hombres la había sorprendido; con manos temblorosas, se volvía recoger el moño, caído sobre la nuca.

—Así que sabrás —prosiguió Coupeau— que ya que ha tenido la delicadeza de no querer echar un trago fuera, te toca a ti invitarnos... ¡Pues no faltaba más!

Ya hacía rato que las operarias se habían marchado, y mamá Coupeau y Nana acaban de meterse en la cama. Así que Gervaise, que estaba a punto de colocar un postigo cuando aparecieron los dos hombres, dejó el local abierto y puso en una esquina de la mesa de planchar vasos y una botella con un fondo de coñac. Lantier se quedó de pie, evitando dirigirse a ella directamente. Sin embargo, cuando fue a servirle, exclamó:

—Solo una gota, señora, por favor.

Coupeau se quedó mirándolos y quiso dejar las cosas claras. No iban a andarse con ñoñerías, ¿verdad? ¡Lo pasado pasado, caramba! Si la gente se guardaba rencor después de nueve años, de diez años, al final no se trataría con nadie. ¡De eso, ni hablar, él llevaba el corazón en la mano! Para empezar, sabía de sobra con quién trataba, con una buena mujer y con un buen hombre, ¡con dos amigos, vaya! Él estaba muy tranquilo, porque sabía lo decentes que eran.

—¡Pues claro que sí..., claro que sí!...! —repetía Gervaise, con la mirada baja, sin saber lo que decía.

—Ahora es como una hermana, solo una hermana —murmuró Lantier, a su vez.

—¡Daos la mano, diantre! —gritó Coupeau—. Y al que le pique, ¡que se rasque! Teniendo algo así, ¿quién quiere ser millonario? Yo pongo la amistad por encima de todo, porque la amistad es la amistad y no hay nada que la supere.

Se arreaba tremendos puñetazos en el estómago, con tanto sentimiento que tuvieron que calmarlo. Los tres, en silencio, brindaron y se bebieron su coñac. Entonces, Gervaise pudo mirar a Lantier abiertamente; porque la noche de la fiesta lo había visto en una niebla. Había engordado, estaba cebado y seboso, con los brazos y las piernas rechonchos por su corta estatura. Pero, por debajo del abotargamiento de la vida de holganza, seguía siendo guapo de cara; como aún se

cuidaba mucho el bigotito, aparentaba exactamente los treinta y cinco años que tenía. Ese día vestía pantalón gris y paletó azulón, como un caballero, con sombrero hongo; llevaba incluso un reloj con leontina de plata, de la que colgaba un anillo, un recuerdo.

—Me voy —dijo—. Tengo un buen trecho por delante.

Ya estaba en la acera cuando el cinquero lo llamó para que le prometiera que no volvería a pasar por delante del local sin al menos saludarlos. Entre tanto, Gervaise, que se había esfumado sin hacer ruido, volvió empujando ante sí a Étienne, en mangas de camisa y ya con cara de sueño. El niño sonreía, se frotaba los ojos. Pero cuando vio a Lantier, se quedó tembloroso y cortado, lanzándoles miradas inquietas, con el rabillo del ojo, a su madre y a Coupeau.

—¿No reconoces a este señor? —preguntó este último.

El niño agachó la cabeza sin contestar. Al cabo, con un breve ademán, indicó que sí que reconocía al señor.

—¡Ea, pues no seas bobo, ve a darle un beso!

Lantier esperaba, serio y tranquilo. Cuando Étienne se resolvió a acercarse, se inclinó, le tendió las mejillas y, a su vez, le plantó un sonoro beso en la frente. Entonces el chiquillo se atrevió a mirar a su padre. Pero, de sopetón, rompió a llorar y escapó corriendo como loco, despechugado, mientras Coupeau lo regañaba y lo llamaba salvaje.

—Es por la emoción —dijo Gervaise, pálida e igualmente alterada.

—Bah, suele ser muy buenecito —explicaba Coupeau—. Lo he educado a conciencia, ya lo verá... Se acostumbrará a usted. Necesita conocer a la gente... Bueno, y aunque solo fuera por este chiquillo, no podíamos seguir de uñas toda la vida, ¿no? Por él tendríamos que haber hecho esto hace mucho, porque preferiría dejar que me cortaran la cabeza antes que impedir que un padre vea a su hijo.

Dicho lo cual, propuso rematar la botella de coñac. Volvieron a brindar los tres. Lantier no se sorprendía de nada, mantenía perfectamente la calma. Antes de irse, para corresponder a las atenciones del cinquero, se empeñó en ayudarle a cerrar el local. Luego, sacudiéndose las manos por pulcritud, le dio las buenas noches al matrimonio.

—Que duerman bien. Voy a ver si pesco el ómnibus... Volveré pronto, lo prometo.

A partir de esa noche, Lantier se dejó ver a menudo por La Goutte-d'Or. Aparecía cuando el cinquero estaba en casa, preguntando por él desde la puerta, haciendo como que iba por allí solo por él. Luego, sentado contra el escaparate, siempre con paletó, bien afeitado y peinado, charlaba educadamente, con modales de hombre instruido. Así fue como los Coupeau se fueron enterando poco a poco de los detalles de su vida. En los últimos ocho años, había pasado una temporada dirigiendo una fábrica de sombreros; cuando le preguntaron por qué lo había dejado, se limitó a hablar de la granujería de un socio, un paisano, un canalla que había arruinado la casa con mujeres. Pero su antigua condición de patrón permanecía en toda su persona como un título nobiliario al que ya no podía renunciar. Siempre decía que estaba a punto de cerrar un trato ventajosísimo, distintas casas de sombrerería lo iban a colocar, a encomendarle grandes responsabilidades. Hasta entonces, no hacía absolutamente nada, se paseaba al sol, con las manos en los bolsillos, igual que un burgués. Los días en que se quejaba y alguien osaba indicarle que tal manufactura buscaba operarios, parecía embargarlo una compasión sonriente, no le apetecía morirse de hambre, deslomándose para los demás. Aquel barbián, como decía Coupeau, no vivía del aire. ¡Huy!, era muy listo, sabía ingeniárselas, algún negocio se traía entre manos, no en vano

tenía esa fachada de prosperidad, necesitaría dinero para pagar la ropa blanca y las corbatas de señorito mantenido. Una mañana, el cinquero había visto cómo le lustraban los zapatos, en el bulevar de Montmartre. La pura verdad era que Lantier, que tanto contaba de los demás, se callaba o mentía cuando se trataba de su persona. No quería ni decir dónde vivía. No, estaba alojado en casa de un amigo, por ahí, en el quinto infierno, hasta que tuviera una buena situación, y le prohibía a la gente que fuese a verlo porque nunca estaba en casa.

—De cada diez colocaciones que se encuentran, solo compensa una. Lo que pasa es que no merece la pena entrar en una casa donde no vas a durar ni veinticuatro horas... Eso me pasó con Champion, en Montrouge, donde empecé un lunes. Por la tarde, Champion me fastidia con la política; no pensaba igual que yo. Así que, ¡aire!, el martes por la mañana me marché, puesto que ya no estamos en la época de los esclavos y que no quiero venderme por siete francos al día.

Corrían los primeros días de noviembre. Lantier llevó, muy galante, ramos de violetas, que repartió entre Gervaise y las dos operarias. Poco a poco, fue menudeando las visitas, hasta que casi iba a diario. Parecía querer conquistar a toda la casa, al barrio entero, y empezó por seducir a Clémence y a la señora Putois, dedicándoles, sin distinción de edad, las atenciones más solícitas. Al cabo de un mes, ambas operarias lo adoraban. Los Boche, a quienes halagaba mucho que fuese a saludarlos a la portería, se hacían lenguas de su cortesía. Por su parte, los Lorilleux, cuando se enteraron de quién era ese señor que había llegado a los postres el día de la fiesta, al principio vomitaron sapos y culebras contra Gervaise, que tenía la osadía de meter en su matrimonio a su antiguo amancebado. Pero un día Lantier subió a su casa y se presentó tan bien encargándoles una cadena para una conocida suya, que le invitaron a sentarse y lo retuvieron una hora, hechizados con su conversación; llegaron incluso a preguntarse cómo un hombre tan distinguido había podido vivir con la Coxcox. Total, que las visitas del sombrerero a casa de los Coupeau ya no escandalizaban a nadie y resultaban de lo más natural, de lo bien que había sabido granjearse la simpatía de toda la calle de La Goutte-d'Or. Solo Goujet se resistía a sus encantos. Si se encontraba en el local cuando llegaba Lantier, él hacía mutis por el foro para no tener que entablar relación con ese individuo.

Sin embargo, en medio de esa chifladura por Lantier, Gervaise pasó las primeras semanas presa de una gran turbación. Notaba en la boca del estómago ese calor que ya la había quemado el día que Virginie le estuvo haciendo confidencias. Lo que más miedo le daba era que temía no tener fuerzas para resistirse si una noche se quedaban a solas los dos y a él se le ocurría besarla. Pensaba demasiado en él, lo llevaba demasiado dentro. Pero, pian pianito, se fue calmando, al ver que se portaba con tanta formalidad, que cuando los demás estaban de espaldas, ni siquiera la miraba de frente ni la tocaba con la yema de los dedos. Además, Virginie, que leía en ella como en un libro abierto, le afeaba que fuese tan malpensada. ¿A qué venían esos temores? No existía hombre más amable. Pues claro que ya no tenía nada que temer. Y la mujerona morena se las apañó un día para juntarlos a ambos en un rincón y que acabaran hablando de sentimientos. Lantier declaró con voz solemne y escogiendo las palabras que en adelante quería consagrarse únicamente a la felicidad de su hijo. Nunca hablaba de Claude, que seguía en el sur. A Étienne, todas las noches le daba un beso en la frente, pero no sabía qué decirle si el niño se quedaba ahí y se olvidaba de él para bailarle el agua a Clémence. Entonces Gervaise se tranquilizó y sintió cómo el pasado se moría en su interior. La presencia de Lantier desgastaba sus recuerdos de Plassans y del hotel Boncœur. De verlo tan seguido, dejó de soñar con él. Hasta le daba cierto asco acordarse

de las relaciones que habían mantenido. ¡Huy, lo suyo estaba acabado y requeteacabado! Si Lantier osaba pedírselo alguna vez, le contestaría con un par de bofetadas y le faltaría tiempo para contárselo a su marido. Y, una vez más, pensaba sin remordimientos, con extraordinaria dulzura, en la profunda amistad de Goujet.

Una mañana, llegando al taller, Clémence contó que la noche antes, a eso de las once, se había cruzado con el señor Lantier llevando a una mujer del brazo. Lo contaba con palabras muy sucias, cargadas de maldad, para ver qué cara ponía la dueña. Pues sí, el señor Lantier iba calle de Notre-Dame-de-Lorette arriba; la mujer era rubia, una de esas pellejas del bulevar, medio muertas, que llevan el culo al aire debajo del vestido de seda. Y, de guasa, los había seguido. La pelleja entró en una chacinería para comprar gambas y jamón. Luego, en la calle de La Rochefoucauld, el señor Lantier se había quedado plantado en la acera, delante de la casa, mirando hacia arriba, mientras esperaba a que la chica, que había subido sola, le indicara por la ventana que se reuniera con ella. Pero por muchos comentarios asquerosos que añadiera Clémence, Gervaise seguía planchando tranquilamente un vestido blanco. A ratos, la historia le arrancaba una sonrisilla. Estos provenzales, decía, estaban todos obsesionados con las mujeres; las necesitaban a toda costa; las habrían recogido a paletadas en un montón de basura. Y, a última hora de la tarde, cuando se presentó el sombrerero, se divirtió oyendo cómo Clémence lo chinchaba, intrigada con aquella rubia. Por lo demás, él parecía halagado de que lo hubieran visto. ¡Señor!, era una vieja amiga, a la que aún veía de tanto en tanto, cuando no podía estorbarle a nadie; una muchacha muy chic, con la casa amueblada de palisandro. Y citaba algunos de sus antiguos amantes, un vizconde, un importante vendedor de loza, el hijo de un notario. A él le gustaban las mujeres que olían bien. Le estaba metiendo debajo de las narices a Clémence el pañuelo que la chica le había perfumado, cuando Étienne volvió a casa. Entonces Lantier volvió a ponerse serio, le dio su beso al niño y añadió que la diversión no pasaba de ahí y que su corazón estaba muerto. Gervaise, inclinada sobre su tarea, asintió con la cabeza con cara de aprobación. Y, una vez más, fue Clémence la que se llevó la peor parte de su maldad, pues había notado perfectamente cómo Lantier la pellizcaba dos o tres veces, con disimulo, y se moría de envidia de no apestar a almizcle como la pelleja del bulevar.

Al volver la primavera, Lantier, que ya era como de la familia, habló de mudarse al barrio para estar más cerca de sus amigos. Quería una habitación amueblada en una casa limpia. La señora Boche y la propia Gervaise se desvivieron para encontrarle una. Registraron las calles aledañas. Pero era muy exigente, pedía que tuviera un patio grande, que estuviera en la planta baja; en definitiva, todas las comodidades imaginables. Y ahora, cada noche, en casa de los Coupeau, parecía estar midiendo la altura de los techos, estudiando la distribución de las habitaciones, y que anhelaba una vivienda igual. ¡Ay!, no pedía más, de buena gana se habría excavado un agujero en ese rincón tranquilo y caliente. Y cada vez terminaba de pasar revista con esta frase:

—¡Cáspita, la verdad es que aquí están la mar de bien!

Una noche en que se quedó a cenar y había soltado su frasecita en el postre, Coupeau, que había empezado a tutearlo, le gritó de buenas a primeras:

—Pues quédate aquí, hombre de Dios, si tanto te gusta... Ya nos apañaremos...

Y explicó que el cuarto de la ropa sucia, si se limpiaba, podía ser un bonito dormitorio. Étienne podía dormir en el local, en un colchón tirado en el suelo, y aquí paz y después gloria.

—No, no —dijo Lantier—, no puedo aceptar. Sería demasiada molestia. Sé que lo dice de corazón, pero nos íbamos a morir de calor, todos apretujados... Y, además, ya sabe, está la libertad de cada uno. Tendría que pasar por la habitación de ustedes y a veces no tendría ninguna gracia.

—¡Ah, pero qué animal! —insistió el cinquero, atragantándose de la risa y golpeando la mesa para aclararse la voz—. ¡Siempre está pensando en las bobadas!... ¡Para eso está la inventiva, alma de cántaro! En la habitación hay dos ventanas, ¿verdad? Pues una se lleva hasta el suelo y se convierte en puerta. Así, fíjate, entras por el patio, y hasta podemos cegar la puerta de comunicación, si nos da la gana. Visto y no visto, tú en tu casa y nosotros en la nuestra.

Hubo un silencio. El sombrerero murmuraba:

—¡Ah, sí!, de ese modo, podría ser... Pero no, qué va, sentiría que estoy de más.

Procuraba no mirar a Gervaise. Pero, a todas luces, estaba esperando a que dijera algo para aceptar. A ella la contrariaba mucho la idea de su marido; no porque la perspectiva de tener a Lantier viviendo con ellos le doliese y la preocupase mucho, sino porque se preguntaba dónde iba a meter la ropa sucia. Entre tanto, el cinquero abogaba por las ventajas de aquel arreglo. El alquiler de quinientos francos siempre les había venido un poco grande. ¡Pues bien!, el compañero pagaría por la habitación amueblada veinte francos al mes; a él no le resultaría caro y a ellos los ayudaría con el arrendamiento. Añadió que él se encargaría de apañar, debajo de la cama de matrimonio, una caja grande donde cupiera toda la ropa sucia del barrio. Entonces Gervaise titubeó, pareció que consultaba con la mirada a mamá Coupeau, a la que Lantier había conquistado meses antes, llevándole pastillas de goma para el catarro.

—Pues claro que no nos molestaría —acabó diciendo—. Ya se nos ocurrirá el modo de organizarnos...

—No, no, gracias —repitió el sombrerero—. Son demasiado amables, sería un abuso.

Esta vez, Coupeau estalló. ¿Iban a durar mucho más esos remilgos? ¡Si le estaban diciendo que se lo ofrecían de corazón! ¡Les estaba haciendo un favor, a ver si lo entendía! Y con tono furibundo vociferó:

—¡Étienne, Étienne!

El muchacho se había dormido encima de la mesa. Alzó la cabeza, sobresaltado.

—Escucha, dile que eso es lo que quieres... Sí, a este señor... Díselo bien alto: ¡es lo que quiero!

—¡Es lo que quiero! —tartamudeó Étienne, con la boca pastosa de sueño.

Todo el mundo se echó a reír. Pero Lantier no tardó en volver a ponerse serio y trascendente. Le dio un apretón de manos a Coupeau, por encima de la mesa, diciéndole:

—Acepto... Es un trato amistoso por ambas partes, ¿verdad? Sí, acepto por el niño.

Al día siguiente, sin más demora, aprovechando que el casero, el señor Marescot, había ido a pasar una hora a la portería de los Boche, Gervaise le habló del asunto. Al principio se mostró preocupado, dijo que no y se enfadó, como si le hubiese pedido que demoliese un ala entera de la casa. Pero luego, tras inspeccionar minuciosamente el lugar, después de mirar hacia arriba para comprobar que los pisos superiores no iban a hundirse, acabó dándole el visto bueno, pero a condición de no correr con ningún gasto; además, los Coupeau tuvieron que firmar un papel en el que se comprometían a dejarlo todo como estaba cuando expirase el arrendamiento. Esa misma noche, el cinquero llevó a varios compañeros suyos, un albañil, un carpintero y un pintor, todos buena gente, que se encargarían de aquel arreglillo después de su jornada, por aquello de hacerle

el favor. Aun así, colocar la nueva puerta y limpiar la habitación no costó menos de un centenar de francos, sin contar las botellas con las que se regó el trabajo. Coupeau les dijo a sus compañeros que se lo pagaría más adelante, con el primer dinero que percibiera del inquilino. Lo siguiente fue amueblar el cuarto. Gervaise metió allí el armario de mamá Coupeau; añadió una mesa y dos sillas que sacó de su propia habitación; por último, tuvo que comprar un palanganero y una cama completa, un total de ciento treinta francos que tendría que pagar a razón de diez francos al mes. Aunque durante unos diez meses los veinte francos de Lantier se los llevaran las deudas que habían contraído, más adelante sacarían un buen beneficio.

El sombrerero se mudó a primeros de junio. La víspera, Coupeau se ofreció a ir con él a buscar el baúl, para ahorrarse el franco con diez céntimos que costaba un coche de punto. Pero el otro se quedó muy apurado, diciendo que su baúl pesaba mucho, como si hubiese querido ocultar hasta el último momento dónde se alojaba. Llegó por la tarde, a eso de las tres. Coupeau no estaba en casa. Y Gervaise, en la puerta del local, se quedó pálida al reconocer el baúl que estaba encima del coche de punto. Era su antiguo baúl, de Lantier y suyo, aquel con el que habían viajado desde Plassans: ahora estaba rayado, roto y sujeto con cuerdas. Lo veía regresar como tantas veces había soñado, y podía imaginarse que el mismo coche de punto, el coche donde la zorra de la bruñidora se había burlado de ella, se lo traía de vuelta. Entre tanto, Boche le estaba echando una mano a Lantier. La lavandera los siguió, callada, un poco aturdida. Cuando los hombres dejaron el bulto en mitad del cuarto, dijo, por decir algo:

—Bueno, pues así se cierra un buen trato, ¿no?

Ya repuesta, como Lantier estaba ocupado desatando las cuerdas y ni siquiera la miraba, añadió:

—Señor Boche, tómese un trago.

Fue a buscar vasos y una botella de vino. Precisamente estaba pasando por la acera Poisson, de uniforme. Gervaise le hizo una señal discreta, guiñando los ojos, con una sonrisa. El guardia la entendió sobradamente. Si le guiñaban el ojo estando él de servicio, quería decir que le invitaban a un vaso de vino. De hecho, paseaba durante horas delante del local de la lavandera, esperando un guiño suyo. Entonces, para que no lo vieran, entraba por el patio y apuraba el vaso a escondidas.

—¡Ajajá! —dijo Lantier al verlo entrar—. ¡Así que es usted, Badingue![60]

Lo llamaba Badingue de guasa, para burlarse del emperador. Poisson lo toleraba con su actitud estirada, sin que en el fondo se pudiera saber si le molestaba o no. Por lo demás, los dos hombres, aunque los separaban sus convicciones políticas, habían hecho muy buenas migas.

—Ya sabe usted que el emperador trabajó como agente de policía en Londres —dijo a su vez Boche—. ¡Que sí, palabra! Recogía a las mujeres borrachas.

A todo esto, Gervaise había llenado tres vasos encima de la mesa. Ella no quería beber, se notaba revuelta. Pero se quedó, mirando cómo Lantier quitaba las últimas cuerdas, con la acuciante necesidad de saber qué había dentro del baúl. Se acordaba de un montón de calcetines, de dos camisas sucias y de un sombrero viejo en una esquina. ¿Seguirían estando allí? ¿Iba a reencontrarse con los andrajos del pasado? Lantier, antes de levantar la tapa, cogió su vaso y brindó.

—A su salud.

—A la suya —contestaron Boche y Poisson.

La lavandera llenó los vasos otra vez. Los tres hombres se limpiaban los labios con la mano. Por fin, el sombrerero abrió el baúl. Estaba lleno de un batiburrillo de periódicos, de libros, de ropa vieja y de ropa blanca en paquetes. Sacó sucesivamente una cazuela, un par de botas, un busto de Ledru-Rollin con la nariz rota, una camisa bordada y un pantalón de trabajo. Gervaise, inclinada, notaba que subía un olor a tabaco, un olor a hombre desaseado que solo cuida la superficie, lo que se ve de su persona. No, el sombrero viejo no estaba en el rincón de la izquierda. Lo que había allí era un acerico que no reconoció, regalo de alguna mujer. Entonces se tranquilizó, sintió una tristeza imprecisa sin dejar de seguir los objetos, preguntándose si serían de su época o de la época de las otras.

—Por cierto, Badingue, ¿ha visto esto? —dijo Lantier.

Le puso debajo de las narices un librito impreso en Bruselas, *Les Amours de Napoléon III*,[61] con grabados y todo. Contaba, entre otras anécdotas, cómo el emperador había seducido a la hija de un cocinero, de trece años de edad; la imagen representaba a Napoleón III, con las piernas al aire, vestido tan solo con la banda de la Legión de Honor y persiguiendo a una chiquilla que se zafaba de su lujuria.

—¡Ah, esto sí que está bien! —exclamó Boche, entregándose a sus instintos disimuladamente voluptuosos—. Siempre pasa lo mismo.

Poisson se había quedado de una pieza, consternado; no se le ocurría nada para defender al emperador. Estaba en un libro, no lo podía negar. Entonces, como Lantier seguía metiéndole la imagen debajo de las narices con actitud jocosa, vociferó, poniéndose en jarras:

—Bueno, ¿y qué? ¿Acaso no ocurre en la naturaleza?

Esa respuesta le calló la boca a Lantier, que colocó los libros y los periódicos en una balda del armario; como parecía muy apenado por no tener una biblioteca pequeñita colgada encima de la mesa, Gervaise le prometió que conseguiría una. Tenía la *Historia de diez años*, de Louis Blanc, a excepción del primer volumen, que, de hecho, no había tenido nunca; la *Historia de los girondinos*, de Lamartine, en fascículos de diez céntimos; *Los misterios de París* y *El judío errante*, de Eugène Sue; además de un montón de libros filosóficos y humanitarios que había sacado de las tiendas de clavos viejos. Pero lo que miraba con ojos más tiernos y respetuosos eran los periódicos. Se trataba de una colección que había reunido él desde hacía años. Cada vez que en el café leía en el periódico un artículo bien logrado y acorde con sus ideas, se compraba el periódico y lo conservaba. De tal forma que tenía ya un paquete enorme, de todas las fechas y todas las cabeceras, apilados sin orden ninguno. Cuando sacó dicho paquete del fondo del baúl, le dio unas palmaditas amistosas, mientras les decía a los otros dos:

—¿Ven esto? Pues es todo mío, nadie puede presumir de tener algo tan estupendo... Ni se imaginan lo que hay dentro. Solo les digo que si se aplicara la mitad de las ideas que hay aquí, se limpiaría de golpe la sociedad. Sí, ese emperador suyo y sus guindillas iban a pasar un mal trago...

Pero le interrumpió el guardia, cuyos bigotes y perilla rojos se agitaban en la cara palidísima.

—Oiga, ¿y el ejército? ¿Dónde deja el ejército?

Entonces Lantier montó en cólera. Se puso a gritar dando puñetazos encima de los periódicos.

—Quiero la supresión del militarismo, la fraternidad entre los pueblos... Quiero la abolición de los privilegios, de los títulos y de los monopolios... Quiero la igualdad de salarios, el reparto de los beneficios, la glorificación del proletariado... Todas las libertades, ¿me oye? ¡Todas!... ¡Y el

divorcio!

—¡Sí, sí, el divorcio por cuestión de moral! —le apoyó Boche.

Poisson había adoptado una actitud majestuosa. Contestó:

—Sin embargo, si yo no quiero esas libertades suyas, estoy siendo libre.

—Si no las quiere, si no las quiere... —tartamudeó Lantier, que le ponía tanta pasión que se atragantaba—. ¡No, no es libre!... ¡Si no las quiere, lo mando a que se pudra en Cayena, con su emperador y todos los cerdos de su banda!

Se enzarzaban así cada vez que se veían. Gervaise, a quien no le gustaban las discusiones, solía intervenir. Salió del atontamiento en el que se había sumido al ver el baúl, repleto del perfume rancio de su antiguo amor, y les señaló los vasos a los tres hombres.

—Es verdad —dijo Lantier, que se había calmado de golpe, cogiendo su vaso—. A su salud.

—A su salud —contestaron Boche y Poisson, brindando con él.

Sin embargo, Boche se balanceaba, preocupado, mirando al guardia de reojo.

—Todo esto queda entre nosotros, ¿verdad, señor Poisson? —murmuró por fin—. Le enseñamos y le decimos cosas...

Pero Poisson no le dejó terminar. Se puso la mano en el corazón, como para explicar que todo se quedaba ahí. No iba a delatar a unos amigos, por descontado. Como Coupeau ya había vuelto a casa, vaciaron otra botella. El guardia se largó luego por el patio y siguió caminando por la acera, erguido y serio, contando los pasos.

En los primeros tiempos, en casa de la lavandera todo fue manga por hombro. Lantier bien que tenía una habitación aparte, con su entrada y su llave; pero como en el último momento decidieron no condenar la puerta de comunicación, casi siempre entraba por el local. A Gervaise también le estorbaba mucho la ropa sucia, porque su marido se había desentendido de aquel cajón que había dicho; así que no le quedaba más remedio que meterla de mala manera en cualquier parte, por los rincones y, esencialmente, debajo de su cama, lo que resultaba muy poco grato las noches de verano. Por último, le fastidiaba mucho tener que montar la cama de Étienne todas las noches en el local; cuando las operarias trabajaban hasta tarde, el niño se quedaba dormido en una silla esperando a que se fueran. Por eso, cuando Goujet le habló de mandar a Étienne a Lille, donde su antiguo patrón, un mecánico, necesitaba aprendices, enseguida le atrajo la idea, tanto más porque el muchacho, que no era feliz en casa y estaba deseando ser dueño de su persona, le suplicó que accediera. La única pega que veía Gervaise era que Lantier se opusiera rotundamente. Había ido a vivir con ellos para estar más cerca de su hijo; no iba a querer perderlo a los quince días de haberse mudado. Sin embargo, cuando, temerosa, le habló del asunto, a él le pareció un proyecto encomiable, pues, según decía, los jóvenes obreros tenían que ver mundo. La mañana en que Étienne se marchó, le soltó un discurso sobre sus derechos, luego le dio un beso y proclamó:

—Recuerda que el productor no es un esclavo, pero que cualquiera que no sea productor es un aprovechado.

Entonces se restableció la rutina de la casa, las aguas volvieron a su cauce y cayeron en el sopor de los nuevos hábitos. Gervaise se había acostumbrado a tener la ropa sucia desperdigada, y a las idas y venidas de Lantier. Este seguía hablando de sus grandes negocios; a veces salía, repeinado y con muda limpia, desaparecía, llegaba incluso a dormir fuera, y luego volvía fingiendo estar molido y con la cabeza hecha un bombo, como si se hubiese pasado veinticuatro

horas seguidas hablando de temas de la mayor gravedad. Lo cierto es que se daba la gran vida. ¡Huy, no había que temer que le salieran callos en las manos! Solía levantarse a eso de las diez, por la tarde daba un paseo si el color del sol era de su agrado, o bien, los días de lluvia, se quedaba en el local, hojeando el periódico. Allí se encontraba en su elemento, se refocilaba entre las faldas, se metía de lleno en el meollo de las mujeres, encantado de oír sus palabrotas y animándolas a soltarlas, aunque él siguiese usando un lenguaje selecto; de ese modo se explicaba que le gustase tanto arrimarse a las lavanderas, que no tenían nada de mojigatas. Cuando Clémence soltaba por esa boca, Lantier se quedaba conmovido y sonriente, retorciéndose el bigotillo. El olor del taller, aquellas operarias sudorosas que manejaban las planchas con los brazos al aire, aquel reducto semejante a una alcoba por donde andaba tirada la ropa interior de las señoras del barrio, parecía ser para él un lugar de ensueño, el refugio donde holgar y disfrutar que llevaba tanto buscando.

En los primeros tiempos, Lantier almorzaba donde François, en la esquina con la calle de Les Poissonniers. Pero, de los siete días de la semana, cenaba hasta tres y cuatro veces con los Coupeau; tanto era así que acabó ofreciéndoles quedarse en pensión completa: les pagaría quince francos cada sábado. Entonces dejó de salir de casa y se instaló allí del todo. Se lo veía de la mañana a la noche yendo del local al cuarto del fondo, en mangas de camisa, alzando la voz, dando órdenes; incluso les contestaba a las parroquianas y llevaba los asuntos domésticos. Como el vino de François no le había gustado, convenció a Gervaise de que en adelante se lo comprara a Vigouroux, el carbonero de al lado, a cuya mujer iba a pellizcar con Boche al hacer los pedidos. Luego fue el pan de Coudeloup, que le pareció que estaba poco hecho, por lo que mandó a Augustine a buscar el pan a la panadería vienesa de Meyer, en el Faubourg Poissonnière. También cambió la tienda de ultramarinos de Lehongre y solo mantuvo al carnicero de la calle Polonceau, Charles el gordo, por sus opiniones políticas. Al cabo de un mes, quiso que toda la comida se preparase con aceite. Como decía Clémence de guasa, a pesar de todo la mancha de aceite reaparecía en aquel dichoso provenzal. Se preparaba él mismo las tortillas, hechas por los dos lados, más doradas que las crepes y tan firmes que parecían tortas. Vigilaba a mamá Coupeau exigiéndole que los filetes estuvieran muy hechos, como una suela; le añadía ajo a todo y se enfadaba si aderezaban la ensalada con hierbas porque, según vociferaba, eran malas hierbas entre las que podía colarse alguna venenosa. Pero lo que realmente le chiflaba era cierta sopa de fideos cocidos en agua, muy espesa, a la que añadía media botella de aceite. Él era el único que la comía, junto con Gervaise, porque los demás, los parisinos, un día que se arriesgaron a probarla, a punto estuvieron de echar las entrañas.

Poco a poco, Lantier se había ido inmiscuyendo también en los asuntos de la familia. Como los Lorilleux seguían haciéndose los remolones para soltar los cinco francos de mamá Coupeau, les explicó que podía interponerles una demanda. Pero ¿qué tomadura de pelo era esa? ¡Eran diez francos al mes lo que tenían que pagar! Y subía él personalmente a cobrarlos, con tanta desenvoltura y amabilidad que la engarzadora no se atrevía a decirle que no. Ahora, también la señora Lerat ponía dos monedas de cinco francos. Mamá Coupeau le habría besado las manos a Lantier, que, de propina, actuaba como árbitro en las discusiones entre la anciana y Gervaise. Cuando esta, falta de paciencia, trataba con rudeza a su suegra y la mujer se iba a llorar a su cama, él, a empellones, las obligaba a darse un beso, preguntándoles si se creían muy graciosas portándose como brujas. Otro tanto sucedía con Nana: en su opinión, la estaban educando fatal. Y

en eso, razón no le faltaba, porque cuando le pegaba el padre, la madre se ponía de parte de la niña, y cuando era la madre la que tenía la mano suelta, el padre ponía el grito en el cielo. Encantada de ver a sus padres tirarse los trastos a la cabeza, Nana hacía mil y una diabluras. De momento, le había dado por ir a jugar a la herrería de enfrente; se pasaba el día columpiándose en las lanzas de las carretas; se escondía con bandas de golfillos al fondo del patio desvaído, que iluminaba el fuego rojo de la forja. Y, de sopetón, volvía a aparecer, corriendo, gritado, despeinada y churretosa, con una fila de golfillos a la zaga, como si alguien hubiera espantado a los malditos críos con una andanada de martillazos. Lantier era el único que podía regañarla. Y, aun así, sabía muy bien cómo manejarlo. Aquella mocosa de diez años, delante de él, andaba como una señora, se contoneaba, lo miraba de soslayo, con los ojos ya repletos de vicio. Fue él quien acabó encargándose de su educación: le enseñaba a bailar y a hablar provenzal.

Así transcurrió un año. En el barrio creían que Lantier era rentista, porque solo así podía explicarse el tren de vida de los Coupeau. Desde luego, Gervaise seguía ganando dinero, pero, ahora que mantenía a dos hombres desocupados, era obvio que el negocio no podía cubrirlo todo; más aún cuando el servicio había empeorado, las parroquianas se iban, las operarias se pasaban el día ganduleando. Lo cierto era que Lantier no pagaba nada, ni el alquiler ni la comida. Los primeros meses lo había hecho parcialmente; luego se había limitado a decir que iba a cobrar una gran suma, gracias a la cual se pondría al día, de una sola vez. Gervaise ya no se atrevía a pedirle ni un céntimo. Compraba el pan, el vino y la carne a crédito. La cuenta iba engrosándose en todas partes, al ritmo de tres y cuatro francos al día. No había adelantado ni medio franco al vendedor de muebles ni a los tres compañeros de Coupeau, el albañil, el carpintero y el pintor. Todo el mundo estaba empezando a refunfuñar, en las tiendas ya no eran tan educados con ella. Pero como si esa deuda desaforada la embriagase, se aturullaba, elegía las cosas más caras, daba rienda suelta a su glotonería desde que no pagaba; en el fondo, seguía siendo muy honrada, soñaba con ganar cientos de francos, de la noche a la mañana, no sabía muy bien cómo, para repartir las monedas de cinco francos a puñados entre sus proveedores. En definitiva, se estaba hundiendo, y según rodaba cuesta abajo, hacía planes para ampliar el negocio. Y eso que, a mitad del verano, la grandullona de Clémence se había despedido porque ya no había trabajo suficiente para dos operarias y tardaba varias semanas en cobrar. En medio de este descalabro, Coupeau y Lantier se dedicaban a mover el bigote. Los dos pájaros, a mesa puesta, se zampaban el negocio, engordaban a costa de arruinar el establecimiento, y se animaban mutuamente a ponerse ración doble, y se palmeaban la tripa riéndose, en el postre, por aquello de digerir más deprisa.

En el barrio, la comidilla era saber si de verdad Lantier había vuelto a liarse con Gervaise. Sobre ese particular las opiniones estaban divididas. Según los Lorilleux, la Coxcox hacía todo lo posible para volver a pescar al sombrerero, pero él ya no tenía interés, la veía demasiado marchita y tenía en la ciudad jovencitas mucho mejor encaradas. Por el contrario, los Boche decían que la lavandera, ya la primera noche, se había reunido con su antiguo amante en cuanto el buenazo de Coupeau empezó a roncar. Aquello, de una forma u otra, no olía nada bien; pero en la vida suceden tantas porquerías que a la gente ese matrimonio a tres bandas le acababa pareciendo natural y hasta entrañable, porque nunca se peleaban y guardaban las apariencias. Seguramente, de haber metido las narices en las interioridades de otras casas del barrio, habrían atufado mucho más. Al menos, en la de los Coupeau estaban bien avenidos. Los tres se lo guisaban y se lo comían, se apimplaban y se acostaban juntitos, sin perturbar el sueño de los vecinos. Además,

todo el barrio seguía rendido a los buenos modales de Lantier. Aquel zalamero les cerraba el pico a todas las cotorras. Es más, ante la duda de si tenía relaciones con Gervaise, cuando la frutera le negaba a la casquera que las tuviesen, esta parecía decir que menuda pena porque, a ver, así los Coupeau no resultaban tan interesantes.

Entre tanto, Gervaise vivía tranquila en ese aspecto, no se le pasaban por la cabeza semejantes cochinadas. Las cosas llegaron a tal punto que la acusaron de no tener corazón. En la familia, nadie entendía el rencor que le guardaba al sombrerero. La señora Lerat, a quien le chiflaba alcahuetear, iba a su casa todas las noches y trataba a Lantier como un hombre irresistible, en cuyos brazos se habrían rendido las damas más empingorotadas. La señora Boche, de haber tenido diez años menos, no respondería de su virtud. Una conspiración sorda, constante, iba creciendo, empujaba lentamente a Gervaise, como si todas esas mujeres de su entorno hallaran su propia satisfacción dándole a ella un amante. Pero Gervaise se sorprendía, no le veía tantos atractivos a Lantier. No cabía duda de que había mejorado: siempre vestía paletó, había pulido su educación en los cafés y las tertulias políticas. Solo que ella, que lo conocía de sobra, le veía el alma reflejada en los ojos y volvía a encontrarse allí con un montón de cosas que aún le provocaban cierto temor. Pero, bueno, si tanto les gustaba a las demás, ¿por qué no se arriesgaban a catarlo? Eso fue lo que le dio a entender un día a Virginie, que era la más encendida. Entonces, la señora Lerat y Virginie, para provocarla, le contaron los amoríos de Lantier y de la grandullona de Clémence. Sí, ella no había notado nada; pero en cuanto salía a hacer un recado, el sombrerero se llevaba a la operaria a su cuarto. Ahora se los veía juntos por ahí, él debía de ir a verla a su casa.

—¿Y qué? —dijo la lavandera, temblándole un poco la voz—. ¿A mí por qué iba a importarme?

Miraba los ojos amarillos de Virginie, en los que centelleaban chiribitas de oro, como los de los gatos. ¿De modo que esa mujer estaba resentida con ella y trataba de ponerla celosa? Pero la costurera, poniendo cara de tonta, contestó:

—No tiene por qué importarle nada, por supuesto... Solo que debería usted aconsejarle que deje a esa chica que solo le va a traer disgustos.

Lo peor era que Lantier, sintiéndose respaldado, estaba cambiando la forma de tratar a Gervaise. Ahora, cuando le estrechaba la mano, se demoraba un poco en soltarle los dedos. La atosigaba con la miranda, clavando en ella unos ojos descarados en los que la lavandera podía leer claramente lo que le estaba pidiendo. Si pasaba por detrás de ella, le hundía las rodillas en las faldas, le soplaba en el cuello, como para dormirla. Sin embargo, aún tardó un tiempo en actuar con brutalidad y declararse. Pero cierto día, ya avanzada la tarde, cuando los dos estaban a solas, la empujó delante de él sin mediar palabra, la acorraló, temblorosa, contra la pared, al fondo del local, y allí intentó besarla. El azar quiso que en ese preciso instante entrara Goujet. Gervaise se zafó y escapó. Los tres cruzaron unas palabras, como si no hubiera pasado nada. Goujet, blanco como el papel, había bajado la mirada, creyendo que los estaba molestando, que ella había luchado para que nadie los viera besándose.

Al día siguiente, Gervaise estuvo yendo y viniendo por el local, incapaz de planchar ni un pañuelo; necesitaba ver a Goujet, explicarle cómo Lantier la había sujetado contra la pared. Pero desde que Étienne estaba en Lille ya no se atrevía a entrar en la fragua, donde Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif, la recibía con risa socarrona. Sin embargo, por la tarde, cedió al deseo, agarró una

cesta vacía y se marchó, so pretexto de recoger unas enaguas en casa de la parroquiana de la calle de Les Portes-Blanches. Luego, cuando llegó a la calle de Marcadet, delante de la fábrica de pernos, se quedó paseando despacito, contando con un feliz encuentro. Goujet, por su parte, debía de estar esperándola, porque Gervaise no llevaba allí ni cinco minutos cuando él salió, como por casualidad.

—¡Anda! Tiene usted un recado —dijo con una pálida sonrisa—; va de vuelta para casa...

Decía eso por decir algo, porque precisamente Gervaise le estaba dando la espalda a la calle de Les Poissonniers. Y fueron subiendo hacia Montmartre, emparejados, sin cogerse del brazo. Debían de estar pensando solo en alejarse de la fábrica, para que no pareciera que se daban cita en la puerta. Con la cabeza gacha, iban siguiendo la calzada hundida, en medio del rumor de las fábricas. Hasta que al cabo de doscientos pasos, con toda naturalidad, como si ya conociesen el lugar, se desviaron a la izquierda, aún sin decir nada, y se adentraron en un descampado. Era, entre una serrería mecánica y una manufactura de botones, una franja de pradera que seguía estando verde, con zonas amarillas de hierba agostada; una cabra atada a un poste daba vueltas balando; al fondo, un árbol seco se desmigajaba a pleno sol.

—¡De verdad —murmuró Gervaise—, es como estar en el campo!

Fueron a sentarse debajo del árbol seco. La lavandera soltó la cesta a sus pies. Delante de ellos, el cerro de Montmartre escalonaba las hileras de casas altas, amarillas y grises, entre ralos matojos verdes; si echaban la cabeza más para atrás, veían el ancho cielo de una pureza ardiente por encima de la ciudad, que surcaba al norte una bandada de nubecitas blancas. Pero la intensa luz los cegaba; miraban, enrasados con el horizonte plano, la lejanía color tiza de los arrabales; seguían, sobre todo, la respiración del delgado tubo de la serrería, que soplaba chorros de vapor. Esos hondos suspiros parecían aliviar un pecho oprimido.

—Sí —dijo Gervaise, incómoda con ese silencio, al hilo de lo anterior—, estaba haciendo un recado, he salido...

Después de tanto anhelar darle una explicación, de repente ya no se atrevía a hablar. Le había dado mucha vergüenza. Sin embargo, bien que notaba que habían ido allí de común acuerdo, para hablar de aquello; de hecho, lo estaban hablando sin pronunciar una sola palabra. El asunto del día anterior se interponía entre ellos como un peso molesto.

Entonces, dejándose llevar por una tristeza atroz, con lágrimas en los ojos, contó la agonía de la señora Bijard, su operaria del lavadero, que había muerto por la mañana después de padecer dolores espantosos.

—Fue por culpa de un puntapié que le había dado Bijard —decía con voz queda y monótona—. Se le infló la tripa. Seguramente debió de romperle algo por dentro. ¡Dios mío!... Tres días ha tardado en irse al otro barrio... ¡Ay, en los presidios hay granujas que no han hecho ni la mitad! Pero la justicia tendría demasiada tarea si se ocupara de las mujeres a las que matan sus maridos. Un puntapié más o menos, ¿verdad?, no importa mucho cuando los recibes todos los días. Y la pobre mujer hasta quería salvar a su hombre del patíbulo, y contaba que se había hecho daño en la tripa al caerse en una tina... Estuvo aullando toda la noche antes de irse.

El herrero callaba, arrancaba hierbas con los puños crispados.

—No hace ni quince días que había destetado a su hijo pequeño, Jules, y todavía hay que alegrarse, porque así el niño no sufrirá... Total, que ahora Lalie, que es una cría, tiene que cargar con dos mocosos. Aún no ha cumplido ocho años, pero es tan seria y sensata como una verdadera

madre. No por ello el padre deja de molerla a palos... ¡Así es!, hay seres por ahí que han nacido para sufrir.

Goujet se la quedó mirando y, de buenas a primeras, dijo con labios temblorosos:

—Me dolió mucho verla ayer, ¡ay, sí!, me dolió mucho...

Gervaise se puso pálida y juntó las manos. Pero él siguió:

—Ya lo sé, tenía que pasar... Solo que tendría que haberse sincerado conmigo, haberme confesado cómo están las cosas, para no dejarme creer...

No pudo terminar. Gervaise se había puesto de pie, al comprender que Goujet creía que Lantier y ella volvían a estar juntos, como aseguraba todo el barrio. Y con los brazos tendidos gritó:

—No, no, se lo juro... Me estaba empujando, iba a besarme, es cierto; pero su cara ni siquiera llegó a tocar la mía, y era la primera vez que lo intentaba... ¡Mire, se lo juro por mi vida, por la de mis hijos, por lo más sagrado que tengo!

Sin embargo, el herrero meneaba la cabeza. Desconfiaba, porque las mujeres siempre dicen que no. Gervaise entonces se puso muy seria y siguió diciendo:

—Usted me conoce, señor Goujet, no soy una mentirosa... ¡Pues no, no es eso, palabra de honor!... Y nunca lo será, ¿me oye?, ¡nunca! El día que suceda, me convertiré en lo peor de lo peor, y ya no seré digna del afecto de un hombre honrado como usted.

Al hablar, tenía un rostro tan hermoso, rebosante de sinceridad, que él la agarró de la mano para que volviera a sentarse. Ahora respiraba aliviado, se reía por dentro. Era la primera vez que le daba la mano a Gervaise y la estrechaba en la suya. Ambos se quedaron callados. En el cielo, la bandada de nubes blancas nadaba con la lentitud de un cisne. En el rincón de la parcela, la cabra, vuelta hacia ellos, los miraba, balando muy quedo a intervalos regulares. Y, sin soltarse los dedos, con los ojos anegados de ternura, se perdían a lo lejos, por la ladera descolorida de Montmartre, rodeados por el oquedal de las chimeneas de las fábricas que estriaban el horizonte, en ese arrabal yesoso y desolado, donde los bosquecillos verdes de las tabernuchas los conmovían hasta las lágrimas.

—Ya sé que su madre está resentida conmigo —retomó la conversación Gervaise en voz baja—. No me lo niegue... ¡Les debemos tanto dinero!

Pero él la trató con brutalidad, para que se callara. Le sacudió la mano, como para rompérsela. No quería que hablase de dinero. Luego, tras un titubeo, tartamudeó al fin:

—Escuche, hace tiempo que estoy pensando en proponerle una cosa... Usted no es feliz. Mi madre asegura que la vida se le está volviendo en contra...

Se detuvo, un poco sofocado.

—Pues bien: lo que tenemos que hacer es irnos juntos.

Ella lo miró, sin acabar de entenderlo al principio, sorprendida por esa brusca declaración de un amor del que nunca había dicho nada.

—¿Cómo dice? —preguntó.

—Sí —continuó él con la cabeza gacha—, nos marcharíamos, viviríamos en algún sitio, en Bélgica si usted quiere... Es casi mi país... Trabajando los dos, pronto viviríamos holgadamente.

Gervaise se puso muy colorada. Aunque Goujet la hubiera abrazado para besarla, no le habría entrado tanta vergüenza. Y es que no dejaba de ser raro, ese mozo que le proponía raptarla, como ocurre en las novelas y en la alta sociedad. Pues claro que veía a su alrededor que

los obreros cortejaban a las mujeres casadas; pero no se las llevaban ni tan siquiera a Saint-Denis, todo ocurría allí mismo y sin rodeos.

—¡Ay, señor Goujet, señor Goujet!... —murmuraba, sin saber qué otra cosa decir.

—En fin, pues eso, que solo estaríamos usted y yo —prosiguió él—. Los demás me molestan, ¿comprende?... Cuando siento afecto por alguien, no me gusta que ande con otros.

Pero ella, reponiéndose, ahora le decía que no, con tono sensato.

—No puede ser, señor Goujet. Estaría muy mal... Estoy casada, ¿verdad?, tengo hijos... Sé muy bien el afecto que me tiene y que le hago daño. Lo malo es que tendríamos remordimientos, no disfrutaríamos de ningún placer... Yo también le tengo afecto, demasiado como para dejarle hacer tonterías. Porque sería una tontería, claro que sí... No, hágame caso, es mejor que nos quedemos como estamos. Nos estimamos, compartimos ese sentimiento. Eso ya es mucho, es lo que me ha mantenido firme más de una vez. Seguir siendo decentes en una situación como la nuestra ya es una gran recompensa.

Él asentía con la cabeza mientras la escuchaba. Estaba de acuerdo, no podía llevarle la contraria. De pronto, a plena luz del día, la tomó entre sus brazos, la estrechó casi aplastándola y le dio un beso furioso en el cuello, como si quisiera comerle la piel. Después la soltó, sin pedir nada más, y no volvió a decir ni palabra de su mutuo amor. Ella se sacudió, sin enfadarse, comprendiendo que los dos se habían ganado sobradamente ese pequeño placer.

Pero el herrero, estremecido de pies a cabeza por un tremendo escalofrío, se apartaba de ella para no ceder a las ganas que tenía de volver a abrazarla; e iba arrastrándose de rodillas, sin saber qué hacer con las manos, arrancando dientes de león que arrojaba desde lejos en la cesta. Había allí, en medio de la hierba quemada, unos dientes de león magníficos. Poco a poco, ese juego lo fue calmando, le pareció divertido. Con los dedos anquilosados por el trabajo con el martillo, rompía delicadamente las flores, las lanzaba una a una, y sus ojos de perro bondadoso se reían, cuando caían dentro del canasto. La lavandera se había apoyado contra el árbol seco, alegre y reposada, alzando la voz para que la oyera, a través del fuerte aliento de la serrería mecánica. Cuando se marcharon del descampado, andando juntos y charlando sobre Étienne, que estaba tan a gusto en Lille, la cesta iba llena de dientes de león.

En el fondo, Gervaise no se sentía tan valiente como decía delante de Lantier. Era cierto que estaba decidida a no permitirle que la tocara ni con la yema de los dedos; pero, si llegaba a tocarla, tenía miedo de esa vieja debilidad suya, de esa flojedad y de esa complacencia a las que cedía por no disgustar a nadie. Sin embargo, Lantier no volvió a intentar nada. Varias veces se quedaron los dos a solas y él estuvo tranquilo. Al parecer, la casquera, una mujer de cuarenta y cinco años muy bien conservada, lo tenía ocupado. Gervaise, delante de Goujet, hablaba de la casquera para reconfortarlo. Cuando Virginie y la señora Lerat cantaban las alabanzas del sombrerero, les contestaba que, puesto que ya tenía encandiladas a todas las vecinas, no le hacía ninguna falta que ella lo admirase.

Por el barrio, Coupeau iba pregonando que Lantier era un amigo de los de verdad. Por muy verdes que los pusieran, él sabía lo que sabía, lo tenían sin cuidado los chismes, pues tenía la decencia de su parte. Los domingos, cuando salían los tres, obligaba a su mujer y al sombrerero a ir andado delante él, cogiditos del brazo, por aquello de gallear por la calle; e iba mirando a la gente, dispuesto a cruzarle la cara a quien se permitiera la mínima guasa. Dese luego, Lantier le parecía un poco estirado, lo acusaba de hacerle dengues al matarratas y se metía con él porque

sabía leer y hablaba como un abogado. Pero, aparte de eso, lo tenía por un hombre de pelo en pecho. En todo el barrio de La Chapelle no había nadie tan recio. Por si fuera poco, se comprendían mutuamente, estaban hechos el uno para el otro. La amistad con un hombre es algo mucho más sólido que el amor con una mujer.

Cabe decir que Coupeau y Lantier se corrían juntos unas juergas desenfrenadas. Ahora Lantier le daba a Gervaise sablazos de diez y veinte francos, en cuanto se olía que había dinero en casa. Siempre eran para grandes negocios. En aquellos días, a continuación malmetía a Coupeau, contaba que tenía que hacer un recado muy largo, lo llevaba con él; después, sentados frente a frente al fondo de algún restaurante próximo, se metían entre pecho y espalda platos que no se pueden comer en casa, regados con vino de reserva. El cinquero habría preferido merendolas de estilo más campechano, pero le impresionaban los gustos de aristócrata del sombrerero, que encontraba en el menú salsas con nombres extraordinarios. No se podía uno imaginar a un hombre tan delicado, tan exigente. En el sur todo el mundo es así, según parece. Por lo pronto, no quería nada que restriñera, comentaba lo sano que era cada guiso, devolvía la carne si le parecía que estaba salpimentada de más. Y era aún peor con las corrientes de aire, les tenía auténtico pavor, discutía con todo el local si se quedaba una puerta entornada. Así y todo, un agarrado, que le dejaba al camarero diez céntimos por comidas de siete y ocho francos. Eso daba igual, se echaban a temblar cuando aparecía, eran muy conocidos en los bulevares exteriores, desde Les Batignolles hasta Belleville. Iban a la calle de la Grande-Rue de Les Batignolles a comer callos al estilo de Caen, que les servían en unos escalfadores pequeñitos. Al pie de Montmartre encontraban las mejores ostras del barrio en La Ville-de-Bar-le-Duc.[62] Cuando se aventuraban cerro arriba, hasta Le Moulin-de-la-Galette,[63] les preparaban un conejo salteado. En Les Lilas,[64] en la calle de Les Martyrs, la especialidad de la casa era la cabeza de ternera; mientras que en la calzada de Clignancourt, los restaurantes Le Lion-d'Or[65] y Les Deux-Marronniers,[66] servían unos riñones salteados para chuparse los dedos. Pero casi siempre tiraban a la izquierda, hacia Belleville, donde tenían mesa reservada en Les Vendanges-de-Bourgogne, en Le CadranBleu, en Le Capucin,[67] que eran casas de toda confianza donde se podía pedir cualquier cosa con los ojos cerrados. Eran aquellas jiras de tapadillo las que comentaban al día siguiente, con medias palabras, mientras picoteaban las patatas de Gervaise. Un día, incluso, en un bosquecillo de Le Moulin-de-la-Galette, Lantier llevó a una mujer con la que Coupeau lo dejó a los postres.

Naturalmente, no se puede estar de juerga y trabajando. Así pues, desde que el sombrerero se sumara a la familia, el cinquero, que ya ganduleaba bastante, acabó por no volver a tocar una herramienta. Cuando aún se dejaba contratar, el compañero lo atosigaba en la obra, se burlaba sin piedad cuando se lo encontraba colgado de la cuerda de nudos como un jamón ahumado; y le gritaba que bajase a tomar un trago. Dicho y hecho, el cinquero soltaba lo que tuviese entre manos y hacía rabona durante días y semanas. ¡Y qué rabonas! Con una inspección general a todos los garitos del barrio, durmiendo por la tarde la mona de la mañana y retomándola por la noche, empalmando las rondas de rosolí que se perdían en la noche como los farolillos de una verbena, hasta que la última vela se apagaba con el último vaso. El animal del sombrerero siempre se quedaba a medio camino. Dejaba que el otro se achispara, lo plantaba y volvía a casa sonriente, con su cara amable. Él se agarraba las curdas pulcramente, sin que nadie se diera cuenta. Quien lo conocía bien se lo notaba solo en que se le achicaban los ojos y gastaba unos modales más atrevidos con las mujeres. El cinquero, en cambio, se ponía que daba asco, ya no

podía beber sin caer en un estado indigno.

Así las cosas, en los primeros días de noviembre, Coupeau hizo rabona para correrse una juerga que acabó de forma sucísima para él y para los demás. El día antes había encontrado tarea. Esta vez, Lantier estaba rebosante de buenas intenciones; predicaba el trabajo, puesto que el trabajo ennoblece al hombre. Por la mañana, incluso, se levantó a la luz de la lámpara y tuvo empeño en acompañar a su amigo al tajo, con solemnidad, honrando en su persona al obrero realmente digno de ese nombre. Pero al llegar a la altura de La Petite-Civette, que estaba abriendo, entraron a comer una ciruela, solo una, única y exclusivamente para regar su firme resolución de portarse como es debido. Delante del mostrador, en un banco, Bibi-la-Grillade, adosado a la pared, fumaba en pipa, cariacontecido.

—¡Anda, Bibi haciéndose el remolón! —dijo Coupeau—. ¿Qué pasa, hombre, que tienes pachorra?

—¡Quia! —contestó el compañero estirando los brazos—. Son los patronos, que te quitan las ganas de trabajar... Ayer dejé plantado al mío... Son todos unos crápulas y una gentuza.

Bibi-la-Grillade aceptó una ciruela. Debía de estar ahí, en el banco, esperando a que alguien pidiera una ronda. Sin embargo, Lantier defendía a los patronos; a veces lo pasaban mal pero que muy mal, si lo sabría él, que había tenido negocios. ¡Menudos indeseables, los operarios! Siempre de juerga, sin importarles la tarea, dejándote tirado a mitad de un encargo, reapareciendo cuando estaban pelados. Precisamente, había tenido a un mocito de Picardía cuya debilidad era pasear en coche; sí, en cuanto cobraba la paga semanal, se pasaba el día cogiendo coches de punto. ¿Qué gustos son esos para un trabajador? Hasta que, de buenas a primeras, Lantier se puso a atacar también a los patronos. ¡Él le llamaba al pan, pan, y al vino, vino, tanto con unos como con otros! No dejaban de ser de la peor ralea, que exprimían y devoraban sin escrúpulos a la gente. Él, gracias a Dios, tenía la conciencia tranquila porque siempre se había portado como un amigo con sus hombres y había renunciado a ganar millones, a diferencia de otros.

—Vámonos, amiguito —le dijo a Coupeau—. Hay que portarse bien, si no, llegaremos tarde.

Bibi-la-Grillade, con los brazos colgando, salió con ellos. Fuera apenas había amanecido, un amanecer que el reflejo embarrado de la calzada ensuciaba; el día anterior había llovido y la temperatura era muy suave. Las farolas de gas estaban recién apagadas; la calle de Les Poissonniers, donde aún flotaban jirones de oscuridad atrapados entre las casas, se llenaba del ruido sordo de los pasos de los obreros que bajaban hacia París. Coupeau, con la bolsa de cinquero al hombro, caminaba faranduleando como un ciudadano que las ve venir, por una vez y de casualidad. Se dio la vuelta y preguntó:

—Bibi, ¿quieres trabajar? El patrón me ha dicho que, si podía, llevase un compañero.

—Gracias —contestó Bibi-la-Grillade—, pero me estoy purgando... Díselo a Mes-Bottes, que ayer estaba buscando jornal... Espera que, cómo no, Mes-Bottes está ahí dentro.

Como ya habían bajado la calle, vieron, en efecto, a Mes-Bottes donde el tío Colombe. A pesar de ser tan temprano, el Tugurio resplandecía, con los postigos quitados y el gas encendido. Lantier se quedó en la puerta y le recomendó a Coupeau que se diera prisa, les quedaban solo diez minutos.

—¡Cómo! ¡Vas al taller de ese guindilla de Bourguignon! —gritó Mes-Bottes cuando el cinquero habló con él—. ¡A mí no me vuelven a pillar en ese agujero! No, prefiero apretarme el cinturón hasta el año que viene... Pero, hombre, no vas a durar allí ni tres días, ¡te lo digo yo!

—¿En serio, es mal sitio? —preguntó Coupeau, preocupado.

—¡Uf, de lo peorcito!... No te puedes ni mover. El capataz no te quita ojo. Por no hablar de los malos modos, una parienta que te llama borracho, un local donde no se puede escupir... Los mandé a paseo en cuanto acabé la primera jornada, como comprenderás.

—¡Bueno, pues me doy por avisado! No pienso echar raíces allí... Voy a probar esta mañana, pero si el patrono se pone pesado, lo agarro y se lo planto encima a la parienta, ya sabes, ¡bien pegaditos como un par de lenguados!

Coupeau le sacudía la mano al compañero para agradecerle tan valiosa información. Y ya se estaba marchando cuando Mes-Bottes se enfadó. ¡Maldita sea!, ¿es que Bourguignon iba a impedir que se tomaran un trago? ¿Acaso los hombres ya no eran hombres? El capataz no se iba a morir por esperar cinco minutos. Lantier entró para aceptar la ronda y los cuatro obreros bebieron de pie delante del mostrador. Mientras, Mes-Bottes, con los zapatos de talones desgastados, el blusón negro de mugre, la gorra aplastada en la coronilla, daba grandes voces y revolvía los ojos como si fuera el dueño y señor del Tugurio. Acababan de proclamarlo emperador de los borrachos y rey de los cerdos por haberse comido una ensalada de tábanos vivos y darle un bocado a un gato muerto.

—¡A ver, pedazo de Borgia! —le gritó al tío Colombe—. Pónganos del amarillo, el meado de burro de la mejor calidad.

Cuando del tío Colombe, pálido y tranquilo con su chaqueta de punto azul, hubo llenado los cuatro vasos, los caballeros los apuraron de un trago, por aquello de no dejar que el líquido se orease.

—Hay que ver lo bien que sienta por donde pasa —murmuró Bibi-la-Grillade.

Pero el animal de Mes-Bottes estaba contando una chuscada. El viernes estaba tan bebido que los compañeros le habían sellado la pipa en la boca con un puñado de yeso. Cualquier otro habría reventado, pero él sacaba pecho y se pavoneaba.

—¿Los caballeros no quieren otra ronda? —preguntó el tío Colombe con su voz gruesa.

—Sí, sírvanos otra —dijo Lantier—. Esta la pago yo.

Ahora la conversación iba de mujeres. El domingo anterior, Bibi-la-Grillade había llevado a su legítima a ver a una tía suya, en Montrouge. Coupeau le preguntó por Malle-des-Indes,[68] una lavandera de Chaillot a la que conocían bien en la taberna. Se disponían a beber cuando Mes-Bottes, bruscamente, llamó a Goujet y a Lorilleux que pasaban por allí. Estos se quedaron en la puerta y no quisieron entrar. El herrero no sentía necesidad de tomar nada. El engarzador, pálido y tiritando, sujetaba dentro del bolsillo las cadenas de oro que iba a entregar, y tosía, se disculpaba, alegando que una sola gota de aguardiente lo dejaba baldado.

—¡Menudos gazmoños! —gruñó Mes-Bottes—. Fijo que pimplan por los rincones.

Y habiendo metido las narices en el vaso, la tomó con el tío Colombe.

—¡Mal bicho, has cambiado de botella!... ¡Que sepas que conmigo no cuela andar disimulando tu matarratas!

Ya se había hecho de día y una claridad turbia iluminaba el Tugurio, donde el dueño estaba apagando el gas. Entre tanto, Coupeau disculpaba a su cuñado, que no podía beber, cosa que, al fin y al cabo, tampoco era ningún crimen. Incluso le daba la razón a Goujet, pues no tener nunca sed resultaba ser un honor. Y al decir que se marchaba a trabajar, Lantier, con esos aires que se daba de hombre decente, le dio una buena lección: uno tiene que pagar su ronda, qué menos,

antes de poner pies en polvorosa; uno no podía dejar tirados a los amigos como un canalla, aunque fuera para cumplir con su deber.

—¿Nos va a seguir dando la tabarra mucho rato con su trabajito? —gritó Mes-Bottes.

—Entonces, ¿esta es la ronda del caballero? —le preguntó el tío Colombe a Coupeau.

Este pagó su ronda. Pero cuando le llegó el turno, Bibi-la-Grillade se inclinó para decirle algo al oído al tío Colombe, que dijo que no moviendo lentamente la cabeza. Mes-Bottes comprendió de qué se trataba y se puso a increpar al granuja del tío Colombe. ¡Cómo semejante don nadie se permitía tratar de tan malos modos a un compañero! ¡Todos los aguardenteros fiaban a los parroquianos! ¡Uno iba a la botillería para que lo insultaran! El dueño mantenía la calma, con aquellos tremendos puños apoyados en el borde del mostrador y balanceándose de uno a otro, mientras repetía cortésmente:

—Préstele el dinero al caballero, es lo más sencillo.

—¡Rediós, pues sí que se lo voy a prestar! —vociferó Mes-Bottes—. ¡Toma, Bibi, calderilla para tirársela al vendido este a la cara!

Ya desbocado, harto de ver la bolsa que Coupeau aún tenía echada al hombro, siguió adelante, dirigiéndose al cinquero:

—Pareces un ama de cría. Suelta ya al rorro. Te va a salir chepa.

Coupeau titubeó un instante y, tranquilamente, como si lo hubiera decidido después de una madura reflexión, dejó la bolsa en el suelo diciendo:

—Ya se ha hecho tarde. Iré donde Bourguignon después de almorzar. Le contaré que a la parienta le ha dado un cólico... Óigame, tío Colombe, le dejo mis herramientas debajo de este banco, las recogeré a mediodía.

Lantier, asintiendo con la cabeza, dio el visto bueno a tal arreglo. Hay que trabajar, qué duda cabe; pero cuando uno se topa con amigos, prima la cortesía. A los cuatro les habían ido picando y amuermando las ganas de jarana, y, torpes las manos, se tanteaban con la mirada. Así pues, en cuanto tuvieron cinco horas de holganza por delante, les entró una repentina y ruidosa alegría, se palmearon mutuamente, se berrearon ternezas a la cara, sobre todo Coupeau, que, aliviado y rejuvenecido, llamaba a los demás «¡mi amigo del alma!». Se achisparon un poco más con otra ronda general; acto seguido, se fueron a La Puce-qui-Renifle,[69] un garito pequeño y malfamado donde había una mesa de billar. El sombrerero estuvo de morros un rato porque no era un local muy limpio: el orujo costaba un franco el litro, cincuenta céntimos un cuartillo en dos vasos, y la parroquia había hecho tantas marranadas en la mesa de billar que las bolas se quedaban pegadas. Pero una vez entablada la partida, Lantier, que manejaba el taco extraordinariamente, recuperó la donosura y el buen humor, desplegando el torso y acompañando cada carambola con un meneo de caderas.

Cuando fue hora de almorzar, a Coupeau se le ocurrió una idea. Pateó el suelo gritando:

—Hay que ir a buscar a Bec-Salé. Sé dónde trabaja... Lo llevaremos a comer manitas en salsa blanca donde la tía Louis.

Los demás aclamaron la idea. Sí, seguro que Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif, necesitaría comer manitas en salsa blanca. Se marcharon. Las calles estaban amarillas, lloviznaba; pero tenían ya demasiado calor por dentro como para notar ese fino riego sobre sus huesos. Coupeau los llevó a la calle de Marcadet, a la fábrica de pernos. Como llegaron más de treinta minutos antes de la hora de salida, el cinquero le dio diez céntimos a un chiquillo para que entrara a decirle a Bec-

Salé que la parienta se le había puesto mala y lo reclamaba de inmediato. Enseguida apareció el herrero, contoneándose, la mar de tranquilo, oliéndose una comilona.

—¡Seréis borrachuzos! —dijo en cuanto los vio escondidos debajo de una puerta—. Me lo estaba viendo venir... A ver, ¿qué vamos a comer?

Donde la tía Louis, mientras chupaban los huesecillos de las manitas, arremetieron de nuevo contra los patronos. Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif, contó que en su taller tenían un encargo urgente. ¡Bah!, el capataz tenía la manga ancha con la hora de vuelta; aunque faltaras cuando pasaba lista, no se enfadaba, y podía darse con un canto en los dientes si volvías. Además, no había riesgo de que un patrono osara jamás echar a la calle a Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif, porque fulanos con su capacidad ya no se encontraban. Después de las manitas se comieron una tortilla. Se bebieron una botella por cabeza. La tía Louis traía el vino de Auvernia, un vino color sangre que se podía cortar con cuchillo. Se estaban empezando a divertir, la escapada iba calentándose.

—¿Qué manía le ha entrado de tocarme las narices al puñetero capataz? —gritó Bec-Salé a los postres—. ¿Pues no le ha dado ahora por colgar una campana en su barracón? Una campana está bien para los esclavos... ¡Acabáramos! Ya puede pasarse el día repicando. ¡Que me parta un rayo si vuelven a pillarme en la fragua! Llevo cinco días a matacaballo, bien puedo darle esquinazo... Como me lea la cartilla, lo mando a paseo.

—Pues a mí —dijo Coupeau dándose pisto— no me queda más remedio que dejaros, me voy a trabajar. Sí, se lo he jurado a mi mujer... Que os divirtáis, os llevo en el corazón, camaradas, ya lo sabéis.

Los demás bromeaban. Pero él parecía tan resuelto que todos lo acompañaron cuando dijo que iba a buscar las herramientas donde el tío Colombe. Sacó la bolsa de debajo del banco adosado a la pared, la colocó ante sí mientras bebía un último trago. A la una, la concurrencia seguía convidándose a rondas. Entonces Coupeau, con ademán de fastidio, volvió a meter las herramientas debajo del banco; le estorbaban, no podía acercarse al mostrador sin tropezarse con ellas. Qué tontería, iría donde Bourguignon al día siguiente. Los otros cuatro, que estaban discutiendo sobre la cuestión de los salarios, no se sorprendieron cuando el cinquero, sin dar explicaciones, les propuso ir a dar una vueltecita por el bulevar, para estirar las piernas. Había dejado de llover. La vueltecilla se limitó a recorrer doscientos pasos en fila, con los brazos colgando, y no se les ocurría nada que decir, sorprendidos por el aire y molestos por estar fuera. Despacio, sin tan siquiera tener que consultarse con un codazo, fueron calle de Les Poissonniers arriba, donde entraron en el local de François para tomar una copa de la botella. En serio, lo necesitaban para reponerse. Estar en la calle resultaba demasiado triste, había barro como para no dejar salir a un guardia. Lantier llevó a los compañeros al reservado, un rincón angosto que ocupaba una sola mesa y estaba separado de la sala común mediante un tabique con cristales esmerilados. Él tenía costumbre de empinar el codo en los reservados porque resultaba más respetable. ¿A que los compañeros se encontraban allí muy a gusto? Era como estar en casa, como para quedarse a dormir sin miramientos. Pidió el periódico, lo abrió cuan ancho era, con el ceño fruncido. Coupeau y Mes-Bottes habían empezado una partida de cientos. Dos botellas y cinco vasos andaban desperdigados por la mesa.

—¿Y bien? ¿Qué se cuenta en esos papelotes? —preguntó Bibi-la-Grillade al sombrerero.

Este tardó un poco en contestar. Luego, sin levantar la vista, dijo:

—Estoy con el Parlamento. ¡Menudos republicanos de pacotilla están hechos los gandules de la izquierda! ¡Como si el pueblo los eligiera para envidiarles el agua con azúcar!... ¡Este resulta que cree en Dios, y les hace carantoñas a los canallas de los ministros! Si me eligieran a mí, subiría a la tribuna y diría: «¡A la mierda!». ¡Sí, solo eso, es lo que opino!

—Sabréis que Badinguet se lio a tortas con la parienta la otra noche, delante de toda la corte —contó Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif—. ¡Palabra de honor! Y sin ningún motivo, para chincharse. Badinguet estaba piripi.

—¡Dejad de darnos la lata con la política! —gritó el cinquero—. Leed los asesinatos, que es más divertido.

Y, volviendo a la baraja, cantó una tercia de nueva y tres reinas:

—Tengo una secansa de nueve y tres damas... Las señoras no me sueltan.

Vaciaron los vasos. Lantier empezó a leer en voz alta.

—«Un espantoso crimen ha estremecido al municipio de Gaillon (Sena y Marne). Un hijo ha matado a su padre golpeándolo con una laya para robarle un franco y medio...».

Todos soltaron un grito de horror. ¡Mecachis, con gusto habrían ido a ver cómo le rebanaban el cuello a alguien así! No, la guillotina no bastaba; habría que cortarlo en trocitos. A su vez, los soliviantó un caso de infanticidio; pero el sombrerero, muy moral, justificó a la mujer echándole toda la culpa al hombre que la había seducido; porque, vamos a ver, si a aquella infeliz no la hubiera seducido semejante crápula, no habría tenido que tirar a la criatura a las letrinas. Pero lo que les entusiasmó fueron las hazañas del marqués de T..., que tuvo que defenderse de tres malhechores en el bulevar de Les Invalides, al salir de un baile a las dos de la madrugada; sin tan siquiera despojarse de los guantes, se había quitado de encima a los dos primeros granujas con unos cabezazos en la tripa, y al tercero lo había llevado al puesto de policía de una oreja. ¡Menudas agallas! Qué pena que fuera noble.

—Atentos ahora —prosiguió Lantier—. Paso a los ecos de sociedad: «La primogénita de la condesa de Brétigny se desposará con el joven barón de Valançay, edecán de su majestad. El ajuar incluye encajes por un valor superior a los trescientos mil francos...».

—¡Y a nosotros qué nos importa! —interrumpió Bibi-la-Grillade—. No les hemos preguntado de qué color llevan la camisa... Por muchos encajes que tenga la moza, la van a desflorar por el mismo agujero que a las demás.

Como Lantier hacía ademán de seguir leyendo hasta el final, Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif, le quitó el periódico y se sentó encima diciendo:

—¡Ni hablar, ya está bien!... Aquí estará calentito... El papel no sirve para otra cosa.

Entre tanto, Mes-Bottes, que estaba pendiente de sus naipes, dio un puñetazo triunfante encima de la mesa. Había hecho noventa y tres tantos.

—Tengo la Revolución —gritó—. Quinta mayor de tréboles... Eso hace veinte, ¿verdad? Luego, secansa mayor de diamantes, veintitrés; tres reyes, veintiséis; tres sotas, veintinueve; tres ases, noventa y dos... Y con el Año Uno de la República, noventa y tres.

—Te ha dejado seco, amigo —le gritaron los demás a Coupeau.

Pidieron otras dos botellas. Los vasos ya no se vaciaban, la borrachera iba creciendo. A eso de las cinco, la cosa empezaba a dar tanto asco que Lantier callaba y pensaba en largarse; en el momento en que se empezaba a berrear y a tirar el vino al suelo, se sentía fuera de lugar. Precisamente, Coupeau se había puesto en pie para persignarse como los borrachos. En la cabeza

dijo Montpernasse; en el hombro izquierdo, Menilmonte;[70] en el hombro izquierdo, La Courtille; en medio de la tripa, Bagnolet; y en la boca del estómago, Conejo salteado. Entonces el sombrerero, aprovechando el clamor que había suscitado este acto, hizo mutis por el foro tranquilamente. Los compañeros ni siquiera se percataron de que se había ido. Él ya andaba bastante achispado. Pero en la calle se espabiló y recobró la compostura; entonces, tan campante, volvió a casa, donde le contó a Gervaise que Coupeau estaba con unos amigos.

Pasaron dos días. El cinquero no se había presentado. Andaba rodando por el barrio, sin que nadie supiera muy bien dónde. Aunque había gente que decía haberlo visto donde la tía Baquet, en Le Papillon, en Le Petit-Bonhomme-qui-tousse. Solo que algunos aseguraban que iba solo mientras que otros se lo habían cruzado en compañía de siete u ocho beodos de su calaña. Gervaise se encogía de hombros con cara de resignación. ¡Señor, tendría que irse acostumbrando! Ella no se dedicaba a perseguir a su hombre; aunque lo viese de refilón en una vinatería, daba un rodeo para que no se enfadara, y esperaba a que volviese a casa, escuchando por la noche por si lo oía roncando en la puerta. Coupeau dormía en un montón de basura, en un banco, en un descampado, atravesado en un arroyo. Al día siguiente, aún con la borrachera del día anterior, volvía a ponerse en marcha, llamaba a los postigos de las tabernas, se lanzaba a otra carrera desenfrenada entre vasitos, copas y botellas, separándose y volviéndose a juntar con sus amigos, adentrándose en viajes de los que volvía atónito, viendo cómo bailaban las calles, caía la noche y nacía el día, sin pensar en nada que no fuera beber y dormir la mona allí mismo. Cuando la dormía, la cosa terminaba. No obstante, al segundo día, Gervaise fue al Tugurio del tío Colombe para informarse; lo habían visto volver cinco veces, no podían decirle más. Tuvo que conformarse con llevarse las herramientas, que se habían quedado debajo del banco.

Por la noche, Lantier, como vio a la lavandera preocupada, le propuso llevarla al café cantante, por aquello de pasar un buen rato. Al principio, ella no quiso, no estaba el horno para bollos. De no ser por eso, habría aceptado la invitación del sombrerero, porque este la había hecho en un tono demasiado honrado como para que Gervaise desconfiase de alguna jugarreta. Parecía que le importaba su desgracia y se mostraba realmente paternal. Coupeau nunca había pasado fuera de casa dos noches. Así pues, sin poder evitarlo, cada diez minutos Gervaise se plantaba delante de la puerta, sin soltar la plancha, para mirar a ambos lados de la calle por si veía volver a su hombre. Tenía en las piernas, según decía, una comezón que no la dejaba estarse quieta. Desde luego, Coupeau podía acabar con algún miembro destrozado, o caerse debajo de un carruaje y no volver a levantarse: así se quitaba ese problema de encima, se tenía prohibido albergar en el corazón ni un resquicio de cariño por un indeseable de su calaña. Pero, al final, se hartaba de estar siempre preguntándose si volvería a casa o no. Así pues, cuando encendieron el gas y Lantier volvió a mencionar el café cantante, Gervaise dijo que sí. Al fin y al cabo, se sentía boba por renunciar a un placer cuando su marido llevaba tres días corriéndose una juerga. Puesto que él no volvía, ella también saldría. Si fuera por ella, se podía quemar la casa. Empezaba a estar tan harta de las complicaciones de la vida que le hubiese prendido fuego a todo el tinglado con sus propias manos.

Cenaron deprisa. Cuando se marchó del brazo del sombrerero a las ocho, Gervaise le pidió por favor a mamá Coupeau y a Nana que se acostaran enseguida. El local estaba cerrado. Salió por la puerta del patio y le dio la llave a la señora Boche, a la que le dijo que si el cerdo de su marido volvía, tuviese la bondad de meterlo en la cama. El sombrerero la estaba esperando debajo del

arco, hecho un pincel, silbando una melodía. Ella se había puesto el vestido de seda. Fueron por la acera despacito, pegados el uno al otro, con el resplandor de las tiendas iluminándolos de trecho en trecho y mostrándolos mientras hablaban a media voz, sonrientes.

El café cantante estaba en el bulevar de Rochechouart, un antiguo cafetín que habían ampliado por el patio con un barracón de tablas. En la puerta, una ristra de bolas de vidrio dibujaba un pórtico luminoso. Había unos carteles alargados, pegados en paneles de madera y colocados en el suelo, a ras del arroyo.

—Ya hemos llegado —dijo Lantier—. Esta noche es el debut de la señorita Amanda, cantante lírica.

Pero vio a Bibi-la-Grillade, que también estaba leyendo el cartel. Bibi tenía un ojo morado, de algún puñetazo que se había llevado el día anterior.

—Hombre, ¿y Coupeau? —preguntó el sombrerero, buscándolo en torno—. ¿Ha perdido a Coupeau?

—¡Huy, hace ya rato, desde ayer! —contestó el otro—. Nos liamos a puñetazos, al salir de donde la tía Baquet. A mí no me gustan los juegos de manos... Ya sabe, tuvimos más que palabras con el mozo de la tía Baquet, por una botella que quería que le pagásemos dos veces... Así que me largué a echar un sueñecito.

Aún bostezaba, había estado durmiendo dieciocho horas. De hecho, parecía sereno del todo, con expresión atontada y la chaqueta vieja cubierta de plumón, pues se había metido vestido en la cama.

—¿Y no sabe dónde está mi marido, caballero? —preguntó la lavandera.

—Quia, en absoluto... Eran las cinco cuando nos fuimos de la tía Baquet. ¡Y ya está!... Puede que se fuera calle abajo. Sí, incluso creo que lo vi entrar en Le Papillon con un cochero... ¡Ay, pero qué bobo! ¡De verdad que ya no sirvo para nada!

Lantier y Gervaise pasaron una velada muy agradable en el café cantante. A las once, cuando cerraron las puertas, volvieron a casa callejeando, sin apresurarse. El frío picaba un poco, la gente se retiraba en bandadas, y había muchachas que soltaban la carcajada, debajo de los árboles, en la sombra, porque los hombres bromeaban acercándose demasiado. Lantier cantaba entre dientes una de las canciones de la señorita Amanda: *C'est dans l'nez qu'ça me chatouille*.[71] Gervaise, aturdida, como si estuviera ebria, se le unía en el estribillo. Había pasado mucho calor. Además, las dos copas que se había bebido la estaban mareando, junto con el humo de pipa y el olor de tanta concurrencia amontonada. Pero lo que más la había impresionado había sido la señorita Amanda. Ella nunca se habría atrevido a mostrarse tan desnuda ante el público. Para ser justos, aquella señora tenía una piel que daba envidia. Y, con sensual curiosidad, escuchaba a Lantier dar detalles sobre su persona, con la pinta de un caballero al que le hubiera gustado contarle las costillas en privado.

—Están todos durmiendo —dijo Gervaise después de haber llamado tres veces sin que los Boche tirasen del cordel.

La puerta se abrió, pero el arco estaba oscuro y cuando llamó al cristal de la portería para pedir la llave de su casa, la portera soñolienta les contó a voces una historia, de la que al principio no entendió nada. Al cabo, comprendió que el guardia Poisson había traído a Coupeau muy perjudicado y que la llave debería estar en la cerradura.

—¡Carape! —murmuró Lantier cuando entraron en casa—. ¿Qué ha estado haciendo aquí?

Menuda peste.

En efecto, olía a rayos. Gervaise, que estaba buscando las cerillas, pisó algo mojado. Cuando logró encender una vela, se encontraron con todo un espectáculo. Coupeau había echado los hígados; había vómito por todo el cuarto; la cama estaba emporcada, igual que la alfombra, y había salpicaduras hasta en la cómoda. Por si fuera poco, Coupeau se había caído de la cama, donde seguramente lo había arrojado Poisson, y estaba roncando ahí metido, en medio de su inmundicia. Tumbado cuan largo era, tirado como un puerco, con una mejilla pringada, soltando el aliento pestilente por la boca abierta, barriendo con el pelo, ya gris, la charca que se ensanchaba en torno a su cabeza.

—¡Ay, el muy cerdo, el muy cerdo! —decía Gervaise una y otra vez, indignada, exasperada —. Lo ha ensuciado todo... No, ni siquiera un perro habría hecho algo así, un perro despanzurrado es más limpio.

Ninguno de los dos se atrevía a moverse, no sabían dónde pisar. El cinquero nunca había vuelto a casa con semejante curda ni había dejado el cuarto en estado tan ignominioso. De tal modo que verlo así suponía un duro golpe para lo que su mujer aún pudiera sentir por él. Antes, cuando volvía a casa achispado o piripi, ella se mostraba comprensiva y no asqueada. Pero lo de ahora era demasiado. No habría tocado a su marido ni con tenazas. El mero hecho de pensar que la piel de aquel patán tocara la suya le resultaba repugnante, como si le hubiesen pedido que se tumbara al lado de un muerto desfigurado por alguna enfermedad vil.

—Y así y todo, tendré que acostarme —murmuró—. Tampoco es cosa de dormir en la calle. ¡Ay, voy a pasarle por encima!

Gervaise trató de sortear al borracho y tuvo que sujetarse a una esquina de la cómoda para no resbalarse con el vómito. Coupeau obstaculizaba por completo la cama. Entonces, Lantier, que había soltado una risita al ver claramente que Gervaise no dormiría en su almohada esa noche, le cogió la mano mientras decía con voz grave y ardiente:

—Gervaise..., escucha, Gervaise...

Pero ella, que lo había visto venir, se zafó, despavorida, tuteándolo a su vez, como antaño.

—No, déjame... Por favor te lo pido, Auguste, vete a tu cuarto... Ya me las arreglaré, voy a subirme a la cama por los pies.

—Gervaise, mujer, no seas bruta —repetía él—. Con lo mal que huele, no puedes quedarte aquí... Ven. ¿De qué tienes miedo? ¡Vamos, si no nos oye!

Ella luchaba, decía que no con la cabeza, enérgicamente. En su turbación, como para demostrar que iba a quedarse allí, empezó a arrancarse la ropa, dejó el vestido de seda tirado encima de una silla, se quedó en camisa y enaguas, con el cuello y los brazos al aire. Su cama era suya, ¿verdad que sí?, y quería dormir en ella. Dos veces más trató de encontrar un trocito limpio para pasar. Pero Lantier no se daba por vencido, la agarraba por la cintura, diciéndole cosas para encenderle la sangre. ¡Pues apañada estaba, con el maula de su marido por delante, impidiéndole meterse entre las sábanas como está mandado, y aquel maldito granuja por detrás, al que solo le importaba aprovecharse de su desgracia para volver a hacerla suya! Como el sombrerero estaba alzando la voz, le suplicó que se callara. Y se quedó escuchando, aguzando el oído hacia la recámara donde Nana y mamá Coupeau tenían la cama. La niña y la vieja debían de estar dormidas, se oía una respiración fuerte.

—Auguste, déjame, vas a despertarlas —siguió diciendo con las manos juntas—. Sé

razonable. Otro día, en otro sitio... No aquí, delante de mi hija...

Lantier había dejado de hablar y seguía sonriendo; despacio, le dio un beso en la oreja, como hacía tiempo atrás para chincharla y aturdirla. Entonces Gervaise se quedó sin fuerzas, notó un intenso zumbido, un intenso escalofrío bajarle por las carnes. Aun así, volvió a dar un paso. Y tuvo que retroceder. Era imposible, sentía tanto asco, el hedor era tal, que también ella habría vomitado entre las sábanas. Coupeau, como en un colchón de plumas, desmayado por culpa de la borrachera, dormía la mona, con los miembros muertos y la jeta torcida. Toda la calle podría haber entrado a abrazar a su mujer sin que se le hubiera movido ni un pelo del cuerpo.

—Qué le voy a hacer —tartamudeó Gervaise—, es culpa suya, yo no puedo, no puedo... ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! Me echa de mi cama, ya no tengo cama... No, yo no puedo, es culpa suya.

Estaba temblando, se le iba la cabeza. Y mientras Lantier la empujaba hacia su cuarto, el rostro de Nana apareció en la puerta acristalada de la recámara, detrás de un vidrio. La niña acababa de despertarse y se había levantado quedamente, en camisa, pálida de sueño. Miró a su padre tirado en su propio vómito; luego, con la cara pegada al cristal, se quedó allí, esperando a que la enagua de su madre desapareciese en la habitación de enfrente, la del otro hombre. Estaba muy seria. Tenía unos ojos grandes de niña viciosa, que encendía una curiosidad sensual.

IX

Aquel invierno, mamá Coupeau estuvo a punto de irse al otro barrio por un ataque de asfixia. Todos los años, en el mes de diciembre, tenía garantizado que el asma la iba a dejar tumbada de espaldas dos y hasta tres semanas. Ya no tenía quince años, iba a cumplir sesenta y cinco por San Antonio. Amén de estar muy achacosa y quejarse por un quítame allá esas pajas, a pesar de que estaba gorda y sebosa. El médico anunciaba que se moriría tosiendo en lo que se tarda en gritar: «¡Buenas noches, Jeanneton, la vela está apagada!».

Cuando estaba en cama, mamá Coupeau se volvía peor que un dolor de muelas. Hay que decir que la recámara en la que dormía con Nana no era precisamente alegre. Entre la cama de la niña y la suya solo había sitio para dos sillas. El papel de las paredes, viejo, gris y desvaído, colgaba en jirones. El tragaluz redondo, cerca del techo, dejaba entrar una luz turbia y pálida de sótano. Ahí dentro se te echaban los años encima, y más a una persona que no podía respirar. Por la noche, al menos, cuando le daba insomnio, escuchaba dormir a la niña y con eso se distraía. Pero de día, si no tenía a alguien acompañándola de la mañana a la noche, se ponía a gruñir y a llorar, diciéndose una y otra vez, horas y horas, mientras revolvía la cabeza encima de la almohada:

—¡Dios mío, qué desgraciada soy!... ¡Dios mío, qué desgraciada soy!... ¡Una cárcel, sí, me están dejando morir en una cárcel!

Y en cuanto llegaba una visita, Virginie o la señora Boche, para preguntarle cómo andaba de salud, no respondía y pasaba directamente al capítulo de las quejas.

—¡Ay, qué caro cuesta el pan que se come aquí! ¡No, ni en casa de unos extraños lo pasaría peor!... Fíjese, pedí una taza de tisana y me han traído un jarro de agua entero, como para echarme en cara que bebo demasiada... Igual que Nana, una niña a la que yo misma he criado, se larga descalza por la mañana y no le vuelvo a ver el pelo. Cualquiera diría que huelo mal. En cambio, por la noche, duerme que es un primor, no se despertaría ni una sola vez para preguntarme qué tal estoy... Que soy un estorbo, vaya, solo están esperando a que reviente. ¡Pues no voy a tardar mucho! Ya no tengo hijo, me lo ha robado la lagarta de la lavandera. Me mataría y acabaría conmigo si no le tuviera miedo a la justicia.

Gervaise, en efecto, era algo brusca a ratos. El negocio iba mal, todos estaban amargados y se mandaban a paseo de buenas a primeras. Coupeau, una mañana que estaba resacoso, exclamó: «¡La vieja siempre está diciendo que se va a morir y no se muere nunca!», cosa que a mamá Coupeau le llegó al alma. Le echaban en cara lo que costaba, le decían sin empacho lo mucho que se ahorrarían si ella ya no estuviera. En realidad, tampoco ella se comportaba como debiera. De tal modo que cuando veía a su hija mayor, la señora Lerat, se lamentaba de su miseria, acusaba a su hijo y a su nuera de matarla de hambre, y todo para sacarle una moneda de un franco que se gastaba en golosinas. También les iba con unos chismes espeluznantes a los Lorilleux,

contándoles adónde iban a parar sus diez francos, a pagar las fantasías de la lavandera, cofias nuevas, pasteles que se comía por los rincones, cosas aún más sucias que no se atrevía ni a nombrar. En dos o tres ocasiones, estuvo a punto de enemistar a toda la familia. Ora estaba con unos, ora con otros; en definitiva, que lo ponía todo patas arriba.

Ese invierno, en lo peor del ataque de asma, una tarde en que la señora Lorilleux y la señora Lerat coincidieron junto a su cama, mamá Coupeau les hizo guiños para decirles que se inclinaran. Apenas podía hablar. Con voz baja y jadeante les dijo:

—¡Qué poca vergüenza!... Anoche los oí. Que sí, que sí, a la Coxcox y al sombrerero... ¡Y menudo trajín se traían! Coupeau está aviado. ¡Qué poca vergüenza!

Con frases cortas, tosiendo y ahogándose, contó que el día anterior su hijo debía de haber vuelto a casa borracho perdido. Así que, como ella no estaba dormida, se había enterado perfectamente de todos los ruidos, los pies descalzos de la Coxcox correteando por las baldosas, la voz sibilante del sombrerero llamándola, la puerta de comunicación cerrándose despacio, y lo demás. Debieron de estar así hasta que se hizo de día, no sabía la hora exacta porque, a pesar de sus esfuerzos, acabó por amodorrarse.

—Lo más asqueroso de todo es que Nana podría haberlo oído —siguió diciendo—. De hecho, estuvo rebullendo toda la noche, precisamente ella, que suele dormir como un ceporro; daba brincos, vueltas y revueltas, como si tuviera una brasa en la cama.

Las dos mujeres no parecieron sorprendidas.

—¡Pues vaya! —murmuró la señora Lorilleux—, deben de llevar así desde el primer día... ¡Mientras a Coupeau le parezca bien, a nosotros ni nos va ni nos viene! ¡Tanto da! ¡Es una deshonra para la familia!

—Yo, si estuviera aquí —explicó la señora Lerat frunciendo los labios—, le daría un susto, gritaría algo, lo que fuera: «¡Te estoy viendo!»; o bien: «¡Que vienen los guardias!»... La criada de un médico me contó que su señor le había dicho que eso podía dejar tiesa a una mujer en cierto momento. ¿Y si así estiraba la pata? Le estaría bien empleado, en el pecado lleva la penitencia.

El barrio entero no tardó en enterarse de que, todas las noches, Gervaise se iba con Lantier. La señora Lorilleux, delante de las vecinas, se indignaba estentóreamente; se quejaba de su hermano, aquel calzonazos al que su mujer le ponía los cuernos; por lo que decía, si aún seguía yendo por semejante casa pública era por su pobre madre, que no tenía más remedio que vivir en medio de tales abominaciones. Entonces el barrio se cebó con Gervaise. Debía de ser ella la que había descarriado al sombrerero. Se le veía en los ojos. Sí, a pesar de todos los chismes, el muy falso de Lantier seguía tan campante, sin dejar de dárselas de hombre decoroso con todo el mundo, leyendo el periódico por la calle, atento y galante con las señoras, siempre con grageas y flores que ofrecerles. ¡Señor!, ejercía su oficio de gallo del corral; un hombre es un hombre y no se puede pedir que se resista a las mujeres que se le cuelgan del cuello. Pero ella no tenía excusa; deshonraba a toda la calle de La Goutte-d'Or. Y los Lorilleux, en calidad de padrinos, atraían a Nana a su casa para sonsacarle detalles. Cuando le preguntaban disimuladamente, la niña ponía cara de bobalicona y contestaba apagando la llama que le brillaba en los ojos bajo los párpados alargados y lánguidos.

En medio de esa indignación pública, Gervaise vivía tranquila, cansada y medio dormida. Al principio se había sentido muy culpable, muy sucia, asqueada de sí misma. Al salir del cuarto de Lantier se lavaba las manos, humedecía un trapo y con él se frotaba los hombros hasta

desollárselos, como para quitarse de encima su inmundicia. Si, estando en esas, Coupeau se ponía bromista, Gervaise se enfadaba y, tiritando, corría a vestirse al fondo del local; del mismo modo, tampoco soportaba que el sombrerero la tocase cuando su marido acababa de darle un beso. Le habría gustado cambiar de piel al cambiar de hombre. Pero, pian pianito, se fue acostumbrando. Era un agobio tener que lavarse cada vez. Los ataques de pereza la dejaban floja, la necesidad que tenía de ser feliz la llevaba a sacar toda la dicha posible de las calamidades. Era complaciente consigo misma y con los demás, no procuraba sino acomodar las cosas para no disgustar mucho a nadie. A ver, mientras su marido y su amante estuvieran contentos, la casa siguiera la rutina de siempre, todos se divirtieran de la mañana a la noche, orondos y satisfechos con la vida, sin quebraderos de cabeza, no había motivo para quejarse. Y, al fin y al cabo, tan mal no lo estaría haciendo, puesto que las cosas iban apañándose a gusto de todos; por lo general, cuando te portas mal, te castigan. Así que la desfachatez se convirtió en costumbre. Ahora era algo tan sistemático como comer y beber; cada vez que Coupeau volvía a casa ebrio, Gervaise se trasladaba con Lantier, cosa que ocurría al menos lunes, martes y miércoles de cada semana. Tenía las noches repartidas. Hasta el punto de que le bastaba con que los ronquidos del cinquero fueran demasiado altos para dejarlo tirado mientras dormía y marcharse a seguir soñando tranquilamente en la almohada del vecino. No es que le gustase más el sombrerero. Qué va, lo único era que le parecía más limpio, descansaba mejor en su cuarto, donde era como si se diese un baño. En resumen, que parecía una de esas gatas a las que les gustaba hacerse un ovillo encima de la ropa blanca.

Mamá Coupeau nunca se atrevió a hablar del tema abiertamente. Pero después de una discusión en la que la lavandera la había vapuleado, la vieja no escatimaba las alusiones. Decía conocer a hombres muy tontos y a mujeres muy frescas, y mascullaba otras palabras más ácidas, con la lengua licenciosa de una antigua chalequera. Las primeras veces, Gervaise se la quedaba mirando con fijeza, sin contestar. Luego, evitando también ella entrar en detalles, se defendió, alegando motivos en general. Si una mujer estaba casada con un borrachuzo, un cochino que vive en la mugre, era excusable que buscara la limpieza por ahí. Iba más allá, daba a entender que Lantier era tan marido suyo como Coupeau, puede que incluso en mayor medida. ¿Acaso no lo había conocido a los catorce años? ¿Acaso no tenía dos hijos suyos? ¡Pues en esas condiciones, se perdonaba todo y nadie podía culparla de nada! Decía seguir las leyes de la naturaleza. Además, mejor que no le buscasen las cosquillas. En un periquete podía poner a cada uno en su sitio. ¡La calle de La Goutte-d'Or no estaba muy limpia que digamos! Esa mujercita de la señora Vigouroux estaba retozando en el carbón de la mañana a la noche. La señora Lehongre, la mujer del tendero, se acostaba con su cuñado, un grandullón baboso al que no habrían tocado ni con un palo. El relojero de enfrente, ese señor tan estirado, casi acabó en los tribunales por una abominación: se arrejuntaba con su propia hija, una descarada que andaba rodando por los bulevares. Y, con amplio ademán, señalaba el barrio entero, podía estar una hora sacando trapos sucios de toda esa gente, personas que dormían como animales, amontonadas, padres, madres, hijos, revolcándose en su inmundicia. ¡Ay, si lo sabría ella, la porquería rezumaba por todas partes, envenenaba las casas de alrededor! ¡Si es que el hombre y la mujer eran cosa fina, en ese rincón de París donde por culpa de la miseria todo el mundo vive apretujado! Es que ni juntando a ambos sexos en un mortero se habría podido sacar nada que no fuera material suficiente para abonar los cerezos de la llanura de Saint-Denis.

—Mejor que no escupan al aire, que luego les cae en los morros —gritaba cuando la tenían

hasta la coronilla—. Cada cual a lo suyo, ¿verdad? Y que dejen vivir a la gente de bien a su manera, si es que quieren vivir a la suya... A mí todo me parece bien, pero siempre y cuando no me arrastren por el fango los que están metidos en él hasta el cuello.

Cierto día que mamá Coupeau fue más específica, le dijo, apretando los dientes:

—Como está en cama, se aprovecha... Pero escúcheme, se está equivocando, sabe de sobra que la estoy tratando bien porque nunca le he restregado por la cara su propia vida. ¡Y menuda vida! Que estoy enterada, con dos y hasta tres hombres, estando aún vivo papá Coupeau... No, no tosa, que ya me callo. Lo único que quiero es pedirle que me deje en paz, ¡y sanseacabó!

La anciana a punto estuvo de ahogarse. Al día siguiente, como Goujet fue a pedir que le llevaran la ropa a su madre en un momento en que Gervaise había salido, mamá Coupeau lo llamó y lo retuvo mucho rato junto a su cama. Sabía muy bien la amistad que sentía el herrero, llevaba un tiempo notándolo sombrío y desdichado, con la sospecha de que estaban pasando cosas malas. Y, para charlar, para vengarse de la discusión del día anterior, le contó la verdad sin miramientos, llorando, quejándose, como si ella fuera la más perjudicada por la mala conducta de Gervaise. Cuando Goujet salió de la recámara, iba apoyándose en las paredes, sin resuello de tanta pena. Y cuando la lavandera estuvo de vuelta, mamá Coupeau le dijo a voces que la reclamaban enseguida en casa de la señora Goujet, con la ropa planchada o sin planchar; estaba tan animada que Gervaise se olió los chismorreos, intuyó la penosa escena y el disgusto que la amenazaba.

Muy pálida, quebrantada de antemano, metió la ropa en la cesta y se fue. Llevaba años sin devolverles ni un céntimo a los Goujet. La deuda aún ascendía a cuatrocientos veinticinco francos. Cobraba el lavado y planchado de la ropa cada vez, so pretexto de estar en apuros. Le daba muchísima vergüenza, porque parecía que se aprovechaba de la amistad del herrero para chulearlo. Coupeau, ahora menos escrupuloso, se mofaba, decía que se cobrara de todas las veces de debía de haberle pellizcado la cintura por los rincones. Pero Gervaise, a pesar del comercio en el que había caído con Lantier, se soliviantaba, le preguntaba a su marido si quería ir ya por ese camino. No se podía hablar mal de Goujet estando ella delante; mantenía el cariño que le tenía al herrero como un resquicio de su honor. De tal modo que cada vez que llevaba la ropa limpia a casa de esas personas de bien, se le encogía el corazón desde el primer peldaño de la escalera.

—¡Ah, es usted, ya era hora! —le dijo con sequedad la señora Goujet al abrirle la puerta—. Cuando necesite a la muerte, la mandaré a usted a buscarla.

Gervaise entró, abochornada, sin atreverse tan siquiera a balbucir una excusa. Ya no era puntual, no iba nunca a tiempo, se retrasaba hasta ocho días. Poco a poco se dejaba llevar por un tremendo desorden.

—Llevo una semana esperándola —siguió diciendo la encajera—. Y, de propina, me miente, me manda a su aprendiza a contarme embustes: que si están ya con mi ropa, que si me la van a traer esa misma noche, o resulta que han tenido un accidente, que el hato se ha caído en un cubo. Y mientras, yo pierdo el día, no me traen nada y me hago mala sangre. No, esto no es de recibo... ¡A ver, qué lleva en esa cesta! ¿Me trae al menos el par de sábanas que le dejé hace un mes, y la camisa que se quedó pendiente en el último lavado?

—Sí, sí —murmuró Gervaise—, la camisa está. Aquí la tiene.

Pero la señora Goujet puso el grito en el cielo. Esa camisa no era suya, no la quería. ¡Le cambiaban la ropa, aquello era el colmo! La semana anterior ya se había encontrado con dos

pañuelos que no llevaban su marca. La ropa que venía de a saber dónde no le hacía ninguna gracia. Por no hablar de que, vaya, le tenía apego a sus cosas.

—¿Y las sábanas? —prosiguió—. Perdidas, ¿a que sí?... ¡Pues, hija mía, tendrá que apañárselas, pero las quiero sea como sea mañana por la mañana, ya lo ha oído!

Hubo un silencio. Lo que a Gervaise le turbaba del todo era notar, a su espalda, la puerta entornada del cuarto de Goujet. El herrero debía de estar allí, lo intuía; ¡menudo apuro, si estaba oyendo todos aquellos reproches tan merecidos a los que no podía replicar! Se mostraba muy dócil, muy dulce, agachando la cabeza, colocando la ropa encima de la cama con la mayor premura. Pero la cosa empeoró cuando la señora Goujet se puso a examinar las prendas, una por una. Las cogía y las arrojaba, diciendo:

—¡Ay, cómo está perdiendo la mano! Ya no se la puede seguir alabando todos los días... Sí, se ha vuelto una chapucera, emborrona la tarea... Mire, fíjese en la pechera de esta camisa, está quemada, la plancha ha marcado los pliegues. Y los botones están arrancados. No sé cómo se las apaña, pero nunca deja ni un botón... ¡Pero, bueno, y esta camisola no pienso pagársela! ¿Habrase visto? Ahí está la mugre, lo único que ha hecho ha sido extenderla. Pues si la ropa ya ni siquiera está limpia...

Paró un momento, mientras contaba las prendas. Y luego exclamó:

—¡Cómo! ¿Qué me ha traído usted?... Faltan dos pares de medias, seis servilletas, un mantel, paños de cocina... ¿Me está tomando el pelo o qué? Le dejé recado de que me lo trajera todo, planchado o sin planchar. Si dentro de una hora su aprendiza no está aquí con todo lo demás, vamos a tener más que palabras, señora Coupeau, se lo advierto.

En ese momento, Goujet tosió en el dormitorio. Gervaise se estremeció levemente. ¡Señor, cómo la estaban tratando delante de él! Se quedó en medio de la habitación, apurada, confusa, esperando a que le dieran la ropa sucia. Pero, después de sumar la cuenta, la señora Goujet había vuelto tranquilamente a su sitio junto a la ventana, para seguir zurciendo un chal de encaje.

—¿Y la ropa? —preguntó tímidamente la lavandera.

—No, gracias —contestó la anciana—, esta semana no tenemos nada.

Gervaise se puso pálida. Le quitaban el servicio. Entonces, desfalleció del todo y tuvo que sentarse en una silla porque le flojeaban las piernas. No trató de defenderse, solo se le ocurrió decir:

—¿Así que el señor Goujet está enfermo?

Sí, se encontraba mal, había tenido que volver a casa en lugar de ir a la fragua y acababa de echarse en la cama para descansar. La señora Goujet hablaba muy seria, vestida de negro, como siempre, y con la toca monacal enmarcándole la cara. A los forjadores de pernos les habían vuelto a bajar el jornal; de nueve francos había caído a siete por culpa de la máquinas que, ahora, hacían todo el trabajo. Y explicaba que estaban ahorrando en todo; quería volver a lavar ella su propia ropa. Desde luego, les habría venido muy bien que los Coupeau les hubieran devuelto el dinero que les prestó su hijo. Pero no iba a ser ella quien les mandara a los agentes judiciales, puesto que no podían pagar. Desde que sacó el tema de la deuda, Gervaise, con la cabeza gacha, parecía seguir las ágiles puntadas de la aguja con la que recomponía las mallas, una a una.

—Y eso —seguía diciendo la encajera—, que si se apretaran un poco el cinturón, podrían saldarla ustedes. Porque, a ver, comen muy bien, luego gastan mucho, estoy convencida... Con que nos dieran solo diez francos al mes...

La interrumpió la voz de Goujet, llamándola:

—¡Madre, madre!

Cuando la anciana volvió a sentarse, casi enseguida, cambió de tema. Seguramente el herrero le había rogado que no le pidiera el dinero a Gervaise. Pero, a su pesar, al cabo de cinco minutos sacó a relucir la deuda otra vez. ¡Huy!, ya había visto venir lo que estaba pasando, el cinquero se bebería el negocio y arrastraría a su mujer. Por eso, si su hijo le hubiera hecho caso, nunca habría prestado los quinientos francos. Hoy estaría casado y no muerto de tristeza y con la perspectiva de ser desdichado toda su vida. Se iba animando, se ponía muy dura, acusando a las claras a Gervaise de haberse confabulado con Coupeau para aprovecharse del bobo de su hijo. Sí, había mujeres que fingían hipócritamente durante años y cuya mala conducta acababa saliendo a la luz.

—¡Madre, madre! —llamó por segunda vez la voz de Goujet, más brusca.

La anciana se puso de pie y cuando volvió dijo, siguiendo con su encaje:

—Pase, quiere verla.

Gervaise, temblorosa, dejó la puerta abierta. Esa escena la conmovía porque era como confesar su afecto mutuo delante de la señora Goujet. Se halló de nuevo en el cuartito tranquilo, tapizado de estampas, con la angosta cama de hierro, semejante al cuarto de un muchacho de quince años. El corpachón de Goujet, quebrantado por la confidencia de mamá Coupeau, estaba tumbado en la cama, con los ojos enrojecidos y la hermosa barba amarilla mojada aún. En un primer arrebato de rabia debía de haber reventado la almohada, con esos puños tremendos, pues por la tela rasgada se salía la pluma.

—Escuche, mi madre se equivoca —le dijo a la lavandera casi en voz baja—. No me debe nada, no quiero que hablemos de esto.

Se había incorporado y la estaba mirando. En el acto se le volvieron a llenar los ojos de lagrimones.

—¿Se encuentra mal, señor Goujet? —murmuró Gervaise—. ¡Qué le pasa, por favor se lo pido!

—Nada, gracias. Ayer me cansé mucho. Voy a dormir un rato.

Fue entonces cuando, con el corazón roto, no pudo evitar un grito:

—¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! ¡No debería haber pasado nunca! Me lo juró. ¡Y ya está hecho, ahora está hecho!... ¡Ay, Dios mío! ¡Qué dolor, márchese!

Y, moviendo la mano, la echaba fuera, con suplicante dulzura. Ella no se acercó a la cama y se marchó, como le pedía, estúpida, sin poder decirle nada que lo consolase. En la habitación de al lado recogió la cesta; y seguía sin salir, le hubiese gustado encontrar palabras. La señora Goujet seguía con su zurcido. Al cabo, fue ella quien habló:

—Ea, buenas tardes, mándeme de vuelta la ropa y luego echamos cuentas.

—Sí, eso es, buenas tardes —balbució Gervaise.

Cerró la puerta despacio, mientras echaba una última ojeada a ese hogar limpio, ordenado, donde le parecía estar dejando parte de su honradez. Volvió al local con la cara bobalicona de las vacas cuando vuelven al establo, sin fijarse en el trayecto. Mamá Coupeau, en una silla, cerca de la estufa, había salido de la cama por primera vez. Pero la lavandera no le hizo siquiera un reproche; estaba demasiado cansada, con los huesos molidos como si le hubiesen dado una paliza; creía que, bien pensado, la vida ya era bastante dura, y que a menos que se muriese en el acto, no

iba a estar buscándose disgustos.

Ahora, a Gervaise le importaba todo un bledo. Esbozaba con la mano un gesto que usaba para mandar a paseo a todo el mundo. Cuando surgía un problema nuevo, se hundía en el único placer de hacer sus tres comidas al día. Ya podía hundirse la lavandería que, mientras no la pillase dentro, se habría ido de buen grado con lo puesto. Y la lavandería se desmoronaba, aunque no de golpe, sino un poco cada día. Una a una, las parroquianas se enfadaban y llevaban la ropa a lavar a otro sitio. El señor Madinier, la señorita Remanjou e incluso los Boche habían vuelto con la señora Fauconnier, que ofrecía más formalidad. Acabaron por hartarse de estar tres semanas reclamando un par de medias y de volver a ponerse las camisas con los lamparones del domingo anterior. Gervaise, entre bocado y bocado, les deseaba buen viaje y los ponía de vuelta y media, asegurando que se alegraba de no tener que seguir hurgando en sus miasmas. ¡Por ella, como si la dejaba plantada todo el barrio! Menudo montón de porquería se quitaba de encima; además, así tenía que trabajar menos. Entre tanto, se quedaba solo con las malas pagadoras, las busconas y las mujeres como la señora Gaudron, cuya ropa apestaba tanto que ninguna lavandera de la calle Neuve quería lavársela. El negocio se echaba a perder, había tenido que despedir a la última operaria, la señora Putois; se habían quedado solas ella y la aprendiza, la bisoja de Augustine, que se volvía más tonta a medida que crecía. Y aun siendo solo dos, a veces se quedaban sin faena y se pasaban tardes enteras con el culo pegado a los taburetes. En definitiva, un completo fracaso. Se olía la ruina.

Como es natural, a medida que entraban la pereza y la miseria, lo hacía también la cochambre. Nadie habría reconocido aquel bonito local azul, del color del cielo, que antaño fuera el orgullo de Gervaise. Los junquillos y los cristales del escaparate, que nadie se acordaba de limpiar, siempre estaban salpicados de arriba abajo de la suciedad de los carruajes. En las baldas y el alambre de latón había expuestos tres harapos grises que dejaran allí clientas fallecidas en el hospital. Y el interior resultaba aún más lamentable: la humedad de las telas puestas a secar en el techo había despegado el papel; la tela persiana Pompadour caía en jirones que colgaban como telarañas cargadas de polvo; en su rincón, la estufa, rota, agujereada por los golpes del atizador, con sus escombros de hierro colado viejo, ponía un toque de baratillero; en la mesa de planchar parecía haber comido un regimiento entero, manchada de café y de vino, emporcada de mermelada, grasienta de las comidas del lunes. A lo que se sumaba un olor a almidón rancio, un tufo mezcla de moho, fritanga y mugre. Pero Gervaise se encontraba la mar de a gusto ahí dentro. No había visto cómo se ensuciaba el local; se dejaba llevar, se acostumbraba al papel desgarrado, a la madera grasienta, del mismo modo que había acabado por llevar faldas rasgadas y por no lavarse las orejas. De hecho, la suciedad era un nido cálido donde le gustaba acurrucarse. Dejar que las cosas se desmadraran, esperar a que el polvo tapara los agujeros y lo cubriera todo de terciopelo, notar cómo la casa se entorpecía a su alrededor con el anquilosamiento de la vagancia, se le antojaba de una voluptuosidad embriagadora. Por encima de todo estaba su tranquilidad; todo lo demás, la tenía sin cuidado. Las deudas, aunque cada vez mayores, ya no la atormentaban. Iba perdiendo la probidad; se pagarían o no se pagarían, la cosa no quedaba clara, y prefería no saberlo. Cuando dejaban de fiarle en un comercio, se iba a comprar de fiado al de más allá. Por todo el barrio le cerraban puertas, cada diez pasos había dado el pufo. Sin ir más lejos, en la calle de La Goutte-d'Or ya no se atrevía a pasar por delante de la carbonería ni de la tienda de ultramarinos ni de la frutería; cosa que le obligaba a dar un rodeo por la calle de Les

Poissonniers cuando iba al lavadero, una caminata de no menos de diez minutos. Los proveedores llegaban a tacharla de sinvergüenza. Una tarde, el hombre que les había vendido los muebles de Lantier alborotó a los vecinos; vociferaba que le iba a arremangar las faldas y a cobrarse la deuda en carne si no le daba su dinero. Por supuesto, escenas semejantes la dejaban temblando; pero se sacudía como un perro apaleado y sanseacabó, no por ello cenaba peor esa noche. ¡Menudos descarados, dándole la lata! ¡Que no tenía dinero, a ver si se pensaban que podía fabricarlo! Además, como si los comerciantes no robaran lo suyo, bien se merecían esperar. Y volvía a dormirse en su agujero, procurando no pensar en lo que inevitablemente iba a pasar cualquier día. ¡Acabaría cayendo, qué caramba! Pero, hasta entonces, aspiraba a que la dejaran en paz.

Entre tanto, mamá Coupeau se había repuesto. Durante un año aún, el negocio fue tirando. En verano, como es natural, siempre había algo más de faena, las enaguas blancas y los vestidos de percal de las casquivanas del bulevar exterior. Se iba hundiendo despacito, con la nariz cada vez más metida en el fango cada semana, con altibajos sin embargo, noches en las que se comían los codos de hambre y otras en que se hartaban a ternera. Ya no se veía sino a mamá Coupeau por la calle, escondiendo paquetes debajo del delantal, yendo, como quien sale a pasear, al monte de piedad de la calle de Polonceau. Se encorvaba, ponía la misma expresión comedida y golosa de una beata camino de misa; porque aquello no le desagradaba, los chanchullos de dinero la divertían, aquel regateo de prendera excitaba sus pasiones de vieja comadre. Los empleados de la calle de Polonceau la conocían de sobra; la llamaban la tía «Cuatro Francos», porque siempre pedía cuatro francos cuando le ofrecían tres, por unos hatillos que le cabían en la palma de la mano. Gervaise hubiese empeñado la casa entera; le podía el afán de pedir prestado; se habría afeitado la cabeza si alguien le hubiese dado algo por su pelo. Era demasiado cómodo, resultaba imposible no ir allí a buscar calderilla cuando estaban pendientes de un pan de cuatro libras. Iban cayendo todos los bártulos, la ropa blanca, la ropa de vestir, hasta las herramientas y los muebles. Al principio, aprovechaba las semanas buenas para desempeñar algo, aunque fuera para volver a empeñarlo a la siguiente. Luego se desentendió de sus cosas, dejó que se perdieran, vendió las papeletas. Solo una cosa le dolió en el alma, y fue dejar en prenda el reloj de sobremesa por un billete de veinte francos para pagar a un agente judicial que había ido a embargarla. Hasta entonces, había jurado que se moriría de hambre antes que tocar el reloj. Cuando mamá Coupeau se lo llevó, metido en una sombrerera pequeña, se desplomó en una silla, con los brazos caídos y los ojos húmedos, como si le estuvieran arrebatando su fortuna. Pero cuando mamá Coupeau volvió con veinticinco francos, esos cinco francos de beneficio la consolaron; mandó sobre la marcha a la anciana a buscar veinte céntimos de aguardiente en un vaso, con el único fin de celebrar la moneda de cinco francos. Ahora, a menudo, cuando estaban a buenas, empinaban así el codo juntas en una esquina de la mesa de planchar, con una mezcolanza de aguardiente y casis. Mamá Coupeau tenía un don para traer el vaso lleno en el bolsillo del delantal sin derramar ni una gota. Los vecinos no tenían por qué enterarse, ¿a que no? Lo cierto es que los vecinos estaban enteradísimos. La frutera, la casquera, los mozos de la tienda de ultramarinos decían: «¡Anda!, la vieja va de excursión al monte»; o bien: «¡Anda!, la vieja vuelve con un caldo en el bolsillo». Y, como es de justicia, el barrio se ponía aún más en contra de Gervaise. Se lo zampaba todo, no tardaría en llevarse por delante la casa. Sí, sí, con dos o tres bocados más, lo dejaría todo como los chorros del oro.

En medio de ese descalabro general, Coupeau prosperaba. El muy borrachín estaba sano

como una manzana. El tintorro y el matarratas lo engordaban, sin lugar a dudas. Comía mucho, no le hacía maldito el caso al trasijado de Lorilleux, que acusaba a la bebida de matar gente; le replicaba dándose palmadas en la barriga con la piel tensa por la grasa como el parche de un tambor. Le interpretaba así una música, las vísperas del gaznate, redobles y repiqueteos de bombo capaces de enriquecer a un sacamuelas. Pero Lorilleux, ofendido por no tener barriga, decía que era grasa amarilla, grasa de la mala. Tanto daba, Coupeau bebía más y mejor, a su salud. El pelo canoso, desgreñado, le ardía como un brulote. La cara de borracho, con la mandíbula de mono, le azuleaba, cobraba tintes de morapio. Seguía desentendiéndose de todo; trataba a empellones a su mujer si a esta se le ocurría contarle sus apuros. ¿Acaso les corresponde a los hombres rebajarse con esas calamidades? Ya podía faltar el pan en casa, que no era asunto suyo. Quería su rancho de día y de noche, y nunca le preocupaba de dónde saliera. Cuando pasaba varias semanas sin trabajar, se volvía aún más exigente. Por lo demás, seguía soltándole palmadas en los hombros a Lantier. Obviamente, no estaba al tanto de la mala conducta de su mujer; al menos, ciertas personas, los Boche, los Poisson, juraban y perjuraban que no sospechaba nada y que sería una gran desgracia si llegaba a enterarse del asunto. Pero la señora Lerat, su propia hermana, meneaba la cabeza, aseguraba conocer a maridos a quienes no les disgustaba. Una noche, la mismísima Gervaise, al volver del dormitorio del sombrerero, se había quedado helada al notar, en la oscuridad, una palmada en el culo; hasta que acabó tranquilizándose, convencida de haberse chocado contra la góndola de la cama. Ciertamente, la situación era demasiado tremenda; no podía ser que a su marido le hiciera gracia gastarle bromas.

Lantier, por su parte, tampoco desmejoraba. Se cuidaba mucho, se medía el vientre con el cinturón de los pantalones, siempre temeroso de tener que apretar o aflojar la hebilla; se veía la mar de bien, no quería engordar ni adelgazar, por coquetería. Por tal motivo era muy quisquilloso con la comida, pues calculaba todos los platos para que no le alterasen la cintura. Incluso estando la casa a dos velas, él precisaba huevos, chuletas, cosas nutritivas y ligeras. Desde que compartía a la patrona con el marido, consideraba que estaba en pie de igualdad con él en la familia; recogía las monedas de un franco que andaban rodando, mangoneaba a Gervaise, refunfuñaba, pegaba voces y parecía estar más en su casa que el cinquero. En definitiva, era un corral con dos gallos. Y el gallo advenedizo, más listo, arrimaba el ascua a su sardina, le llevaba la delantera en todo, con la mujer, la mesa y lo demás. ¡Vaya, que dejaba sin miga a los Coupeau! Ya no se molestaba en disimular de cara a la galería. Nana seguía siendo su preferida porque le gustaban las niñas bonitas. A Étienne cada vez le hacía menos caso, pues, según él, los chicos tenían que saber apañárselas. Cuando llegaba alguien preguntando por Coupeau, siempre se lo encontraba allí a él, en zapatillas y en mangas de camisa, saliendo de la trastienda con la cara de fastidio de un marido al que están molestando; y respondía por Coupeau, decía que venía a ser lo mismo.

Entre esos dos señores, Gervaise no todos los días estaba para risas. No tenía quejas de salud, ¡a Dios gracias! Ella también iba engordando. Pero llevar dos hombres a cuestas, teniendo que cuidarlos y tenerlos contentos a ambos, a menudo sobrepasaba sus fuerzas. ¡Ay, Señor, Señor, como si un solo marido no fuera ya suficiente quebradero de cabeza! Lo peor era que aquellos tunantes se llevaban de maravilla. Nunca discutían: se reían el uno del otro a la cara, por las noches, después de cenar, con los codos apoyados en el borde de la mesa; se pasaban el día refrotándose entre sí, como dos gatos que se buscan y cultivan su mutuo placer. Los días que volvían a casa furiosos, la pagaban con ella. ¡Hala, a apalear a la bestia de carga! Tenía las

espaldas anchas; gritarle juntos los volvía mejores compañeros. Y que no se le ocurriera plantar cara. Al principio, cuando uno le gritaba, miraba al otro de reojo para suplicarle alguna palabra amistosa. Solo que nunca funcionaba. Ahora estaba como una seda, doblaba el espinazo, habiendo entendido que lo que les divertía era tratarla a puntapiés, de tan oronda que estaba, hecha una verdadera bola. Coupeau, muy malhablado, le dirigía unas palabras abominables. Lantier, en cambio, escogía sus lindezas, rebuscaba palabras que no decía nadie y a ella le resultaban aún más hirientes. Por suerte, a todo se acostumbra uno; las malas palabras, las injusticias de los dos hombres acababan resbalándole por la fina piel como si de un hule se tratara. Incluso había llegado a preferir que estuvieran enfadados porque, cuando se ponían amables, la atosigaban todavía más, siempre pegados a ella, sin dejarla ya ni planchar una cofia tranquilamente. En tales ocasiones le pedían platitos suculentos, tenía que echar sal y dejar de echarla, decir blanco y decir negro, mimarlos y tenerlos entre algodones por turno. Al final de la semana, estaba agotada de cuerpo y mente, se quedaba pasmada, con ojos de loca. Un oficio así, acaba desgastando a una mujer.

Sí, Coupeau y Lantier la desgastaban, esa era la palabra; la mandaban tanto a la fuente que al final se rompería, como se dice del cántaro. Bien es cierto que el cinquero carecía de educación; pero al sombrerero le sobraba, o al menos tenía una educación igual que las personas desaseadas tienen una camisa blanca, con la mugre por debajo. Una noche, Gervaise soñó que estaba al borde de un pozo; Coupeau la empujaba de un puñetazo mientras Lantier le hacía cosquillas en los riñones para obligarla a saltar antes. ¡Vaya, cómo se parecía a su vida! ¡Ay, en buena escuela estaba, no era de extrañar que se apoltronase! La gente del barrio era muy injusta al echarle en cara las malas mañas que estaba cogiendo, porque su desgracia le venía de fuera. A veces, cuando le daba vueltas a la cabeza, un escalofrío le recorría la piel. Luego pensaba que las cosas podrían haber salido aún peor. Mecachis, mejor tener dos hombres que perder los dos brazos. Y su situación le parecía de lo más natural, una situación como tantas otras; trataba de procurarse en ella un poquito de dicha. Prueba de que se estaba convirtiendo en algo hogareño y entrañable era que no odiaba a Coupeau más que a Lantier. Había visto una función, en el teatro de La Gaîté, donde una lagarta renegaba de su marido y lo envenenaba por culpa del amante: aquello la enfadó mucho porque en su corazón no sentía nada semejante. ¿Acaso no era más sensato vivir bien avenidos los tres? No, no, nada de tonterías como esa; empantanaban la vida, que ya de por sí tenía muy poca gracia. En definitiva, que a pesar de las deudas, a pesar de la miseria que los amenazaba, habría afirmado vivir muy tranquila si el cinquero y el sombrerero la hubiesen deslomado menos y echado menos broncas.

Hacia el otoño, desgraciadamente, la familia se deterioró aún más. Lantier aseguraba que estaba adelgazando, tenía la cara cada día más larga. Rezongaba por todo, les hacía ascos a los pucheros de patatas, a un pisto que no podía comer, según decía, sin tener cólicos. Ahora, cualquier minucia acababa en una pelotera en la que se acusaban de las penurias domésticas, y les costaba Dios y ayuda volver a estar a buenas antes de meterse cada cual en su piltra. Y es que, cuando no queda pienso, los burros se pelean. Lantier se olía la miseria; le resultaba exasperante notar que la casa estaba exprimida, tan rebañada que ya veía el día en que tendría que agarrar el sombrero e ir a buscar en otro lado un catre y rancho. Ya se había acostumbrado a su rinconcito, donde había creado hábitos y todo el mundo lo llevaba en palmitas; una auténtica jauja, cuyas bondades no lograría reemplazar. ¡Y es que no se puede estar en misa y repicando! Al fin y al

cabo, el enfado era con su tripa, puesto que ahí era donde había ido a parar la casa. Pero él no lo veía así; estaba resentidísimo con los demás por haberse dejado limpiar en dos años. Lo cierto era que los Coupeau tenían muy poco aguante. Así que vociferó que Gervaise era una manirrota. ¡Rayos y truenos, adónde irían a parar! Los amigos lo dejaban tirado justo cuando iba a cerrar un negocio magnífico, un sueldo de seis mil francos en una fábrica, suficiente para que esa pequeña familia viviera en el lujo.

En diciembre, una noche, tuvieron que cenar del aire. No quedaba ni una migaja. Lantier, muy sombrío, salía temprano, se pateaba las calles en busca de otra casa donde el olor de la cocina alegrase las caras. Se pasaba horas dándole vueltas a la cabeza, al lado de la estufa. Hasta que, de buenas a primeras, sacó a relucir una gran amistad hacia los Poisson. Ya no se burlaba del guardia llamándole Badingue, incluso llegó a reconocerle que el emperador, quizás, fuera un buen muchacho. Parecía sentir especial aprecio por Virginie, una mujer con la cabeza bien amueblada, según decía, que sabría llevar el timón con acierto. Saltaba a la vista que les estaba bailando el agua. Podría incluso creerse que quería ser inquilino suyo. Pero tenía una mollera con doble fondo y demasiado retorcida para aspirar solo a eso. Habiéndole dicho Virginie que lo que le gustaría sería poner tienda de algo, se echaba a sus pies, aseguraba que era un gran proyecto. Sí, estaba hecha para el comercio, alta, agraciada, activa. ¡Huy, y ganaría cuanto quisiera! Puesto que tenía el dinero listo desde hacía tiempo, la herencia de una tía, hacía muy bien en dejar de lado los cuatro vestidos que cosía cada temporada para lanzarse a los negocios; y mencionaba comercios que se estaban haciendo de oro: la frutería de la esquina de la calle, la tiendecita de loza del bulevar exterior; porque estaban en un momento óptimo, se podrían vender hasta las barreduras de los mostradores. Así y todo, Virginie dudaba; buscaba un local para arrendar, le gustaría no salir del barrio. Entonces Lantier se la llevaba a un rincón y se tiraba hasta diez minutos hablando con ella en voz baja. Daba la impresión de estar empeñado en meterla en algo a lo que ella no se negaba y para lo que, aparentemente, le daba permiso. Era como un secreto entre los dos, con guiños y palabras apresuradas, una maquinación sorda que se traslucía incluso en cómo se estrechaban la mano. A partir de ese momento, el sombrerero, mientras se comía el pan duro, acechó a los Coupeau con su habitual disimulo, poniéndoles la cabeza como un bombo con sus jeremiadas. Gervaise se pasaba el día entero moviéndose en la miseria que él se complacía en exhibir. No es que le importase, ¡antes bien, estaba dispuesto a morirse de hambre con sus amigos cuanto hiciera falta. Solo que, por prudencia, convenía darse cuenta de cuál era su situación exacta. Debían no menos de quinientos francos en el barrio, al carnicero, al carbonero, al tendero de ultramarinos y a los demás. De propina, tenían pendientes dos pagos del alquiler, a saber, doscientos cincuenta francos; el casero, el señor Marescot, hablaba incluso de desalojarlos si no se los abonaban antes del 1 de enero. Por último, el monte de piedad había arrasado con todo, no habrían podido llevar ni tres francos de cachivaches, de lo monda y lironda que se había quedado la casa; lo único que quedaba eran los clavos de las paredes, que bien podían juntar dos libras de a quince céntimos. Gervaise, abrumada con todo aquello, rota bajo el peso de semejante suma, se enfadaba, daba puñetazos en la mesa o rompía a llorar como un animal. Una noche gritó:

—¡Lo que es yo, mañana estoy fuera de aquí!... Prefiero devolver la llave y dormir en la acera antes que seguir pasando por estos trances.

—Lo más sensato —dijo arteramente Lantier— sería traspasar el arrendamiento, si

encontrásemos a quien... Cuando os hayáis decidido los dos a cerrar el negocio...

Gervaise lo interrumpió con mayor brusquedad:

—¡Pues ahora mismo, ahora mismo!... ¡Menudo peso me quito de encima!

Entonces el sombrerero se fue a lo práctico. Si traspasaban el arrendamiento, seguramente obtendrían del nuevo inquilino los dos pagos pendientes. Y se aventuró a hablar de los Poisson, le recordó que Virginie estaba buscando tienda; puede que el local le hiciese apaño. Ahora le venía a la memoria haberla oído decir que le gustaba uno muy parecido. Pero la lavandera, al oír nombrar a Virginie, recuperó la calma de golpe. Ya se vería; cuando te enfadas, es fácil decir que te largas de tu hogar, pero, cuando te paras a pensarlo, no lo es tanto.

Los días que siguieron, por mucho que Lantier insistiera con sus letanías, Gervaise contestaba que de otras peores había salido. ¡Aviada estaría, si se quedaba sin negocio! Así no iba a ganarse el pan. En lugar de eso, volvería a contratar operarias y conseguiría una nueva clientela. Decía aquello para oponerse a las buenas razones del sombrerero, que la pintaba derrotada, agobiada de gastos y sin la mínima esperanza de remontar. Pero cometió la torpeza de volver a pronunciar el nombre de Virginie, y entonces Gervaise se empecinó rabiosamente. ¡No, no, eso nunca! Siempre había desconfiado de lo que sentía Virginie; si Virginie deseaba ese local, era para humillarla. Quizás pudiera cedérselo a la primera mujer que pasara por la calle, pero no a esa hipocritona que seguro que llevaba años esperando a que se pegase el batacazo. ¡Acabáramos, eso lo explicaba todo! Ahora entendía por qué se encendían chiribitas amarillas en los ojos de gato de esa golfa. Sí, Virginie tenía muy presente la azotaina del lavadero, cocía la venganza a fuego lento. ¡Pues más prudente le sería poner esa azotaina a buen recaudo si no quería llevarse otra! Y pasaría más pronto que tarde, ya podía ir preparando las posaderas. Lantier, ante tal avalancha de malas palabras, empezó poniendo en su sitio a Gervaise; la llamó cabeza dura, chismosa, le dijo que tenía un palo en el culo y se embaló hasta el punto de tachar al propio Coupeau de paleto, acusándolo de no saber enseñar a su mujer a respetar a un amigo. Hasta que, dándose cuenta de que la ira lo podía echar todo a perder, juró que nunca más volvería a meterse en los asuntos ajenos, porque no trae a cuenta. Y, en efecto, en apariencia dejó de insistir en el traspaso del arrendamiento, mientras esperaba a que surgiera la oportunidad de volver a sacarlo a colación y convencer a la lavandera.

Llegó enero, con un tiempo de perros, húmedo y frío. Mamá Coupeau, que se había pasado todo el mes de diciembre tosiendo y ahogándose, tuvo que guardar cama después de Reyes. Esa era su renta; todos los inviernos, contaba con ello. Pero aquel invierno, los que la rodeaban decían que solo saldría de la habitación con los pies por delante; y lo cierto es que tenía un estertor que sonaba a muerte y, así y todo, estaba gorda y sebosa, con un ojo ya apagado y la mitad de la cara torcida. Claro está, sus hijos no la iban a rematar; pero llevaba arrastrándose así tanto tiempo, estorbaba tanto que, en el fondo, estaban deseando que se muriera, como un alivio para todos. Hasta ella sería mucho más feliz porque, a ver, ya había vivido lo que tocaba, y cuando te llega la hora, no tienes nada que lamentar. El médico, al que habían llamado una vez, ni tan siquiera se presentó. Le daban tisanas, por aquello de no desentenderse del todo. A cada hora entraban a ver si seguía viva. Había dejado de hablar por culpa de los ahogos, pero con el ojo bueno, vivo y límpido, miraba con fijeza a la gente; y había muchas cosas en ese ojo: añoranza de los buenos tiempos, tristeza de ver a los suyos deseando quitársela de encima, ira hacia la viciosa de Nana, que, por las noches, ya no disimulaba cuando iba a acechar en camisa a través de la puerta

acristalada.

Un lunes por la noche, Coupeau volvió a casa como una cuba. Desde que su madre estaba en peligro, parecía siempre apesadumbrado. Cuando estuvo en la piltra, durmiendo a pierna suelta, Gervaise de demoró aún un rato. Velaba a mamá Coupeau parte de la noche. Por lo demás, Nana estaba siendo muy buena chica, seguía compartiendo cuarto con la vieja y aseguraba que si la oía morirse avisaría a todo el mundo. Esa noche, como la niña dormía y la enferma parecía estar apaciblemente amodorrada, la lavandera acabó cediendo a los deseos de Lantier, que la llamaba desde su cuarto, aconsejándole que fuera allí a descansar un rato. Dejaron una sola vela encendida, en el suelo, detrás del armario. Pero, a eso de las tres, Gervaise se bajó de la cama de golpe, tiritando, presa de la angustia. Había creído notar un soplo frío pasándole por el cuerpo. El cabo de vela se había quemado, se anudó las enaguas a oscuras, con mano febril. Hasta que llegó a la recámara, después de haberse chocado con los muebles, no pudo encender una lamparita. En medio del silencio aplastante de las tinieblas, sonaban tan solo las dos notas graves del cinquero al roncar. Nana, espatarrada de espaldas, respiraba deprisa entre los labios abultados. Gervaise, bajando la lámpara que proyectaba amplias sombras danzantes, iluminó el rostro de mamá Coupeau, la vio totalmente blanca, con la cabeza caída sobre el hombro y los ojos abiertos. Mamá Coupeau estaba muerta.

Quedamente, sin soltar un grito, helada y prudente, la lavandera volvió al cuarto de Lantier. Este se había vuelto a dormir. Se inclinó, murmurando:

—Oye, que se acabó, que está muerta.

Él, atontado de sueño, medio dormido, primero gruñó:

—Déjame en paz, acuéstate... No podemos hacer nada por ella si está muerta.

Luego, se incorporó en un codo, preguntando:

—¿Qué hora es?

—Las tres.

—¡Las tres aún! Acuéstate, pues. Te va a dar un pasmo... Cuando sea de día, ya se verá.

Pero no le hizo ni caso y acabó de vestirse. Él se arrebujó debajo de la manta, vuelto hacia la pared, hablando de la dichosa cabeza de las mujeres. ¿Qué prisa corría contarle a todo el mundo que había un muerto en casa? Qué falta de alegría en mitad de la noche; además, le exasperaba que le hubiesen fastidiado el sueño con pensamientos lúgubres. Entre tanto, Gervaise, después de llevarse las cosas a su cuarto, hasta las horquillas, se sentó allí, en casa propia, para llorar a gusto, sin temer ya que la pillaran con el sombrerero. En el fondo, sí que quería a mamá Coupeau, le daba mucha pena, aunque, en un primer momento, solo sintiera miedo y fastidio por la mala hora que había escogido para irse. Lloraba sola, muy alto en el silencio, sin que el cinquero dejara de roncar; su marido no oía nada, a pesar de que su mujer lo había llamado y sacudido, hasta que se resolvió a dejarlo en paz, pensando que, si se despertaba, sería un problema añadido. Al volver junto al cuerpo, se encontró con Nana incorporada en la cama, frotándose los ojos. La niña comprendió y alargó la barbilla para ver mejor a su abuela, con esa curiosidad suya de cría viciosa; no decía nada, temblaba un poquito, sorprendida y satisfecha delante de esa muerte que ansiaba desde hacía dos días, como algo malo que se les oculta y prohíbe a los niños; delante de esa máscara blanca, que la pasión de la vida había afinado con el último hipido, las pupilas de gata joven se le agrandaban, notaba en el espinazo ese entumecimiento que la clavaba detrás de los vidrios de la puerta cuando fisgaba lo que no era asunto de las mocosas.

—Vamos, levántate, no quiero que te quedes aquí.

Se dejó caer de la cama a regañadientes, volviéndose, sin quitarle ojo a la muerta. Gervaise no sabía qué hacer con ella, dónde meterla hasta que se hiciera de día. Había decidido mandarle que se vistiera cuando Lantier, en pantalones y zapatillas, se les unió; ya no podía dormir y le avergonzaba un poco su comportamiento. Entonces, todo se arregló.

—Que se acueste en mi cama —murmuró—. Tendrá sitio de sobra.

Nana alzó los ojazos claros hacia su madre y Lantier, poniendo su cara de bobalicona, la cara del día de Año Nuevo, cuando le daban onzas de chocolate. Y, claro está, no se hizo de rogar; se fue trotando en camisa, rozando apenas las baldosas con los piececitos desnudos; se deslizó como una culebra dentro de la cama, que aún estaba calentita, y se quedó allí tumbada, hundida, con el cuerpo menudo abultando apenas bajo la manta. Todas las veces que entró su madre, la vio con los ojos relucientes en el rostro callado, sin dormir, sin moverse, muy encarnada, en apariencia pensando en sus cosas.

Entre tanto, Lantier ayudó a Gervaise a vestir a mamá Coupeau; no era tarea fácil, pues la muerta pesaba lo suyo. Quién iba a decir que aquella vieja era tan gorda y tan blanca. Le pusieron unas medias, unas enaguas blancas, una camisola y una cofia; su mejor ropa blanca, vaya. Coupeau seguía roncando, dos notas, una grave que bajaba, y otra seca, que subía; habríase dicho la música que acompaña las ceremonias del Viernes Santo en la iglesia. Así pues, cuando la muerta estuvo vestida y pulcramente tumbada en su cama, Lantier se sirvió un vaso de vino, para entonarse, porque tenía el estómago revuelto. Gervaise hurgaba en la cómoda buscando un crucifijo pequeñito de cobre que había traído consigo de Plassans; pero se acordó de que la propia mamá Coupeau debía de haberlo vendido. Habían encendido la estufa. Pasaron el resto de la noche medio dormidos en unas sillas, dando buena cuenta de la botella empezada, molestos y enfurruñados, como si fuera culpa suya.

A eso de las siete, antes de que amaneciera, por fin Coupeau se despertó. Cuando se enteró de la desgracia, de entrada se quedó con los ojos secos, tartamudeando, creyendo a medias que le estaban gastando una broma. Luego se tiró al suelo, delante de la muerta; la besaba, lloraba como un becerro, con tales lagrimones que mojaba la sábana al secarse las mejillas. Gervaise se puso a sollozar de nuevo, muy afectada por el dolor de su marido, reconciliada con él; sí, tenía mejor fondo de lo que ella pensaba. A Coupeau, la desesperación se le juntaba con una tremenda resaca. Se pasaba los dedos por la pelambrera, tenía la boca pastosa de después de dormir la mona, aún algo achispado, a pesar de las diez horas de sueño. Y se lamentaba, apretando los puños. ¡Por Dios, su pobre madre, a la que tanto quería, resultaba que se había ido! ¡Ay, qué dolor de cabeza, iba a acabar con él! ¡Una auténtica peluca de brasas encima de la cabeza y, por si fuera poco, le estaban rompiendo el corazón! ¡No, no era justo que el destino se cebara así con nadie!

—Vamos, hombre, hay que ser valiente —le dijo Lantier, incorporándolo—. Tienes que serenarte.

Le sirvió un vaso de vino, pero Coupeau no quiso beber.

—Pero ¿qué me pasa? Tengo cobre en el gañote... Es por mamá, cuando la he visto he notado sabor a cobre... ¡Mamá, Dios mío, mamá, mamá!...

Y vuelta a llorar como un niño. Así y todo, se bebió un vaso de vino para apagar el fuego que le quemaba el pecho. Lantier no tardó en escaquearse, so pretexto de ir a avisar a la familia y de pasar por el ayuntamiento para declarar la muerte. Necesitaba tomar el aire. De modo que fue sin

darse ninguna prisa, fumando cigarrillos y disfrutando del penetrante frío matutino. Al salir de casa de la señora Lerat, incluso entró en una lechería de Les Batignolles para tomar una taza de café calentito. Y se quedó allí una hora larga, meditando.

Entre tanto, al dar las nueve, la familia ya estaba reunida en el local, que habían dejado con los postigos cerrados. Lorilleux no lloró; además, tenía trabajo urgente y volvió a subir al taller casi enseguida, después de haber estado un rato balanceándose con cara de circunstancias. La señora Lorilleux y la señora Lerat le habían dado un beso a Coupeau y con el pañuelo se enjugaban las lagrimitas que les rodaban de los ojos. Pero la primera, tras echar un vistazo rápido en torno a la muerta, alzó de pronto la voz para decir que menuda insensatez, que nunca había que dejar una lámpara encendida al lado de un cuerpo; hacían falta velas, y mandaron a Nana a comprar un paquete, de las grandes. ¡Cualquiera se moría en casa de la Coxcox, para que te arreglase de cualquier manera! ¡Menuda pánfila, que no sabía ni lo que había que hacer con los muertos! ¿Es que nunca había enterrado a nadie? La señora Lerat tuvo que subir a casa de las vecinas para pedir prestado un crucifijo; volvió con uno demasiado grande, una cruz de madera negra, con un cristo de cartón pintado clavado encima, que cruzaba el pecho de mamá Coupeau de lado a lado y parecía aplastarla bajo su peso. Lo siguiente fue conseguir agua bendita, pero nadie tenía; de nuevo, Nana tuvo que ir corriendo hasta la iglesia para llenar una botella. En un santiamén, la recámara tuvo otro aspecto; encima de una mesita ardía una vela al lado de un vaso lleno de agua bendita y con una rama de boj.[72] Ahora, si venía alguien, al menos estaría decente. Además, dispusieron unas sillas en círculo en el local, para recibir.

Lantier no volvió a casa hasta las once. Había ido a informarse a la agencia funeraria.

—La caja cuesta doce francos —dijo—. Si además quieren una misa, hay que sumar diez francos. Y luego está la carroza mortuoria, que se paga según los adornos...

—¿Y de qué serviría? —murmuró la señora Lorilleux, alzando la cabeza, con expresión sorprendida y preocupada—. No nos iba a devolver a mamá, ¿verdad?... Hay que ceñirse a lo que se puede pagar.

—Desde luego, eso mismo pienso yo —respondió el sombrerero—. Solo he apuntado los precios para su gobierno... Díganme qué prefieren y después de comer iré a encargarlo.

Hablaban a media voz, en la tenue claridad que iluminaba la estancia a través de las rendijas de los postigos. La puerta de la recámara permanecía abierta de par en par, y por ese amplio vano salía el tremendo silencio de la muerte. Desde el patio llegaban gritos de niños, unas chiquillas jugaban al corro, al pálido sol del invierno. De pronto, se oyó la voz de Nana, que se había escapado de casa de los Boche, con quienes la habían dejado. Dirigía el juego, con su aguda voz, y los talones golpeaban los adoquines mientras la letra de la canción salía volando con una algarabía de pájaros vocingleros:

Notre âne, notre âne,
Il a mal à la patte.
Madame lui a fait faire
Un joli patatoire,
Et des souliers lilas, la, la,
Et des souliers lilas![73]

Gervaise esperó para decir a su vez:

—Está claro que no somos ricos, pero no por ello queremos dejar de actuar decorosamente...

Que mamá Coupeau no nos haya dejado nada no es motivo para arrojarla a la tierra como si fuera un perro... No, hace falta una misa, y también una carroza algo bonita...

—¿Y quién va a pagarlo? —preguntó con brusquedad la señora Lorilleux—. Nosotros no, que la semana pasada perdimos dinero; ni tampoco ustedes, que están a dos velas... Ay, ¿acaso no ven cómo han acabado por querer presumir?

Coupeau, al preguntarle qué opinaba, tartamudeó e hizo un ademán de profunda indiferencia; se estaba quedando dormido en la silla. La señora Lerat dijo que ella pagaría su parte. Estaba de acuerdo con Gervaise, había que mostrar decoro. Así que ambas echaron la cuenta en un pedazo de papel: en total ascendía a unos noventa francos, porque optaron, tras hablarlo mucho, por una carroza adornada con un delgado friso.

—Somos tres —concluyó la lavandera—. Pondremos cada uno treinta francos. Tampoco es para arruinarse.

Pero la señora Lorilleux reventó, furiosa:

—¡Pues yo me niego, sí, señor, me niego!... No por los treinta francos. Daría cien mil, de tenerlos, si sirvieran para resucitar a mamá... Pero es que no me gusta la gente orgullosa. Usted tiene un negocio, le encanta darse aires delante de todo el barrio. Pero nosotros por ahí no pasamos. No nos pavoneamos... ¡Ea, seguro que se las apaña! Póngale plumas a la carroza si eso le divierte.

—Nadie le está pidiendo nada —acabó contestando Gervaise—. Así tuviera que venderme yo, no tendría remordimiento alguno. Si he podido alimentar a mamá Coupeau sin ustedes, bien podré enterrarla sin ustedes... Ya se lo he dicho antes, sin pelos en la lengua: si doy cobijo a los gatos callejeros, no es para dejar a su madre tirada de mala manera.

En vista de lo cual, la señora Lorilleux se echó a llorar y Lantier tuvo que impedirle que se fuera. Como estaban subiendo mucho el tono, la señora Lerat, chistando con energía, se creyó en la obligación de ir discretamente a la recámara, para lanzarle a la muerta una mirada de enfado y preocupación, como si temiera encontrársela despierta, oyendo la discusión que había en el cuarto de al lado. En ese momento, las niñas del patio retomaron el corro; el penetrante hilo de voz de Nana dominaba al resto:

Notre âne, notre âne,
Il a bien mal au ventre,
Madame lui a fait faire
Un joli ventrouilloire,
Et des souliers lilas, la, la,
Et des souliers lilas.[74]

—¡Por Dios, qué pesadez las niñas estas con la cancioncita! —le dijo Gervaise a Lantier; estaba alteradísima y a punto de llorar de impaciencia y de pena—. ¡Dígales que se callen y mande otra vez a Nana con la portera de una patada en el culo!

La señora Lerat y la señora Lorilleux se fueron a almorzar, pero se comprometieron a volver más tarde. Los Coupeau se sentaron a la mesa y comieron fiambre, pero sin apetito, sin atreverse siquiera a hacer ruido con el tenedor. Estaban muy apurados, aturdidos, con la pobre mamá Coupeau, que les pesaba como si la llevaran a hombros y les daba la sensación de llenar todos los cuartos. Tenían la vida trastocada. En un primer momento, iban de acá para allá sin encontrar nada, estaban derrengados, como al día siguiente de una juerga. Lantier no tardó en volver a

tomar el portante para regresar a la funeraria, llevando consigo los treinta francos de la señora Lerat y los sesenta francos que Gervaise había ido a pedirle a Goujet, sin arreglarse, como una loca. Por la tarde, llegaron algunas visitas, vecinas picadas de curiosidad que se presentaban suspirando y revolviendo unos ojos afligidos; entraban en la recámara y se quedaban mirando a la muerta, mientras se santiguaban y sacudían la ramita de boj empapada de agua bendita; después de eso, se sentaban en el local, donde hablaban de la querida señora, interminablemente, sin cansarse de repetir la misma frase durante horas. La señorita Remanjou se había fijado en que el ojo derecho se le había quedado abierto; la señora Gaudron estaba empeñada en verle buen color para su edad; mientras la señora Fauconnier estaba pasmada de haberla visto tomándose el café, tres días antes. De verdad, qué pronto pasaba la vida, mejor ir liando el petate. Al caer la tarde, los Coupeau empezaron a estar hartos. Conservar el cuerpo tanto tiempo era demasiada aflicción para una familia. El Gobierno tendría que haber dispuesto otra ley a este respecto. Y todavía les quedaba por delante toda la velada, toda la noche y toda la mañana. ¡No! No se iba a acabar nunca. Cuando ya no lloras, ¿verdad?, resulta que la pena se convierte en irritación y puedes acabar haciendo lo que no debes. Mamá Coupeau, muda y tiesa al fondo de la angosta recámara, se iba esparciendo más y más por la morada, se convertía en un peso que reventaba el mundo. Y la familia, a su pesar, volvía a la rutina, se quedaba sin respeto.

—Coman algo con nosotros —les dijo Gervaise a la señora Lerat y a la señora Lorilleux cuando volvieron—. Estamos demasiado tristes, vamos a quedarnos todos juntos.

La comida se sirvió en la mesa de planchar. Al ver los platos, todos se acordaban de las comilonas que habían celebrado allí. Lantier estaba de vuelta. Lorilleux bajó. Un repostero acababa de traer una empanada, pues la lavandera no estaba con ánimos para cocinar. Cuando se estaban sentando, Boche entró para decir que el señor Marescot solicitaba hacer acto de presencia; el casero apareció, muy serio, con la amplia condecoración en la levita. Saludó en silencio y fue directo a la recámara, donde se arrodilló. Era un hombre muy piadoso; rezó con recogimiento de cura y luego trazó una cruz en el aire y roció el cuerpo con la rama de boj. Toda la familia, que se había levantado de la mesa, estaba allí, tremendamente impresionada. Tras haber cumplido con la religión, el señor Marescot pasó al local y les dijo a los Coupeau:

—He venido por los dos pagos pendientes. ¿Pueden abonarlos?

—No, señor, no del todo —balbució Gervaise, muy fastidiada porque se hablara del asunto delante de los Lorilleux—. Compréndalo, con esta desgracia que nos ha pasado...

—Desde luego, pero quién no tiene sus propias penas —prosiguió el casero abriendo los dedazos de antiguo obrero—. Estoy muy disgustado, no puedo seguir esperando... Si no me pagan pasado mañana por la mañana, no me quedará más remedio que desalojarlos.

Gervaise, con lágrimas en los ojos, juntó las manos, muda e implorante. Él, con un enérgico movimiento de su cabeza grande y huesuda, le hizo entender que sus súplicas eran en vano. Por lo demás, el respeto debido a los muertos vetaba cualquier discusión. Volvió sobre sus pasos y se retiró discretamente.

Al principio, todos comieron deprisa, para que no pareciese que disfrutaban. Pero, al llegar a los postres, se demoraron, al apoderarse de ellos una necesidad de bienestar. De tanto en tanto, con la boca llena, Gervaise o una de las dos hermanas se levantaba e iba a echar un vistazo a la recámara, sin soltar siquiera la servilleta; cuando volvía a sentarse, mientras engullía el bocado, los demás la miraban un segundo para comprobar que todo estaba bien ahí al lado. Hasta que las

señoras se fueron despreocupando y mamá Coupeau quedó olvidada. Habían preparado un barreño de café, y del cargadito, para aguantar despiertos toda la noche. Los Poisson llegaron sobre las ocho. Los invitaron a tomar una copita. Entonces, Lantier, que llevaba todo el día acechando la cara de Gervaise, pareció pillar una ocasión que llevaba esperando desde por la mañana. A cuento de la ruindad de los caseros que se colaban para pedir dinero en las casas donde tenían un muerto, dijo intempestivamente:

—¡Menudo jesuita está hecho, el muy desgraciado, con esos aires de santurrón!... Pero yo que vosotros, lo dejaría plantado con su local.

Gervaise, derrengada de cansancio, floja e irritable, contestó, dejándose llevar:

—Sí, desde luego, no voy a quedarme esperando a los agentes judiciales... ¡Ay, qué harta estoy, pero qué harta!

Los Lorilleux, gozando al pensar que la Coxcox ya no tendría local, le dieron la razón efusivamente. La gente no se imaginaba lo que venía a costar un local. Aunque, si trabajando para otros solo ganara tres francos, al menos no tendría gastos y no habría peligro de perder grandes cantidades. Pincharon a Coupeau para que repitiera el argumento; estaba bebiendo mucho, apesadumbrado, llorando él solo encima del plato. Como parecía que la lavandera se estaba dejando convencer, Lantier les hizo guiños a los Poisson. Entonces la espingarda de Virginie metió baza, de lo más amable.

—¿Sabe?, podríamos llegar a un acuerdo. Yo seguiría con el arrendamiento, zanjaría el problema que tienen con el casero...

Así se queda más tranquila.

—No, gracias —respondió Gervaise, que se sacudió como si le hubiese dado un escalofrío —. Sé cómo conseguir lo que se debe, si quiero. Trabajaré. A Dios gracias, tengo dos brazos para salir del apuro.

—Ya hablaremos de eso luego —se apresuró a decir el sombrerero—. Esta noche no sería apropiado... Luego, mañana, por ejemplo.

En ese momento, la señora Lerat, que había ido a la recámara, soltó un gritito. Se había asustado al encontrarse con que la vela se había quemado todo y estaba apagada. Todos los presentes se pusieron a encender otra; meneaban la cabeza, diciendo una y otra vez que no era buena señal que la luz se apagara al lado de un muerto.

Comenzó el velatorio. Coupeau se echó, no para dormir, según decía, sino para reflexionar, pero a los cinco minutos ya estaba roncando. Nana, cuando la mandaron a pasar la noche a casa de los Boche, lloró: llevaba deleitándose desde por la mañana con la esperanza de estar bien calentita en la cama de su buen amigo Lantier. Los Poisson se quedaron hasta medianoche. Como a las señoras se les disparaban los nervios con el café, al final habían preparado, en una ensaladera, vino especiado. La conversación derivaba hacia los arrebatos conmovidos. Virginie hablaba del campo: quería que la enterrasen en un rincón del bosque, con la tumba cubierta de flores silvestres. La señora Lerat ya tenía guardada en el armario la sábana para su mortaja y siempre la perfumaba con un ramillete de lavanda: tenía empeño en irse a criar malvas con un olor agradable en la nariz. Hasta que, sin transición, el guardia contó que por la mañana había detenido a una buena moza que acababa de robar en una chacinería; cuando la desvistieron delante del comisario, le encontraron diez salchichones colgando alrededor del cuerpo, por delante y por detrás. Cuando la señora Lorilleux, con cara de asco, dijo que no sería ella quien se

comiera esos salchichones, la concurrencia se echó a reír. El velatorio se animó, aunque sin perder la compostura. No obstante, cuando estaban terminándose el vino especiado, un ruido peculiar, un goteo sordo, les llegó procedente de la recámara. Todos alzaron la cabeza y se miraron.

—No es nada —dijo tranquilamente Lantier, bajando la voz—. Se está vaciando.

Los presentes aceptaron tal explicación y asintieron con la cabeza; aliviados, dejaron los vasos encima de la mesa.

Por fin, los Poisson se retiraron. Lantier se marchó con ellos: según dijo, iba a casa de un amigo para cederle su cama a las señoras y que pudieran descansar un rato, por turnos. Lorilleux subió a acostarse solo, sin dejar de decir que no lo había hecho desde que se casó. Entonces, Gervaise y las dos hermanas, que se habían quedado con Coupeau dormido, se organizaron en torno a la estufa, encima de la cual mantuvieron el café caliente. Se quedaron apiñadas ahí, dobladas por la mitad, con las manos debajo del mandil y con la nariz encima del fuego, charlando muy bajito, en medio del hondo silencio del barrio. La señora Lorilleux se lamentaba: no tenía ningún vestido negro y preferiría no tener que comprarse uno, pues andaban muy muy apurados de dinero. Le preguntó a Gervaise si mamá Coupeau no había dejado una falda negra, la falda que le habían regalado por su santo. Metiéndole la cinturilla, podría servirle. Pero la señora Lorilleux también quería la ropa blanca usada; mencionó la cama, el armario, las dos sillas, y buscaba con la mirada los cachivaches que se repartirían. Poco faltó para que discutieran. Pero la señora Lerat puso paz; era más justa: puesto que los Coupeau se habían hecho cargo de la madre, bien merecían quedarse con sus cuatro harapos. Y las tres volvieron a amodorrarse delante de la estufa, entre monótonos chismorreos. De tanto en tanto se espabilaban, bebían café, asomaban la cabeza dentro de la recámara, donde la vela, que no se debía despavesar, ardía con una llama roja y triste que agrandaba el pabilo carbonizado. Al alba, estaban tiritando, a pesar del calorazo de la estufa. Estaban agobiadas y agotadas por haber charlado demasiado y tenían la lengua seca y los ojos doloridos. La señora Lerat se desplomó en la cama de Lantier y se puso a roncar como un hombre; mientras, las otras dos, con la cabeza caída y apoyada en el regazo, dormían delante del fuego. Cuando amaneció, las despertó un escalofrío. La vela de mamá Coupeau había vuelto a apagarse. Como en la oscuridad volvió a sonar aquel goteo sordo de antes, la señora Lorilleux explicó de qué se trataba, en voz alta, para reconfortarse a sí misma.

—Se está vaciando —repitió mientras encendía otra vela.

El entierro estaba previsto para las diez y media. ¡Menuda mañanita, digna de la noche y el día anteriores! Francamente, Gervaise, aun sin tener un céntimo, le habría dado cien francos a quien hubiese acudido a llevarse a mamá Coupeau con tres horas de antelación. Por mucho que quieras a alguien, cuando muere se vuelve una carga demasiado pesada; es más, cuanto más lo quieres, antes te gustaría quitártelo de encima.

Por suerte, las mañanas de entierro están llenas de distracciones. Hay que atender a toda clase de preparativos. Lo primero fue desayunar, tras lo cual fue precisamente el tío Bazouge, el enterrador del sexto, quien llevó la caja y el saco de salvado. Aquel buen hombre siempre estaba bebido. Ese día, a las ocho de la mañana, aún estaba de lo más alegre por la curda que se había pillado el día anterior.

—Aquí traigo esto. Es para ustedes, ¿verdad? —dijo, y dejó en el suelo el ataúd, que sonó con crujido de caja nueva.

Al soltar al lado el saco de salvado, se quedó boquiabierto y con los ojos como platos al ver a

Gervaise frente a sí.

—Perdón, lo siento, me he equivocado —balbució—. Me habían dicho que lo trajera a su casa.

Había vuelto a cargar el saco, pero la lavandera le gritó:

—Déjelo, es para nosotros.

—Vaya, ¡rediós!, haberlo dicho —dijo el hombre, que se dio una palmada en el muslo—. Ya lo entiendo, es la vieja...

Gervaise se puso blanca como el papel. El tío Bazouge había traído la caja para ella. Él seguía hablando, haciéndose el galante, tratando de disculparse:

—Si es que ayer andaban contando que se había ido una, en la planta baja... Entonces yo creí... ¿Sabe?, en este oficio, esas cosas te entran por un oído y te salen por el otro... Así que, a pesar de todo, me alegro por usted, ¿eh? Cuanto más tarde, mejor, aunque la vida no siempre sea una fiesta, ¡mecachis!

Gervaise lo escuchaba al tiempo que se apartaba de él, con miedo a que la fuese a agarrar con esas manazas sucias para llevársela dentro de la caja. Ya en cierta ocasión, la noche del día de su boda, le había dicho que conocía a mujeres que agradecerían que él subiera a llevárselas. ¡Pues bien!, ella no había llegado a tanto, y le daban escalofríos al pensarlo. Su vida había empeorado, pero no quería marcharse tan pronto: prefería morirse de hambre durante años que morirse de golpe, en un segundo.

—Va piripi —murmuró, con cara de asco y algo de espanto—. Al menos, la Administración podría no mandar a borrachos. Bastante caros nos cuestan.

El enterrador se puso guasón e insolente:

—Pues otro día será, señora mía, a ver qué se ha creído. Estoy a su disposición, ¿me oye? Solo tiene que hacerme una seña. Yo soy el consuelo de las señoras... Y no hay que hacerle ascos al tío Bazouge, porque ha tenido en brazos a otras mucho más finas que tú, que se han dejado acomodar sin quejarse, tan contentas de seguir con su siesta a la sombra.

—¡Cállese, tío Bazouge! —exclamó con severidad Lorilleux, que había acudido al oír las voces—. Esas bromas están fuera de lugar. Si presentamos una queja, lo despedirán... Hala, váyase con viento fresco, ya que no respeta los principios.

El enterrador se alejó, pero estuvieron oyéndolo mucho rato en la acera, tartamudeando:

—¡Qué principios ni qué ocho cuartos!... No hay principios..., no hay principios... ¡Solo hay honradez!

Por fin, dieron las diez. La carroza llegaba tarde. El local estaba lleno de gente, amigos y vecinos, el señor Madinier, Mes-Bottes, la señora Gaudron, la señorita Remanjou. A cada minuto, entre los postigos cerrados, a través del vano de la puerta, asomaba una cabeza de hombre o de mujer para mirar si llegaba ya la dichosa carroza. La familia, reunida en la habitación del fondo, estrechaba manos. Se producían breves silencios, que entrecortaban apresurados susurros. Aquello era una espera hastiada y febril, con vestidos que salían corriendo de repente: la señora Lorilleux, que se había dejado olvidado el pañuelo, o bien la señora Lerat, que pedía que le prestaran un misal. Todo el que llegaba atisbaba la caja abierta en medio de la recámara, delante de la cama; a su pesar, cada uno de ellos se quedaba escudriñándola, de reojo, calculando que alguien tan gordo como mamá Coupeau nunca cabría ahí dentro. Todos se miraban entre sí con ese pensamiento en los ojos, pero sin comunicárselo. Hasta que se produjo un revuelo en la

puerta de la calle. El señor Madinier apareció para anunciar con voz grave y contenida, ahuecando los brazos:

—¡Ya están aquí!

No se trataba de la carroza, aún no. Entraron en fila y con paso ligero cuatro empleados de la funeraria; tenían la cara encarnada y manos torpes de ganapanes; lucían el negro amarillento de la ropa desgastada y desvaída por el roce de los ataúdes. El tío Bazouge iba delante, muy bebido e igual de formal; en cuanto se ponía manos a la obra, recuperaba el aplomo. Sin pronunciar palabra y con la cabeza algo gacha, sopesaban a mamá Coupeau con la mirada. Fue un visto y no visto: embalaron a la pobre vieja en lo que se tarda en estornudar. El más bajito, un joven que bizqueaba, había vaciado el salvado dentro del féretro y lo esparcía amasándolo, como si quisiera hacer pan. Otro tipo larguirucho, con pinta de bromista, acababa de extender una sábana por encima. Luego, uno, dos y, ¡vamos allá!, entre los cuatro agarraron el cuerpo, lo levantaron, dos por los pies y dos por la cabeza. Lo hicieron en menos de lo que se tarda en dar la vuelta a una crepe. La gente que alargaba el cuello habría podido creer que mamá Coupeau se había metido en la caja de un salto ella solita. Se había deslizado allí dentro como si fuera su propia casa, pero, ¡qué justita!, tan justita que se había oído cómo rozaba contra la madera nueva. Tocaba por cada uno de los costados, como un cuadro enmarcado. Pero, al final, sí que cabía, cosa que sorprendió a los asistentes; claro está, debía de haber menguado desde el día anterior. Entre tanto, los de la funeraria se habían levantado y estaban esperando; el bizco bajito cogió la tapa para invitar a la familia a despedirse por última vez; mientras tanto, Bazouge se metía los clavos en la boca y preparaba el martillo. Coupeau, sus dos hermanas, Gervaise y algunos más se hincaron de rodillas y besaron a la madre que se iba, con lagrimones cuyas cálidas gotas caían y rodaban por ese rostro tieso y frío como el hielo. Los sollozos sonaban prolongadamente. Colocaron la tapa y el tío Bazouge hundió los clavos con el arte de un empacador, dos golpes para cada punta; y nadie pudo oír su propio llanto en medio de aquel estruendo de mueble en reparación. Se acabó. Ya se iban.

—¡Cómo puede alguien darse tantas ínfulas en un momento así! —le dijo la señora Lorilleux a su marido, al ver la carroza delante de la puerta.

La carroza mortuoria tenía al barrio revolucionado. La casquera llamaba a los mozos del tendero, el relojero había salido a la calle, los vecinos se asomaban a la ventana. Y toda esa gente comentaba el friso con flecos de algodón blanco. ¡Vaya, mejor habrían hecho los Coupeau pagando sus deudas! No obstante, tal y como afirmaban los Lorilleux, cuando a uno le puede el orgullo, se le sale por todo y para todo.

—¡Qué vergüenza! —repetía una y otra vez Gervaise refiriéndose al engarzador y a su mujer—. ¡Y pensar que esos roñosos no han traído ni siquiera un ramo de violetas para su madre!

En efecto, los Lorilleux se habían presentado con las manos vacías. La señora Lerat había traído una corona de flores artificiales. También colocaron encima de la caja una corona de siemprevivas y un ramo que los Coupeau habían comprado. Los de la funeraria tuvieron que sudar la gota gorda para levantar y cargar el cuerpo. El cortejo tardó lo suyo en organizarse. Coupeau y Lorilleux, con levita y el sombrero en la mano, abrían la marcha; el primero, presa de una emoción que alimentaban los dos vasos de vino blanco que se había tomado por la mañana, iba del brazo de su cuñado, con las piernas flojas y la cabeza dolorida. Los seguían los hombres: el señor Madinier, muy serio, de negro riguroso; Mes-Bottes, con un paletó encima del blusón;

Boche, cuyos pantalones amarillos herían la vista; Lantier, Gaudron, Bibi-la-Grillade, Poisson y algunos otros. Las señoras iban detrás: en primera fila, la señora Lorilleux, arrastrando la falda arreglada de la muerta, y la señora Lerat, ocultando debajo del chal su luto improvisado, una chaqueta chambra aderezada de lilas; en la fila, Virginie, la señora Gaudron, la señora Fauconnier, la señorita Remanjou y el resto de la cola. Cuando la carroza se puso en marcha y bajó despacio por la calle de La Goutte-d'Or, entre la gente que se santiguaba y se quitaba el sombrero, los cuatro empleados de la funeraria se pusieron en cabeza, dos delante y los otros dos a izquierda y derecha. Gervaise se quedó para cerrar el local. Dejó a Nana al cuidado de la señora Boche y corrió para alcanzar el cortejo, mientras la niña, de la mano de la portera, bajo el arco, miraba con profundo interés cómo desaparecía su abuela al fondo de la calle, en aquel carruaje tan bonito.

En el preciso instante en que la lavandera, ya sin resuello, alcanzaba la cola, Goujet apareció por el otro lado. Se colocó con los hombres, pero se dio la vuelta y la saludó con la cabeza, con tanta dulzura que Gervaise se sintió de golpe muy desgraciada y rompió a llorar de nuevo. Sus lágrimas ya no eran solo por mamá Coupeau, sino por algo abominable que no era capaz de nombrar y que la ahogaba. Hizo todo el trayecto con el pañuelo apretado contra los ojos. La señora Lorilleux, con las mejillas secas y encendidas, la miraba de soslayo, como acusándola de darse tono.

En la iglesia, la ceremonia se celebró deprisa y corriendo. Y eso que la misa se demoró un poco porque el cura era muy viejo. Mes-Bottes y Bibi-la-Grillade prefirieron quedarse fuera por la colecta. El señor Madinier se pasó el rato escudriñando a los curas y le comentaba a Lantier sus observaciones: los muy farsantes, soltando latinajos, ni siquiera sabían lo que estaban contando; tanto les daba enterrar a alguien como casarlo o bautizarlo, lo hacían sin sentirlo de corazón. A continuación, el señor Madinier pasó a criticar tanta ceremonia, esas luces, esas voces tristes, ese despliegue delante de las familias. En serio, era como perder a tu ser querido dos veces, en casa y en la iglesia. Y todos los hombres le daban la razón, porque les tocó pasar otro mal rato cuando, concluida la misa, los asistentes farfullaron unas oraciones y tuvieron que desfilar delante del cuerpo, rociándolo de agua bendita. Por fortuna, el cementerio no estaba lejos, el cementerio pequeñito de La Chapelle, un jardincillo que daba a la calle de Marcadet. El cortejo llegó allí desbandado, dando zapatazos, hablando cada cual de sus cosas. La tierra dura sonaba, daban ganas de ir marcando el paso. La fosa abierta, junto a la que habían depositado el féretro, ya estaba congelada del todo, pálida y pedregosa como una cantera de yeso; a los asistentes, en formación alrededor de los montículos de escombro, no les hacía ninguna gracia estar esperando con semejante frío, y menos teniendo que estar mirando el hoyo. Por fin, de una casita salió un cura con sobrepelliz, tiritando y soltando una vaharada con cada *de profundis*. Tras santiguarse por última vez, salió corriendo, sin gana ninguna de tener que repetirlo. El sepulturero agarró la pala, pero por culpa de la helada solo se desprendían terrones grandes que retumbaban de lo lindo allá en lo hondo, un auténtico bombardeo encima del ataúd, una salva de cañonazos que parecía que iba a quebrar la madera. Por muy egoísta que sea uno, semejante música te parte el alma. Y vuelta a llorar. La gente se iba, estaba fuera y aún seguía oyendo las detonaciones. Mes-Bottes, soplándose en los dedos, hizo una observación en voz alta: «¡Demontre, la pobre mamá Coupeau sí que no iba a pasar calor, eso seguro!».

—Señoras y acompañantes —les dijo el cinquero a los pocos amigos que se habían quedado en la calle con la familia—, si tienen a bien que les convidemos a algo...

Él fue el primero en entrar en una vinatería de la calle de Marcadet, À-la-descente-du-cimetière.[75] Gervaise, que se había quedado en la acera, llamó a Goujet, que ya se marchaba tras saludarla otra vez con la cabeza. ¿Por qué no aceptarles un vaso de vino? Pero él llevaba prisa, se volvía al taller. Se quedaron mirándose, sin decir nada.

—Le pido perdón por los sesenta francos —murmuró al cabo la lavandera—. Estaba como loca y pensé en usted...

—Bah, no hay de qué, está usted perdonada —interrumpió el herrero—. Y ya sabe que estoy a su disposición si le ocurriera una desgracia... Pero no le diga nada a mi madre, porque tiene ideas propias y no me gusta contrariarla.

Ella seguía mirándolo. Al verlo tan bueno, tan triste, con la hermosa barba amarilla, estuvo a punto de aceptar la antigua propuesta de marcharse con él para ser felices juntos en alguna parte. Hasta que se le ocurrió un mal pensamiento: pedirle prestados los alquileres pendientes, a cualquier precio. Temblando y con voz melosa añadió:

—No estamos reñidos, ¿verdad?

Él sacudió la cabeza al contestar:

—No, claro, nunca estaremos reñidos... Solo que, como comprenderá, esto se acabó.

Y se fue dando zancadas, dejando a Gervaise aturdida, sintiendo que sus últimas palabras le latían en los oídos como el zumbido de una campana. Cuando entró en la vinatería, en su fuero interno oía sordamente: «Esto se acabó, ¡ea!, esto se acabó. ¡Pues si ha acabado, yo ya no pinto nada!». Se sentó, tragó un bocado de pan con queso y vació un vaso que se encontró delante.

Estaban en una sala a pie de calle, alargada y de techo bajo, que ocupaban dos mesas grandes. Habían dispuesto, en una extensa fila, varias botellas, hogazas cortadas en cuatro y grandes triángulos de queso *brie* en tres platos. La concurrencia comía de pie, sin mantel ni cubiertos. Más allá, junto a la estufa roncadora, los cuatro empleados de la funeraria terminaban de almorzar.

—¡Dios mío! —explicaba el señor Madinier—. A todos nos acaba tocando. Los viejos les dejan sitio a los jóvenes... Qué vacía les va a parecer la casa cuando vuelvan.

—¡Huy, mi hermano deja el local! —dijo con viveza el señor Lorilleux—. ¡Es una verdadera ruina!

Habían estado calentándole la cabeza a Coupeau. Todo el mundo lo empujaba a traspasar el arrendamiento. La mismísima señora Lerat, que desde hacía un tiempo estaba a partir un piñón con Lantier y Virginie, engolosinada con la idea de que se gustaban mutuamente, hablaba de quiebra y de cárcel poniendo cara de susto. Y, de buenas a primeras, el cinquero se enfadó, pasó de la pesadumbre a la ira, habiendo bebido más que de sobra.

—¡Escúchame —le gritó a su mujer en las narices—, quiero que me escuches! Tu maldita cabeza siempre está haciendo de las suyas. Pero esta vez se va a cumplir mi santa voluntad, ¡te lo advierto!

—¡Buena suerte a quien quiera someterla con buenas palabras! —dijo Lantier—. Haría falta un mazo para metérselo en la mollera.

Ambos la estuvieron aporreando un rato, lo cual no era impedimento para que las mandíbulas se movieran, el queso desapareciera y las botellas chorreasen como fuentes. Entre tanto, Gervaise iba cediendo a los golpes. No contestaba nada, con la boca siempre llena, apresurándose, como si estuviera hambrienta. Cuando los dos hombres se cansaron, alzó

despacio la cabeza y dijo:

—Ya está bien, ¿no? ¡Me importa un bledo el local! Ya no lo quiero. ¿Lo entendéis? ¡Me importa un bledo! ¡Esto se acabó!

Entonces pidieron más queso y más pan, y hablaron en serio. Los Poisson se quedaban con el arrendamiento y se ofrecían a hacerse cargo de los dos pagos pendientes. Por lo demás, Boche aceptaba el trato en nombre del casero, dándose importancia. Es más, aprovechando la ocasión, les alquiló una vivienda a los Coupeau, la que estaba vacante en la sexta planta, en el corredor de los Lorilleux. En lo referente a Lantier, ¡caramba!, estaba dispuesto a quedarse en su cuarto, si a los Poisson no les importaba. El guardia accedió: le daba absolutamente igual; los amigos siempre se llevan bien, a pesar de las ideas políticas. Lantier, desentendiéndose del traspaso, como alguien que por fin ha hecho su jugada, se untó de queso una rebanada de pan enorme; se reclinaba, se la comía con devoción, encendido el rostro por una alegría artera, guiñando los ojos para mirar disimuladamente, ora a Gervaise, ora a Virginie.

—¡Eh, tío Bazouge! —llamó Coupeau—. Venga a tomar un trago, hombre. Que no somos unos estirados, todos somos trabajadores.

Los cuatro enterradores, que ya se estaban marchando, dieron media vuelta para brindar con la concurrencia. No era un reproche, pero la señora que habían acarreado hacía un rato pesaba lo suyo y se habían ganado un vaso de vino. El tío Bazouge no le quitaba ojo a la lavandera, sin soltar ninguna inconveniencia. Ella, desazonada, se puso de pie y se alejó de los hombres, que ya estaban más que alegres. Coupeau, borracho como un cuero, volvió a soltar el trapo a llorar y decía que era por el disgusto.

Por la noche, ya de vuelta en su casa, Gervaise se quedó hecha un pasmarote en una silla. Las habitaciones se le antojaban desiertas e inmensas. En serio, de buena se habían librado. No obstante, estaba claro que, en el fondo del hoyo del jardincillo de la calle de Marcadet, no había dejado solo a mamá Coupeau. Echaba de menos muchas cosas. En realidad, lo que había enterrado tal vez fuera un pedazo de su propia vida, y su local, y su orgullo de dueña de negocio, y otros cuantos sentimientos. Sí, las paredes estaban tan desnudas como su corazón, como al mudarse de casa, como al caer rodando al fondo de la cuneta. Pero se sentía demasiado cansada, ya se recompondría luego, si es que podía.

A las diez, Nana se desvistió llorando y pataleando. Quería dormir en la cama de mamá Coupeau. Su madre trató de meterle miedo, pero era una niña demasiado precoz: los muertos solo le despertaban una tremenda curiosidad. Así pues, por no aguantarla, dejaron que ocupara el sitio de mamá Coupeau. Cómo le gustaban las camas grandes a esa chiquilla, que se espatarraba y rodaba. Esa noche durmió a pierna suelta, con el calorcito y el cosquilleo del colchón de pluma.

X

La nueva vivienda de los Coupeau estaba en la sexta planta de la escalera B. Pasada la puerta de la señorita Remanjou, se cogía el corredor a mano izquierda. Luego había que volver a girar. La primera puerta era la de los Bijard. Casi enfrente, en un agujero sin aire, debajo de una escalerita que subía al tejado, dormía el tío Bru. Dos puertas más allá se llegaba a casa de Bazouge. Por fin, pared por medio con Bazouge, estaban los Coupeau: una habitación y una recámara que daban al patio. Al final del pasillo ya solo había dos familias más antes de llegar a casa de los Lorilleux, al fondo del todo.

Una habitación y una recámara, no más. Allí era donde ahora anidaban los Coupeau. La habitación no era mayor que la palma de la mano. Allí lo hacían todo: dormir, comer y lo demás. En la recámara apenas si cabía la cama de Nana; la niña tenía que desvestirse en el cuarto de su padre y su madre, y le dejaban la puerta abierta para que no se ahogara. Era un lugar tan pequeño que Gervaise, al dejar el local, les había cedido a los Poisson varias cosas, porque no podía encajarlo todo en el piso. La cama, la mesa, cuatro sillas, y ya estaba lleno. Muerta de pena, no había tenido valor para separarse de su cómoda y había empantanado el suelo de baldosas con aquel maldito mueble, que tapaba a medias la ventana. Una de las hojas quedaba condenada, hurtándole a la casa luz y alegría. Cuando Gervaise quería asomarse al patio, como se estaba poniendo gordísima, no tenía espacio para acodarse y tenía que inclinarse al bies, torciendo el cuello, para poder ver.

Los primeros días, la lavandera se sentaba y lloraba. Le resultaba muy duro no poder ni moverse en su propia casa después de haber vivido siempre a sus anchas. Se ahogaba, se pasaba horas en la ventana, aplastada entre la pared y la cómoda, y padeciendo las consiguientes tortícolis. Solo allí podía respirar. Y eso que el patio no le inspiraba más que cosas tristes. En frente de ella, del lado del sol, atisbaba su sueño de antaño, aquella ventana de la quinta planta donde, todas las primaveras, unas judías escarlata enroscaban sus finos tallos por una espaldera de cordeles. Su habitación estaba del lado de la sombra, las macetas de reseda duraban vivas ocho días. ¡Ay, no, la vida no la estaba tratando bien, no era esa la existencia que esperaba tener! En lugar de disfrutar de las flores en la vejez, andaba rodando por cosas poco limpias. Un día, al inclinarse, tuvo una sensación muy rara, le pareció verse en persona allí, debajo del arco, junto a la portería, mirando hacia arriba, examinando la casa por primera vez; ese salto hacia atrás de trece años le produjo una punzada en el corazón. El patio no había cambiado, las fachadas desnudas estaban apenas más negras y más manchadas; un hedor subía de los sumideros carcomidos de óxido; de las cuerdas de tender de las ventanas colgaba ropa blanca, pañales emporcados; abajo, los adoquines mal encajados seguían sucios de la carbonilla del cerrajero y las virutas del ebanista; incluso, en el rincón húmedo de la fuente, un charco que había formado el agua de la tintorería tenía un bonito tono azul, de un azul tan clarito como el de antaño. Pero ella,

en ese momento, se sentía de lo más cambiada y marchita. Ya no se encontraba abajo, con la cara vuelta hacia arriba, contenta y valiente, anhelando un hermoso piso, sino que estaba en la buhardilla, en el rincón de los piojosos, en el agujero más sucio, en el lugar que nunca visitan los rayos de sol. Y eso explicaba sus lágrimas, no podía estar encantada de su suerte.

Sin embargo, cuando Gervaise se acostumbró un poco, los primeros tiempos de la familia en la nueva casa no se anunciaron mal. Casi había pasado el invierno, el poquito dinero de los muebles que le habían dejado a Virginie los había ayudado a acomodarse. Y el buen tiempo les trajo también una oportunidad: contrataron a Coupeau para ir a trabajar en provincias, a Étampes, donde pasó casi tres meses sin embriagarse, curado por un tiempo gracias al aire del campo. La gente no se imagina cuánto alivia a los borrachos salir del aire de París, en cuyas calles hay un auténtico humo de aguardiente y de vino. Volvió fresco como una rosa y trayendo cuatrocientos francos, con los que saldaron los dos pagos pendientes del local, de los que se habían hecho cargo los Poisson, además de otras deudas menores que tenían por el barrio, las más llamativas. Gervaise recuperó dos o tres calles por las que había dejado de pasar. Como es natural, se había colocado de planchadora a jornal. La señora Fauconnier, que era muy buena mujer si le hacían la rosca, había tenido a bien retomarla a su servicio. Hasta le pagaba tres francos, como a una operaria de primera, por respeto a su antigua posición de dueña de negocio. Así pues, parecía que la familia iba tirando. Incluso, si eran trabajadores y ahorrativos, Gervaise veía que algún día podrían pagarlo todo y encarrilarse en una rutina soportable. Lo malo era que eso se lo prometía al calor de la gran suma que había ganado su marido. En frío, aceptaba las cosas como se presentaban y decía que lo bueno nunca dura.

Lo que por aquel entonces hizo padecer más a los Coupeau fue ver a los Poisson acomodarse en su local. No es que fueran de natural envidioso, pero la gente los picaba y delante de ellos se hacían lenguas, a propósito, de las mejoras de sus sucesores. Los Boche, y sobre todo los Lorilleux, no paraban nunca. Según contaban, jamás se había visto un local más bonito. Y hablaban de lo sucio que se lo habían encontrado los Poisson, que solo en fregarlo se habían gastado treinta francos. Virginie, después de varios titubeos, se había decidido a montar una tiendecita de ultramarinos de calidad, caramelos, chocolate, café y té. Lantier le había recomendado efusivamente ese negocio porque, según decía, se podían ganar cantidades enormes con las golosinas. El local se pintó de negro realzado con rebordes amarillos, dos colores distinguidos. Tres ebanistas dedicaron ocho jornadas a disponer los casilleros, las vitrinas, un mostrador con baldas para los tarros, como en las confiterías. A la pequeña herencia que atesoraba Poisson debieron de quitarle un buen pellizco. Pero Virginie estaba triunfando y los Lorilleux, con ayuda de los porteros, no le perdonaban a Gervaise ni un casillero, ni una vitrina, ni un tarro, regocijándose al ver cómo le cambiaba la cara. Por muy poco envidioso que uno sea, siempre da rabia que los demás se calcen tus propios zapatos para pisotearte.

También había una cuestión de fondo, el hombre. La gente aseguraba que Lantier había dejado a Gervaise. Al barrio le parecía muy bien. Le traía a la calle un poco de decencia, vaya. Y todos los méritos de la separación recaían en el ladino del sombrerero, que seguía siendo el ojito derecho de las señoras. Se contaban los detalles: la lavandera estaba tan aferrada a él que, por lo visto, había tenido que zurrarla para que lo dejase en paz. Como es natural, nadie contaba la verdad verdadera; a los que podrían haberla sabido se les antojaba demasiado simple y carente de interés. En cierto modo, Lantier había dejado a Gervaise en la medida en que ya no la tenía a su

disposición a cualquier hora del día o de la noche, pero no cabía duda de que subía a la sexta planta para verla cuando le venía en gana, porque la señorita Remanjou se lo encontraba saliendo de casa de los Coupeau a unas horas que no eran naturales. Total, que la relación seguía adelante, cuando se terciaba y con poco empeño, sin que ninguno de los dos la disfrutara de verdad; por costumbre y por mutua complacencia, nada más. Lo único malo, lo que complicaba la situación, era que ahora el barrio había puesto a Lantier y a Virginie a compartir cama. Y una vez más, el barrio se estaba precipitando. Desde luego, el sombrerero engatusaba a la mujerona morena; y venía muy al caso porque, en la vivienda, era la sustituta de Gervaise en todo y para todo. Corría precisamente un chiste según el cual una noche Lantier había ido a buscar a Gervaise a la cama del vecino y se había vuelto y acostado con Virginie, sin haberla reconocido hasta el amanecer, porque estaba muy oscuro. La historia hacía gracia, pero en realidad el sombrerero no había llegado a tanto, apenas sí se permitía pellizcarle las caderas, lo cual no impedía a los Lorilleux hablar delante de la lavandera de los amoríos de Lantier y de la señora Poisson, muy conmovidos, con la esperanza de ponerla celosa. También los Boche daban a entender que nunca habían conocido a nadie que hiciera tan buena pareja. Lo que resultaba curioso en todo aquello era que a la calle de La Goutte-d'Or no parecía importarle la nueva relación a tres bandas; no, la moral, dura con Gervaise, se mostraba amable con Virginie. Quizás la risueña indulgencia de la calle tuviera que ver con que estaba casada con un guardia.

Por fortuna, a Gervaise no la atormentaban los celos. Las infidelidades de Lantier no la alteraban ni pizca porque hacía mucho tiempo que en sus relaciones no intervenía el corazón. Se había enterado, sin querer entrar en detalles, de historias indecentes, de relaciones del sombrerero con toda clase de frescas, las primeras faldas que se topara por la calle; sin embargo, la inmutaban tan poco que seguía siendo complaciente, sin lograr siquiera juntar suficiente ira para romper con él. Si embargo, no le resultó tan fácil aceptar el nuevo capricho de su amante. Con Virginie, la cosa cambiaba. Los demás se habían inventado aquello con el único objetivo de picarlos a ambos; y aunque los amoríos la tenían sin cuidado, sí le importaba la consideración. Así pues, cuando a la señora Lorilleux o a cualquier otro mal bicho le daba por decir, en presencia suya, que Poisson ya no podía pasar por debajo de la puerta de Saint-Denis, se ponía pálida, sentía el pecho desgarrado y ardor en el estómago. Fruncía los labios y procuraba no enfadarse para no darles esa satisfacción a sus enemigos. Pero tuvo que regañar a Lantier porque una tarde a la señorita Remanjou le pareció distinguir el sonido de un fuelle; por lo demás, sí que debió de haber una riña porque Lantier estuvo quince días sin dirigirle la palabra, aunque luego fue el primero en volver, como si tal cosa, y la rutina pareció reanudarse. La lavandera prefería pensar en sí misma y mantenerse apartada de los rifirrafes, muy deseosa de no fastidiarse aún más la vida. ¡Ay!, ya no tenía veinte años, ya no le gustaban tanto los hombres como para ir dando azotainas por ahí por su cara bonita, jugándose el trabajo. Lo malo era que aquello se sumaba a todo lo demás.

Coupeau se lo tomaba a guasa. Ese marido tolerante, que no había querido ver sus propios cuernos, se moría de risa con los de Poisson. En su matrimonio, no contaban; pero en los matrimonios ajenos, le parecían de lo más chusco, y se tomaba tremendas molestias para acechar esos accidentes cuando las parientas de los vecinos iban a retozar al campo. ¡Menudo pánfilo estaba hecho Poisson! ¡Y eso que llevaba espada y se permitía tratar a empellones a la gente por la calle! Coupeau llevaba el desparpajo hasta el punto de mofarse de Gervaise. ¡Vaya con ese galán

suyo, que la dejaba plantada! Tenía mala suerte: la primera vez, le habían fallado los herreros, y la segunda, eran los sombrereros los que la dejaban con un palmo de narices. Eso le pasaba por juntarse con gremios poco fiables. ¿Por qué no se buscaba un albañil, un hombre apegado, con costumbre de amasar bien el yeso? Claro está que decía todo aquello para reírse, pero no por ello Gervaise dejaba de sulfurarse, porque le clavaba los ojillos grises como si hubiera querido meterle las palabras con una barrena. Cuando sacaba el tema de las cochinadas, ella nunca sabía si su marido hablaba en serio o en broma. Un hombre que se embriaga todo el año de principio a fin ya no es dueño de sus actos, y hay maridos, muy celosos a los veinte años, que a los treinta se vuelven de manga ancha en cuestiones de fidelidad conyugal.

¡Había que ver a Coupeau galleando en la calle de La Goutte-d'Or! A Poisson lo llamaba «el cornudo». ¡Así les cerraba el pico a las charlatanas! El cornudo ya no era él. ¡Huy, él sabía lo que sabía! Si en su momento tenía pinta de no enterarse era porque, al parecer, no le gustaban los chismes. Cada cual conoce su casa y se rasca donde le pica. A él no le picaba nada; no iba a rascarse para darles gusto a los demás. ¿Y el guardia, qué? ¿Estaba enterado o no? Y eso que esta vez era cosa hecha; habían visto a los enamorados juntos, ya no eran chismes sin fundamento. Y se enfadaba: no entendía cómo un hombre, un funcionario del Gobierno, padecía en su casa semejante escándalo. Sería que al guardia le gustaban las sobras de los demás, sencillamente, lo cual no le impedía, las veladas en las que se aburría de estar él solo con su mujer en su agujero de la buhardilla, bajar a buscar a Lantier y obligarlo a subir. La casa le parecía triste desde que ya no estaba allí el compañero. Lo reconciliaba con Gervaise si notaba que estaban de morros. ¡Maldita sea!, ¿acaso no se manda a la gente a hacer gárgaras, acaso está prohibido que uno se divierta como mejor le parezca? Se reía por lo bajo, en sus ojos de borrachuzo se encendían grandes ocurrencias, necesidades de compartirlo todo con el sombrerero, para adornar su vida. Y esas noches era cuando Gervaise menos sabía si hablaba en serio o en broma.

Entre tanta historia, Lantier sacaba pecho. Se mostraba paternal y digno. En tres ocasiones había impedido que los Coupeau y los Poisson se enzarzaran. Que ambos matrimonios se llevaran bien formaba parte de su bienestar. Gracias a las miradas tiernas pero firmes con las que vigilaba a Gervaise y a Virginie, ambas seguían aparentando que se profesaban una gran amistad. Y él, mientras reinaba sobre la rubia y la morena con la placidez de un pachá, engordaba gracias a su marrullería. El muy ladino, que aún estaba digiriendo a los Coupeau, ya les había hincado el diente a los Poisson. ¡No le suponía ninguna molestia, antes bien! Según terminaba de devorar un negocio, empezaba con el siguiente. En definitiva, que solo los hombres de su ralea tienen suerte.

Fue ese año, en junio, cuando Nana hizo la primera comunión. Muy espigada ya para sus trece años recién cumplidos, con cara de desfachatez; el año anterior la habían expulsado de la catequesis por mala conducta; y si el cura la admitía en esta ocasión era por miedo a que no volviera más y a dejar suelta por el mundo a otra pagana. Nana bailaba de alegría pensando en el vestido blanco. Los Lorilleux, en su calidad de padrino y madrina, le habían prometido el vestido y un regalo del que hablaban por toda la casa; la señora Lerat le daría el velo y la capota; Virginie, la limosnera; y Lantier, el misal; de modo que los Coupeau esperaban la ceremonia sin preocuparse demasiado. Incluso los Poisson, que querían celebrar la inauguración de su tienda, eligieron justo esa ocasión, seguramente por consejo del sombrerero. Invitaron a los Coupeau y a los Boche, cuya hija hacía también la primera comunión. Esa noche irían a comer a su casa una pata de cordero y algún acompañamiento.

Precisamente, el día anterior, cuando Nana estaba mirando maravillada los regalos dispuestos encima de la cómoda, Coupeau volvió a casa en un estado lamentable. El aire de París volvía a apoderarse de él. La tomó con su mujer y la niña, con sus razones de borracho y palabras repugnantes que resultaban fuera de lugar. De hecho, la propia Nana se estaba volviendo una malhablada por las conversaciones soeces que oía a todas horas. Los días que discutía con su madre, no dudaba en llamarla puerca y vaca.

—¡Y también pan! —vociferaba el cinquero—. ¡Quiero la sopa, so brujas!... ¡Dichosas hembras, con sus trapos! ¡Me voy a sentar encima de los perendengues, os aviso, como no me deis la sopa!

—¡Qué pesadito, cuando se ahúma! —murmuró Gervaise, impacientada. Y, dirigiéndose a él, añadía—: Se está calentando, deja de dar la lata.

Nana se las daba de modosita porque aquel día le parecía lo propio. Seguía mirando los regalos encima de la cómoda, fingiendo que bajaba la vista y no entendía los improperios de su padre. Pero las noches de curda, el cinquero se ponía de lo más fastidioso. Le hablaba en el cuello:

—¡A ti te voy a dar yo vestidos blancos! ¿Qué? ¿Lo quieres para volver a rellenarte el corpiño con bolas de papel, como el domingo pasado?... ¡Que sí, que sí, espérate! He visto cómo meneas el culo. Te da gustillo la ropa bonita. Te pone cachonda... ¡Que te quites de ahí, mamarracha! ¡Aparta las manazas, mete todo eso en un cajón o te fregoteo con ello!

Nana, con la cabeza gacha, seguía sin contestar. Había cogido la capotita de tul y le estaba preguntando a su madre cuánto costaba. Como Coupeau alargaba la mano para arrebatársela, fue Gervaise quien lo apartó, gritándole:

—¡Pero deja de una vez a la niña! Está siendo buena, no hace nada malo.

Entonces el cinquero se despachó a gusto:

—¡Ah, las muy golfas! Madre e hija, tal para cual. Qué bonito, ir a tomar a Dios mirando a los hombres de reojo. ¡Atrévete a negarlo, so guarra!... Te voy a vestir con un saco, y ya veremos si te rasca la piel. Sí, con un saco, para quitaros las ganas a ti y a tus curas. ¿Qué falta me hace a mí que te metan vicios?... ¡Maldita sea! ¡Que me escuchéis las dos!

De golpe, Nana, rabiosa, se dio la vuelta, mientras Gervaise abría los brazos para proteger la ropa que Coupeau amenazaba con desgarrar. La niña se quedó mirando a su padre fijamente; entonces se olvidó de la modestia que le había recomendado el confesor:

—¡Cerdo! —dijo apretando los dientes.

En cuanto el cinquero se comió la sopa, se puso a roncar. Al día siguiente se levantó muy bonachón. Le quedaba algo de la víspera, lo justo para ser amable. Presenció cómo se arreglaba la niña, conmovido con el vestido blanco, opinando que con cualquier cosa que se pusiera aquella granujilla parecería una auténtica señorita. En fin, que tal y como él decía, en un día semejante era natural que un padre estuviera orgulloso de su hija. Y había que ver qué arte tenía Nana, que sonreía turbada como una novia, con el vestido que le quedaba corto. Cuando bajaron y vio en el umbral de la portería a Pauline, vestida como ella, se detuvo, la abarcó con su mirada clara y, a continuación, se portó muy bien, pues le había parecido que iba peor arreglada, como si fuera un fardo. Las dos familias salieron juntas hacia la iglesia. Nana y Pauline caminaban delante, con el misal en la mano, sujetándose el velo, que se henchía con el viento; no iban charlando, muy ufanas de ver que la gente salía de las tiendas, con un mohín devoto, para oír cómo les decían al pasar lo lindas que estaban. La señora Boche y la señora Lorilleux se demoraban porque estaban

intercambiando reflexiones sobre la Coxcox, una derrochadora cuya hija nunca habría llegado a comulgar si los parientes no se lo hubiesen dado todo, sí, todo, hasta una camisa nueva, por respeto al altar. La señora Lorilleux estaba muy pendiente del vestido, que era su regalo, y fulminaba a Nana, llamándola «cochinota» cada vez que la niña levantaba polvo con la falda, al acercarse demasiado a las tiendas.

En la iglesia, Coupeau se pasó el rato llorando. Era una tontería, pero no podía evitarlo. Le impresionaban el cura, abriendo tanto los brazos, y las niñas, que parecían ángeles, desfilando con las manos juntas; y la música de los órganos le retumbaba en el estómago, y el aroma del incienso le obligaba a aspirar, como si le hubiesen plantado un ramo delante de la cara. En definitiva, que estaba de lo más ñoño y todo le llegaba al alma. Hubo un cántico en particular, algo celestial, mientras las chiquillas se tragaban la hostia, que le pareció que le bajaba por el cuello, con un escalofrío por todo el espinazo. De hecho, a su alrededor, las personas sensibles también estaban empapando el pañuelo. En serio, qué día tan bonito, el día más bonito de su vida. Pero, al salir de la iglesia, cuando fue a tomarse una copa con Lorilleux, que tenía los ojos secos y se mofaba de él, se enfadó, acusó a los cuervos de quemar en su casa hierbas demoniacas para ablandar a los hombres. Aunque, bien pensado, no se ocultaba, se le habían saltado las lágrimas, lo único que demostraba era que no tenía un adoquín dentro del pecho. Y pidió que les sirvieran otra ronda.

Por la noche, la inauguración en casa de los Poisson fue bastante alegre. Desde el principio hasta el final de la comida reinó la amistad sin un solo desgarro. Cuando llegan los días malos, sucede que a veces se viven veladas buenas, en las que personas que se odian se llevan bien por unas horas. Lantier, que tenía a Gervaise a la izquierda y a Virginie a la derecha, estuvo amable con ambas, prodigándoles ternuras de gallo que quiere que haya paz en el gallinero. En frente, Poisson conservaba esa ensoñación sosegada y seria de guardia, esa costumbre suya de no pensar en nada, con los ojos entornados, durante las largas rondas que hacía por las calles. Pero las reinas de la fiesta fueron las dos niñas, Nana y Pauline, a quienes habían permitido no cambiarse de ropa; estaban muy tiesas, por temor a mancharse el vestido blanco, y a cada bocado les decían a voces que levantaran la barbilla para tragar sin ensuciarse. Nana, aburrida, acabó chorreándose todo el vino en el corpiño; fue un jaleo, la desvistieron y lavaron inmediatamente el corpiño en un vaso de agua.

Luego, a los postres, charlaron seriamente sobre el porvenir de las niñas. La señora Boche ya se había decidido: Pauline iba a entrar en un taller de calado en oro y plata; allí se ganaban hasta cinco y seis francos. Gervaise aún no sabía, pues Nana no mostraba ninguna preferencia. ¡Huy!, hacer picardías, eso sí que le gustaba; pero para lo demás tenía manos de queso.

—Yo, en su lugar —dijo la señora Lerat—, la metería a florista. Es un oficio limpio y bonito.

—¡Floristas! —murmuró Lorilleux—. Todas unas mosconas.

—¡Pero bueno! ¿Y yo qué? —replicó la viuda con los labios fruncidos—. Qué considerado es usted. ¿Sabe?, yo no soy una perra, ¡no me tiro patas arriba cuando me silban!

Pero toda la concurrencia la mandó callar.

—¡Señora Lerat! ¡Eh, señora Lerat!

Y le señalaban con el rabillo del ojo a las niñas de la primera comunión, que metían la nariz en el vaso para no reírse. Por decoro, incluso los hombres habían estado usando hasta ese momento palabras distinguidas. Pero la señora Lerat no se dejó aleccionar. Lo que acababa de

decir lo había oído en los ambientes más distinguidos. De hecho, presumía de conocer su idioma; a menudo le hacían cumplidos sobre cómo hablaba de todo, incluso delante de los niños, sin faltar nunca a la decencia.

—¡Algunas floristas son mujeres muy finas, entérense! —gritó—. Son como las demás mujeres, no tienen piel por todo el cuerpo, claro está. Solo que se comportan, eligen con gusto cuando toca cometer una falta... Sí, es porque se les pega de las flores. A mí es lo que me conserva...

—¡Señor! —interrumpió Gervaise—. No tengo nada contra las flores. Lo que hace falta es que a Nana le guste, eso es lo único; a los niños no hay que llevarles la contraria en su vocación... A ver, Nana, no te hagas la tonta, contesta: ¿te gustan las flores?

La niña, inclinada encima del plato, recogía migas del pastel con el dedo húmedo y luego se lo chupaba. No se dio ninguna prisa. Tenía su risa de viciosa.

—Pues claro, mamá, claro que me gustan —aseguró por fin.

Así pues, el asunto se solventó allí mismo. Coupeau estuvo de acuerdo con que la señora Lerat llevara a la niña a su taller, en la calle de Le Caire, ya al día siguiente. La concurrencia habló, con gravedad, de los deberes de la vida. Boche dijo que Nana y Pauline ya eran mujeres, ahora que habían comulgado. Poisson añadió que en adelante tendrían que saber cocinar, remendar calcetines y llevar la casa. Les hablaron incluso del matrimonio y de los hijos que llegarían algún día. Las chiquillas escuchaban y se reían por dentro, se refrotaban entre sí, abrumadas por ser mujeres, coloradas y a disgusto con el vestido blanco. Pero lo que más las encandiló fue cuando Lantier, bromeando, les preguntó si no tenían ya un maridito. A la fuerza, le sacaron a Nana que le gustaba mucho Victor Fauconnier, el hijo de la lavandera para quien trabajaba su madre.

—¡Pues muy bien! —dijo la señora Lorilleux delante de los Boche, cuando se estaban yendo —. Es nuestra ahijada, pero si la van a meter a florista, no queremos saber nada más de ella. Otra buscona de bulevar... Los va a dejar plantados en menos de seis meses.

Según subían a acostarse, los Coupeau convinieron en que todo había ido bien y que los Poisson no eran mala gente. Gervaise opinó incluso que habían dejado el local muy curioso. Contaba con que pasar esa velada en su antigua vivienda, donde ahora otros campaban a sus anchas, iba a ser un sufrimiento; y seguía sorprendida de no haber sentido rabia ni un segundo. Nana, mientras se desvestía, le preguntó a su madre si el vestido de la señorita del segundo, a la que habían casado el mes anterior, también era de muselina, como el suyo.

Pero aquel fue el último día bueno de la familia. Pasaron dos años durante los cuales se fueron hundiendo más y más. Los inviernos, sobre todo, eran devastadores. Si mientras duraba el buen tiempo aún comían pan, el hambre canina llegaba con la lluvia y el frío, el comerse los codos y el cenar del aire, en la Siberia en miniatura que era su casa. El granuja de diciembre se les colaba por debajo de la puerta trayendo todos los males, los talleres parados, los ataques de vagancia anquilosada de las heladas, la miseria negra de los días húmedos. El primer invierno aún encendieron el fuego algunas veces y se apiñaban en torno a la estufa, prefiriendo calentarse a comer; el segundo invierno ni siquiera le quitaron el óxido a la estufa, cuya lúgubre pinta de mojón fundido helaba la estancia. Y lo que más los quebrantaba, lo que acababa con ellos, era pagar el alquiler. ¡Ay, el pago de enero, cuando en casa no había ni un mendrugo y el tío Boche les presentaba el recibo! Eso traía más frío aún, una ventisca del norte. El sábado siguiente aparecía el señor Marescot, tapado con un buen paletó, con las patazas embutidas en guantes de lana, y

siempre tenía la palabra «desalojo» en los labios, mientras fuera caía la nieve, como si les estuviera haciendo la cama en la acera con sábanas blancas. Para pagar el alquiler habrían vendido su propia carne. Era el alquiler lo que vaciaba el aparador y la estufa. De toda la casa, de hecho, se elevaba un lamento. Se lloraba en todas las plantas, una música de desdicha zumbaba a lo largo de las escaleras y los corredores. Ni habiendo fallecido alguien en cada casa habrían sonado unos órganos tan espantosos. Un auténtico día del juicio final, el final de todos los finales, la imposibilidad de vivir, el sometimiento de la gente pobre. La mujer del tercero llevaba ocho días yendo a la esquina de la calle de Belhomme. Un hombre, el albañil del quinto, le había robado a su patrón.

Sin lugar a dudas, los Coupeau solo se podían culpar a sí mismos. Por muy dura que resulte la existencia, siempre se sale a flote cuando se es ordenado y ahorrador, valga el ejemplo de los Lorilleux, que pagaban el alquiler regularmente, doblado en trozos de papel sucio; pero lo cierto es que esos dos llevaban una vida de míseras arañas como para asquear a cualquiera del trabajo. Nana no solo no ganaba nada aún con las flores sino que además gastaba bastante en su aseo personal. En el taller de la señora Fauconnier, Gervaise había acabado por estar mal vista. Cada vez tenía peor mano, hacía las tareas deprisa y corriendo, hasta tal punto que la dueña le había bajado el jornal a dos francos, lo que ganaban las operarias chapuceras. Y, de propina, se mostraba muy altanera, muy susceptible, alardeando delante de todo el mundo de su antigua posición de mujer con negocio propio. Se saltaba jornadas, se marchaba del taller cuando le daba la ventolera; de hecho, una vez se ofendió tanto de que la señora Fauconnier le diese trabajo a la señora Putois y de tener que trabajar así, codo con codo, con su antigua operaria, que estuvo sin aparecer quince días. Después de estos arrebatos, volvían a cogerla por caridad, lo cual la agriaba aún más. Obviamente, al final de la semana la paga no era mucha; como decía amargamente, algún sábado acabaría siendo ella quien tuviera que pagarle a la dueña. Por su parte, Coupeau puede que trabajase, pero debía de estar regalándole su trabajo al Gobierno, pues Gervaise, desde la contratación de Étampes, no había vuelto a oler su dinero. Los días de paga ya ni siquiera le miraba las manos cuando volvía a casa. Aparecía con los brazos colgando y los bolsillos tan vacíos que a veces no llevaba ni pañuelo; ¡Dios mío!, sí, había perdido el moquero, o bien algún compañero sinvergüenza se lo había afanado. Las primeras veces, echaba cuentas, se inventaba embustes, diez francos por aquí para una suscripción, veinte francos por allá que se le habían caído del bolsillo por un agujero que enseñaba, cincuenta francos más con los que había saldado unas deudas imaginarias. Hasta que ya ni siquiera se molestó. El dinero se evaporaba, ¡y sanseacabó! Ya no lo llevaba en el bolsillo, sino en la tripa: otra forma sin pizca de gracia de llevárselo a la parienta. Por consejo de la señora Boche, la lavandera bien que iba a veces a acechar a su hombre a la salida del taller para hacerse con el botín recién sacado del horno, pero no le servía de nada, pues había compañeros que avisaban a Coupeau y el dinero se le colaba en los zapatos o un monedero aún peor. La señora Boche se las sabía todas sobre el particular porque Boche le escamoteaba monedas de diez francos, sisas que empleaba en invitar a conejo a las señoras amables que conocía; le revisaba todos los recovecos de la ropa y solía encontrar la moneda desaparecida en la visera de la gorra, cosida entre el cuero y la tela. ¡Ay, pero el cinquero sí que no se acolchaba la ropa de oro! Él se lo metía debajo de la carne. Y Gervaise tampoco podía agarrar las tijeras y descoserle la piel de la panza.

Sí, era culpa de la familia si rodaban cuesta abajo una estación sí y otra también. Pero esas

son cosas que nadie se dice nunca a uno mismo, sobre todo si está enfangado. Se lo achacaban a su perra suerte, aseguraban que Dios les tenía manía. Para entonces su hogar ya era un auténtico antro. Se pasaban el día a la gresca. No obstante, aún no se zurraban, salvo algún cachete perdido en el acaloramiento de la discusión. Lo más triste era que habían abierto la jaula de la amistad, los sentimientos se habían ido volando como jilgueros. La grata calidez de los padres, las madres y los hijos, cuando todos ellos se juntan, formando una piña, a ellos los abandonaba y los dejaba tiritando, cada cual en su rincón. Coupeau, Gervaise y Nana siempre andaban malhumorados, se enzarzaban por una palabra, con los ojos llenos de odio; era como si algo se hubiera quebrado, el resorte principal de la familia, el mecanismo que, en los hogares felices, hace que todos los corazones latan al mismo tiempo. Claro está que a Gervaise ya no le impresionaba como antaño ver a Coupeau al borde de los canalones, a doce y hasta a quince metros de la calle. Ella no lo habría empujado con sus propias manos..., pero, ¡qué caramba!, si se cayera de forma natural, en el mundo habría un haragán menos. Los días en que había riña, gritaba que a ver cuándo se lo traían en camilla. Lo estaba deseando, sería como si le trajesen la felicidad. ¿Para qué servía, el borrachuzo ese? Para hacerla llorar, para despojarla, para empujarla al mal camino. Pues, ¡ea! a los hombres tan poco útiles hay que tirarlos cuanto antes al hoyo y bailar encima la polka de la liberación. Y de tal palo, tal astilla. Nana leía en el periódico los accidentes haciendo comentarios de hija desnaturalizada. Su padre tenía tanta suerte que ni habiéndolo golpeado un ómnibus se le pasaba la borrachera. ¡A ver si se moría de una vez, el muy gandul!

En medio de esa vida rabiosa de miseria, Gervaise padecía también la gazuza, cuyos estertores oía a su alrededor. Aquella parte de la casa era el rincón de los piojosos, donde tres o cuatro familias parecían haberse confabulado para no tener pan todos los días. Por mucho que se abrieran las puertas, en rara ocasión dejaban escapar olores de cocina. A lo largo del corredor había un silencio de agonía y las paredes sonaban a hueco, como los estómagos vacíos. De tanto en tanto, se oían broncas, lágrimas de mujer, lamentos de críos hambrientos, familias que se devoraban para engañar el hambre. Había allí un calambre de tripas colectivo, que bostezaba en todas aquellas bocas tendidas; y los pechos se hundían, solo por respirar ese aire, donde ni siquiera las moscas podrían sobrevivir, por falta de alimento. Pero de quien más se apiadaba Gervaise era del tío Bru, en su agujero, debajo de la escalerita. Se retiraba allí como una marmota, se hacía un ovillo para tener menos frío; se quedaba días enteros sin moverse, encima de un montón de paja. Ya ni siquiera el hambre lo sacaba de allí, porque de nada servía ir fuera a abrir el apetito cuando nadie le había invitado a comer. Cuando tardaba en aparecer dos o tres días, los vecinos empujaban la puerta y miraban si ya estaba acabado. No, seguía viviendo a pesar de todo, no mucho, pero un poquito, solo a medias; ¡hasta la muerte se olvidaba de él! Gervaise, en cuanto tenía un poco de pan, le tiraba las cortezas. Aunque se volviera mala y odiase a los hombres por culpa de su marido, los animales le seguían inspirando una compasión sincera; y el tío Bru, ese pobre viejo al que dejaban que se muriese porque ya no podía sujetar una herramienta, era para ella como un perro, una bestia de carga desahuciada cuya piel y grasa no querían ya ni los descuartizadores. Le pesaba en el corazón saber que siempre estaba allí, al otro lado del corredor, dejado de la mano de Dios y de los hombres, alimentándose tan solo de sí mismo, volviendo a tener el tamaño de un niño, arrugándose y secándose como les pasa a las naranjas que se quedan encima de las chimeneas.

La lavandera también sufría mucho de tener por vecino a Bazouge, el enterrador. Un mero

tabique muy fino separaba los dos cuartos. Él no podía ni meterse un dedo en la boca sin que Gervaise lo oyera. Por las noches, en cuanto el hombre volvía del trabajo, lo escuchaba, a su pesar, trajinando por la casa: el sombrero de cuero negro que caía pesadamente encima de la cómoda como una paletada de tierra, el roce del capote negro al colgarlo de la pared, que sonaba como el aleteo de un ave nocturna, los andrajos negros cayendo en medio de la habitación y llenándola de un despliegue de luto. Escuchaba sus pasos, se angustiaba con el menor de sus movimientos, daba un respingo si se chocaba con algún mueble o golpeaba algún cacharro. El borrachuzo aquel era su preocupación, el miedo sordo se le juntaba con las ganas de saber. Él, jovial, con la tripa llena a diario y la cabeza patas arriba, tosía, escupía, cantaba *La mère Godichon,* soltaba indecencias, se arreaba con las cuatro paredes antes de meterse en la cama. Gervaise se quedaba muy pálida, preguntándose qué se traería entre manos; se imaginaba cosas atroces, se le había metido entre ceja y ceja que seguramente se había traído a casa un muerto y que lo guardaba debajo de la cama. ¡Dios mío!, al fin y al cabo, los periódicos contaban la anécdota de un empleado de funeraria que coleccionaba en su casa ataúdes de niños pequeños por aquello de trabajar menos y hacer un solo viaje al cementerio. De lo que sí estaba segura era de que cuando llegaba Bazouge olía a muerto a través del tabique. Era como vivir en frente del cementerio de Le Père-Lachaise, en pleno reino de los topos. Daba miedo, el animal ese, que siempre se reía solo, como si su profesión le hiciese gracia. Incluso cuando dejaba de armar estruendo y se caía de espaldas, roncaba de manera tan extraordinaria que a la lavandera le cortaba el resuello. Se pasaba horas aguzando el oído, creía que por casa del vecino desfilaban entierros.

Sí, lo peor era que, en sus ataques de terror, Gervaise se sentía atraída hasta el punto de pegar la oreja a la pared para enterarse mejor. Sentía por Bazouge lo mismo que las mujeres castas sienten por los hombres guapos: les gustaría palparlos, pero no se atreven; la buena educación se lo impide. ¡Pues bien!, de no habérselo impedido el miedo, a Gervaise le habría gustado palpar la muerte, ver de qué estaba hecha. A veces se ponía tan rara, aguantando la respiración, atenta, esperando que un movimiento de Bazouge le diera la clave del secreto, que Coupeau le preguntaba de guasa si le hacía tilín el enterrador de al lado. Ella se enfadaba, hablaba de mudarse por lo mucho que le asqueaba tenerlo de vecino; a su pesar, en cuanto el viejo llegaba con su olor a cementerio, volvía a sumirse en sus reflexiones y se le ponía la expresión encendida y medrosa de una mujer que sueña con pegársela a su marido. ¿Acaso no le había ofrecido en dos ocasiones meterla en una caja y llevársela consigo a alguna parte, en una cama donde se disfruta tanto durmiendo que se olvidan de golpe todos los padecimientos? Puede que, en efecto, fuera algo buenísimo. Poco a poco, la tentación de probarlo se volvía más intensa. Le habría gustado hacerlo durante quince días, un mes. ¡Ay, dormir un mes, sobre todo en invierno, el mes que tocaba pagar el alquiler, cuando los sinsabores de la vida podían con ella! Pero no era posible, si empezaba a dormir una hora, tenía que seguir durmiendo para siempre; pensar eso la dejaba helada, el atractivo de la muerte desaparecía ante la eterna y severa amistad que exigía la tierra.

Así y todo, una noche de enero, aporreó con ambos puños el tabique. Había pasado una semana espantosa, llevándose empellones de todo el mundo, sin un céntimo y con los ánimos por los suelos. Esa noche no se encontraba bien, tiritaba de fiebre y veía llamas que bailaban. Entonces, en lugar de tirarse por la ventana, como se le había antojado un instante, se puso a dar golpes y a llamarlo:

—¡Tío Bazouge! ¡Tío Bazouge!

El enterrador se estaba quitando los zapatos mientras cantaba *Il était trois belles filles*.[76] Seguramente la jornada de trabajo había sido buena porque estaba aún más tocado que de costumbre.

—¡Tío Bazouge! ¡Tío Bazouge! —gritó Gervaise, alzando la voz.

¿No la oía? Se entregaba a él ahora mismo, podía cogerla en brazos y llevársela adonde llevaba a las otras mujeres, las pobres y las ricas a las que consolaba. Le dolía lo que estaba cantando, *Il était trois belles filles,* porque lo sentía como el desdén de un hombre que tiene demasiadas enamoradas.

—¿Qué pasa, qué pasa? —tartamudeó Bazouge—. ¿Quién está mal?... ¡Voy para allá, señora mía!

Pero al oír esa voz ronca, Gervaise se despertó como de una pesadilla. ¿Qué había hecho? Había golpeado la pared, claro está. Entonces fue como recibir un estacazo en los riñones, el pánico le apretó las nalgas, retrocedió creyendo ver que las manazas del enterrador atravesaban la pared para agarrarla por los pelos. No, no quería, no estaba lista. Si había dado golpes, habría sido con el codo, al darse la vuelta, sin querer. Un espanto le subía desde las rodillas hasta los hombros, solo de imaginarse que el viejo la acarreaba en brazos, tiesa y blanca como la cera.

—¡Pero, bueno, ¿ya no hay nadie?! —siguió diciendo Bazouge en el silencio—. Espere, que sé cómo complacer a las señoras.

—Nada, no es nada —dijo por fin la lavandera con voz ahogada—. No necesito nada. Gracias.

Mientras el enterrador se dormía gruñendo, ella quedó angustiada, escuchándolo, sin osar moverse por miedo a que él pensara que volvía a golpear la pared. Se juraba y perjuraba que en adelante tendría cuidado. Aunque estuviera agonizando, no le pediría ayuda al vecino. Se decía todo eso para tranquilizarse, porque en ciertos momentos, aun muerta de miedo, seguía sintiendo esa horrible atracción.

No obstante, en aquel rincón de miseria, en medio de los problemas propios y de los ajenos, Gervaise hallaba un gran ejemplo de valentía en casa de los Bijard. Lalie, esa chiquilla de ocho años tan menudita, se ocupaba de la familia con el esmero de una adulta; no era poco su trabajo, pues tenía a su cargo a dos críos, a su hermano Jules y a su hermana Henriette, unos mocosos de tres y cinco años, de los que tenía que estar pendiente todo el día, aunque estuviera barriendo o fregando los cacharros. Desde que el tío Bijard matara a la parienta de un puntapié en la barriga, Lalie se había convertido en la madrecita de la familia. Sin decir nada, por propia iniciativa, ocupaba el lugar de la muerta, hasta tal punto que la mala bestia de su padre, seguramente para terminar de asimilarlas, zurraba a la hija igual que antaño zurraba a la madre. Cuando volvía a casa, borracho, necesitaba mujeres a las que machacar. Ni siquiera se daba cuenta de lo menuda que era Lalie; no la habría golpeado más fuerte de haber sido una mujer curtida. Con un bofetón le cubría la cara entera, y la carne era aún tan delicada que se le quedaban marcados los cinco dedos durante días. Eran palizas indignas, somantas por un quítame allá esas pajas, un lobo rabioso cebándose con un gatito asustado y mimoso, tan flaco que daban ganas de llorar, y que recibía todo aquello con los ojazos resignados, sin quejarse. No, Lalie nunca se sublevaba. Doblaba un poco el cuello, para protegerse la cara; contenía los gritos, por no alborotar a toda la casa. Hasta que, cuando el padre se cansaba de pasearla a puntapiés por toda la vivienda, esperaba a reunir fuerzas para rehacerse; y volvía al trabajo, lavaba a los niños, preparaba la sopa y no dejaba

ni una mota de polvo encima de los muebles. Que le pegaran formaba parte de sus tareas cotidianas.

Gervaise le había cogido mucho cariño a su vecina. La trataba de igual a igual, como a una mujer hecha y derecha que sabe lo que es la vida. Cabe decir que Lalie tenía la cara pálida y seria, con expresión de solterona. Oyéndola hablar, cualquiera le habría echado treinta años. Sabía de sobra cómo comprar, zurcir y llevar la casa, y hablaba de los niños como si ya hubiera tenido dos o tres partos en su vida. La gente sonreía al oírla, con sus ocho años; luego, con un nudo en la garganta, se daba la vuelta para no llorar. Gervaise procuraba ganársela todo lo posible, le daba cuanto podía, comida, vestidos viejos. Un día que le estaba probando una chaqueta chambra que había sido de Nana, se quedó sin aliento al ver que tenía el espinazo azul y un codo desollado, con la sangre fresca aún, toda la carne inocente martirizada y pegada a los huesos. ¡Pues el tío Bazouge ya podía ir preparándole la caja, porque a ese paso no iba a llegar muy lejos! Pero la niña le rogó a la lavandera que no contara nada. No quería que molestaran a su padre por culpa suya. Lo defendía, aseguraba que no se habría portado mal si no hubiera bebido. Estaba loco, ya no regía. ¡Bah!, y ella lo perdonaba porque a los locos hay que perdonárselo todo.

Desde entonces, Gervaise estaba pendiente, procuraba intervenir en cuanto oía que el tío Bijard subía las escaleras. Pero casi siempre acababa llevándose ella algún sopapo. Durante el día, cuando entraba en la casa, a menudo se encontraba a Lalie amarrada al pie de la cama de hierro; una ocurrencia del cerrajero que, antes de irse, le ataba las piernas y el vientre con una cuerda gruesa, sin que nadie supiera por qué; una chifladura de aquel cerebro trastornado por la bebida, seguramente para tiranizar a la niña incluso cuando él no estaba en casa. Lalie, tiesa como una estaca, con las piernas dormidas, se pasaba en el poste días enteros; una vez, incluso toda la noche porque a Bijard se le olvidó volver a casa. Cuando Gervaise, indignada, decía que iba a desatarla, Lalie le suplicaba que no moviese ni una cuerda porque su padre se ponía furioso si no se encontraba los nudos como los había hecho. En serio, no estaba tan mal, así descansaba; lo decía sonriendo, con las piernecitas de querubín hinchadas y muertas. Lo que le disgustaba era que las tareas se quedaban sin hacer, estando pegada a esa cama, delante de la casa patas arriba. Su padre ya se podía haber inventado otra cosa. Así y todo, cuidaba de los niños, hacía que la obedeciesen, llamaba a su lado a Henriette y a Jules para limpiarles los mocos. Como tenía las manos libres, hacía punto mientras esperaba a que Bijard la liberase, y así no perder tanto el tiempo. Y lo que más le dolía era cuando la desataba; se pasaba un cuarto de hora largo arrastrándose por el suelo, sin poder ponerse de pie por culpa de la sangre que ya no le circulaba.

Al cerrajero se le había ocurrido otro jueguecito. Calentaba al rojo monedas de cinco céntimos en la estufa y luego las colocaba en una esquina de la chimenea. Entonces llamaba a Lalie y le decía que fuera a comprar dos libras de pan. La niña, sin desconfiar, agarraba las monedas, soltaba un grito y las tiraba sacudiendo la manita quemada. Entonces él montaba en cólera. ¡Por qué le había tocado a él semejante malnacida! ¡Ahora resultaba que perdía el dinero! Y la amenazaba con arrancarle el ojete si no recogía el dinero de inmediato. Cuando la niña titubeaba, recibía el primer aviso: un cachete tal que veía las estrellas. Callada, con dos lagrimones al borde de los párpados, recogía las monedas y se marchaba, haciéndolas saltar en el hueco de las manos para enfriarlas.

No, nadie puede sospechar las feroces ocurrencias que llegan a brotar en lo hondo de un cerebro de borracho. Una tarde, por ejemplo, Lalie, después de haberlo recogido todo, estaba

jugando con los niños. La ventana estaba abierta, se había formado una corriente de aire y el viento que soplaba en el corredor empujaba la puerta con suaves sacudidas.

—Es el señor Audaz —decía la niña—. Pase usted, señor Audaz. Tómese la molestia de entrar.

Y hacía reverencias delante de la puerta, saludando al viento. Henriette y Jules, detrás de ella, también lo saludaban, encantados con ese juego, retorciéndose de risa como si les estuvieran haciendo cosquillas. Lalie se ponía encarnada de gusto al verlos divertirse de tan buena gana; hasta ella se lo pasaba bien, cosa que sucedía de higos a brevas.

—Buenas tardes, señor Audaz. ¿Cómo se encuentra usted, señor Audaz?

Pero una mano brutal empujó la puerta y el tío Bijard entró. Entonces cambió la escena, Henriette y Jules se cayeron de culo contra la pared; mientras que Lalie, aterrada, se quedó quieta en plena reverencia. El cerrajero llevaba un látigo de carretero, grande y nuevecito, con un mango largo de madera de pino y la cola de cuero con un fino cordel en la punta. Dejó el látigo en la esquina de la cama y no le soltó el puntapié de costumbre a la niña, que ya estaba colocándose con la rabadilla a su alcance. Una risita burlona le salía entre los dientes negros, y estaba muy alegre, muy borracho, con las ganas de divertirse iluminándole la jeta.

—¿Qué? —dijo—. ¿Ahora te dedicas a ser una golfa, condenada sabandija? Se te oía bailar desde abajo... ¡Vamos, ven aquí! ¡Más cerca, maldita sea! Y de cara, que no tengo por qué estar oliéndote el culo. Pero ¿acaso te he tocado para que estés temblando como una hoja?... Quítame los zapatos.

Lalie, aterrada por no haber recibido su tunda, muy pálida de nuevo, le quitó los zapatos. Él se había sentado al borde de la cama, se acostó vestido y se quedó con los ojos abiertos, observando cómo la niña se movía por la habitación. Ella iba y venía, aturdida bajo esa mirada, con el miedo atenazándole poco a poco los miembros, tanto que acabó rompiendo una taza. Entonces, sin cambiar de postura, Bijard agarró el látigo y se lo enseñó.

—Oye tú, pingajo, mira esto; es un regalo para ti. Si, otros dos francos y medio que me cuestas... Con este juguetito ya no tendré que correr y de nada te servirá meterte en los rincones. ¿Quieres probarlo?... ¡Así que rompes las tazas!... ¡Hale, vamos! ¡A bailar, hazle reverencias al señor Audaz!

Ni siquiera se incorporó, espatarrado de espaldas, con la cabeza hundida en la almohada, restallando el látigo por el cuarto y armando el mismo ruido que un cochero que fustiga a los caballos. Hasta que, bajando el brazo, cimbró a Lalie en mitad del cuerpo, la enrolló con la cola y la desenrolló como una peonza. Ella se cayó, trató de huir a cuatro patas; pero él volvió a cimbrarla y la puso de pie.

—¡Arre, arre! —vociferaba—. ¡Carrera de burros!... ¿A que es estupendo para las mañanas de invierno? Me quedo en la camita, no me acatarro, atrapo a los terneros desde lejos, sin desollarme los sabañones... ¡En ese rincón te pillo, zorra! ¡Y en ese otro rincón, también te pillo! ¡Y en el otro, te sigo pillando! ¡Ah, y como te metas debajo de la cama, te arreo con el mango!... ¡Arre, caballito, arre!

Se le formaba en los labios una espumilla, los ojos amarillos se le salían de las negras órbitas. Lalie, fuera de sí, chillando, saltaba por las cuatro esquinas de la casa, se acurrucaba en el suelo, se pegaba a las paredes; pero la fina tralla del látigo la alcanzaba en todas partes, restallándole en los oídos con ruidos de petardo, pellizcándole la carne con quemaduras alargadas. Un auténtico

baile de animal al que están enseñando trucos. ¡Y qué piruetas hacía, el pobre gatito, había que verlo! Con los talones en el aire como las crías que saltan a la comba y gritan: «¡Tocino!».[77] Ya no podía ni respirar, rebotando sobre sí misma como una pelota de goma, dejando que la golpeara, cegada, exhausta de buscar un agujero. Y el lobo de su padre triunfaba, la llamaba pelandusca, le preguntaba si ya tenía suficiente y si había comprendido que era hora de renunciar a la esperanza de escapar de él.

Pero de golpe entró Gervaise, alertada por los chillidos de la niña. Ante semejante espectáculo, la embargó una indignación iracunda:

—Pero ¡qué escoria de hombre! —gritó—. ¿Quiere dejarla en paz, so bandido? ¡Le voy a denunciar a la policía!

Bijard soltó un gruñido de animal al que están molestando. Tartamudeó:

—¡Oiga, usted, paticoja, métase en lo suyo! A ver si voy a tener que ponerme guantes para tocarla... Es solo para ponerla sobre aviso, como puede ver, por aquello de demostrarle lo largo que tengo el brazo.

Entonces lanzó un último latigazo que alcanzó a Lalie en la cara. Le cortó el labio de arriba y empezó a sangrar. Gervaise había cogido una silla y quería lanzarse contra el cerrajero. Pero la niña le tendía manos suplicantes, decía que no había sido nada, que ya había terminado. Se restañaba la sangre con el pico del mandil y consolaba a sus niños, que lloraban a voces, como si hubiesen recibido ellos la rociada de latigazos.

Cuando Gervaise pensaba en Lalie, ya no se atrevía a quejarse. Le hubiese gustado ser tan valiente como esa criatura de ocho años, que soportaba ella sola tanto como todas las mujeres de la escalera juntas. La había visto alimentarse de pan duro durante tres meses, sin siquiera saciar el hambre con los mendrugos, tan flaca y tan debilitada que andaba apoyándose en las paredes; cuando a escondidas le llevaba restos de carne, se le partía el corazón mirándola tragar con lagrimones silenciosos, pedacitos pequeños, porque la comida ya no le pasaba por el gaznate encogido. Y, a pesar de todo, siempre tierna y abnegada, con un sentido común superior al de su edad, cumpliendo con sus deberes de madrecita hasta morirse por culpa de esa maternidad, habiéndose despertado antes de tiempo de su inocencia frágil de chiquilla. Así pues, Gervaise tomaba ejemplo de aquel ser de sufrimiento y de perdón, tratando de aprender de ella a acallar su martirio. Lalie solo sostenía la mirada muda, los ojazos negros y resignados, en cuyas honduras se intuía una oscuridad de agonía y de miseria. Ni una palabra, nunca, solo los ojazos negros, muy abiertos.

Y es que, en la familia de los Coupeau, el matarratas del Tugurio también empezaba a hacer estragos. La lavandera veía llegar la hora en que su hombre agarrase un látigo como Bijard para ser el amo del cotarro. Y la desgracia que la amenazaba la volvía, de forma natural, más sensible a la desgracia de la niña. Sí, Coupeau iba por muy mal camino. Había quedado atrás el tiempo en que el rosolí le daba buen color. Ya no podía golpearse el pecho y pavonearse diciendo que el aguardiente lo engordaba, pues la grasa amarilla tan fea de los primeros años se había derretido y ahora se estaba amojamando, se le ponía un color plomizo con tonos verdes de fiambre pudriéndose en una charca. También el apetito estaba acabado. Poco a poco había ido perdiendo el gusto por el pan, incluso la carne había llegado a asquearle. Así le sirvieran el pisto mejor aderezado, se le cerraba el estómago y sus débiles muelas se negaban a masticar. Para sustentarse, necesitaba su cuartillo de aguardiente diario; esa era su ración, de comer y de beber, el único

alimento que digería. Por las mañanas, nada más levantarse, se quedaba un cuarto de hora largo doblado por la mitad, tosiendo y con los huesos crujiéndole, sujetándose la cabeza y soltando flemas, algo amargo como la hiel que le desatascaba la garganta. Nunca fallaba, se podía tener preparada la bacinilla con antelación. No se recuperaba hasta que mataba el gusanillo como si se tomara un medicamento de verdad cuyo fuego le cauterizaba las entrañas. Pero, a lo largo del día, le volvían las fuerzas. Al principio sentía cosquillas, picores en la piel de pies y manos; y bromeaba, decía que le estaban acariciando, que la parienta debía de ponerle polvos picantes en la cama. Luego, las piernas se le volvieron pesadas, las cosquillas acabaron convirtiéndose en calambres terribles que le pellizcaban la carne como una mordaza. Mecachis, eso no le hacía tanta gracia. Ya no se reía, se paraba en seco por la calle, aturdido, con los oídos zumbándole y chiribitas cegándole los ojos. Lo veía todo amarillo, las casas bailaban, se tambaleaba unos segundos, temiendo caerse. Otras veces, estando a pleno sol, le daba un escalofrío como si le corriese agua helada desde los hombros hasta el culo. Lo que más le fastidiaba era un temblorcillo en las manos; sobre todo la derecha, que algo malo habría hecho, de tantas pesadillas que tenía. ¡Maldita sea, había dejado de ser un hombre y se estaba convirtiendo en una vieja! Tensaba los músculos con ira, agarraba el vaso, apostaba que lo iba a sujetar sin moverse, como con una mano de mármol; pero el vaso, a pesar del esfuerzo, bailaba el *chahut*, saltaba de derecha a izquierda, con un temblorcillo apresurado y constante. Entonces se lo echaba al coleto, furioso, diciendo a voces que iba a necesitar varias docenas y que luego se encargaría de llevar un tonel sin menear un dedo. Gervaise le decía, en cambio, que para dejar de temblar tenía que dejar de beber. Pero él no le hacía maldito el caso: se bebía varias botellas de tanto repetir el experimento, poniéndose rabioso, acusando a los ómnibus de moverle el líquido.

Cierta noche del mes de marzo, Coupeau llegó a casa calado hasta los huesos; volvía de Montrouge con Mes-Bottes, donde se habían dado un atracón de sopa de anguila, y le había caído encima un chaparrón desde el fielato de Les Fourneaux hasta el fielato de Poissonnière, una caminata de nunca acabar. Por la noche le entró una tos tremenda; estaba muy rojo, ardiendo con una fiebre de caballo y jadeante como un fuelle roto. Cuando el médico de los Boche lo vio por la mañana y le escuchó la espalda, sacudió la cabeza y, en un aparte, le aconsejó a Gervaise que llevase a su marido al hospital inmediatamente. Coupeau tenía una neumonía.

Gervaise no se enfadó, claro está. Tiempo atrás, habría preferido que la hicieran picadillo antes que encomendar a su hombre a los aprendices de matasanos. Cuando sufrió el accidente en la calle de La Nation, se fundió todos los ahorros para mimarlo. Pero cuando los hombres caen en el vicio, esos buenos sentimientos duran lo que duran. No, no, quedaba descartado darse otra vez semejante paliza. Podían llevárselo y no devolvérselo nunca, y les quedaría tan agradecida. Sin embargo, cuando llegó la camilla y cargaron a Coupeau como un mueble, se quedó muy pálida, con los labios fruncidos; aunque rezongaba y seguía creyendo que le estaba bien empleado, ya no lo hacía de corazón y le hubiese gustado encontrar en la cómoda al menos diez francos para que no tuviera que irse. Lo acompañó a Lariboisière, miró cómo lo acostaban los enfermeros al fondo de una sala grande, donde los pacientes, puestos en fila, con cara de cadáver, se incorporaban y seguían con la mirada al compañero que traían; un ambiente de lo más tétrico, un sofocante olor a fiebre y una música de tísico como para arrancarte los pulmones; de propina, la sala parecía un Père-Lachaise en miniatura, bordeada de camas blanquísimas, como una hilera de sepulturas. Luego, como Coupeau se había quedado hundido en la almohada, Gervaise hizo mutis por el foro,

sin que se le ocurriera nada que decir ni, por desgracia, ninguna otra cosa para reconfortarlo. Fuera, delante del hospital, se dio la vuelta y le echó un vistazo a aquel monumental edificio. Se acordaba de los tiempos pasados, cuando Coupeau, subido al borde de los canalones, colocaba allí las placas de cinc, cantando al sol. Por entonces no bebía, tenía la piel de una jovencita. Ella, desde la ventana del hotel Boncœur, lo buscaba, lo divisaba en pleno cielo, y ambos, agitando el pañuelo, se enviaban ternuras por telégrafo. Sí, Coupeau había estado trabajando allí, sin sospechar siquiera que trabajaba para sí mismo. Ahora ya no iba por los tejados como un gorrión jovial y mujeriego; estaba debajo, había construido su casa en el hospital y acudía allí a morirse con el pellejo rasposo. ¡Dios mío, qué lejos se le antojaba ya la época del amor!

Al cabo de dos días, cuando Gervaise se presentó para que la pusieran al tanto, se encontró con la cama vacía. Una monja le explicó que habían tenido que trasladar a su marido al manicomio de Sainte-Anne porque la víspera, de golpe, había empezado a desbarrar. ¡Huy!, un trastorno completo, con pretensiones de tirarse de cabeza contra la pared, y alaridos que no dejaban dormir a los demás enfermos. Por lo visto, era por la bebida. La bebida que maceraba en su cuerpo había aprovechado para atacarle y retorcerle los nervios en el momento en que estaba postrado sin fuerzas a causa de la neumonía. Conmocionada, la lavandera regresó a casa. ¡Ahora resultaba que su hombre estaba loco! Si lo soltaban, la vida se iba a volver muy rara. Nana gritaba que había que dejarlo en el hospital porque si no acabaría matándolas a las dos.

Gervaise no pudo ir a Sainte-Anne hasta el domingo. Era un verdadero viaje. Por suerte, el ómnibus que iba del bulevar de Rochechouart a La Glacière pasaba cerca del manicomio. Se bajó en la calle de La Santé y compró dos naranjas para no llegar con las manos vacías. Era otro edificio monumental, con patios grises, corredores interminables y un olor a medicamentos viejos y rancios que no resultaban muy alegres que digamos. Sin embargo, cuando le indicaron que entrara en una celda, se quedó muy sorprendida de ver a Coupeau casi recuperado. Se lo encontró sentado en el trono, un cajón de madera muy limpio que no soltaba ningún olor, y se rieron porque lo había pillado haciendo sus necesidades, con el culo al aire. Ya se sabe cómo son los enfermos, ¿verdad? Se arrellanaba allí como un papa, con su desparpajo de antaño. ¡Huy!, estaba mejor, puesto que las aguas volvían a su cauce.

—¿Y la neumonía? —preguntó la lavandera.

—¡Finiquitada! —contestó él—. Me la han quitado como si nada. Todavía toso un poco, pero para acabar de deshollinarme.

Entonces, en el momento de dejar el trono para meterse de nuevo en la cama, siguió con la guasa.

—¡Buena nariz, sí, señora, no hay riesgo de que te atufes!

Y se regocijaron aún más. En el fondo, se sentían alegres. Las bromas sobre aguas mayores eran la forma de demostrarse, sin decirlo, lo contentos que estaban. Solo quien ha tenido a alguien enfermo conoce la satisfacción que se siente al verlo funcionar como es debido en todos los aspectos.

Cuando Coupeau estuvo en la cama, Gervaise le dio las dos naranjas, que lo conmovieron. Desde que bebía tisanas y ya no podía dejarse el alma en el mostrador de los garitos, volvía a ser amable. Como lo oyó razonar como en los buenos tiempos, Gervaise se atrevió a preguntarle por sus desvaríos.

—¡Ah, sí! —dijo él, burlándose de sí mismo—. ¡Perdí del todo la chaveta!... Resulta que veía

ratas, corría a cuatro patas para meterles una pizca de sal debajo de la cola. Y tú me llamabas, unos hombres querían pasarte por la piedra. En fin, tonterías a tutiplén, apariciones a plena luz del día... ¡Huy! Me acuerdo de sobra, todavía me rige la cabeza... Ahora ya se acabó, sueño un poco cuando me duermo, tengo pesadillas, pero todo el mundo tiene pesadillas.

Gervaise se quedó con él hasta la noche. Cuando el médico residente llegó para la visita de las seis, le pidió que extendiera las manos: ya casi no le temblaban, apenas si se le estremecía la punta de los dedos. Sin embargo, a medida que caía la noche, Coupeau empezó a mostrarse cada vez más inquieto. Se incorporó dos o tres veces en la cama para mirar al suelo, por los rincones oscuros de la habitación. De repente, estiró el brazo e hizo como si aplastara un bicho contra la pared.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Gervaise, asustada.

—Las ratas, las ratas —murmuró él.

Luego, tras un silencio, mientras se quedaba dormido, se debatió, soltando palabras entrecortadas.

—¡Rediós, que me agujerean la ropa!... ¡Ay, bichos asquerosos!... ¡Aguanta! ¡Sujétate las faldas! ¡Cuidado con el indeseable ese, detrás de ti!... ¡Maldita sea, la han tirado, y los desgraciados esos se ríen!... ¡So desgraciados, so canallas, so bandidos!

Soltaba cachetes al aire, tiraba de la manta, se la enrollaba contra el pecho, como para protegerse de los ataques de los hombres barbudos que veía. Hasta que, cuando un celador llegó para ver qué pasaba, Gervaise se retiró, helada por lo que había presenciado. Cuando volvió, al cabo de unos días, se encontró a Coupeau curado del todo. Incluso las pesadillas se habían esfumado; dormía como un niño, diez horas sin mover ni un dedo. Así pues, le dieron permiso para llevárselo. Pero, al salir, el médico residente le dijo las buenas palabras habituales, recomendándole que pensara en ello: si volvía a beber, recaería y acabaría por no recuperarse. Había comprobado que podía ser otra vez un hombre sano y bueno si dejaba de emborracharse. ¡Bien!, pues entonces lo que tenía que hacer era seguir llevando en casa la misma vida tranquila que en Sainte-Anne, e imaginarse que estaba encerrado bajo llave y que los vinateros no existían.

—Ese señor lleva razón —dijo Gervaise en el ómnibus que los llevaba de vuelta a La Goutte-d'Or.

—Claro que lleva razón —contestó Coupeau.

Y después de reflexionar un minuto, añadió:

—Pero, bueno, ¿sabes?, una copichuela de vez en cuando no es que vaya a matar a un hombre, ayuda a hacer la digestión.

Esa misma noche se tomó un vasito de aguardiente como digestivo. Durante ocho días, sin embargo, se mostró bastante sensato. En el fondo, estaba asustado, no tenía intención alguna de acabar en el manicomio de Bicêtre. Pero le podía la pasión: a su pesar, el primer vasito lo arrastraba al segundo, al tercero, al cuarto; desde el final de la primera quincena, había vuelto a tomar su ración de costumbre, un cuartillo diario de matarratas. Gervaise, exasperada, de buena gana le habría pegado. ¡Qué tonta había sido al soñar con tener de nuevo una vida decente, viéndolo tan juicioso en el manicomio! ¡Otra hora de alegría echada a perder, la última, por descontado! ¡Ah!, pero ahora, puesto que nada podía corregirlo, ni siquiera el miedo a estirar la pata en breve, juró que no iba a tomarse más molestias; dejaba la casa a la buena de Dios y se quedaba tan fresca; decía que también ella iba a dedicarse a pasárselo bien, donde se terciara. Y

así empezó otro infierno, una vida aún más enfangada, sin un resquicio de esperanza abierto a tiempos mejores. Nana, cuando su padre le cruzaba la cara, preguntaba furiosa por qué ese gandul no se había quedado en el hospital. Estaba esperando a ganar dinero, decía, para pagarle el aguardiente y que así reventara antes. Por su parte, Gervaise, un día que Coupeau se lamentaba de haberse casado con ella, perdió los estribos. ¡O sea, que ella le había traído las sobras de otro! ¡O sea, que él la había recogido de la calle porque lo había engatusado con sus mañas de casta doncella! ¡Demontres, menuda desfachatez! Por cada palabra, una mentira. Por entonces, ella no quería nada con él, esa era la verdad. Era Coupeau quien se arrastraba a sus pies para convencerla, mientras Gervaise le aconsejaba que se lo pensara bien. Si pudiera volver atrás, ¡vaya si diría que no!, antes preferiría que le amputaran un brazo. Sí, había estado con otro antes que con él, pero una mujer que ha estado con otro y es trabajadora vale más que un hombre holgazán que va ensuciando su honor y el de su familia por todas las botillerías. Ese día, por primera vez, en casa de los Coupeau se enzarzaron en toda regla, e incluso se arrearon tan fuerte que un paraguas viejo y la escoba acabaron rotos.

Entonces, Gervaise cumplió su palabra: se apoltronó aún más; faltaba al taller más a menudo, se pasaba jornadas enteras cotorreando, trabajaba cada vez con mayor desgana. Cuando se le caía algo de las manos, ya podía quedarse en el suelo porque no iba a ser ella quien se agachara para recogerlo. No movía ni un dedo. Quería conservar sus mantecas. Se daba mucha calma, solo pasaba la escoba cuando se tropezaba ya con la basura. Los Lorilleux ahora se tapaban ostentosamente la nariz cuando pasaban delante de su cuarto; era un veneno, decían. Ellos, como unos hipócritas, vivían al fondo del corredor, al margen de todas las miserias que gemían en ese rincón de la casa, encerrados para no tener que prestar monedas de un franco. ¡Qué corazones tan nobles, qué vecinos tan atentos! Nunca hacían nada malo, ¡era el gato! Bastaba con llamar a su puerta pidiendo fuego, o una pizca de sal, o una jarra de agua, para tener la certeza de que te la cerraran en las narices. Por no hablar de su lengua viperina. Cuando se trataba de socorrer al prójimo, decían a voces que ellos no se metían en las vidas ajenas; pero si el asunto era ensañarse con alguien, se sabían al dedillo su vida y milagros. Con el cerrojo echado y una manta colgada en la puerta para tapar las grietas y el ojo de la cerradura, se deleitaban chismorreando sin soltar ni un segundo sus hilos de oro. La caída en desgracia de la Coxcox, más que cualquier otra cosa, los tenía el día entero ronroneando como gatazos a los que se acaricia. ¡Qué tronada estaba, qué decadencia la suya, señoras y caballeros! La acechaban cuando iba por provisiones y se burlaban del trocito de pan diminuto que traía debajo del mandil. Calculaban los días que se comía los codos de hambre. Sabían lo gruesa que era la capa de polvo en su casa, cuántos platos había dejado sin fregar, toda la dejadez creciente de la miseria y de la pereza. ¡Y qué decir de la ropa que llevaba, unos harapos tan asquerosos que no los querría ni una trapera! ¡Dios bendito! Ya no le lucía tanto el pelo a esa rubia guapetona, a esa pelandusca que, en sus tiempos, tanto se contoneaba en aquel local azul tan bonito. Eso era lo que pasaba cuando gustaban tanto las comilonas, las merendolas y tirar la casa por la ventana. Gervaise, que sospechaba que la ponían verde, se descalzaba y pegaba la oreja a su puerta; pero la manta no le dejaba oír. Solo los pilló un día llamándola «la tetuda», seguramente porque tenía una pechera generosa, a pesar de que la mala comida le estaba vaciando el pellejo. Por lo demás, le importaban un bledo; seguía dirigiéndoles la palabra para evitar los comentarios, aunque de esa gentuza no esperaba sino desaires, porque ya no tenía ni fuerzas para replicarles y dejarlos con un palmo de narices.

Además, ¡caray!, solo quería estar a gusto, arrellanarse, voltear los pulgares y moverse solo para pasarlo bien, nada más.

Un sábado, Coupeau le prometió que la iba a llevar al circo.[78] Ver a unas señoras galopando subidas en un caballo y saltando a través de unos aros de papel, eso sí que era algo digno de tomarse la molestia. Precisamente, su hombre acababa de cobrar una quincena y podía permitirse un derroche de dos francos; incluso comerían los dos por ahí, puesto que Nana tenía que quedarse hasta muy tarde en el taller por un encargo urgente. Pero, a las siete, Coupeau no se presentó; a las ocho, seguía sin aparecer. Seguro que su borrachuzo se estaba fundiendo la paga con los amigotes en las vinaterías del barrio. Había lavado una cofia y llevaba desde por la mañana afanándose en tapar los agujeros de un vestido viejo para estar presentable. Por fin, a eso de las nueve, con el estómago vacío y congestionada de ira, se resolvió a bajar para ver si encontraba a Coupeau por los alrededores.

—¿Está buscando a su marido? —le gritó la señora Boche, al verla con la cara descompuesta —. Está donde el tío Colombe. Boche acaba de tomarse unas cerezas con él.

Le dio las gracias. Enfiló la calle a buen paso, con ganas de arrancarle los ojos a Coupeau. Estaba lloviznando, por lo que el paseo resultaba aún menos agradable. Pero cuando llegó delante del Tugurio, el miedo a ser ella quien cobrara, si fastidiaba a su hombre, la calmó de golpe y le inspiró prudencia. El local resplandecía, con el gas encendido, los espejos blancos como soles, los frascos y los tarros iluminando las paredes con su vidrio de colores. Se quedó parada delante un momento, con la espalda tensa y el ojo pegado al cristal, entre dos botellas del escaparate, observando a Coupeau al fondo de la sala; estaba sentado con unos compañeros en torno a una mesita de cinc, todos ellos borrosos y azulados por el humo de las pipas; como no se oían sus berridos, resultaba muy raro verlos gesticular como molinos, echando la barbilla hacia delante y con los ojos fuera de las órbitas. ¡En qué cabeza cabía que unos hombres pudieran dejar a un lado a su mujer y su hogar para encerrarse en un agujero donde no podían ni respirar! La lluvia le chorreaba cuello abajo; se incorporó y se fue hacia el bulevar exterior, pensando, sin atreverse a entrar. ¡Menudo recibimiento le iba a dar Coupeau, al que no le gustaba que le insistieran! Además, tampoco le parecía lugar para una mujer decente, la verdad. Sin embargo, debajo de los árboles empapados, empezó a sentir un leve escalofrío y pensó, titubeante aún, que debía de estar pescando alguna enfermedad. En dos ocasiones dio media vuelta para plantarse delante del cristal, con el ojo pegado otra vez, ofendida de que esos borrachuzos siguieran allí, a cubierto, sin dejar de berrear ni de beber. El resplandor del Tugurio se reflejaba en los charcos de los adoquines, que la lluvia estremecía suavemente como un hervor. Salía corriendo y chapoteaba en ellos cada vez que la puerta se abría y volvía a cerrarse, con el chasquido de las bandas de cobre. Por fin, se dijo que estaba siendo una tonta, empujó la puerta y se fue en derechura a la mesa de Coupeau. Al fin y al cabo, era su marido a quien iba a buscar, ¿no?, y estaba en su derecho, puesto que le había prometido llevarla al circo esa tarde. Además, ¡qué le vamos a hacer!, no le apetecía derretirse en la acera, como una pastilla de jabón.

—¡Anda! ¡Si eres tú, costilla mía! —gritó el cinquero, ahogándose de la risa—. ¡Mecachis, qué chusca estás!... ¿A que sí, a que está chusca?

Todos se reían, Mes-Bottes, Bibi-la-Grillade, Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif. Sí, les parecía muy chusca, y no explicaban por qué. Gervaise seguía a pie firme, algo aturdida. Como vio a Coupeau de buenas, se aventuró a decir:

—Tenemos que ir allí, ya sabes. Habrá que darse prisa. Aún llegaremos a tiempo de ver algo.

—No puedo levantarme, estoy pegado, ¡que sí, en serio! —replicó Coupeau, que seguía riéndose—. Prueba a ver, para comprobarlo; tírame del brazo con todas tus fuerzas, ¡maldita sea!, todavía más fuerte, ¡aúpa!... ¿Lo ves?, el guindilla del tío Colombe me ha atornillado al banco.

Gervaise se prestó a seguirle el juego; cuando le soltó el brazo, a los compañeros les hizo tanta gracia la broma que cayeron unos sobre otros, bramando y frotándose los hombros como los burros cuando se rascan. El cinquero se reía con la boca tan abierta que se le veía hasta el gaznate.

—¡Vamos, boba! —dijo, por fin—. Te puedes sentar un ratito. Se está mejor aquí que chapoteando ahí fuera... ¡Pues sí!, no he vuelto a casa, tenía cosas que hacer. Y no ganamos nada con que te subas a la parra... A ver, vosotros, apartaos un poco.

—Si la señora tiene a bien aceptar mi regazo, sería más cariñoso —dijo galantemente Mes-Bottes.

Gervaise, para no hacerse notar, cogió una silla y se sentó a tres pasos de la mesa. Miró lo que estaban bebiendo los hombres: balarrasa que relucía como el oro en los vasos; se había derramado en la mesa, formando un charquito donde Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif, mojaba el dedo, sin dejar de charlar, para escribir un nombre de mujer, Eulalie, en letras grandes. Se fijó en que Bibi-la-Grillade estaba muy desmejorado, flaco como una cuerda. A Mes-Bottes le florecía la nariz, una auténtica dalia azul de Borgoña. Los cuatro estaban muy sucios, con las barbas hechas un asco, tiesas y meadas como escobillas de orinal, luciendo blusones harapientos y alargando zarpas negras de uñas enlutadas. Pero, a decir verdad, aún te podías dejar ver con ellos, pues, aunque llevaban seis horas soplando, mantenían las formas, estaban achispados y gracias. Gervaise vio a otros dos delante del mostrador echando un trago, tan bebidos que se volcaban el vasito debajo de la barbilla y se chorreaban la camisa, creyendo que se lo estaban echando al coleto. El tío Colombe, gordo, cuyos brazos enormes eran los matones del local, servía tranquilamente las rondas. Hacía mucho calor, el humo de las pipas subía en la claridad cegadora del gas, donde rodaba como si fuera polvo, sumiendo a los parroquianos en un vaho cada vez más denso; de esa nube salía un jaleo ensordecedor y confuso, voces cascadas, cristales entrechocando, palabrotas y puñetazos que sonaban como detonaciones. Así pues, Gervaise puso cara de perro porque a ninguna mujer le gusta ver nada semejante, y aún menos si no tiene costumbre; estaba sofocada, con los ojos irritados y la cabeza ya algo cargada por el alcohol que exhalaba la sala entera. Hasta que, de pronto, sintió un malestar aún más inquietante a sus espaldas. Se dio la vuelta y divisó el alambique, la máquina de emborrachar, que funcionaba debajo de la cristalera del patinillo, con la honda trepidación de su guiso infernal. Por la noche, los cobres brillaban menos, solo en las redondeces se encendía una ancha estrella roja; y la sombra del aparato, contra la pared del fondo, dibujaba abominaciones, figuras con cola, monstruos con las fauces abiertas para tragarse el mundo.

—¡Oye, tú, parlanchina, alegra esa cara! —gritó Coupeau—. ¡Los aguafiestas, fuera de aquí!... ¿Qué quieres beber?

—Nada, claro —contestó la lavandera—. Si no he cenado.

—¡Anda, pues razón de más! Una gotita de algo te ayuda a aguantar.

Pero como Gervaise seguía en sus trece, Mes-Bottes se puso galante otra vez:

—Seguro que a la señora le gustan los licores dulces —murmuró.

—Me gustan los hombres que no se emborrachan —replicó ella, enfadada—. Sí, me gusta que lleven la paga a casa y que cumplan su palabra cuando hacen una promesa.

—¡Ah, por eso estás de morros! —dijo el cinquero sin dejar de reírse con sorna—. Quieres tu parte. Entonces, tontorrona, ¿por qué rechazas una consumición?... Toma algo, solo tiene ventajas.

Gervaise se lo quedó mirando muy seria, con un pliegue en la frente que se le cruzaba como una raya negra.

—¡Pues mira! —le contestó con voz lenta—: Tienes razón, es una buena idea. Así nos beberemos el dinero juntos.

Bibi-la-Grillade se levantó para ir a buscarle un vaso de anisete. Ella acercó la silla a la mesa. Mientras se bebía la bebida a sorbitos, se acordó de la ciruela que se había comido con Coupeau, tiempo atrás, junto a la puerta, cuando la estaba cortejando. Por aquel entonces, se dejaba el caldito de las frutas en aguardiente. Y ahora resulta que volvía a tomar licores. ¡Ay, se conocía de sobra, no tenía ni pizca de voluntad! Un papirotazo en la espalda bastaría para hacerla caer en la bebida. De hecho, el anisete le sabía muy rico, quizás demasiado dulce, un poco empalagoso. Chupaba el vaso mientras escuchaba a Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif, contar su relación con Eulalie, una gorda que vendía pescado en la calle, una mujer de lo más espabilada, una manceba que se olía en qué vinaterías andaba metido, mientras empujaba su carrito por las calles; por mucho que los compañeros lo avisaran y lo escondieran, casi siempre lo pillaba; el día anterior incluso le había estampado en la cara una platija para enseñarle a no faltar al taller. Mecachis, eso sí que tenía gracia. Bibi-la-Grillade y Mes-Bottes, a carcajada limpia, le soltaban palmadas en los hombros a Gervaise, que por fin se reía, como si le hicieran cosquillas y a su pesar; le aconsejaban que imitara a la gorda de Eulalie y que se llevara las planchas a los garitos para plancharle las orejas a Coupeau encima de los mostradores de cinc.

—¡Esta sí que es buena! —gritó Coupeau poniendo boca abajo el vaso de anisete que había vaciado su mujer—. ¡Qué buen saque tienes! Fíjense, señores, no se hace de rogar.

—¿Quiere repetir la señora? —preguntó Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif.

No, había bebido de sobra. Aun así, Gervaise dudaba. El anisete le estaba revolviendo el estómago. Hubiese preferido tomar algo más recio para entonarse. Le lanzaba miradas de reojo a la máquina de emborrachar que tenía detrás. Esa dichosa marmita, redonda como la tripa de una calderera cebada, con esa nariz que se alargaba y se retorcía, le provocaba en los hombros un escalofrío de miedo a la par que de deseo. Sí, hubiérase dicho la asadura metálica de una buscona gigante, de cierta bruja que soltaba gota a gota el fuego de sus entrañas. ¡Menuda fuente de veneno, una operación que debería llevarse a cabo en un sótano, de tan descarada y abominable! Eso no le impedía tener ganas de meter la nariz ahí dentro, aspirar el olor, probar esa porquería, aunque la lengua quemada se le pelase de inmediato como una naranja.

—¿Qué es lo que están bebiendo? —les preguntó taimadamente a los hombres, con la mirada encendida por el hermoso color dorado de sus vasos.

—Esto, costilla mía —contestó Coupeau—, es el alcanfor del tío Colombe... No seas tonta, ¿estamos? Vamos a dejar que lo pruebes.

Cuando le trajeron un vaso de matarratas y la mandíbula se le contrajo con el primer trago, el cinquero siguió diciendo, palmeándose los muslos:

—Cómo raspa el gañote, ¿a que sí?... Apúralo de un trago. Cada ronda le saca al médico seis

francos del bolsillo.

Después del segundo vaso, Gervaise dejó de sentir el hambre que la atormentaba. Ahora se había reconciliado con Coupeau, ya no estaba resentida con él por haber faltado a su palabra. Irían al circo otro día; tampoco era para tanto, los malabaristas galopando encima de un caballo. En el local del tío Colombe no llovía, y si la paga se iba en aguardiente, al menos se la metían entre pecho y espalda, se la bebían cristalina y reluciente como un hermoso oro líquido. ¡Ay, qué poco le importaba ahora el mundo! La vida no le ofrecía tantos placeres; de hecho, le parecía un consuelo estar a medias en el derroche de la paga. Si se encontraba a gusto, ¿por qué no iba a quedarse? Aunque disparasen un cañón, no le gustaba moverse cuando se había arrellanado. Se cocía a fuego lento, calentita, con el corpiño pegado a la espalda, mientras se apoderaba de ella un bienestar que le adormecía los miembros. Y se reía sola, con los codos apoyados en la mesa, la mirada perdida, muy regocijada con dos clientes de una mesa vecina, un gordinflón y un retaco, que se besaban tiernamente de lo bebidos que estaban. Sí, se reía por el Tugurio, por la cara de luna del tío Colombe, que era como un saco de manteca, por los parroquianos que fumaban en pipa, gritaban y escupían, por las llamaradas del gas que encendían los espejos y las botellas de licor. El olor ya no le molestaba; antes bien, le hacía cosquillas en la nariz, le parecía que olía de maravilla; se le entornaban los párpados y respiraba deprisa, sin ahogo, disfrutando del placer del amodorramiento que se adueñaba de ella. Hasta que, después del tercer vaso, apoyó la barbilla en las manos y ya solo vio a Coupeau y a sus compañeros; se quedó cara a cara con ellos, tan cerca que las mejillas se le calentaban con su aliento y les miraba la barba sucia como si les estuviera contando los pelos. Para entonces estaban ya como cubas. Mes-Bottes babeaba con la pipa entre los dientes, con la expresión callada y seria de un buey medio dormido. Bibi-la-Grillade estaba contando algo, cómo hacía para vaciar una botella de un trago, inclinándose tanto hacia atrás para beber a chorro que se le veía el culo. Entre tanto, Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif, había ido al mostrador a buscar la ruleta y se jugaba las copas con Coupeau.

—¡Doscientos!... Ni que fueras rico, siempre te tocan los números más altos.

La varilla de la ruleta chirriaba, la imagen de la Fortuna que había detrás del cristal, una mujerona roja, al girar no formaba ya sino una mancha redonda en el centro, semejante a una mancha de vino.

—¡Trescientos cincuenta!... ¡Tú la has amañado, condenado barbián! Pues, ¡ea!, ya no juego.

Gervaise mostraba curiosidad por la ruleta. Bebía como una esponja y llamaba a Mes-Bottes «hijito». A su espalda, la máquina de emborrachar seguía funcionando, con su murmullo de arroyo subterráneo; la lavandera se desesperaba por no poder pararla, agotarla, presa de una ira sombría contra ella, con ganas de saltar como un animal encima de ese gran alambique y reventarle la barriga a talonazos. Todo se emborronaba, veía la máquina moverse, sentía cómo la agarraba con sus patas de cobre mientras el arroyo corría ahora por su cuerpo.

Luego la sala se puso a bailar, con las luces de gas corriendo como estrellas fugaces. Gervaise estaba borracha. Oía a Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif, discutiendo acaloradamente con el tarugo del tío Colombe. ¡Menudo tabernero manilargo que inflaba la cuenta! ¡Ni que estuvieran en Bondy![79] Pero de repente sonó un alboroto, gritos, mesas volcadas. Era el tío Colombe echando a la calle a la concurrencia, sin miramientos, en un periquete. Delante de la puerta alguien le gritó y la llamó piltrafa. Seguía lloviendo y soplaba un vientecillo helado. Gervaise perdió a Coupeau, lo encontró, volvió a perderlo. Quería volver a casa, iba palpando las tiendas para guiarse. Esa

oscuridad tan repentina la sorprendía mucho. En la esquina de la calle de Les Poissonniers se sentó en el arroyo y creyó que estaba en el lavadero. Toda esa agua corriendo la mareaba y la ponía malísima. Por fin llegó, pasó de largo por delante de la portería, donde vio perfectamente a los Lorilleux y a los Poisson sentados a la mesa y haciendo muecas asqueadas al verla en semejante estado.

Nunca llegó a saber cómo había subido los seis pisos. Arriba, según se adentraba en el corredor, Lalie, al oír sus pasos, salió a su encuentro con los brazos abiertos en señal de afecto, riéndose y diciendo:

—Señora Gervaise, papá aún no ha llegado, venga a ver cómo duermen mis niños... ¡Ay, están tan lindos!

Pero al ver el rostro alelado de la lavandera, retrocedió y se echó a temblar. Conocía ese aliento aguardentoso, esos ojos pálidos, esa boca convulsa. Gervaise pasó tropezándose, sin decir palabra, mientras la niña, de pie en el umbral de la puerta, la seguía con sus ojos negros, mudos y serios.

XI

Nana se hacía mayor y se volvía una golfa. A los quince años había crecido como una ternera, con las carnes muy blancas y prietas, rolliza incluso, tanto que parecía una bola. Sí, en efecto, quince años, con todos los dientes y sin corsé. Una auténtica carita de mujerzuela, bañada en leche, de piel aterciopelada como un melocotón, nariz graciosa, hociquito sonrosado y ojos relucientes como quinqués en los que los hombres encenderían gustosos la pipa. La mata de pelo rubio, del color de la avena fresca, parecía haberle salpicado las sienes de oro en polvo, unas pecas que la coronaban de sol. ¡Ay!, una preciosa muñeca, como decían los Lorilleux, una mocosa a la que aún deberían limpiarle la nariz y cuyos hombros carnosos tenían las curvas plenas y el olor maduro de una mujer hecha y derecha.

Ahora Nana ya no se metía bolas de papel en el corpiño. Le habían crecido los pechos, un par de pechos de satén blanco, nuevecitos. Cosa que no le molestaba en absoluto, le habría gustado tenerlos a brazos llenos, soñaba con unas tetas de ama de cría, así de golosa y atolondrada es la juventud. Lo que la volvía más apetitosa era la mala costumbre que había cogido de asomar un pedacito de lengua entre los dientecillos blancos. Seguramente, al mirarse en los espejos se había visto muy linda de tal guisa. De modo que, para parecer guapa, se pasaba el día con la lengua fuera.

—¡Que escondas la sinhueso! —le gritaba su madre.

Hasta Coupeau tenía que meter baza a menudo, dando puñetazos en la mesa y despotricando a voces:

—Pero ¿quieres guardar de una vez ese trapo rojo?

Nana se mostraba muy presumida. No siempre se lavaba los pies, pero elegía las botinas tan estrechas que sufría el martirio de la cárcel de San Crispín;[80] y si, al ver cómo se amorataba, le preguntaban por qué, respondía que tenía un cólico, para no reconocer su coquetería. Cuando en su casa no había ni para pan, le resultaba difícil acicalarse. Entonces hacía milagros, se llevaba cintas del taller, se componía atuendos, vestidos sucios cubiertos de lazos y borlas. El verano era su estación triunfal. Todos los domingos paseaba con un vestido de percal de seis francos, llenando el barrio de La Goutte-d'Or con su belleza rubia. Sí, la conocían desde los bulevares exteriores hasta las fortificaciones, y desde la calzada de Clignancourt hasta la ancha calle de La Chapelle. La llamaban «la pollita», porque realmente tenía la carne tierna y el aspecto lozano de una gallina joven.

Había un vestido en concreto que le sentaba como un guante. Era un vestido blanco de lunares rosa, muy sencillo, sin guarniciones. La falda, algo corta, le dejaba los pies al aire; las mangas, muy abiertas y caídas, solo le cubrían los brazos hasta el codo; el escote del corpiño, que ella abría en forma de corazón con unos alfileres en un rincón oscuro de la escalera para librarse de los pescozones de Coupeau, mostraba la nieve del cuello y la sombra dorada del pecho. Y nada

más, nada sino una cinta rosa sujetando la caballera rubia, una cinta cuyos extremos le revoloteaban en la nuca. Así vestida tenía la frescura de un ramo. Exhalaba aroma a juventud, a desnudo de niña y de mujer.

En aquella época, los domingos fueron para ella los días en que se daba cita con la multitud, con todos los hombres que pasaban y se la comían con los ojos. Toda la semana estaba esperando que llegase, sintiendo la excitación de sus deseos mínimos, asfixiándose, muriéndose de ganas de salir al aire libre y de pasear al sol, en medio del gentío del arrabal endomingado. Desde por la mañana se vestía, se pasaba horas en camisa delante del fragmento de espejo que había colgado encima de la cómoda; como toda la casa podía verla por la ventana, su madre se enfadaba, le decía que ya estaba bien de pasearse con el culo al aire. Pero ella, tan tranquila, se pegaba caracoles en la frente con agua azucarada, volvía a coser los botones de las botinas o le daba una puntada al vestido, con las piernas al aire y los hombros asomando por la camisa caída, en el desorden de la cabellera despeinada. ¡Si es que daba gusto verla así!, decía Coupeau, entre risitas y metiéndose con ella. ¡Una auténtica Magdalena Penitente! Podría hacer de mujer salvaje y exhibirse por diez céntimos. Le gritaba: «¡Tápate las carnes, que estoy comiendo!». Y ella estaba adorable, blanca y delicada debajo de la desbordante melena rubia, tan rabiosa que la piel se le ruborizaba, sin atreverse a replicar a su padre y rompiendo el hilo entre los dientes, de un mordisco seco y furioso, que estremecía su desnudez de muchacha guapa.

Tras esto, inmediatamente después de comer, se largaba para bajar al patio. El cálido sosiego del domingo adormecía la casa; abajo, los talleres estaban cerrados; las viviendas bostezaban por las ventanas abiertas, mostraban las mesas que, ya puestas para la cena, esperaban a las familias que habían ido a las fortificaciones a abrir el apetito; en el tercero, una mujer que dedicaba el día a fregar su habitación, enrollaba el colchón, movía los muebles y cantaba la misma canción durante horas con entonación suave y llorosa. Y mientras los oficios descansaban, en medio del patio vacío y sonoro, Nana, Pauline y otras muchachas jugaban al volante. Eran cinco o seis, que habían crecido juntas y se estaban convirtiendo en las reinas de la casa, entre las que se repartían los guiños de los caballeros. Cuando un hombre cruzaba el patio, brotaban risas aflautadas y el frufrú de las faldas almidonadas pasaba como una ráfaga de viento. Por encima de ellas, resplandecía el aire de los días de fiesta, ardiente y pesado, como si lo reblandeciera la pereza y lo blanqueara el polvo de los paseos.

Pero la partidas de volante no eran más que un ardid para escaparse. De pronto, en la casa reinaba un gran silencio. Acababan de escabullirse a la calle y ya estaban en los bulevares exteriores. Entonces, las seis, cogidas del brazo y ocupando todo el ancho de la calzada, se alejaban con sus vestidos claros y el cabello al aire y sujeto con cintas. Con ojos vivarachos que lanzaban finas miradas de soslayo entre los párpados entornados, lo veían todo, echaban la cabeza hacia atrás para reírse, dejando ver la carnosidad de la barbilla. Entre tremendas y alegres carcajadas, cuando pasaba un jorobado o había una anciana esperando a su perro en el marmolillo de las esquinas, rompían la hilera, quedándose unas atrás mientras las otras tiraban de ellas a lo bruto; meneaban las caderas, se encogían, se contoneaban, por aquello de atraer a la gente y que se les reventara el corpiño con sus formas nacientes. La calle era suya; habían crecido allí, levantándose las faldas al pasar junto a las tiendas; aún se las arremangaban hasta el muslo para sujetarse las ligas. En medio de la multitud lenta y pálida, entre los árboles raquíticos de los bulevares, corrían en desbandada desde el fielato de Rochechouart hasta el de Saint-Denis,

empujando a la gente, haciendo eses para esquivar los grupos, dándose la vuelta y soltando comentarios entre las risas disparadas. Y el vuelo de sus vestidos dejaba, a su espalda, la insolencia de su juventud; se lucían al aire libre, bajo la luz cruda, con una vulgaridad soez de pícaro, deseables y tiernas como vírgenes que vuelven de bañarse con la nuca empapada.

Nana se ponía en el centro, con el vestido rosa, que se iluminaba al sol. Le daba el brazo a Pauline, cuyo vestido, de flores amarillas sobre fondo blanco, resplandecía también cuajado de llamitas. Como ambas eran las más gordas, las más mujeres y las más descaradas, dirigían la pandilla, se pavoneaban ante las miradas y los cumplidos. Las demás, las crías, formaban la cola a izquierda y derecha, procurando inflarse para que las tomaran en serio. Nana y Pauline tenían, en el fondo, planes muy complicados de astuciosa coquetería. Si corrían hasta quedarse sin aliento era para enseñar las medias blancas y que revolotearan las cintas del moño. Después, cuando se detenían so pretexto de estar ahogándose, con el pecho palpitante tendido hacia atrás, solo había que buscar y seguro que aparecía por allí alguien que conocían, algún muchacho del barrio; entonces caminaban lánguidamente, cuchicheando y riendo entre sí, acechando con los ojos entornados. Se escapaban, sobre todo, por esas citas fruto del azar, en medio de los empujones de la calzada. Muchachotes endomingados, con chaqueta y sombrero hongo, las retenían un momento al borde del arroyo, riéndose y tratando de pellizcarles la cintura. Obreros de veinte años con blusón gris, despechugados, charlaban con ellas despacito, cruzando los brazos y echándoles el humo de la pipa en las narices. No tenía importancia alguna, esos críos habían crecido con ellas en la calle. Pero, entre todos ellos, ya empezaban a escoger. Pauline siempre se encontraba con uno de los hijos de la señora Gaudron, un ebanista de diecisiete años que la convidaba a manzanas. Desde el extremo de una avenida, Nana divisaba en la otra punta a Victor Fauconnier, el hijo de la lavandera, con el que se daba besos en los rincones oscuros. Y de ahí no pasaba; tenían demasiado vicio para hacer una tontería sin darse cuenta. Solo que se contaban cosas tremendas.

Al caer el sol, lo que más les gustaba a esas pillas era pararse a mirar a los titiriteros. Llegaban prestidigitadores o forzudos que desplegaban en la tierra de la avenida un alfombra sobadísima. Entonces los mirones se apiñaban y se formaba un corrillo en cuyo centro el saltimbanqui lucía sus músculos en una deslucida camiseta. Nana y Pauline se quedaban horas a pie firme, en lo más prieto del gentío. Los bonitos y flamantes vestidos se aplastaban entre los paletós y los blusoncillos sucios. Los brazos, el cuello y el pelo, todos al aire, se caldeaban con los resuellos pestilentes, en un tufo de vino y de sudor. Y se reían, divirtiéndose, sin asco ninguno, aún más sonrosadas y como si estuvieran en su abono natural. A su alrededor sonaban palabrotas, vulgaridades soeces, reflexiones de hombre borracho. Ese era su idioma, se lo sabían todo, se daban la vuelta sonriendo, sin perder la delicada palidez de su piel satinada.

Lo único que las contrariaba era encontrarse con sus padres, sobre todo si habían bebido. Estaban al quite y se avisaban.

—Oye, Nana —gritaba de pronto Pauline—, ¡que viene el tío Coupeau!

—¡Vaya! Y no va borracho, ¡qué va! —decía Nana, fastidiada—. ¡Pues yo me largo por pies, chicas! No me apetece que me sacuda las pulgas... ¡Anda, y ahora se cae! ¡Madre mía, ojalá se partiese la cara!

Otras veces, cuando Coupeau iba directamente hacia ella, sin dejarle tiempo para salir huyendo, se ponía en cuclillas y murmuraba:

—¡Eh, vosotras, tapadme!... Me está buscando, prometió dejarme las nalgas peladas si volvía a pillarme pindongueando.

Y cuando el borracho las dejaba atrás, Nana se incorporaba y todas lo seguían, soltando el trapo a reír. ¿La encontrará o no la encontrará? Era lo mismito que jugar al escondite. Así y todo, un día Boche fue a buscar a Pauline por las orejas, y Coupeau se llevó a Nana a casa arreándole patadas en el culo.

Iba anocheciendo, daban una última vuelta y volvían en el pálido crepúsculo entre la multitud derrengada. El polvo del aire, más denso, velaba el cielo bajo. La calle de La Goutte-d'Or semejaba un lugar de provincias, con las comadres en el umbral y las voces sueltas que rompían el tibio silencio del barrio sin carruajes. Se paraban un rato en el patio, recogían las raquetas y procuraban que pareciera que no se habían movido de allí. Subían a sus respectivas casas inventándose una historia, que rara vez solían contar porque se encontraban a sus padres demasiado ocupados soltándose cachetes porque a la sopa le faltaba sal o estaba poco hecha.

Ahora Nana era operaria y ganaba dos francos en Titreville, el taller de la calle de Le Caire donde estaba de aprendiza. Los Coupeau no querían cambiarla para que siguiera bajo la tutela de la señora Lerat, que era la encargada desde hacía diez años. Por las mañanas, mientras la madre miraba la hora en el cuco, la niña se iba sola, muy formalita, con los hombros ceñidos en un viejo vestido negro, que le quedaba estrecho y corto; y la señora Lerat tenía la responsabilidad de comprobar a qué hora llegaba para decírselo luego a Gervaise. Le daban veinte minutos para ir desde la calle de La Goutte-d'Or a la calle de Le Caire, que era tiempo de sobra porque estas mocitas tienen piernas de ciervo. A veces llegaba justo a tiempo, pero tan colorada y jadeante que saltaba a la vista que había bajado corriendo desde el fielato en diez minutos después de entretenerse por el camino. Lo más habitual era que llegase siete u ocho minutos tarde, y hasta la noche se mostraba de lo más cariñosa con su tía, con ojos suplicantes, tratando de conmoverla para que no contara nada. La señora Lerat, que comprendía la juventud, mentía a los Coupeau, pero sin dejar de sermonear a Nana con charlas interminables que versaban sobre la responsabilidad y los peligros que corría una jovencita por las calles de París. ¡Madre mía, si incluso a ella la perseguían! No le quitaba ojo a su sobrina, siempre con preocupaciones procaces y animada ante la perspectiva de conservar y preparar primorosamente la inocencia de ese pobre gatito.

—Tienes que contármelo todo, ¿sabes? —le decía una y otra vez—. Me importas tanto que, si te ocurriera alguna desgracia, no tendría más remedio que tirarme al Sena... ¿Lo has entendido, gatito? Si los hombres te dicen cosas, me las tienes que repetir, todas, sin dejarte ni una palabra... ¿Sí? ¿No te han dicho nada aún, me lo juras?

Nana se reía con una risa que le fruncía la boca una barbaridad. No, no, los hombres no hablaban con ella. Andaba demasiado ligera. Y además, ¿qué iban a decirle? ¡Como si tuviera algo que tratar con ellos! Y explicaba los retrasos con cara de ingenua: se había parado para mirar unas estampas, o bien había acompañado a Pauline, que se sabía unas historias. Si no la creían, podían seguirla; ni siquiera se bajaba nunca de la acera de la izquierda, y bien deprisa que iba, que adelantaba a todas las demás señoritas, como si fuera un coche. Lo cierto era que un día la señora Lerat la había pillado, mirando hacia arriba y riéndose con otras tres floristas remolonas porque en una ventana había un hombre afeitándose; pero la niña se había enfadado y juraba que lo que estaba haciendo era entrar en la panadería de la esquina para comprarse un pan de cinco

céntimos.

—¡Huy, estoy al quite, no tengan cuidado! —les decía la viuda larguirucha a los Coupeau—. Respondo de ella como de mí misma. Si algún sinvergüenza intentara siquiera pellizcarla, antes me pondría de por medio.

El taller Titreville era una estancia grande situada en el entresuelo, con una amplia mesa de trabajo montada sobre borriquetes que ocupaba toda la parte central. A lo largo de las cuatro paredes vacías, cuyo papel de color gris amarillento dejaba ver el yeso a través de los desgarrones, corrían unas estanterías empantanadas de cajas de cartón viejas, de paquetes y de modelos desechados, olvidados bajo una gruesa capa de polvo. En el techo, el gas parecía haber extendido un enlucido de hollín. El vano de las dos ventanas era tan grande que, sin moverse de la mesa, las operarias veían desfilar a los transeúntes en la acera de enfrente.

La señora Lerat, para dar ejemplo, llegaba la primera. A continuación, la puerta estaba abriéndose y cerrándose durante un cuarto de hora, mientras entraba la desbandada de operarias de floristería, sudorosas y despeinadas. Una mañana de julio, Nana se presentó la última, cosa que, de hecho, era una costumbre muy suya.

—¡La verdad —dijo—, qué bueno sería tener coche!

Y sin tan siquiera quitarse el sombrero, un tocado negro al que llamaba su gorra y que estaba harta de remozar, se acercó a la ventana y se inclinó a derecha e izquierda para ver la calle.

—¿Se puede saber qué estás mirando? —le preguntó la señora Lerat, desconfiada—. ¿Te ha acompañado tu padre?

—No, claro que no —contestó Nana tranquilamente—. No estoy mirando nada... Estoy mirando el bochorno que hace. En serio, como para ponerte mala de ir tan corriendo.

Esa mañana hacía un calor sofocante. Las operarias habían bajado las celosías, a través de las cuales fisgaban lo que pasaba en la calle; y por fin se habían puesto manos a la obra, alineadas a ambos lados de la mesa, que presidía en solitario la señora Lerat. Eran ocho, cada una con su bote de cola, su tenaza, sus herramientas y su almohadilla para gofrar. Por la mesa se esparcía un revoltillo de alambres, bobinas, guata, papel verde y papel marrón, hojas y pétalos recortados en seda, satén o terciopelo. En el centro, en el cuello de una frasca grande, una florista había metido un ramillete de diez céntimos que se le marchitaba desde el día anterior en el corpiño.

—¿A que no lo sabíais? —dijo Léonie, una morena guapa, mientras se inclinaba encima de la almohadilla para gofrar unos pétalos de rosa—. Resulta que la pobre Caroline es la mar de desgraciada con ese muchacho que venía a esperarla por las noches.

Nana, que estaba recortando tiras finas de papel verde, exclamó:

—¡Cómo! ¡Un hombre que se la pega un día sí y otro también!

Por el taller cundió un regocijo socarrón y la señora Lerat tuvo que ponerse seria.

—¡Te parecerá bonito, hija, vaya forma de hablar! Se lo voy a contar a tu padre y ya veremos qué le parece.

Nana infló las mejillas, como si se aguantara una carcajada. ¡Acabáramos, su padre! ¡Como si él no dijera cosas peores! Pero, de sopetón, Léonie susurró muy bajito y muy deprisa:

—¡Eh, cuidado, la dueña!

En efecto, la señora Titreville, una mujer alta y enjuta, entró en el taller. Solía quedarse abajo, en la tienda. Las operarias le tenían mucho miedo porque no bromeaba nunca. Despacio, dio la vuelta a la mesa, sobre la que ahora se mantenían agachadas todas las nucas, silenciosas y

diligentes. Tildó a una operaria de patosa y la obligó a hacer de nuevo una margarita. Tras lo cual se fue con la misma rigidez con la que había entrado.

—¡Aire, aire! —repitió Nana, en medio de un gruñido general.

—¡Señoritas, hay qué ver, señoritas! —dijo la señora Lerat, queriendo resultar severa—. No me obliguen a tomar medidas.

Pero no le hacían ni caso ni le tenían ningún miedo. Se pasaba de tolerante, encandilada entre esas jovencitas con los ojos rebosantes de jolgorio, a las que se llevaba aparte para sonsacarlas sobre sus amantes e incluso les echaba las cartas cuando se despejaba un trozo de mesa. La piel dura y el caparazón de gendarme se le estremecían con una alegría danzarina de comadre en cuanto entraban en el terreno de los amoríos. Tan solo le molestaban procacidades; mientras no se dijera nada procaz, se podía hablar de lo que fuese.

Y es que ¡bonita educación estaba recibiendo Nana en el taller! ¡Huy, tenía madera, qué duda cabe! Pero lo que la remataba era relacionarse con un montón de chicas ya curtidas en la miseria y el vicio. Allí estaban pegadas unas a otras, se pudrían juntas; exactamente igual que aquello de la cesta de manzanas cuando hay una pocha. Por supuesto, en público guardaban las formas, procuraban no actuar como brujas ni hablar como verduleras. Mas, al oído, en los rincones, las vulgaridades estaban a la orden del día. No se podían juntar dos sin retorcerse de risa al poco rato, contándose guarrerías. Además, como por la noche se acompañaban mutuamente, aprovechaban para hacerse confidencias, historias que ponían los pelos de punta y que entretenían a las dos crías en la acera, excitadas en medio de los codazos del gentío. En el taller, para las que como Nana aún eran buenas chicas, había de propina un ambiente nocivo, el olor a baile de candil y a noches disolutas que las operarias jaraneras traían en el moño medio suelto y en la falda tan arrugada como si hubiesen dormido con ella puesta. La perezosa flojedad al día siguiente de la juerga, las ojeras, esos cercos oscuros que la señora Lerat llamaba castamente «los puñetazos del amor», los contoneos, la ronquera sembraban una perversión por encima de la mesa de trabajo, entre el brillo y la fragilidad de las flores artificiales. Nana olfateaba, se embriagaba cuando notaba que estaba al lado de una chica que ya tenía trato con hombres. Estuvo mucho tiempo sentándose al lado de Lisa, una grandullona de la que decían que estaba preñada, y miraba a su compañera solapadamente, con los ojos brillantes, como si estuviera esperando a que se inflara y estallase de sopetón. Que se enterase de cosas nuevas parecía difícil. La muy bribona ya lo sabía todo, lo había aprendido en las aceras de la calle de La Goutte-d'Or. En el taller, sencillamente, veía cómo se hacían las cosas y poco a poco adquiría ganas y desparpajo para hacerlas a su vez.

—Aquí se ahoga una —murmuró acercándose a una ventana como para bajar más la celosía.

Pero se inclinó y volvió a mirar a derecha e izquierda. En ese preciso instante, Léonie, que estaba acechando a un hombre plantado en la acera de enfrente, exclamó:

—¿Qué pinta ahí el viejo ese? Lleva un cuarto de hora espiando aquí dentro.

—Algún viejo verde —dijo la señora Lerat—. Nana, ¿quieres sentarte de una vez? Te he prohibido quedarte en la ventana.

Nana retomó los tallos de violeta que estaba enrollando, y todo el taller se puso a hablar del hombre. Era un caballero bien vestido, con paletó, de unos cincuenta años; tenía el rostro macilento, muy serio y muy digno, con una barba de collar gris y bien recortada. Estuvo una hora

a pie firme delante de una herboristería, alzando los ojos hacia las celosías del taller. Las floristas soltaban risitas que ahogaban el ruido de la calle y se inclinaban, muy afanosas con su tarea, mirando de reojo para no perder de vista al caballero.

—¡Anda! —comentó Léonie—. Lleva monóculo. ¡Huy, qué hombre tan chic!... Seguro que está esperando a Augustine.

Pero Augustine, una rubia alta y fea, contestó con acritud que a ella no le gustaban los viejos. Y la señora Lerat, meneando la cabeza, murmuró con su sonrisa fruncida, cargada de sobreentendidos:

—Se equivoca, querida; los viejos son los más tiernos.

En ese momento, la compañera de Léonie, una bajita regordeta, le dijo algo al oído; bruscamente, Léonie se echó hacia atrás en la silla con un ataque de risa, retorciéndose, mirando de reojo al caballero y riéndose aún más fuerte. Tartamudeaba:

—¡Es verdad, sí que es verdad!... ¡Ay, esta Sophie! ¡Será cochina!...

—¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho? —preguntaba todo el taller, muerto de curiosidad.

Léonie se limpiaba las lágrimas de los ojos, sin contestar. Cuando recuperó un poco la calma, se puso a gofrar y soltó:

—No se puede contar.

Le insistían, pero ella negaba con la cabeza, soltando aún alguna carcajada. Entonces, Augustine, su compañera de la izquierda, le suplicó que se lo dijera bajito. Y Léonie, por fin, tuvo a bien decírselo pegándole los labios a la oreja. Augustine se echó hacia atrás y se retorció a su vez. Luego, también ella repitió la frase, que corrió así de boca a oído, entre exclamaciones y risas ahogadas. Cuando todas supieron la cochinada que Sophie había dicho, se miraron y rompieron a reír todas a la vez, algo ruborizadas y confusas, sin embargo. La única que no se había enterado era la señora Lerat. Estaba ofendidísima.

—Es de muy mala educación eso que están haciendo, señoritas —dijo—. Nunca hay que hablar bajito cuando se está con más gente... Es una indecencia, ¿a que sí? ¡Qué poca vergüenza!

Sin embargo, no se atrevió a pedir que le contaran la cochinada de Sophie, a pesar de que se moría por saberla. Pero, durante un rato, con la mirada gacha, haciéndose la digna, se deleitó con la conversación de las operarias. Ninguna podía decir nada, ni la cosa más inocente sobre su trabajo, por ejemplo, sin que las demás la interpretasen como una picardía; le sacaban punta, le daban significados sucios, atribuían alusiones extraordinarias a simples comentarios como «Se me ha partido la tenaza» o «¿Quién me ha estado hurgando en la cola?». Y todo lo relacionaban con el caballero que estaba montando guardia en frente; al final, aquel caballero era el blanco de todas las alusiones. ¡Sí que le estarían zumbando los oídos! Acababan diciendo cosas muy tontas, en su afán por ser ingeniosas. Eso no impedía que les pareciera un juego muy divertido, excitadas, con ojos dementes, yendo cada vez más lejos. La señora Lerat no tenía motivo para enfadarse, puesto que no decían procacidades. Incluso una petición suya las hizo desternillarse de risa:

—Señorita Lisa, se me ha apagado el fuego, páseme el suyo.

—¡Ay, que a la señora Lerat se le ha apagado el fuego! —gritó el taller.

La encargada quiso darles una explicación.

—Cuando lleguen a mi edad, señoritas...

Pero no le hacían ni caso, hablaban de llamar al caballero para que le encendiera el fuego a la

señora Lerat.

En ese derroche de risas, Nana se divertía tanto que daba gusto verla. No se le escapaba ningún doble sentido. También ella soltaba buenas pullas, acentuándolas con la barbilla, tan ufana y tan satisfecha. Se encontraba en el vicio como pez en el agua. Y enrollaba la mar de bien los tallos de violeta sin dejar de rebullir en la silla. ¡Qué maña se daba!, tardaba menos que en liar un cigarrillo. Cogía la tirita de papel verde y, ¡hala!, el papel se deslizaba rápidamente y envolvía el latón; luego, una gota de cola arriba para pegarlo y listo, era un rabillo verde y lozano digno de engalanar a las señoras. El truco estaba en los dedos, en esos dedos esbeltos de lagarta que semejaban no tener huesos, flexibles y cariñosos. Era lo único que había podido aprender del oficio. Se le daba tan bien que le encomendaban a ella todos los rabillos del taller.

Entre tanto, el caballero de la acera de enfrente se había ido. El taller se calmaba, trabajaba con el bochorno. Cuando dieron las doce del mediodía, hora de almorzar, todas pegaron un respingo. Nana, que se había abalanzado hacia la ventana, les gritó que, si querían, ella bajaba a hacer los recados. Léonie le encargó diez céntimos de gambas; Augustine, un cucurucho de patatas fritas; Lisa, un manojo de nabos; Sophie, una salchicha. Cuando ya estaba bajando, la señora Lerat, a quien le parecía rara esa fijación con la ventana, la alcanzó con esas piernas tan largas, diciendo:

—Espérate, que voy contigo, necesito una cosa.

Pero ¡hete aquí que en el pasadizo de entrada vio al caballero, plantado como un poste, echándose miraditas con Nana! La chica se puso muy colorada. Su tía la agarró del brazo de un tirón y se la llevó a paso ligero por la calzada, con el fulano pisándoles los talones. ¡Ay, que el viejo verde estaba allí por Nana! ¡Pero, bueno, le parecería bonito, con quince años y medio, llevar a los hombres pegados a las faldas! ¡Ay, Dios mío!, Nana no sabía nada: la llevaba siguiendo desde hacía solo cinco días, ya no podía ni asomar la nariz fuera sin encontrárselo a cada paso; creía que era comerciante, sí, fabricaba botones de hueso. La señora Lerat se quedó muy impresionada. Se dio la vuelta, escudriñó al caballero de reojo.

—Se nota que tiene el riñón cubierto —murmuró—. Escucha, gatito mío, me lo has de contar todo. Ahora ya no tienes nada que temer.

Mientras charlaban, corrían de tienda en tienda, la chacinería, la frutería, el asador. Los recados, envueltos en papeles grasientos, se les iban acumulando en las manos. Pero ellas se seguían mostrando agradables, se contoneaban, echando hacia atrás risitas y vistazos relucientes. La mismísima señora Lerat actuaba con coquetería, cual jovencita, porque el fabricante de botones no había dejado de seguirlas.

—Es muy distinguido —sentenció al entrar en el pasadizo—. Si por lo menos tuviera intenciones honradas...

Entonces, cuando ya estaban subiendo las escaleras, de pronto pareció acordarse de algo:

—Por cierto, cuéntame lo que estas señoritas se estaban diciendo al oído; ya sabes, la cochinada de Sophie...

Nana no tuvo ningún empacho. Solo que agarró a la señora Lerat por el cuello y la obligó a bajar dos peldaños porque de verdad que no se podía decir en voz alta, ni siquiera en la escalera. Y le susurró el comentario. Era tan tremendo que la tía se limitó a menear la cabeza, revolviendo los ojos y torciendo la boca. Pero por fin se había enterado y ya no la reconcomería.

Las floristas almorzaban en el regazo para no manchar la mesa. Tragaban deprisa, aburridas

de comer, pues preferían dedicar la hora del almuerzo a mirar a la gente que pasaba o a hacerse confidencias por los rincones. Ese día, trataron de descubrir dónde estaba escondido el caballero de por la mañana; pero, definitivamente, había desaparecido. La señora Lerat y Nana intercambiaban miraditas, con los labios sellados. Ya era la una y diez, pero las operarias no parecían tener prisa por volver a coger las tenazas, hasta que Léonie hizo un ruido con los labios, el «¡Prrrut!» con el que se llaman los pintores de brocha gorda, para avisar de que venía la dueña. De inmediato, todas estuvieron en su silla, enfrascadas en su tarea. La señora Titreville entró y dio la vuelta, severamente.

A partir de ese día, la señora Lerat disfrutó de la primera aventura de su sobrina. Ya no se separó de ella, la acompañaba día y noche, anteponiendo su responsabilidad. A Nana le fastidiaba un poco, pero, por otra parte, se sentía muy hueca de que la vigilaran como un tesoro; las conversaciones que ambas mantenían en la calle con el fabricante de botones a la zaga, la encandilaban y le daban bastantes ganas de lanzarse. ¡Huy!, su tía comprendía que sintiera eso; incluso la conmovía el fabricante de botones, ese caballero ya maduro y tan respetable, porque, al fin y al cabo, los sentimientos de las personas de edad siempre tienen raíces más profundas. Pero no bajaba la guardia. Sí, tendría que pasar por encima de su cadáver para acercarse a la niña. Una noche, se acercó al caballero y le soltó directamente a la cara que lo que hacía no estaba bien. Él la saludó cortésmente, sin responder, cual viejo licencioso acostumbrado a los rapapolvos de los padres. Lo cierto es que la señora Lerat no podía enfadarse con él, teniendo tan buenos modales. Venían entonces las recomendaciones prácticas sobre el amor, las alusiones a lo asquerosos que eran los hombres, todo tipo de historias sobre mujerzuelas muy arrepentidas de haber dado ese paso, que dejaban a Nana lánguida y con ojos depravados en el blanco rostro.

Pero un día, en la calle de Le Faubourg-Poissonnière, el fabricante de botones tuvo la osadía de asomar la nariz entre la tía y la sobrina para murmurar cosas de las que no se dicen. La señora Lerat, asustada, insistiendo en que estaba intranquila incluso por sí misma, se lo soltó todo a su hermano. Entonces cambió el cuento. En casa de los Coupeau se armaron sonadas grescas. Para empezar, el cinquero le zurró la badana a Nana. Pero ¿qué era lo que le habían contado? ¡Que a la tunanta esa le había dado por los viejos! ¡Pues que tuviera buen cuidado de que no la pillaran dejándose besuquear, porque se iba a enterar de lo que es bueno, le rebanaba el pescuezo sobre la marcha! ¿Habrase visto? ¡Una mocosa atreviéndose a deshonrar a la familia! Y la zarandeaba, diciendo que, ¡rediós!, en adelante iba a portarse como es debido porque se iba a encargar personalmente de vigilarla. En cuanto volvía a casa, la visitaba, la miraba cara a cara para adivinar si traía algún beso en el ojo, uno de esos besitos que se cuelan ahí sin hacer ruido. La olfateaba, le daba la vuelta. Una noche, Nana volvió a cobrar porque su padre le encontró una mancha negra en el cuello. ¡Y tuvo la desfachatez de negar que fuera un chupetón! Sí, decía que era un cardenal, solo un cardenal que Léonie le había hecho jugando. ¡Él sí que le iba a dar cardenales, y a impedir que se refrotara con nadie, cuando le partiera las piernas! Otras veces, cuando estaba de buen humor, se mofaba de ella. ¡Menudo bocado sería para las hombres, como una seda de lo plana que estaba, y de propina, esas clavículas tan marcadas, que se podía meter un puño dentro! Nana, maltratada por culpa de las cosas feas que no había hecho, sometida a la crudeza de las acusaciones abominables de su padre, mostraba la sumisión solapada y furiosa de los animales arrinconados.

—¡Pero déjala en paz! —decía una y otra vez Gervaise, más razonable—. Que le van a

acabar entrando ganas, de tanto decírselo.

¡Ay, sí, y tanto que le entraban ganas! Es decir, que sentía por todo el cuerpo la comezón de salir corriendo y pasar por la piedra, como decía Coupeau. La hacía vivir pensando demasiado en eso, hasta una chica casta se habría animado. Es más, con su forma de echarle broncas, le enseñó cosas que ella aún no sabía, lo cual era muy sorprendente. De modo que, pian pianito, Nana fue adoptando modales curiosos. Una mañana, Coupeau la vio rebuscando en un papel para untarse algo en la carita. Eran polvos de arroz, con los que, por un sentido del gusto equivocado, emplastaba el delicadísimo satén de su cutis. Él la limpió a lo bruto con el papel, como si quisiera desollarle la cara, llamándola hija de molinero. En otra ocasión, Nana llevó a casa unas cintas rojas para remozar su gorra, ese sombrero negro viejo que tanto la avergonzaba. Iracundo, él le pregunto de dónde había sacado esas cintas. ¿Qué, las había ganado tumbándose boca arriba? ¿O se le habían quedado pegadas a las manos? Fulana o ladrona, puede que incluso ambas cosas ya a esas alturas. Varias veces le había visto en las manos cosas bonitas, un anillo de cornalina, un par de puños con un encajito, uno de esos corazones chapados, llamados «*Tâtez-y*»,[81] que las chicas se prenden entre las tetas. Coupeau quería machacarlo todo, pero Nana defendía sus cosas rabiosamente, eran suyas, se las habían dado unas señoras, o había hecho trueque en el taller. Por ejemplo, el corazón se lo había encontrado en la calle de Aboukir. Cuando su padre aplastó el corazón de un talonazo, se quedó muy tiesa, blanca y crispada, mientras en su fuero interno, un solivianto la impulsaba a abalanzarse contra él y arrancarle algo. Hacía dos años que soñaba con un corazón así ¡y ahora se lo chafaban! ¡No, eso ya pasaba de castaño oscuro, tenía que acabarse!

Sin embargo, Coupeau se tomaba con más guasa que decencia la forma de llevar firme a Nana. A menudo no tenía razón y sus injusticias exasperaban a la muchacha. Tanto que empezó a faltar al taller; cuando el cinquero le pegó la correspondiente tunda, ella se burló de él, contestó que no quería volver con Titreville porque la sentaban al lado de Augustine, que era como si se hubiera comido los pies de lo que le apestaba el aliento. Entonces Coupeau la llevó personalmente a la calle de Le Caire y le pidió por favor a la dueña que le endilgara siempre de compañera a Augustine, como castigo. Todas las mañanas, durante quince días, se tomó la molestia de bajar desde el fielato de Poissonnière para acompañar a Nana hasta la puerta del taller. Y se quedaba cinco minutos en la acera para asegurarse de que había entrado. Pero una mañana en que se paró con un compañero en una vinatería de la calle de Saint-Denis, vio a la muy bribona, que, al cabo de diez minutos, se escabullía calle abajo meneando la bulla. Nana llevaba quince días tomándole el pelo, subía dos pisos en lugar de entrar donde Titreville y se sentaba en un peldaño esperando a que él se fuera. Cuando Coupeau fue a pedirle cuentas a la señora Lerat, esta le gritó con malas maneras que no fuera a darle lecciones; le había dicho a su sobrina todo lo que tenía que decirle sobre los hombres, no era culpa suya que a la cría le siguiesen gustando esos asquerosos; ahora se lavaba las manos, juraba y perjuraba que nunca volvería a meterse en nada porque ella sabía lo que sabía, chismes que corrían en la familia; sí, gente que se atrevía a acusarla de echarse a perder con Nana y de disfrutar de un placer perverso viéndola abrirse de piernas delante de sus narices. Por otra parte, Coupeau se enteró por la dueña del taller de que a Nana la había descarriado otra operaria, el pendón de Léonie, que acababa de mandar a paseo las flores para irse de juerga. Seguramente, la niña, que solo se moría por comer tortas y remolonear por las calles, todavía podría casarse con una corona de flores de azahar en la cabeza. Pero, ¡caray!, tendría que darse mucha prisa si quería entregársela a un marido sin desgarrones, limpia y sin

tacha, entera en definitiva, como las señoritas respetables.

En la casa de la calle de La Goutte-d'Or se hablaba del viejo de Nana como de un caballero al que todo el mundo conocía. ¡Huy!, se mostraba siempre educadísimo, hasta un poco tímido, pero era tenaz y paciente como nadie, siguiéndola a diez pasos, con pinta de perro faldero y dócil. A veces incluso entraba en el patio. La señora Gaudron se lo encontró una noche en el rellano del segundo, escabulléndose pegado a la barandilla, con la cabeza baja, piripi y temeroso. Los Lorilleux amenazaban con mudarse si el pingo de su sobrina seguía trayendo hombres pegados al culo, porque ya daba asco, estaban por toda la escalera, ya no se podía bajar sin topárselos en cada peldaño, olfateando y esperando; en serio, era como si hubiera un animal en celo en esa parte de la casa. A los Boche les daba lástima lo que pudiera pasarle a ese pobre hombre, que se había encaprichado de una golfilla. ¡A ver!, era un comerciante, habían visto la fábrica de botones que tenía en el bulevar de La Villette, podría haber hecho la fortuna de una mujer, de haberse topado con una joven decente. Gracias a los detalles que daban los porteros, toda la gente del barrio, los mismísimos Lorilleux, le mostraban gran deferencia al viejo, cuando pasaba pisándole los talones a Nana, con el labio colgando en el rostro macilento y la barba de collar gris y bien recortada.

El primer mes, Nana se divirtió de lo lindo con su viejo. Había que verlo, siempre rondándola ansioso. Un consumado sobón que le palpaba las faldas por detrás, entre el gentío, como quien no quiere la cosa. ¡Y qué piernas! ¡Como astillas de carbonero, unos auténticos fósforos! Tenía la coronilla monda y lironda y cuatro pelos tiesos en el cuello, tanto que Nana siempre le entraban tentaciones de preguntarle la dirección del barbero que le repeinaba. ¡Ay, vaya con el vejete, qué locuelo estaba!

Hasta que, a fuerza de verlo constantemente, dejó de hacerle tanta gracia. Le tenía un miedo sordo; si se acercara a ella, gritaría. A menudo, si se paraba delante de una joyería, de golpe lo oía tartamudeándole cosas por detrás. Y lo que decía era cierto, le hubiese gustado llevar al cuello una cruz con cinta de terciopelo, o unos pendientes de coral, tan pequeñitos que fuesen como gotas de sangre. Y es que, aun sin aspirar a tener joyas, realmente no podía ir siempre hecha una zarrapastrosa, estaba cansada de remozarse la ropa con las rebañaduras de los talleres de la calle de Le Caire; sobre todo estaba harta de la gorra, el tocado en el que las flores que birlaba en Titreville semejaban zurrapas que colgaban como los pegotes del culo de un pobre. Entonces, mientras correteaba por el barro, con los carruajes salpicándola y cegada por el resplandor de los escaparates, sentía anhelos que le provocaban retortijones en el estómago, como un ataque de hambre, anhelos de ir bien arreglada, de comer en los restaurantes, de ir a los espectáculos, de tener su propia habitación con muebles bonitos. Se detenía, pálida de deseo; sentía que desde el adoquinado de París le subía un calor por los muslos, un apetito feroz de hincarle el diente a los goces que la baqueteaban, en la confusión de las aceras. Y nunca fallaba, era precisamente en esos momentos cuando el viejo le soltaba en el oído sus proposiciones. ¡Ay, con qué ganas le habría pegado en la mano de no tenerle miedo, sentía por dentro un solivianto que la reafirmaba en sus rechazos, furiosa y asqueada con lo desconocido del hombre, a pesar de todo el vicio que tenía.

Pero al llegar el invierno, la vida se volvió imposible en casa de los Coupeau. Nana cobraba todas las noches. Cuando el padre se cansaba de pegarle, la madre le daba de manotazos para enseñarle a portarse como es debido. Y a menudo se enzarzaban todos; en cuanto uno le pegaba,

el otro la defendía, de tal forma que los tres acababan rodando por las baldosas, en medio de loza rota. De propina, nunca saciaban el hambre y se morían de frío. Si la hija se compraba algo bonito, una cinta para un lazo o botones para los puños, los padres se lo confiscaban y lo revendían. No tenía nada suyo más que la renta de cachetes antes de meterse en la cama con un jirón de sábana, donde tiritaba bajo la menuda enagua negra, que extendía como única manta. No, no podía seguir llevando esa maldita vida, no quería que acabase con ella. Desde hacía mucho tiempo, su padre ya no contaba; cuando un padre se emborracha como lo hacía el suyo, deja de ser un padre, es un mal bicho del que estás deseando librarte. Y ahora resultaba que también su madre perdía cariño a pasos agigantados. También ella bebía. Entraba por gusto donde el tío Colombe a buscar a su hombre, por aquello de que la invitaran a tomar algo, y se sentaba a la mesa sin ningún reparo, sin poner cara de asco como la primera vez, apurando los vasos de un trago, arrastrando los codos durante horas y saliendo de allí con los ojos fuera de las órbitas. Cuando Nana, al pasar por delante del Tugurio, atisbaba a su madre al fondo, con la nariz metida en el aguardiente, apoltronada en medio de las discusiones de los hombres, sentía que se la llevaban los demonios, porque la juventud, que tiene los ojos puestos en otra golosina, no entiende la bebida. Esas noches tenía un bonito panorama con el padre borracho, la madre borracha, un antro de casa donde no había pan y que el licor había envenenado. En definitiva, que ni una santa se habría quedado allí. ¡Qué se le iba a hacer si un buen día ponía pies en polvorosa! A sus padres les tocaría entonar el *mea culpa* y decir que habían sido ellos quienes la habían echado.

Un sábado, al volver a casa, Nana se encontró a su padre y a su madre en un estado espantoso. Coupeau, tirado al través en la cama, roncaba. Gervaise, apelmazada en una silla, revolvía la cabeza mirando al vacío con ojos vacuos e inquietantes. Se le había olvidado calentar la cena, un resto de estofado. Una vela sin despabilar iluminaba la vergonzosa miseria de la choza.

—¿Eres tú, feúcha? —tartamudeó Gervaise—. ¡Bien está, tu padre te va a dar lo tuyo!

Nana no contestó, seguía blanca como el papel; miraba la estufa fría, la mesa sin platos, el cuarto lúgubre con ese par de borrachos cuyo alelamiento lo llenaba de descolorido espanto. Sin quitarse el sombrero, dio la vuelta a la estancia; luego, con los dientes apretados, volvió a abrir la puerta y se marchó.

—¿Bajas otra vez? —preguntó su madre sin acertar a girar la cabeza.

—Sí, se me ha olvidado una cosa. Ahora subo. Buenas noches.

No regresó. Al día siguiente, los Coupeau, ya sobrios, se pegaron, echándose en cara mutuamente la fuga de Nana. ¡Ay, échale un galgo, aún seguía corriendo! Como se les dice a los niños con los gorriones, si los padres le ponían una pizca de sal en la cola, quizás pudieran atraparla. Fue un duro golpe que quebrantó nuevamente a Gervaise, porque se dio perfecta cuenta, a pesar de su apoltronamiento, de que el descalabro de su niña, dejándose gozar, a ella la hundía aún más, sola en adelante, sin ningún hijo al que respetar, se podría dejar caer tan bajo como hiciera falta. Sí, ese pendón desnaturalizado se llevaba el último pedazo de su decencia, metido en las enaguas sucias. Se pasó tres días ebria, furiosa, con los puños apretados y la boca rebosante de palabras espantosas contra la golfa de su hija. Coupeau, después de haberse recorrido los bulevares exteriores mirando a la cara a todos los pingos que pasaban, volvió para seguir fumando en pipa, tan campante; únicamente cuando estaban comiendo, a veces se ponía

de pie empuñando un cuchillo para gritar que estaba deshonrado. Luego volvía a tomar asiento para acabarse la sopa.

En la casa, donde todos los meses volaban varias mozas como cuando se abre una jaula de jilgueros, el accidente de los Coupeau no sorprendió a nadie. Pero los Lorilleux estaban exultantes. ¡Ay, ya lo habían visto venir, que los iba a dejar plantados en menos de seis meses! Se lo tenían merecido, todas las floristas se echaban a perder. Los Boche y los Poisson también se reían, haciendo un derroche y un alarde extraordinarios de virtud. Solo Lantier defendía hipócritamente a Nana. ¡Señor!, aseguraba con tono puritano, estaba claro que una señorita fugada ofende todas las leyes; luego, con los ojos entornados y llameantes, añadía que, ¡demontre!, la cría también era demasiado guapa para aguantar miserias a su edad.

—¿Se han enterado? —gritó un día la señora Lorilleux en la portería, donde los Boche y su pandilla estaban tomando café—. Pues, tan cierto como el sol que nos alumbra, que la Coxcox ha vendido a su hija... Que sí, que la ha vendido y ¡tengo pruebas!... El viejo que se pasaba noche y día en la escalera subía ya entonces a pagar anticipos. Saltaba a la vista. Y resulta que ayer ¡alguien los vio juntos en L'Ambigu!, la damisela y su viejo verde... ¡Palabra de honor! ¡Están juntos, es evidente!

Se terminaron el café mientras hablaban del asunto. Al fin y a la postre, cabía dentro de lo posible, y cosas peores sucedían. Y en el barrio, la gente más cabal acabó contando que Gervaise había vendido a su hija.

Ahora Gervaise vivía lampando sin importarle nada. Si la hubiesen llamado ladrona por la calle, ni se habría dado la vuelta. Llevaba un mes sin trabajar con la señora Fauconnier, que había tenido que ponerla de patitas en la calle para evitar peleas. En varias semanas había trabajado con ocho lavanderas; planchaba dos o tres días en cada taller hasta que la echaban por chapucera, descuidada y sucia, pues perdía la cabeza hasta el punto de olvidarse de su oficio. Hasta que, sintiéndose una desmañada, acababa de dejar el planchado y lavaba a jornal en el lavadero de la calle Neuve; chapotear, pelearse con la mugre, regresar a lo más rudo y lo más fácil del oficio, aún podía hacerlo, bajaba todavía más por la pendiente de su descalabro. Por ejemplo, el lavadero la afeaba muchísimo. Cuando salía de allí, empapada, con la carne amoratada al aire, parecía un perro cascarrioso. De propina, seguía engordando, aunque se comía los codos de hambre, y la pierna se le retorcía tanto que ya no podía andar al lado de alguien sin riesgo de tirarlo al suelo, de lo mucho que cojeaba.

Naturalmente, cuando una mujer se estropea tanto, pierde todo orgullo. Gervaise se había guardado sus antiguas presunciones, sus coqueterías, su necesidad de sentimientos, conveniencias y consideración. Ya podían darle de zapatazos por donde fuera, delante y detrás, que no los sentía, se volvía demasiado fofa y demasiado floja. Tanto que Lantier la había dejado del todo; ni siquiera la pellizcaba ya por mantener las formas, y ella no parecía haberse enterado del final de esa relación tan larga que habían arrastrado tanto tiempo y que había concluido por mutuo hartazgo. Para ella era una tarea menos. Hasta los enredos de Lantier y Virginie la dejaban tan tranquila, tal era la indiferencia que sentía ahora por todas esas bobadas que en otros tiempo la sacaban de sus casillas. Hasta les habría sujetado la vela, de habérselo pedido. Todo el mundo estaba ya enterado del trajín que se traían el sombrerero y la tendera. También es cierto que se lo habían puesto a tiro, con el cretino de Poisson de servicio nocturno cada dos días, tiritando por las aceras desiertas mientras su mujer y el vecino se calentaban los pies mutuamente. ¡Huy!, se lo

tomaban con mucha calma, oían cómo sonaban sus botas, bordeando el local, en la calle oscura y vacía, sin por ello aventurar siquiera la nariz fuera de la manta. Un guardia urbano solo conoce su deber, ¿no es así?, y ellos se quedaban tranquilamente hasta que clareaba, dañando su propiedad mientras ese hombre severo velaba por la propiedad ajena. Todo el barrio de La Goutte-d'Or se regocijaba con esa broma tan chusca. Les hacía mucha gracia que la autoridad fuera cornuda. Por lo demás, Lantier había conquistado ese terreno, el local y la dueña iban juntos. Acababa de comerse a una lavandera; ahora se merendaba a una tendera de ultramarinos; y si se formaba una cola de merceras, papeleras y modistas, tenía saque suficiente para zampárselas.

No, jamás se había visto a nadie rebozarse así en azúcar. Lantier había hecho un negocio redondo aconsejándole a Virginie una tienda de golosinas. Era demasiado provenzal para que no le gustaran los dulces; es decir, que habría vivido de grageas, de pastillas de goma, de peladillas y de chocolate. Las peladillas sobre todo, que él llamaba «almendras de azúcar», le pirraban tanto que hasta le espumeaban los labios. Desde hacía un año no vivía sino de caramelos. Abría los cajones, se daba atracones a solas cuando Virginie le pedía que vigilara la tienda. A menudo, charlando, delante de cinco o seis personas, destapaba un tarro del mostrador, hundía la mano y picaba algo; el tarro se quedaba abierto y se vaciaba. Ya ni se fijaban en eso, era una manía, aseguraba. También se había imaginado un catarro perpetuo, una irritación de la garganta, que trataba de suavizar. Seguía sin trabajar en nada, tenía en perspectiva negocios cada vez de mayor envergadura; por lo pronto, estaba madurando un invento estupendísimo, el sombrero-paraguas, un tocado que se transformaba en paraguas en cuanto caían las primeras gotas de lluvia; le prometía a Poisson la mitad de los beneficios, incluso le daba sablazos de veinte francos para los experimentos. Entre tanto, la tienda se le iba derritiendo en la lengua; todas las mercancía pasaban por él, incluso los cigarros puros de chocolate y las pipas de caramelo rojo. Cuando estaba empachado de tanto dulce y, presa de un ataque de cariño, quería darse un último festín con la dueña, a esta le sabía dulcísimo, con los labios como almendras garrapiñadas. ¡Daba gusto besar a un hombre así! Literalmente, se volvía todo mieles. Los Boche decían que le bastaba con mojar un dedo en el café para convertirlo en jarabe.

Lantier, que con ese postre continuo se ponía muy tierno, trataba a Gervaise paternalmente. Le daba consejos, la reñía porque ya no le gustaba el trabajo. ¡Qué demonios, a su edad, una mujer tenía que saber apañárselas! Y la acusaba de haber sido siempre una glotona. Pero como hay que tenderle la mano al prójimo aunque no se lo merezca en absoluto, procuraba encontrarle trabajillos. Así pues, convenció a Virginie para que dejara ir a Gervaise una vez por semana a limpiar la tienda y las habitaciones; el agua de jabón era lo suyo, y cada vez se ganaba un franco y diez céntimos. Gervaise llegaba los sábados por la mañana con un cubo y un cepillo, sin que aparentemente le doliera hacer una tarea sucia y humilde, la de los trapos de cocina, en esa vivienda donde reinara como dueña guapa y rubia. Era una última postración, el final de su orgullo.

Un sábado tuvo muchísima faena. Había estado lloviendo tres días y los pies de los parroquianos parecían haber metido en la tienda todo el lodo del barrio. Virginie estaba detrás del mostrador, dándoselas de señora, bien peinada, con un cuellecito y unos puños de encaje. A su lado, Lantier, cómodamente sentado en el estrecho banco corrido de hule rojo, parecía estar en su propia su casa, como si fuera el verdadero dueño del negocio; y dejaba caer la mano indolentemente dentro de un tarro de grageas de menta, por aquello de comer azúcar, que era ya

una costumbre.

—¡Oiga, señora Coupeau! —gritó Virginie, que, con los labios fruncidos, iba siguiendo el trabajo de la fregona—. Se ha dejado porquería ahí, en el rincón. ¡A ver si frota un poco mejor!

Gervaise obedeció. Volvió al rincón y lo limpió de nuevo. Estaba de rodillas en el suelo, en medio del agua sucia, doblada por la mitad, salientes los hombros, los brazos morados y tiesos. La enagua vieja y empapada se le pegaba a las nalgas. Formaba en la tarima un montón de suciedad, despeinada, enseñando por los agujeros de la camisola la hinchazón del cuerpo, un rebosar de carnes flácidas que se meneaban, ondulaban y saltaban con las bruscas sacudidas de la faena; sudaba tanto que le caían goterones del anegado rostro.

—Cuanto más se le da al codo, más reluce —dijo sentenciosamente Lantier, con la boca llena de grageas.

Virginie, reclinada hacia atrás con aires de princesa y los ojos entornados, seguía sin perder de vista el fregoteo y soltaba comentarios.

—Un poco más a la derecha. Ahora fíjese bien en los paneles de madera... El sábado pasado no me quedé nada contenta. Se los dejó llenos de manchas.

Y ambos, el sombrerero y la tendera, se repantigaban a más y mejor, como en un trono, mientras Gervaise se arrastraba a sus pies en el barro negro. Virginie debía de estar disfrutando porque en los ojos de gato le brillaron un momento chiribitas amarillas y miró a Lantier esbozando una sonrisa. ¡Por fin aquello le sacaba la espina de la pasada azotaina del lavadero, que siempre había tenido clavada!

Entre tanto, cuando Gervaise dejaba de frotar, del cuarto del fondo llegaba el ruidito de una sierra. Por la puerta abierta se entreveía, destacando sobre la escasa luz del patio, el perfil de Poisson, que ese día estaba de permiso y disfrutaba del tiempo libre entregándose a su pasión por las cajitas. Sentado delante de una mesa, recortaba, con extraordinario primor, arabescos en la caoba de una caja de cigarros puros.

—¡Óigame, Badingue! —gritó Lantier, que volvía a apodarlo así, por amistad—. Le reservo esa caja, para regalársela a una señorita.

Virginie lo pellizcó, pero el sombrerero, galante, sin dejar de sonreír, le devolvió bien por mal, acariciándole la rodilla por debajo del mostrador; retiró la mano con naturalidad cuando el marido alzó la cabeza, mostrando los bigotes y la perilla rojos que le erizaban la cara terrosa.

—Precisamente —dijo el guardia— estoy haciendo una para usted, Auguste. Como recuerdo de nuestra amistad.

—¡Ah, caray, entonces me quedaré yo con su chirimbolo! —replicó Lantier, riéndose—. ¿Sabe?, me lo voy a colgar del cuello con una cinta.

De sopetón, como si aquello le recordara otra cosa, exclamó:

—¡Por cierto! Anoche me encontré con Nana.

De la emoción que le produjo esta noticia, Gervaise cayó sentada en la charca de agua sucia que cubría la tienda. Se quedó sudorosa y sin aliento, con el cepillo en la mano.

—¡Ah! —murmuró sin más.

—Sí, yo bajaba por la calle de Les Martyrs, mirando a una chiquita que se contoneaba del brazo de un viejo, delante de mí, y pensé: «¡Cómo me suena este traspontín!». Entonces apreté el paso y me di de bruces con mi dichosa Nana... Vamos, que no le dé pena por ella, está muy feliz, con un bonito vestido de lana encima, una cruz de oro al cuello, y, de propina, ¡un aire de lo más

gracioso!

—¡Ah! —repitió Gervaise con voz aún más ahogada.

Lantier, que se había terminado las grageas, sacó un chupón de caramelo de otro tarro.

—¡Qué vicio tiene esa niña! —siguió diciendo—. Figúrese que me hizo una seña para que la siguiera, con un aplomo tremendo. Luego dejó al viejo aparcado en algún sitio, en un café... ¡Un viejo impresionante! ¡En cueros, el viejo!... Y se reunió conmigo en un portal. ¡Menuda serpiente, bonita, muy hueca y lamiéndome como un perrillo! Pues sí, me dio un beso y me preguntó qué tal estaba todo el mundo... Total, que me alegré mucho de habérmela encontrado.

—¡Ah! —dijo Gervaise por tercera vez.

Se apelmazaba, seguía esperando. ¿De verdad su hija no le había dado ningún recado para ella? En el silencio, se oía de nuevo la sierra de Poisson. Lantier, regocijado, chupaba rápidamente el caramelo, produciendo un silbido con los labios.

—¡Pues yo, si llegara a verla, me cambiaría de acera! —replicó Virginie, que acababa de pellizcar de nuevo al sombrerero con mano feroz—. Sí, me subirían los colores a la cara, si me saludara en público una mujerzuela de esas... No es porque esté usted aquí, señora Coupeau, pero su hija está bastante podrida. Poisson arrambla todos los días con varias que valen más que ella.

Gervaise no decía nada, no se movía, miraba solo al vacío. Al cabo, meneó la cabeza despacio, como para responder los pensamientos que guardaba para sí, mientras el sombrerero, con cara golosa, murmuraba:

—Bendita podredumbre, lo que daría yo por indigestarme con esa carne. Tierna como el pollo...

Pero la tendera lo miró con una expresión tan terrible que tuvo que interrumpirse y apaciguarla con un arrumaco. Acechó al guardia, vio que estaba enfrascado en la cajita y aprovechó para meter el caramelo en la boca de Virginie. Esta sonrió entonces con complacencia. Y descargó su ira en la fregona.

—¡A ver si se da un poco de prisa! Que la tarea no avanza quedándose ahí como un pasmarote... Venga, muévase, que no me apetece estar chapoteando en el agua hasta la noche.

Y, más bajo, añadió malévolamente:

—¡Ni que fuera culpa mía que su hija se vaya de juerga!

Gervaise no debió de oírla. Había empezado a frotar la tarima de nuevo, con el espinazo doblado, pegada al suelo y arrastrándose con movimientos agarrotados de rana. Con las dos manos crispadas en la madera del cepillo, empujaba ante sí un raudal negro que la salpicaba de barro hasta el pelo. Ya solo quedaba aclarar después de haber barrido el agua sucia hasta el arroyo. Entre tanto, después de un silencio, Lantier, que se aburría, alzó la voz:

—¿Sabe, Badingue? —gritó—, ayer vi a su jefe en la calle de Rivoli. Está hecho unos zorros, no le va a aguantar el cuerpo ni seis meses... Pero, ¡Señor!, con la vida que lleva...

Hablaba del emperador. El guardia contestó con tono seco, sin alzar la vista:

—Si usted fuera el Gobierno, no estaría tan lucido.

—¡Huy, señor mío!, si yo fuera el Gobierno —replicó el sombrerero con fingida y repentina seriedad—, las cosas irían un poquito mejor, se lo garantizo... Y es que esa política exterior suya últimamente me da sudores, en serio. Si yo, igual que le estoy hablando a usted, conociera a algún periodista para inspirarle con mis ideas...

Se iba animando; como ya había dado buena cuenta del caramelo, acababa de abrir un cajón

del que sacaba pedazos de pasta de malvavisco, que engullía gesticulando.

—Es muy sencillo... Lo primero, volvería a constituir Polonia y establecería un gran Estado escandinavo que mantuviera a raya al gigante del norte... Luego, juntaría todos los reinecitos alemanes en una república... Con Inglaterra, por su parte, no hay nada que temer; si se mueve, le mandaría cien mil hombres a la India... Y a eso añádele que al Gran Turco lo volvería a llevar a la Meca a garrotazos en la espalda, y al papa, a Jerusalén... ¿Qué le parece? Europa se quedaría limpia en un santiamén. ¡Tal que así! Fíjese, Badingue... —Se interrumpió para coger un puñado de cinco o seis trozos de malvavisco—: ¡Mire, no tardaría más que en tragarme esto!

Y se lanzaba los trozos, uno tras otro, dentro de la boca abierta.

—El emperador tiene otros planes —dijo el guardia, al cabo de dos minutos largos de reflexión.

—¡No me diga! —replicó airadamente el sombrerero—. ¡Como si no supiéramos qué planes son esos! Somos el hazmerreír de Europa... Todos los días, el servicio de Las Tullerías saca a su jefe de debajo de la mesa entre dos fulanas de alta sociedad.

Pero Poisson se había puesto de pie. Se le acercó y se puso la mano en el corazón.

—Auguste, me hiere eso que dice. Hable sin hacer alusiones personales.

Virginie metió baza, pidiéndoles que, por favor, la dejaran en paz. Estaba de Europa hasta la coronilla. ¿En qué cabeza cabía que dos hombres que compartían todo lo demás estuviesen siempre a la gresca por culpa de la política? Ellos estuvieron un rato mascullando palabras sordas. Hasta que el guardia, para demostrar que no era rencoroso, le llevó a Lantier la tapa de la cajita, que acababa de terminar; encima, con letras de marquetería, había escrito: «Para Auguste, en recuerdo amistoso». Lantier, muy halagado, echándose hacia atrás y espatarrándose, se puso casi encima de Virginie. Y el marido lo miraba, con ese rostro color de pared vieja, cuyos ojos turbios no expresaban nada; pero, de tanto en tanto, los pelos rojos del bigote se movían solos de una forma muy rara, cosa que podría haber preocupado a un hombre menos seguro de su situación que el sombrerero.

El animal de Lantier tenía esa desfachatez tranquila de la que gustan las señoras. En cuanto Poisson se dio la vuelta, se le ocurrió darle un beso en el ojo izquierdo a la señora Poisson. En general, actuaba con prudencia socarrona; pero después de una discusión política, lo arriesgaba todo, por aquello de llevar la razón con la mujer. Esas caricias ávidas, birladas descaradamente a espaldas del guardia, lo vengaban del Imperio, que había convertido Francia en un burdel. Solo que esa vez se olvidó de que Gervaise estaba delante. Esta había terminado de aclarar y secar la tienda y estaba de pie junto al mostrador, esperando su franco con diez céntimos. El beso en el ojo la dejó tan indiferente como algo natural en lo que no debía meterse. Virginie pareció un poco apurada. Arrojó el dinero encima del mostrador, delante de Gervaise. Esta no se movió, como si siguiera esperando algo, aún estremecida por la limpieza, mojada y fea como un perro sacado de una alcantarilla.

—Entonces, ¿no le dijo nada? —le preguntó por fin al sombrerero.

—¿Quién? —gritó él—. ¡Ah, sí, Nana!... No, qué va, nada más. ¡La muy golfa tiene una boca!... ¡Un tarrito de fresas!

Gervaise se fue con el franco y los diez céntimos en la mano. Las chancletas desgastadas le chorreaban como bombas de agua, marcando en la acera un auténtico zapateado que iba dejando en la acera las huellas húmedas de las anchas suelas.

En el barrio, las borrachuzas como ella contaban ahora que bebía para consolarse del descalabro de su hija. Incluso ella, cuando apuraba su vaso de aguardiente en el mostrador, se ponía melodramática, se lo echaba al coleto deseando que la matase de una vez. Los días que volvía a casa borracha como una cuba, tartamudeaba que daba pena. Sin embargo, las personas decentes se encogían de hombros: ya conocían la excusa de achacarle las curdas de licor del Tugurio a la pena; en todo caso, debería llamarse pena embotellada. Desde luego, al principio no digirió la fuga de Nana. La decencia que aún le quedaba dentro se soliviantaba; además, a una madre no le gusta pensar que, en ese preciso instante, cualquiera que pasara por ahí se podría estar tomando libertades con su hija. Pero ya estaba demasiado embrutecida, con la cabeza enferma y el corazón chafado, como para que esa vergüenza durara mucho. En su caso, iba y venía. Podían pasar perfectamente ocho días sin acordarse de su lagarta; luego, de buenas a primeras, se amparaba de ella la ternura o la ira, a veces en ayunas, a veces con el estómago lleno, una rabiosa necesidad de pillar a Nana en algún rincón, donde quizás le habría dado besos o quizás la habría molido a palos, según la ventolera del momento. Acababa por no tener un concepto muy claro de la decencia. Solo que Nana era suya, ¿verdad? ¡Pues bien, cuando alguien posee algo, no quiere ver cómo se esfuma.

En cuanto le daba por pensar esas cosas, Gervaise caminaba por las calles con ojos de gendarme. ¡Ay, si hubiera visto a su escoria por ahí, bien que la habría acompañado a casa! Ese año estaban poniendo el barrio patas arriba. Estaban abriendo el bulevar de Magenta y el bulevar de Ornano, que arrasaban el antiguo fielato de Poissonnière y atravesaban el bulevar exterior. Uno no sabía ya ni dónde estaba. Un lado entero de la calle de Les Poissonniers estaba por los suelos. Ahora, desde la calle de La Goutte-d'Or se veía un calvero inmenso, un hueco de sol y de aire libre; en lugar de los caserones que tapaban las vistas por ese lado, se alzaba, en el bulevar de Ornano, un edificio realmente monumental, una casa de seis plantas, tallada como una iglesia, cuyas ventanas claras, guarnecidas con cortinas bordadas, olían a riqueza. Esa casa, tan blanca, colocada justo delante de la calle, parecía iluminarla con un raudal de luz. Es más, todos los días, era motivo de discusión entre Lantier y Poisson. El sombrerero no podía dejar de hablar de las demoliciones de París; acusaba al emperador de construir palacios por doquier, para mandar a los obreros a provincias; el guardia, pálido de ira contenida, contestaba que, antes bien, el emperador pensaba en los obreros antes que en nadie, y arrasaría París, si fuera menester, para darles trabajo. Gervaise también estaba muy fastidiada con las obras de mejora que alteraban el oscuro rincón de arrabal al que se había acostumbrado. Y lo que le fastidiaba era, que justo el barrio mejorase cuando ella se desmoronaba. A nadie le gusta, cuando está en el fango, que se le pose un rayo en la cabeza. De modo que, los días que iba en busca de Nana, rabiaba por tener que esquivar materiales, chapotear a lo largo de las aceras en obras y toparse con empalizadas. El hermoso edificio del bulevar Ornano la sacaba de sus casillas. Los edificios como ese eran para rameras como Nana.

Entre tanto, había tenido noticias de su hija varias veces. Nunca faltan las buenas gentes deseosas de hacer cumplidos falsos. Sí, le habían contado que la chica acababa de plantar al viejo, una maniobra propia de mujerzuela sin experiencia. Con lo bien que estaba en casa de ese viejo, mimada, adorada, incluso libre, de haber sabido apañárselas. Pero la juventud es tonta, debía de haberse marchado con algún pisaverde, no se sabía con exactitud. Lo que sí que parecía seguro era que una tarde, en la plaza de La Bastille, le había pedido al viejo quince céntimos para hacer

sus necesidades y él todavía la estaba esperando. Por eso, en fino, a eso se le llama «evacuar». Otras personas juraban haberla visto después, bailando el *chahut* en Le Grand-Salon-de-la-Folie,[82] en la calle de La Chapelle. Fue entonces cuando a Gervaise se le ocurrió hacerse habitual de los bailes de candil del barrio. No pasaba por delante de la puerta de ningún local de baile sin entrar en él. Coupeau la acompañaba. Al principio, solo hacían la ronda por la sala, mirando a la cara a las busconas que se meneaban. Hasta que una noche en que llevaban dinero se sentaron a una mesa y se bebieron una ensaladera de vino especiado, por aquello de refrescarse y esperar a ver si aparecía Nana. Al cabo de un mes se habían olvidado de Nana e iban a los bailes de candil por gusto, pues les gustaba mirar las danzas. Se pasaban horas sin decir nada, acodados en la mesa, alelados en medio del trepidar de la tarima, quizás divirtiéndose en el fondo, al observar con ojos pálidos a las busconas del fielato en la sala sofocante e iluminada de rojo.

Una noche de noviembre, precisamente, se metieron en Le Grand-Salon-de-la-Folie para entrar en calor. Fuera hacía un fresquito que les cortaba la cara a los transeúntes. Pero la sala estaba a rebosar. Había allí un hervidero de mil demonios, gente en todas las mesas, gente por en medio, gente por los aires; sí, un auténtico montón de chacinería, los aficionados a los callos al estilo de Caen se habrían chupado allí los dedos. Tras un par de vueltas a la sala sin encontrar mesa, decidieron quedarse de pie esperando a que algún grupo se largara. Coupeau se balanceaba de un pie a otro, vestido con un blusón sucio y una vieja gorra de paño sin visera, aplastada en la coronilla. Como estaba obstaculizando el paso, vio que un joven menudito se limpiaba la manga del paletó después de haberle dado un codazo.

—¡Oiga usted! —gritó furioso, sacándose la pipa de la negra boca—, podría pedir disculpas... ¡Y, para colmo, es como si le diera asco que uno lleve blusón!

El joven se había dado la vuelta y miraba de arriba abajo al cinquero, que seguía diciendo:

—Entérate bien, condenado alfeñique: el blusón es la vestimenta más hermosa, ¡sí, la vestimenta del trabajo!... Y si es lo que quieres, puedo cruzarte la cara... ¡Habrase visto semejantes degenerados que van insultando a los obreros!

En vano, Gervaise trataba de calmarlo. Exhibía sus harapos, se golpeaba el blusón, berreando:

—¡Aquí debajo está el pecho de un hombre!

Hasta que el joven se perdió entre la multitud, murmurando:

—¡Qué asco de sinvergüenza!

Coupeau quiso alcanzarlo. ¡Solo le faltaba dejar que un paletó se mofara de él! ¡Y ese ni siquiera lo habría pagado! Algún andrajo de ocasión para engatusar a una mujer sin soltar un céntimo. Si daba con él, lo iba a poner de rodillas para saludar al blusón. Pero había demasiada apretura, no se podía andar. Gervaise y él iban dando la vuelta despacio en torno a los bailarines; los curiosos se apiñaban formando una triple fila, con el rostro encendido, cuando un hombre se lucía o una señora lo enseñaba todo al levantar la pierna; como los dos eran bajitos, se ponían de puntillas para ver algo, los moños y los sombreros pegando brincos. Con sus instrumentos de latón rajados, la orquesta interpretaba furiosamente una cuadrilla, una tempestad con la que temblaba toda la sala; mientras, los bailarines, al golpear el suelo con los pies, levantaban un polvo que volvía más denso el resplandor del gas. Hacía un calor de muerte.

—¡Fíjate! —dijo de pronto Gervaise.

—¿Qué pasa?

—Ese sombrero de terciopelo de ahí.

Se estiraron. Era, a mano izquierda, un sombrero viejo de terciopelo negro, con dos plumas andrajosas que se balanceaban; un auténtico plumero de carroza mortuoria. Pero seguían viendo tan solo el sombrero, que bailaba un *chahut* desenfrenado, brincando, haciendo piruetas, hundiéndose y emergiendo de nuevo. Lo perdían en la rabiosa desbandada de cabezas y volvían a encontrarlo, balanceándose por encima de los demás, con un desparpajo tan gracioso que la gente de alrededor se reía, solo de ver bailar al sombrero, sin saber quién había debajo.

—¿Y bien? —preguntó Coupeau.

—¿No reconoces ese moño? —murmuró Gervaise, ahogándose—. ¡Que me aspen si no es ella!

De un empujón, el cinquero apartó a la muchedumbre. ¡Rediós, sí que era Nana! ¡Y con qué facha! No llevaba puesto sino un viejo vestido de seda, lleno de lamparones por haber limpiado las mesas de los cafetuchos y cuyos volantes arrancados se desparramaban por todas partes. De propina, iba a cuerpo, sin un triste chal tapándole los hombros, enseñando el corpiño descubierto con los ojales reventados. ¡Y pensar que esa golfa había tenido a un viejo atentísimo, y que se había rebajado hasta ese punto, para irse detrás de cualquier chulo que seguro que le pegaba! Aun así, seguía estando de lo más lozana y apetitosa, con el pelo revuelto como un caniche y la carita sonrosada debajo del pícaro sombrerazo.

—¡Espera, que te voy a dar yo a ti bailecitos! —soltó Coupeau.

Naturalmente, Nana no sospechaba nada. Se retorcía que daba gusto. ¡Y venga a menear el culo a derecha e izquierda, venga a hacer reverencias que la doblaban por la mitad, venga a volear los pies hasta la cara de su acompañante, como si fuera a partirse en dos! La gente hacía corrillo alrededor, la aplaudía; ella, lanzada, se recogía las faldas, se las arremangaba hasta la rodilla, estremeciéndose con el ajetreo del *chahut,* sacudiéndose y girando como una peonza, despernándose hasta quedarse pegada al suelo para enlazar luego con un bailecito modesto en el que contoneaba las caderas y el pecho con una maña pasmosa. Daban ganas de llevársela a un rincón y comérsela a besos.

Entre tanto, Coupeau, que había llegado en plena pastorela y estaba estropeando la figura, recibía los consiguientes empellones.

—¡Les digo que es mi hija! —gritó—. Déjenme pasar.

Justo en ese momento, Nana se retiraba marcha atrás, barriendo la tarima con las plumas, abombando la grupa con pequeñas sacudidas, para que quedara más bonito. Recibió un soberano zapatazo en el lugar preciso, se incorporó y se quedó pálida al reconocer a su padre y a su madre. ¡Mecachis, qué mala suerte!

—¡A la calle! —gritaban los bailarines.

Pero a Coupeau, que acababa de encontrar en la pareja de su hija al joven flaco del paletó, le tenían sin cuidado.

—¡Sí, somos nosotros! —voceaba—. ¿A que no te lo esperabas?... ¡Y te pillamos aquí, con un mocoso que me ha faltado al respeto hace un rato.

Gervaise, con los dientes apretados, lo empujó diciendo:

—¡Cállate!... No hay por qué dar tantas explicaciones.

Se acercó a Nana y le arreó dos bofetadas curiosas. La primera le torció el sombrero de plumas, la segunda le dejó una marca roja en la mejilla blanca como una sábana. Como una

estúpida, Nana las recibió sin llorar ni zafarse. La orquesta seguía tocando, el gentío se enfadó y repetía airadamente:

—¡A la calle, a la calle!

—¡Venga, desfilando! —dijo Gervaise—. ¡Ve delante! ¡Y cuidadito con escaparte o acabas durmiendo en la cárcel!

El joven menudito había hecho mutis por el foro prudentemente. Nana caminó delante, muy tiesa, aún pasmada por su mala suerte. Cuando hacía ademán de protestar, un cachete por detrás la volvía a dirigir hacia la puerta. Así salieron los tres, entre las bromas y los abucheos de la sala, mientras la orquesta concluía la pastorela con tal estruendo que era como si los trombones escupieran balas de cañón.

La vida se reanudó. Nana, después de dormir doce horas en su antigua recámara, se portó muy bien durante una semana. Se había arreglado un vestidito modesto y llevaba una cofia con las cintas atadas debajo del moño. Incluso, muy animosa, anunció que quería trabajar en casa; allí se podía ganar lo que se quisiera y no había que aguantar las cochinadas del taller; así pues, buscó encargos, se acomodó en una mesa con sus herramientas y los primeros días se levantó a las cinco para enrollar tallos de violeta. Pero después de entregar algunos pedidos, estiraba los brazos delante de la tarea, con las manos retorcidas de agujetas, pues había perdido la costumbre de hacer tallos y se ahogaba allí encerrada, después de haber estado seis meses aireándose tan ricamente. Entonces el bote de cola se secó, los pétalos y el papel verde acabaron manchados de grasa y el patrón se presentó tres veces para reclamar él mismo el material echado a perder. Nana andaba rodando por ahí, seguía cobrando de su padre y se enzarzaba con su madre mañana y tarde, unas peleas en las que ambas mujeres se echaban en cara barbaridades. No podían seguir así; al decimosegundo día, la golfa se largó con lo puesto, el vestido modesto y la cofia. Los Lorilleux, que estaban muy molestos con el regreso y el arrepentimiento de la niña, se rieron tanto que poco les faltó para caerse al suelo. ¡Segunda función, entrega número dos de la ausencia, las señoritas con destino a Saint-Lazare,[83] suban al coche! En verdad era demasiado gracioso. ¡Nana tenía un don para esfumarse! ¡Pues si los Coupeau pretendían que ahora se quedara en casa, solo les quedaba coserle lo que había entre las piernas y meterla en una jaula!

Los Coupeau, delante de los demás, aparentaron haberse quitado un buen peso de encima. En el fondo, estaban rabiosos. Pero la rabia dura lo que dura. Pronto se enteraron de que Nana andaba por el barrio y ni se inmutaron. Gervaise, que la acusaba de portarse así para deshonrarlos, estaba por encima de los chismes; si se cruzara con su damisela por la calle, ni siquiera le daría un bofetón, por no ensuciarse la mano; sí, estaba zanjado; ya podía encontrársela tirada en el suelo, muriéndose, con la piel desnuda contra los adoquines, que pasaría de largo sin decir que esa desgraciada había salido de sus entrañas. Nana encandilaba todos los bailes de los alrededores. La conocían desde La Reine-Blanche[84] hasta Le Grand-Salon-de-la-Folie. Cuando entraba en L'Élysée-Montmartre, la gente se subía a las mesas para ver cómo hacía, en la pastorela, el paso de la quisquilla reculando. En Le Château-Rouge, como la habían echado a la calle dos veces, solo rondaba la puerta, esperando a algún conocido. La Boule-Noire y Le Grand-Turc, en la calle de Les Poissonniers, eran salas como es debido a las que acudía cuando tenía ropa presentable. Pero de todos los bailes de candil del barrio, los que seguían gustándole más eran Le Bal de l'Ermitage, que estaba en un patio húmedo, y Le Bal Robert, en el callejón de Le Cadran, dos salas pequeñitas e infectas, iluminadas con media docena de quinqués y regentadas

a la pata la llana, con alegría y libertad para todos, tanto que los caballeros y sus damas podían besarse al fondo sin que nadie les llamase la atención. Y Nana tenía altibajos que parecían cosa de magia, ora emperifollada como una mujer chic, ora embadurnada de mierda como una fregona. ¡Ay, menuda vida llevaba!

Varias veces, a los Coupeau les pareció ver a su hija en lugares poco decentes. Daban media vuelta y salían por pies hacia otro lado, para no tener que reconocerla. Ya no tenían ánimos para que se burlara de ellos una sala entera, para llevar de vuelta a casa a semejante malnacida. Pero una noche, a eso de las diez, según se estaban acostando, alguien se puso a dar puñetazos en la puerta. Era Nana, que, la mar de tranquila, venía a que la dejaran dormir allí; ¡y en qué estado, madre mía! Sin sombrero, con el vestido hecho trizas, las botinas gastadas, una facha como para que la policía arramblara con ella. Naturalmente, recibió una zurra; tras lo cual se abalanzó con avidez sobre un mendrugo y se durmió, derrengada, con el último bocado entre los dientes. Aquello se convirtió en rutina. Cuando la chica se notaba algo recuperada, una buena mañana desaparecía. ¡Visto y no visto!, el pájaro había volado. Pasaban semanas y meses hasta que volvía a aparecer, de buenas a primeras, sin contar nunca de dónde venía, a veces tan sucia que no se la podía tocar ni con tenazas y con rasguños por todo el cuerpo, y otras bien arreglada, pero tan floja y agotada por andar de juerga que no se tenía en pie. Los padres tuvieron que acostumbrarse. Las palizas no servían de nada. Que la patearan no impedía que se presentara en casa como en una fonda, con alojamiento por semanas. Sabía que el precio de la cama era una tunda; se palpaba e iba a recibir su paliza, pues le salía a cuenta. Además, uno se cansa de pegar. Los Coupeau acabaron aceptando las escapadas de Nana. Volvía a casa o no volvía; con tal de que no dejara la puerta abierta, les bastaba. ¡Señor, la costumbre acababa desgastando la decencia, como todo lo demás!

Solo había una cosa que a Gervaise la sacaba de sus casillas. Era cuando su hija aparecía con vestidos de cola y sombreros cubiertos de plumas. No, no podía tragar ese lujo. Que Nana fuera una juerguista, pase; pero cuando iba a casa de su madre, que al menos se vistiera como tiene que vestirse una obrera. Los vestidos de cola alborotaban a toda la casa: los Lorilleux se reían por lo bajo; Lantier, muy jovial, rondaba a la chica para olfatear lo bien que olía; los Boche le habían prohibido a Pauline que se juntara con esa perdida y sus oropeles. A Gervaise también le enfadaba el sueño aplastante de Nana, cuando, después de una de sus fugas, dormía hasta mediodía, despechugada, con el moño deshecho aún lleno de horquillas, tan blanca y respirando tan suavemente que parecía muerta. La sacudía hasta cinco y seis veces a lo largo de la mañana, amenazándola con tirarle en la tripa un jarro de agua. Esa muchacha hermosa y holgazana, medio desnuda y cebada de vicio, que maceraba así el amor que parecía henchirle las carnes, sin poder siquiera despertarse, le resultaba exasperante. Nana abría un ojo, lo volvía a cerrar y se espatarraba aún más.

Un día, Gervaise, echándole en cara agriamente la vida que llevaba y preguntándole si es que se juntaba con soldados para volver tan reventada, cumplió por fin la amenaza sacudiéndole una mano mojada por el cuerpo. La chica, furiosa, se arrebujó en la sábana gritando:

—Ya está bien, ¿no? Mamá, más vale que no hablemos de hombres. Tú hiciste lo que te dio la gana y yo hago lo que me da la gana a mí.

—¿Cómo, cómo? —tartamudeó la madre.

—Sí, nunca te he dicho nada porque no era asunto mío, pero no te andabas con disimulos,

te vi muchas veces paseándote en camisa, abajo, cuando papá estaba roncando... Si ahora ya no te gusta, a los demás sí. ¡Déjame en paz, no haberme dado ejemplo!

Gervaise se quedó blanca como la cera, con las manos temblorosas, yendo de aquí para allá sin saber lo que hacía, mientras Nana, tumbada bocabajo y abrazada a la almohada, caía de nuevo en el entumecimiento de su sueño plúmbeo.

Coupeau gruñía, sin pensar ya siquiera en soltar cachetes. Estaba perdiendo la cabeza por completo. Y realmente no se le podía acusar de ser un padre sin moral, pues la bebida le arrebataba cualquier noción del bien y del mal.

Ahora era una costumbre. Se pasaba borracho seis meses seguidos, luego tenía un ataque y lo metían en Sainte-Anne: una jira campestre para él. Los Lorilleux decían que el señor duque de Quitapenas iba a visitar sus dominios. Al cabo de unas semanas salía del manicomio, recompuesto y arreglado, y se entregaba de nuevo a su propia destrucción, hasta el día en que volvía a desplomarse y tenían que apañarlo de nuevo. Así fue como, en tres años, ingresó siete veces en Sainte-Anne. En el barrio contaban que le tenían reservada la celda. Pero lo peor de la historia era que ese beodo pertinaz se estropeaba más a cada vez, de tal modo que, de recaída en recaída, se podía prever el salto final, el último crujido de ese tonel enfermo cuyos cinchos iban estallando uno tras otro.

De propina, no es que tuviera muy buen aspecto que digamos: ¡era como ver una aparición! El veneno lo trataba de mala manera. El cuerpo empapado de alcohol se le encogía como los fetos que hay en las boticas, metidos en frascos. Cuando se ponía delante de una ventana, se le veían las costillas al trasluz, de lo flaco que estaba. Tenía las mejillas chupadas, los ojos llorosos y chorreando legañas, lo único que le florecía era la nariz, hermosa y roja, semejante a un clavel en mitad de la jeta devastada. Los que sabían cuántos años tenía, cuarenta cumplidos, sentían un breve escalofrío cuando lo veían pasar, encorvado, vacilante, más viejo que un palmar. Y el temblor de las manos empeoraba; la mano derecha, sobre todo, le bailaba tanto algunos días que tenía que agarrar el vaso con ambos puños para llevárselo a la boca. ¡Ay, ese condenado temblor era lo único que aún le fastidiaba, en medio de la dejadez de toda su persona! Se le oía gruñir feroces improperios contra sus manos. Otras veces, se le veía contemplando durante horas el tembleque de sus manos, mirándolas saltar como ranas, sin decir nada, sin enfadarse ya, como si tratara de explicarse qué mecanismo interno podía hacerle semejante jugarreta; una noche, Gervaise se lo encontró así, con dos lagrimones escurriéndose por sus ardientes mejillas de borrachuzo.

El último verano, en el que Nana iba a casa de sus padres para arrastrar los despojos de sus noches, fue para Coupeau peor que para nadie. La voz le cambió radicalmente, como si el aguardiente le hubiese metido una música nueva en el gaznate. Se quedó sordo de un oído. En pocos días, perdió mucha vista; tenía que agarrarse a la barandilla de la escalera para no caer rodando. Y lo que era la salud, estaba descansando, como suele decirse. Sufría unos dolores de cabeza espantosos, aturdimientos en los que veía chiribitas. De buenas a primeras le entraban unos dolores agudos en brazos y piernas; se ponía pálido, no le quedaba más remedio que sentarse, y se quedaba pasmado en una silla durante horas; incluso en cierta ocasión, después de una de esas crisis, se le quedó el brazo paralizado un día entero. Guardó cama varias veces; se acurrucaba y se escondía debajo de la sábana, respirando con el resuello fuerte y continuo de un animal que sufre. Entonces, las extravagancias de Sainte-Anne volvían a empezar. Receloso,

inquieto, atormentado por la intensa fiebre, se revolcaba loco de rabia, desgarraba los blusones, mordía los muebles con la mandíbula convulsa; o bien se emocionaba tanto que soltaba quejidos de mujer, sollozando y lamentándose de que nadie lo quería. Una noche, Gervaise y Nana, que volvían a casa juntas, se encontraron con que ya no estaba en la cama. Había acostado el travesaño en su lugar. Cuando dieron con él, escondido entre la cama y la pared, le castañeteaban los dientes y contaba que unos hombres iban a ir a asesinarlo. Las dos mujeres tuvieron que volver a meterlo en la cama y tranquilizarlo como a un niño.

Coupeau solo conocía un remedio, que era pegarse a su cuartillo de aguardiente, que era como un estacazo en el estómago que lo ponía en pie. Todas las mañanas se curaba así la flojera. La memoria se había largado tiempo atrás, tenía la mollera vacía; según conseguía ponerse en pie, ya estaba burlándose de la enfermedad. Él nunca había estado enfermo. Sí, había llegado a ese punto en que uno se muere asegurando que se encuentra bien. De hecho, también desbarraba con lo demás. Cuando Nana volvía a casa, después de un garbeo de seis semanas, parecía creer que venía de hacer un recado por el barrio. A menudo, yendo del brazo de algún caballero, se topaba con él y se reía, sin que su padre la reconociese. En definitiva, que ya no contaba para ella, se le habría sentado encima si le hubiese faltado una silla.

Fue con las primeras heladas cuando Nana volvió a tomar el portante, so pretexto de ir a la frutería a ver si había peras hervidas. Notaba el invierno y no quería quedarse tiritando delante de la estufa fría. Los Coupeau se limitaron a llamarla desgraciada porque estaban aguardando las peras. Seguramente volvería; el invierno anterior ya había tardado tres semanas en regresar cuando bajó a comprar diez céntimos de tabaco. Pero fueron pasando los meses y la niña no volvía. Esta vez sí que parecía haber corrido. Cuando llegó junio, tampoco regresó con el sol. Definitivamente, aquello se había acabado, estaba comiendo pan blanco en alguna parte. Un buen día, los Coupeau, muy necesitados, vendieron la cama de hierro de la niña, seis francos redondos que se bebieron en Saint-Ouen. La cama esa era un estorbo.

Una mañana de julio, Virginie llamó a Gervaise, que pasaba por allí, y le pidió que le echara una mano para fregar los cacharros, pues la víspera Lantier había llevado a unos amigos a darse un festín. Mientras Gervaise fregaba unos cacharros de lo más grasientos por la comilona del sombrerero, este, que seguía haciendo la digestión en la tienda, gritó de repente:

—¡Eh, mujer!, ¿sabe a quién vi el otro día? A Nana.

Virginie, que estaba sentada detrás del mostrador, con cara de preocupación delante de los tarros y los cajones que se iban vaciando, meneó la cabeza, furiosa. Se contenía para no irse de la lengua, pues aquello empezaba a oler mal. Lantier veía a Nana muy a menudo. ¡Huy, no habría puesto la mano al fuego por él! Cuando se le metían unas faldas en la cabeza, era un hombre capaz de cosas peores. La señora Lerat, que acababa de entrar, y que por entonces estaba a partir un piñón con Virginie y recibía sus confidencias, torció el gesto con mucho atrevimiento y preguntó:

—¿La vio en qué sentido?

—¡Huy, en el buen sentido! —contestó el sombrerero, halagado, riéndose y retorciéndose el bigote—. Ella iba en coche y yo chapoteaba por la acera... ¡Es cierto, se lo juro! ¡No tendría por qué justificarme, porque los señoritos con los que se toma confianzas son de los más felices!

Se le había encendido la mirada. Se volvió hacia Gervaise, que estaba de pie al fondo del local, secando una fuente.

—Pues sí, iba en un coche, ¡y con unos trapitos de lo más chic!... Tenía tal pinta de dama, con los dientecitos blancos en esa carita lozana como una flor, que no la reconocí. Fue ella la que me soltó un saludito con el guante... Ha pescado a un vizconde, creo. ¡Huy, está lanzada! ¡Puede mandarnos a todos a paseo, la muy golfa, tiene felicidad para dar y tomar!... ¡Una gatita tan linda! ¡Y nunca se ha visto semejante gatita!

Gervaise seguía secando la fuente, aunque ya hacía rato que estaba limpia y reluciente. Virginie estaba pensando, preocupada por dos letras que vencían al día siguiente y no sabía cómo pagar; mientras Lantier, gordo y cebado, sudando el azúcar con que se alimentaba, llenaba con su entusiasmo por las mujercitas bien arregladas la tienda de ultramarinos de calidad, de la que ya se había comido tres cuartas partes y que empezaba a oler a ruina. Sí, ya solo le quedaban unas cuantas almendras garrapiñadas que masticar y unos cuantos caramelos que chupar para dejar limpio el negocio de los Poisson. De pronto, vio en la acera de enfrente al guardia, que estaba de servicio y pasaba, abotonado hasta el cuello y con la espada golpeándole el muslo. Aquello lo regocijó aún más. Obligó a Virginie a mirar a su marido.

—¡Vaya! —murmuró—. Menuda cara trae Badingue esta mañana... ¡Cuidado! Lleva las nalgas muy apretadas, seguro que le han metido un ojo de cristal en cierta parte para pillar a la gente.

Cuando Gervaise subió a su casa, se encontró a Coupeau sentado al borde de la cama, alelado por una de sus crisis. Miraba el suelo de baldosas con ojos muertos. Entonces también ella se sentó en una silla, quebrantada, con las manos caídas en la falda sucia. Se quedó un cuarto de hora frente a él, sin decir nada.

—He tenido noticias —murmuró por fin—. Han visto a tu hija... Sí, tu hija, que es muy chic y no te necesita. ¡Mecachis, esa sí que es feliz!... ¡Dios mío, qué no daría yo por estar en su lugar!

Coupeau seguía mirando el suelo. Hasta que, alzando el rostro consumido, con risa de idiota tartamudeó:

—Oye, cordera, por mí no dejes de hacerlo... Cuando te lavas un poco, aún tienes un pasar. Y ya sabes lo que dicen: a cada olla, su cobertera. Y, ¡qué caramba!, si así podemos vivir mejor...

XII

Debía de ser el sábado después de pagar el arrendamiento, algo así como el 12 o el 13 de enero, Gervaise no estaba segura del todo. Se le iba la cabeza porque hacía siglos que no se echaba nada caliente al estómago. ¡Ay, menuda semanita! Se habían quedado pelados, dos panes de cuatro libras el martes que habían durado hasta el jueves, luego un mendrugo que habían encontrado la víspera y ni una migaja en treinta y seis horas, ¡solo comerse los codos! De lo que sí estaba segura, en cambio, lo que sí que sentía en la espalda, era del tiempo de perros, un frío que pelaba, un cielo tiznado como el culo de una sartén, henchido de nieve que se empeñaba en no caer. Cuando se tiene el invierno y el hambre metidos en las entrañas, por mucho que se apriete el cinturón, no alimenta nada.

Por la noche, quizás Coupeau traería algún dinero. Decía que estaba trabajando. Todo es posible, ¿a que sí?, y Gervaise, a pesar de tantos chascos, había acabado por contar con él. Ella, después de un montón de jaleos, ya no encontraba ni un trapo que lavar en todo el barrio; incluso una señora de edad a quien le limpiaba la casa acababa de ponerla de patitas en la calle, acusándola de beberse los licores. No la querían en ningún sitio, estaba apestada, lo cual, en el fondo, le convenía, porque había llegado a ese nivel de embrutecimiento en el que uno prefiere morirse antes que mover un dedo. En fin, si Coupeau traía a casa el jornal, comerían algo caliente. Y, entre tanto, como aún no era mediodía, se quedó tumbada en el jergón, porque el frío y el hambre se notan menos cuando se está tumbado.

Gervaise llamaba a aquello «el jergón», pero en realidad no era más que un montón de paja en una esquina. Poco a poco, la cama y su ajuar habían terminado en los revendedores del barrio. Al principio, los días de necesidad, descosía el colchón y sacaba puñados de lana que se llevaba debajo del delantal y vendía a medio franco la libra, en la calle de Belhomme. Luego, cuando el colchón estuvo vacío, cierta mañana se sacó un franco y medio con la tela, para tomar café. A continuación les llegó el turno a las almohadas, y después al travesaño. Quedaba la madera de la cama, que no podía llevarse debajo del brazo por culpa de los Boche, que habrían alertado a toda la casa si hubieran visto cómo salía volando la garantía del casero. Así y todo, una noche, con ayuda de Coupeau, acechó a los Boche, que estaban de comilona, y trasladó la cama tranquilamente, pedazo a pedazo: las góndolas, el cabecero y los pies, el bastidor. Con los diez francos de esa reventa se hartaron tres días. ¿Acaso no bastaba con el jergón? Al final, incluso la tela se juntó con la del colchón, y así acabaron de comerse los bártulos de dormir, con un empacho de pan después de una gazuza de veinticuatro horas. La paja se apartaba pasando la escoba, el camistrajo siempre se ventilaba y no estaba más sucio que cualquier otra cosa.

Encima del montón de paja, Gervaise se acurrucaba vestida, con las piernas encogidas debajo de la enagua harapienta para tener más calor. Aquel día, hecha un ovillo y con los ojos como platos, cavilaba sobre cosas poco gratas. ¡Por todos los santos, no podían seguir viviendo así,

sin comer! Ya ni sentía el hambre; solo un peso en el estómago, mientras que la cabeza la notaba vacía. Desde luego, entre las cuatro paredes del cuartucho sí que no iba a encontrar motivos de alegría. Ahora era una auténtica perrera, donde esas galgas que van por la calle con paletó no habrían querido quedarse ni en pintura. Miraba con sus ojos pálidos las paredes desnudas. Hacía tiempo que lo habían empeñado todo. Quedaban la cómoda, la mesa y una silla; aun así, el mármol y los cajones de la cómoda se habían ido por el mismo camino que la madera de la cama. Ni un incendio lo habría despejado tanto: las chucherías se habían desvanecido; el reloj, que había costado doce francos, era historia, como las fotografías de la familia, cuyos marcos le había comprado una prendera muy comprensiva a quien le llevaba una cazuela, una plancha, un peine, y que le daba veinticinco céntimos, o quince, o diez, según el objeto, lo suficiente para subir a casa con un pedazo de pan. Ahora solo quedaba un par de despabiladeras rotas y viejas por las que la prendera no le quería dar ni cinco céntimos. ¡Ay, de saber a quién venderle la basura, el polvo y la mugre, habría puesto una tienda corriendo, porque el cuarto estaba hecho un asco! Solo veía las telarañas, en las esquinas, y puede que las telarañas fueran buenas para los cortes, pero aún no había comerciante alguno que las comprara. Entonces, volviendo la cabeza, abandonando toda esperanza de hacer negocios, se encogía aún más encima del jergón, prefería mirar por la ventana el cielo cargado de nieve, una luz triste que le helaba los tuétanos.

¡Cuántas complicaciones! ¿De qué servía desquiciarse y devanarse los sesos? ¡Si al menos hubiera podido echarse un sueñecito! ¡Pero aquella casa de locos la traía de cabeza! El señor Marescot, el casero, había acudido en persona la víspera para decirles que los iba a desalojar si en un plazo de ocho días no abonaban los dos pagos pendientes. ¡Pues que los desalojara, seguramente en la calle no estarían mucho peor! ¡Habrase visto, el muy cochambroso, con su gabán y sus guantes de lana, que subía a hablarles de pagos, como si tuvieran un portamonedas escondido en algún sitio! ¡Demontres, en lugar de afogarse, habría empezado metiéndose algo entre pecho y espalda! De verdad le parecía que el barrigón ese tenía no tenía entrañas; por ella que se fuera donde todos saben, ¡y lo más al fondo posible! Era como la mala bestia de Coupeau, que en cuanto volvía a casa le zurraba la badana: lo mandaba al mismo sitio que al casero. Un sitio que, por entonces, debía de ser la mar de grande, porque mandaba allí a todo el mundo, de tantas ganas que tenía de librarse de la gente y de la vida. Coupeau tenía un garrote que decía que era su abanico, ¡y abanicaba a la parienta que daba gusto! De aquellas rondas, Gervaise salía sudando. Ella, que no se quedaba atrás, mordía y arañaba. Entonces se sacudían en el cuarto, unas degollinas como para no contarlo. Pero, a la postre, a Gervaise los garrotazos le importaban tan poco como todo lo demás. Coupeau ya podía estar de fiesta semanas enteras, hacer rabonas que duraban meses, volver a casa atronado por la bebida y querer buscarle la ruina, que ella ya se había acostumbrado; lo más que conseguía era tenerla frita. Era esos días cuando lo mandaba a la mierda. ¡Sí, a la mierda ese cerdo! ¡A la mierda los Lorilleux, los Boche y los Poisson! ¡A la mierda ese barrio que la despreciaba! Cabía todo París, lo hundía de un manotazo, con ademán de suprema indiferencia, sintiéndose, aun así, feliz y vengada por mandarlo allí.

Por desgracia, uno puede acostumbrarse a todo menos a no comer. Eso era lo único que traía a Gervaise a mal traer. Le importaba un bledo ser lo peor de lo peor, estar tirada en el arroyo y ver a la gente limpiarse cuando pasaban cerca de ella. Los malos modos ya no le molestaban, mientras que el hambre le seguía retorciendo las tripas. ¡Huy!, ya no aspiraba a comer cosas ricas, se había rebajado a devorar todo lo que encontraba. Ahora, los días de jolgorio compraba en la

carnicería despojos de carne a veinte céntimos la libra, aburridos ya de secarse en un plato, y los añadía a un puchero de patatas, mezclándolo todo en el fondo de un cazo. O bien guisaba un corazón de buey, un estofado que le hacía la boca agua. Otros días, cuando tenía vino, se daba el gusto de echarle sopas de pan, un auténtico remojón. Diez céntimos de morteruelo, los canastos de manzanas blancas, los potes de judías cocidas en su jugo eran otras tantas delicias que ya no podía permitirse muy a menudo. Se redujo a tener para comer las sobras de los figonzuchos donde, por cinco céntimos, le daban un montón de espinas de pescado mezcladas con recortes de asado malo. Cayó más bajo aún: mendigaba en algunos restaurantes cuyos caritativos dueños le daban los mendrugos de los clientes; con ellos preparaba una sopa de pan que dejaba cocer todo el tiempo que podía en el anafe de un vecino. Llegó, en las mañanas de gazuza, a rondar con los perros en la puerta de las tiendas antes de que pasaran los basureros; así conseguía a veces comida de ricos, melones podridos, caballas pasadas y chuletas de las que rebañaba el palo, por miedo a los gusanos. Sí, a ese punto había llegado; es algo que asqueaba a las personas delicadas, pero si las personas delicadas se hubiesen pasado tres días rabiando de hambre, ya veríamos si hacían oídos sordos a su estómago; se pondrían a cuatro patas y comerían desperdicios como los demás. ¡Ay, la agonía de los pobres con las entrañas vacías gritando de hambre, la necesidad de animales chasqueando los dientes y hartándose de cosas inmundas, en ese París grandioso tan dorado y tan rutilante! ¡Y pensar que Gervaise se había pegado atracones de oca cebada! Ahora ya podía prescindir de eso. Un día, Coupeau le afanó dos bonos de pan para revenderlos y bebérselos, y a punto estuvo de matarlo con una pala, muerta de hambre y rabiosa de que le hubieran robado ese trozo de pan.

A todo esto, de tanto mirar el cielo descolorido, había caído en un sopor agobiante. Soñaba que el cielo cargado de nieve reventaba encima de ella, por culpa de las punzadas del frío. De golpe se puso de pie, sobresaltada por un escalofrío de angustia. Dios mío, ¿iba a morirse? Temblorosa y azorada, vio que aún era de día. ¿Es que no se iba a hacer de noche nunca? ¡Qué despacio pasa el tiempo cuando se tiene la tripa vacía! Su estómago también se había despertado y la torturaba. Desplomada en la silla, con la cabeza gacha y las manos entre los muslos para calentárselas, empezó a pensar en la cena para cuando Coupeau trajese el dinero: un pan, una botella de vino y dos raciones de callos a la lionesa. Dieron las tres en el cuco del tío Bazouge. Solo eran las tres. Entonces, se echó a llorar. No iba a tener fuerzas para aguantar hasta las siete. Balanceaba todo el cuerpo con el vaivén de una niña pequeña que acuna un dolor muy grande, doblada por la mitad, apretándose el estómago para dejar de sentirlo. ¡Ay, era peor pasar hambre que parir! Sin encontrar alivio, rabiosa, se levantó y se puso a andar con la esperanza de que así se acallara el hambre, como cuando se saca de paseo a un niño. Pasó media hora yendo de una esquina a otra de la habitación vacía. Hasta que se detuvo en seco, con la mirada fija. ¡Qué se le iba a hacer!, que dijeran lo que tuvieran que decir, les lamería los pies si era lo que querían, pero les iba a pedir prestado medio franco a los Lorilleux.

El invierno, en esa escalera de la casa, la escalera de los piojosos, era una sucesión de sablazos de medio franco, de un franco, de favorcillos que esos muertos de hambre se hacían mutuamente. Pero antes muertos que pedirles nada a los Lorilleux, porque sabían que les costaba mucho aflojar el puño. Al acudir a su casa, Gervaise hacía gala de un gran coraje. En el corredor tenía tanto miedo que sintió el mismo alivio brusco que las personas que llaman a la puerta del dentista.

—¡Adelante! —gritó la voz agria del engarzador.

¡Qué calentito se estaba allí! La forja ardía, iluminaba el angosto taller con su llama blanca, mientras la señora Lorilleux recocía un ovillo de hilo de oro. Delante del banco de trabajo, Lorilleux, sudoroso por el calor, estaba soldando eslabones con el soplete. Olía bien, a una sopa de repollo que se cocía encima de la estufa, exhalando un vapor que a Gervaise le provocaba náuseas y vahídos.

—¡Ah, es usted! —gruñó la señora Lorilleux, sin tan siquiera decirle que se sentara—. ¿Qué quiere?

Gervaise no contestó. Aquella semana no estaba muy a malas con los Lorilleux. No obstante, el medio franco que quería pedirles se le atragantó porque acababa de ver a Boche sentado cómodamente junto a la estufa y contando chismes. ¡Qué pinta tenía de importarle todo un bledo, el animal ese! Se reía poniendo cara de culo, con el agujero de la boca redondeado y las mejillas tan abotargadas que le tapaban la nariz. ¡Igual que un culo, vaya!

—Que qué quiere —repitió Lorilleux.

—¿No han visto a Coupeau? —acabó balbuciendo Gervaise—. Pensaba que estaba aquí.

Los engarzadores y el portero se rieron burlonamente. No, claro que no habían visto a Coupeau. Allí no servían suficientes vasitos para ver a Coupeau así como así. Gervaise hizo un esfuerzo y prosiguió, tartamudeando:

—Es que me había prometido que iba a volver a casa... Sí, tiene que traerme dinero... Y como me hace muchísima falta una cosa...

Se hizo un gran silencio. La señora Lorilleux soplaba el fuego de la forja con brusquedad, Lorilleux se había enfrascado en el tramo de cadena que se alargaba entre sus dedos, mientras Boche seguía sonriendo con cara de luna llena y el agujero de la boca tan redondo que daban ganas de meter el dedo, a ver qué pasaba.

—Si tuviera medio franco —murmuró Gervaise.

Continuó el silencio.

—¿No podrían prestarme medio franco?... ¡Se lo devolvería esta noche!

La señora Lorilleux se dio la vuelta y se la quedó mirando. Menuda aduladora que venía a liarlos. Hoy les sacaba medio franco, mañana uno, y no había motivo para parar. No, no, a otro perro con ese hueso. ¡Hoy no se fía, mañana sí!

—¡Pero, querida —gritó—, sabe de sobra que no tenemos dinero! Mire, fíjese en el forro de mi bolsillo. Puede registrarnos, si quiere... De buena gana lo haríamos, naturalmente.

—Ganas nunca faltan —gruñó Lorilleux—, pero cuando no se puede, no se puede.

Gervaise, muy humilde, asentía con la cabeza. Sin embargo, no se iba, miraba fijamente el oro, de reojo, las marañas de oro que colgaban de la pared, el hilo de oro que la mujer sacaba de la hilera con toda la fuerza de sus bracitos, los eslabones de oro que se amontonaban debajo de los dedos nudosos del marido. Y pensaba que un pedazo de ese metal negruzco tan feo habría bastado para pagar una buena cena. Ese día, por muy sucio que estuviera el taller, con los hierros viejos, la carbonilla, la mugre de aceites a medio limpiar, ella lo veía resplandeciente de riquezas, como el local de un cambista. Por eso se aventuró a repetir, bajito:

—Se lo devolvería, se lo devolvería, claro... Medio franco, no les causaría mucho trastorno.

Sentía mucha congoja, pues no quería confesar que le apretaba la carpanta el día antes. Notó entonces que le flojeaban las piernas y tuvo miedo de romper a llorar.

—¡Si fueran tan amables!... —tartamudeó de nuevo—. Ustedes no saben... Sí, a esto he llegado, ¡Dios mío!, a esto he llegado...

Los Lorilleux fruncieron los labios y se miraron de soslayo. ¡Ahora resultaba que la Coxcox iba mendigando por ahí! Vaya, pues sí que se había hundido del todo. ¡Con lo poco que les gustaba eso! De haberlo sabido, se habrían atrincherado, porque siempre hay que estar al quite con los mendigos, que son gente que se cuela en los pisos con excusas y se escabullen llevándose los objetos valiosos. Y con mayor motivo en su casa, donde había mucho que robar; se podían meter los dedos en cualquier parte y sacar hasta treinta y cuarenta francos, solo con cerrar el puño. No era la primera vez que desconfiaban, tras fijarse en la cara tan rara que ponía Gervaise cuando se plantaba delante del oro. Esta vez iban a tenerla vigilada, no faltaba más. Como se les estaba acercando, el engarzador, con los pies en la rejilla de madera, le gritó con brusquedad y sin contestar aún a su petición:

—¡Oiga!, tenga cuidado, se va a llevar otra vez briznas de oro en las suelas... En serio, cualquiera diría que se pone usted cola ahí abajo, como para que se le peguen.

Gervaise retrocedió despacio. Se había apoyado un momento en la estantería. Al ver que la señora Lorilleux le examinaba las manos, las abrió ampliamente, se las enseñó, diciendo con voz desganada, sin enfadarse, como una mujer derrotada que lo aguanta todo:

—No he cogido nada, puede mirarlo.

Y se marchó, porque el fuerte olor de la sopa de repollo y el calorcito del taller la estaban poniendo malísima.

¡Vaya, por esta vez, los Lorilleux no la entretuvieron! ¡Buen viaje, y malo sería que le volvieran a abrir la puerta! Ya la tenían muy vista, no querían meter en casa la miseria ajena, cuando estaba bien merecida. Y se entregaron con entusiasmo a un disfrute egoísta viéndose con el riñón cubierto, tan calentitos y con la perspectiva de una estupenda sopa. También Boche se dejaba llevar, con las mejillas aún más hinchadas, tanto que su risa resultaba sucia. Todos se habían sacado sobradamente la espina de los aires que se daba antaño la Coxcox, de la tienda azul, de las comilonas y todo lo demás. Había salido a pedir de boca; así se demostraba adónde llevaba la afición a la pitanza. ¡Las glotonas, holgazanas y desvergonzadas, al chiscón!

—¡Ahí es nada! ¡Venir aquí limosneando medio franco! —exclamó la señora Lorilleux en cuanto Gervaise se dio la vuelta—. ¡En eso estaba pensando, en prestarle medio franco ahora mismo para que vaya a empinar el codo!

Gervaise arrastró las chancletas por el corredor, abrumada, encogiendo los hombros. Cuando llegó a su puerta, no entró, el cuarto le daba miedo. Casi mejor andar, entraría en calor y le daría paciencia. Según pasaba, asomó la cabeza dentro del cuchitril del tío Bru, debajo de la escalera; otro que tal, también estaría rabiando de hambre, porque llevaba tres días viviendo del aire; pero no se encontraba allí, solo estaba el agujero, y Gervaise sintió cierta envidia, pensando que alguien podría haberle convidado. Cuando estaba llegando a la puerta de los Bijard, oyó unos lamentos y entró, porque la llave siempre estaba puesta en la cerradura.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

La habitación estaba muy limpia. Se notaba que Lalie, esa misma mañana, había barrido y recogido los trastos. Por muy fuerte que soplara la miseria allí dentro, tirando la ropa y esparciendo su ristra de basura, Lalie llegaba detrás, puliéndolo todo y dándole a las cosas un toque primoroso. El suyo no era un hogar rico, pero olía a ama de casa hacendosa. Ese día, sus dos

niños, Henriette y Jules, habían encontrado unas estampas viejas y las estaban recortando tranquilamente en un rincón. Pero Gervaise se quedó muy sorprendida al encontrarse con que Lalie estaba acostada, en el estrecho catre, con la sábana hasta la barbilla, muy pálida. ¡Pero, bueno, si estaba acostada! ¡Eso era que estaba muy enferma!

—¿Qué le pasa? —repitió Gervaise, preocupada.

Lalie ya no se quejaba. Abrió despacio los párpados blancos y quiso sonreír con los labios convulsos por un escalofrío.

—No me pasa nada —susurró muy bajito—. No, de verdad, nada en absoluto. —Con los ojos nuevamente cerrados y con dificultad, añadió: —Llevaba unos días muy cansada, así que estoy haciendo el vago, tumbada a la bartola, ya lo ve.

Pero ese rostro de chiquilla, veteado de manchas lívidas, cobraba tal expresión de dolor supremo que Gervaise, olvidándose de su propio padecimiento, juntó las manos y se hincó de rodillas a su lado. Desde hacía un mes la veía apoyándose en las paredes para andar, doblada por la mitad por culpa de una tos que sonaba de lo más lúgubre. La niña ya ni siquiera podía toser. Hipó y de las comisuras de la boca brotaron unos hilillos de sangre.

—No es culpa mía, no me siento con muchas fuerzas que digamos —murmuró, como aliviada—. Arrastrándome, he ordenado un poco... Está bastante decente, ¿verdad?... Y quería limpiar los cristales, pero se me iban las piernas. ¡Qué cosa tan tonta! En fin, cuando una ha terminado, se acuesta. —Se interrumpió y dijo—: Vigile que mis niños no se corten con las tijeras.

Luego calló, temblorosa, escuchando un paso recio que subía por la escalera. El tío Bijard abrió la puerta con brutalidad. Le había estado dando a la botella, como de costumbre; en los ojos le ardía el ataque de locura del matarratas. Cuando vio a Lalie metida en la cama, se golpeó los muslos con una carcajada burlona y descolgó el látigo:

—¡Rediós, esto es el colmo! ¡Vamos a reírnos un rato!... ¡Ahora resulta que las vacas se recogen a mediodía!... ¿Me estás tomando el pelo, maldita gandula?... ¡Hala, vamos, quita de ahí!

Ya estaba restallando el látigo por encima de la cama. Pero la niña, suplicante, repetía:

—No, papá, por favor, no me pegues... Te juro que tendrías un disgusto... No me pegues.

—¡Como no te muevas —vociferó él más fuerte—, te acaricio las costillas!... ¡Que te muevas, condenada inútil!

Entonces, Lalie dijo despacio:

—No puedo, ¿entiendes?... Me voy a morir.

Gervaise se había abalanzado sobre Bijard para arrebatarle el látigo. Él, anonadado, se quedó delante del catre. ¿Qué le estaba contando la mocosa esa? ¡Nadie se muere tan joven sin haber estado enfermo! ¡Algún embuste para que le dieran azúcar! Pero él iba a enterarse de la verdad, y como estuviera mintiendo...

—Es cierto, ya lo verás —prosiguió ella—. He tratado de evitaros este disgusto mientras he podido... Ahora sé bueno y dime adiós, papá.

Bijard se retorcía la nariz, pensando si estaría equivocándose. El caso era que la niña tenía la cara rara, un rostro alargado y serio como de persona mayor. Al pasar por el cuarto, el soplo de la muerte le despejaba el magín. Miró a su alrededor con la expresión de alguien que acaba de despertar de un largo sueño, vio que la casa estaba recogida y los niños limpios, jugando y riéndose. Se desplomó en una silla, balbuciendo:

—Nuestra madrecita, nuestra madrecita...

No se le ocurría ninguna otra cosa, y ya resultaba bastante tierno para Lalie, a quien nunca habían mimado tanto. La niña consoló a su padre. Lo que más le preocupaba era marcharse así, sin haber terminado de criar a sus niños. Se haría cargo él, ¿verdad? Le contó con voz agonizante detalles sobre cómo cuidarlos y tenerlos aseados. Él, atontado, presa de nuevo de los vapores de la ebriedad, movía la cabeza de un lado a otro mientras con los ojos como platos la miraba irse.

—Una cosa más —siguió diciendo Lalie, tras un silencio—. Debemos cuatro francos y treinta y cinco céntimos en la panadería, habrá que pagarlos.... La señora Gaudron tiene una plancha nuestra, pídesela... Hoy no podido hacer la sopa para cenar, pero queda pan y tendrás que poner a calentar las patatas...

Hasta su último aliento, el pobre gatito seguía siendo la madrecita de todos ellos. ¡No se podía sustituir a alguien así! Se moría por haber tenido, a su edad, los sentimientos de una verdadera madre y el pecho demasiado tierno y estrecho aún para albergar tanto sentimiento maternal. Si la mala bestia de su padre perdía tal tesoro, era únicamente culpa suya. Después de haber matado a la madre de un puntapié, ¡no se le había ocurrido nada mejor que machacar a su hija! Aquellos dos ángeles de Dios estarían en el hoyo y a él ya solo le quedaría morir como un perro en el marmolillo de una esquina.

Entre tanto, Gervaise se dominaba para no romper a llorar. Alargaba las manos con el propósito de aliviar a la niña; y como el jirón de sábana se estaba cayendo, quiso recogerlo y arreglar la cama. Entonces, el pobrecito cuerpo de la moribunda quedó al descubierto. ¡Ay, Dios bendito, qué miseria y qué pena! Hasta las piedras se habrían conmovido. Lalie estaba completamente desnuda, con los restos de una camisola sobre los hombros a modo de camisa; sí, completamente desnuda, con la desnudez sangrante y dolorosa de una mártir. Ya no tenía carne, los huesos le perforaban la piel. En las costillas, unas finas estrías amoratadas le bajaban hasta los muslos, los latigazos marcados ahí en vivo. Una mancha lívida le rodeaba el brazo izquierdo, como si la mordaza de un torno hubiese partido ese miembro tan frágil, del grosor de un fósforo. La pierna derecha mostraba un desgarro sin cerrar, algún mal golpe que todas las mañanas se le volvía a abrir con el trajín de cuidar la casa. Toda ella no era sino un cardenal de la cabeza a los pies. ¡Ay, qué forma de aniquilar la infancia, esas patazas de hombre aplastando a ese primor de pollito, la abominación de tanta fragilidad agonizando debajo de semejante cruz! Se adora en las iglesias a santas fustigadas cuya desnudez es menos pura. Gervaise había vuelto a arrodillarse, sin pensar ya en estirar la sábana, trastocada al ver a esa poquita y lamentable cosa tendida en lo hondo de la cama; sus labios temblorosos buscaban alguna plegaria.

—Señora Coupeau —murmuró la niña—, se lo ruego...

Con los bracitos demasiado cortos, trataba de estirar la sábana, muy púdica, avergonzada en presencia de su padre. Bijard, estúpido, sin dejar de mirar ese cadáver, seguía moviendo la cabeza, con el ritmo lento de un animal molesto.

Cuando hubo tapado a Lalie, Gervaise no fue capaz de quedarse allí más tiempo. La moribunda se debilitaba, había dejado de hablar, había perdido esa mirada suya: la antigua mirada de sus ojos negros de niñita resignada y pensativa, con los que ahora miraba fijamente a sus dos niños recortando estampas. El cuarto se quedaba a oscuras. Bijard pasaba la borrachera en el atontamiento en que lo había sumido tal agonía. ¡No, no, cómo podía ser tan odiosa la vida! ¡Ay, esto es un asco, esto es un asco! Gervaise se fue, bajó las escaleras, sin pensar, con la cabeza

ida, tan asqueada de todo que de buena gana se habría tirado a las ruedas de un ómnibus, para acabar de una vez.

Mientras corría, refunfuñando contra la maldita suerte, llegó hasta la puerta del taller donde supuestamente estaba trabajando Coupeau. Las piernas la habían llevado allí y el estómago volvía a cantar la misma canción, el lamento del hambre en noventa estrofas, un lamento que se sabía de memoria. Así, si pillaba a Coupeau a la salida, se agenciaría el dinero y compraría las provisiones. Le quedaba una horita de espera, todo lo más, y dado que llevaba sin probar bocado desde el día anterior, bien podía aguantar otro poco.

Estaba en la calle de La Charbonnière esquina con la de Chartres, un condenado cruce donde el viento jugaba a las cuatro esquinas. ¡Demontres, qué frío se pasaba dando vueltas por la acera! ¡Si por lo menos hubiese tenido unas pieles! El cielo seguía de un color plomizo muy feo, y la nieve, acumulada allá en lo alto, formaba un tocado de hielo que cubría el barrio. No caía nada, pero en el aire había un gran silencio que preparaba a París para lucir un disfraz completo, un bonito vestido de baile, blanco y recién estrenado. Gervaise miraba a lo alto, pidiéndole a Dios que no soltara aún la muselina. Pateaba en el suelo, miraba una tienda de ultramarinos que había enfrente y luego daba media vuelta porque no servía de nada abrirse demasiado el apetito por anticipado. El cruce de calles no ofrecía distracción alguna. Los escasos transeúntes pasaban a toda prisa, arrebujados en la bufanda; porque, naturalmente, nadie pasea sin rumbo cuando el frío le aprieta las nalgas. Así y todo, Gervaise vio a cuatro o cinco mujeres que montaban guardia igual que ella, en la puerta del maestro cinquero; otras desgraciadas, por supuesto, esposas acechando el jornal, para impedir que saliera volando hacia la vinatería. Había una larguirucha con cara de gendarme pegada a la pared, dispuesta a saltar encima de su hombre por la espalda. Una menudita, toda de negro, de aspecto humilde y delicado, se paseaba al otro lado de la calzada. Otra, torpona, había ido con los dos críos y los llevaba a rastras arriba y abajo, llorosos y tiritando. Todas ellas, Gervaise y sus compañeras de plantón, pasaban una y otra vez, mirándose de reojo, sin decirse nada. ¡Ay, bonito encuentro sería, ya lo creo! No tenían que conocerse para saber quiénes eran. Viajaban todas en el mismo barco, el de la miseria y toda la pesca. Se sentía aún más frío viéndolas ir y venir, cruzándose en silencio, con esa temperatura terrible de enero.

Sin embargo, del taller no salía ni un gato. Por fin apareció un operario, y luego dos, y tres; pero esos debían de ser hombres de los buenos, de los que llevaban fielmente la paga a casa, porque, al ver las sombras que rondaban delante del taller, menearon la cabeza. La larguirucha se pegaba aún más al lado de la puerta y, de pronto, cayó encima de un hombre bajito y paliducho, que estaba asomando prudentemente la cabeza. ¡El asunto se despachó en un santiamén! La mujer lo registró y arrambló con todo el dinero que llevaba encima. ¡Lo dejó limpio, a dos velas, sin nada con qué echar un trago! El hombrecillo, ofendido y desesperado, se fue detrás del gendarme, llorando con lagrimones de niño. Seguían saliendo operarios. La mujerona de los dos críos se había acercado, y un hombre alto y moreno con cara de vivo, al verla, volvió a entrar enseguida para avisar al marido; cuando este apareció contoneándose, había escamoteado dos hermosas monedas de cinco francos nuevecitas, una en cada zapato. Cogió con un brazo a uno de los críos y se fue contándole trolas a la parienta, que le iba echando la bronca. Los había joviales, que se plantaban en la calle de un brinco, deseosos de despachar la quincena con los amigos. También los había lúgubres y cariacontecidos, apretando en la mano los tres o cuatro jornales de quince que habían trabajado, tachándose de holgazanes y haciendo promesas de borracho. Pero lo

más triste era el dolor de la mujercita de negro, humilde y delicada: su hombre, un guapo mozo, acababa de largarse delante de sus narices, tan bruscamente que a punto estuvo de tirarla al suelo, por lo que ella debía volver casa sola, tambaleándose a lo largo de las tiendas, llorando todas las lágrimas del cuerpo.

Por fin terminó el desfile. Gervaise, muy tiesa en el medio de la calle, miraba la puerta. Aquello empezaba a oler muy mal. Aún aparecieron dos operarios rezagados, pero ni rastro de Coupeau. Cuando les preguntó a los operarios si su marido iba a salir, estos, que estaban en el ajo, le contaron con mucha guasa un cuento chino en el que el compañero se escabullía por una puerta trasera. Gervaise lo comprendió. ¡Otro embuste de Coupeau y otra vez que ella se caía de un guindo! Entonces, despaciosamente, arrastrando los zapatos destalonados, se fue calle de La Charbonnière abajo. La cena se escapaba delante de ella, corre que te correrás, y Gervaise la miraba alejarse, en el crepúsculo amarillo, sintiendo un breve escalofrío. Esta vez, se acabó. No tenía nada de nada, ni esperanza; solo la noche y el hambre. ¡Ay, menuda noche de agonía iba a ser esa noche sucia que le caía sobre los hombros!

Iba subiendo cansinamente la calle de Les Poissonniers cuando oyó la voz de Coupeau. Sí, allí estaba, en La Petite-Civette, dejando que Mes-Bottes le convidara a una ronda. Ese verano, el guasón de Mes-Bottes había tenido la ocurrencia de casarse de verdad verdadera con una dama, muy marchita ya..., aunque quien tuvo, retuvo. ¡Ojo, una dama de la calle de Les Martyrs, no una baratija de los fielatos! Y había que ver a ese feliz mortal viviendo como un burgués, con las manos en los bolsillos, bien vestido y alimentado. Estaba tan gordo que costaba reconocerlo. Sus compañeros le decían que su mujer tenía tanto trabajo como quisiera con unos señores conocidos suyos. Una mujer así y una casa en el campo, eso es todo lo que se puede desear para que la vida sea más grata. Así pues, Coupeau miraba a Mes-Bottes con admiración. ¡Si el muy barbián incluso llevaba un anillo de oro en el meñique!

Cuando Coupeau salía de La Petite-Civette, Gervaise le puso la mano en el hombro.

—Oye, que estoy esperando... Tengo hambre. ¿No invitas a nada?

Pero él le cerró el pico de malas formas.

—¡Si tienes hambre, cómete un puño! Y el otro te lo guardas para mañana.

¡Con lo que le abochornaba a él montar escenitas en público! ¡Pues no! No había trabajado, ¿y qué? Los panaderos seguían amasando. ¿Por tan pánfilo lo tenía, para ir a amedrentarlo con sus pamplinas?

—¿Qué quieres, que robe? —murmuró Gervaise con voz ahogada.

Mes-Bottes se acariciaba la barbilla con aire conciliador.

—No, eso está prohibido —dijo—. Pero una mujer que sepa apañárselas...

Coupeau le interrumpió para gritar «¡Bravo!». Sí, una mujer tenía que saber apañárselas. Pero la suya siempre había sido un cascajo, una blandengue. Si se morían tirados en el suelo, sería culpa suya. De nuevo se puso a admirar a Mes-Bottes. ¡Si es que el muy animal parecía un figurín! ¡Un auténtico propietario, con ropa blanca y escarpines que eran cosa fina! ¡Vaya, que no era moco de pavo! ¡Al menos, su parienta sí que sabía llevar el timón!

Los dos hombres bajaban hacia el bulevar exterior. Gervaise los siguió. Tras guardar silencio un rato, insistió, detrás de Coupeau:

—Tengo hambre, ¿sabes? Contaba contigo. Has de encontrarme algo de manduca.

Como no le contestó, le repitió con un tono de lastimosa agonía:

—Entonces, ¿no invitas a nada?

—¡Que no, maldita sea! ¡Que no tengo nada! —berreó Coupeau dándose la vuelta, furioso —. Déjame en paz o te arreo, ¿te enteras?

Y ya estaba levantando el puño. Gervaise se apartó y pareció que tomaba una decisión.

—Pues ahí te quedas, ya encontraré algún hombre.

Entonces el cinquero se rio. Aparentaba tomárselo a broma, la animaba, como quien no quiere la cosa. ¡Mecachis, qué gran idea! De noche, con las luces, aún podía hacer alguna conquista. Si pescaba un hombre, le recomendaba el restaurante Le Capucin, que tenía unos reservados donde se comía la mar de a gusto. Y mientras ella se iba hacia el bulevar exterior, pálida y hosca, aún le gritó:

—Oye, tráeme algún postre, me gustan los pasteles... Y si ese caballero tuyo lleva ropa buena, pídele un paletó viejo, que yo lo aprovecho.

Gervaise, con ese vocerío infernal persiguiéndola, andaba deprisa. Y cuando se estuvo sola en medio del gentío, aflojó el paso. Estaba más que resuelta. Entre robar y hacer eso, prefería hacer eso, porque al menos no perjudicaba a nadie. Lo único de lo que podía disponer era de su persona. Desde luego, no era decente, pero en ese momento su pobre mollera no distinguía entre lo decente y lo indecente; cuando uno se está muriendo de hambre, no se dedica a filosofar, sino que se come el pan que se le pone delante. Había subido de nuevo hacia Clignancourt. La noche no acababa de llegar. Así pues, para hacer tiempo, fue siguiendo los bulevares, como una señorona que va a tomar el aire antes de volver a casa para la cena.

Ese barrio, que se estaba volviendo tan bonito y por ello la hacía sentirse avergonzada, se abría ahora por los cuatro costados al aire libre. El bulevar de Magenta, que subía desde el corazón de París, y el bulevar de Ornano, que se metía en el campo, lo habían agujerado a la altura del antiguo fielato, una considerable tala de casas, dos anchas avenidas aún blancas de yeso a las que seguían flanqueado las calles de Le Faubourg-Poissonnière y de Les Poissonniers, cuyos extremos se hundían descantonados, mutilados, retorcidos como vísceras oscuras. Ya hacía tiempo que con la demolición del muro[85] los bulevares se habían ensanchado, con las calzadas laterales y el paseo en el centro para los peatones, con sus cuatro hileras de plátanos recién plantados. Era una encrucijada inmensa que desembocaba a lo lejos en el horizonte, a través de vías interminables y bulliciosas que se ahogaban en el extraviado caos de las construcciones. Pero entre esas casas nuevas y altas se alzaban aún muchas casuchas tambaleantes; entre las fachadas esculpidas se adentraban brechas negras, los cuchitriles se abrían exhibiendo los harapos de sus ventanas. Debajo del lujo creciente de París, la miseria del arrabal horadaba y ensuciaba las obras de una ciudad nueva construida a toda prisa.

Perdida entre la muchedumbre de la ancha acera, bordeando los platanillos, Gervaise se sentía sola y abandonada. Esos haces de avenidas, a lo lejos, le vaciaban aún más el estómago; ¡quién iba a pensar que en esa riada de gente, entre la que, sin embargo, había personas acomodadas, ni un solo cristiano se percataría de su situación y le metería medio franco en la mano! Sí, era demasiado grande, demasiado bonito, la cabeza le daba vueltas y las piernas andaban solas, debajo de ese lienzo desmesurado de cielo gris, tendido por encima de un espacio tan vasto. El crepúsculo tenía ese color amarillo sucio de los crepúsculos parisinos, un color que le da a uno ganas de morirse ya mismo de lo fea que resulta la vida en las calles. La hora se iba enturbiando, las lejanías se desdibujaban con tintes de barro. Gervaise, muy cansada ya, se

encontró en plena vuelta a casa de los obreros. A esa hora, las señoras con sombrero y los caballeros bien vestidos que vivían en las casas nuevas quedaban sumergidos por el pueblo, las procesiones de hombres y mujeres aún macilentos por el aire viciado de los talleres. El bulevar de Magenta y la calle de Le Faubourg-Poissonnière los soltaban en bandadas, jadeantes de subir la pendiente. En el rodar más apagado de los ómnibus y de los coches de punto, entre los carromatos, los carros de mudanzas y las narrias, que se retiraban vacíos y al galope, un hormigueo cada vez mayor de blusones y blusoncillos cubría la calzada. Los ganapanes volvían con los ganchos de cargar en los hombros. Dos obreros caminaban emparejados, con grandes zancadas, alargando el paso mientras hablaban alto y gesticulaban sin mirarse; otros, solos, con paletó y gorra, andaban por el borde de la acera mirando hacia abajo; otros, en grupos de cinco o seis, iban siguiéndose sin dirigirse la palabra con las manos en los bolsillos y los ojos pálidos. Algunos llevaban la pipa apagada entre los dientes. Cuatro albañiles, compartiendo un coche de punto sobre el que bailaban sus cuezos, pasaban mostrando la cara blanca en las portezuelas. Los pintores de brocha gorda iban balanceando las latas de pintura de colores; un cinquero llevaba una larga escalera, a punto de sacarle un ojo a todo el mundo; mientras un fontanero municipal, rezagado, con la caja a la espalda, tocaba la melodía de *Le bon roi Dagobert*[86] con la trompetilla, una melodía triste al fondo del crepúsculo desolado. ¡Ay, qué música tan triste, que parecía acompañar las pisadas del rebaño, de las bestias de carga que andaban penosamente, deslomadas! ¡Una jornada más cumplida! Qué largas eran las jornadas y, en general, qué poco tardaba la siguiente en llegar. Apenas había dado tiempo a llenarse y digerir la pitanza cuando ya era pleno día y había que retomar la collera de miseria. Aun así, los hombretones iban silbando y marcando el paso, directos hacia la sopa. Gervaise dejaba que fluyera la multitud, indiferente a los empellones, recibiendo codazos a derecha e izquierda, a merced de la corriente; porque los hombres no tienen tiempo para galanterías cuando están rotos de cansancio y los acucia el hambre.

De golpe, al alzar la vista, la lavandera se encontró con que estaba delante del antiguo hotel Boncœur. La casita, después de haber sido un café de mala muerte que la policía había clausurado, estaba ahora abandonada, con los postigos cubiertos de carteles, el farol roto, pudriéndose y desmigajándose de arriba abajo por la lluvia y los desconchones del infame enlucido granate. Nada parecía haber cambiado a su alrededor. Allí seguían estando la papelería y la tabaquería. Detrás, por encima de los edificios bajos, se veían aún las fachadas sucias de las casas de cinco plantas cuyas voluminosas y destartaladas siluetas aún seguían en pie. Lo único que ya no estaba era el baile de Le Grand-Balcon; en la sala de las diez ventanas llameantes acababa de establecerse una serrería de azúcar cuyos continuos silbidos podían oírse. Sin embargo, había sido ahí, al fondo de ese antro que era el hotel Boncœur donde había empezado esa condenada vida. Se quedó a pie firme, mirando la ventana del primero, de la que colgaba una persiana arrancada, y se acordó de su juventud con Lantier, sus primeras riñas, la forma tan asquerosa en que la había dejado tirada. Qué más daba, era joven, todo aquello se le antojaba alegre, visto desde lejos. ¡Solo veinte años, Dios mío!, y había acabado haciendo la calle. Ahora le dolía ver el hotel y volvió bulevar arriba, hacia Montmartre.

Encima de los montones de arena, entre los bancos, aún jugaban algunos chiquillos, en la creciente oscuridad. Continuaba el desfile, las obreras pasaban al trote, apresurándose para recuperar el tiempo que habían perdido en los tenderetes; una alta, parada, demoraba la mano en

la de un muchacho que la acompañaba a tres puertas de su casa; otras, al despedirse, quedaban para esa noche en Le Grand-Salon-de-la-Folie o en La Boule-Noire. Entre los grupos, los trabajadores a destajo volvían a casa, con la ropa doblada debajo del brazo. A un fumista cargado de bártulos y que tiraba de un carretón lleno de escombros casi lo atropelló un ómnibus. Entre tanto, entre la multitud más escasa, correteaban mujeres de trapillo, que habían vuelto a bajar después de encender el fuego, con la urgencia de hacer la cena; iban empujando a la gente, se abalanzaban dentro de las panaderías y las chacinerías, se volvían a ir sin entretenerse, con provisiones en las manos. Había niñitas de ocho años, a las que habían mandado a hacer un recado, bordeando las tiendas abrazadas a hogazas de cuatro libras, tan altas como ellas y semejantes a bonitas muñecas amarillas, que se quedaban embobadas cinco minutos mirando estampas, con la mejilla pegada al pan. Hasta que el flujo fue mermando, los grupos se espaciaron, el trabajo ya estaba de vuelta en casa; en las llamaradas del gas, después de cumplir con la jornada, se elevaba la sorda revancha de las pachorras y las juergas que se despertaban.

¡Ay, sí, Gervaise había cumplido con su jornada! Estaba más exhausta que todo ese pueblo de trabajadores que acababa de zarandearla al pasar. Podía tumbarse ahí y morirse, porque el trabajo ya no la quería y ella ya se había esforzado bastante en la vida como para decir: «¿A quién le toca? ¡Yo ya estoy harta!». A esa hora todo el mundo estaba comiendo. Ahora sí que era el final, el sol había apagado la vela, la noche iba a ser larga. ¡Dios mío, tumbarse cómodamente y no levantarse más, pensar que has soltado las herramientas para siempre y que vas a vaguear toda la vida! ¡Eso sí que estaría bien después de haberse deslomado durante veinte años! Gervaise, entre los retortijones del hambre, se acordaba a su pesar de los días de fiesta, de las comilonas y de los jolgorios de su vida. Un vez en particular, un Jueves de Cuaresma que hacía un frío que pelaba, se lo habían pasado muy bien de parranda. Era muy linda, a la sazón, rubia y lozana. En el lavadero de la calle Neuve la habían nombrado reina, a pesar de la pierna. Y luego se fueron de paseo por los bulevares en unos carros adornados con ramajes, entre la buena sociedad, que se la comía con los ojos. Los caballeros se ponían el monóculo como si fuera una reina de verdad. Por la noche se dieron un banquetazo y no pararon de bailar hasta que se hizo de día. ¡Reina, sí, reina! ¡Con una corona y un mantón, durante veinticuatro horas, dos vueltas al reloj! Vencida por los tormentos del hambre, miraba al suelo, como si estuviera buscando en el arroyo dónde se le había caído la majestad perdida.

Alzó de nuevo la vista. Se hallaba frente a los mataderos, que estaban en demolición; la fachada derruida dejaba ver los patios oscuros, malolientes, aún húmedos de sangre. Cuando volvió a bajar por el bulevar, también vio el hospital de Lariboisière, con la elevada tapia gris, por encima de la cual se desplegaban en forma de abanico las alas tristonas con ventanas a intervalos regulares; en la pared había un muro que aterrorizaba al barrio, la puerta de los muertos, cuya recia madera de roble, sin una grieta, tenía la severidad y el silencio de una lápida. Entonces, para escapar, fue aún más lejos, bajó hasta el puente del ferrocarril. Los elevados parapetos de chapa empernada le tapaban la vía; solo atisbaba el horizonte luminoso de París, el ángulo ensanchado de la estación, una extensa techumbre, negra de carbonilla; en ese espacio amplio y claro oía el silbido de las locomotoras, las rítmicas sacudidas de las plataformas giratorias, toda una actividad colosal y oculta. Pasó un tren, desde París, que se acercaba resollando y rodando cada vez más fuerte. Solo vio de ese tren un penacho blanco, una repentina vaharada que rebasó el parapeto y se perdió. Pero el puente se había estremecido, incluso ella seguía inmersa en el traqueteo de esa

salida a todo vapor. Se dio la vuelta como para seguir a la locomotora invisible cuyo bramido se apagaba. Por ese lado intuyó el campo, el cielo abierto, al fondo de una abertura flanqueada de casas altas, aisladas, sin orden ni concierto, que mostraban fachadas, paredes sin enlucir, paredes pintadas con anuncios gigantes, manchados con el mismo tono amarillento por el hollín de las máquinas. ¡Ay, si ella hubiera podido irse igual, marcharse por ahí, fuera de esas casas de miseria y sufrimiento! Quizás habría empezado a vivir de nuevo. Hasta que se dio cuenta de que estaba leyendo tontamente los carteles pegados a la chapa. Los había de todos los colores. Uno, pequeño y de un azul muy bonito, ofrecía cincuenta francos de recompensa por una perra perdida. ¡Cuánto debían de querer a ese animal!

Gervaise se puso otra vez en marcha, despacito. En la oscura humareda de niebla que iba bajando se encendían las luces de gas; y esas largas avenidas, que poco a poco se habían sumido en la oscuridad, reaparecían incandescentes, alargándose aún más y rajando la oscuridad hasta las tinieblas perdidas del horizonte. Una gran onda soplaba sobre el barrio ensanchado que hundía hileras de llamitas bajo el cielo inmenso y sin luna.

Había llegado la hora en que, de un extremo a otro de los bulevares, los vinateros, los bailes de candil y las tabernuchas, puestos en fila, relucían alegremente en el jolgorio de las primeras rondas y del primer *chahut.* La paga quincenal llenaba la acera de golfantes jaraneros. El aire olía a juerga, una buena juerga, aunque moderada aún, apenas achispada, nada más. La gente se atiborraba al fondo de los figones; a través de los cristales iluminados se veía a todo el mundo comiendo, con la boca llena, riéndose sin molestarse siquiera en tragar. En las vinaterías, los borrachos ya tomaban posiciones, pegando voces y gesticulando. Y un ruido de mil demonios empezaba a subir, voces chillonas, voces gruesas, en medio del continuo rumor de pies andando por la acera: «¡Oye!, ¿te tomas una?... ¡Que vengas ya, gandumbas! Convido a un vasito... ¡Anda, la Pauline! ¡Esto promete, nos vamos a reír!». Las puertas se abrían constantemente, dejando escapar los olores del vino y ráfagas de corneta de pistones. Había cola delante del Tugurio del tío Colombe, encendido como una catedral para la misa mayor. Y, ¡vive Dios!, de verdad parecía una ceremonia, porque los hombres de bien estaban allí cantando como chantres en el coro, con las mejillas infladas y la panza oronda. ¡Estaban celebrando el día de santa Paga, caramba! Una santa de lo más amable que debía de ser la que se ocupaba de la caja en el paraíso. Solo que, al ver con qué frenesí empezaba, los rentistas modestos que paseaban a sus esposas, meneaban la cabeza diciendo una y otra vez que esa noche habría montones de hombres borrachos en París. Y la noche estaba muy oscura, muerta y helada, por encima de ese antro; una noche en la que solo se abrían las líneas de fuego de los bulevares en los cuatro puntos del cielo.

Plantada delante del Tugurio, Gervaise pensaba. De haber tenido diez céntimos, habría entrado a tomar una copa. Quizás una copa le habría cortado el hambre. ¡Ay, con la de copas que se había bebido! Desde lejos, contemplaba la máquina de emborrachar, sintiendo que de ahí le venía la desgracia, y soñando con matarse a fuerza de beber aguardiente, el día que tuviera motivo. Pero le pasó un escalofrío por el pelo, vio que ya era noche cerrada. Adelante, ya llegaba la hora propicia. Era el momento de hacer de tripas corazón y mostrarse amable, si no quería morirse en medio del regocijo general. Tanto más cuanto que ver cómo engullían los demás no le llenaba mucho el estómago que digamos. Acortó aún más el paso, miró en torno. Debajo de los árboles se arrastraba una sombra aún más densa. No pasaba casi nadie, gente con prisa cruzando rápidamente el bulevar. Y en esa ancha acera, oscura y desierta, donde iban a morir las alegrías

de las calzadas vecinas, esperaban varias mujeres a pie firme. Se quedaban mucho rato quietas, pacientes, tiesas como los platanillos flacuchos; hasta que, lentamente, se movían, arrastraban las chancletas por el suelo helado, daban diez pasos y se paraban de nuevo, pegadas a la tierra. Había una, con el tronco enorme, y piernas y brazos de insecto, desbordante y bamboleante, vestida con un harapo de seda negra y un pañuelo amarillo en la cabeza; había otra, alta y enjuta, destocada y con delantal de sirvienta; y más aún, viejas mal emplastadas, jóvenes muy sucias, tan sucias, tan asquerosas que no las habría recogido ni un trapero. Sin embargo, Gervaise no sabía qué hacer, trataba de aprenderlo, imitándolas. Tenía un nudo en la garganta, como una niña pequeña; no notaba si tenía vergüenza, actuaba como en un mal sueño. Durante un cuarto de hora se quedó muy tiesa. Hasta que se movió a su vez, se atrevió a abordar a un hombre que iba silbando, con las manos en los bolsillos, y murmuró con voz ahogada:

—Oiga, señor...

El hombre la miró de refilón y se fue, silbando más alto.

Gervaise iba cogiendo confianza. Se dejó llevar por la acritud de esa cacería, con el estómago vacío, persiguiendo con saña esa cena que seguía corre que te corre. Estuvo mucho rato deambulando, ajena a qué hora era y dónde estaba. A su alrededor, las mujeres mudas y negras, debajo de los árboles, se desplazaban, circunscribían su marcha a las idas y venidas de un animal enjaulado. Salían de las sombras con la lentitud tenue de una aparición; pasaban bajo el resplandor de una luz de gas, donde surgía con nitidez su máscara demacrada, y volvían a hundirse, de nuevo presa de las sombras, balanceando la línea blanca de la enagua, encontrándose de nuevo con el tembloroso hechizo de las tinieblas de la acera. Los hombres dejaban que los parasen, charlaban de guasa, seguían su camino entre risas. Otros, discretos, ocultándose, se alejaban siguiendo a diez pasos a alguna mujer. Se oían murmullos subidos de tono, discusiones con voz ahogada, regateos furiosos que terminaban de golpe en prolongados silencios. Y Gervaise, por muy lejos que se adentrara, de trecho en trecho veía a esas cuadrillas de mujeres en la oscuridad, como si los bulevares exteriores estuvieran plantados de mujeres, de un extremo a otro. Siempre, a veinte pasos de una, distinguía a otra. La fila se perdía, montaban guardia por todo París. Desdeñada, ella se enfurecía, cambiaba de sitio; ahora iba desde la calzada de Clignancourt hasta la ancha calle de La Chapelle.

—Oiga, señor...

Pero los hombres pasaban de largo. Gervaise se dirigía a los mataderos, cuyos escombros apestaban a sangre. Echaba una ojeada al antiguo hotel Boncœur, cerrado y turbio. Pasaba por delante del hospital de Lariboisière, contaba maquinalmente las ventanas iluminadas que había a lo largo de las fachadas, encendidas como lamparillas de agonizante, con resplandores pálidos y tranquilos. Cruzaba el puente de las vías del ferrocarril, con el traqueteo de los trenes, que bramaban y desgarraban el aire con el grito desesperado del silbato. ¡Ay, qué triste resultaba todo de noche! Hasta que daba media vuelta y se llenaba los ojos con las mismas casas, el desfile siempre igual de ese extremo de la avenida; así diez, veinte veces, sin tregua, sin descansar ni un minuto en un banco. No, nadie la quería. Le parecía que ese desdén agrandaba su vergüenza. Volvía a bajar hacia el hospital, subía hacia los mataderos. Era su paseo postrero, desde los patios ensangrentados donde se mataba hasta las salas tristes donde la muerte atiesaba a la gente en las sábanas de todo el mundo. Su vida había cabido ahí.

—Oiga, señor...

De sopetón, vio su propia sombra en el suelo. Cuando se acercaba a un farol, la sombra desdibujada se condensaba y se volvía más precisa; una sombra enorme, achaparrada, grotesca de lo redonda que era. Todo se desparramaba, el vientre, el pecho, las caderas, derramándose y flotando a la par. Cojeaba tanto que en el suelo la sombra se daba una costalada a cada paso. ¡Una auténtica marioneta! Luego, al alejarse, la marioneta crecía, se hacía gigante, llenaba el bulevar con esas reverencias que le estampaban la nariz contra los árboles y contra las casas. ¡Dios mío, qué chusca y qué espantosa era! Nunca se había percatado tan a las claras de su deterioro. Entonces ya no pudo evitar mirar aquello, esperando las farolas, siguiendo con los ojos el *chahut* de su sombra. ¡Vaya, qué prójima tan guapa iba andando a su lado! ¡Menudo garbo! Seguro que atraía a los hombres a la primera. Y bajaba la voz, ya no se atrevía sino a tartamudear detrás de los transeúntes:

—Oiga, señor...

A todo esto, debía de ser muy tarde. El barrio se iba poniendo peor. Los figones estaban cerrados, la luz de gas se tornaba roja en las vinaterías, de donde salían voces pastosas por la ebriedad. El jolgorio se convertía en peleas y golpes. Un hombretón andrajoso berreaba: «¡Te voy a descuajaringar, numérate los huesos!». Una chica se había enzarzado con su amante, delante de un baile de candil, y lo llamaba zote y cerdo enfermo, mientras el amante repetía: «¿Y qué más?», sin que se le ocurriera otra cosa. La embriaguez soltaba fuera una necesidad de aporrear que les ponía a los escasos transeúntes caras pálidas y convulsas. Hubo una reyerta, un borracho se desplomó cuan largo era mientras su compañero, creyendo haberle ajustado las cuentas, huía metiendo ruido con los zapatones. Había bandas cantando a voces canciones sucias, caían hondos silencios que interrumpían los hipidos y los batacazos de los beodos. La juerga de la paga quincenal siempre acababa así, corría tanto vino desde hacía seis horas que acababa paseándose por las aceras. ¡Huy, tremendos chorreones, vomitonas desparramadas por los adoquines que los rezagados melindrosos tenían que sortear para no pisar! En verdad que el barrio estaba hecho un asco. Si un forastero lo hubiese visitado antes del barrido matutino se habría llevado una penosa impresión. Pero a esas horas los borrachos estaban como en casa, les tenía sin cuidado Europa. ¡Rediós!, las navajas salían de los bolsillos y la fiestecita acababa en un baño de sangre. Las mujeres andaban deprisa, los hombres rondaban con ojos de lobo, la noche se volvía más densa, preñada de abominaciones.

Gervaise seguía, venga a andar arriba y abajo, sin pensar en otra cosa que no fuera caminar. Daba cabezadas, se quedaba dormida acunada por la cojera; hasta que, sobresaltada, miraba a su alrededor y se daba cuenta de que había andado cien pasos sin conocimiento, como si estuviera muerta. Los pies tremendos se le ensanchaban en las chancletas agujereadas. Ya no notaba el cuerpo de lo cansada y vacía que estaba. Lo último que pensó con nitidez fue que la golfa de su hija quizás estuviese comiendo ostras en ese mismo momento. Luego, todo se emborronó, se quedó con los ojos abiertos, pero pensar le requería demasiado esfuerzo. Ya la única sensación que persistía en ella, en pleno anonadamiento de su ser, era la del tremendo frío, un frío más intenso y mortal que ningún otro que hubiera conocido. Por supuesto, los muertos no pasan tanto frío en la tierra. Alzó despacio la cabeza y recibió en plena cara un gélido latigazo. Era la nieve, que por fin se había resuelto a caer del cielo humoso, una nieve fina y dura, con la que un vientecillo formaba remolinos. Llevaban tres días esperándola. Caía en el momento preciso.

Así pues, con esa primera ráfaga, Gervaise, espabilada, anduvo más deprisa. Pasaban

hombres corriendo, deseosos de llegar a casa, con los hombros ya blancos. Al ver que uno iba hacia ella despacio, bajo los árboles, se acercó y dijo una vez más:

—Oiga, señor...

El hombre se paró. Pero no parecía haberla oído. Tendía la mano y murmuraba con voz grave:

—Una limosna, por caridad...

Se miraron. ¡Ay, Dios mío, adónde habían ido a parar, el tío Bru mendigando y la señora Coupeau haciendo la calle! Se quedaron boquiabiertos, cara a cara. Llegados a ese punto, podían darse la mano. El viejo obrero había estado rondando toda la velada, sin atreverse a abordar a nadie, y la primera persona a la que paraba era una muerta de hambre como él. ¡Señor, qué lástima, tener que mendigar después de haber estado cincuenta años trabajando! ¡Haber sido una de las mejores lavanderas de La Goutte-d'Or y acabar al borde del arroyo! Seguían mirándose. Hasta que, sin decirse nada, cada uno se fue por su lado, bajo la nieve que los azotaba.

Era una auténtica tormenta. A esas alturas, en medio de esos espacios tan abiertos, la nieve fina formaba remolinos como si el viento la empujara desde los cuatro puntos del cielo. No se veía a diez pasos, aquel polvo volandero lo tapaba todo. El barrio había desaparecido, el bulevar parecía muerto, como si la ráfaga acabara de cubrir con el silencio de su blanca sábana los hipidos de los últimos beodos. Gervaise seguía andando penosamente, cegada y perdida. Tocaba los árboles para guiarse. A medida que avanzaba, las farolas salían de la palidez del aire, como antorchas apagadas. Hasta que de golpe, cuando estaba atravesando un cruce de calles, también esos resplandores desaparecieron; la había atrapado y arrastrado un turbio remolino, no distinguía nada que pudiese guiarla. El suelo, de un blanco tenue, se le escapaba bajo los pies. La cercaban unas paredes grises. Y cuando se detenía, titubeante y girando la cabeza, intuía, detrás de ese velo de hielo, la inmensidad de las avenidas, las filas interminables de luces de gas, todo ese infinito negro y desierto de París dormido.

Allí estaba, en el punto de encuentro del bulevar exterior con los bulevares de Magenta y de Ornano, soñando con tumbarse en el suelo, cuando oyó un ruido de pasos. Corrió, pero la nieve le tapaba los ojos y los pasos se alejaban sin que pudiera percibir si iban hacia la derecha o hacia la izquierda. Por fin entrevió la espalda ancha de un hombre, una mancha oscura y danzante que se adentraba en una niebla. ¡Ay, a ese lo quería, no iba a dejarlo escapar! Y corrió más deprisa, lo alcanzó, lo agarró por el blusón.

—Señor, oiga, señor...

El hombre se dio la vuelta. Era Goujet.

¡Y hete aquí que ahora atrapaba a Gueule-d'Or! Pero ¿qué le había hecho a Dios para que quisiera torturarla de ese modo hasta el final? Era el golpe de gracia, tirarse a los pies del herrero, que él la viese convertida en una buscona del fielato, pálida y suplicante. Y todo sucedía debajo de una farola. Gervaise veía su sombra deforme, que parecía estar riéndose bajo la nieve, como una auténtica caricatura. Se habría dicho que era una mujer ebria. ¡Dios mío, no tener ni una rebanadita de pan ni una gota de vino en el cuerpo y que te tomen por una borracha! Era culpa suya, ¿por qué se embriagaba? Desde luego, Goujet creería que había bebido y que se le había estropeado la juerga.

Él la miraba mientras la nieve deshojaba margaritas en su hermosa barba amarilla. Cuando Gervaise agachó la cabeza y retrocedió, Goujet la retuvo.

—Venga —le dijo.

Y anduvo delante. Ella lo siguió. Ambos cruzaron el barrio mudo, deslizándose sin hacer ruido a lo largo de las paredes. La pobre señora Goujet se había muerto en octubre, de un reumatismo agudo. Su hijo seguía viviendo en la casita de la calle de Neuve, sombrío y solo. Después de abrir la puerta y encender una lámpara, se volvió hacia Gervaise, que se había quedado humildemente en el rellano. Muy bajito, como si su madre aún pudiera oírlo, dijo:

—Pase.

La primera habitación, la de la señora Goujet, se conservaba piadosamente igual que ella la había dejado. Al lado de la ventana, encima de una silla, estaba el mundillo de encajera, junto al voluminoso sillón que parecía esperar aún a la anciana. La cama estaba hecha, podría haberse acostado de haber dejado el cementerio para ir a pasar la velada con su hijo. La habitación conservaba un recogimiento, un olor a decencia y bondad.

—Pase —repitió más alto el herrero.

Gervaise entró, medrosa, como una fulana que se cuela en un lugar respetable. Él estaba muy pálido y tembloroso por meter de ese modo a una mujer en casa de su madre. Cruzaron la estancia con pasos sordos, como para evitar la vergüenza de que los oyeran. Cuando Goujet hubo metido a Gervaise en su cuarto, cerró la puerta. Allí estaba en terreno propio. Se trataba de aquella angosta recámara que Gervaise ya conocía, una habitación de internado con una camita de hierro con visillos. Solo que, en la pared, las imágenes recortadas se habían ido extendiendo y subían hasta el techo. Gervaise, metida en esa pureza, no se atrevía a avanzar, se retiraba, lejos de la lámpara. Entonces, sin decir ni una palabra, presa de rabia, él quiso agarrarla y aplastarla entre sus brazos. Pero ella desfallecía, murmurando:

—¡Ay, Dios mío!... ¡Ay, Dios mío!

La estufa, cubierta de polvo de cok, aún estaba encendida, y un resto de estofado, que el herrero había dejado al calor de la lumbre, para cuando volviera a casa, humeaba delante del cenicero. Gervaise, que se había desentumecido con el intenso calor, se habría tirado al suelo a cuatro patas para comer del cazo. Era superior a sus fuerzas, el estómago se le desgarraba; se agachó, con un suspiro. Pero Goujet lo había entendido. Puso el estofado encima de la mesa, cortó pan y le sirvió bebida.

—¡Gracias, gracias! —decía ella—. ¡Ay, qué bueno es usted! ¡Gracias!

Tartamudeaba, ya no podía ni pronunciar una palabra. Cuando empuñó el tenedor, temblaba tanto que lo soltó. El hambre que la atenazaba le provocaba un temblor senil en la cabeza. Tuvo que usar los dedos. Al meterse la primera patata en la boca, rompió a llorar. Por las mejillas le corrían lagrimones que se caían en el pan. Seguía comiendo, devoraba con gula el pan mojado en sus lágrimas, resollando, con convulsiones en la barbilla. Goujet la obligó a beber para que no se ahogase; el vaso chasqueó un poco al chocarle contra los dientes.

—¿Quiere más pan? —preguntaba él a media voz.

Gervaise lloraba, decía que no, decía que sí, no sabía. ¡Ay, Señor, qué bien sienta y qué triste resulta comer cuando uno se está muriendo!

Goujet, de pie enfrente de ella, la miraba. Ahora la veía bien, bajo la intensa claridad de la pantalla del quinqué. ¡Qué vieja y desvencijada estaba! El calor le derretía la nieve del pelo, y la ropa estaba chorreando. La pobre y temblorosa cabeza era totalmente gris, con esos mechones grises que el viento había despeinado. Con el cuello hundido entre los hombros, se apelmazaba,

tan fea y gorda que daban ganas de llorar. Goujet se acordaba de sus amoríos, de cuando estaba sonrosada, manejando las planchas, y se le veía ese pliegue de bebé que le adornaba el cuello como una gargantilla. A la sazón, él se pasaba horas comiéndosela con los ojos, satisfecho de verla. Más adelante fue ella quien acudía a la fragua, donde tanto gozaron los dos, mientras él batía el hierro y ella se metía en la danza del martillo. ¡Cuántas veces, por aquel entonces, mordía la almohada por las noches, muriéndose de ganas de tenerla en su cuarto como ahora! ¡Ay, la deseaba tanto que, de haberla poseído, le habría roto algo! Y en ese momento ella era suya, podía tomarla. Se estaba terminando el pan, rebañaba sus lágrimas en el fondo del cazo, los lagrimones silenciosos que se le seguían cayendo en la comida.

Gervaise se puso de pie. Había terminado. Se quedó un instante con la cabeza gacha, apurada, sin saber lo que él esperaba de ella. Hasta que, creyendo ver que se le encendía una llama en los ojos, se llevó la mano a la camisola y desabrochó el primer botón. Pero Goujet se había arrodillado y le agarraba las manos, mientras decía bajito:

—La quiero, señora Gervaise, ¡ay, la sigo queriendo a pesar de los pesares, se lo juro!

—¡No diga eso, señor Goujet! —exclamó ella, asustada de verlo así a sus pies—. ¡No, no diga eso, me hace mucho daño!

Como él seguía diciendo que en su vida no podía albergar dos sentimientos, ella se desesperó aún más.

—No, no, ya no quiero, me da tanta vergüenza... ¡Por amor de Dios, levántese! Soy yo quien debería tirarse al suelo.

Él se incorporó, temblando de pies a cabeza, y con voz balbuciente dijo:

—¿Me permitiría usted darle un beso?

Ella, abrumada por la sorpresa y la emoción, no encontraba ni una palabra. Dijo que sí con la cabeza. ¡Dios mío!, era suya, podía hacer con ella lo que le viniera en gana. Pero él solo acercó los labios.

—Con esto basta entre nosotros, señora Gervaise —murmuró—. Es todo nuestro cariño, ¿verdad?

La besó en la frente, encima de un mechón de pelo gris. No había besado a nadie desde que muriera su madre. En esta vida, solo le quedaba su buena amiga Gervaise. Después de besarla con tanto respeto, retrocedió para dejarse caer atravesado en la cama, con la garganta desgarrada de sollozos. Entonces Gervaise ya no pudo quedarse allí más tiempo; resultaba demasiado triste y abominable que dos personas que se querían se hubiesen encontrado en tales circunstancias. Le dijo a voces:

—Le quiero, señor Goujet, yo también le quiero mucho... ¡Ay, no es posible, lo entiendo! Adiós, adiós, nos asfixiaría a los dos.

Cruzó corriendo por el cuarto de la señora Goujet y se encontró en la calzada. Cuando volvió en sí, había llamado a la puerta de La Goutte-d'Or y Boche tiraba del cordón de la puerta. La casa estaba a oscuras. Gervaise entró allí como quien se viste de luto. A esa hora de la noche, el vano del arco destartalado se abría como unas fauces. ¡Y pensar que tiempo atrás había anhelado un hueco en esa carcasa cuartelaria! ¡Debía de tener los oídos taponados para no oír entonces la dichosa música de desesperación que zumbaba detrás de las paredes! Desde el día en que había puesto allí los pies, todo le había ido de mal en peor. Sí, debía de traer mala suerte que la gente viviese hacinada en esos caserones obreros de los demonios; contagiaban el cólera de la miseria.

Esa noche parecía que todos estuvieran muertos. Gervaise solo oía roncar a los Boche, a su derecha; mientras que Lantier y Virginie, a su izquierda, ronroneaban como los gatos que no duermen y están pasando calor, con los ojos cerrados. Al llegar al patio, tuvo la impresión de estar en un verdadero cementerio; la nieve dibujaba en el suelo un cuadrado pálido; las elevadas fachadas se alzaban, de color gris lívido, sin una sola luz, semejantes a lienzos de muralla en ruinas; ni un solo suspiro, la mortaja de un pueblo entero, atiesado de hambre y de frío. Tuvo que sortear un arroyo negro, un residuo de la tintorería que, humeando, abría un cauce embarrado en la blancura de la nieve. Esa agua tenía el mismo color que sus pensamientos. Los bonitos charcos azul pálido y rosa pálido hacía tiempo que eran agua pasada.

Después, mientras subía los seis pisos a oscuras, no pudo evitar reírse; una risa de las malas, que le hacía daño. Se acordaba de su antiguo ideal: trabajar en paz, comer pan todos los días, tener un rincón medio limpio para dormir, criar a los hijos, no recibir golpes y morir en su cama. ¡En verdad que tenía gracia cómo se había cumplido todo! Había dejado de trabajar, había dejado de comer, dormía entre basura, su hija andaba por ahí de picos pardos y su marido le zurraba la badana; ya solo le faltaba morirse en la calle, y pensaba hacerlo enseguida, si reunía valor para tirarse por la ventana cuando llegase a casa. ¡Cualquiera diría que le había pedido al Cielo una renta de treinta mil francos y un trato privilegiado! ¡Lo cierto es que, en esta vida, aunque aspires a muy poco, nunca conseguirás nada! Ni siquiera rancho y catre, ese es el destino común. Y la risa dañina era aún mayor al acordarse de esa bonita perspectiva de retirarse al campo, después de veinte años dedicándose a planchar. ¡Pues, mira, al campo sí que iba a ir! Quería su parcelita ajardinada en el Père-Lachaise.

Cuando se adentró en el corredor, estaba como loca. La pobre cabeza le daba vueltas. En el fondo, lo que más le dolía era haberse despedido del herrero. Lo suyo se había acabado, no volverían a verse. A partir de ahí, surgían todos los demás pensamientos fatídicos que destrozaban su mente. Al pasar por la puerta de los Bijard, asomó la nariz y entrevió el cadáver de Lalie: parecía tan contenta de estar tumbada a la bartola para siempre. ¡Hay que ver, los niños tenían más suerte que los adultos! Como en la puerta del tío Bazouge se veía una raya de luz, Gervaise se metió en su casa directamente, en un arrebato por marcharse haciendo el mismo viaje que la niña.

Esa noche, el viejo chancero del tío Bazouge había vuelto a casa en un estado de extraordinaria alegría. Se había cogido tamaña curda que roncaba en el suelo, a pesar de la temperatura, lo cual sin duda no le impedía soñar cosas bonitas, porque parecía estar riéndose con la tripa mientras dormía. La candela, que había quedado encendida, iluminaba aquellos trapos, el sombrero negro aplastado en un rincón, el capote negro con el que se había tapado las rodillas, como si fuera la esquina de una manta.

Al verlo, Gervaise soltó de golpe tal lamento que el hombre se despertó.

—¡Maldita sea, cierre la puerta, caramba! ¡Menudo frío entra!... ¡Ah, es usted!... ¿Qué pasa, qué es lo que quiere?

Gervaise, tendiendo los brazos, sin saber lo que tartamudeaba, empezó a suplicarle vehementemente.

—¡Ay, lléveme, estoy harta, quiero marcharme!... No me guarde rencor. ¡Yo no lo sabía, Dios mío! Nunca lo sabes hasta que estás lista... ¡Y claro que me alegro de que me llegue la hora!... ¡Lléveme, lléveme, le daré las gracias a gritos!

Y se ponía de rodillas, presa de un deseo que la sacudía y la dejaba pálida. Nunca se había arrastrado así a los pies de un hombre. La jeta del tío Bazouge, con la boca torcida y el pellejo mugriento del polvo de los entierros, le parecía hermosa y resplandeciente, como un sol. Sin embargo, el viejo, medio dormido, creía que se trataba de una broma de mal gusto.

—¡Oiga —murmuraba—, conmigo no se juega!

—Lléveme —repetía Gervaise con mayor ardor—. ¿Se acuerda?, un día aporreé el tabique y luego dije que no era verdad porque aún era muy tonta... Pero ¡fíjese, deme las manos, ya no tengo miedo! Lléveme a dormir, ya verá que no me muevo... ¡Ay, es lo único que deseo, cuánto le voy a querer!

Bazouge, siempre galante, pensó que no debía tratar mal a una señora que se había enamoriscado tanto con él. Estaba muy cascada, pero con esos arrebatos recuperaba algo de lo que fue.

—Tiene usted muchísima razón —dijo con convencimiento—; hoy, sin ir más lejos, he empaquetado a tres que me habrían dado una propina de las buenas de haber podido echarse la mano al bolsillo... Pero, señora mía, esto no se puede hacer así como así...

—Lléveme, lléveme —seguía gritando Gervaise—, quiero marcharme...

—¡Señor! Es que antes hay que cumplir cierto trámite... Ya sabe, «¡cuic!».

Hizo fuerza con la garganta, como si se tragase la lengua. Luego se rio, porque le pareció que la broma tenía gracia.

Gervaise se había incorporado despacio. ¿Tampoco él podía hacer nada por ella? Volvió a su cuarto, estúpida, y se desplomó en la paja, arrepintiéndose de haber comido. ¡Mecachis, no, la miseria no mataba lo bastante deprisa!

XIII

Aquella noche, Coupeau se fue de jarana. Al día siguiente, Gervaise recibió diez francos de su hijo Étienne, que era mecánico en el ferrocarril; el chico le mandaba monedas de cinco francos de vez en cuando, sabedor de que en su casa había necesidad. Gervaise preparó un puchero y se lo comió sola, porque el miserable de Coupeau tampoco volvió al día siguiente. El lunes, seguía sin aparecer, y el martes, otro tanto. Pasó toda la semana. ¡Ay, demontres! Ojalá lo hubiese raptado alguna dama, habría sido una suerte. Pero el domingo Gervaise recibió un papel impreso que al principio la asustó porque parecía una carta del comisario de policía. Luego se tranquilizó porque solo era para informarla de que el cerdo de su marido estaba pudriéndose en Sainte-Anne. El papel lo decía de forma más fina, pero venía a ser lo mismo. Sí, en efecto, una dama había secuestrado a Coupeau, y a esa dama la llamaban la Pelona, y es la última buena amiga de los borrachuzos.

Pues, Señor, Gervaise ni se alteró. Coupeau ya se sabía el camino, podía regresar solito desde el manicomio; lo habían curado allí tantas veces que volverían a hacerle la jugarreta de recomponerlo de nuevo. ¿Pues no acababa de enterarse esa misma mañana de que, durante ocho días, habían visto a Coupeau, borracho como una cuba, rodando por las vinaterías de Belleville, en compañía de Mes-Bottes? Pues así era, e incluso era Mes-Bottes quien pagaba; seguramente le había echado el guante al botín de la parienta, todo lo que había ahorrado jugando a eso tan bonito que ya sabemos. ¡Ay, qué dinero tan sucio se bebían, capaz de transmitir las enfermedades más viles! ¡Pues mejor si a Coupeau le había sentado mal! Y lo que más enfurecía a Gervaise era pensar que a esos dos condenados egoístas ni siquiera se les había ocurrido ir a buscarla para invitarla a un trago. ¡Habrase visto! ¡Una juerga de ocho días y ni una galantería con las señoras! Pues cuando uno bebe solo, se muere solo, ¡ea!

Sin embargo, el lunes, como Gervaise tenía una buena comida para la noche, unas judías que habían sobrado y un cuartillo, se inventó la excusa de ir a dar un paso para abrir el apetito. La carta del manicomio, encima de la cómoda, le fastidiaba. La nieve se había derretido, hacía buen día, gris y suave, con un airecillo fresco que vivificaba. Salió de casa a mediodía porque el trayecto era largo; tenía que cruzar París, con la pata a rastras, como siempre. De propina, las calles estaban abarrotadas de gente; pero la gente la entretenía y llegó muy tranquila. Cuando la llamaron, le contaron una buena: al parecer, a Coupeau lo habían sacado del agua en el Pont-Neuf; se había lanzado por encima del parapeto porque creía haber visto a un hombre barbudo que le impedía pasar. Un buen salto, la verdad; en lo tocante a saber cómo había llegado Coupeau hasta el Pont-Neuf, era algo que ni siquiera él podía explicar.

Entre tanto, un celador la acompañó. Estaba subiendo una escalera cuando oyó unos berridos que le helaron la sangre en las venas.

—¿Qué le he dicho? ¡Menudo concierto está dando! —dijo el celador.

—¿Quién? —preguntó ella.

—¡Pues su hombre! Lleva berreando así desde ayer. Y también baila, ya verá.

¡Ay, Dios mío, qué espectáculo! A Gervaise se le encogió el corazón. La celda estaba acolchada de arriba abajo; en el suelo había dos esteras, una encima de la otra. Y, en un esquina, habían extendido un colchón y un travesaño, nada más. Dentro, Coupeau bailaba y berreaba. Parecía una máscara de Carnaval, con el blusón hecho jirones y moviendo los miembros como un molino; pero una máscara sin gracia, ¡y tanto!, una máscara cuya espantosa algarabía ponía los pelos de punta. Iba disfrazado de uno-que-se-va-a-morir. ¡Dios bendito, menudo solo de baile! Chocaba contra la ventana, se apartaba andando hacia atrás y marcando el compás con los brazos, sacudiendo las manos como si quisiera rompérselas y arrojarlas a la cara de la gente. En los bailes de candil hay bromistas que imitan eso; solo que lo imitan mal, ese rigodón de los borrachos hay que verlo para juzgar el estilo cuando se ejecuta de verdad. La canción no se quedaba atrás, un griterío carnavalesco sin tregua, una boca abierta de par en par soltando durante horas las mismas notas de trombón con ronquera. Los alaridos de Coupeau eran como los de un animal con la pata aplastada. ¡Y que no pare la música, todos a bailar!

—¡Madre mía!, pero ¿qué le ha dado?..., ¿qué le ha dado?... —decía Gervaise, una y otra vez, atemorizada.

Había allí un médico residente, un mocetón rubio y sonrosado, con bata blanca, que estaba sentado tranquilamente, tomando notas. Se trataba de un caso curioso, el residente no se separaba del enfermo.

—Quédese un rato, si quiere —le dijo a la lavandera—, pero conserve la calma. Intente hablar con él, pero no la va a reconocer.

En efecto, Coupeau ni siquiera parecía haberse fijado en su mujer. Al entrar, Gervaise no había podido verlo bien por lo mucho que se contorsionaba. Cuando lo miró de frente, se le cayó el alma a los pies. ¿Cómo era posible que tuviera esa cara, con los ojos llenos de sangre y los labios cubiertos de costras? Desde luego, no lo habría reconocido. Para empezar, hacía demasiadas muecas, sin decir por qué, con la boca torcida de repente, la nariz fruncida, las mejillas chupadas, la mismísima jeta de un animal. Tenía la piel tan caliente que el aire humeaba a su alrededor; el pellejo estaba como barnizado, empapado de un sudor denso que chorreaba. No obstante, se notaba que no estaba a gusto con ese desenfrenado baile de botarga, con la cabeza pesada y los miembros doloridos.

Gervaise se había acercado al residente, que tamborileaba con los dedos una melodía en el respaldo de la silla.

—Oiga, señor, entonces, esta vez, ¿es algo serio?

El residente meneó la cabeza, sin contestar.

—Oiga, y dice cosas por lo bajo, ¿no? ¿Lo oye, qué es?

—Cosas que ve —murmuró el joven—. Cállese, déjeme escuchar.

Coupeau hablaba a trompicones. Sin embargo, una llama de francachela le iluminaba los ojos. Miraba al suelo, a derecha e izquierda, y daba vueltas, como si estuviera de paseo por el bosque de Vincennes, hablando solo.

—¡Vaya!, pero qué bonito, cosa fina... También hay barracas, menuda feria. ¡Y música de lo mejorcito! ¡Qué gaudeamus! Están tirando la casa por la ventana... ¡Tremendo! ¡Anda!, y ahora se ilumina; globos rojos por los aires, ¡cómo saltan, cómo corren!... ¡Huy, huy, cuántos farolillos en

los árboles! ¡Qué bueno hace! Venga a chorrear por todas partes, fuentes, cascadas, agua que canta, ¡ay!, con voz de niño en el coro... ¡Las cascadas son portentosas!

Y se estiraba, como para oír mejor el delicioso canto del agua; inspiraba muy hondo, creyendo que bebía la lluvia fresca que salpicaba de las fuentes. Pero, poco a poco, volvió a su rostro la expresión de angustia. Entonces se encorvó y se deslizó más deprisa a lo largo de las paredes de la celda, con amenazas sordas:

—¡No son más que triquiñuelas, otra vez!... Ya decía yo... ¡A callar, panda de tunantes! Sí, me estáis tomando el pelo. Lo que queréis es jeringarme, venga a beber y a desgañitarse ahí dentro con esas busconas... ¡Yo sí que os voy a descuajaringar en la barraca esa!... ¡Maldita sea, dejadme en paz de una vez!

Apretaba los puños; luego soltó un grito ronco y se pegó al suelo corriendo. Y tartamudeaba, con los dientes castañeteándole de miedo:

—Es para que me mate. ¡No, no voy a tirarme!... Tanta agua significa que no tengo corazón. ¡No, no voy a tirarme!

Las cascadas, que huían cuando se acercaba, avanzaban cuando él retrocedía. De sopetón, se quedó mirando estúpidamente a su alrededor y balbució, con voz apenas perceptible:

—¡No puede ser, han contratado físicos contra mí!

—¡Me voy, caballero, buenas noches! —le dijo Gervaise al residente—. Me trastorna demasiado, ya volveré.

Estaba blanca. Coupeau seguía con su solo de baile de la ventana al colchón y del colchón a la ventana, sudando, deslomándose, marcando el mismo compás. Así que salió huyendo. Pero aunque se lanzó corriendo escaleras abajo, siguió oyendo hasta el final la maldita escandalera de su hombre. ¡Ay, Dios mío, qué bueno hacía fuera, se podía respirar!

Por la noche, toda la casa de la calle de La Goutte-d'Or hablaba de la extraña enfermedad del tío Coupeau. Los Boche, que ahora miraban a la Coxcox por encima del hombro, la convidaron a pesar de todo a un casis por aquello de que les contara detalles. Se sumaron la señora Lorilleux y la señora Poisson. Lo comentaron hasta el infinito. Boche había conocido a un ebanista que se puso en cueros en la calle de Saint-Martin y se murió bailando la polka; lo que bebía ese era ajenjo. Las señoras se desternillaron de risa porque no dejaba de parecerles chusco, aunque triste. Luego, como la concurrencia no acababa de entender, Gervaise apartó a todo el mundo y gritó para que le hicieran sitio; entonces, en mitad de la portería, mientras los demás la miraban, imitó a Coupeau, berreando, brincando, descoyuntándose con muecas espantosas. ¡Sí, palabra de honor! ¡Era exactamente así! Entonces los demás se pasmaron: ¡no podía ser, un hombre no duraría ni tres horas en semejante estado! ¡Pues no, ella juraba por lo más sagrado que Coupeau llevaba así desde el día anterior, treinta y seis horas ya! Y si no la creían, que fueran a verlo. Pero la señora Lorilleux afirmó que, ¡a Dios gracias!, estaba de vuelta de Sainte-Anne; e incluso le tenía prohibido a Lorilleux que pisara por allí. Por su parte, Virginie, cuya tienda iba de mal en peor y tenía cara de funeral, se limitó a murmurar que la vida no siempre es una fiesta, ¡vaya que no! Se terminaron el casis y Gervaise les dio las buenas noches a los presentes. Cuando dejaba de hablar se le ponía inmediatamente cara de pasmo, con los ojos muy abiertos. Sin duda estaba viendo a su hombre bailando. Al día siguiente, al levantarse, se prometió que no iba a volver allí. ¿Para qué? No quería perder la chaveta también ella. Sin embargo, cada diez minutos, volvía a sus reflexiones, se quedaba ausente, como suele decirse. Y es que sería curioso que Coupeau aún

siguiera haciendo cabriolas. Cuando dieron las doce del mediodía, ya no pudo aguantar más y ni se percató de lo largo que era el camino porque tenía el magín ocupado con el ansia y el miedo que le daba lo que iba a encontrarse.

¡Huy!, ni siquiera tuvo que preguntar qué tal estaba su marido. Desde el pie de las escaleras se oía la canción de Coupeau. Exactamente la misma música, exactamente el mismo baile. Como si acabara de bajar un minuto antes y ahora volviera a subir. El celador del día anterior, que llevaba unos cacharros con tisana por el corredor, le guiñó un ojo al cruzarse con ella, para ser amable.

—¡Seguimos igual! —dijo ella.

—¡Igualito!— contestó él sin pararse.

Gervaise entró, pero se quedó en la esquina de la puerta porque había más gente con Coupeau. El residente rubio y sonrosado estaba de pie, pues le había cedido la silla a un anciano caballero condecorado, calvo y con cara afilada de garduña. Obviamente, era el médico jefe, pues miraba con ojos entornados y penetrantes como barrenas. Todos los matasanos miran así.

De todas formas, Gervaise no había ido a ver a ese señor y se ponía de puntillas por detrás de su cabeza, con ojos solo para Coupeau. El muy endemoniado bailaba y berreaba aún más que el día anterior. Tiempo atrás, ella había visto, en los bailes del Jueves de Cuaresma, a recios mozos del lavadero pasarse así toda la noche, pero jamás de los jamases se habría imaginado que un hombre pudiera divertirse tanto tiempo; lo de «divertirse» era una forma de hablar, porque nadie se divierte brincando como una cabra a su pesar, como si se hubiese tragado un polvorín. Coupeau, empapado de sudor, humeaba más, solo eso. Parecía tener la boca más grande de tanto gritar. ¡Huy!, las mujeres preñadas hacían bien en quedarse fuera. Había andado tanto del colchón a la ventana que se veía el caminito en el suelo; las chancletas habían desgastado la estera.

No, lo cierto es que no había nada bonito que ver, y Gervaise, temblorosa, se preguntaba por qué había vuelto. ¡Y pensar que la víspera, en casa de los Boche, la acusaban de exagerar el espectáculo! ¡Caray, si no les había enseñado ni la mitad! Ahora veía mejor cómo lo hacía Coupeau, nunca se le volvería a olvidar, mirando al vacío con los ojos como platos. Entre tanto, oía a medias algunas de las frases entre el residente y el médico. El primero daba detalles sobre cómo había ido la noche, con palabras que Gervaise no entendía. Su hombre se la había pasado hablando y haciendo piruetas, eso era lo que en el fondo significaba. El caballero anciano y calvo, que por cierto no era muy cortés, pareció percatarse por fin de su presencia; cuando el residente le dijo que se trataba de la mujer del enfermo, empezó a hacerle preguntas, con el mismo mal tono que un comisario de policía.

—¿El padre de este hombre bebía?

—Sí, señor, un poquito, como todo el mundo... Se mató al caerse de un tejado, un día de parranda.

—¿Su madre bebía?

—¡Caray!, señor, como todo el mundo, ya sabe, un vasito por aquí, un vasito por allá... ¡Huy, la familia está muy bien!... Hubo un hermano que se murió muy joven, de convulsiones.

El médico la miraba con sus ojos penetrantes. Siguió preguntando, con voz brutal:

—¿Usted también bebe?

Gervaise tartamudeó, se defendió, se puso la mano en el corazón para dar su palabra de

honor.

—¡Sí que bebe! Ándese con cuidado, ya ve adónde lleva la bebida... El día menos pensado, se morirá así.

Entonces se quedó pegada a la pared. El médico le había dado la espalda. Se acuclilló, sin preocuparle que el polvo de la estera le manchase la levita; estuvo mucho rato estudiando los temblores de Coupeau, esperando a que pasara, siguiéndolo con la mirada. Ese día les tocaba saltar a las piernas, el temblor había pasado de las manos a los pies; era un auténtico polichinela al que movían tirando de los hilos, con los miembros descoyuntados y el tronco rígido como si fuese de madera. El daño se iba extendiendo poco a poco. Se habría dicho que tenía música debajo de la piel; se ponía en marcha cada tres o cuatro segundos, duraba un rato; hasta que se paraba y volvía a empezar, tan solo el breve escalofrío que sacude a los perros abandonados cuando tienen frío en invierno, debajo de una puerta. Ya el vientre y los hombros se estremecían como el agua a punto de hervir. ¡No dejaba de ser un derrumbamiento curioso aquello de marcharse retorciéndose, como una muchacha a la que hacen cosquillas!

Entre tanto, Coupeau se quejaba con voz sorda. Parecía estar sufriendo mucho más que el día anterior. De los lamentos entrecortados se podían inferir todo tipo de males. Lo estaban pinchando con miles de alfileres. Tenía por toda la piel algo muy pesado; un bicho frío y mojado se le formaba entre los muslos y le hincaba los colmillos en la carne. Luego otros bichos se le pegaban a los hombros y le arrancaban la espalda con sus garras.

—¡Qué sed tengo, ay, qué sed tengo! —gruñía sin parar.

El residente cogió un pote de limonada de una balda y se lo dio. Coupeau agarró el pote con ambas manos y sorbió un trago con gula, tirándose encima la mitad del líquido; pero enseguida escupió el trago, con un asco iracundo, gritando:

—¡Maldita sea, es aguardiente!

El residente, obedeciendo a un gesto del médico, quiso darle a beber agua sin soltar la jarra. Esta vez Coupeau se tragó el sorbo, chillando como si hubiese tragado fuego.

—¡Es aguardiente, maldita sea! ¡Es aguardiente!

Desde el día anterior, todo lo que bebía era aguardiente. Eso le acentuaba la sed y ya no podía beber porque todo le quemaba. Le llevaron una sopa, pero estaba claro que lo que querían era envenenarlo y que esa sopa olía a matarratas. El pan estaba rancio y podrido. A su alrededor no había más que venenos. La celda apestaba a azufre. Incluso acusaba a ciertas personas de frotarle fósforos debajo de la nariz para atufarlo.

El médico acababa de incorporarse y escuchaba a Coupeau, que ahora volvía a ver fantasmas en pleno día. Resulta que le parecía que en las paredes había telarañas tan grandes como velas de barco. Luego esas telarañas se convertían en redes con mallas que se estrechaban y alargaban, ¡menudo invento! Por las mallas se movían unas bolas negras, auténticas bolas de prestidigitador que empezaban siendo como canicas y se volvían como balas de cañón; y se hinchaban, y se desinflaban, con el único propósito de fastidiarlo a él. De pronto gritó:

—¡Ay, las ratas, ya están aquí las ratas!

Eran las bolas que se convertían en ratas. Esos animales asquerosos crecían, pasaban a través de la red y saltaban al colchón, donde se evaporaban. También había un mono que salía de la pared, que se metía en la pared, acercándose tanto a Coupeau cada vez, que este retrocedía por miedo a que le mordiese la nariz. Hasta que, bruscamente, se produjo otro cambio; las paredes

debían de estar sacudiéndose porque repetía, ahogándose de miedo y de rabia:

—¡Eso es, ay, venga, sacudidme, me da lo mismo!... ¡Ay, ay! ¡La casa! ¡Ay, ay! ¡Que se cae!... Sí, tocad las campanas, malditos cuervos! ¡Tocad el órgano para que no pueda llamar a la guardia!... ¡Esa gentuza ha puesto una máquina detrás de la pared! La oigo, está rugiendo, lo van a volar todo por los aires... ¡Fuego, maldita sea, fuego! ¡He dicho que fuego! Ya está ardiendo. ¡Oh, cómo se ilumina, se ilumina! Todo el cielo se quema, fuegos rojos, fuegos verdes, fuegos amarillos... ¡A mí, socorro, fuego!

Los gritos se perdían en un estertor. Ya solo farfullaba palabras inconexas, con espumarajos en la boca y la barbilla húmeda de saliva. El médico se frotaba la nariz con el dedo, un tic que debía de ser habitual cuando se enfrentaba a un caso grave. Se volvió hacia el residente y le preguntó a media voz:

—Y la temperatura sigue en cuarenta, ¿verdad?

—Sí, señor.

El médico hizo una mueca. Se quedó allí unos minutos más, con los ojos clavados en Coupeau. Al cabo, se encogió de hombros y añadió:

—El mismo tratamiento: caldo, leche, agua de limón, sulfato de quinina en jarabe... No lo dejen solo y avísenme.

Salió y Gervaise fue tras él para preguntarle si cabía alguna esperanza. Pero andaba tan tieso por el corredor que no se atrevió a dirigirse a él. Se quedó allí plantada un momento, dudando en entrar a ver a su hombre. La sesión ya le había resultado bastante dura. Al oírle gritar que la limonada olía a aguardiente, ¡a la porra!, se largó porque ya había tenido de sobra con una función. Por las calles, con el galope de los caballos y el ruido de los carruajes le pareció que la perseguía todo el manicomio. ¡Y el médico ese que la había amenazado! En verdad se creía que ya tenía la enfermedad.

Naturalmente, en la calle de La Goutte-d'Or, los Boche y los demás la estaban esperando. En cuanto apareció por la puerta, la llamaron a la portería. ¿Y bien, el tío Coupeau seguía vivo? ¡Dios mío!, pues sí, seguía vivo. Boche parecía atónito y consternado: había apostado una botella a que el tío Coupeau no llegaría a esa noche. ¡Cómo que seguía vivo! Y todos los presentes se asombraban y se daban palmadas en los muslos. ¡Menudo hombretón, cómo aguantaba! La señora Lorilleux calculó las horas: treinta y seis más veinticuatro daban sesenta horas. ¡Ver para creer, moviendo sin parar las patas y la sinhueso! Era una proeza inaudita. Pero Boche, que estaba tragando bilis por la apuesta, interrogaba a Gervaise con cara de duda, preguntándole si estaba segura de que no había estirado la pata nada más irse ella. ¡Huy, qué va!, estaba saltando demasiado, no tenía ni pizca de ganas. Entonces Boche, que seguía en sus trece, le pidió que por favor volviese a hacer lo mismo que él, para verlo. ¡Sí, sí, un poco más! ¡Por petición popular! Los presentes le decían que fuera tan amable, que precisamente había allí dos vecinas que no la habían visto el día anterior y que acababan de bajar solo para presenciar el espectáculo. La portera les gritaba a todos que se apartaran, la gente despejaba el centro de la portería, dándose codazos, con un estremecimiento de curiosidad. Sin embargo, Gervaise agachaba la cabeza. La verdad es que le daba miedo ponerse mala. Aun así, para que no pareciese que quería hacerse de rogar, empezó a dar dos o tres saltitos, pero se sintió muy rara y se echó para atrás; ¡palabra que no podía! Cundió un murmullo de desilusión: qué lástima, con lo bien que lo imitaba. Pero, bueno, ¡si no podía, no podía! Como Virginie se volvía a la tienda, se olvidaron del tío Coupeau

para hablar con vehemencia del matrimonio Poisson, cuyo hogar era ahora una casa de locos: el día anterior se habían presentado los agentes judiciales; el guardia iba a perder el cargo; y Lantier, por su parte, ahora rondaba a la hija de los dueños del restaurante de al lado, una mujer espléndida, que hablaba de montar una casquería. ¡Caray, tenía gracia la cosa!, ya veían a la casquera estableciéndose en el local; después de las golosinas, el plato fuerte. Menudo papelón tenía el cornudo de Poisson en todo aquello; cómo demonios un hombre cuyo oficio consiste en ser listo podía mostrarse tan pánfilo en su propia casa. Pero se callaron de golpe al ver a Gervaise, a la que habían dejado de mirar y que, sola al fondo de la portería, temblando de pies y manos, intentaba imitar a Coupeau. ¡Bravo, era eso, no le pedían más! Se quedó pasmada, con cara de haberse despertado de un sueño. Y se marchó sin más. ¡Buenas noches a todos!, se subía para tratar de dormir.

Al día siguiente, los Boche la vieron marcharse a mediodía, como los días anteriores. Le deseaban que todo fuera bien. Ese día, en Sainte-Anne, el corredor temblaba por los berridos y los talonazos de Coupeau. Gervaise aún no había soltado la barandilla de la escalera y ya lo oía vociferar:

—¡Pero cuántos gallinas!... ¡Acercaos, que os voy a partir los huesos!... ¡Ah, me quieren despachar al otro barrio, ah, los muy gallinas!... ¡Pero yo soy un zorro! ¡Largaos de aquí, rediós!

Delante de la puerta, Gervaise recuperó el resuello un momento. ¡Se estaba peleando con un ejército entero! Cuando entró, la cosa iba de mal en peor. Coupeau estaba hecho un loco furioso, ¡como un fugado de Charenton![87] Se debatía en medio de la celda, soltando manotazos a diestro y siniestro, a sí mismo, a las paredes, al suelo, empujando y golpeando al vacío; y quería abrir la ventana, y se escondía, se defendía, llamaba, respondía, se bastaba él solito para todo ese trajín, con la pinta exasperada de un hombre atormentado por tropeles de gente. Luego Gervaise se dio cuenta de que se imaginaba que estaba subido a un tejado colocando chapas de cinc. Hacía el soplete con la boca, meneaba los hierros en el hornillo, se ponía de rodillas para pasar el pulgar por los bordes de la estera, convencido de que la estaba soldando. Sí, el oficio le volvía en el momento de morir; y si berreaba tan fuerte, si se enganchaba en el tejado, era porque unos desgraciados le impedían realizar su trabajo como es debido. En todos los tejados vecinos había escoria que se metía con él. De propina, los muy guasones le soltaban manadas de ratas entre las piernas. ¡Bichos asquerosos, los seguía viendo! Por muchas que aplastara, refrotando el pie contra el suelo con todas sus fuerzas, seguían pasando nuevas retahílas, el techo estaba atestado. ¿Pues no había arañas también? Y se apretaba el pantalón a lo bruto para matar contra el muslo tremendas arañas que se le habían colado ahí. ¡Recontra!, no iba a terminar nunca la jornada, querían buscarle la ruina, el patrón iba a mandarlo a Mazas.[88] Entonces se dio tanta prisa que creyó que tenía una máquina de vapor en la tripa; con la boca muy abierta, exhalaba el humo, un humo denso que llenaba la celda y salía por la ventana; asomado, sin dejar de exhalar, miraba cómo se desenrollaba la cinta de humo fuera y subía al cielo, donde tapaba el sol.

—¡Anda! —gritó—, es la banda de la calzada de Clignancourt, disfrazada de oso y con toda la pompa...

Seguía acuclillado delante de la ventana, como si, desde lo alto de un tejado, siguiera a un cortejo que pasara por una calle.

—Ahí va la cabalgata, con leones y panteras haciendo muecas... Hay críos vestidos de perro y de gato... Está la grandullona de Clémence con las greñas llenas de plumas. ¡Ay, mi madre, que

está dando una voltereta y se le ve todo!... Oye, cordera, tenemos que salir por pies... ¡Eh, condenados guindillas, no os la llevéis!... ¡No disparéis, demontres, no disparéis!...

Iba alzando la voz, ronca y aterrada, y se agachaba con prontitud, repitiendo que los polizontes y los militronches estaban abajo, hombres que le apuntaban con un fusil. En la pared veía una pistola encañonada hacia su pecho. Iban a quitarle otra vez a su hija.

—¡No disparéis, por Dios, no disparéis!...

A continuación, las casas empezaron a derrumbarse, imitaba el crujido de un barrio entero que se hundía; y todo desaparecía, todo se esfumaba. Pero no le daba tiempo a recuperar el aliento, pasaba de un escenario a otro con una movilidad extraordinaria. Una furiosa necesidad de hablar le llenaba la boca de palabras, que soltaba sin ilación, con un borboteo en la garganta. Seguía alzando la voz.

—¡Anda, pero si eres tú, hola!... ¡No tiene gracia!, no me obligues a comerte el pelo.

Y se pasaba la mano por la cara, soplaba para apartar unos pelos. El residente le preguntó:

—¿A quién está viendo?

—¡Pues a mi mujer!

Estaba mirando la pared y le daba la espalda a Gervaise.

Esta se llevó un buen susto y también escudriñó la pared, por si acaso se veía. Él seguía con la charla.

—Oye, deja de camelarme... No quiero estar atado... ¡Atiza!, qué guapa estás, qué ropa tan chic. ¿De dónde la has sacado, fulana? ¡Vienes de hacer la calle, pelleja! ¡Ven, que vas a cobrar!... Escondes a ese caballero tuyo detrás de las faldas, ¿eh? ¿Y quién es ese prójimo? Haz una reverencia para que lo vea... ¡Por todos los santos, otra vez él!

Tras dar un salto tremendo, estampó la cabeza contra la pared, pero el relleno del entelado amortiguó el golpe. Solo se oyó cómo le rebotaba el cuerpo contra la estera, donde había caído por la sacudida.

—¿A quién está viendo? —repitió el residente.

—¡Al sombrerero, al sombrerero! —vociferaba Coupeau.

Cuando el residente le preguntó a Gervaise, esta tartamudeó sin poder contestar, porque esa escena le removía por dentro todas las complicaciones de su vida. El cinquero alargaba los puños.

—¡A ajustar cuentas se ha dicho! ¡Ya era hora de liquidarte! ¡Así que te plantas aquí por las buenas, con esa bruja del brazo para reírte de mí en público. ¡Pues ahora te voy a estrangular! Sí, yo mismo, y sin ponerme ni guantes!... No te me pongas bravucón... Chúpate esa. ¡Toma, y toma, y toma!

Lanzaba puñetazos al aire. Entonces le dio un ataque de furia. Chocó con la pared al retroceder y creyó que lo atacaban por detrás. Se dio la vuelta y se ensañó con el entelado. Brincaba, saltaba de una esquina a otra, golpeaba con la tripa, las nalgas, un hombro, rodaba por el suelo, se levantaba. Se le debilitaban los huesos, las carnes le sonaban como estopas mojadas. Y acompañaba ese juego tan bonito con amenazas atroces, gritos guturales y salvajes. Sin embargo, la pelea pintaba mal para él, se quedaba sin aliento, los ojos se le salían de las órbitas; poco a poco, parecía ir acobardándose como un niño.

—¡Asesino, asesino!... Largaos de aquí los dos. ¡Los muy asquerosos, se están partiendo de risa! ¡Mira a la muy golfa tirada patas arriba!... Hay que acabar con ella, está decidido... ¡Ay, que el muy bandido la está acuchillando! Le corta una pata con la navaja. La otra pata por los suelos, la

abre en canal, todo lleno de sangre... ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!...

Empapado en sudor y con los pelos de punta encima de la frente, horrendo, reculaba moviendo los brazos frenéticamente, como para apartar de sí tan abominable visión. Soltó dos lamentos desgarradores y cayó de espaldas en el colchón, con el que sus talones habían tropezado.

—¡Señor, señor, está muerto! —dijo Gervaise con las manos juntas.

El residente se había acercado y tiró de Coupeau hasta el centro del colchón. No, no estaba muerto. Iba descalzo; los pies desnudos sobresalían del borde y bailaban solos, uno junto a otro, acompasados, un bailecito apresurado y regular.

Precisamente entonces entró el médico. Venía con dos colegas, uno flaco y otro gordo, condecorados como él. Los tres se inclinaron, sin decir nada, para mirar al hombre por todas partes; después hablaron entre sí, deprisa y a media voz. Habían desnudado al hombre desde los muslos hasta los hombros; Gervaise, de puntillas, veía ese torso desnudo y expuesto. ¡Bueno, pues ya estaba el lote completo, el temblor había bajado desde los brazos y había subido desde las piernas, y ahora incluso el tronco se animaba! Literalmente, al polichinela se le regocijaba la tripa. Eran unas risitas a lo largo de las costillas, un sofoco en la panza, que parecía muerta de risa. Y todo se movía que daba gusto, los músculos danzaban emparejados, la piel vibraba como un tambor, los pelos bailaban el vals saludándose. En definitiva, que debía de ser el momento más agitado, el galop final como quien dice, cuando se hace de día y todos los bailarines van cogidos de la mano y taconeando.

—Está durmiendo —murmuró el médico en jefe.

Les indicó a los otros dos que se fijaran en el rostro del hombre. Coupeau tenía los párpados cerrados y, por toda la cara, leves sacudidas nerviosas que se la tensaban. Así estaba aún más espantoso, aplastado, con la mandíbula hacia fuera y la careta de un muerto que sufre pesadillas. Pero los médicos, en cuanto vieron los pies, se acercaron para mirarlos con aire de profundo interés. Los pies seguían bailando. Por muy dormido que estuviera Coupeau, los pies bailaban. ¡Huy, que el patrón estuviera roncando no era cosa suya, ellos seguían a su ritmo, sin apresurarse ni frenarse. Unos auténticos pies mecánicos, pies que se divertían allá donde estuvieran.

Entre tanto, como Gervaise había visto que los médicos ponían la mano encima del torso de su hombre, también ella quiso palparlo. Se acercó despacito y le colocó la mano en un hombro. La dejó un minuto. ¡Dios mío!, ¿qué estaba pasando ahí dentro? Se notaba bailar hasta lo más hondo de la carne; incluso los propios huesos debían de estar brincando. Estremecimientos y ondulaciones llegaban de lejos, corrían igual que un río, por debajo de la piel. Si apretaba un poco, sentía los gritos de dolor de la médula. A simple vista, solo se percibían las ondas pequeñitas que formaban hoyuelos, como en la superficie de un remolino; pero por dentro los estragos debían de ser tremendos. ¡Menuda labor, una labor de topo! Era el matarratas del Tugurio, que estaba allí cavando con el pico. Impregnaba todo el cuerpo y, ¡caray!, esa labor había que acabarla, desmigajando, llevándose a Coupeau con un tembleque general y continuo de todo el cuerpo.

Los médicos se habían ido. Al cabo de una hora, Gervaise, que se había quedado con el residente, repitió en voz baja:

—Señor, señor, está muerto.

Pero el residente, que estaba mirando los pies, negó con la cabeza. Los pies descalzos, fuera

de la cama, seguían bailando. No estaban nada limpios y tenían las uñas largas. Aún pasaron varias horas. De golpe, se quedaron tiesos y quietos. Entonces el residente se volvió hacia Gervaise y le dijo:

—Ya está.

Solo la muerte había parado los pies.

Cuando Gervaise volvió a la calle de La Goutte-d'Or, se encontró en casa de los Boche a un montón de comadres cotorreando con voces animadas. Pensó que la estaban esperando para que les contara las novedades, como los otros días.

—Ha cascado —dijo empujando la puerta tranquilamente, con cara exhausta y atontada.

Pero no le hicieron ni caso. Toda la casa estaba alborotada. ¡Huy, una historia que no tenía desperdicio! Poisson había pillado a su mujer con Lantier. No se sabía con exactitud cómo había sido porque cada uno lo contaba a su manera. El caso era que los había pillado con las manos en la masa cuando menos se lo esperaban. Incluso había quien añadía algunos detalles que las señoras repetían frunciendo los labios. Y ante semejante espectáculo, naturalmente, a Poisson se le había alterado su talante habitual. ¡Menudo tigre! Ese hombre, poco hablador y que parecía que llevaba un palo en el culo, se había puesto a rugir y a pegar saltos. Y después ya no se oyó nada. Lantier le habría contado el asunto al marido. Fuera como fuese, la cosa ya no podía durar mucho más. Y Boche afirmaba que, definitivamente, la hija de los dueños del restaurante de al lado iba a quedarse con el local para establecerse como casquera. Al embaucador del sombrerero le encantaba la casquería.

Entre tanto, Gervaise, al ver llegar a la señora Lorilleux con la señora Lerat, repitió tan campante:

—Ha cascado... ¡Señor!, después de cuatro días retorciéndose y berreando...

A las dos hermanas no les quedó más remedio que sacar el pañuelo. Su hermano se había equivocado en muchas cosas, pero no dejaba de ser su hermano. Boche se encogió de hombros y dijo, lo bastante alto para que lo oyera todo el mundo:

—¡Bah! ¡Un borracho menos!

A partir de ese día, como a Gervaise se le iba la cabeza a menudo, una de las curiosidades de la casa fue ver cómo imitaba a Coupeau. Ya no había que pedírselo, ofrecía el espectáculo gratis, temblando de pies y manos y soltando gritos sin querer. Seguramente había cogido ese tic en Sainte-Anne, de pasar demasiado tiempo mirando a su hombre. Pero ella tenía menos suerte, no se moría de eso como él. La cosa quedaba en unas muecas de mono a la fuga por las que los críos de las calles le tiraban tronchos de repollo.

Gervaise aguantó así varios meses. Cada vez caía más bajo, toleraba las peores vejaciones, se moría un poco de hambre todos los días. En cuanto se agenciaba veinte céntimos, se los bebía e iba haciendo eses por ahí. Le endilgaban todas las tareas viles del barrio. Una noche, apostaron si se comería algo asqueroso, y se lo comió, para ganarse medio franco. El señor Marescot se había resuelto a echarla de la habitación de la sexta planta. Pero como acababan de encontrar al tío Bru muerto en su agujero, debajo de la escalera, el casero tuvo a bien dejarle esa perrera. Ahora vivía en la perrera del tío Bru. Ahí dentro, encima de la paja vieja, se iba consumiendo, con la tripa vacía y los huesos helados. Por lo visto, la tierra no quería saber nada de ella. Se volvía idiota, ni siquiera se le ocurría tirarse desde el sexto piso contra el adoquinado del patio, para acabar de una vez. La muerte se la acabó llevando pian pianito, trozo a trozo, arrastrándola hasta el final por

esa maldita existencia que se había labrado. De hecho, nunca supieron con certeza de qué se murió. Se dijo que de un pasmo. Pero lo cierto era que se moría de miseria, de la cochambre y de las fatigas de una vida echada a perder. Se murió de haberse apoltronado, según los Lorilleux. Una mañana, como en el corredor olía mal, los vecinos cayeron en que llevaban dos días sin verla; la encontraron ya verde, en su perrera.

Fue precisamente el tío Bazouge quien acudió para llevársela, con la caja de los pobres debajo del brazo. Ese día estaba, una vez más, borracho perdido, pero aun así simpático y alegre como unas pascuas. Cuando reconoció a la parroquiana a la que tenía que atender, soltó unas reflexiones filosóficas mientras trajinaba con los preparativos.

—A todo el mundo le llega la hora... No hace ninguna falta agolparse, hay sitio para todos... Y es una bobada tener prisa, porque se acaba tardando más... Para mí no hay mayor gusto que tener contenta a la gente. Unos quieren y otros no. A ver cómo se arregla eso... Esta de aquí no quería y luego sí que quiso. Y entonces le toca esperar... Pero, bueno, ya está hecho, ¡y en verdad que se lo ha ganado! ¡Así da gusto trabajar!

Cuando agarró a Gervaise con aquellas manazas negras, le entró un arrebato de ternura y levantó cuidadosamente a esa mujer que tanto tiempo había estado enamoriscada de él. Acto seguido, tras tumbarla en el fondo del ataúd con un primor paternal, tartamudeó, entre hipido e hipido:

—Ya sabes..., óyeme..., soy yo, Bibi-la-Gaieté,[89] al que llaman el consuelo de las señoras... Hala, ya eres feliz. ¡Que duermas bien, guapetona!

1 LISSORGUES, Yvan, «Los espacios urbanos de la miseria en algunas novelas del siglo XIX: una estética de la verdad», *Anales de Literatura Española,* 24 (2012), p. 86.

2 Ibidem

3 PARDO BAZÁN, Emilia, *La cuestión palpitante*, (1882) 4.ª edición, Imp. de A. Pérez Dubrull, Madrid, 1891, p. 205.

4 Ibidem, p. 204.

5 WILDE, Oscar, *El retrato de Dorian Gray,* Valdemar, Madrid, 1997, p. 12.

6 POULOT, Denis, *Question sociale. Le Sublime ou le travailleur comme il est en 1870 et ce qu'il peut être [Cuestión social. El Sublime o el trabajador tal y como es en 1870 y lo que podría ser]*, París, Librería Internacional, Lacroix et Verboeckoven, 1870.

7 El Becerro de Dos Cabezas. *(N. de la T., como todas las demás).*

8 Se refiere al *mur de l'octroi* o *mur des Fermiers Généraux* que se construyó en torno a París entre 1784 y 1790, y cuya finalidad no era defensiva, sino fiscal: los impuestos que gravaban las mercancías que entraban en la ciudad se recaudaban en los puestos aduaneros o fielatos, conocidos como *barrières.* La novela concluye en 1870, coincidiendo con las obras de ensanche de París que emprendió Haussmann tras la demolición de este muro en 1860.

9 Este dato sitúa la acción en 1850 (el novelista Eugène Sue fue elegido diputado por París el 28 de abril de ese año).

10 Bibi, *el Encornudado*.

11 Mis Botas.

12 Fulano Casis.

13 El Hombrecito que Tose.

14 Tanto por las fechas como por la descripción del sonido, es muy posible que no se trate del instrumento de viento que ha generalizado este nombre en la actualidad, sino de una armónica de cristal, un instrumento de teclado «con láminas de vidrio fijas por un extremo que se hieren con unas varillas flexibles que terminan en un pedazo de corcho», o uno muy similar. Fuente: MELCIOR, Carlos José, *Diccionario enciclopédico de la música,* Imprenta Barcelonesa de Alejandro García, Lérida, 1859.

15 El Molino de Plata.

16 El vendedor de mostaza.

17 La polka de las perlas.

18 Jeta de Oro.

19 2 de diciembre de 1851: autogolpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte para perpetuarse en el poder más allá del mandato presidencial previsto en la Constitución de la II República francesa.

20 De 1848.

21 *¡Eh, corderitos!*

22 El Molino Rojo, aunque no se trata del famoso cabaré (que no abrió hasta 1889 en un emplazamiento distinto al que hace alusión la señora Boche) ni tampoco hay constancia de que ninguno de los numerosos molinos que había en Montmartre por entonces llevase ese nombre. Sí que existía, en cambio, un barrio intermedio entre Montmartre y La Chapelle llamado Château-Rouge (de hecho, en el capítulo XI aparece un baile que lleva ese nombre).

23 *¡Ay, qué gusto da recoger fresas!*

24 El nombre oficial de este fielato era *barrière Saint-Denis.* En la novela aparecen ambas denominaciones.

25 Rama de Apio.

26 Literalmente, «plancha de gallo». Según las fuentes consultadas, actuales y de época, este modelo de plancha, que es tal y como la describe Zola, no tiene un nombre concreto en castellano.

27 La civetita.

28 Se trata de un modelo muy concreto de ruleta (vertical, pequeña y portátil), llamado *tourniquet* o *roulette de comptoir*, muy habitual en Francia en este periodo, pero del cual no hemos encontrado rastro en España. El juego, sin embargo, sí obedece al mismo principio básico de todas las ruletas: una rueda con números alrededor y una bola dentro; se gira la rueda y gana el número en el que cae la bola.

29 Pico Salado.

30 Bebe sin Sed.

31 Diminutivos de Joséphine y Adèle.

32 Baile que, en palabras de Pío Baroja, era como «un cancán desenfrenado entre bailarinas, algo como la gran batuda de los circos, aunque esta batuda comenzaba con la fiesta y el *chahut* era el final de la fiesta y tenía el carácter de una bacanal desordenada y dionisíaca». (*Desde la última vuelta del camino. Memorias,* Biblioteca Nueva, Madrid, 1978).

33 Se refiere a la guerra de Crimea (1853-1856).

34 La mariposa.

35 *El volcán del amor o El soldado seductor.*

36 «Yo soy Blavin, el que seduce a las mujeres guapas...».

37 *La baronesa de Follebiche* (cierva loca).

38 «La baronesa tenía visita / pero eran sus cuatro hermanas, / tres morenas y una rubia / con ocho ojos hechiceros».

39 «¡Cáspita! Quién le va a pagar / las copas a la pa..., a la pa..., pa... /¡Cáspita! Quién le va a pagar / las copas a la patrulla».

[40] *¡Al abordaje!*

[41] «Que un pirata temerario / nos persigue viento en popa! / ¡Maldito sea el filibustero! / ¡A combatirlo sin cuartel! // Muchachos, ¡a los cañones! / ¡Que los vasos desborden de ron! / A piratas y filibusteros / ¡ahorcaremos en los obenques!».

[42] *¡Ay, dejadme dormir!*

[43] *Los vinos de Francia.*

[44] *Haced un nido.*

[45] *Mi licorcito.*

[46] *El ratón.*

[47] *La despedida de Abd el-Kader.*

[48] *«¡Oh, noble compañera!».*

[49] *Las cinco vocales.*

[50] *El hijo de Dios.*

[51] «El niño perdido al que su madre abandona / siempre encuentra asilo en suelo sagrado. / Dios, que lo ve, lo defiende desde su trono. / El niño perdido es el hijo de Dios».

[52] «A la huérfana habían perdido / y solo habían oído su voz / los altos árboles y el viento».

[53] «Al día siguiente, medio muerta, / recogieron a la pobre niña».

[54] «El niño perdido es el hijo de Dios».

[55] *Qué asco de chico.*

[56] «Cada mañana, al levantarme, / tengo el estómago revuelto; / lo mando a [la plaza de] La Grève a comprarme / veinte céntimos de aguardiente. / Tarda tres cuartos de hora / y al subir a casa / se ha bebido la mitad. / ¡Qué asco de chico!».

[57] «¡Qué asco de chico! / ¡Qué asco de chico!».

[58] «El domingo, en la Petite Villette / con la fresca / fui a casa de mi tío Tinette, / que es maestro pocero, / y para buscar huesos de cereza / en cuanto nos dimos la vuelta / se revolcó por la mercancía: / ¡Qué asco de chico! / ¡Qué asco de chico!».

[59] La Bola Negra.

[60] Uno de los motes de Napoleón III.

[61] *Los amoríos de Napoleón III.*

[62] La Ciudad de Bar-le-Duc.

[63] El Molino de la Torta.

[64] Las Lilas.

[65] El León de Oro.

[66] Los Dos Castaños.

[67] La Vendimia de Borgoña, El Reloj Azul, El Capuchino.

[68] Baúl de las Indias.

[69] La Pulga Sorbedora.

[70] Montparnasse y Ménilmontant en jerga.

[71] *Me cosquillea en la nariz*.

[72] En Francia, el domingo de Ramos es costumbre bendecir ramas de boj, igual que en España se bendicen palmas y ramas de olivo.

[73] «Nuestro burro burrito / padece de la pata. / La señora le encarga / un patero bonito. / Y zapatitos lila, la, / y zapatitos lila». Si bien es cierto que en castellano existen numerosas versiones de esta conocida canción infantil, no lo es menos que la letra que recoge Zola difiere sensiblemente de la más difundida en Francia. No nos corresponde aquí dilucidar si aquella es una versión primigenia que luego se fue puliendo hasta llegar a esta, o si, por el contrario, se trata de una «degeneración» fruto de la transmisión oral. Solo apuntaremos que esta letra tiene un carácter más popular y más libre, en el sentido de que no duda en recurrir a palabras inventadas como *patatoire* o *ventrouilloire*.

Por tal motivo, y también por coherencia con el criterio adoptado para las canciones del capítulo VII, hemos optado por ofrecer una traducción propia en lugar de recurrir a cualquiera de las traducciones acuñadas en castellano que seguramente conocerá el lector (y que, con toda probabilidad, no se basan en la versión que Nana canta aquí).

[74] «Nuestro burro burrito / padece de la panza, / la señora le encarga / un pancero bonito, / y zapatitos lila, la, / y zapatitos lila».

[75] La Bajada del Cementerio.

[76] *Éranse tres buenas mozas.*

[77] Para que los que menan vayan más rápido.

[78] En París funcionaban entonces dos circos permanentes: el Cirque d'Hiver (circo de invierno) y el Cirque d'Été (circo de verano), que pasarían a llamarse, respectivamente, Cirque Napoléon y Cirque de l'Impératrice.

[79] Se refiere al bosque de Bondy, que era un conocido refugio de ladrones.

[80] Esta expresión alude al vodevil de Adolphe D'Ennery titulado *Los zapatitos o La cárcel de San Crispín.*
[81] Pálpelo.
[82] El Gran Salón del Dispendio.
[83] Se refiere a la cárcel de mujeres de Saint-Lazare.
[84] La Reina Blanca.
[85] Véase la nota 2 en la página 27.
[86] *El buen rey Dagoberto.*
[87] Se refiere al asilo de alienados de Charenton.
[88] Se refiere a la cárcel de morosos de Mazas.
[89] Bibi el Alegre.

NOTA DEL EDITOR

«Tal ha sido el eterno sino de mis obras:
nunca llegué a escribir un libro, una página,
sin que me colmaran de mentiras y de insultos,
pese a que, más tarde, se vieran obligados a darme la razón».
«Justicia», Émile Zola
L'Aurore, 5 de junio de 1899

Se suele decir que el sentido común es el menos común de los sentidos; yo añadiría que la lucidez es la menos lucida de las cualidades. Solo la perspectiva que otorga el paso del tiempo y una cantidad nada desdeñable de casualidades alineadas pueden sacar a relucir la virtud de la lucidez, la inmunidad a la necedad preceptiva de cada época de unas pocas personas que, además, tienen la valentía de no callar. Hay que tener un sentido crítico agudísimo, una invencible independencia de pensamiento y un carácter a prueba de todas las represalias, ridiculizaciones, degradaciones y humillaciones imaginables. Émile Zola fue una de estas personalidades elegidas que, todavía hoy, cuando todas las razones por las que fue vilipendiado se han convertido en razones para ser admirado, sufre las consecuencias de su lucidez visionaria.

Zola fue un escritor comprometido con su tiempo que no dudó en utilizar su talento como novelista para arrojar luz sobre las realidades incómodas de su país, para poner, como se suele decir, el dedo en la llaga. Su implicación en el caso Dreyfus, que dividió la opinión pública de la Tercera República francesa, le trajo amargas consecuencias. No tenía ningún interés particular en él, solo su amor a los principios que han marcado la identidad francesa moderna, su rechazo al antisemitismo y su afán de justicia. Alfred Dreyfus era un militar alsaciano de origen judío al que acusaron falsamente de ser un espía alemán con la única prueba de la semejanza entre la caligrafía de una misiva escrita por el espía y la de Dreyfus. Su condena causó una gran fractura social; se enfrentaron los opositores a Dreyfus (conservadores, antisemitas, monárquicos y nacionalistas) con sus defensores (progresistas, las clases obreras y muchos intelectuales). Émile Zola fue un «dreyfusista» convencido. Con su histórico alegato titulado *Yo acuso* plantó cara al poder de un Estado que, como una bestia furiosa, estaba dispuesto a llevar sus prejuicios hasta las últimas consecuencias para esconder sus vergüenzas.

En su obra destaca la saga de *Los Rougon-Macquart*, que, siguiendo el modelo de *La comedia humana*, de Honoré de Balzac, está compuesta de veinte novelas. Las historias de los personajes

que discurren a través de ellas llevan al lector a los bajos fondos de la sociedad. Zola creía que todos quedamos determinados por nuestro entorno y nuestros genes; de manera que, si el burgués más digno y adinerado de París hubiese nacido en un barrio marginal en el seno de una familia humilde y desestructurada, su identidad sería del todo diferente. Creía que los destinos, sean brillantes o tenebrosos, ya estaban escritos antes de nacer, porque la pluma con la que son escritos es blandida por circunstancias ajenas a la voluntad de sus víctimas.

Cada nueva novela de Zola provocaba un nuevo revuelo social, pero esto no impedía que a la vez obtuviera con cada una de ellas un éxito abrumador. En *Nana* (1880), protagonizada por Anne, la hija de Gervaise, abordó un tema que aún hoy es tabú: la prostitución. En *Germinal* (1885), protagonizada por Étienne, el hijo de Gervaise, se adentró en las profundas, oscuras y asfixiantes tripas de una mina de carbón cuyos trabajadores, a pesar de dejarse la salud en ella, vivían como animales, en la miseria más baja. Todo comentario de estas obras suele ir acompañado de anécdotas sobre su recepción en el momento en el que fueron publicadas y las consecuencias que tuvieron. Solo con mencionar que una delegación de mineros acudió al funeral de Zola al grito de «¡Ger-mi-nal! ¡Ger-mi-nal!» uno se puede hacer una idea de la influencia que el novelista tuvo en el imaginario público. El París de la *Belle Époque*, acostumbrada a deambular por los jardines del Edén que conformaban las avenidas y plazas de moda, observaba con una mezcla de pasmo, indignación y curiosidad no desprovista de cierto morbo esas novelas que les mostraban las vidas de los vagabundos que les pedían limosnas en sus paseos matutinos. Leían las obras de Zola a escondidas, aunque no dudaban en tacharlo de vulgar si su nombre salía a relucir en algún salón. De todas sus novelas, ninguna causó tanto revuelo como EL TUGURIO (1877), que tuvo el mérito de enfadar tanto a las clases altas, que lo acusaron de indecencia y obscenidad, como a la clase obrera, que se sintió ofendida e insultada por la imagen que pintó en ella de los barrios marginales de París. Cuando se consigue enfadar a los extremos opuestos de una sociedad dividida es más que probable que se haya dado en el blanco. Tal fue el primer éxito de esta obra maestra.

Con independencia del compromiso naturalista de explorar los bajos fondos, la obra literaria de Émile Zola brilla con luz propia en el cielo de las letras francesas. Cuando el lector se adentra en las páginas de EL TUGURIO se siente en la piel de la pobre Gervaise, que intenta con todas sus fuerzas tirar adelante de forma honrada en un barrio en el que tan solo medran los egoístas, los parásitos y los charlatanes. Las descripciones de Zola transmiten a la perfección las estancias mugrientas y poco ventiladas, los charcos sucios en el pavimento, las ropas desvaídas, las miradas lascivas, los cantos de los borrachos por las callejuelas nocturnas, los chismorreos insinuados de sus mujeres, las risas insolentes, los golpes y los gritos de los vecinos, el llanto de un bebé descuidado... El gran logro de Zola fue retratar la caída de una persona honrada en la miseria, la soledad, el vicio y las adicciones que la rodean. Las calles de la ciudad se presentan como ríos de aguas turbias que bajan en una corriente desbocada, arrastrando a todo aquel que se encuentra en ella. Este río de aguardiente y perdición, oscuro e inmundo, tiene una sola dirección, un solo sino: la esquina de la calle de Les Poissonnieurs y del bulevar de Rochechouart. Este hediondo río de infortunio, decepciones y pesares desemboca en el Tugurio del tío Colombe.

¿Cómo no admirar la heroica resistencia de Gervaise? Cuando parece que va a caer, que va a dejarse arrastrar, en el último momento encuentra fuerzas para salvarse de la fatídica corriente, se agarra a un clavo ardiendo, a los pocos sueños y esperanzas que le quedan y que, batacazo tras

batacazo, se le van apagando. Desde la primera vez que leí esta novela visualicé este río negro, con los cantos ebrios y desgarrados de sirena llamando desde el antro final, animando entre risas corrompidas a que la gente se suelte, a que dejen de sufrir de una vez por todas, a que dejen de deslomarse en el trabajo, a que dejen de preocuparse por el futuro desolador de sus hijos. «¡Soltaos! ¡Dejaos abrazar por estas aguas de ardiente felicidad! ¡Dejaos llevar por su consuelo, enmudecerán vuestros dolores y pesares como la morfina! Aunque no lo parezca, sobre las mugrientas mesas de este antro sombrío se sirve el paraíso en botella, la paz líquida. ¡Entregaos a ella, emancipaos del sufrimiento y la preocupación!». Y cada vez son más las sirenas que cantan y menos las razones imaginables para seguir soportando los arañazos de la mala vida, que es la única posible fuera del hechizo del aguardiente.

Me sorprendió comprobar que Zola, respondiendo a las reservas de su prudente editor, también se refirió con un término fluvial a la tragedia de EL TUGURIO: «No me importa que la crítica diga que mi novela es deprimente. La sociedad que describiré no conoce otra forma de vivir. Son personajes humanos, aunque su animalidad se erige tan desbocada que llega a ocultar lo que en ellos hay de humano. Son hombres y mujeres que viven en un mundo sin sol, sin esperanzas, sin otro destino posible que caer en el arroyo». Hay que estar preparado para leer EL TUGURIO o cualquier otra obra de Émile Zola, pues sabe transmitirte demasiado bien la asfixia, la desesperación, la impotencia y la desesperanza de las clases más desfavorecidas. Pero, como nos señala el autor, ¿cómo podemos quejarnos por lo triste de sus novelas cuando sabemos que para escribirlas se inspiró en personas reales cuya vida consistía en estas mismas realidades? ¿No debería ser nuestra obligación ponernos en su piel, aunque sea solo de forma momentánea, para tratar de comprender su grito de auxilio? No obstante, Zola, como hizo Nikos Kavadías con los buques mercantes en *La guardia* (Piteas 1) o Janet Frame con los centros de salud mental en *Rostros en el agua* (Piteas 9), sabe encontrar belleza en la fealdad y ternura en la sordidez. «En medio de todo el horror que yo pueda describir hay poesía —afirmó Zola—, la poesía de los seres descarnados que viven muriendo o mueren para poder vivir». Es esta una cualidad que me fascina encontrar en la literatura, y es muy probable que esta sea la razón por la que hay tantas obras en el catálogo de Trotalibros Editorial que saben encontrar la rosa de la poesía en realidades baldías.

Parece que soplan vientos favorables a la tan merecida recuperación de la obra de Émile Zola, pues ya son varias las editoriales que se han puesto a trabajar para traer de vuelta sus novelas. No obstante, EL TUGURIO, seguramente su obra más importante, seguía desaparecida. Releer su primer capítulo fue suficiente para decidirme a emprender su publicación. Enseguida me vino a la cabeza el nombre de Amaya García Gallego, de la que tantas traducciones de Balzac y Zola había disfrutado, y, para mi sorpresa, se mostró encantada con el encargo. «Me siento abrumada —me decía en su respuesta a mi propuesta—. Sobre todo porque traducir a Zola en general y cualquier obra (¡o todas!) de los Rougon-Macquart es una de mis grandes ilusiones profesionales». Aunque muchos han sido los obstáculos (con toda seguridad ha sido la traducción más accidentada de todas las impulsadas hasta el momento por Trotalibros Editorial), la generosidad y la dedicación de Amaya han llevado a buen puerto este proyecto tan ambicioso; así hemos alcanzado una nueva y cuidada traducción que ya se hace notar en su título.

Si algo tuve claro desde un principio fue que no quería utilizar el título que se ha venido empleando tradicionalmente en español: «La taberna». En la actualidad, las tabernas no poseen

la connotación sórdida y de perdición que sí tiene «*L'Assommoir*». De hecho, hoy las tabernas inspiran comodidad, un ambiente cálido y distendido en el que en cualquier momento alguien puede coger la guitarra y ponerse a cantar una habanera. Nada que ver con el ambiente nauseabundo de los *Assommoir*, en los que el suelo estaba lleno de borrachos inconscientes, en los que no había música, solo los suspiros y los gruñidos de los que iban ahí a beber para desaparecer. Así pues, «La taberna» era un título de resignación y derrota traductora. En las ediciones en inglés se ha optado por la tradición de respetar el título original en francés (deferencia que los anglosajones solo tienen con la literatura francesa) o «*The Drinking Den*» («La guarida de la bebida»). A lo largo de la traducción estuvimos considerando muchos títulos, desde «El atronadero», una palabra inventada en español siguiendo una hipotética evolución etimológica paralela a la francesa, a «La aguardentería», una palabra no recogida por la Real Academia Española pero utilizada por Emilia Pardo Bazán en su novela *La piedra angular*. Finalmente prevaleció el título que, a mi parecer, traslada mejor al español la esencia del original y que muchos otros traductores han defendido antes para esta obra: «EL TUGURIO».

También ha sido una suerte poder contar con Maria Aguilera para prologar esta edición de EL TUGURIO. Maria es la administradora de *Cumbres clásicas*, un canal de YouTube que, desde que lo estrenó para recomendar *Moby Dick*, de Herman Melville, ha crecido a un ritmo increíble, tanto en suscriptores como en visualizaciones; en él, habla de clásicos con honestidad y sin complejos. Maria se ha hecho muy conocida por su predilección por un escritor tan desaparecido como Émile Zola; no son pocos los lectores que han descubierto a este genio gracias a sus apasionadas recomendaciones. En el mundo de la inmediatez y la corrección política, un escritor tan descriptivo y polémico como Zola está siendo redescubierto gracias, en parte, al trabajo de Maria en las redes sociales. Aceptó entusiasmada encargarse del prólogo del libro, que es la introducción de una gran conocedora de su literatura, y a la vez de la ferviente lectora que lo primero que hace cuando entra en una librería es dirigirse a la zeta para comprobar cuántos «Zolas» hay.

Siempre que termino de escribir la nota final de cada título de Trotalibros Editorial siento que se empieza a cerrar el proceso de edición de la obra y me pregunto si el autor —en este caso Émile Zola— estaría de acuerdo con cada decisión tomada en el camino, si estaría orgulloso del resultado. Creo que esta edición, conjugando el talento y la pasión de tantos buenos profesionales, aporta su granito de arena a la eternidad de Zola, y es digna de su lúcido genio.

Jan Arimany